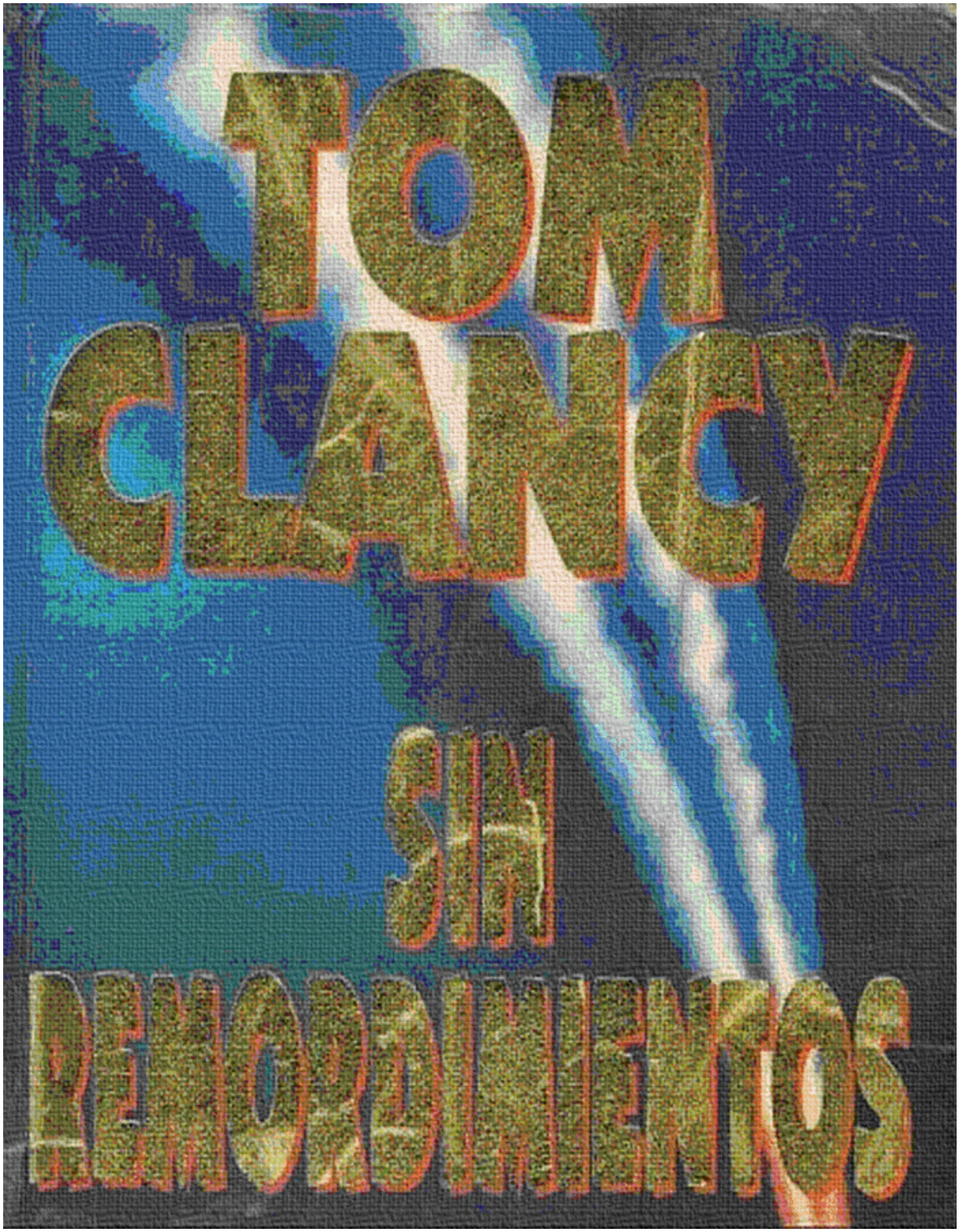
SIN REMORDIMIENTOS
TOM CLANCY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

PUNTOS DE REUNIÓN
Noviembre

El Camille no había sido el huracán más devastador ni el mayor tornado de la historia. Pero lo cierto es que había hecho de las suyas en aquella plataforma de perforación submarina, pensaba Kelly, mientras se colocaba las botellas de aire comprimido para realizar su última inmersión en las aguas del golfo... La superestructura había resultado destruida y los cuatro píes macizos habían cedido, retorcidos como el juguete roto de un niño gigantesco. Habían incendiado todo cuanto podía ser extraído y luego lo habían cargado mediante una grúa en la barcaza que los submarinistas estaban utilizando como base de operaciones. Sólo quedaba el esqueleto de la plataforma, que pronto habría de convertirse en un lugar espléndido para los aficionados a la pesca, pensó Kelly, saltando a la lancha que le llevaría al costado de la plataforma. Otros dos submarinistas estaban trabajando con él, pero Kelly ostentaba el mando. Durante el trayecto discutieron una vez más el plan de acción, mientras una lancha de socorro daba vueltas nerviosamente para alejar a los pescadores del lugar. Era estúpido por parte de ellos el estar ahí -la pesca no sería nada buena durante las próximas horas-, pero acontecimientos como ése atraían curiosos, y. éste sería todo un espectáculo, pensó rally, sonriéndose burlonamente cuando se dejó caer de espaldas desde la lancha.

Todo era misterioso bajo el agua. Siempre lo era, pero uno se sentía a gusto. Los rayos del sol oscilaban bajo la superficie rizada, produciendo cambiantes cortinas de luz, que se extendían entre los pies de la plataforma y creaban una excelente visibilidad. Las numerosas cargas de explosivos ya estaban colocadas, cartuchos de unos cinco centímetros de diámetro por ocho de largo, sujetos al acero con alambres y colocados para que estallacen hacia dentro. Kelly dedicó bastante tiempo para inspeccionar cada uno, empezando por la primera hilera por encima del fondo. 1o hizo a pesar de que no deseaba permanecer allí abajo mucho tiempo, al igual que tampoco lo deseaban los otros. Los hombres que iban detrás llevaban el cable principal, con el que iban envolviendo los cartuchos. Ambos eran de la zona y ambos eran hombres experimentados de la brigada de demoliciones submarinas, con una preparación equiparable a la de Kely. Kelly verificaba el trabajo de los dos y ellos le verificaban a él, pues la prudencia y la meticulosidad eran las características de esos hombres. Terminaron el nivel inferior en veinte minutos y ascendieron lentamente al superior, a tres metros bajo la superficie, donde repitieron el procedimiento, lenta y cuidadosamente. Cuando uno manipula, explosivos, no se da prisas ni quiere correr riesgos.

El coronel Robin Zacharias se concentraba en. la tarea inmediata. En la cima de la siguiente cadena de montañas había una base de lanzamiento de misiles SA-2 desde allí habían disparado tres proyectiles que ahora iban en busca de los cazabombarderos a los que el coronel había venido a proteger. En el asiento trasero del F-105G Thunderchief iba Jack Tait su ««oso», un teniente coronel especializado en la iluminación de defensas. Los dos hombres habían contribuido a desarrollar la teoría que ahora estaban perfeccionando. Zacharias pilotaba el caza Wild Weasel exponiéndose, procurando disparar, para luego ocultarse bajo el proyectil, acercándose a la base de lanzamiento. Era un juego

perverso y mortal, no el del del cazador y su presa sino el del cazador y el cazador: un juego corto, breve, caracterizado por su fragilidad ante un adversario cuya posición era estable, sólida v bien fortificada. Aquella base había sido asignada a los hombre encargados de proteger los flancos de la escuadrilla. El comandante de la base era demasiado bueno a la hora de utilizar su radar, pues sabía cuándo debía conectarlo y apagarlo. Quien-quiera que fuese aquel cabroncete, la semana pasada había derribado dos de los cazas que estaban bajo su mando, por lo que el coronel Robin Zacharias había decidido encargarse personalmente de la misión cuando le llegó la orden de atacar de nuevo esa zona. Aquélla era su especialidad:

determinar, penetrar y destruir las defensas antiaéreas; un juego amplio, rápido y tridimensional, en el que el premio era la supervivencia.

Sobrevolaba la zona en vuelo rasante, sin elevarse por encima de los ciento cincuenta metros, controlando con el tacto de su mano la palanca de mando mientras escudriñaba con la vista las cumbres calcáreas de las colinas, sin dejar de prestar atención a lo que le decía el hombre a sus espaldas.

-Lo tenemos en el nueve, Robin -dijo Jack Aún nos sigue rastreando, pero no nos ha detectado. Búrlalo con una maniobra en espiral.

«No le vamos a soltar un Shrike -pensó Zacharias-. Fue eso lo que hicieron la última vez y ese cabrón se las arregló para desviarlo.» Ese error le había costado un comandante, un capitán y un avión; un buen equipo, además de un compañero oriundo de Salt Lake City, Al Wallace..., amigos desde hacía muchos años... ¡Maldita sea! Apartó ese pensamiento, sin reprocharse siquiera esa minúscula blasfemia,

-Démosle de nuevo gusto -dijo Zacharias, tirando de la palanca de mando.

El Thunderchief ascendió repentinamente y se situó dentro del campo de acción del radar de la base, manteniéndose allí a la espera. El comandante de la base probablemente era un hombre entrenado por los rusos. No sabría cuántos aviones había derribado ya -tan sólo que habían sido muchos-, pero ese hombre debía sentirse orgulloso por lo que había hecho, y el orgullo era algo mortal en ese oficio.

–Lanzamiento... dos, dos lanzamientos válidos –informó Tait desde el asiento trasero.

–¿Sólo dos? –inquirió el piloto.

–Quizá tiene que pagarlos de su bolsillo –comentó fríamente Tait–. Los tengo en el nueve. Ha llegado el momento de hacer alguna pirueta milagrosa, Rob.

–¿Como ésta? –preguntó Zacharias, girando a la izquierda para no perder de vista a los proyectiles, y metiéndose luego entre ellos para dejarse caer en picado, zigzagueante. Lo había planificado bien y logró ocultarse tras unas colinas. Se retiró, situándose a una altitud peligrosamente baja, mientras los misiles SA-2 daban palos de ciego a unos mil doscientos metros sobre su cabeza.

–Creo que ha llegado el momento –dijo Tait.

–Tienes razón –repuso Zacharias, girando bruscamente a la izquierda, al tiempo que preparaba sus bombas de dispersión.

El F-105 pasó en vuelo rasante sobre la cumbre, dejándose caer de nuevo en picado, mientras el coronel escudriñaba con la mirada la próxima cumbre, situada a diez kilómetros y cincuenta segundos de distancia.

–Aún tiene encendido el radar –informó Tait–. Sabe que nos acercamos.

–Pero sólo le queda uno a la izquierda. A menos que su personal de recarga se encuentre hoy realmente en forma. Bueno, no se puede prever todo.

–Ligero fuego antiaéreo a las diez en punto. –Aunque estaba demasiado lejos como para que resultase preocupante, eso indicaba el rumbo que no debían tomar–. Allí está la meseta.

Quizá pudieran verle, quizá no. Lo más probable era que su avión no fuese más que un puntito de luz danzante en medio de una pantalla repleta de señales confusas que en ese momento algún operador de radar se afanaba por descifrar. El Thunderchief sobrevolaba la zona en vuelo rasante a una velocidad jamás alcanzada por ningún ingenio humano y su pintura de camuflaje en la superficie exterior resultaba muy eficaz. Probablemente lo estarían buscando. Ahora contaba con una muralla de interferencias, lo que formaba parte del plan que había ideado para el otro caza Weasel. Las tácticas estadounidenses corrientes consistían en acercarse a una altitud media y picar abruptamente. Sin embargo, ya habían ensayado ese método en dos ocasiones y habían fracasado, por lo que Zacharias decidió cambiar de técnica. Volando a baja altura se había colocado en posición de tiro, luego el otro cazabombardero remataría la faena. Su misión consistía en destruir el carro del comandante con el comandante dentro. El Thunderchief giró a izquierda y derecha, elevándose y descendiendo, para impedir

a quienquiera que estuviese allí abajo una cómoda posición de disparo. Uno no podía desentenderse todavía de los proyectiles.

–¡Ya tenemos la estrella! –dijo Robin.

En el manual de los misiles SA-2, escrito en ruso, se recomendaba emplazar seis lanzacohetes alrededor de un punto central de control, por lo que, con sus caminos de enlace, la típica base de los SA-2 parecía exactamente una estrella de David. Aquello se le antojaba blasfemo al coronel, pero fue otra clase de pensamiento el que le rondó la mente cuando situó el carro del comandante en el centro de su visor.

–¡Seleccionar objetivo! –exclamó, ratificándose a sí mismo la acción. En los últimos diez segundos mantuvo al avión firme como una roca–. ¡Apuntad bien... fuego... ahora!

Cuatro de las bombas, que nada tenían de aerodinámicas, salieron disparadas en caída libre de los compartimentos de eyección del cazabombardero, se abrieron en el aire y esparcieron millares de municiones por toda la zona. Antes de que la metralla llegase al suelo, el coronel ya se había alejado considerablemente de la base. No vio a los soldados que corrían buscando refugio en las trincheras, pero se mantuvo a baja altura, realizó un giro brusco a la izquierda y regresó para cerciorarse de que había acabado con esa base de una vez para siempre. Ya a cinco kilómetros de distancia divisó una enorme columna de humo en el centro de la estrella.

«Eso es por Al», se permitió pensar. No cantaba victoria, simplemente lo pensó, mientras enderezaba el avión y echaba una rápida ojeada antes de abandonar la zona. Ya podría acudir la fuerza de asalto, pues la batería de misiles tierra-aire había quedado inutilizada. Eligió una hendidura en la serranía y se lanzó directamente hacia ella, manteniendo el ángulo de MachI, en línea recta y posición horizontal, ahora que el peligro había pasado. «A casa, a celebrar las Navidades.»

De pronto, unas señales rojas que emergían del angosto paso le sobresaltaron. Se suponía que no debían estar allí. No había posibilidad alguna de desviarse, lo único que podía hacer era avanzar. Hizo un movimiento brusco, en un intento de evitar lo que se le venía encima, tal como había previsto el artillero, mientras el cuerpo del avión pasaba a través de la oleada de fuego. Se produjo un violento estremecimiento y en un breve instante la buena fortuna se transformó en el infierno.

- ¡Robin! -exclamó una voz jadeante por el interfono, mientras las alarmas aullaban enloquecidas y en ese instante fatal Zacharias supo que su avión estaba perdido.

Las cosas se pusieron peor aún antes de que pudiese reaccionar. El motor estalló en llamas y a continuación el Thunderchief empezó a girar alrededor de su eje vertical, por lo que el coronel supo que había perdido los controles. Su reacción fue instantánea: ordenó a gritos la expulsión, pero un nuevo quejido a sus espaldas le hizo volverse precisamente cuando tiraba de los mandos, aun a sabiendas de que ese gesto resultaría inútil. La última imagen que tuvo de Jack Tait fue un reguero de sangre en el asiento, y en ese momento sintió que se le arrancaba la espalda con un dolor jamás experimentado.

-¡Adelante! -dijo Kelly, lanzando una bengala.

Desde otra lancha empezaron a arrojar al agua pequeñas cargas de explosivos para alejar a los peces de la zona. Kelly se quedó vigilando y esperó cinco minutos, luego miró al socorrista.

- La zona está despejada.

- ¡Fuego en el hoyo! -exclamó Kelly, y lo repitió tres veces, como si pronunciase un ensalmo.

A continuación accionó la palanca del detonador. El resultado fue gratificante: el agua alrededor de los pies de la plataforma se convirtió en un torbellino de espuma cuando las columnas en que se sustentaba la plataforma de perforación submarina fueron partidas por abajo y por arriba. La caída fue sorprendentemente lenta. Toda la estructura resbaló en una

única dirección. Se produjo una salpicadura gigantesca al golpear la plataforma contra la superficie del agua, y durante unos instantes pareció como si el acero pudiese flotar. Pero no era así. Aquel diáfano conjunto de frágiles vigas retorcidas se hundió, desapareciendo de la vista, y fue a reposar a las profundidades del mar. Un nuevo trabajo concluido con éxito.

Kelly desconectó los cables del generador y los arrojó por la borda.

-Un anticipo de dos semanas. Supongo que deseaba realmente esta gratificación -dijo el ejecutivo, un ex piloto de combate de la Armada, quien, a pesar de la pérdida de la plataforma, sabía apreciar un buen trabajo rápidamente ejecutado. De todas formas, el petróleo no había fluido en ningún momento-. Dutch no se equivocaba con respecto a usted.

- El almirante es una buena persona. Está haciendo muchísimo por Tish y por mí.

- Sí, durante dos años compartimos el condenado oficio de piloto de caza. Habla muy bien de usted. -Al ejecutivo le gustaba trabajar con personas que tuviesen experiencias no muy distintas de las suyas. Ya había olvidado, en cierto modo, los horrores del combate-. Por cierto, ¿qué es eso? -añadió, señalando el tatuaje que llevaba Kelly en un brazo: una foca roja sentada sobre sus aletas posteriores y enseñando los colmillos en una mueca insolente.

-Pues es algo que todos hacíamos en mi unidad -explicó Kelly con la mayor brusquedad de que fue capaz.

- ¿Qué unidad era ésa?

-Lo siento pero no puedo decirlo -contestó Kelly, acompañando sus palabras de una sonrisa para suavizar su negativa.

-Apostaría a que tiene algo que ver con la fuga de prisioneros... pero... dejémoslo. -Un ex oficial de la marina tenía que respetar las reglas-. Bien, tendrá el cheque en su cuenta bancaria antes de que finalice la jornada, señor Kelly. Llamaré por radio para que su esposa venga a recogerle.

Entre las mujeres que se encontraban en la tienda La Cigüeña, Tisk Kelly resplandecía en su estado de futura mamá. No hacía ni tres meses y todavía podía ponerse cualquier prenda; bueno, casi cualquiera. Era demasiado pronto para comprarse algo especial, pero disponía de tiempo libre y quería ver qué ofrecía la moda. Dio las gracias a la dependienta, tras haber decidido que por la tarde traería a John, al que le agradaría ayudarla a elegir algo para ella. Ahora ya había llegado el momento de ir a recogerle. El automóvil Plymouth en que habían venido de Maryland estaba aparcado frente a la tienda y Tish ya se había acostumbrado a conducir por las calles de aquella ciudad costera. En comparación con las frías lluvias otoñales del lugar donde vivían, el estar en la costa del golfo de México resultaba un cambio muy placentero; allí el verano sólo se iba realmente durante unos días. El Plymouth se dirigió fluidamente hacía el sur, donde se encontraban las inmensas dependencias auxiliares de la compañía petrolífera. Incluso los semáforos estaban a su favor. Uno de ellos se puso en verde en un momento tan oportuno, que Tish ni siquiera necesitó pisar el freno.

El conductor del camión frunció el entrecejo cuando se encendió la luz amarilla. Llevaba retraso e iba con demasiada prisa, pero se estaba acercando al final de su viaje de mil kilómetros desde Oklahoma; pisó entonces los pedales del embrague y el freno con una expresión de fastidio que se trocó en sorpresa cuando ambos se hundieron hasta el fondo sin ofrecer resistencia. La carretera estaba despejada por delante, así que siguió recto, puso una marcha más corta para aminorar la velocidad e hizo sonar el claxon. «¡Oh, Dios, Dios mío, te lo suplico, no...!»

TisK no le vio venir. Ni siquiera llegó a volver la cabeza. El automóvil surgió resueltamente por la calle lateral del cruce y al camionero le quedaría grabada en la memoria la imagen del perfil de una joven que desaparecía bajo el capó de su potente motor diesel. Luego hubo una terrible sacudida y un escalofriante movimiento ascendente mientras el coche era triturado bajo las ruedas delanteras del camión.

En toda esa situación, lo más terrible para Pam era no sentir nada. Helen era su amiga. Helen se estaba muriendo y ella sabía que debería sentir algo, pero no podía. El cuerpo estaba

maniatado y tenía la boca amordazada, pero eso no le impedía gemir mientras Bill y Rick se entregaban a su tarea. La respiración lograba abrirse paso y, aun cuando no podía mover los labios, emitía los sonidos de una mujer a punto de expirar. Aquel camino hacia la muerte tenía su precio, y ella habría de pagarlo por adelantado. Rick, Bill, Burt y Henry eran los encargados de cobrarlo. Trataba de convencerse a sí misma de que se encontraba realmente en otro sitio, mientras aquellos horripilantes resuellos de asfixia evitaban que su mirada y su conciencia captaran lo que se había convertido en realidad: Helen se había portado mal. Helen había tratado de escapar, cosa que los otros no podían consentir. Era algo que habían explicado más de una vez y que ahora explicaban de nuevo, de un modo que, como dijo Henry, sería imposible de olvidar. Pam sintió una punzada en el lugar donde le habían roto las costillas y recordó la lección aprendida. Sabía que nada podía hacer, salvo sostener la mirada fija de Helen. Trató de transmitir simpatía a aquellos ojos clavados en ella, pero no osó ir más allá. De repente, Helen dejó de gemir y Pam supo que todo había terminado, de momento. Ahora podía al fin cerrar los ojos y preguntarse cuándo le llegaría el turno.

No era el primer cadáver que se veía obligado a identificar, pero Kelly había llegado a creer que esas experiencias pertenecían a su pasado. Había otras personas allí para sostenerle, pero no desfallecer no era lo mismo que sobrevivir, y no había consuelo alguno en un momento como ése. Abandonó la sala de urgencias, bajo las miradas de los médicos y de las enfermeras. Habían llamado a un sacerdote para que diese la extremaunción y dijese unas palabras que sabía que no eran oídas. Un agente de policía le explicó que el camionero no había tenido la culpa. Habían fallado los frenos. Un fallo mecánico. Nadie tenía la culpa, en realidad. Simplemente había ocurrido. Como él mismo había intentado explicar tantas veces a personas inocentes por qué acababa de desaparecer la parte más importante de su mundo, como si eso importara algo. Ese Kelly tiene agallas, pensó el policía, y eso le hace vulnerable. Su esposa y su hijo aún no nacido, a quienes habría protegido en cualquier circunstancia, muertos en un accidente. No se podía culpar a nadie. El camionero, también padre de familia, se encontraba en el hospital, y le habían administrado sedantes; tras el accidente se había metido bajo el camión, en la esperanza de encontrar a la mujer aún con vida. No había manera de ayudar a un hombre como Kelly, que habría aceptado el infierno antes que eso; porque él había visto el infierno. Lo había visto, pero había más de un infierno, y hasta ahora no los había visto todos.

1. ENFANT PERDU

Mayo

Jamás supo por qué había parado. Kelly detuvo su Scout en el arcén sin ser consciente de lo que hacía. La mujer no estaba haciendo autostop. Se encontraba simplemente de pie, junto a la cuneta, contemplando los automóviles que pasaban a toda velocidad, levantaban el polvo del pavimento y dejaban tras de sí una estela de gases. Su postura era la de un autopista, con una rodilla flexionada y la otra estirada. Sus ropas se veían gastadas y la mochila le colgaba displicentemente de un hombro. Sus cabellos de color ámbar, que le caían hasta los hombros, ondeaban al viento, agitados por las ráfagas que producía el tráfico. Su rostro era inexpresivo, pero Kelly no se fijó en eso hasta que hubo pisado el freno y sorteado el escollo de la grava resbaladiza del arcén. Se preguntó si no debía olvidar aquello y reanudar la marcha, pero luego decidió que ya se había comprometido a algo, aunque sin saber exactamente a qué. La chica siguió con la mirada al vehículo blanco y, cuando Kelly la miró por el retrovisor, se encogió de hombros y se encaminó hacia el automóvil con cansina

indiferencia. La ventanilla del asiento de pasajero estaba bajada y, a los pocos instantes, la mujer asomaba la cabeza.

–¿Adónde va? –preguntó la mujer.

Eso sorprendió a Kelly. Pensó que la primera pregunta (¿Quiere que la lleve?) le correspondía a él. Kelly titubeó unos instantes, contemplándola. Veintiún años, quizá, pero de rasgos envejecidos. No tenía el rostro sucio, pero tampoco limpio, quizá por el viento y el polvo de la carretera. Llevaba una camisa de algodón, de hombre, que parecía no haber sido planchada durante meses, y tenía el cabello revuelto. Pero lo que más le sorprendió fueron sus ojos. De un color verde grisáceo, atractivos, parecían atravesarle, escudriñando algo en la lejanía... ¿Escudriñando qué?, se preguntó. Ya había visto antes esa mirada, con harta frecuencia, pero sólo en hombres. En hombres hastiados de la vida. El mismo había tenido esa mirada, recordó Kelly, y en tales ocasiones jamás era consciente de lo que veían sus ojos. Aunque rara vez tenía una mirada diferente a ésa.

–De regreso a mi barco –respondió finalmente, sin saber qué otra cosa decir.

La expresión en los ojos de la joven cambió rápidamente

. –¿Tiene un barco? –preguntó.

Los ojos de la joven brillaron como los de una niña, irradiando una sonrisa que se extendió por todo su rostro, como si él tuviese que dar pronta respuesta a una pregunta importante. Tenía un gracioso hueco en sus dientes frontales, advirtió Kelly.

– Uno de doce metros de eslora, un crucero diesel. –Kelly señaló la parte trasera de su Scout, completamente repleta de cajas de cartón y comestibles–. ¿Desea acompañarme? –preguntó, también esta vez de un modo irreflexivo.

– ¡Por supuesto! –respondió la joven, y, sin esperar una nueva invitación, abrió la puerta y dejó caer su mochila delante del asiento del pasajero.

Reincorporarse al tráfico era tarea harto peligrosa. Corto de distancia entre ejes y corto también de potencia, no había sido fabricado para correr por una autopista, y Kelly tenía que concentrarse. El coche no era lo suficientemente rápido como para circular por otro carril que no fuese el de la derecha y, con todos los vehículos que entraban y salían de los cruces, Kelly tenía que prestar mucha atención, ya que el Scout no era lo bastante ágil como para sortear a aquellos idiotas que se dirigían hacia el océano o a donde demonios se dirigiese la gente en un fin de semana de tres días.

«¿Desea acompañarme?», había preguntado él, y ella había contestado «¡Por supuesto!», recordó. «¿Qué demonios pretendes?», se había preguntado a sí mismo. Contrariado, Kelly lanzó una mirada ceñuda al tráfico porque no sabía la respuesta, pero había también un montón de preguntas que se había hecho en los últimos seis meses y cuyas respuestas no conocía. Ordenó a su mente que se serenase y se dedicara a vigilar el tráfico, aunque ésta mantuvo su interrogatorio en una especie de persistente rumor de fondo. La mente, a fin de cuentas, rara vez obedece sus propias órdenes.

El puente del Memorial Day, pensó. Los automóviles que le rodeaban iban repletos de personas que corrían hacia sus hogares desde sus puestos de trabajo y de personas que hacían el recorrido inverso. Los niños pegaban sus rostros a las ventanillas traseras para mirar hacia fuera. Algunos le hicieron señas, pero Kelly fingió no darse cuenta. Resultaba duro carecer de alma, especialmente cuando se podía recordar haber tenido una.

Kelly se pasó la mano por la mandíbula, sintiendo esa textura de papel de lija que le recordaba que no se había afeitado. Hasta tenía las manos sucias. Nada tenía de extraño que le hubiesen tratado de aquel modo en la tienda de ultramarinos. «Te estás abandonando, Kelly.»

«Es cierto. Pero ¿a quién demonios le importa?»

Volvió la cabeza para contemplar a su invitada y se percató de que no sabía cómo se llamaba. Se la iba a llevar al barco y ni siquiera sabía su nombre. Asombroso. La chica miraba fijamente hacia delante; su rostro reflejaba serenidad. Tenía un bello perfil. Era delgada –quizá esbelta fuese la palabra adecuada–, sus cabellos se encontraban a mitad de camino entre el rubio y el castaño. Llevaba unos tejanos gastados, desgarrados en algunas partes y que

habrían iniciado su vida en una de esas tiendas que cobran una suma extra por venderte vaqueros ya desteñidos de origen... o lo que fuese que hiciesen con ellos. Kelly ni lo sabía ni le importaba. Una cosa menos de la que preocuparse.

«¡Dios!, ¿cómo has podido hundirte de este modo?», le preguntó su mente. Sabía la respuesta, pero ésta no constituía una explicación exhaustiva. Diferentes partes del organismo de John Terrence Kelly conocían las distintas fases de toda la historia, pero jamás habían llegado a juntarse y, de ese modo, los dispersos fragmentos de lo que en otros tiempos había sido un hombre duro, inteligente y decidido zozobraban en un mar de confusión... ¿Y de desesperación? Había sido un pensamiento feliz.

Recordó lo que había sido en otras épocas. Recordó todas las situaciones a las que había sobrevivido, asombrándose de haberlo conseguido. Y quizá el peor tormento era no entender lo que realmente había salido mal. Sabía, por supuesto, lo que había ocurrido, pero todas aquellas cosas habían ocurrido desde el exterior y de algún modo él había perdido la facultad de discernir, lo que le dejó con vida, pero confundido y apático. Funcionaba como un piloto automático. Era algo que sabía, pero desconocía en qué momento el destino lo había cogido en sus garras.

La chica, quienquiera que fuese, no hacía nada por entablar conversación, y eso estaba bastante bien, se dijo Kelly, aun cuando intuía que había algo que debería conocer. Y esa intuición le llegó completamente por sorpresa. Como algo instintivo, y siempre se había fiado de sus instintos, de ese escalofrío de alarma en la nuca y en los antebrazos. Paseó la mirada por el tráfico y no advirtió ningún peligro en particular aparte de los demás automóviles, con demasiado motor bajo el capó y muy poco cerebro al volante. Su mirada escudriñó minuciosamente el entorno pero no encontró nada. Sin embargo, la señal de alarma no desaparecía y Kelly se descubrió escrutando el espejo retrovisor sin razón aparente, mientras su mano izquierda se deslizaba entre las piernas y encontraba la rugosa empuñadura del colt automático que pendía oculto bajo el asiento. Su mano acarició el arma involuntariamente.

«Y bien, ¿por qué demonios has hecho eso?» Kelly retiró la mano y, con una mueca de desconcierto, atribuyó el hecho a su confusión de sentimientos y a sus ilógicas reacciones. Pero no dejó de mirar de soslayo el retrovisor: tan sólo la mirada normal para vigilar el tráfico. Con esa mentira se consoló durante los siguientes veinte minutos.

El embarcadero era un hormiguero de actividad. El fin de semana de tres días, por supuesto. Los automóviles pasaban zumbando alrededor, a demasiada velocidad para ese aparcamiento tan pequeño y tan mal pavimentado, y es que cada conductor trataba de evadirse del ajetreo del viernes, a la vez que contribuía, desde luego, a crearlo. Al menos allí el Scout encontraba su plena justificación. La holgura y la visibilidad de su gran altura sobre el suelo otorgaban a Kelly ventaja cuando maniobraba hacia el muelle del Springer; giró en redondo para dar marcha atrás hasta la grada, donde había dejado su barco seis horas antes. Era un alivio estacionar, subir las ventanillas y cerrar el coche. Su aventura en las autopistas había terminado y le llamaba la seguridad de las aguas que desconocían los senderos.

El Springer era un yate impulsado por dos motores diesel, de doce metros de eslora y construido por encargo, pero muy parecido en sus líneas y en su diseño interior al Pacemaker Coho. No era especialmente bello, tenía dos camarotes bastante amplios y el salón de en medio podía convertirse fácilmente en un tercero. Los diesels eran grandes y no estaban sobrealimentados, ya que Kelly prefería disponer de motores grandes y potentes a los que no hubiese que forzar. Tenía un radar de la marina de alta calidad, toda clase de equipos de comunicación e instrumentos de ayuda a la navegación normalmente reservados para la pesca en alta mar. El revestimiento de fibra de vidrio se veía inmaculado y no había ni una mancha de orín en las barandillas cromadas, pese a que se había negado a recubrirlas del barniz que utiliza la mayoría de los propietarios de yates, ya que le parecía que no merecía la pena malgastar tiempo en su mantenimiento. El Springer era un barco de trabajo, o al menos eso se suponía.

Kelly y su invitada se apearon del coche. Kelly abrió la portezuela del compartimiento

de carga y se dedicó a llevar a bordo los paquetes. La joven tuvo el suficiente buen sentido como para permanecer a un lado.

– ¡Eh, Kelly! –llamó una voz desde el puente de mando.

– ¡Sí, Ed! ¿Qué pasa?

–El manómetro estaba estropeado. Y las escobillas del generador parecían algo desgastadas, así que las cambié, pero creo que se trataba del manómetro. También lo cambié.

Ed Murdock, mecánico en jefe del embarcadero, miró hacia abajo y divisó a la chica cuando empezó a descender por la escalera. Murdock tropezó en el último peldaño y estuvo a punto de darse de bruces contra el suelo por la sorpresa. Por la expresión de su rostro se advertía que el mecánico había evaluado rápidamente a la chica y dado su aprobación.

- ¿Algo más? -preguntó irónicamente Kelly.

- Los tanques están llenos y los motores calientes -dijo Murdock, volviéndose hacia su cliente-. Todo está en la factura.

- Muy bien, gracias, Ed.

-¡Ah, sí!, Chip me encargó que te dijera que hay un interesado por si te decides alguna vez a vender...

- En modo alguno, Ed -le interrumpió Kelly.

- Es una joya, Kelly -dijo Murdock, mientras recogía sus herramientas y se alejaba esbozando una sonrisa, satisfecho consigo mismo por su frase de doble sentido.

Kelly necesitó unos segundos para captarla. Eso le provocó un gruñido tardío de semirregocijo mientras descargaba los últimos víveres en el salón.

- ¿Qué hago? -preguntó la chica. Se había limitado a permanecer de pie, y Kelly tuvo la impresión de que temblaba un poco, y de que trataba de ocultarlo.

- Siéntate ahí delante -dijo Kelly, señalando el puente de mando-. Necesitaré un par de minutos para que todo se ponga en funcionamiento.

- Está bien.

La joven le dirigió una sonrisa capaz de derretir el hielo, como si supiese exactamente cuál era una de las necesidades de Kelly.

Kelly se dirigió a su camarote de popa, satisfecho de que al menos mantenía aseado su barco. La cabina de proa también estaba limpia; Kelly se descubrió mirándose en el espejo y preguntándose:

- ¿Y bien, qué demonios pretendes hacer ahora?

No hubo respuesta inmediata, pero las normas elementales de educación le exigían lavarse, y eso fue lo que hizo. Dos minutos después entraba al salón. Revisó las cajas de los víveres para asegurarse de que estaba bien colocadas y luego subió al puente de mando.

-Olvidé preguntarle algo... -empezó Kelly.

-Pammy -dijo la chica, extendiendo la mano-. ¿Y usted?

- Kelly -contestó, quedándose perplejo una vez más. -¿Adónde vamos, señor Kelly?

- Kelly a secas -la corrigió, guardando de momento las distancias, como solía hacer con la gente desde hacía mucho tiempo. Pam se limitó a encogerse de hombros y le sonrió de nuevo. -Muy bien, Kelly, ¿adónde?

- Poseo una pequeña isla a unas treinta...

-¿Tiene una isla? -exclamó la joven, abriendo desmesuradamente los ojos.

-Así es.

En realidad sólo la había tomado en arriendo, pero Kelly no lo consideraba digno de mención desde hacía bastante tiempo.

- ¡Vámonos! -exclamó entusiasmada la chica, volviéndose para mirar la costa.

Kelly soltó una carcajada.

- ¡De acuerdo, vamos allá!

Kelly puso en funcionamiento las bombas de sentina. El Springer tenía dos motores diesel y Kelly no tenía que preocuparse por la formación de gases, pero pese a todo su hastío y a la dejadez a que se había habituado en los últimos tiempos, Kelly era un marino y su vida

en el mar se regía por una rutina estricta, en la que observaba todas las normas de seguridad que estaban grabadas en la sangre de hombres incluso menos prudentes que él. Tras esperar los dos minutos de rigor, apretó el botón para encender el motor de babor y luego el de estribor. Los dos enormes Detroit Diesel roncaron a la vez y retumbaron ensordecedoramente, cobrando vida mientras Kelly inspeccionaba los manómetros. Todo parecía en orden.

Abandonó el puente de mando para ir a soltar las amarras, y luego regresó y empujó las palancas de las válvulas reguladoras para separar su barco del muelle, mientras controlaba la corriente y el viento -poco había de ambas cosas- y vigilaba las otras embarcaciones. Kelly aceleró un nudo más el motor de babor mientras giraba el timón, haciendo que el Springer virase más rápidamente y se deslizase por el angosto canal, y luego enderezó

la marcha. A continuación aceleró el motor de estribor e imprimió a la embarcación una elegante velocidad de cinco nudos por hora cuando pasó por delante de las filas de veleros y yates a motor. Pam se dedicaba a contemplar los barcos que había alrededor, principalmente sus popas, luego fijó la vista por unos instantes en el aparcamiento antes de volver a mirar hacia delante, con lo que su cuerpo se relajó aún más.

– ¿Entiende algo de barcos? –preguntó Kelly.

- No mucho –admitió la chica, y por primera vez Kelly advirtió su acento.

–¿De dónde es?

–De Texas. ¿Y usted?

–Nací en Indianápolis, pero de eso hace muchísimo tiempo. –¿Qué es esto? –preguntó la joven, extendiendo una mano para tocar el tatuaje que llevaba Kelly en el antebrazo.

– Es de uno de los lugares donde he estado. No era un sitio muy agradable –añadió.

–! Oh!, Vietnam.

La chica lo había entendido.

– Exactamente –asintió Kelly con tono flemático.

Habían salido de la dársena y Kelly aceleró los motores.

– ¿Y qué hacía allí?

– Nada que se pueda contar a una dama –contestó Kelly, mirando alrededor desde su posición encorvada.

–¿Qué le hace pensar que soy una dama?

De nuevo le había pillado, pero ya se estaba acostumbrando. Se había dado cuenta de que necesitaba hablar con una chica, no importaba de qué tema. Por primera vez Kelly le devolvió la sonrisa.

– Bien, no sería cortés de mi parte el suponer que no lo es.

– Me estaba preguntando cuánto tiempo necesitaría para sonreír.

«Sonríe de un modo muy agradable», le dijo el tono de su voz.

«¿Qué tal seis meses?», estuvo a punto de contestar, pero se echó a reír de sí mismo, algo que también necesitaba hacer.

–Lo siento. Me temo que no estoy resultando una compañía agradable.

Kelly se volvió para contemplarla de nuevo y la miró a los ojos con expresión compasiva. Tan sólo advirtió una mirada de serenidad, una mirada muy humana y femenina. Kelly se estremeció. Presentía lo que iba a ocurrir, pero no le agradó recordar que aquello era algo que necesitaba desesperadamente desde hacía meses. La soledad ya era bastante dolorosa de por sí como para, encima, ponerse a reflexionar sobre los sufrimientos que producía. La chica extendió de nuevo la mano, aparentemente para tocarle el tatuaje, pero aquel gesto era mucho más que eso. Su contacto resultó asombrosamente cálido, incluso bajo el ardiente sol de la tarde. Quizá era una prueba de lo fría que se había vuelto su vida.

Pero Kelly tenía un barco que pilotar. Un mercante navegaba a unos mil metros por delante. Kelly iba ahora a plena potencia de crucero y los guardianes del timón se habían acoplado automáticamente, alcanzando un ángulo eficiente de navegación y una velocidad de dieciocho nudos. La marcha fue suave hasta que entraron en la estela del buque mercante. Kelly giró a babor para evitar lo peor del oleaje y el Springer comenzó a dar cabezadas,

hundiéndose y emergiendo hasta un metro por encima de las aguas.

El mercante se alzó sobre ellos como un risco cuando lo adelantaron.

–¿Hay algún sitio donde poder cambiarme?

–Mi camarote está en popa. Puede ir al de proa, si lo prefiere.

–¿De veras? –inquirió la joven con una risita pícara–. ¿Y por qué habría de hacerlo?

–¿Perdón?

De nuevo le había pillado por sorpresa.

Pam bajó al camarote, sujetándose de las barandillas y acarreando su mochila. Desde luego no llevaba mucha ropa encima, pero a los pocos minutos reapareció llevando aún menos, tan sólo unos pantaloncitos rojos y un sostén, sin calzado y visiblemente más relajada. Tenía piernas de bailarina, advirtió Kelly, esbeltas y muy femeninas. También muy pálidas, cosa que le sorprendió. El sostén, deshilachado en los bordes, no le ajustaba. Quizá había perdido peso recientemente, o se lo había comprado deliberadamente de una talla más grande, pero el caso es que dejaba al descubierto una parte de sus pechos. Kelly se sorprendió a sí mismo mirando de soslayo y reprendiéndose por su mirada lasciva. Pero Pam se lo puso fácil. La joven le cogió del hombro y se sentó erguida frente a él. Y al mirarla desde arriba, Kelly podía atisbar por el sostén todo lo profundamente que deseaba.

-¿Te gustan? -le preguntó.

Kelly se quedó de una pieza. Emitió unos encantadores sonidos de azoramiento y antes de que pudiera articular palabra la chica había soltado una carcajada. Pero su risa no iba dirigida a él. Estaba haciendo señas a la tripulación del buque de carga. Los hombres respondieron agitando los brazos. Se trataba de un buque italiano; sobre la barandilla de popa se inclinaba una media docena de hombres, uno de los cuales envió un beso a Pam. La chica se lo devolvió.

Kelly sintió celos.

Giró el timón a babor y el Springer cruzó la estela del buque de carga. Al pasar por delante del puente del buque hizo sonar la bocina. Era lo que debía hacerse, aunque pocos barcos pequeños lo hacían. En esos momentos un oficial de guardia apuntaba con sus prismáticos hacia Kelly -en realidad miraba a Pam, por supuesto-. Se dio la vuelta y gritó algo en dirección a la timonera. Instantes después el potente silbato del buque de carga lanzaba sus notas de bajo, haciendo que la chica casi se cayera de su asiento.

Kelly se echó a reír y la joven hizo otro tanto. Pam se aferró al bíceps de Kelly. Este sintió uno de los dedos de la chica juguetear por su tatuaje.

- No parece...

Kelly hizo un gesto de asentimiento.

- Lo sé. La mayoría de la gente piensa que al tacto debería ser como una pintura o algo así.

- ¿Por qué te...?

- ¿Por qué me lo dejé tatuar? Todos en la unidad lo hacían. Incluso los oficiales. Supongo que era algo que debía hacerse. Una tontería, realmente.

-Me parece muy mono.

-Bueno, tú sí pareces muy mona.

-Dices cosas muy agradables, Kelly.

La joven se movió suavemente, rozando con sus pechos el brazo del hombre.

Kelly aminoró la marcha hasta una velocidad de crucero de dieciocho nudos mientras abandonaba el puerto de Baltimore. El carguero italiano era el único buque mercante que se divisaba y las aguas estaban tranquilas, tan sólo perturbadas por suaves rizos. Se mantuvo dentro del canal de navegación principal hasta salir a la bahía de Chesapeake.

-¿Tienes sed? -le preguntó la chica cuando pusieron rumbo sur. -Pues sí. En la cocina hay un frigorífico; se encuentra en...

- Ya lo he visto. ¿Qué te apetece?

- Prepara dos bebidas de cualquier cosa.

-Está bien -contestó ella.

Al incorporarse la joven, aquella sensación tan placentera le recorrió el brazo en sentido ascendente hasta el hombro.

- ¿Qué es eso? -preguntó la joven al volver con las bebidas.

Kelly se dio la vuelta e hizo una mueca de dolor. Se había sentido tan... feliz con la chica cogida a su brazo que había olvidado prestar atención a ciertas cosas. «Eso» era una tormenta, una masa de nubarrones que se alzaba a unas ocho o diez millas hacia el cielo.

-Parece que tendremos lluvia -dijo Kelly mientras cogía la cerveza que le tendía la chica.

-En mi infancia, a eso se le llamaba un tornado.

- Bien, pero no aquí. No lo es -replicó Kelly, paseando la mirada por el barco para cerciorarse de que no había ningún aparejo suelto. Bajo cubierta, lo sabía muy bien, todo estaba en orden, ya que siempre lo estaba. Luego encendió la radio y sintonizó una emisora que estaba emitiendo el pronóstico del tiempo, que terminaba con las advertencias de rigor.

-¿Este es un barco pequeño? -preguntó Pam.

-Lo es, desde un punto de vista técnico, pero no te preocupes. Sé lo que hago. Fui primer oficial.

-¿Qué es eso?

-Oficial de la Armada, eso es lo que es. Por lo demás, ésta es

una embarcación bastante grande. La travesía puede resultar algo agitada; eso es todo. Si estás nerviosa, hay chalecos salvavidas bajo tu asiento.

–¿Y tú, estás nervioso? –inquirió Pam.

Kelly sonrió y denegó con la cabeza.

–Está bien –concluyó la chica, volviendo a su postura anterior. Apretó su pecho contra el brazo de Kelly y descansó la cabeza en su hombro con expresión soñadora en la mirada, como si anticipase algo que tenía que suceder, con tormenta o sin ella.

Kelly no estaba preocupado –al menos por la tormenta–, pero no se sentía indiferente. Pasaron por delante del cabo Bodkin y prosiguieron rumbo este, siguiendo el canal de navegación. Kelly no viró hacia el sur hasta que se encontró en aguas suficientemente profundas. Cada dos o tres minutos se volvía para no perder de vista la tormenta, que ahora avanzaba directamente hacia él a una velocidad de unos veinte nudos por hora. Ya había ocultado completamente al sol. El hecho de que una tormenta se desplazase a gran velocidad significaba, en la mayoría de los casos, que sería violenta, y su nuevo curso hacia el sur significaba que el Springer no tardaría mucho en ser alcanzado por ella. Kelly se bebió la cerveza y decidió que no debía tomar otra. Sacó una carta enfundada en plástico y la sujetó sobre la mesa que había a la derecha del tablero de instrumentos. Marcó su posición con un rotulador y luego la verificó para cerciorarse de que su rumbo no le llevaría a aguas poco profundas: el Springer tenía un calado de un metro cuarenta, por lo que toda profundidad menor de dos metros y medio constituía un bajío. Satisfecho, estableció su ruta magnética y se relajó nuevamente. Su preparación era, después de todo, la mejor garantía contra el peligro y el falso sentimiento de seguridad.

–La tormenta se acerca –apuntó Pam con cierta intranquilidad mientras se apretaba más a Kelly.

–Puedes ir abajo, si lo deseas –dijo Kelly–. Lloverá y tendremos viento. Y daremos bandazos.

–¿No es peligroso?

–No, a menos que yo haga algo realmente tonto. Procuraré no hacerlo –le prometió.

–¿Puedo quedarme aquí y ver cómo es una tormenta? –preguntó la chica, que no tenía ganas de apartarse de su lado, aun cuando Kelly no sabía el motivo.

–Nos mojaremos –le advirtió.

–No importa.

La joven le sonrió cariñosamente, aferrándose aún más a su brazo. Kelly aminoró un

poco la marcha y enderezó el barco. No había ningún motivo de prisas. Y con las palancas de los estranguladores sacadas, tampoco tenía ya necesidad de utilizar las dos manos para los mandos. Pasó el brazo alrededor de la chica. Casi maquinalmente, Pam dejó descansar de nuevo la cabeza sobre su hombro y, pese a la tormenta que se avecinaba, de repente el mundo entero parecía estar en orden. O al menos eso fue lo que comunicaron sus emociones a Kelly. Su razón le decía otra cosa, pero esos dos puntos de vista no llegarían a reconciliarse. Su razón le recordaba que la joven que estaba a su lado era... ¿qué? Ni él ni su razón lo sabían. Sus emociones le decían que importaba un bledo lo que ella fuera. Ella era lo que él necesitaba. Pero Kelly no se dejaba gobernar por las emociones, por lo que aquel conflicto le hizo fijar la mirada en el horizonte.

–¿Algo va mal? –le preguntó Pam al advertir su expresión.

Kelly empezó a decir algo, luego se detuvo y se recordó a sí mismo que estaba solo en su yate con una hermosa chica. Dejó que sus emociones ganasen ese asalto e impusiesen un cambio.

–Me siento un poco confuso, pero no, nada va mal.

–Puedo explicarte que...

Kelly denegó con la cabeza.

–No te preocupes. Sea lo que sea, bien puede esperar. Relájate y disfruta de la travesía.

La primera ráfaga de viento se presentó instantes después, haciendo escorar el barco hacia babor. Kelly ajustó el timón para compensarlo. La lluvia llegó rápidamente. Las primeras gotas de advertencia pronto se vieron seguidas de sólidos chaparrones que se extendieron como cortinas de agua por la superficie de la bahía de Chesapeake. A los pocos minutos la visibilidad se había reducido a sólo un par de centenares de metros y el cielo oscureció como si estuviese a punto de caer la noche. Kelly se cercioró de que las luces de navegación estaban encendidas. Las olas empezaron a cobrar amenazadora altitud, impulsadas por lo que parecía un viento de treinta nudos por hora. La tormenta y las aguas azotaban directamente los baos. Pensó que podría continuar la marcha, pero en ese momento se encontraba en un buen lugar para echar el ancla, y no volvería a estar en un sitio así hasta dentro de cinco horas. Kelly echó otro vistazo a la carta y luego conectó el radar para verificar su posición: casi dos brazas de profundidad y un fondo de arena que la carta designaba como «HRD», por lo que era un buen suelo para sujetarse. Colocó al Springer de proa al viento y aminoró la velocidad hasta que la fuerza de las hélices bastaron para contrarrestar la fuerza impulsora del viento.

–Coge el timón –dijo a Pam.

–¡Pero si no sé!

–No es difícil. Limítate a mantenerlo firme y a gobernar la nave tal como te digo. He de ir a proa a echar las anclas. ¿De acuerdo?

–¡Ten cuidado! –exclamó para hacerse oír en medio del fragor del viento racheado. Las olas alcanzaban ahora el metro y medio de altura y la roda de la embarcación emergía y se hundía en las aguas. Kelly le dio un apretón en los hombros y se dirigió hacia la proa.

Kelly cuidaría de sí mismo, desde luego, pero las suelas de sus zapatos no resbalaban y conocía perfectamente su oficio. Avanzó sujetándose a la barandilla mientras rodeaba la superestructura y en un minuto alcanzó el puente de popa. Había dos anclas sujetas sobre cubierta, una Danforth y una CQR de tipo arado, ambas de gran tamaño. Primero arrojó la Danforth y luego hizo señas a Pam de que girase el timón hacia babor. Cuando la embarcación se hubo desplazado unos quince metros hacia el sur, arrojó también por la borda la CQR. Las cadenas de ambas anclas estaban colocadas ahora a la longitud apropiada, y después de cerciorarse de que todo estaba asegurado, Kelly regresó al puente de mando.

Pam mantuvo una expresión de nerviosismo hasta que vio a Kelly sentarse junto a ella en el banco de vinilo; había agua por todas partes y las ropas de ambos estaban completamente empapadas. Kelly desaceleró hasta dejar los motores en punto muerto, permitiendo así que el viento hiciese retroceder al Springer unos treinta metros. Para entonces

las dos anclas ya se habían hundido en el fondo. Kelly frunció el ceño al advertir la distancia entre ambas. Debería haberlas colocado algo más separadas. Pero en realidad sólo era necesaria un ancla. La segunda estaba allí por motivos de seguridad. Satisfecho, apagó los motores diesel.

–Podía haber luchado contra la tormenta durante todo el trayecto hacia el sur, pero preferí no hacerlo –explicó Kelly a la joven, que se había vuelto a acurrucar contra su brazo.

–¿Así que aparcaremos aquí para pasar la noche?

–Así es. Puedes bajar a tu camarote y...

–¿Quieres que me vaya?

–No..., quiero decir, si no te apetece quedarte aquí...

La chica le acarició el rostro y Kelly apenas pudo entender lo que ella contestó en medio del fragor del viento y la lluvia:

–Me gusta estar aquí. –Sus palabras no traslucían el menor deseo de llevarle la contraria.

Momentos después se preguntaba Kelly por qué aquello había requerido tanto tiempo. Todas las señales habían estado presentes. Se produjo otra breve discusión entre las emociones y la razón, y la razón perdió de nuevo. Nada había que temer, era sólo una persona tan solitaria como él. Qué fácil resultaba ahora olvidar. La soledad no nos dice lo que hemos perdido, tan sólo que echamos algo en falta. Kelly necesitaba aquello para poder reconocer su vacío. La joven tenía la piel empapada, pero su contacto era suave y cálido. Era algo muy diferente de la pasión alquilada que había probado en dos ocasiones durante los últimos meses, marchándose las dos veces disgustado consigo mismo.

Esto era distinto, real. La razón le gritaba advirtiéndole que aquello no podía ser, que la había recogido en la carretera y que sólo la conocía desde hacía unas horas. Pero las emociones le decían que eso no importaba. Como sabedora de aquel conflicto en la mente de Kelly, Pam se quitó el sostén por encima de la cabeza. Las emociones triunfaron.

–Me miran cariñosamente –dijo Kelly, extendiendo la mano y acariciándolos delicadamente.

También resultaban cariñosos al tacto. Pam colgó el sostén del timón y apretó su rostro contra el de Kelly, sujetándolo con ambas manos, tomando posesión de él de un modo inequívocamente femenino. Por alguna razón, el sentimiento de la joven no tenía nada de animal. Algo la hacía diferente. Kelly no supo lo que era, pero tampoco intentó descubrirlo, no en esos momentos.

Ambos se pusieron de pie. Pam estuvo a punto de resbalar, pero Kelly la sujetó y se arrodilló para ayudarla a quitarse los pantaloncitos cortos. Luego le tocó el turno a ella, que le desabrochó la camisa tras haber colocado las manos de Kelly sobre sus pechos. La camisa permaneció en su lugar durante un buen rato, ya que ninguno de los dos quería mover las manos, pero al final ella se la quitó, primero una manga y después la otra, y a continuación le bajó los vaqueros. Kelly se quitó el calzado. Ambos se pusieron de pie y se abrazaron, meciéndose al vaivén de las cabezadas y los bandazos que daba la embarcación bajo sus pies, mientras el viento y la lluvia arreciaban. Pam cogió a Kelly de la mano y la apartó del tablero de mandos, indicándole que se agachara. Cuando él estuvo en posición supina sobre el suelo, ella se montó encima. Kelly trató de incorporarse, pero ella se inclinó hacia delante y, al tiempo que se acoplaba a él, empezó a mover las caderas con delicado frenesí. Kelly, tan poco preparado para eso como para todo lo ocurrido aquella tarde, emitió un grito de placer que pareció acallar la tempestad. Cuando abrió los ojos, el rostro de la chica estaba a pocos centímetros del suyo, sonriéndole como el ángel tallado en una iglesia.

–Lo siento, Pam, yo...

La chica detuvo sus disculpas con una risilla sofocada.

–¿Siempre eres tan bueno?

Minutos después Kelly estrechaba entre sus brazos aquel delgado cuerpo, y así permanecieron hasta que pasó la tormenta. Kelly tenía miedo de separarse de ella, miedo ante

la posibilidad de que aquello fuese tan irreal corno aparentaba serlo. Luego el viento se hizo frío y los dos se refugiaron bajo cubierta. Kelly cogió un par de toallas y ambos se secaron mutuamente. Kelly trató de sonreír a la joven, pero la herida estaba de nuevo abierta, tanto más dolorosa debido al placer experimentado. Pam, sentada junto a él en el suelo del compartimiento del salón, le cogió el rostro para llevárselo al pecho y advirtió que Kelly estaba llorando. La joven no hizo preguntas. Era demasiado lista para eso. Lo estrechó fuertemente contra su pecho hasta que dejó de sollozar y su respiración se normalizó.

–Lo siento –dijo Kelly. Trató de moverse, pero ella no le dejó.

–No tienes que darme explicaciones. Pero me gustaría ayudarte –dijo la chica, sabiendo que ya lo había hecho. Era algo que había advertido en el automóvil, prácticamente en los primeros momentos: un hombre fuerte, pero vulnerable. Muy diferente de los hombres que ella había conocido. Cuando Kelly habló finalmente, Pam pudo sentir sus palabras en su pecho.

–Ocurrió hace casi siete meses. Estábamos en el sur, por un trabajo. Nos acabábamos de enterar de que ella estaba embarazada. Fue de compras y... la embistió un camión, uno de esos enormes camiones con remolque. Le fallaron los frenos.

Kelly no pudo continuar, pero tampoco tuvo necesidad de hacerlo.

– ¿Cómo se llamaba?

– Tish... Patricia Tish.

–¿Cuánto tiempo llevabais...?

–Un año y medio. Luego, simplemente... desapareció de mi vida. Jamás pude imaginarlo. Quiero decir, yo me hacía a la mar algunas veces, realizaba algunos trabajos peligrosos, pero eso tenía que ver conmigo, no con ella. Jamás pensé que...

La voz le falló de nuevo. Pam le contempló en la penumbra, advirtiendo las cicatrices que antes había pasado por alto y preguntándose por su historia. Se dijo que eso no importaba y posó la mejilla sobre su cabeza. Ahora podía ser un padre. Ahora podía ser muchas cosas.

– Nunca lo habías contado, ¿verdad?

–No.

–¿Y por qué ahora?

–No lo sé –susurró Kelly.

– Gracias. –Kelly la miró sorprendido–. Es la cosa más bella que jamás me haya dicho un hombre.

– No lo entiendo,

– Sí, sí lo entiendes –replicó Pam–. Y Patricia también lo entendería. Me has permitido ocupar su puesto. Ella te amaba. Tiene que haberte amado mucho. Y aun seguirá amándote. Gracias por haber dejado que te ayudase.

Kelly irrumpió en sollozos, y Pam le estrechó de nuevo la cabeza contra su regazo, meciéndolo como a un niño pequeño. Así estuvieron diez minutos. Cuando él se repuso, la besó con agradecimiento, que pronto se convirtió en renovada pasión. Pam se tendió de espaldas y le dejó tomar la iniciativa, tal como necesitaba Kelly ahora que era de nuevo un hombre en cuerpo y alma. La recompensa que recibió estuvo a la altura de lo que ella había hecho por él, y esta vez fueron las exclamaciones de Pam las que acallaron el estruendo de la tormenta. Cuando finalmente Kelly se quedó dormido a su lado, Pam le besó las mejillas sin afeitar y entonces derramó lágrimas por el milagro que le había deparado ese día tras el terror con que había empezado.

II. ENCUENTROS

Kelly despertó a la hora acostumbrada, treinta minutos antes de la salida del sol, cuando

oyó los graznidos de las gaviotas y divisó los primeros resplandores mortecinos que le surgían por el este, elevándose desde la línea del horizonte. Al principio se sintió confuso al encontrarse con un delgado brazo alrededor del pecho, pero otros sentimientos y recuerdos le explicaron en pocos instantes lo sucedido. Se liberó del abrazo, apartándose de la joven, y a continuación la cubrió con la manta para protegerla del fresco matinal. Después se ocupó de sus tareas en el barco.

Enchufó la cafetera y luego se puso un bañador y se dirigió a cubierta. Advirtió con satisfacción que no había olvidado encender las luces del ancla. El cielo se encontraba despejado y el aire era frío tras la tormenta de la pasada noche. Se dirigió a proa y descubrió que una de las anclas se había desplazado un poco. Kelly se reprochó por eso, pese a que nada había salido mal. Las aguas estaban tranquilas como una balsa de aceite, y la brisa era suave. Los resplandores rosados de las primeras luces iluminaban caprichosamente la costa poblada de árboles. A Kelly se le antojó la mañana más hermosa que podía recordar. Y luego recordó que lo que realmente había cambiado no tenía nada que ver con el buen tiempo.

–¡Maldita sea! –susurró, dirigiéndose al amanecer que aún no había despuntado.

Kelly se encontraba un poco entumecido e hizo algunos ejercicios gimnásticos, advirtiendo lentamente lo bien que se sentía sin la habitual resaca. Tardó aún más en recordar a qué hora lo habían hecho por última vez. «¿He dormido nueve horas? –se preguntó–. ¿Tanto?» No tenía nada de extraño que se sintiese tan bien. La siguiente etapa de la rutina matinal consistió en quitar con una escobilla de goma el agua estancada en la cubierta de fibra de vidrio.

Volvió la cabeza al escuchar el zumbido sordo de unos motores diesel. Kelly escudriñó hacia el oeste, pero en esa dirección había algo de niebla y no pudo distinguir nada. Se dirigió al puente de mando y cogió sus prismáticos de navegación 7 x 50. Y justamente cuando miraba a través de ellos le hirió la vista el grueso haz de un potente foco. Kelly se quedó paralizado por el resplandor, pero aquella luz se apagó de repente y se oyó una voz por el megáfono:

–¡Lo siento, Kelly! ¡No sabía que eras tú!

Dos minutos después, la familiar silueta de una patrullera de la Guardia Costera de doce metros de eslora se arrimaba al lado de babor del Springer. Kelly corrió a lo largo de la banda, desplegando sus defensas de caucho.

–¿Es que pretendes matarme o qué? –espetó Kelly con tono familiar.

–Lo siento. -El cabo Manuel Oreza salto de una embarcación a otra con la agilidad que da la práctica. Hizo un gesto, señalando las defensas–. ¿Crees que no sé aparcar correctamente?

–Y encima el numerito del megáfono y el foco –añadió Kelly mientras se dirigía hacia Oreza.

–Ya he hablado de eso con nuestro joven grumete –le aseguró Oreza, de apodo Portazgo, tendiéndole un vaso de café–. ¡Buenos días, Kelly!

Kelly lo cogió y se echó a reír.

–Acepto sus excusas, caballero.

Oreza era conocido por el excelente café que preparaba.

–Ha sido una noche muy larga. Todos estamos agotados, y se trata de una tripulación joven –le explicó con tono fatigado. El propio Oreza no tenía más de veintiocho años y era el mayor de la tripulación.

–¿Problemas? --preguntó Kelly.

Oreza hizo un gesto de asentimiento, paseando su mirada por las aguas.

–Eso parece. Un maldito idiota que salió de excursión en un pequeño velero. Se nos ha perdido después de las cuatro gotas de anoche, y hemos estado buscándole por todas partes.

–Un viento de cuarenta nudos. Soplaba de miedo –replicó Kelly–. Y además, se presentó de improviso.

–Sí, bueno, ya hemos rescatado seis embarcaciones, tan sólo nos falta ésa. ¿Has visto

algo fuera de lo normal?

–No. Salí de Baltimore alrededor de... las cuatro de la tarde, supongo. Tardé dos horas y media en llegar hasta aquí. Solté el ancla cuando empezó a desatarse la tormenta. La visibilidad era bastante mala, no se veía gran cosa cuando bajamos de cubierta.

–¿Bajamos? –inquirió Oreza, estirándose para husmear. Luego se dirigió al timón, recogió el sostén empapado por la lluvia y lo agitó ante Kelly. Su expresión parecía imperturbable, pero en sus pupilas se advertía cierto interés. Quizá su amigo habría encontrado lo que necesitaba, pensó Oreza. La vida no había sido particularmente justa con ese hombre.

Kelly le devolvió el vaso con expresión igualmente imperturbable.

–Detrás de nosotros venía un mercante –prosiguió–. De bandera italiana, un buque de contenedores que iría a media carga, pues avanzaba a unos quince nudos y con absoluto descaro. ¿Se encargó alguien de despejar el puerto?

–¡Oh, sí! –asintió Oreza con irritación profesional–. Eso me preocupa. Los jodidos mercantes se lanzan a toda velocidad y no prestan atención a nada.

–Bueno, ¡demonios!, si uno se queda fuera de la timonera, puede mojarse. Por cierto, si uno está infringiendo alguna ley de la Unión, no conviene echar el ancla, ¿no? Quizá tu hombre se haya hundido –apuntó Kelly. No hubiese sido la primera vez, incluso en aguas tan civilizadas como las de Chesapeake.

–Puede ser –asintió Oreza, oteando el horizonte. Frunció el entrecejo, porque no creía en esa eventualidad, pero estaba demasiado cansado para refutarla–. De todos modos, si ves un barquichuelo deportivo con vela anaranjada y a franjas blancas, ¿querrás llamarme?

- Desde luego.

Oreza echó un vistazo a proa y se encaró con Kelly:

- ¿Dos anclas para ese soplito de viento de anoche? Veo que no mantienen la distancia suficiente. Creí que sabías hacer mejor las cosas.

-Fui primer oficial -le recordó Kelly-. ¿Desde cuándo un chupatintas se muestra tan altanero con un marino de verdad? -bromeó.

Kelly y Portazgo sabían que éste era el mejor de los dos en una embarcación pequeña, aunque no por amplio margen.

Oreza se sonrió maliciosamente mientras regresaba a la patrullera. Tras saltar a bordo de su embarcación, señaló el sostén que agarraba Kelly.

- ¡No olvides ponerte la camisa, marinero! Parece que te ha sentado muy bien,

Oreza desapareció en la cabina de mando, entre carcajadas, antes de que Kelly tuviese ocasión de replicar. Le pareció que en la cabina había alguien que no llevaba uniforme, cosa que sorprendió a Kelly. Momentos después los motores de la patrullera zumbaban y la embarcación ponía proa al noroeste.

- ¡Buenos días! -le dijo Pam-. ¿Qué ha ocurrido?

Kelly se dio la vuelta. La chica no llevaba más ropa que cuando la cubrió con la manta, pero Kelly se dijo que Pam sólo le volvería a sorprender cuando hiciese algo predecible. Sus cabellos eran una masa enmarañada, como los tentáculos de una medusa, y su aspecto sugería que no había dormido del todo bien.

- La Guardia Costera. Están buscando un velero perdido. ¿Qué tal has dormido?

- Estupendamente.

La chica se acercó con una mirada dulce y soñadora en sus ojos, lo que resultaba extraño a esas horas tan tempranas, pero que no podía ser más agradable para un marinero completamente despierto.

-¡Buenos días!

Pam le besó, lo abrazó y luego alzó los brazos, ejecutando una especie de pirueta. Kelly la cogió por el delgado talle y la alzó en vilo.

-¿Qué te apetece desayunar? -preguntó Kelly.

-Jamás desayuno -contestó Pam, introduciendo ambas manos en el bañador de Kelly.

-Oh -exclamó él, y esbozó una sonrisa-. Está bien, vamos allá.

Una hora después Pam había cambiado de opinión. Kelly preparó huevos fritos y bacon en el hornillo de la cocina. Pam los devoró con tal presteza que él preparó una segunda ración pese a sus protestas. Kelly constató que la chica no estaba únicamente delgada: algunas de sus costillas eran visibles. Se encontraba desnutrida, observación que arrojó una nueva pregunta no formulada. Sin embargo, cualquiera que fuese la causa, Kelly podía remediarlo. Una vez la joven hubo ingerido cuatro huevos fritos, ocho lonjas de bacon y cinco rebanadas de pan tostado, aproximadamente el doble de la ración normal que tomaba Kelly por la mañana, llegó el momento de que el día comenzase como era debido. Kelly indicó a Pam cómo debía disponer los cacharros de la cocina mientras él iba a levar anclas.

Reemprendieron tímidamente la travesía a la perezosa hora de las ocho de la mañana. Prometía ser un sábado caluroso y soleado. Kelly se colocó las gafas de sol y se sentó cómodamente en su silla, manteniéndose alerta mientras bebía los últimos sorbos de café. Enfiló rumbo oeste, avanzando a lo largo de un lado del canal principal de navegación para evitar los centenares de pesqueros que esperaba ver salir de los diversos muelles en persecución de la sabrosa escorpina rayada.

-¿Qué son esas cosas? -preguntó Pam, señalando los numerosos corchos que decoraban las aguas hasta el puerto.

-Flotadores para los cestos de cangrejos. En realidad se parecen más a jaulas. Los cangrejos entran y no pueden salir. Los flotadores señalan la posición de las trampas.

Kelly pasó los prismáticos a Pam y señaló una embarcación que faenaba a unas tres millas hacia el este.

-¿Esos hombres atrapan a esas pobres criaturas?

Kelly se echó a reír.

-Vamos, Pam, ¿qué me dices del bacon que te tomaste en el desayuno? ¿Crees acaso que los cerdos se suicidan?

- No lo creo -respondió Pam, dirigiéndole una mirada traviesa.

-Bien. Un cangrejo no es más que una enorme araña acuática, aunque sepa muy bien -apuntó Kelly, virando hacia estribor para sortear una boya roja.

- Sin embargo, atraparlos así parece bastante cruel.

-La vida puede serlo -replicó precipitadamente Kelly, para lamentar a continuación sus palabras.

Al igual que Kelly, Pam respondió con el alma:

- ¡Oh, sí!, lo sé.

Kelly no se volvió hacia Pam, y no lo hizo porque se detuvo a tiempo. La respuesta de la joven llevaba una gran carga emocional, lo que le hizo ver que ella también vivía con demonios. Sin embargo, esos instantes pasaron rápidamente. Pam se dejó caer en el cómodo sillón del puente de mando, se apretó contra Kelly y logró que todo volviese a ser como antes. Los sentidos alertaron una última vez a Kelly de que algo no estaba del todo bien. Pero, ¿acaso había demonios allí?

- Sería mejor que fueses abajo.

- ¿Por qué?

-El sol apretará mucho. En el botiquín hay una loción, en la proa principal.

- ¿Proa?

- ¡Cuarto de baño!

-¿Por qué todo ha de ser diferente en un barco?

Kelly se echó a reír.

- Para que los marineros puedan sentir que tienen la sartén por el mango. Bien, ve por esa loción y embadúrnate si no quieres verte como una patata frita antes del almuerzo.

Pam le hizo una mueca.

- También necesito darme una ducha. ¿Te parece bien?

- Buena idea -respondió Kelly sin mirarla-. No sea que los peces se espanten.

-¡Serás...!

Pam le dio un pellizco en el brazo y se dirigió a la escalerilla.

-Sencillamente se ha desvanecido -refunfuñó Oreza, inclinado sobre una carta en la estación Thomas Point de la Guardia Costera.

- Tendríamos que haber pedido apoyo aéreo, un helicóptero o algo así -apuntó el hombre de paisano.

- No hubiese servido de nada, al menos durante la noche. ¡Demonios, si hasta las gaviotas resistieron esa brisa!

-Pero ¿dónde se habrá metido?

-Que me cuelguen si lo sé, quizá se lo tragó la tormenta -contestó Oreza, contemplando fijamente la carta-. Usted dijo que se dirigía hacia el norte. Hemos registrado todos los puertos, y Max se encargó de la costa occidental. ¿Está seguro de que la descripción del barco es correcta?

- ¿Seguro? ¡Diablos, hicimos todo menos comprarles ese maldito barco!

La irritabilidad del hombre de paisano era la consecuencia de veintiocho horas de vigilia mantenida a base de cafeína y empeorada por el mareo que le había producido la travesía en el guardacostas, para gran regocijo de su tripulación. Sentía el estómago lleno de virutas de acero.

- Quizá se ha hundido -apuntó bruscamente el hombre, sin creérselo ni por un instante.

- ¿Solucionaría eso su problema? -preguntó el cabo primero Manuel Oreza, cuya frivolidad le valió un gruñido y una mirada de advertencia por parte del jefe de la estación, Paul English, un oficial de cabello canoso.

-Mire usted -replicó el extenuado hombre-, no creo que nada pueda resolverme el problema pero es mi deber intentarlo.

-Señor, todos hemos tenido una noche muy larga. Mi tripulación está exhausta y, a menos que tenga una buena razón para permanecer en pie, sugiero que se eche una siestecita en una buena litera.

El de paisano levantó la mirada y sonrió con gesto fatigado para suavizar el efecto de sus anteriores palabras.

-Cabo Oreza, con lo inteligente que es usted, tendría que ser oficial.

- Si soy tan inteligente, ¿cómo es posible que no hayamos encontrado a nuestro amigo durante la noche?

- ¿Quién era el tipo que vimos poco después del amanecer...? -¿Kelly? Fue primer oficial de la Armada, un hombre cabal.

- ¿No es muy joven para haber sido primer oficial? -inquirió English, contemplando una foto no muy buena que le habían tomado gracias a la luz del foco. English era nuevo en la base.

- Obtuvo la Cruz de la Armada -le explicó Oreza.

El hombre de paisano levantó la mirada.

-Vaya, ¿diría usted que...?

- ¡En modo alguno!

El hombre meneó la cabeza. Titubeó unos instantes y luego se encaminó hacia el dormitorio. Tendrían que zarpar de nuevo antes de la puesta del sol y necesitaba descansar un rato.

- Y bien, ¿cómo ha ido? -preguntó English cuando el hombre de paisano salió de la habitación.

- Ese tipo ha embarcado un montón de bártulos, capitán. Como jefe de la estación, English tenía derecho a recibir ese tratamiento, cuanto más que permitía a Portazgo hacer su

trabajo a su manera.

-Apostaría cualquier cosa a que no pasará mucho tiempo durmiendo.

- Se quedará una temporada con nosotros, con intervalos, y quiero que se encargue de eso.

Oreza golpeó la carta con un lápiz.

- Insisto en que éste sería el lugar ideal para establecer un puesto de vigilancia.

-El dice que no.

- Ese hombre no es un marino, English. No me importa que me diga qué he de hacer, pero no sabe lo suficiente como para decirme cómo he de hacerlo -insistió Oreza, trazando un círculo para marcar el lugar en la carta.-Eso no me gusta.

-No tiene por qué gustarte -dijo el hombre más alto, abriendo su navaja y haciendo una incisión en el grueso papel para dejar al descubierto una bolsa de plástico que contenía polvo blanco-. Unas pocas horas de trabajo y habremos obtenido trescientos mil dólares. ¿Qué hay de malo en ello, o es que me olvido de algo?

- Y eso no es más que el comienzo -dijo el tercer hombre.

- ¿Qué haremos con el barco? -preguntó el hombre que sentía escrúpulos.

El más alto dejó lo que estaba haciendo y levantó la mirada. -¿Vamos a desembarazarnos del velero? -inquirió.

- Sí.

-Bien, podríamos esconderlo, pero... quizá sería más inteligente hundirlo. Sí, eso es lo que haremos.

- ¿Y Angelo?

Los tres miraron al sitio donde yacía el hombre, todavía inconsciente y sangrando.

- Pienso que también deberíamos arrojarlo al agua -contestó el más alto sin denotar la más mínima emoción-. Este sería un buen lugar.

- Quizá en dos semanas no quede ya nada de él. Hay un montón de bichos ahí fuera -dijo el tercero, señalando las tierras pantanosas a causa de las mareas.

-¿Veis qué fácil es? Ningún barco, ningún Angelo, ningún riesgo y trescientos mil dólares. Así, pues, ¿qué más quieres, Eddie?

- Pero sus amigos no se quedarán de brazos cruzados -replicó el otro, más por llevar la contraria que por convicción moral.

-¿Qué amigos? -preguntó Tonny sin mirar al otro-. ¿No les denunció? ¿Cuántos amigos tiene un chivato?

Eddie cedió ante la lógica aplastante de la situación. Se acercó al cuerpo inconsciente de Angelo. La sangre seguía manando de las numerosas heridas y el pecho subía y bajaba lentamente. Era hora de poner fin a aquello. Eddie lo sabía; tan sólo había tratado de aplazar lo inevitable. Desenfundó una pequeña pistola del calibre 22, apoyó la boca del cañón en la nuca de Angelo y disparó. El cuerpo se retorció en un espasmo y se inmovilizó. Eddie enfundó el arma y luego arrastró el cuerpo hacia fuera, dejandoque Henry y su amigo se encargasen del asunto importante. Esos dos habían traído una red de pesca, con la que Eddie envolvió el cadáver antes de sumergirlo en el agua y sujetarlo a la popa de la pequeña lancha motora. Hombre precavido, Eddie miró a su al-rededor, aunque era difícil que hubiese intrusos por allí. Encendió el motor y se alejó de la costa hasta encontrar un lugar apropiado a unos centenares de metros. Detuvo la lancha y la dejó a la deriva, mientras sacaba del fondo de la embarcación unos bloques de hormigón que fue atando a la red. Seis fueron suficientes para hundir el cuerpo de Angelo a unos dos metros y medio de profundidad. En esa zona, las aguas eran realmente cristalinas, lo que preocupó un poco a Eddie, hasta que divisó una poblada colonia de cangrejos. Angelo desaparecería en menos de dos semanas. Eso era un perfeccionamiento grandioso en los métodos de trabajo que solían utilizar, algo que habría que tener en cuenta. Agenciárselas con el pequeño velero sería algo más difícil. Para eso tendría que encontrar un lugar más profundo que ése, pero tenía todo el día por delante para ocuparse de ello.

Kelly viró el curso a estribor para eludir un enjambre de embarcaciones deportivas. Ahora la isla era visible, a unas cinco millas delante de proa. No había mucho que ver, tan sólo una pequeña protuberancia en el horizonte, en la que no había ni un árbol, pero aquello era el santuario privado de Kelly. Su único defecto, prácticamente, era lo mal que se captaban las emisoras de televisión.

La isla Battery contaba con una historia larga y más bien mediocre. Su nombre actual, más irónico que apropiado, provenía de principios del siglo XIX, cuando cierto miliciano emprendedor tuvo la idea de emplazar allí una pequeña batería artillera para proteger una posición en la bahía de Chesapeake de los ingleses que navegaban hacia la ciudad de Washington para castigar a la joven nación que había tenido la mala ocurrencia de desafiar el poderío de la más poderosa Armada del mundo. El comandante de un escuadrón británico se percató de la presencia de unas humaredas inofensivas en la isla y, probablemente más por diversión que por malicia, ordenó a uno de los barcos que disparase unas cuantas salvas. Los ciudadanos-soldados que atendían la batería no necesitaron que les infundieran más ánimos para correr hacia sus botes de remo y escapar a tierra firme. A continuación, un pequeño destacamento de asalto de la armada británica se embarcó en una pinaza y bogó hasta la isla para incrustar unos cuantos clavos en los orificios de las recámaras de los cañones, que es a lo que se llamaba «inutilizar las armas». Tras ese breve incidente, los ingleses prosiguieron su apacible travesía, remontaron el río Patuxent, desde donde su infantería dio un paseo hasta Washington. Regresaron tras haber obligado a Dolly Madison a evacuar la Casa Blanca. La campaña británica se dirigió después contra Baltimore, donde el desenlace fue un tanto diferente.

La isla de Battery, bajo el gobierno federal que detentó su propiedad a regañadientes, se convirtió en una embarazosa nota a pie de página de la crónica de una guerra singularmente inútil. Sin mucho más que un único guardián para que cuidase de los emplazamientos de tierra, las malas hierbas acabaron por adueñarse de la isla, y así permanecieron las cosas durante casi un siglo.

El año 1917 trajo a Estados Unidos la primera guerra auténtica contra el enemigo de fuera, y la Armada norteamericana, confrontada de repente con la amenaza de los submarinos alemanes, tuvo necesidad de un lugar protegido para ensayar sus armas. La isla de Battery parecía el lugar ideal, a tan sólo unas horas de Norfolk, y de ese modo, durante el otoño de aquel año, los acorazados dispararon sus piezas de artillería de 12 y 14 pulgadas y, entre el estrépito de los cañones, destruyeron cerca de la tercera parte de la isla, dejando sólo unas porciones de tierra por debajo de la media del nivel de bajamar, para grandísimo disgusto de las aves migratorias, que desde tiempos inmemoriales sabían que los cazadores no pardeaban aquel lugar. Prácticamente lo único nuevo que ocurrió después fue el hundimiento de más de un centenar de buques de carga construidos con ocasión de la Primera Guerra Mundial, lo que se hizo a unas cuantas millas al sur de la isla, y esos barcos, que pronto se vieron cubiertos de hierbajos, no tardaron en adquirir la apariencia de islas.

Una nueva guerra y nuevas armas devolvieron la vida a la soñolienta isla. La cercana base aérea de la Armada necesitaba un lugar donde sus pilotos pudiesen probar las armas. La feliz coincidencia entre la situación de la isla Battery y la localización de los buques hundidos después de la Primera Guerra Mundial la convertía en un sitio ideal para evaluar la puntería de los bombarderos. Como resultado, fueron construidos tres búnkers de observación, de macizos muros de hormigón, desde los cuales los oficiales contemplaban los bombarderos TBF y SIS 2C en sus prácticas de incursión contra objetivos que parecían islas con forma de barco. Pulverizaron unas cuantas, hasta que una bomba se quedó enganchada en la rampa de expulsión de un bombardero y retrasó su caída el tiempo justo para arrasar uno de los búnkers, que afortunadamente estaba vacío. El emplazamiento del búnker destruido fue limpiado en aras de la pulcritud y la isla fue convertida en una base de rescate, desde la que salían las lan-

chas de salvamento atendiendo a la llamada de algún avión accidentado. Eso hizo necesario la construcción de un muelle y de un cobertizo para las lanchas y la restauración de los dos búnkers que aún quedaban en pie. En resumidas cuentas, la isla prestó sus buenos servicios a la economía de la localidad, aunque no al presupuesto federal, hasta que la llegada de los helicópteros convirtió en obsoletas a las lanchas de salvamento y se llegó a la conclusión de que la isla ya no era útil. Y de este modo la isla permaneció inadvertida en el registro de la propiedad federal indeseada, hasta que Kelly se las arregló para alquilarla.

Pam se tumbó sobre su manta a tomar el ardiente sol bajo una gruesa capa de loción bronceadora. Llevaba únicamente un sujetador y unas bragas. Lo inapropiado del atuendo no molestaba a Kelly, pero le perturbaba vagamente por motivos que no resistirían un análisis lógico. En todo caso, su tarea inmediata era pilotar su barco. La contemplación del cuerpo de Pam era algo que podía esperar, se decía casi a cada minuto, cuando sus ojos salían disparados como saetas para cerciorarse de que ella aún seguía allí.

Kelly giró el timón hacia la derecha para adelantar a un enorme yate de pesca. Miró de nuevo a Pam. Se había quitado los tirantes del sujetador, probablemente para broncearse la espalda de un modo más uniforme.

De pronto, una rápida sucesión de cortos bocinazos les sobresaltó. Kelly miró en todas direcciones, hasta que reparó en una embarcación que se encontraba a unos doscientos metros a babor. Era la única cosa lo suficientemente cercana como para ser tenida en cuenta y parecía ser también la fuente de los bocinazos. Desde el puente de mando un hombre le hacía señas. Kelly viró a babor para acercarse. Le tomó su tiempo situar al Springer al lado de la otra embarcación. Quienquiera fuese aquel individuo, no parecía precisamente un lobo de mar. Cuando Kelly finalmente se situó a unos seis metros de distancia, no retiró la mano de las palancas de mando.

-¿Qué ocurre? -preguntó Kelly desde el megáfono,

-¡Hemos perdido las hélices! -le contestó a gritos un hombre de tez morena-. ¿Qué podemos hacer?

«¡Remar!», estuvo a punto de replicar Kelly, pero no hubiese sido muy amable. Se acercó más para hacerse una idea de la situación. Se trataba de un yate de placer de mediano tonelaje, un Hatteras completamente nuevo. El hombre que estaba en el puente medía un metro setenta, tenía unos cincuenta años y llevaba el torso desnudo; una espesa maraña de vello negro le cubría el pecho. Había también una mujer, y también parecía alicaída.

-¿Ha perdido las hélices enteramente? -preguntó Kelly. -Creo que chocamos contra un banco de arena -le explicó el hombre-. A media milla en esa dirección. -Señaló hacia un lugar que Kelly distinguió claramente.

-Sí, por allí hay un banco. Puedo remolcarle. ¿Tiene suficiente cable?

-¡Sí! -respondió el hombre, encaminándose hacia el compartimiento de proa en que guardaba las sogas. La mujer que iba a bordo seguía mirando con azoramiento.

Kelly inició la maniobra mientras observaba al otro «capitán», un calificativo que le dedicó irónicamente. Ese hombre no sabía interpretar una carta de mareas, ni el modo apropiado de llamar la atención de otros barcos. Ni siquiera sabía cómo alertar al ser-

vicio de guardacostas. Todo lo que había logrado era comprarse un yate Hatteras y, aunque eso hablaba en favor de su buen juicio, Kelly supuso que el mérito era atribuible a un vendedor astuto. Pero el hombre sorprendió a Kelly. Manipuló las maromas con gran destreza y las agitó en dirección del Springer.

Kelly maniobró para aproximarse de popa y luego se dirigió al extremo de la quilla para coger la sirga, que sujetó en la enorme abrazadera de la cornamusa. Pam se había levantado y estaba mirando la operación. Kelly volvió prestamente al puente de mando y aceleró un poco los motores.

–Manténgase en ese radio –dijo al del Hatteras–. Deje el timón recto hasta que le diga otra cosa. ¿De acuerdo?

–Ya está.

– Así lo espero –se dijo Kelly mientras aceleraba hasta tensar la sirga.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Pam.

– La gente a veces olvida que bajo estas aguas hay un fondo. Si chocas con fuerza, romperás unas cuantas cosas –respondió Kelly y, tras una pausa, añadió–: Podrías ponerte algo más de ropa.

Pam soltó una risita y bajó al camarote. Kelly aumentó prudentemente la velocidad hasta alcanzar los cuatro nudos y luego viró hacia el sur. Todo eso ya lo había hecho en otras ocasiones y, refunfuñando, se dijo que si tenía que hacerlo una vez más mandaría hacer impresos especiales para facturas.

Kelly se acercó a la isla muy lentamente, sin dejar de vigilar a la embarcación que remolcaba. Luego bajó del puente de mando para colocar sus defensas y después saltó al muelle para sujetar las amarras antes de dirigirse al Hatteras. El hombre ya había dispuesto sus amarras, y las lanzó a Kelly mientras colocaba las defensas de su embarcación. Tirar del yate y arrastrarlo un par de metros era una oportunidad excelente para mostrar sus músculos a Pam. Sólo necesitó unos minutos para ponerlo al abrigo, después de lo cual hizo lo mismo con el Springer.

– ¿Esta isla es suya?

– Ya lo creo –contestó Kelly–. ¡Bienvenidos a mi banco de arena!

–Sam Rosen –dijo el hombre, estrechándole la mano, y aun cuando el apretón fue franco, Kelly advirtió que sus manos eran tan suaves como delicadas.

–John Kelly.

– Mi esposa Sarah.

– Usted ha de ser la navegante –dijo Kelly, sonriendo. Sarah era de baja estatura y regordeta, la expresión de sus ojos pardos oscilaba entre el regocijo y el azoramiento.

– Alguien ha de darle las gracias por su ayuda –dijo la mujer con acento neoyorquino.

– Es ley de los mares, señora. ¿Cuál fue el percance?

– La carta indicaba un metro ochenta de profundidad cuando chocamos. ¡El calado de nuestro barco es sólo de un metro veinte! ¡Y la bajamar había sido hacía cinco horas! -contestó bruscamente, porque Kelly era el objetivo más próximo en que podía descargar su malhumor y porque su marido ya había oído lo que ella pensaba del asunto.

– Ha sido un banco de arena, seguramente formado tras las tormentas que tuvimos durante el invierno. De todos modos, mis cartas indican una profundidad menor que ésa. Además, el fondo es blando.

Pam salió en ese momento, vestida de un modo casi respetable, y Kelly se dio cuenta de que no sabía su apellido.

– ¡Eh!, soy Pam.

–¿No desean refrescarse? –preguntó Kelly–. Tenemos todo el día para ocuparnos del problema.

Todos se mostraron de acuerdo y Kelly los condujo a su casa. –¿Qué demonios es esto? –preguntó Sam Rosen.

«Esto» era el búnker construido en 1943, de ciento ochenta metros cuadrados, con un techo de noventa centímetros de espesor. La estructura de hormigón armado era tan sólida como parecía. Al lado había un segundo búnker, algo más pequeño.

–Este lugar perteneció a la Armada –explicó Kelly–. Lo he alquilado.

–Construyeron un hermoso muelle para usted –apuntó Rosen. –No está del todo mal –asintió Kelly–. ¿Puedo preguntarle a qué se dedica?

-Soy cirujano -contestó Rosen.

-¿De veras? Eso explica lo de sus manos.

-Catedrático de cirugía -puntualizó Sarah-. ¡Pero maldita sea si sabe pilotar un barco!

-¡Esas condenadas cartas están obsoletas! -refunfuñó el catedrático cuando Kelly les hizo entrar.

- Amigos míos, eso ya es agua pasada, y un poco de comida y cerveza nos permitirán

analizar el asunto con toda comodidad.

Kelly se sorprendió a sí mismo con esas palabras. En ese momento oyó un chasquido agudo que se propagaba por el mar desde algún punto al sur. Era divertido comprobar cómo las aguas transmitían los sonidos.

- ¿Qué ha sido eso? -Sam Rosen también tenía un oído muy fino.

-Probablemente algún chaval cazando una rata almizclera con su veintidós -opinó Kelly-. Es un lugar bastante tranquilo, excepto por eso. Y se oye barullo al amanecer: patos y ánsares.

- He visto los escondites de acecho. ¿Caza usted?

- Lo he dejado -contestó Kelly.

-¿Desde cuándo?

-Hace ya bastante tiempo, desde Vietnam.

- Lo suponía. Después de terminar mi residencia, estuve en Iwo y Okinawa. En un buque hospital.

- ¡Vaya! ¿La época de los kamikazes?

Rosen asintió con la cabeza.

-Sí, me divertí bastante. ¿Dónde estuvo usted?

-La mayor parte del tiempo, en mi bodega -contestó Kelly, sonriendo burlonamente.

-¿Brigada de demoliciones submarinas? Tiene aspecto de hombre-rana -aventuró Rosen-. Atendí a algunos de ellos.

-Más o menos la misma cosa, pero algo más estúpida.

Kelly abrió la cerradura de combinación y empujó la pesada puerta de acero.

El interior del búnker sorprendió a los visitantes. Dividido en tres grandes salas desnudas por macizas paredes de hormigón cuando Kelly tomó posesión del lugar, ahora parecía casi una casa, con muros secos cubiertos de pinturas y alfombras. Incluso el techo estaba revestido. Las angostas troneras eran el único recordatorio de lo que había sido en otros tiempos. El mobiliario y las alfombras revelaban la influencia de Patricia, pero el aspecto de vivienda arreglada a medias era la prueba de que ahora solamente la habitaba un hombre. Todo estaba pulcramente ordenado, pero no del modo en que una mujer lo hubiese hecho. Los Rosen advirtieron que fue el hombre de la casa quien les condujo a la cocina y se ocupó de sacar las cosas del anticuado frigorífico mientras Pam se paseaba de un lado a otro con los ojos muy abiertos.

-Es fresca y agradable -apuntó Sarah-. Pero húmeda en invierno, ¿no?

-No tan húmeda como puede suponerse -replicó Kelly, señalando los radiadores distribuidos a lo largo de las paredes-. Calefacción por vapor. Este lugar fue construido según las especificaciones gubernamentales. Todo funciona y todo ha costado mucho.

-¿Cómo consiguió este lugar? -preguntó Sam.

-Un amigo me ayudó a alquilarlo. Propiedad gubernamental excedente.

-¡Menudo amigo! -exclamó Sarah, admirando el frigorífico empotrado en la pared.

-Sí, lo es.

El vicealmirante Winslow Holland MaxweIl tenía su despacho en el ala E del Pentágono. Era un despacho que daba al exterior, lo que le permitía disfrutar de una buena vista de Washington... y de los manifestantes, se dijo enfurecido para sus adentros. «¡Asesino de niños!», rezaba una pancarta. Había incluso una bandera norvietnamita. Los estribillos de esa mañana de sábado eran distorsionados por los gruesos cristales de las ventanas. Podía escuchar la cadencia, pero no las palabras, y el antiguo piloto de caza no pudo decidir cuál de esas dos cosas le irritaba más.

-Eso no es bueno para ti, Dutch.

-¿Crees que no lo sé? -refunfuñó Maxwell.

-La libertad de hacer cosas como ésa es una de las cosas que defendemos -señaló el

contralmirante Casimir Podulski, aun cuando no hacía de ello una profesión de fe. Aquello pasaba de castaño oscuro. Su hijo había muerto al sobrevolar Haifong en un cazabombardero A-4. El incidente se publicó en los periódicos debido a quiénes eran los padres del joven piloto, y a lo largo de la semana siguiente recibieron once llamadas telefónicas anónimas, en las que algunos se limitaban a reír, mientras otros preguntaban a su atormentada esposa dónde sería embarcado el fardo-. La libertad de todos esos jóvenes tan simpáticos, pacíficos y sensibles.

-Y bien, ¿a qué viene ese buen humor, Cas?

- Esto va a la caja fuerte, Dutch -dijo Podulski, entregándole una gruesa carpeta de bordes ribeteados con una cinta de franjas rojas y blancas y que exhibía la designación codificada de BOX WOOD GREEN.

- ¿Así que nos van a dejar jugar con eso?

Aquello era una sorpresa.

- Tuve que quedarme hasta las tres y media, pero lo conseguí.

Jugaremos, pero sólo unos pocos de nosotros, imagino. Estamos autorizados para realizar un estudio exhaustivo de viabilidad -agregó el contraalmirante Podulski, dejándose caer en un mullido sillón de cuero y encendiendo un cigarrillo. Su rostro se veía más demacrado desde la muerte de su hijo, pero sus ojos azul cristalino brillaban con más fulgor que nunca.

- ¿Conque nos dejan seguir adelante y hacer la planificación?

Maxwell y Podulski llevaban trabajando desde hacía meses con ese fin, aunque en ningún momento creyeron realmente que lo conseguirían.

- ¿Quién de nosotros se lo hubiese podido imaginar? -repuso el contralmirante, un hombre nacido en Polonia, con una mirada irónica-. Quieren que no lo consignemos en actas.

-¿Jim Greer también jugará? -inquirió Dutch.

-Jim es el mejor agente secreto que conozco, a menos que tengas un as en la manga.

-Comenzó en la CIA, según oí decir la semana pasada -repuso Maxwell.

-Bien. Necesitamos a un buen espía y su corazón sigue estando con la Armada, como pude comprobar recientemente.

-Nos vamos a granjear un montón de enemigos haciendo eso.

Podulski señaló la ventana y el ruido que entraba por ella. El hombre no había cambiado mucho desde 1944, cuando servía en el Essex, buque de guerra de la Armada estadounidense.

-Con todos los que tenemos ahí -dijo-, ¿qué importa tener unos cuantos más?

-¿Cuánto tiempo hace que tienen el yate? -preguntó Kelly cuando iba por la mitad de su segunda cerveza. El almuerzo era austero, compuesto de fiambres y pan regados con cerveza.

-Lo compramos en octubre del año pasado, pero no hemos navegado en él más de dos meses -admitió el médico-. Sin embargo, asistí a los cursillos del Power Squadron y terminé como primero de mi clase.

Kelly pensó que aquel hombre era de los que siempre acaban siendo el número uno en todo lo que emprenden.

-Se da muy buena maña con los cabos -comentó con cortesía Kelly.

-Los cirujanos también se dan muy buena maña con los nudos -repuso Sarah.

-¿Usted también es médico, señora? -preguntó Kelly.

-Farmacóloga. También doy clases en Hopkins.

-¿Cuánto tiempo llevan viviendo aquí usted y su mujer? -preguntó Sam, con lo que se produjo un embarazoso silencio.

-¡Oh!, pero si nos acabamos de conocer -dijo ingenuamente Pam.

Desde luego, a quien más duramente afectó esa revelación fue a Kelly. Los dos médicos, tan acostumbrados como el clero a tratar con las flaquezas del comportamiento humano, encajaron impertérritos la información, pero Kelly temió que lo considerasen un

hombre que se estaba aprovechando de una chica. Los pensamientos relacionados con ese tipo de conducta empezaron a darle vueltas en la cabeza hasta que advirtió que aquello no parecía importarle gran cosa a ninguno de los presentes.

-Vamos a echar un vistazo a las hélices -dijo Kelly, poniéndose en pie-. Acompáñeme.

Rosen le siguió al extremo del búnker. La temperatura iba subiendo, así que convenía hacer las cosas rápidamente. En el búnker secundario Kelly tenía su taller de herramientas. Eligió un juego de llaves inglesas y empujó hacia la puerta un compresor de aire portátil.

Momentos después colocaba en compresor junto al Hatteras y se ataba a la cintura un par de cinturones con lastre.

-¿Hay algo que yo pueda hacer? -preguntó Rosen.

Kelly denegó con la cabeza mientras se quitaba la camisa.

- No se preocupe. Si fallase el compresor, me daría cuenta enseguida; además, sólo estaré a metro y medio de profundidad. -Jamás he hecho algo así.

Rosen clavó sus ojos de cirujano en el torso de Kelly y advirtió tres cicatrices que un cirujano realmente bueno habría sabido disimular. Recordó entonces que un cirujano, en zona de combate, no siempre disponía de tiempo para una labor de cirugía estética.

- Pues yo sí, aquí y en el extranjero -le dijo Kelly, encaminándose hacia la escalerilla.

-Le creo -dijo Rosen en voz baja.

Cuatro minutos después, bajo la atenta mirada de Rosen, Kelly reaparecía por la escalerilla.

- He descubierto su problema -dijo, colocando los restos de ambas hélices sobre el muelle de hormigón.

-¡Por Dios! ¿Contra qué hemos chocado?

Kelly se sentó para despojarse de los lastres. Era todo lo que se le ocurrió hacer para no soltar la carcajada.

- Contra el agua, doctor, tan sólo contra el agua.

-¿Qué?

- ¿Hizo revisar el yate antes de comprarlo?

- Por supuesto, la compañía de seguros me obligó a ello. Recurrí al mejor especialista de los alrededores, y me cobró cien dólares.

-Vaya. ¿Y qué deficiencias le dijo que tenía? -preguntó Kelly, levantándose y apagando el compresor.

- Prácticamente ninguna. Dijo que algo andaba mal con los sinks, así que hice revisar los sumideros por un fontanero, pero estaban en perfecto estado. Imagino que tenía que decirme algo para justificar sus honorarios, ¿no es así?

-Sinks?

- Eso fue lo que me dijo por teléfono. En alguna parte conservo su informe por escrito, pero la información la recibí por teléfono -explicó Rosen.

- Cincs -dijo Kelly, echándose a reír-. No sinks. Algo andaba mal con el cincado, no con los sumideros.

- ¿Qué? -Rosen no entendía el chiste.

- Lo que destruyó las hélices fue la electrólisis. La reacción galvánica, causada por tener dentro del agua salada más de una clase de metal, produce corrosión. Todo lo que hizo el banco de arena fue acabar de desintegrarlas, pues ya estaban corroídas. ¿No le dijeron nada sobre eso en el Power Squadron?

- Sí, claro, pero...

-Pero... acaba de aprender algo, doctor Rosen -replicó Kelly recogiendo los restos de las hélices. El metal tenía la misma consistencia de una galleta-. Esto fue bronce en sus buenos tiempos.

- ¡Maldita sea!

El cirujano cogió los restos y les arrancó un fragmento parecido a una oblea.

- El hombre de la revisión le quiso decir que sustituyese los ánodos de cinc del casco.

Sirven para absorber la energía galvánica. Hay que remplazarlos cada dos años y con eso se protege las hélices y el timón. No conozco toda esa ciencia, pero conozco sus efectos, ¿de acuerdo? También el timón ha de ser remplazado, pero no se trata de una urgencia. Lo que sí es cierto es que necesita hélices nuevas.

Rosen se quedó contemplando el mar y soltó un par de juramentos.

-¡Qué idiota soy!

Kelly se permitió reír con tono compasivo.

-Mire, doctor, si ése es el mayor error que ha cometido este año, considérese un hombre feliz.

-¿Qué puedo hacer ahora?

-Telefonearé y encargaré un par de hélices a un tipo que conozco en Solomons. El le enviará a alguien, probablemente mañana -contestó Kelly-. Vamos, doctor, que no se trata de nada del otro mundo, ¿de acuerdo? Quisiera ver sus cartas.

Rosen condujo a Kelly a bordo del Hatteras. La carta se encontraba todavía pulcramente desplegada junto al tablero de mandos. De hecho, todo en el barco estaba pulcramente dispuesto. Incluso las superficies de metal se veían relucientes. Todos los cables estaban debidamente enrollados sobre cubierta.

Y tal como había pensado, al revisar las fechas Kelly descubrió que las cartas databan de cinco años atrás.

- Tiene que renovarlas cada año, doctor.

-¡Ya me lo temía!

-Pero ha sido un golpe aleccionador -dijo Kelly con otra sonrisa.

-¿Qué quiere decir?

- No se lo tome tan en serio. Es la mejor de las lecciones; incomoda un poco, pero no demasiado. Así se aprende y se conserva lo aprendido.

El cirujano se serenó, y hasta se permitió una sonrisa.

- Supongo que tiene razón, pero Sarah no me permitirá olvidarlo.

-Culpa de todo a las cartas -sugirió Kelly.

- ¿Me apoyará? -preguntó Rosen con picardía.

-Los hombres tenemos que apoyarnos en momentos como éste -contestó Kelly con una sonrisa de complicidad.

- Creo que terminaré por apreciarle, señor Kelly.

-¿Y bien? ¿Dónde coño se encuentra? -preguntó Billy.

- ¿Y cómo demonios quieres que lo sepa? -replicó Rick, igualmente enfadado, e igualmente temeroso de lo que diría Henry cuando regresara. Ambos volvieron la mirada hacia la mujer que se encontraba en la habitación.

- Tú eres su amiga -dijo Billy.

Doris ya estaba temblando, deseosa de salir corriendo de la habitación, pero eso no la pondría a salvo. Le temblaron las manos cuando vio a Billy recorrer los tres pasos que le separaban de ella. La joven retrocedió, pero no pudo esquivar la bofetada que la hizo caer al suelo.

- ¡Zorra, será mejor que desembuches lo que sepas!

-¡No sé nada! -exclamó, sintiendo la mejilla ardiente. _"miro a Rick en un intento por granjearse sus simpatías, pero no advirtió ninguna emoción en su rostro.

-Sabes algo y será mejor que lo sueltes ahora -dijo Billy, agachándose para desabrocharle la blusa; luego se sacó el cinto con que sujetaba sus pantalones-, Di a las otras que vengan -ordenó Rick.

Doris se puso de pie sin esperar a que se lo ordenasen, desnuda de cintura hacia arriba, con el cuerpo sacudido por los sollozos que anticipaban el dolor que pronto le infligirían, con

miedo incluso de encogerse, sabiendo que no podría huir. No tenía escapatoria. Las otras chicas entraron lentamente, sin mirar en su dirección. Doris había estado enterada de las intenciones de Pam de huir, y su única satisfacción, cuando oyó el silbido del cinturón al cortar el aire, fue saber que no podría revelar nada que perjudicase a su amiga. Por muy punzante que fuese el dolor, Pam había escapado.

III. CAUTIVERIO

Tras haber colocado de nuevo en su sitio del taller todo el equipo de buceo, Kelly cogió una carretilla y regresó al muelle por los víveres. Rosen insistió en ayudarle. Sus nuevas hélices llegarían al día siguiente, pero el cirujano no parecía tener prisa alguna en hacerse de nuevo a la mar.

- Bien -dijo Kelly-. ¿Así que enseña cirugía?

- Sí, desde hace ocho años -contestó Rosen mientras disponía las cajas en la carretilla.

-No tiene aspecto de cirujano.

Rosen aceptó con entusiasmo el cumplido.

-No todos somos violinistas. Mi padre era albañil.

-El mío era bombero.

Kelly se ocupó de empujar la carretilla con los víveres hacia el búnker.

-Hablando de cirujanos... -Rosen apuntó con su índice al pecho de Kelly-, Alguno muy bueno le pondría la mano encima, pero ése de ahí era un chapucero.

Kelly estuvo a punto de detenerse.

- Sí, en aquella época fui realmente muy descuidado. No fue tan malo como parece, tan sólo me rozó un pulmón.

Rosen emitió un sonido gutural.

- Ya lo veo, a unos cinco centímetros del corazón. Nada del otro mundo.

Kelly metió las cajas en la despensa.

-Es agradable hablar con alguien que lo comprenda a uno, doctor -apuntó, estremeciéndose interiormente al recordar lo que sintió cuando el proyectil le atravesó-. Como le dije, fui muy descuidado.

-¿Cuánto tiempo estuvo allí?

- ¿En total? Quizá dieciocho meses. Depende de si cuento el tiempo que pasé en el hospital.

- En la pared hay una Cruz de la Armada. ¿La recibió por eso? Kelly negó con la cabeza.

- Fue por otra cosa. Tuve que ir al norte a rescatar a un piloto de A-6. No me hirieron, pero caí enfermo en aquel infierno. Tenía algunos rasguños, ¿sabe?, por los pinchos y esas cosas. Se me infectaron endiabladamente por culpa de las aguas de un río, ¿puede creerlo? Me tiré tres meses en un hospital sólo por eso. Fue peor que si me hubiesen pegado un tiro.

- No debió de ser un lugar muy agradable, ¿verdad? -inquirió Rosen cuando regresaron al muelle para recoger la última carga.

- Se dice que hay allí cien clases de serpientes. Noventa y nueve son venenosas.

- ¿Y la que queda?

Kelly alcanzó una caja de cartón al cirujano.

- Ésa te devora de un bocado -respondió, echándose a reír-. No, aquello no me gustó mucho. Pero era mi misión, así que rescaté al piloto y el almirante me nombró primer oficial y me plantó una medalla. Vamos, le enseñaré mi juguete -añadió Kelly, señalando a Rosen que subiese a bordo.

El recorrido duró cinco minutos, en los que el cirujano tomó nota de todas las

diferencias. No faltaban comodidades, pero no eran ostentosas. El cirujano advirtió que su anfitrión era un hombre práctico y que todas sus cartas estaban inmaculadamente nuevas. Kelly sacó un par de cervezas del frigorífico.

-¿Qué tal por Okinawa? -preguntó Kelly, esbozando una sonrisa,

Los dos hombres se miraron, midiéndose de pies a cabeza, y a ambos les gustó lo que contemplaban.

Rosen se encogió de hombros y gruñó con elocuencia:

- Alta tensión. Teníamos un montón de trabajo. Los kamikazes pensaban que la cruz roja pintada en el barco era un blanco perfecto.

- ¿Trabajabais durante los combates?

- Los heridos no pueden esperar, Kelly.

- Yo les había disparado -dijo Kellv, tras terminarse de un trago su cerveza-. Deja que vaya por las cosas de Pam y luego podremos volver a nuestro aire acondicionado.

Kelly se dirigió a popa y recogió la mochila de Pam. Rosen bajó al muelle y Kelly le lanzó la mochila por la borda. Rosen miró demasiado tarde, no pudo cogerla y la mochila aterrizó en el hormigón. Parte del contenido se esparció por el suelo y, a seis metros de distancia, Kelly comprendió inmediatamente qué iba mal, incluso antes de que el médico se volviese a mirarle: había una botella de plástico pardo, de las utilizadas para medicamentos, pero sin etiqueta. El tapón se había caído y algunas cápsulas se habían desparramado.

Ciertas cosas resultan evidentes. Kelly abandonó lentamente el barco y bajó al muelle. Rosen recogió la botella, volvió a meter las cápsulas y la cerró con el tapón de plástico. Luego se la pasó a Kelly.

- Sé que no son tuyas, John.

- ¿Qué es, Sam?

El tono del médico no podía haber sido más imparcial:

- El nombre comercial es Quaalude Netacualone. Se trata de un barbitúrico, un sedante. Pastillas para dormir, las que utilizamos para enviar a la gente al país de los sueños. Bastante fuertes, de hecho demasiado fuertes. Muchos especialistas (Sarah entre ellos) opinan que deberían ser retiradas del mercado. No hay etiqueta, así que no son de prescripción facultativa.

Kelly se sintió de repente cansado y viejo. Y, de algún modo, también traicionado.

- ¿Y bien?

- ¿No lo sabías?

-Sam, sólo nos conocemos desde... ni siquiera veinticuatro horas. No sé nada de ella.

Rosen se desperezó y contempló el horizonte por unos momentos.

-Está bien, empezaré a comportarme como un médico, ¿de acuerdo? ¿Has utilizado drogas alguna vez?

-¡No! Detesto esas malditas sustancias. ¡La gente muere a causa de eso!

La reacción de ira de Kelly fue inmediata y beligerante, pero no estaba dirigida contra Sam Rosen.

El catedrático se tomó con calma el exabrupto. Ahora le tocaba a él comportarse como un hombre práctico.

-Las personas se quedan enganchadas a esas sustancias. El cómo no viene a cuento. Pero desquiciarse por ello no sirve de nada. Aspira profundamente y expulsa el aire poco a poco.

Kelly obedeció, esbozando una sonrisa ante lo absurdo de la situación.

-Hablas exactamente como mi padre.

-Los bomberos son gente sensata -replicó Rosen, e hizo una pausa-. Pues bien, es posible que tu amiguita tenga un problema. Pero parecer una buena chica y tú pareces un ser humano. Así que, ¿procuramos resolver el problema?

-Creo que eso depende de ella -apuntó Kelly con amargura. Se sentía traicionado. Había empezado a entregar de nuevo su corazón y ahora tenía que asumir que bien podía haber

estado entregándolo a las drogas o a lo que las drogas hubiesen hecho de Pam. Quizá todo había sido una pérdida de tiempo.

-Eso es cierto -replicó Rosen con tono severo-, depende de ella, pero también podría depender de ti. Y si te comportas como un idiota, no le serás de gran ayuda.

Kelly se quedó sorprendido por el sentido común de aquellas palabras.

-Pareces un médico bastante bueno.

-Soy un médico endiabladamente bueno -asintió Rosen-. De todos modos, ése no es mi campo, pero sí el de Sarah, que es francamente buena. A lo mejor habéis tenido suerte. No es mala chica, John. Algo le preocupa. Está nerviosa por algo, ¿lo has advertido?

-Bien, sí, pero... -balbuceó Kelly, mientras una parte de su cerebro le gritaba: «¿Lo has advertido?»

–Pero sólo te fijaste en que es bonita. También yo tuve veintitantos años, John. Vámonos, es posible que tengamos algo que hacer. –Miró fijamente a Kelly–. Presiento que aquí falta algo.

Pero ¿qué?

–Perdí a mi esposa hace menos de un año.

Kelly habló durante unos minutos.

– ¿Y pensaste que quizá ella...?

– Sí, lo pensé. Una estupidez, ¿no?

Kelly se preguntó por qué dejaba abierta esa posibilidad. ¿Por qué no se limitaba a dejar que Pam hiciese lo que le viniese en gana? Pero ¿era eso una solución? Si lo hacía, tendría que reconocer que la había utilizado para satisfacer egoístamente sus necesidades y que se desembarazaría de ella cuando las cosas se pusiesen feas. Sin embargo, pese a todas las calamidades que habían azotado su vida durante el último año, sabía que no podría hacer eso, que nunca podría ser un hombre así. Advirtió entonces que Rosen le miraba fijamente.

–Todos tenemos zonas vulnerables –dijo Rosen con un gesto de serenidad–. Tú tienes preparación y experiencia para enfrentarte a tus problemas. Ella no. Vamos, tenemos algo que hacer –añadió, y cogió la carretilla con sus grandes manos delicadas y la empujó hacia el búnker.

Al entrar en la estructura de hormigón, la fría atmósfera del aire acondicionado les sorprendió con una dura ráfaga de realidad. Pam estaba tratando de entretener a Sarah, pero no lo lograba. La mente de los médicos siempre está trabajando, y Sarah contemplaba con mirada profesional a la chica que tenía delante. Cuando Sam entró en el cuarto de estar, Sarah se volvió y le dirigió una mirada que Kelly entendió.

–Y así, bueno, me fui de casa cuando tenía dieciséis años –estaba diciendo Pam, salmodiando sus palabras con un tono monótono que revelaba mucho más de lo que la propia Pam imaginaba. Se volvió y fijó la mirada en la mochila que llevaba Kelly. La voz de la joven adquirió de repente un matiz de fragilidad que Kelly no había advertido hasta entonces–: ¡Oh, qué bien!, necesito algo de ahí.

Pam se acercó a Kelly, cogió la mochila y luego se encaminó hacia el dormitorio principal. Kelly y Rosen la contemplaron mientras salía del salón. Luego Sam entregó a su esposa la botella de plástico. A Sarah le bastó con una sola mirada.

–Yo no lo sabía –dijo Kelly, sintiendo la necesidad de defenderse–. No la vi tornar nada.

Kelly se remontó en el tiempo, tratando de recordar los momentos en que Pam había estado fuera de su vista, y llegó a la conclusión de que podría haber tomado las píldoras en dos o tres ocasiones; luego cayó en la cuenta de la expresión de somnolencia que ella había tenido en todo momento.

–¿Sarah? –preguntó Sam.

–Dosis de trescientos miligramos; no parece un caso grave, pero necesita asistencia médica.

Momentos después regresó Pam y dijo a Kelly que se había dejado algo en el barco. No

le temblaban las manos, porque las tenía entrelazadas para evitar su movimiento involuntario. Todo era tan claro, una vez se sabía lo que había que observar. La joven estaba esforzándose por conservar el control, cosa que casi lograba, pero Pam no era una actriz.

–¿Es esto? –preguntó Kelly, alzando la botella entre sus manos. La recompensa que obtuvo por esa pregunta a bocajarro fue equiparable a una puñalada en el corazón.

Durante unos instantes Pam no contestó. Se quedó mirando fijamente la parda botella de plástico, y lo primero que advirtió Kelly fue la repentina y ansiosa expresión de sus ojos, como si la joven estuviese cogiendo ya la botella en sus pensamiento, sacando una o más tabletas, anticipando lo que fuese que le producían aquellas malditas píldoras, sin importarle que hubiese otras personas en la habitación, sin advertir siquiera su presencia. Y entonces la vergüenza se apoderó de ella al comprobar que la imagen de sí misma que había tratado de simular ante los demás se estaba desvaneciendo a ojos vista. Después de pasar la mirada por Sam y Sarah ocurrió lo peor: miró de nuevo a Kelly y sus ojos vacilaron entre fijarse en sus manos o en su rostro. Al principio las ansias lucharon con la vergüenza, pero ésta ganó, y cuando sus miradas se cruzaron, la expresión de ella empezó a parecerse a la del niño pillado en falta. Pero tanto su expresión como ella misma fueron

transformándose en algo distinto al constatar que un sentimiento que podría haber crecido hasta convertirse en amor se trocaba en preocupación y disgusto. Su respiración se alteró, se hizo más acelerada y luego irregular, cuando comenzaron los sollozos. Entonces comprendió que su mayor disgusto era consigo misma, con su propia mente, ya que una persona adicta a las drogas ha de mirar hacia su interior, pero si lo hace a través de los ojos de los demás no hará más que añadir un toque de crueldad a la pobre opinión que se ha forjado de sí misma.

–Lo si-si-siento, Kel-el-y. No te-te lo di-di... –tartamudeó la joven, desmoronándose. Pam parecía encogerse ante los ojos de los demás conforme se daba cuenta de lo que podía haber sido una oportunidad que ahora se desvanecía, y tras aquella nube que se disipaba estaba únicamente la desesperación. Pam volvió la cabeza, entre sollozos, incapaz de mirar a la cara al hombre al que había empezado a amar.

Había llegado el momento de la decisión para John Terence Kelly. Podía sentirse traicionado y disgustado o podía mostrar la misma compasión que ella le había otorgado hacía menos de veinte horas. Más que cualquier otra cosa, lo decisivo fue la forma en que ella lo miraba, la inequívoca expresión de vergüenza en su rostro. Kelly no podía quedarse ahí de pie. Tenía que hacer algo, si no quería que su imagen de autoestima se desvaneciera tan rápida e irreversiblemente como la de ella.

Los ojos de Kelly también se llenaron de lágrimas. Se acercó a la joven, la rodeó con sus brazos para evitar que se desplomara, le apretó la cabeza contra su pecho y la meció como a un niño, porque ahora había llegado el momento de ser fuerte para ella, de dejar a un lado los pensamientos que pudiese tener. Incluso la parte fiscalizadora de su mente se negó a cacarear «Ya te lo había advertido», porque tenía entre sus brazos a un ser que se sentía herido y porque no era momento para reflexiones. Permanecieron abrazados durante unos minutos, mientras los Rosen los contemplaban con una mezcla de inquietud personal e imparcialidad profesional.

–Intenté decírtelo –susurró por fin la joven–. Lo he intentado, de verdad, pero estaba muy asustada.

–Está bien –le dijo Kelly, sin captar del todo el significado de sus palabras–. Me ayudaste y ahora me toca a mí ayudarte.

–Pero... –balbuceó la joven, que se echó a sollozar de nuevo y necesitó un par de minutos para pronunciar lo que quería decir–. No soy lo que te imaginas que soy.

Kelly imprimió un tono risueño a su voz, haciendo caso omiso de esa segunda advertencia:

–Tú no sabes lo que yo me imagino, Pammy. Todo está bien, de verdad.

Kelly estaba tan concentrado en la chica, que no se dio cuenta de que Sarah Rose estaba

a su lado.

–Pam, ¿qué tal si damos un paseíto?

Pam asintió con la cabeza y Sarah se la llevó afuera, dejando solos a los dos hombres.

–Eres un ser humano –sentenció Rosen, satisfecho de su diagnóstico temprano sobre el carácter de Kelly–. ¿Dónde queda la farmacia más cercana?

–En Solomons, supongo. ¿Debería ir a un hospital?

–Dejaré que Sarah sea quien lo decida, pero creo que no será necesario.

Kelly se quedó mirando la botella que aún aferraba en su mano. –Bien, voy a tirar estas malditas cosas.

–¡Alto ahí! –exclamó Rosen–. Yo las guardaré. Todas llevan el número de lote. La policía podrá identificar el cargamento que se desvió de su ruta. Las guardaré bajo llave en mi yate.

–Y bien, ¿qué hacemos ahora?

–Esperaremos un rato.

Sarah y Pam regresaron a los veinte minutos, cogidas de la mano como madre e hija. Pam llevaba la cabeza erguida, aunque sus ojos aún seguían llorosos.

–Esto va de maravilla, chicos –dijo Sarah Rosen–. Ha estado intentando dejarlo durante un mes.

–Sarah dice que no es difícil –anunció Pam.

–Y podemos hacer que sea facilísimo –le aseguró Sarah, entregando una lista a su marido–. Busca una farmacia, John. Zarpa en tu barco inmediatamente.

–¿Cómo lo haréis? –preguntó Kelly, treinta minutos y cinco millas después.

Al noroeste, en el horizonte, Solomons era ya una línea verde y canela.

–El tratamiento es bastante sencillo; la apoyamos con barbitúricos para aliviarla.

–¿Le daréis drogas para hacer que deje las drogas?

–Exacto –asintió Rosen–. Así es como se hace. El cuerpo necesita tiempo para expulsar de sus tejidos todas las sustancias residuales. El cuerpo se vuelve dependiente de la droga, y si tratas de deshabituarle con excesiva rapidez, puedes provocar ciertos efectos adversos: conclusiones y esa clase de cosas. Eventualmente la gente puede morir a causa de ello.

–¿Morir? –exclamó Kelly–. No sé nada sobre eso, Sam.

–¿Y por qué habrías de saberlo? Ése es nuestro trabajo, Kelly. Sarah no cree que haya ningún problema en este caso. Relájate, John. Hay que administrarle... –Rosen extrajo la lista del bolsillo–. Sí, tal como pensaba, fenobarbitona. Se administra para atenuar los síntomas de abstinencia. Oye, tú sabes pilotar un barco, ¿no?

–Claro –contestó Kelly, volviéndose hacia Sam y sabiendo lo que diría a continuación.

–Pues déjanos hacer nuestro trabajo. ¿De acuerdo?

Aquel hombre no necesitaba dormir mucho, advirtió el cabo Oreza, para gran disgusto suyo. Antes de que hubiesen podido recuperarse de los avatares del día anterior, el hombre estaba levantado de nuevo, bebiendo café en la sala de operaciones, observando las cartas una vez más y trazando círculos que luego comparaba con la ruta que había seguido el guardacostas y que tenía registrada en su memoria.

–¿A qué velocidad puede ir un velero? –preguntó el hombre al irritado cabo Oreza.

–No a mucha; con una buena brisa y la mar en calma, quizá a cinco nudos, o un poco más si el patrón es listo y tiene experiencia. Una regla empírica reza que si se multiplica por uno coma tres la raíz cuadrada de la longitud de la línea de flotación se obtiene la velocidad del casco, que en este caso sería de cinco o seis nudos –explicó Oreza, confiando en que aquel patoso quedase debidamente impresionado con esa lección de náutica.

–Anoche sopló mucho viento –apuntó de mal humor el oficial English.

–Una embarcación pequeña no avanza más rápido cuando la mar está picada. Va más despacio. Y eso se debe a que invierte un montón de tiempo en subir y bajar en vez de

avanzar.

–Bien, pero ¿cómo pudo escapársele?

–No se me escapó, ¿de acuerdo? –Oreza no sabía exactamente quién era ese individuo ni qué cargo de importancia detentaba, pero jamás hubiese soportado esa clase de abuso de autoridad por parte de un oficial de verdad. (Aunque un oficial de verdad no le hubiese hostigado de ese modo: un oficial de verdad habría escuchado y habría entendido.) El cabo hizo una aspiración profunda, deseando por primera vez en su vida que se encontrara allí un oficial de verdad que explicase las cosas. Los civiles hacían caso de los oficiales de verdad, lo que dejaba mucho que desear sobre la inteligencia de los civiles–. Mire, señor, usted me dijo que abandonásemos la búsqueda. Yo le dije que lo habíamos perdido en medio de la tormenta, y eso fue lo que pasó. Esos viejos radares que utilizamos no valen de nada cuando hay mal tiempo, al menos para un objetivo tan diminuto como un velero deportivo.

–Eso ya me lo han dicho.

«Y se lo repetiré hasta que lo entienda», no llegó a decir Oreza al percibir la mirada de advertencia que le dirigió English. Portazgo aspiró profundamente, bajó la vista y miró la carta.

–¿Y bien, dónde cree que se encuentra? –inquirió el hombre.

–¡Qué demonios! La bahía no es tan grande, así que tiene dos líneas costeras que lo limitan. La mayoría de las casas tienen sus propios embarcaderos o fondeaderos. Yo de ese tipo, me hubiese dirigido a un fondeadero. Es mejor refugiarse allí que en un muelle, ¿entiende?

–Me está diciendo que se ha esfumado –apuntó el civil con tono misterioso.

–Está más claro que el agua –asintó Oreza.

- ¡Tres meses de trabajo reducidos a nada!

- Eso no puedo remediarlo, señor -replicó el cabo, e hizo una pausa antes de proseguir-: Fíjese, lo más probable es que se haya dirigido hacia el este, ¿entiende? Siempre es mejor correr por delante del viento que virar y meterse en él. Esa es la buena noticia. El problema consiste en que un barquito como ése se puede arrastrar a tierra y luego colocarlo en un remolque. ¡Qué demonios! En estos momentos podría estar en Massachusetts.

El hombre levantó la mirada de la carta y exclamó:

- ¡Me agrada oír eso!

- ¿Quiere que le mienta, señor?

- ¡Tres meses!

Aquel hombre se negaba a darse por vencido, pensaron al mismo tiempo Oreza y English. Pero hay que aprender a hacerlo. A veces el mar se apodera de algo y uno se esfuerza al máximo escudriñando y buscando, y la mayoría de las veces uno lo encuentra, pero no siempre, y cuando uno falla, ha llegado el momento en que hay que dejar que el mar cobre su presa. Todavía no había nacido el hombre al que le gustase eso, pero así funcionaban las cosas.

-¿Quizá podría pedir un helicóptero de apoyo? La marina tiene un montón de ellos en Pax River -señaló el oficial English. Con lo que de paso, aquel cabezota se marcharía de su base, un objetivo que bien merecía un esfuerzo, dados todos los trastornos que había causado a English y sus hombres.

-¿Pretende desembarazarse de mí? -inquirió el hombre, esbozando una sonrisa enigmática.

- ¿Perdón, señor? -respondió English, haciéndose el inocente, y pensó que era una lástima que ese hombre no fuese tonto del todo.

Kelly atracó en su muelle poco después de las siete de la tarde. Dejó que Sam bajase a tierra los medicamentos mientras él cubría con fundas de plástico los tableros de mando y acondicionaba el barco para la noche. El regreso desde Solomons había sido apacible. Sam

Rosen era francamente bueno a la hora de explicar las cosas y Kelly lo era a la hora de hacer preguntas. Lo que necesitaba saber lo había indagado durante el viaje de ida, así que durante el regreso había pasado la mayor parte del tiempo a solas con sus pensamientos, preguntándose qué haría y cómo debería actuar. Eran preguntas que no tenían fácil respuesta, y el hecho de estar atareado con el pilotaje del barco no representó la ayuda que él había esperado. Necesitó más tiempo del necesario para verificar las amarras y luego hizo otro tanto con el yate del cirujano antes de dirigirse al búnker.

El Hércules Lockheed DC-130-E surcaba los aires muy por encima de la baja capa de nubes, avanzando suave y regularmente, tal como lo había hecho a lo largo de 2.354 horas de vuelo desde que abandonó la fábrica de Lockheed de Marietta, Georgia, hacía ya unos años. Todo tenía la apariencia de un placentero día de vuelo. En la espaciosa cabina frontal, la tripulación de cuatro personas contemplaba el cielo despejado y vigilaba los diversos instrumentos. Los cuatro motores de turbopropulsión, con su peculiar zumbido, impulsaban al avión con su acostumbrada fiabilidad, imprimiéndole una constante y aguda vibración que se transmitía por los confortables sillones de alto respaldo y ocasionaba continuas ondas circulares en el café que bebían los hombres en vasos de plástico. En resumidas cuentas, la atmósfera era de una normalidad total. Pero un observador que hubiese contemplado el aparato desde el exterior habría llegado a una conclusión distinta: el avión pertenecía a la 99.a Escuadrilla de Reconocimiento Estratégico.

Debajo de los motores exteriores de cada ala del Hércules colgaban diminutos aviones teledirigidos del modelo 147-SC. Diseñados originalmente para servir de blancos de alta velocidad con la designación Firebee-II, ahora llevaban el nombre informal de Buffalo Hunter. En la zona de carga de la parte trasera del DC-130-E viajaba una segunda tripulación, encargada de dirigir por control remoto los dos aviones en miniatura, programados para una misión lo suficientemente secreta como para que ningún tripulante supiese en realidad en qué consistía. No tenían por qué saberlo. Su misión consistía únicamente en transmitir a los aviones teledirigidos lo que tendrían que hacer y cuándo. El técnico en jefe, un sargento de treinta años, se encargaba de controlar un aparato cuyo nombre en código era Cody-193. La posición de la tripulación le permitía volverse y mirar por una pequeña portilla para inspeccionar visualmente el aparato, cosa que hacía continuamente, aunque no había ningún motivo especial para ello. El sargento estaba fascinado con esos ingenios al igual que un niño con un juguete especialmente entretenido. Trabajaba desde hacía diez años en el programa de aviones teledirigidos y había super-visado en vuelo sesenta y una veces ese modelo en particular, lo que representaba todo un récord en ese campo.

El Cody-193 tenía un distinguido ancestro. Sus fabricantes, Teledyne-Ryan de San Diego, California, habían construido el Spirit of St.Louis de Charles Lindbergh, pero la empresa jamás había logrado que el modelo 147-SC entrase en las crónicas de la aviación. Tras haberse abierto paso a duras penas desde un pequeño contrato a otro, el aparato había logrado finalmente cierta estabilidad financiera convirtiéndose en blanco. Los cazabombarderos tienen que practicar disparando contra algo. El avión teledirigido Firebee-II había iniciado su andadura precisamente como eso, como un avión a propulsión en miniatura cuya misión consistía en morir gloriosamente a manos de algún piloto de combate, pero el sargento nunca lo había presenciado. El hombre era supervisor de aviones teledirigidos y su tarea consistía, tal como él se la imaginaba, en impartir una buena lección a esos pilotos de águilas majestuosas, dirigiendo «su» aparato de modo que los misiles disparados por los pilotos no encontrasen en su camino nada más que aire. De hecho, los pilotos de combate habían aprendido a maldecir su nombre, aun cuando la cortesía tácita en la Fuerza Aérea les obligase a comprar al sargento una botella de licor por cada fallo. Unos años atrás, alguien reparó en que si el avión teledirigido Firebee-II resultaba muy difícil de abatir para su propia gente, lo mismo rezaría para aquellos que disparaban contra un avión con propósitos más serios que el

de participar en el certamen anual Guillermo Tell. Además, facilitaba las misiones de los aviones de reconocimiento a baja altura.

El motor del Cody-193 fue puesto a toda potencia, mientras todavía colgaba de su pilón, con lo que imprimió a su avión nodriza unos cuantos nudos más de libre velocidad aérea. El sargento le dirigió una última mirada antes de volverse hacia sus instrumentos. En el flanco izquierdo del aparato, justamente por delante del ala, había pintados sesenta y un pequeños símbolos del cuerpo de paracaidistas y, con algo de suerte, en un par de días el sargento pintaría el sexagésimo segundo. Aun cuando no conocía a ciencia cierta la índole precisa de su misión, el deseo de ganar la competición era razón de peso para tomarse el mayor cuidado a la hora de disponer su aparato para el juego que se estaba realizando en esos momentos.

–Ten cuidado, cariño –dijo el sargento, conteniendo el aliento al liberar el aparato.

El Cody-193 dependía ahora de sus propias fuerzas.

Sarah había preparado una cena ligera. Kelly pudo olerla antes de abrir la puerta. Al entrar vio a Rosen sentado en el cuarto de estar.

– ¿Dónde está Pam?

– Le hemos administrado algunos medicamentos –contestó Sam–. Ahora ha de estar durmiendo.

– Lo está –confirmó Sarah, mientras atravesaba el salón en dirección a la cocina–. Acabo de comprobarlo. Pobre criatura, está extenuada. Arrastra muy pocas horas de sueño. Tiene que recuperarse.

– Pero, si ha estado tomando pastillas...

–Mira, John, el cuerpo reacciona de un modo extraño ante las sustancias –explicó Sam–. Lucha para expulsarlas, o al menos trata de hacerlo, y al mismo tiempo se vuelve dependiente de ellas. El sueño será su gran problema durante una temporada.

–Hay algo más –informó Sarah–. Tiene miedo, pero no quiere decir de qué. –Sarah hizo una pausa, y luego decidió que Kelly debía saberlo–: Han abusado de ella, John. No le pregunté acerca de eso (cada cosa a su tiempo), pero alguien le ha hecho pasar momentos muy duros.

-Vaya -exclamó Kelly, alzando la vista y revolviéndose en el sofá-. ¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que ha sido asaltada sexualmente- contestó Sarah con el tono sosegado y profesional con que encubría sus sentimientos personales.

-¿Te refieres a que ha sido violada? -preguntó Kelly quedamente, mientras los músculos de sus brazos se ponían en tensión.

Sarah hizo un gesto de asentimiento, incapaz ahora de ocultar su tristeza.

-Casi con toda certeza. Probablemente su espalda de y en sus nalgas

-Yo no advertí...

-Tú no eres médico -puntualizó Sarah-. ¿Cómo os conocisteis?

Kelly se lo contó, mientras recordaba la expresión en los ojos Pam sabiendo ahora a qué se había debido. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿ Como nose habría dado cuenta de un monton de cosas? se preguntó con rabia.

-Pues bien, al parecer pudo escapar.... Me pregunto si no fue ese mismo hombre el que le suministró los barbitúricos - dijo Sarah - ! Menudo individuo! Pero ¿Porque?

- ¡Menudo individuo!, quienquiera que sea.

-¿Quieres decir que alguien ha estado trabajándola y dándole drogas? -preguntó Kelly-. Pero ¿por qué?

-Kelly, por favor, no lo tomes a mal, pero... probablemente ha estado prostituyéndose. Los chulos utilizan esos métodos para controlar a las chicas. -Sarah Rosen se aborreció por haber dicho eso, pero así eran las cosas y Kelly tenía que saberlas-. Es joven, bonita, ha huido de su casa y proviene de una desnutrición; todo encaja ese modelo.

- Kelly se quedó mirando al suelo.

-Pero ella no es así. No lo entiendo.

Sin embargo, de algún modo lo entendía, se dijo, rememorando lo ocurrido. La forma en que ella se había acercado a él y le había atraído. ¿Cuánto hubo en eso de simple dominio de su oficio y cuánto de sentimiento auténtico? Era un interrogante al que no deseaba enfrentarse. ¿Qué debía hacer para actuar correctamente? ¿Seguir los dictados de la razón? ¿Seguir los dictados del corazón? ¿Y adónde conduciría aquello?

-Está luchando por liberarse, John. La chica tiene agallas -insistió Sarah, sentándose frente a Kelly-. Probablemente ha rodado por las calles durante más de cuatro años. Haciendo Dios sabe qué. Pero algo en ella se niega a claudicar. Sin embargo, no puede hacerlo sola; lo ha intentado, pero no lo ha logrado del todo. Te necesita. Y ahora he de preguntarte algo -añadió Sarah, mirándolo fijamente-. ¿La ayudarás?

Kelly levantó la mirada; sus ojos azules adquirían el color del hielo cuando intentaba discernir sus auténticos sentimientos.

-Realmente os estáis tomando el asunto en serio, ¿no?

Sarah bebió un sorbo de la bebida que se había preparado. Sus cabellos negros no visitaban un peluquero desde hacía meses. Regordeta y de baja estatura, tenía el aspecto de esas mujeres que, al volante de un automóvil, despiertan el odio de los conductores masculinos. Pero hablaba con encendida pasión y su inteligencia resultaba evidente a Kelly.

-¿Tienes idea de lo mal que están las cosas? Hace diez años el consumo excesivo de drogas era tan raro que apenas tenía que preocuparme de eso. ¡Oh, sí!, sabía cosas, leía los artículos del Lexington y de vez en cuando teníamos algún caso de adicción a la heroína. Pero no muchos. No era más que un problema de negros, pensaba la gente. A nadie le importaba realmente. Ahora estamos pagando por los errores. Todo eso ha cambiado, y sucedió prácticamente de la noche a la mañana. Dejando a un lado el proyecto en que estoy trabajando, dedico casi todo mi tiempo a chicos con problemas de drogas. No me prepararon para eso. Soy una científica, una especialista en interacciones negativas, en estructuras químicas, en diseñar nuevas drogas para lograr cosas específicas, pero ahora tengo que emplear casi todo mi tiempo en la labor clínica, tratando de mantener con vida a jóvenes que deberían estar aprendiendo a tomarse una cerveza, pero que sin embargo ya tienen sus organismos repletos de mierdas químicas ¡que jamás deberían haber salido de los malditos laboratorios!

-Y las cosas aún se están poniendo peor -apuntó Sam con tono amargo.

Sarah asintió con la cabeza.

-¡Oh, sí!, la próxima gran mierda es la cocaína. Pam te necesita, John –repitió Sarah, inclinándose hacia Kelly, que parecía haberse rodeado de un nubarrón cargado de energía eléctrica–. Lo mejor que puedes hacer es darle tu apoyo, chico. ¡No la abandones! Alguien la ha fastidiado realmente, pero está luchando. En ella hay un ser humano.

–Sí, señora –dijo Kelly con humildad, levantando la mirada y superando su ofuscamiento–En caso de que tuviese dudas, ya lo había decidido hace un buen rato.

– Bien –asintió Sarah.

–¿Qué debo hacer en primer lugar?

–En principio, lo que necesita es descanso, una buena alimentación y tiempo para expulsar los barbitúricos de su organismo. Le ayudaremos con fenobarbitona, para prevenir posibles síndromes de abstinencia. Mientras estabais fuera la ausculté. Su problema físico no consiste tanto en la adicción como en el extenuamiento y la desnutrición. Tendría que ganar unos cinco kilos. Tolerará bastante bien la abstinencia si le damos otros tipos de apoyo.

– ¿Se refiere a mí? –preguntó Kelly.

– En buena parte. –Sarah miró hacia la puerta abierta del dormitorio y suspiró, liberándose de la tensión–. Bien, dado su estado de postración, es probable que la fenobarbitona la mantenga en reposo durante toda la noche. Mañana empezaremos a alimentarla y a ejercitarla. De momento –agregó Sarah–, podemos alimentarnos nosotros.

La conversación durante la cena se centró deliberadamente en otros asuntos, y Kelly se

sorprendió pronunciando una larga parrafada sobre el relieve del fondo de la bahía de Chesapeake, a la que siguió otra sobre sus conocimientos acerca de las mejores zonas de pesca, Luego se decidió que sus invitados se quedarían hasta el lunes por la tarde. La sobremesa se prolongó hasta poco antes de las diez de la noche. Kelly recogió los platos y luego entró silenciosamente en el dormitorio, donde escuchó la serena respiración de Pam.

Con sólo cuatro metros de longitud y apenas mil cuatrocientos kilogramos de peso –de los cuales la mitad era combustible–, el Buffalo Hunter se dirigió hacia tierra cuando aceleró hasta alcanzar una velocidad de más de ciento ochenta y cinco kilómetros por hora. Su ordenador de navegación, construido por Lear-Siegler, supervisaba ya el tiempo y la altitud. El aparato teledirigido estaba programado para seguir una ruta de vuelo y una altitud específicas, todo fijado escrupulosamente por sistemas informáticos que eran, comparados con modelos posteriores, ridículamente primitivos. Todo ello hacía del Cody-193 una bestia de aspecto deportivo. De perfil se asemejaba a un tiburón azul, con una nariz protuberante y una toma de aire colgante que hacía las veces de boca, donde solía pintársele unas agresivas hileras de dientes. Para esta misión se le había aplicado una mano de pintura de carácter experimental –blanco mate por debajo y manchas pardas y verdes por arriba– con el fin de dificultar su visibilidad desde tierra... y desde el aire. Por lo demás, las superficies de las alas estaban recubiertas de material absorbente de radar, y la toma de aire estaba protegida con una pantalla que atenuaba la reflexión del radar en las paletas giratorias del motor.

Cody-193 atravesó la frontera entre Laos y Vietnam del Norte a las 11 horas, 41 minutos y 38 segundos hora local. Continuó su ruta descendente, se niveló a ciento cincuenta y dos metros sobre el nivel del suelo y giró hacia el noreste, avanzando más despacio debido a la mayor densidad el aire en las capas más próximas a tierra. La baja altitud y el pequeño volumen del velocísimo avión teledirigido lo convertían en un blanco muy difícil, aunque no imposible. Fue detectado por unas distantes posiciones artilleras de la densa y refinada red de defensa antiaérea de Vietnam del Norte. El avión teledirigido voló directamente hacia una base recién instalada de piezas de artillería con cañones gemelos de 37 mm, cuya dotación, en situación de alerta, movió sus baterías con tal presteza que logró disparar veinte proyectiles seguidos, tres de los cuales pasaron a escasos metros de aquella nave diminuta. Cody-193 tomó buena nota de aquello, pero ni titubeó ni procuró eludir el fuego. Sin cerebro y sin ojos, prosiguió su ruta de vuelo como el tren eléctrico que da vueltas alrededor del árbol de Navidad mientras su nuevo propietario desayuna en la cocina. De hecho, estaba siendo vigilado. Desde el distante EC-121 Warning Star se seguía la pista del Cody-193 gracias al transpondador codificado de radar que llevaba el avión teledirigido en el extremo de su aleta vertical.

–Sigue así, primor –susurró el comandante, hablando consigo mismo y sin quitar el ojo de la pantalla de radar. Estaba enterado de la misión, sabía lo importante que era y por qué a nadie más se le permitía estar informado de ella. Junto a él había un segmento pequeño de un mapa topográfico.

El avión teledirigido viró hacia el norte cuando sobrevolaba el lugar previsto, descendió hasta noventa y dos metros de altitud cuando encontró el valle indicado y siguió el curso de un pequeño afluente. Por lo menos, los tipos que lo programaron conocen su trabajo, pensó el comandante.

El Cody-193 ya había consumido la tercera parte de su combustible y ahora estaba quemando rápidamente el resto al tener que mantenerse en vuelo rasante, sorteando las invisibles colinas por debajo de sus crestas. Los programadores habían hecho lo mejor posible su trabajo; sin embargo, cuando una ráfaga de viento lo obligó a desviarse a la derecha antes de que el piloto automático pudiese corregir el rumbo, se oyó una señal escalofriantemente cercana y el Cody-193 se libró de chocar contra un árbol en extremo alto por apenas veinte metros. Dos milicianos, que se encontraban en la cima más próxima, dispararon sus armas

Librodot

contra el avión, pero no hicieron blanco. Uno de ellos se lanzó colina abajo en busca de un teléfono, pero su compañero le gritó que lo dejara al ver que el avión proseguía su vuelo a ciegas. Para cuando hiciese la llamada y recibiese contestación, el aparato enemigo ya habría desaparecido; además, disparándole ya habían cumplido con su deber. Le preocupaba adónde habían ido a parar sus proyectiles, pero también era demasiado tarde para eso.

El coronel Robin Zacharias, de la Fuerza Aérea estadounidense, caminaba por el suelo de tierra de lo que en otros tiempos podría haber sido una plaza de armas, pero no había tropas a las que pasar revista. Prisionero desde hacía más de seis meses, cada día re-

presentaba para él una nueva batalla, en la que contemplaba la miseria humana a niveles tan lóbregos y profundos como jamás había imaginado. Derribado en su octogésima novena misión, cuando estaba a punto de volver a su base, una misión que podía haber sido un éxito completo acabó en un final sangriento por algo tan insignificante como la mala suerte. Y lo peor era que su «oso» había muerto. Y probablemente hasta tendría que considerarse un hombre afortunado, pensó el coronel cuando era conducido a través del patio por dos hombrecillos poco amistosos y armados con fusiles. Tenía los brazos atados a la espalda y llevaba grilletes en los tobillos, ya que, aun en su situación, le temían, era vigilado por los soldados de las torres. «Realmente he de parecerles temible a esos enanos hijos de puta», se dijo el piloto de combate.

Zacharias no se consideraba un hombre temible. Aún tenía heridas en la espalda a causa de la eyección. Cuando se estrelló contra el suelo ya estaba gravemente lisiado y sus esfuerzos por evitar caer prisionero habían sido algo más que un mero acto simbólico, pues se había arrastrado a través de una distancia de un centenar de metros, para ir a caer en los brazos de los artilleros que habían derribado su avión.

Los malos tratos comenzaron en ese mismo momento. Obligado a desfilar por tres apartadas aldeas, apedreado y escupido, finalmente había acabado allí (dondequiera pudiese estar ese allí). Había aves marinas. Quizá se encontraba cerca del mar, especuló el coronel. Pero el monumento conmemorativo de Salt Lake City, situado a varias manzanas de la casa donde había pasado su niñez, le recordó que las gaviotas no son exclusivamente criaturas marinas. Durante los meses anteriores había estado sometido a todo tipo de malos tratos, pero habían ido disminuyendo misteriosamente durante las últimas semanas. Quizá se habían cansado de torturarlo, se dijo Zacharias. O quizá se había presentado realmente Papá Noel, pensó, sin apartar la mirada del suelo. Estar en ese lugar no era un gran consuelo. Había otros prisioneros, pero todos sus intentos por comunicarse con ellos habían fracasado. Su celda carecía de ventanas. Había podido ver dos rostros, pero ninguno le resultó conocido. En ambas ocasiones saludó a voz en grito, lo que provocó que sus guardianes le golpeasen hasta derribarlo. Los dos hombres le habían visto, pero no dijeron nada. En ambos casos Zacharias había advertido una sonrisa y un gesto, lo más que pudieron hacer. Ambos hombres eran de su edad y, según supuso, de su mismo rango, pero eso era todo cuanto sabía. Lo más temible para un hombre que tenía mucho que temer era que todo aquello no se correspondía con lo que podía esperar según la preparación recibida. No estaba en el Hanoi Hilton, donde se suponía eran congregados todos los prisioneros de guerra. Zacharias no sabía prácticamente nada acerca de su situación, y el desconocimiento puede ser la cosa más temible de todas, especialmente para un hombre que durante más de veinte años ha sido el dueño absoluto de su destino. Su único consuelo, pensó, era que las cosas resultaban todo lo malas que podía resultar. En eso se equivocaba.

-Buenos días, coronel Zacharias -le dijo una voz a través del patio.

Levantó la mirada y divisó a un hombre más alto que él, de raza caucásica y que llevaba un uniforme muy distinto al de sus guardias. Se dirigió al prisionero con una sonrisa.

-Un poco diferente de Omaha, ¿no?

Fue entonces cuando escuchó el ruido, una especie de silbido agudo que se acercaba por

el sudoeste. Se volvió por instinto: un aviador, independientemente de dónde se encuentre, siempre se vuelve para mirar un avión. El aparato apareció al instante, antes de que los guardias tuviesen tiempo de reaccionar.

Buffalo Hunter, pensó Zacharias, poniéndose de puntillas y dándose la vuelta para verlo pasar. Lo contempló, levantando la cabeza, y divisó el rectángulo negro del cristal de la cámara fotográfica. Susurró un rezo en el que pedía al cielo que aquel artilugio estuviese funcionando. Cuando los guardianes se dieron cuenta de lo que estaba haciendo, un culatazo en los riñones derribó al coronel. Reprimiendo una maldición, luchaba por sobre-ponerse al dolor cuando un par de botas aparecieron en su restringido campo visual.

-No se haga ilusiones -dijo el hombre-. Se dirige a Haifong para contar los buques. Y ahora, amigo mío, es hora de que nos

conozcamos.

Cody-193 prosiguió su rumbo hacia el noreste, manteniendo una velocidad y una altitud constantes al penetrar en el denso cinturón de defensas antiaéreas que rodeaba al único puerto importante de Vietnam del Norte. Las cámaras del Buffalo Hunter registraron varias baterías triple A, así como centros de observación y más de un grupo de hombres armados con fusiles AK-47, cada uno de los cuales disparó al menos un tiro simbólico contra el avión teledirigido. Cody-193 esquivó los proyectiles gracias a su pequeño tamaño. Por lo demás, siguió volando en línea recta y a velocidad uniforme mientras sus cámaras seguían filmando y registrando las imágenes en una película de cincuenta y siete milímetros. Prácticamente lo único que no le dispararon fueron misiles tierra-aire. Cody-193 volaba a una altura excesivamente baja como para eso.

-¡Vamos, primor, vamos! -exclamó el comandante, a trescientos kilómetros de distancia.

En el exterior, los cuatro motores de pistón del Warning Star estaban siendo forzados con el fin de mantener la altitud que necesitaba el comandante para supervisar el trayecto del avión teledirigido. Tenía la vista clavada en la plana pantalla de cristal y seguía el destello parpadeante del receptor de radar. Otros controladores aéreos supervisaban la localización de otro avión estadounidense que también estaba haciendo una visita al país enemigo, manteniéndose en comunicación permanente con RED CROWN, el buque encargado de dirigir las operaciones aéreas desde el mar. ¡Gira hacia el este, primor..., ahora!

Exactamente en el instante previsto, Cody-193 se ladeó fuertemente a la derecha, disminuyó un poco la altura y pasó silbando sobre los muelles de Haifong a novecientos veinticinco kilómetros por hora, con un centenar de proyectiles trazadores alrededor de su estela. Los obreros portuarios y los marineros de diversos buques alzaron la mirada con curiosidad e irritación y también con bastante temor de aquel acero que surcaba el cielo por encima de sus cabezas.

-¡Sí! -exclamó el comandante, lo suficientemente alto como para que el sargento controlador levantase irritado la vista. Se suponía que en ese lugar había que guardar silencio. El comandante tecleó su micro para hablar con el RED CROWN-. Cody-unonueve-tres ha hecho bingo.

-Roger, copio bingo de uno-nueve-tres -le respondieron. Se trataba de un uso incorrecto de la palabra clave «bingo», que significa un avión con bajo nivel de combustible, pero era un término tan habitual que resultaba adecuado para ocultar lo que se quería decir. El hombre al otro extremo de la línea comunicó entonces a la tripulación de un helicóptero que se mantenía en vuelo que debía prepararse para entrar en acción.

El avión teledirigido sobrevoló la costa en el momento previsto, manteniéndose a baja altura durante unas millas más antes de lanzarse a su ascenso final, con lo que redujo sus reservas a sus últimos cuarenta y cinco kilogramos de combustible, para alcanzar el punto programado, a unas treinta millas de la costa. En ese momento se activó un emisor de señales sintonizado con los radares de búsqueda de los buques patrulleros de la armada norteamericana. Y uno de esos buques, el destructor Henry B. Wilson, tomó nota del objetivo

esperado y de la hora y el lugar esperados. Sus técnicos en misiles aprovecharon la oportunidad para solucionar un problema práctico de intercepción, pero tuvieron que apagar sus radares de iluminación pasados unos segundos. Eso inquietó a los escuchas enemigos.

A mil quinientos metros de altura, el Cody-193 se quedó finalmente sin combustible y se convirtió en un planeador. Cuando la velocidad de vuelo descendió hasta el límite previsto, se dispararon los cerrojos explosivos del techo, haciendo saltar la tapa de una escotilla, por la que se desplegó un paracaídas. El helicóptero de la Armada se encontraba ya en su puesto, y el paracaídas blanco permitía una perfecta identificación. El avión teledirigido pesaba ahora unos escasos seiscientos ochenta kilos, apenas el peso de ocho hombres. El viento y la visibilidad colaboraban. Engancharon el paracaídas al primer intento y el helicóptero se dirigió inmediatamente hacia el portaaviones Constellation, donde el avión teledirigido fue entonces depositado cuidadosamente en una plataforma colgante, con lo que terminaba así su sexagésima segunda misión de combate. Antes de que el helicóptero hubiese encontrado su lugar de descenso sobre la cubierta de vuelo, un

técnico ya se encontraba abriendo la tapa del compartimiento fotográfico y extraía de la cámara el pesado carrete de la película. Se dirigió presuroso bajo cubierta y se lo entregó a otro técnico en el laboratorio fotográfico del buque. El revelado requirió unos escasos seis minutos, y la película, aún húmeda, fue secada a toda prisa y entregada a un agente de los servicios secretos. Era mejor que buena. La película fue desplegada sobre una placa de vidrio bajo la que había un par de luces fluorescentes.

-¿Y bien, teniente? -preguntó el capitán.

- Sí, capitán, espere un... -contestó el teniente, dando vueltas al carrete y señalándole la tercera imagen-. Aquí está nuestro primer punto de referencia... Este es el número dos, estaba siguiendo bien su trayectoria..., y aquí está el objetivo buscado... abajo, en el valle, sobre la colina... ¡Aquí, capitán! ¡Tenemos dos, no tres, fotos! Y muy buenas. El sol estaba a nuestro favor y el día está despejado... ¿Entiende ahora por qué se llama a esos juguetes «cazadores de búfalos»? Es...

- ¡Déjeme ver!

El capitán casi apartó al joven oficial de un empujón. La fotografía mostraba un hombre, un estadounidense, con dos guardias, y también otro hombre, pero era al estadounidense a quien quería ver.

- Aquí, señor -le indicó el teniente, pasándole una lupa-. Podemos ampliar el rostro, y podemos jugar algo más con el negativo si nos da un poco de tiempo. Como le dije, con esas cámaras se puede distinguir perfectamente a un hombre de una mujer...

-Bien... -El rostro era negro, lo que significaba que había un hombre blanco en el negativo. Pero ¡Maldita sea, no puedo decir...!

-Capitán, éste es nuestro trabajo, ¿de acuerdo? -E1 teniente pertenecía al servicio de contraespionaje. El capitán, no-. Dejenos hacer nuestro trabajo, señor.

-¡Es uno de los nuestros!

-Claro que lo es, señor, pero el tipo de al lado no lo es. Deje que me lleve esto al laboratorio para sacar positivos y hacer ampliaciones. Los de la escuadrilla aérea también querrán echar un vistazo a las instantáneas del puerto.

–Eso puede esperar.

–No, señor, no puede esperar –señaló el teniente. Sin embargo cogió unas tijeras y separó las fotos principales.

El resto del carrete fue entregado a un brigada, mientras el teniente y el capitán se dirigían al laboratorio. Dos meses de trabajo habían sido invertidos en el vuelo del Cody-193 y el capitán estaba ansioso de obtener la información contenida en aquellos tres recuadros de cincuenta y siete milímetros de diagonal.

Una hora después, la tenía. Una hora más tarde subía a un avión con destino a Danang. Otra hora más tarde se encontraba volando hacia la base de la Armada de cabo Cubi, en las Filipinas, donde cogió un avión a reacción que le llevó a la base aérea de Clark, donde subió a

un KC-135 que le llevaría directamente a California. Pese a los rigores de aquellas veinte horas de vuelo, el capitán durmió poco y a ratos, tras haber resuelto un misterio cuya solución podría cambiar la política de su gobierno.

IV. AL DESPUNTAR EL DÍA

Kelly durmió cerca de ocho horas y se despertó al oír los graznidos de las gaviotas, para encontrarse con que Pam no estaba allí. Salió de la casa y la vio de pie en el muelle, contemplando el mar, aún abatida, aún incapaz de lograr el descanso que tanto necesitaba. La bahía presentaba su habitual calma matinal y su superficie espejada se veía interrumpida por las ondas concéntricas que provocaban los lirios al emerger para atrapar insectos. Circunstancias como ésas parecían lo apropiado para comenzar el día, una suave brisa que venía por el poniente y aquel silencio misterioso que permitía escuchar el zumbido del motor de una lancha en la lejanía. Era la clase de momentos que permiten al hombre encontrarse a solas con la naturaleza, pero Kelly sabía que Pam se sentía sencillamente sola. Se acercó a ella, tan silenciosamente como pudo, y la cogió por la cintura con ambas manos.

–¡Buenos días!

La joven no respondió y Kelly permaneció quieto, sujetándola suavemente para que ella sintiese su contacto. Llevaba una de las camisas de Kelly y éste no deseaba que su tacto resultase sensual, sino tan sólo protector. Sentía miedo de acercarse a una mujer que había sufrido aquellos vejámenes y que no podría predecir dónde se encontraba exactamente la línea divisoria entre el afecto y el abuso.

-Y bien, ahora ya lo sabes -dijo la joven quedamente, incapaz de volverse y mirarle a la cara.

-Sí -repuso Kelly también en voz baja.

-¿Qué piensas? -preguntó Pam con un tono que era un doloroso susurro.

-No sé exactamente a qué te refieres, Pam.

Kelly percibió su vacilación y tuvo que vencer los deseos de estrecharla entre sus brazos.

-Acerca de mí.

- ¿Acerca de ti? -Kelly se arrimó un poco más y movió lentamente sus brazos hasta rodearle suavemente la cintura-. Pienso que eres hermosa. Pienso que estoy satisfecho de que nos hayamos conocido.

- Pero sabes lo de las drogas.

- Los Rosen dicen que estás tratando de quitártelas. Eso es más que suficiente para mí.

- Es peor que eso, he hecho cosas...

-Eso no me importa, Pam -la interrumpió Kelly-. Yo también he hecho ciertas cosas. Pero tú hiciste algo maravilloso por mí. Me diste una esperanza. -Kelly la estrechó con fuerza-. Lo que hayas hecho antes de conocernos no tienen importancia. No estás sola, Pam. Estoy aquí para ayudarte, si tú lo deseas.

- Cuando descubras que... -le advirtió la joven.

-Correré el riesgo. Creo conocer los aspectos importantes. Te quiero, Pam.

A Kelly le sorprendieron sus propias palabras. Había tenido miedo de expresar ese sentimiento, incluso de admitirlo ante sí mismo. Era demasiado irracional, pero de nuevo las emociones triunfaron sobre la razón. Y la razón, por esta vez, se sorprendió a sí misma dando su aprobación.

- ¿Cómo puedes decir eso? -inquirió Pam.

Kelly le hizo darse la vuelta y le sonrió.

-¡Que me cuelguen si lo sé! Quizá se deba a tus cabellos enmarañados o a tu naricilla

mocosa -contestó Kelly, palpándole el pecho a través de la camisa-. No, creo que se debe a tu corazón. Independientemente de tu pasado, tu corazón es una auténtica maravilla.

-¿Lo dices en serio? -preguntó Pam, mirándose el pecho.

Se produjo un largo silencio, luego Pam alzó la mirada y le sonrió, y aquello fue como el despuntar del día. Los resplandores anaranjados y amarillos del sol naciente iluminaron el rostro de la joven y dieron un toque de luz a sus hermosos cabellos.

Kelly le enjugó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, eliminando cualquier duda que él hubiese abrigado.

-Tendremos que conseguirte algo de ropa. Este no es el modo en que se viste una dama.

-¿Quién dice que soy una dama?

-Yo.

-Kelly..., tengo miedo.

Él la atrajo contra su pecho.

-No importa. Yo tuve miedo en todo momento. Lo único importante es saber que estás dispuesta a hacerlo.

Kelly le acarició la espalda. No intentaba convertir ese encuentro en algo sensual, pero advirtió que se estaba excitando, hasta que reparó en que palpaba cicatrices infligidas por hombres que habían esgrimido látigos, sogas, cinturones... Dirigió entonces la mirada hacia el horizonte, y afortunadamente ella no vio su expresión...

-Has de estar hambrienta -dijo, separándose de ella y cogiéndola de las manos.

-Me muero de hambre -asintió la joven.

-Eso podemos solucionarlo.

Kelly la acompañó de regreso al búnker. Se sentía feliz de tenerla a su lado. Se encontraron con Sam y Sarah, que venían de la otra punta de la isla, tras haber dado un paseo matinal.

-¿Cómo se sienten nuestros tortolitos? -preguntó Sarah, sonriendo alegremente porque ya conocía la respuesta, después de haberlos observado durante los últimos doscientos metros.

-¡Hambrientos -contestó Pam.

-Hoy nos traerán un par de «tornillos» -añadió Kelly, haciendo un guiño.

-¿Qué? -preguntó Pam.

-Hélices -explicó Kelly-. Para el barco de Sam.

-¿Tornillos?

–Jerga marinera –aclaró Kelly, dirigiéndole una sonrisa burlona.

– ¡Cuánto ha durado esto! –comentó Tony, dando un sorbo al café.

– ¿Dónde está el mío? –demandó Eddie, que estaba irritable por la falta de sueño.

– Me dijiste que dejase fuera el puto hornillo, ¿lo recuerdas? Tráetelo tú mismo.

– ¿Piensas que quería tener aquí dentro toda esa humareda y toda esa mierda? Uno puede morir con ese maldito monóxido –replicó irritado Eddie Moreno.

Tony también estaba cansado. Demasiado cansado como para ponerse a discutir con aquel bocazas.

–Está bien, tío –dijo–. Ahí fuera tienes la jarra del café. Y también hay vasos.

Eddie salió de la casa refunfuñando. Henry, el tercer hombre, estaba guardando el producto y se mantuvo ajeno a la discusión. Todo había salido algo mejor de lo que él había previsto. Incluso se habían tragado su historia sobre Angelo, con lo que quedaban eliminados un socio potencial y un problema. La droga ya preparada, que ahora estaba siendo pesada y empaquetada en bolsas de plástico para su venta a los traficantes, tendría un valor de por lo menos trescientos mil dólares. Las cosas no se habían desarrollado del todo según lo planeado. Las esperadas «pocas horas» de trabajo se habían alargado hasta convenirse en una maratón que duró toda la noche, cuando los tres descubrieron que lo que tenían que pagar a los otros por su trabajo no resultaba tan sencillo como les pareció a primera vista. Tampoco fueron de mucha ayuda las tres botellas de whisky americano que habían traído consigo. De todos modos, más de trescientos mil dólares de ganancia por dieciséis horas de trabajo no

estaban del todo mal. Y eso no era más que el comienzo. Tucker sólo les estaba dando una muestra de lo que vendría después.

Eddie aún seguía preocupado por las repercusiones de la desaparición de Angelo. Pero ya no había marcha atrás, no después de haberlo matado. Se había visto obligado a ello para respaldar la jugada de Tony. Hizo una mueca al divisar al norte de la isla lo que había sido un barco. Por otro lado, los rayos del sol se reflejaban en los cristales de lo que era probablemente un bello crucero de gran potencia. ¿No sería estupendo poseer uno así? A Eddie Morello le gustaba la pesca y quizá podría llevar de vez en cuando a sus chiquillos... ¿No sería acaso una buena cosa para encubrir sus verdaderas actividades?

O quizá la captura de cangrejos, se dijo. A fin de cuentas, sabía qué comían los cangrejos. Ese pensamiento le provocó una sorda risotada, seguida de un ligero estremecimiento. ¿Estaba fuera de peligro al relacionarse con esos hombres? Esos tipos acababan de (él acababa de) matar a Angelo Vorano; ni siquiera habían transcurrido veinticuatro horas. Pero Angelo no formaba parte de la banda, y Tony Piaggi sí. É1 era su legitimación, su vía de acceso a las calles, y eso le dejaba fuera de peligro... durante una temporada. Mientras Eddie se mantuviese astuto y alerta.

–¿Qué supones que era? –preguntó Tucker a Piaggi, tan sólo por decir algo.

– ¿Qué quieres decir?

– Cuando cruzamos ese barco, lo que se vio parecía una cabina o algo así –dijo, sellando el último envoltorio y metiéndolo dentro de la nevera portátil.

– ¿El camarote del capitán, quieres decir? –preguntó Tony. Sólo intentaba matar el tiempo, pues se sentía hastiado de lo que habían estado haciendo durante toda la noche.

– Puede ser, supongo. Está cerca del puente de mando.

Henry Tucker se puso de pie, se desperezó y se preguntó por qué le tocaba a él todo el trabajo pesado. La respuesta le llegó con harta facilidad: Tony era un hombre «hecho», Eddie quería llegar a serlo pero nunca llegaría a serlo, como tampoco Angelo, pensó, alegrándose de ello. Jamás se había fiado de Angelo, pero ya había dejado de ser un problema. Había algo bueno en esa gente, eran tipos que parecían mantener su palabra... y seguirían manteniéndola mientras él siguiese siendo su enlace con la materia prima, pero ni un solo minuto más. Tucker no se hacía ilusiones al respecto. Había estado bien que Angelo le pusiera en contacto con Tony y Eddie, y la muerte de Angelo había tenido en Henry exactamente el mismo efecto que podría tener su propia muerte en los otros dos: ninguno. Todos los hombres podían ser utilizados para algo, se dijo Tucker, cerrando la nevera portátil. Y los cangrejos también tenían que comer.

Con suerte, ése sería el último asesinato durante un tiempo. No se trataba de que eso intimidara a Tucker, pero le molestaban las complicaciones que solían acarrear los asesinatos. Un buen negocio tenía que gestionarse con tranquilidad, sin sobresaltos, y tenía que dar dinero a todos, con lo que todos quedaban satisfechos, incluso los clientes más remotos. Y no cabía duda de que ese cargamento les haría felices. Era una buena heroína asiática, científicamente procesada y prudentemente «cortada» con sustancias no tóxicas, que proporcionaría a los consumidores un colocón de campeonato, pero sereno y con un descenso suave en la realidad de la que trataban de escapar. La clase de éxtasis que desearían experimentar por segunda vez, con lo que volverían a buscar a sus camellos, que podrían cobrarles un poco más por suministrarles una sustancia tan buena. «Dulzura Asiática» era su nombre comercial.

Se corría cierto peligro con tener un nombre para la calle. Proporcionaba un blanco a la policía, un nombre que perseguir y cuestiones específicas que preguntar, pero era el riesgo a correr por tener un producto de tan alta calidad. Por ese motivo había elegido a sus socios teniendo en cuenta su experiencia, sus contactos y su seguridad. También el lugar del procesamiento había sido elegido atendiendo a la seguridad. Tenían unas cinco millas de visibilidad y una lancha rápida para huir, llegado el caso. Sí, había peligro, desde luego, pero todo en la vida suponía peligro, y el riesgo había que medirlo de acuerdo a la recompensa. La

recompensa de Henry Tucker por menos de un día de trabajo era de cien mil dólares en efectivo y libres de impuestos, y por tanto estaba dispuesto a arriesgarse. Incluso dispuesto a arriesgarse mucho, a causa de los hombres con que se relacionaba Piaggi, pero ahora había logrado interesarles. Pronto serían tan ambiciosos como él mismo.

El barco de Solomons que traía las hélices de repuesto había atracado pocos minutos antes. Los Rosen no habían dicho a Kelly que mantuviese ocupada a Pam, pero se trataba de una prescripción obvia para los problemas de la joven. Kelly arrastro el compresor portátil hasta el embarcadero y lo puso en marcha. Indico a Pam cómo regular el suministro de aire, vigilando en todo momento el calibrador. Eligió luego las tenazas que necesitaría y las colocó también en el muelle.

–Un dedo, ésa de ahí; dos, esa otra; y tres, ésta de aquí, acuerdo?

–Entendido –replicó Pam, impresionada por la experiencia de Kelly.

Los demás sabían que Kelly estaba exagerando un poco las cosas, pero a todos les parecía bien.

Kelly bajó por la escalerilla y se sumergió en el agua. Lo primero que hizo fue controlar las roscas de los ejes de las hélices, que parecían estar en perfecto estado. Sacó la mano sobre la superficie con un dedo en alto y recibió las tenazas adecuadas, que utilizó

para desatornillar las tuercas que sujetaban los ejes. que luego liberó uno tras otro. La operacion requirió sólo quince minutos, tras los cuales las hélices nuevas quedaron completamente montadas y los nuevos ánodos protectores colocados en su lugar

Se entretuvo luego echando un vistazo a los timones y consideró que estarían bien para el resto del año, aun cuando Sam debería controlarlos de vez en cuando. Como de costumbre, fue un salir del agua y respirar un aire que no sabía a caucho.

– ¿Cuánto te debo? –preguntó Rosen.

–¿Por qué? –replicó Kelly, recogiendo sus herramientas y apagando el compresor.

– Siempre pago a un hombre por su trabajo –dijo con cierto aire de santurronería.

Kelly tuvo que echarse a reír.

–Te diré algo: si alguna vez necesito una operación, me la puedes hacer gratis. ¿Cómo llamáis los médicos a esa clase de cosas?

– Cortesía profesional, pero tú no eres médico -objeto Rosen.

–Y tú no eres buceador. Tampoco eres todavía un marino pero eso lo solucionaremos hoy, Sam.

Fui el primero de mi clase cuando estudiaba náutica! -exclamó Rosen.

-Oye, galeno, cuando nos llegaban los chicos de la escuela de entrenamiento, solíamos decirles: «Todo eso está muy bien, muchacho, pero aquí estamos en la Armada.» Deja que vaya a guardar mis utensilios y ya veremos cómo pilotas realmente esa cosa.

-Te apuesto lo que quieras a que soy mejor pescador que tú -fanfarroneó Rosen.

-Dentro de poco estarán apostando por ver cuál mea más lejos -comentó Sarah a Pam con tono sarcástico.

-¡Eso también! -gritó Kelly, echándose a reír mientras se dirigía hacia el búnker.

Diez minutos después ya se había lavado y puesto una camiseta limpia y pantalones cortos.

Kelly se apostó en el puente de mando y observó a Rosen mientras éste hacía los preparativos para zarpar con su yate. El cirujano impresionó a Kelly, especialmente por su habilidad con los cables.

-La próxima vez deja que funcione un rato la entrada de aire antes de encender los motores -dijo Kelly después de que Rosen hubiese zarpado.

-Pero si es una diesel.

-En primer lugar, el motor es masculino, ¿entendido? Y en segundo lugar, es bueno irse acostumbrando. El próximo barco que pilotes podría ser de gasolina. Ante todo la seguridad, doctor. ¿Nunca has tomado unas vacaciones y has alquilado un yate?

-Pues sí.

-¿Acaso en cirugía no haces siempre lo mismo del mismo modo y en todo momento? -preguntó Kelly-. ¿Incluso cuando realmente no tienes necesidad de hacerlo?

Rosen asintió pensativamente.

-De acuerdo.

-Sácalo del muelle -ordenó Kelly, haciéndole señas con la mano.

Y eso fue lo que hizo Rosen, con bastante pericia, según pensó el cirujano; pero Kelly no fue de la misma opinión.

-Menos timón, más hélices. No siempre tendrás una brisa que te ayude a salir de lado. Las hélices desplazan agua; los timones la orientan un poco. Siempre puedes depender de tus motores, especialmente a baja velocidad. Y el gobierno de la nave a veces falla. Aprende a hacerlo sin necesidad de dirigir.

-Sí, capitán -refunfuñó Rosen. Era como si comenzase de nuevo su periodo de interno, y Sam Rosen estaba acostumbrado a que los internos obedeciesen ciegamente sus órdenes. A los cuarenta y ocho años, pensó, se es un poco viejo para convertirse en estudiante.

-Tú eres el capitán. Yo no soy más que el piloto. Y éstas son mis aguas, Sam. -Kelly se volvió hacia la cubierta del entrepuente-. No os riáis, señoras, que ya os llegará vuestro turno. ¡Pon atención! -gritó, para añadir con tono más sosegado-: Te estás convirtiendo en un buen deportista, Sam.

Quince minutos después se deslizaban perezosamente sobre las aguas, echadas ya las cañas de pesca, bajo el ardiente sol del día festivo. Kelly sentía poco interés por la pesca, así que se asignó la tarea de vigilancia en el puente de mando, mientras Sam enseñaba a Pam a poner la carnada en el anzuelo. El entusiasmo de la joven sorprendió a todos. Sarah se aseguró de que se embadurnase profundamente con Coppertone para proteger su pálida piel, y Kelly se preguntó si algo de bronceado haría resaltar sus cicatrices. A solas con sus pensamientos en el puente de mando, Kelly se preguntó qué clase de hombres serían los que abusaban de las mujeres. Pasó entonces la mirada por la suavemente ondulada superficie salpicada de barcos. ¿A cuantas personas de esa clase estaría viendo en esos momentos? ¿Por qué no se las podría reconocer a simple vista?

Cargar la lancha fue harto sencillo. Habían almacenado una buena provisión de productos químicos que tendrían que ir renovando periódicamente, pero Eddie y Tony podían conseguirlos gracias a una tienda de productos químicos cuyo propietario tenía relaciones casuales con su organización.

-Quiero verlo -dijo Tony cuando soltaron amarras.

Conducir por las marismas la lancha de seis metros de eslora no fue tan fácil como se imaginaba, pero Eddie recordaba muy bien el lugar y las aguas seguían siendo cristalinas.

- ¡Santo cielo! -exclamó Tony.

- Será un buen año para los cangrejos de mar -comentó Eddie, alegrándose de que Tony se sobresaltase. Una venganza bien merecida, pensó Eddie, aunque no era un espectáculo placentero para ninguno de ellos. Sobre el cadáver se amontonaba ya el equivalente a unas tres arrobas de cangrejos. Tenía el rostro completamente cubierto, al igual que un brazo, y se acercaban más criaturas, atraídas por el olor a putrefacción, que se expandía por el agua con igual eficacia que por el aire: de esa forma la naturaleza daba la señal de alarma. Eddie pensó que en tierra se hubiesen agolpado las águilas ratoneras v los cuervos.

-¿Qué os imagináis? Dos semanas, quizá tres, y ya no quedará nada de Angelo.

-¿Qué pasa si alguien...?

-Eso es muy poco probable -dijo Tucker, sin siquiera mirar-. Escaso calado para que un velero se atreva a acercarse, y los de las lanchas motoras no se fijan en nada. Hay un canal bonito y ancho una media milla hacia el sur y la pesca es mucho mejor allí, según dicen. Apostaría a que a los cangrejeros tampoco les agrada este lugar.

Piaggi no podía apartar la mirada, pese a que el estómago ya se le había revuelto. Los cangrejos de mar de la bahía de Chesapeake, con sus tenazas, se dedicaban a despedazar el cadáver de Angelo, ya reblandecido por el agua templada y la acción de las bacterias, desgarrando y arrancando, recogiendo los trocitos de carne con sus pequeñas pinzas, para luego llevárselos a sus extrañas y estrafalarias bocas. Piaggi se pregunto si todavía quedaría allí un rostro, unos ojos que mirasen hacia arriba, hacia el mundo que habían dejado atrás, pero los cangrejos tapaban la cara y todo parecía indicar que los ojos habían constituido el primer bocado. Lo escalofriante del caso era, por supuesto, que si un hombre podía morir de esa manera, también podía morir otro, y pese a que Angelo ya estaba muerto cuando fue arrojado al mar, Piaggi se dijo que acabar de ese modo era peor que la propia muerte. Hubiese lamentado la muerte de Angel, si no fuera porque se trataba de un negocío, y además... Angelo se lo había merecido. En cierto sentido, era una lástima que ese fin horripilante tuviese que ser mantenido en secreto, pero eso también era parte del negocio. De esa manera se evitaba que la policía lo descubriera. Es difícil probar un asesinato sin un cadáver, y en este caso habían descubierto por casualidad un buen método para ocultar una serie de homicidios. El único problema radicaba en cómo llevar los cuerpos hasta allí... y en no permitir que otros se enterasen de ese procedimiento de desaparición, pues la gente se va de la lengua, se dijo Tony Piaggi, al igual que Angelo. Fue buena cosa el que Henry lo descubriera.

-¿Qué os parecería un buen pastel de cangrejos cuando estemos de vuelta en la ciudad? -preguntó Eddie Morello, soltando una carcajada, tan sólo para ver si podía hacer y dominar a Tony.

-Larguémonos de una vez de esta mierda -replicó en voz baja Piaggi, acomodándose en su asiento.

Tucker encendió el motor y empezó a salir de la marisma, poniendo rumbo a la bahía.

Piaggi necesitó un par de minutos para apartar de su mente aquella imagen y confió en que podría olvidar el horror de la misma y recordar tan sólo la eficacia de su método para deshacerse de un cadáver. A fin de cuentas, probablemente tendrían que utilizarlo otra vez. Quizá dentro de un par de horas, lo que resultaría muy divertido, pensó Tony, contemplando la nevera portátil. Debajo unas quince latas de cerveza National Bohemian había una capa de hielo, bajo la que se ocultaban veinte bolsas precintadas de heroína. En el caso de que alguien los detuviera, era improbable que se fijasen en otra cosa que no fuese la cerveza, el auténtico combustible de los marinos de la bahía. Tucker puso rumbo norte, y los demás sacaron sus cañas de pesca, para aparentar que buscaban un lugar donde atrapar unos cuantos cabrachos de las aguas de Chesapeake.

-Es una pesca al revés -dijo Morello. transcurridos unos instantes, y luego se echó a reír con tantas ganas que Piaggi le irritó.

-¡Pásame una cerveza! -pidió Tony entre risotadas. Después de todo, era un «hombre hecho», y merecía respeto.

-¡Idiotas! -se dijo Kelly entre dientes.

Aquella lancha de seis metros de eslora iba demasiado rápido, se acercaba demasiado a las otras embarcaciones de pesca. Podía arrastrar más de un sedal, y desde luego dejaría una estela que molestaría a las otras embarcaciones. Eran malas maneras marineras, algo que Kelly siempre procuraba evitar. Que aquello ocurriera no era de extrañar... ¡Maldita sea!, no lo era en absoluto. Todo cuanto uno tenía que hacer era comprarse una lancha y ya se adquiría el derecho a navegar por todas partes. Ni un examen, nada de nada. Kelly encontró los prismáticos 7 x 50 de Rosen y enfocó a los individuos que iban en la lancha que se acercaba peligrosamente por uno de los costados del yate. Tres gilipollas, uno de los cuales levantaba una lata de cerveza y le dirigía un saludo grotesco.

-Aléjate de barlovento, palurdo -susurró Kelly.

Aquellos memos de la lancha probablemente estarían medio borrachos, v aún no eran

las once de la mañana. Los contempló y se sintió vagamente satisfecho al advertir que pasaban de largo sin acercarse más de cincuenta metros. Se fijó en el nombre de la embarcación: Enrique VIII. Si volvía a divisar ese nombre, se dijo Kelly, procuraría mantenerse a distancia.

-¡He pescado uno! -gritó Sarah.

-¡Atención, nos llega una potente estela por estribor!

Llegó un minuto después, haciendo que el enorme Hatteras se sacudiese con bandazos de unos veinte grados con respecto a su vertical.

-¡A eso -dijo Kelly, contemplando a los tres- es lo que yo llamo malos modales marineros!

-¡Sí, capitán! -contestó Sam.

-Aún lo tengo -anunció Sarah, mientras Kelly observaba con qué destreza consumada la médica recogía el sedal-. !Y es muy grande!

Sam cogió una red y se inclinó sobre la barandilla. Momentos después se incorporaba y en la red se debatía un cabracho de unos seis o siete kilos de peso. Luego vació la red en un recipiente lleno de agua, en el que el pez aguardaría su muerte. A Kelly le pareció cruel, pero sólo se trataba de un pez, y había presenciado cosas peores que ésa.

Al poco, Pam empezó a chillar cuando su sedal se tensó. Sarah metió su caña de pescar en el soporte y se ocupó de instruir a la joven. Kelly se quedó observándolas. La amistad entre Pam y Sarah resultaba tan asombrosa como la relación que él mantenía con la chica. Quizá Sarah ocupaba el lugar de una madre que no había sabido proporcionar afecto, o lo que fuese que la madre de Pam no había sabido darle. En cualquier caso, Pam reaccionaba muy bien a los consejos y las recomendaciones de su nueva amiga. Kelly contemplaba la escena con una sonrisa en los labios, que Sam captó y le devolvió. Pam era una novata en esas artes, así que tropezó por dos veces mientras intentaba retener el pez. Y de nuevo Sam hizo los honores con su red, cobrándose esta vez un lirio de cuatro kilos.

- ¡Echadlo de nuevo al mar! -grito Kellv-. !Su sabor no vale nada!

- ¿Tirar al mar su primer trofeo? -exclamó Sarah-. Ni hablar. ¿Tienes limones en tu casa, John?

-Sí. ¿Por qué?

- Te demostraré lo que se puede hacer con ese lirio; he ahí el porqué.

Sarah susurró algo a Pam, que rió. El lirio fue a parar al mismo recipiente y Kelly se preguntó como se llevarían ambos peces.

Memorial Day -, pensó Dutch Maxwell, apeándose de su automóvil oficial a la entrada del Cementerio Nacional de Arlington. Había demasiada gente, teniendo en cuenta que en esos momentos se celebraba en Indianápolis una competición automovilística, que era un día festivo y el comienzo tradicional de la temporada veraniega en las planas, tal como acreditaba la relativa falta de tráfico en las calles de Washington. Pero eso no le incumbía a Dutch, ni tampoco a sus camaradas. Ese era su día, el momento de recordar a los compañeros de armas caídos en combate. El almirante Podulski también se apeó junto con él, y los dos se echaron a caminar lentamente y sin llevar el paso, tal como es propio de almirantes. El hijo de Casimir, el teniente Stanislas Podulski, no se encontraba allí, y probablemente jamás se encontraría allí. Su A-4 había sido borrado de los cielos por un misil tierra-aire, tal como les habían informado, un impacto casi directo. El joven piloto no lo advirtió quizá hasta el último segundo, cuando pronunció su última palabra, con la que expresaba su asco por el sistema de alarma. Quizá una de sus propias bombas había estallado por pura simpatía. En todo caso, el pequeño cazabombardero se había desintegrado en una nube negra y amarillenta, dejando poca cosa tras de sí; por lo demás, el enemigo no se distinguía precisamente por respetar los restos de los pilotos abatidos. Así pues, al hijo de un hombre valiente le había sido negado su última morada al paso de sus camaradas. No era algo de lo que le gustase hablar a Podulski,

que guardaba para sí tales sentimientos.

El contraalmirante James Greer se encontraba ya en su sitio habitual, a unos cincuenta metros del pavimentado camino de entrada, colocando flores junto a la bandera sobre la lápida de su hijo.

-¿James? -llamó Maxwell.

El hombre se volvió y les saludó, intentando dirigirles una sonrisa de agradecimiento por la amistad que le demostraban en ese día tan especial, pero no logró esbozarla del todo. Los tres hombres llevaban uniformes azules de la Armada, acorde con la solemnidad de la ocasión. Los galones de oro de sus mangas relucían al sol. Sin pronunciar palabra, los tres hombres se alinearon delante de la tumba de Robert White Greer, teniente primero del cuerpo de Infantería de Marina de Estados Unidos. Saludaron marcialmente, recordando al joven al que habían mecido de niño y que había correteado con su bicicleta por la base naval de Norfolk y por la base aeronaval de Jacksonville en compañía del hijo de Casimir y el hijo de Dutch. Un niño que había crecido como un chico fuerte y espléndido, que siempre acudía a dar la bienvenida a los buques de su padre cuando regresaban a puerto y que siempre hablaba de su deseo de seguir los pasos del padre, y a quien la suerte le abandonó por unos instantes a unos ochenta kilómetros al sudeste de Danang. Era la maldición que pesaba sobre la profesión de esos hombres, que cada uno conocía pero ja-más expresaba: el hecho de que sus hijos siguiesen sus pasos, en parte por respeto a sus padres, en parte por el amor a la patria que ellos les impartían, y sobre todo por amor hacia el prójimo. Así como cada uno de los tres hombres que estaban allí de pie había probado su suerte, también Bobby Greer y Stas Podulski habían probado la suya, que sencillamente no había sonreído a dos de los tres hijos.

Greer y Podulski se dijeron que sí había merecido la pena, que la libertad tenía su precio y que algunos hombres tenían que pagar ese precio, o no habría bandera, ni Constitución, ni ese día de fiesta cuyo significado la gente tenía el derecho de ignorar. Pero, en ambos casos, esas palabras no expresadas sonaron a falso. El matrimonio de Greer se había deshecho, en buena parte por el dolor causado por la muerte de Bobby. La esposa de Podulski jamás volvería a ser la misma. A pesar de que tenían otros hijos, el vacío creado por la pérdida de uno era como un abismo insalvable, y por mucho que cada uno quisiera repetirse que sí, que el precio había merecido la pena, ningún hombre capaz de racionalizar la muerte de su propio hijo puede ser considerado realmente un hombre. De ese modo, sus sentimientos verdaderos se veían reforzados por el mismo humanismo que les había llevado a abrazar una vida de sacrificios. Y esto era tanto más verdadero por cuanto ellos albergaban ciertos sentimientos sobre la guerra, que los más prudentes calificarían de «dudas», pero que ellos llamaban de otra manera, cuando estaban a solas.

- ¿Recordáis la vez en que Bobby se tiró a la piscina para sacar a la hijita menor de Mike Goodwin... y le salvó la vida? -preguntó Podulski-. Pues acabo de recibir carta de Mike. La pequeña Amy tuvo mellizos la semana pasada, dos niñas. Se casó en Houston con un ingeniero de la NASA.

-Ni siquiera sabía que estaba casada. ¿Qué edad tiene ahora? -preguntó James.

- ¡Oh!, unos veinte años... ¿o quizá veinticinco? ¿Os acordáis de sus pecas, de cómo se le reproducían con el sol cuando iba a Jax?

- La pequeña Amy -dijo Greer pensativamente-. ¡Cómo crecen!

Amy no había perecido ahogada en aquel caluroso día de julio gracias al hijo de Greer. ¿No había salvado una vida acaso, quizá tres? ¿No era eso algo digno de recuerdo?, se preguntó Greer.

Los tres hombres se dieron la vuelta y regresaron lentamente al camino de entrada sin cambiar palabra. Allí tuvieron que detenerse. Por la colina subía un cortejo fúnebre, integrado por soldados del Tercer Regimiento de Infantería, La Vieja Guardia, que cumplían con su doloroso deber de transportar a otro hombre a su morada final. Los almirantes se cuadraron y saludaron la bandera que cubría el ataúd y al hombre que iba dentro. El joven teniente que encabezaba el destacamento hizo otro tanto. Advirtió que uno de los tres oficiales superiores

llevaba el galón azul pálido que representaba la Medalla al Honor, y la severidad de su gesto ocultó el profundo respeto que sintió en ese momento.

-Bien, ahí va otro más -dijo Greer con amargura, cuando hubo pasado el cortejo-. ¡Dios mío! ¿En aras de qué estamos enterrando a esos chicos?

-«Paga cualquier precio, soporta cualquier carga, enfréntate a cualquier calamidad, apoya al amigo, combate al enemigo...» -citó Casimir-. No hace mucho se dijo todo eso, ¿no es verdad? Pero, cuando llegue el momento de poner las cartas sobre la mesa, dónde estarán esos bastardos?

- Nosotros somos las cartas, Cas -replicó Dutch Maxwell-. Esta es la mesa.

Las personas corrientes se hubiesen echado a llorar, pero aquellos hombres no eran corrientes. Los tres se quedaron contemplando la tierra salpicada de lápidas blancas. Aquel terreno había sido en sus tiempos el parque de entrada de la mansión de Robert E. Lee -la casa todavía se alzaba en lo alto de la colina y el emplazamiento del cementerio había sido un gesto cruel de un gobierno que se había sentido traicionado por aquel oficial. Y ahora, el general Lee había cedido finalmente su mansión ancestral para el descanso final de aquellos hombres a los que había amado por sobre todas las cosas. Era la mayor ironía de ese día, reflexionó Maxwell.

- ¿Qué tal van las cosas río arriba, James?

-Podían ir mejor, Dutch. He recibido órdenes de hacer limpieza. Necesitaré una buena escoba.

-¿Te han informado ya del proyecto BOXWOOD GREEN?

-No. -Greer se volvió y se esforzó por esbozar su primera sonrisa del día. No era gran cosa, pero al menos era algo, se dijeron los otros-. ¿He de ser informado?

-Probablemente necesitaremos tu ayuda.

-¿Bajo cuerda?

-Ya sabes lo que ocurrió con KINGPIN -apuntó Casimir Podulski.

-Menuda suerte tuvieron de poder zafarse de aquello -asintió Greer-. Esta vez querrán controlarlo rigurosamente, ¿no? -Puedes tener la certeza de que os controlan.

-Hacedme saber qué necesitáis. Tendréis todo lo que pueda daros. ¿Estarás haciendo labor «tres», eh, Cas?

-Así es.

La designación «3» se refería al Departamento de Operaciones y Planificación, y Podulski tenía talento para eso. Sus ojos brillaron tanto como sus Alas de Oro bajo el sol mañanero.

-Bien -dijo Greer-, ¿Qué está haciendo nuestro Dutch?

-Ahora vuela para Delta. De copiloto, va para capitán a su debido tiempo, y seré abuelo dentro de un mes aproximadamente. -¿De verdad? ¡Felicidades!

- No le culpo por salirse. Solía recriminárselo, pero ya no. -¿Cómo se llamaba aquella FOCA que lo rescató?

-Kelly. También se ha salido -contestó Maxsvell.

- Tendrías que haberle conseguido la medalla, Dutch -dijo Podulski-. Leí la mención. Me resultó tan espeluznante como el estado en que llegaron los dos.

-Le nombré primer oficial. No pude conseguirle la medalla -dijo Maxwell, meneando la cabeza--. No hay medalla por rescatar al hijo de un almirante, Cas. Ya conoces a los políticos.

-¡Oh, sí! -Podulski miró a lo alto de la colina. El cortejo fúnebre se había detenido y ya habían retirado el ataúd del armón de artillería. Una joven viuda observaba cómo acababan los días de su esposo sobre la tierra-. Desde luego que conozco a los políticos.

Tucker arrimó la lancha al muelle. La marcha interior del motor fuera de borda le facilitaba la maniobra. Apagó el motor y cogió las amarras, que sujetó rápidamente. Tony y

Eddie se encargaron de sacar la nevera portátil, mientras Tucker recogía los aparejos sueltos y colocaba algunas fundas en su lugar antes de ir a reunirse con sus compañeros en el aparcamiento.

-Bien, fue coser y cantar -comentó Tony.

La nevera portátil ya se encontraba en la parte trasera de su furgoneta Ford Country Squire.

- ¿Quién piensas que ganó la carrera de hoy? -preguntó Eddie.

Habían olvidado llevarse una radio para aquella excursión.

- Aposté fuerte por Foyt, para hacerlo más interesante.

- ¿No por Andretti? -preguntó Tucker.

- Es paisano mío, pero no tiene suerte. Las apuestas son un negocio -recalcó Piaggi, para quien lo de Angelo era ya agua pasada. La forma en que se había desembarazado del cadáver resultaba algo divertida, pero no pensaba volver a comer en su vida pastel de cangrejo.

- Bien -dijo Tucker-, ya sabes dónde encontrarme.

-Tendrás tu dinero -dijo Eddie-. A final de semana, en el sitio acostumbrado. -Hizo una pausa y agregó-: ¿Qué ocurrirá si sube la demanda?

- Eso puedo arreglarlo -le aseguró Tucker-. Puedo lograr todo lo que queráis.

- ¿Pero qué tipo de relaciones tienes? -preguntó Eddie, yendo más lejos.

- Eso es algo que también quiso saber Angelo, ¿lo recordáis? Caballeros, si os lo dijera, ya no me necesitaríais más, ¿me equivoco?

- ¿No te fías de nosotros? -dijo Tony Piaggi, sonriendo.

- Claro que sí -contestó Tucker devolviéndole la sonrisa-.

Confío en que vendáis el producto y repartamos el dinero. Piaggi hizo un gesto de asentimiento.

-Me gustan los socios listos -dijo-. Sigue así. Es bueno para todos nosotros. ¿Tienes banquero?

-Aún no; no he pensado mucho en ello -mintió Tucker.

-Pues empieza a pensar, Henry. Podemos ayudarte para que te establezcas, en un banco del extranjero. Es muy seguro, con número de cuenta y todas esas cosas. Puedes utilizar a algún conocido para que lo controle. Recuerda que pueden seguir la pista de tu dinero si no eres precavido. No corras demasiadas juergas. Es así como hemos perdido a muchos viejos amigos.

-No me gusta correr riesgos, Tony.

-Muy bien -asintió Piaggi-. Hay que ser muy cuidadoso en este negocio. Los polis se están volviendo muy listos.

-No lo bastante. -Y tampoco sus socios cuando llegase el momento, pero cada cosa a su tiempo.

V. COMPROMISOS

Un capitán completamente extenuado por el largo viaje en avión llevó el paquete a la central de contraespionaje de la Armada en Suitland, Maryland. Los expertos en interpretación de fotos de esa central se vieron reforzados por especialistas de la 1127a Escuadrilla de Operaciones de Campaña de Fort Belvoir. Necesitaron unas veinte horas para consumar todo el proceso, pero las fotografías del Buffalo Hunter eran extraordinariamente buenas y los estadounidenses que se encontraban en tierra había hecho exactamente lo que se esperaba que hicieran: levantar la cabeza y mirar fijamente el avión de reconocimiento.

-El pobre diablo tuvo que pagar por esto -comentó un primer oficial de la Armada a su

homólogo de la Fuerza Aérea. En la foto, justamente encima del hombre, se veía a un soldado del ejército norvietnamita con el fusil apuntando hacia el suelo-. ¡Me gustaría tropezarme contigo en una calle a oscuras, malnacidol

-¿Qué opina de esto? -dijo un sargento primero de la aviación, pasándole la fotografía de un documento de identidad.

-Se parece muchísimo, apostaría a que es él.

A los dos especialistas en contraespionaje les pareció muy extraño que llevasen tan escasos expedientes para cotejar con las fotografías, pero quienquiera que hubiese conjeturado, lo había hecho bien. Tenían una pareja de fotos idénticas. Lo que no sabían era que se trataba de fotografías de un hombre muerto.

Kelly la dejó dormir, satisfecho de que lo consiguiera sin ayuda de sustancias químicas. Fue a vestirse, salió fuera y dio dos vueltas corriendo alrededor de la isla -el perímetro apenas superaba un kilómetro-, para sudar un poco y recibir la brisa de la mañana. Sam y Sarah, también muv madrugadores, se tropezaron con él cuando se estaba refrescando junto al embarcadero.

-Tú también has experimentado un cambio asombroso -observó Sarah, e hizo una pausa-. ¿Qué tal ha pasado Pam la noche?

La pregunta sumió a Kelly en un breve silencio, y luego dijo: -¿Qué?

-¡Oh, por Dios, Sarah. -exclamó Sam, apartando la mirada para contener la risa.

Su esposa enrojeció.

-Me convenció de que no le administrase medicamentos para dormir -explicó Sarah-. Estaba un poco nerviosa, pero quería intentarlo y yo me dejé convencer. A eso me refería, John. Lo siento.

¿Cómo explicar lo ocurrido anoche? Primero había sentido miedo de tocarla, miedo de que Pam creyese que él quería aprovecharse, pero la joven lo había interpretado como una señal de que él ya no la deseaba, y a continuación, las cosas habían seguido su curso normal.

-Ante todo, tuvo una idea bastante loca... -empezó Kelly, interrumpiéndose. Pam podría hablar de eso con Sarah, pero ¿era apropiado que lo hiciese el?-. Durmió muy bien. Sarah. Ayer había quedado realmente agotada.

-No creo haber tenido nunca un paciente con mayores ganas de colaborar -dijo Sarah, apoyando su índice en el pecho de Kelly-. Y usted ha sido de gran ayuda, joven.

Kelly apartó la mirada, al no saber que contestar. -«¿El placer fue todo mío?» Una parte de su ser aún creía que se estaba aprovechando de ella. ¿No se trataba de una chica con problemas a la que él se había... benefic:iado? No, eso no era cierto. La amaba, por muy asombroso que resultase. Su vida estaba cambiando y se transformaba en algo normal... probablemente. El la estaba curando, pero ella también le estaba curando a el.

-Ella... teme que a mí no me guste... lo que hizo en el pasado, quiero decir. Pero eso no me preocupa gran cosa. Teníais razón, es una chica muy fuerte. ¡Qué demonios!, yo también he tenido un pasado turbulento, ¿sabéis? No soy un santo, chicos.

-Tienes que dejar que se desahogue -dijo Sam-. Lo necesita. Los problemas han de salir a la luz para que uno pueda enfrentarse a ellos.

-¿Estás seguro de que no te afectará? Puede resultar bastante desagradable -apuntó Sarah, mirándole a los ojos.

- ¿Más desagradable que la guerra? -replicó Kelly tensamente, haciendo un gesto despectivo para cambiar de tema. ¿Y qué pasa con los medicamentos?

La pregunta distendió el ambiente, y Sarah pudo volver a hablar de su trabajo.

- Ya ha superado el período más crucial. De haber una reacción grave de abstinencia, ya se habría manifestado. Puede que aún tenga períodos de agitación; por ejemplo, desencadenados por tensiones externas. En tal caso, dale fenobarbitona; te he dejado por escrito las instrucciones. Pero se está reponiendo. Tiene una personalidad más fuerte de lo que

ella misma imagina. Posees suficiente experiencia para saber si atraviesa una mala racha. En ese caso hazle (oblígala, si es necesario) tomar una tableta.

La idea de obligar a Pam a hacer una cosa no gustó nada a Kelly.

-Oye, doctora, yo no puedo...

- ¡Venga, John! No te digo que se la hagas tragar a la fuerza. Si le dices que la necesita de verdad, ella te hará caso, ¿de acuerdo?

-¿Durante cuánto tiempo?

-Una semana más, quizá diez días -contestó Sarah tras reflexionar.

-¿Y luego?

-Luego podéis empezar a pensar sobre el futuro que os espera juntos -dijo Sarah.

Sam se sentía incómodo con esa conversación de carácter tan íntimo.

-Me gustaría que le hiciesen un chequeo exhaustiva, Kellv. ¿Cuándo tienes que ir a Baltimore?

-Dentro de un par de semanas, quizá antes.

-No he podido hacerle un examen exhaustivo -dijo Sarah-. No visita a un médico desde hace mucho tiempo, así que me sentiría más tranquila si le hiciesen un chequeo cardiopulmonar, junto con un historial completo de su salud. ¿Qué opinas, Sam?

-¿Conoces a Madge North?

-Ella lo hará -asintió Sarah-. Sabes, Kelly, a ti tampoco te vendría mal someterte a un chequeo completo.

- ¿Es que parezco enfermo?

Kelly alzó los brazos, permitiéndoles que contemplaran toda la magnificencia de su cuerpo.

- ¡No me vengas con ésas! -le espetó Sarah-. Cuando ella acuda al chequeo, tú también irás. Quiero asegurarme de que estáis completamente sanos. ¿Conforme?

- Sí, señora.

-Y otra cosa más, y escúchame atentamente -prosiguió Sarah-: Tiene que visitarse con un psicólogo.

-¿Por qué?

- Mira, John, la vida no es una película. En la vida real, las personas no dejan tras de sí sus problemas y se desembarazan de ellos olvidándolos, ¿entiendes? Han abusado de ella sexualmente. Ha estado metida en drogas. Su autoestima no es muy alta en estos momentos. Las personas en sus mismas circunstancias se culpan a sí mismas de haber sido víctimas. Una terapia adecuada puede contribuir a solucionarlo. Tu ayuda es muy importante, pero también necesita la ayuda de un profesional. ¿Entendido?

- Entendido -asintió Kelly.

-Bien -dijo Sarah, mirándole a los ojos-. Me gustas. Sabes escuchar.

- ¿Es que tenía elección, señora? -preguntó Kelly con una sonrisa burlona.

- Realmente no -contestó Sarah, echándose a reír.

-Siempre es así de agresiva -aclaró Sam a Kelly-. En realidad, tendría que haber sido enfermera. Se supone que los médicos somos más recatados. Las enfermeras son quienes no paran de darnos órdenes.

Sarah dio un pellizco juguetón a su marido.

- Entonces será mejor que jamás me enrede con una enfermera -dijo Kelly, y los tres se encaminaron hacia el búnker.

Pam despertó tras haber dormido más de diez horas seguidas sin ayuda de barbitúricos. Se levantó con dolor de cabeza, y Kelly le administró una aspirina.

- Dale Tylenol -le dijo Sarah-. Sienta mejor al estómago -explicó, mientras auscultaba de nuevo a Pam, mientras Sam se dedicaba a empaquetar las cosas. Sarah quedó satisfecha con su examen-. Quiero que hayas ganado tres kilos para cuando nos veamos de nuevo.

-Pero...

-John te llevará a vernos, para que podamos hacerte un chequeo completo... ¿Digamos dentro de dos semanas?

-Sí, señora -asintió Kelly, capitulando otra vez.

-Pero...

- Mira, Pam, se han confabulado contra mí. Yo también he de someterme a un chequeo -aclaró Kelly con tono inusualmente dócil.

- Tenéis que marcharos tan pronto?

Sarah hizo un gesto de asentimiento.

- -En realidad, tendríamos que habernos ido anoche, pero ¡qué demonios! -Sarah contempló entonces a Kelly y añadió-: Si no te presentas tal como te he pedido, me oirás, jovencita.

-¡Por Dios, Sarah, eres la reina de la colmena! -dijo Kelly. -Pues deberías oír lo que opina Sam.

Kelly y Pam acompañaron a Sarah hasta el embarcadero, donde los motores del yate de Sam ya rugían, Sarah y Pam se abrazaron. Kelly quiso darle únicamente la mano, pero tuvo que someterse a la ceremonia del beso. Sam saltó a tierra para darles un franco apretón de manos.

- !Cartas nuevas! -recordó Kelly al cirujano.

-!A sus órdenes, capitán!

-Yo soltaré las amarras.

Rosen estaba ansioso de demostrar lo que había aprendido. Dio marcha atrás accionando el motor de estribor, e hizo girar el Hatteras cuan largo era. El cirujano no era olvidadizo. Momentos después, Sam aumentaba la potencia de ambos motores y se alejaba en sentido perpendicular al muelle, dirigiéndose recto hacia las aguas más profundas. Pam permaneció de pie, cogida de la mano de Kelly, hasta que el yate se convirtió en un punto blanco en el horizonte.

-Olvidé dar las gracias a Sarah -dijo Pam.

-No, no lo olvidaste. Simplemente no se lo dijiste; eso es todo. Y bien, ¿cómo te encuentras hoy?

-El dolor de cabeza ha pasado.

La chica alzó la cabeza y miró a Kelly- Éste advirtió que sus cabellos necesitaban un buen lavado, pero que tenía la mirada despejada y su andar era ahora ligero. Sintió la necesidad de darle un beso, y lo hizo.

-Y bien, ¿qué hacemos ahora?

-Tenemos que hablar -contestó Pam-. Ya va siendo hora. -Espérame aquí.

Kelly fue al taller y regresó con un par de hamacas plegables. Indicó a Pam que se sentara en una de ellas.

-Y ahora cuéntame cuán terrible eres.

Kelly se enteró de que tres semanas atrás Pamela Starr Madden había cumplido veintiún años, con lo que también descubrió al fin su apellido. Nacida en el seno de una familia de la clase trabajadora en el paupérrimo norte de Texas, se había criado bajo la mano firme de un padre que pertenecía a esa clase de hombres que pueden sumir en la desesperación a un pastor bautista. Donald Madden era una persona que entendía la religión en su aspecto formal pero no en su sustancia, que era estricto porque no sabía amar, que bebía por estar frustrado de la vida -y que también estaba enfadado consigo mismo precisamente por eso-, y que jamás había sabidos arreglárselas con su existencia. Cuando sus hijos se portaban mal, los golpeaba, generalmente con un cinturón o con una vara, hasta que empezaba a remorderle la conciencia, cosa que no siempre ocurría antes de que abandonara por cansancio. No habiendo sabido lo que era una infancia feliz, la gota que colmó el vaso de la paciencia de Pam cayó al día siguiente de haber cumplido los dieciséis años, cuando se entretuvo después de una misa y acabó yéndose con unos amigos, con

los que tenía una reunión, en la creencia de que no hacia nada de malo. Al acabar aquella reunión ni siquiera había recibido un beso del chico con el que había estado, cuyo hogar paterno era casi tan restrictivo como el suyo propio. Pero aquello le tenía sin cuidado a Donald Madden. Al volver a casa a las diez y veinte de un viernes por la noche, Pam entró en un hogar cuyas luces resplandecían de ira y tuvo que enfrentarse a un padre encoleriza-do y a una madre completamente atemorizada.

-Me dijo cosas terribles... -prosiguió Pan, sin apartar la vista del suelo-. Pero yo no había hecho nada de eso. Ni siquiera había pensado en hacerlo, y Albert era tan inocentón..., pero eso era yo para mi padre, una cualquiera.

Kelly le acaricie la mano.

-No tienes por qué contarme eso, Pam.

Pero Pam tenía que contárselo, y Kelly lo sabia, así que siguió escuchando.

Tras soportar la peor paliza de sus dieciséis años, Pamela Madden escapó por la ventana de su dormitorio y camino los seis kilómetros que la separaban del centro de la inhóspita y polvorienta ciudad. Antes del amanecer cogió un autobús Greyhound con destino Houston, solamente porque aquel era el primer autobús y porque mientras esperaba no se le ocurrió marcharse a otra parte. Por lo que sabía, sus padres jamas denunciarían su desaparición. Una serie de trabajos come criada y chica de la limpieza y unas condiciones de vivienda incluso peores en Houston no hicieron más que acentuar su miseria así que al poco tiempo decidió dirigirse a otro lugar. Con el poco dinero que había ahorrado se montó en un autobús de la Continental Trailways y se apeó en Nueva Orléans. Atemorizada, escuálida y muy joven, Pam ignoraba que había hombres que se dedicaban a dar caza de las jovencitas que se iban de sus casas. Casi recién llegada, se fijo en ella un joven de veinticinco años, bien vestido zalamero, llamado Pierre Lamarck, quien tras invitarla a comer y ofrecerle su simpatía, logró que aceptase su ofrecimiento de techo y ayuda. Tres días después aquel joven se había convertido en su primer amor. Y una semana después, una enérgica bofetada obligó a la niña de dieciséis años a meterse en su segunda aventura sexual, esta vez con un viajante de Springfield, Illinois, a quien Pam le recordaba a su propia hija; tanto, que la contrató por toda la noche, tras pagar a Lamarck doscientos cincuenta dólares. Al día siguiente, Pam se tragó todo el contenido de un bote de somníferos, pero tan sólo logró vomitar y una brutal paliza de su chulo.

Kelly escuchaba el relato con aparente serenidad e indiferencia, manteniendo los ojos fijos y la respiración regular. Pero por dentro la historia era completamente distinta. Pensó en las chicas con que se había acostado en Vietnam, algunas de las cuales parecían niñas, y en las pocas con que había ido desde la muerte de Tish, jamás se le había ocurrido pararse a pensar en que tal vez aquellas jóvenes no encontraban placer alguno ni en su vida ni en su trabajo. Siempre había aceptado sus relaciones fingidas como sentimientos genuinos, ¿acaso no era él un hombre cabal y honorable? Sin embargo, había pagado por los servicios de jovencitas cuyas trayectorias quizá no se diferenciaban en nada de la de Pam. La vergüenza le quemó por dentro.

A los diecinueve años, Pam ya había escapado de Lamarck y de otros tres chulos más, para encontrarse siempre cogida en las garras de otro. Uno que había tenido en Atlanta se divertía dando latigazos a sus chicas en presencia de sus compinches, para lo que solía utilizar cuerdas ligeras. Otro de Chicago inició a Pam en la heroína, pues se le antojó el mejor método para controlar a una chica que parecía demasiado independiente, pero Pam lo abandonó al día siguiente, demostrándole así que había estado en lo cierto. Ya había visto con sus propios ojos cómo moría una chica en su presencia tras una brutal dosis de droga, y aquello le atemorizaba más que el peligro de recibir una paliza. Sin poder volver a casa -en cierta ocasión había telefoneado y la madre le había colgado ante, de que pudiese implorar ayuda- y sin fiarse de la asistencia social, que podría haberle ayudado a seguir un camino diferente, se encontró finalmente en Washington, ejerciendo de experimentada prostituta callejera y con una drogadicción que le ayudaba a ocultarse lo que pensaba de sí misma, pero no lo suficiente. Y

eso, pensó Kelly, fue precisamente lo que la salvó. Entretanto, había padecido dos abortos, tres enfermedades venéreas y cuatro arrestos que no acabaron en juicio.

Pam rompió a llorar y Kelly se levantó para sentarse a su lado. -¿Ves ahora lo que soy realmente?

-Sí, Pam. Lo que veo es una dama con mucho coraje -contestó Kelly, estrechándola entre sus brazos-. Cariño, todo eso no importa. Cualquiera puede descarriarse. Hay que tener agallas para cambiar, y- desde luego se necesitan agallas para hablar de eso.

El episodio final había comenzado en Washington con un individuo llamado Roscoe Fleming. En aquellos momentos Pam tenía una fuerte dependencia de los barbitúricos, pero aún seguía teniendo un aspecto fresco y atractivo cuando alguien se tomaba la molestia de arreglarla un poco, al menos lo suficiente para exigir un buen precio a aquellos que preferían los rostros juveniles. Uno de esos hombres se presentó con una idea, un negocio complementario. Ese hombre, cuyo nombre era Henry, quería ampliar su negocio de tráfico de drogas, y como era un pajarraco muy astuto y acostumbrado a que otros hiciesen el trabajo sucio, se había creado su propia plantilla estable de chicas para gestionar su negocio de drogas desde el aprovisionamiento hasta la red de distribuidores. Compraba sus chicas a los chulos de otras ciudades, siendo cada caso una transacción realizada rigurosamente en metálico, cosa que las chicas consideraban degradante. En esa ocasión Pam trató de huir prácticamente al principio, pero fue capturada y recibió una paliza descomunal, de la que salió con tres costillas rotas, aunque más adelante comprendería la gran suerte que había tenido de que esa primera lección no hubiese de-parado consecuencias más graves. Henry aprovechó aquella oportunidad para atiborrar a Pam de barbitúricos, con lo que atenuó sus dolores e incrementó su dependencia. Luego intensificaría el tratamiento a fin de que la chica estuviese disponible para cualquiera de sus compinches. Y en eso Henry logró lo que los otros no habían conseguido: amedrentó su espíritu.

A lo largo de cinco meses, aquella combinación de palizas, abusos sexuales y drogas la sumió en una depresión que se acercaba al estado catatónico, hasta que un hecho ocurrido hacía tan sólo cuatro semanas la obligó a volver a la realidad: en el umbral de una puerta tropezó con el cadáver de un niño de doce años que aún tenía la jeringuilla clavada en el brazo. Aparentando docilidad, Pam luchó por abandonar las drogas. Los amigos de Henrv no se quejaron de eso. Pensaron que de ese modo Pam se encontraba en mejor forma, y al entrar en juego sus egos machistas atribuyeron aquel cambio a su destreza sexual, no al fortalecimiento moral de la joven. Pam esperó una oportunidad, y la consiguió en una ocasión en que Henry se ausentó, ya que los otros descuidaban la vigilancia cuando él no estaba presente. Hacía sólo cinco días que había empaquetado lo poco que tenía y había huido. Sin un céntimo encima -Henry nunca le había permitido tener dinero-, se alejó de la ciudad haciendo autostop.

- Háblame de Henry -dijo Kelly en voz baja cuando Pamela hubo acabado su relato.

- De unos treinta años, negro, más o menos de tu estatura.

- ¿Se escaparon otras chicas?

La voz de Pam sonó fría corno el hielo:

-Sólo sé de una que lo intentó. Fue por noviembre, É1... la mató. Supuso que acudiría a la policía y... -Pam hizo una pausa y luego levantó la mirada-: Nos obligó a todas a presenciarlo. Fue terrible.

Kelly preguntó con tono sereno:

-Y bien, ¿por qué lo intentaste, Pam?

-Prefería morir, antes que seguir con eso -susurró ella, sintiendo que las heridas se le abrían de nuevo-. Quería morirme. No podía quitarme de la mente a aquel niño. ¿Sabes como ocurre eso? Te detienes simplemente. Todo se detiene. Y yo contribuí a eso. Yo contribuí a matarle...

- ¿Como lograste escapar?

- La noche anterior... yo... follé con todos elIos... para satisfacerles y para que me

dejaran en paz por unas horas. ¿Lo entiendes ahora?

-Hiciste lo necesario para escapar -repuso Kelly, que tuvo que reunir todas sus fuerzas para que no se le quebrara la voz-. Lo entiendo doy gracias por ello.

- No te reprocharía si quisieras deshacerte de mí. Quizá mi padre estaba en lo cierto sobre lo que decía acerca de mí.

-Pam, ¿recuerdas cuando ibas a la iglesia?

–Sí.

–¿Y recuerdas aquella historia que terminaba con las palabras Ve y no peques más? ¿Piensas que yo nunca he hecho nada malo? ¿Que jamás he tenido que avergonzarme de mí mismo? ¿Que nunca he tenido miedo? No estás sola, Pam. ¿Es que no sabes lo valiente que has sido al contármelo todo?

–Tienes derecho a saberlo –dijo Pam con un tono carente de toda emoción.

–Y ahora lo sé, y eso no cambia las cosas –replicó Kelly, y guardó silencio unos momentos–. Aunque sí, sí cambia las cosas. Eres incluso más fuerte de lo que había imaginado, cariño.

–¿Estás seguro? ¿Y qué pasará después?

–De lo único que me preocuparé después es de esa gente de la que escapaste –contestó Kelly.

–Si me llegan a encontrar algún día... –dijo Pam, embargada por el miedo–. Cada vez que vayamos a la ciudad, podrían verme.

–Seremos muy cuidadosos –dijo Kelly.

Jamás estaré a salvo, jamás.

–¡Oh, sí! Fíjate, hay dos maneras de enfrentarse a eso. Puedes seguir huyendo y ocultándote. O puedes ayudar a que se les dé su merecido.

Pam denegó enérgicamente con la cabeza.

–La chica que mataron. Ellos lo sabían. Sabían que había telefoneado a la policía. No puedo fiarme de la policía. Además, no sabes lo peligrosos que son esos tipos.

Sarah había acertado en otra cosa, advirtió Kelly. Pam llevaba puesto el sostén, y el sol había resaltado las marcas de la espalda. Eran los puntos que el sol no había bronceado como al resto de la piel. Secuelas de los verdugones y las heridas que aquellos bastardos le habían infligido sádicamente. Todo había comenzado con aquel Pierre Lamarck o, para ser más exactos, con Donald Madden, aquel hombrecillo cobarde que sólo había sabido mantener relaciones con mujeres mediante la violencia.

Dijo a Pam que se quedase un momento donde estaba y se dirigió al taller de herramientas. Volvió con ocho latas vacías de soda y gaseosa, que dispuso sobre el suelo a unos diez metros de las hamacas.

–Tápate los oídos –dijo Kelly.

–¿Por qué?

–Hazlo.

Pam obedeció, y Kelly se metió la mano derecha por debajo de la camisa v sacó una pistola automática del 45. La empuñó con ambas manos, apuntó y la movió de izquierda a derecha. Una tras otra, con intervalos de un segundo, las latas fueron cayendo o saltando por los aires al ritmo de los estampidos de la pistola. Antes de que la última lata hubiese caído al suelo tras su breve vuelo por los aires, Kelly ya había recargado el arma, y siete de las latas se desplazaron un poco más. Se cercioró de que la pistola estaba descargada, la amartilló, se la colocó al cinto y fue a sentarse cerca de Pam.

–No se necesita gran cosa para parecer peligroso a una chica desamparada. Pero hace falta algo más para que me parezcan peligrosos a mí. Pam, si alguien piensa siquiera en hacerte daño, antes tendrá que vérselas conmigo.

Pam miró las latas y luego miró a Kelly, que parecía muy satisfecho de sí mismo y de su puntería. La exhibición le había servido de desahogo, y durante aquel breve frenesí de actividad había asignado un nombre y un rostro a cada lata. Pero la chica aún no estaba

convencida. Aquello requeriría cierto tiempo.

–En todo caso... –dijo Kellv, sentándose de nuevo junto a Pam–. Pues bien, ya me has contado tu vida, ¿no?

–Sí.

–¿Y sigues pensando que eso cambia las cosas para mí?

–No. Dijiste que no. Me parece que empiezo a creerte.

–Mira, Pam, no todos los hombres son como ésos; en realidad no hay muchos así. Has tenido muy mala suerte, eso es todo. Algunas personas resultan heridas en accidentes, otras contraen enfermedades. En Vietnam ví morir a hombres a causa de la mala suerte. Casi me ocurre a mí. Y eso no les pasó porque hubiese algo de malo en ellos. Sólo fue a causa de la mala suerte, por haber estado en el sitio equivocado, por haberse girado hacia la izquierda en vez de hacia la derecha, por haber elegido el camino falso. Sarah quiere que acudas a unos médicos y que les cuentes todo. Creo que tiene razón. Conseguiremos que te recuperes completamente.

–¿Y después? –preguntó Pam Madden.

Kelly aspiró profundamente, pero era ya demasiado tarde como para detenerse.

-¿Quieres... quedarte conmigo, Pam?

La joven le miró como si hubiese recibido una bofetada. Kelly se sorprendió.

-No puedes, lo dices simplemente porque...

Kelly se puso de pie y la alzó en vilo, cogiéndola de los brazos.

-Ahora vas a escucharme, ¿de acuerdo? Has estado enferma. Y te vas a curar. Has soportado todas las cargas que este maldito mundo te ha echado encima, y no has claudicado. ¡Creo en ti! Para curarte necesitarás tiempo. Todo necesita su tiempo. Pero al final serás una persona maravillosa.

Kelly la depositó en el suelo y retrocedió un par de pasos. Estaba temblando de rabia, no sólo por lo que le había sucedido a la joven, sino también por la rabia que sentía contra sí mismo por haber tratado de imponerle su voluntad.

-Lo siento. No debí decir eso. Por favor, Pam..., cree simplemente un poco en ti misma.

-Es muy duro. He hecho cosas horribles...

Sarah tenía razón. Pam necesitaba la ayuda de un especialista. Y Kelly se sentía impotente por no saber qué decirle.

La rutina cotidiana se impuso con asombrosa facilidad en los días siguientes. Cualesquiera fuesen las otras cualidades de Pam, como cocinera era francamente espantosa, hasta el extremo de que sus fracasos provocaron el llanto de la joven en dos ocasiones, presa de la desesperación, pese a que Kelly se las arreglaba para disimular sus pensamientos, acogiendo con una sonrisa y una palabra amable todo lo que ella preparaba. Pero lo cierto es que también aprendía con rapidez, y ya el viernes se las ingenió para hacer que un par de hamburguesas resultasen más sabrosas que unos trozos de carbón. Kelly estuvo a su lado en todo momento, infundiéndole ánimos, esforzándose en ser comprensivo y lográndolo en casi todas las ocasiones. Una palabra serena, una caricia cariñosa y una sonrisa eran sus armas. Ella pronto imitó su costumbre de levantarse antes del amanecer. Kelly logró que empezase a hacer ejercicio, lo que al principio resultó verdaderamente difícil. Aunque la joven gozaba en el fondo de buena salud, durante muchos años no había corrido más allá de media manzana, así que Kelly la hizo caminar alrededor de la isla, empezando con dos vueltas, que para el fin de semana ya se habían convertido en cinco. La joven pasaba las tardes tomando el sol, escasa de ropa, generalmente sólo con sostén y bragas. Comenzó a ponerse morena y no parecía reparar en aquellas marcas finas y pálidas de su espalda, que a Kelly sin embargo le hacían montar en cólera. Empezó a prestar más atención a su aspecto, duchándose y lavándose el pelo una vez al día, cepillándoselo luego hasta dejar sus cabellos brillantes como la seda, y Kelly siempre estaba a su lado para hacer algún comentario. Ni siquiera una vez pareció

necesitar la fenobarbitona que le había dejado Sarah. Quizá luchase contra la tentación en una o dos ocasiones, pero, al recurrir al ejercicio físico en vez de a los productos químicos, logró adquirir el ritmo normal de sueño y vigilia. Sus sonrisas empezaron a irradiar más con-fianza en sí misma, y en un par de ocasiones Kelly la sorprendió mirándose en el espejo con una expresión que ya no era de dolor.

- ¿No son preciosos? -le preguntó Kelly el sábado por la tarde, cuando Pam acababa de salir de la ducha.

- Quizá -contestó ella, condescendiente.

Kelly cogió un peine del lavabo y se ocupó de peinarle los cabellos mojados.

-El sol te los ha dejado más claros.

- Me costó su tiempo quitarles toda la porquería -dijo Pam, relajándose al sentir sus caricias.

-Pero resultará, Pammy, ¿no crees? -dijo Kelly, que se esforzaba por desenredar un nudo, poniendo gran cuidarlo en no darle tirones.

-Sí, eso creo, puede ser -dijo Pam, mirándole a la cara en el espejo.

- ¿Te costó mucho contármelo, cariño?

-Bastante -contestó Pam sonriéndole de verdad, con calor y convicción.

Kelly dejó el peine en el lavabo y besó a Pam en la nuca, mientras ella lo observaba en el espejo. Luego recogió el peine y continuó. Su labor se le antojó muy poco masculina, pero le encantaba.

–Fíjate aquí –dijo él–, absolutamente lacio y desenredado. –La verdad es que tendría que comprar un secador.

Kelly se encogió de hombros y dijo:

–Jamás he necesitado un cacharro de ésos.

Pam se dio la vuelta y le cogió las manos:

– Pues tendrás que comprarlo, si es que aún sigues queriendo...

Kelly guardó silencio durante unos instantes, y cuando al fin habló, le costó hacerlo, pues esta vez quien sentía miedo era él.

– Y tú, ¿estás segura?

–¿Todavía la sigues queriendo...?

–Sí.

No fue nada fácil levantarla en vilo con sus cabellos empapados, aún desnuda y mojada por la ducha, pero en momentos como ése un hombre ha de alzar en brazos a su mujer. Pam había cambiado. Sus costillas se marcaban menos. Había ganado algo de peso gracias a una dieta sana y la regularidad de las comidas. Pero era su personalidad lo que más había cambiado. Kelly se preguntó qué clase de milagro se había producido, sin atreverse a creer que él había colaborado pero sabiendo que era así. A continuación la depositó de nuevo en la silla y se quedó contemplando la alegría que irradiaban sus ojos, orgulloso de haber contribuido a que esa felicidad se hubiese instalado en sus pupilas.

–Yo también tengo mis asperezas –le advirtió Kelly, sin percatarse de su propia mirada.

–Ya he podido apreciar la mayoría –aseguró la joven.

Pam empezó a acariciarle el pecho, bronceado y poblado de pelos negros, marcado con cicatrices de guerra. Las cicatrices de ella estaban por dentro, y también lo estaban algunas de él, y juntos, cada uno curaría al otro. Ahora Pam estaba segura de eso. Había empezado a contemplar el futuro como algo más que un lugar sombrío en el que podría ocultarse y olvidar. El futuro era ahora un lugar de esperanza.

VI. EMBOSCADA

El resto fue fácil. Hicieron una rápida excursión en barco a Solomons, donde Pam se compró unas cuantas prendas sencillas. En un salón de belleza le arreglaron el pelo. Al finalizar la segunda semana que pasaba junto a Kelly, Pam realizó actividades físicas y ganó peso. Pudo ponerse entonces su bañador de dos piezas sin exhibir sus costillas. Los músculos de sus piernas se fortalecieron; lo que antes era fofo se tensó, tal como correspondía a una joven de su edad. Pero aún seguía viviendo con sus demonios persona-les. En un par de ocasiones, al despertar, Kelly la encontró temblando, sudando y balbuceando sonidos que no llegaban a plasmarse en palabras, pero que eran fácilmente inteligibles. En ambas ocasiones las caricias de Kelly lograron sosegarla, pero no le sosegaron a él. Kelly no tardó mucho en instruir a Pam sobre el pilotaje del Springer, y cualesquiera hubiesen sido sus defectos de co-legiala, Pam dio pruebas de ser lo suficientemente lista. Entendía con gran rapidez cómo hacer cosas que la mayoría de los bateleros no aprendían jamás. Kelly la llevó incluso a nadar y le sorprendió que lo hiciese tan bien habiendo nacido en pleno Texas.

Kelly la amaba, le gustaba verla, oírla, olerla y sobre todo sentir su contacto. Descubrió que se ponía ansioso si no la veía durante unos minutos, como si temiese que la joven desapareciese. Pero ella siempre estaba allí, sus miradas se cruzaban y la chica no dejaba de devolverle la sonrisa coquetamente. Sin embargo, a veces advertía en ella una expresión distinta, cuando la joven echaba una mirada retrospectiva a las tinieblas del pasado o intuía un futuro diferente del que Kelly había planeado. El sentía deseos de penetrar en la mente de Pam y arrancarle los aspectos malignos, aunque sabía que esa tarea tendría que confiarla a otros. En momentos así, Kelly sabía encontrar una excusa para acercarse a ella y acariciarle los hombros con la yema de los dedos, tan sólo para que ella supiese que él estaba allí.

Diez días después de la partida de Sam y Sarah, celebraron una pequeña ceremonia: Kelly dejó que Pam pilotase el yate en dirección a alta mar y, una vez allí, la chica ató el bote de fenobarbitona a una gran piedra y lo arrojó por la borda. La salpicadura que provocó en las aguas les pareció un final adecuado y definitivo para uno de los problemas de Pam. Kelly permaneció detrás de ella, ciñéndole la cintura con sus musculosos brazos, mientras ob-servaba los demás barcos que surcaban la bahía y anticipaba un futuro brillante de promesas.

- Tenías razón -le dijo Pam, acariciándole los antebrazos.

- Ocurre a veces -contestó Kelly con una sonrisa que se convirtió en asombro al oír las siguientes palabras de la chica:

- Hay otras personas, John, otras mujeres a las que Henry...Están en la misma situación de Helena, a la que asesinó.

- ¿Qué quieres decir?

- Tengo que volver. Tengo que ayudarlas... antes de que Henry las destruya.

-Eso es muy peligroso, Pammy -dijo Kelly en voz baja.

- Lo sé... pero ¿qué pasará con ellas?

Aquella preocupación era un síntoma de su recuperación; Kelly lo sabía. Pam volvía a ser una persona normal, y las personas normales se preocupan por los demás.

-No puedo seguir ocultándome eternamente.

Kelly pudo percibir el miedo que embargaba a Pam, y la estrechó con más fuerza.

- No, realmente no puedes. Ése es el problema. Es muy duro andar escondiéndose.

-¿Estás seguro de que puedes fiarte de tu amigo policía? -preguntó Pam.

-Sí. Me conoce. Es un teniente. Hace un año le ayudé a recuperar un arma que era pieza clave para solucionar un caso. Así que me debe una. Por lo demás, acabé contribuyendo al entrenamiento de sus buceadores, con lo que hice algunos amigos. -Kelly se interrumpió unos instantes-. No tienes por qué hacerlo, Pam. Si lo que deseas es alejarte para siempre de todo eso, adelante. No tengo ninguna necesidad de ir a Baltimore, salvo por los médicos.

-Todo lo que habéis hecho por mí, lo que estáis haciendo por los demás. Tengo que colaborar en que esa injusticia desaparezca, ¿no te parece?

Kelly reflexionó sobre esas palabras y pensó en sus propios demonios. De ciertas cosas

sencillamente no se puede huir. Lo sabía. En ese sentido, las vivencias de Pam habían sido más horribles que las suyas, y para que su relación siguiese adelante era necesario que esos demonios desaparecieran de una vez.

-Haré una llamada.

-Teniente Allen -dijo el hombre que contestó al teléfono en el distrito policial Oeste. Aquel día los aparatos de aire acondicionado no funcionaban demasiado bien y en su escritorio se amontonaba el trabajo por realizar.

- ¿Frank? John Kelly -oyó el detective, y sonrió.

-¿Cómo va la vida en medio de la bahía, amigo? -preguntó, pensando que pagaría por estar allí.

- Tranquila y perezosa. ¿Qué tal te va a ti?

- ¡Ojalá lo supiera! -contestó Allen, echándose hacia atrás en su silla giratoria.

Hombre de alta estatura y, al igual que la mayoría de los policías de su generación, veterano de la Segunda Guerra Mundial -en su caso, del cuerpo de artillería de marina-Allen había ido ascendiendo desde patrullero de a pie en East Monument Street hasta la sección de homicidios. No obstante, su trabajo no era tan pesado como imagina la mayoría de la gente, pese a la responsabilidad del mismo en lo tocante al final virulento de vidas humanas.

-¿Qué puedo hacer por ti? -añadió el policía, y advirtió inmediatamente un cambio en el tono de Kelly.

- He conocido a alguien que necesitaría hablar contigo.

- ¿Cómo es eso? -preguntó Allen, rebuscando en el bolsillo de la camisa un cigarrillo y cerillas.

- Está relacionado con tu oficio, Frank. Información sobre un crimen.

Los ojos del policía se entrecerraron, mientras su cerebro cambiaba de marcha.

- ¿Quién y dónde?

- Aún no lo sé, y no me gustaría hablar de ello por teléfono.

- ¿Es muy grave?

-¿De momento puede quedar entre nosotros?

Allen asintió con la cabeza y miró a través de la ventana.

- Está bien, de acuerdo.

- Narcotraficantes.

En la mente de Allen se encendió una lucecilla. Kelly había dicho que su confidente era «alguien», no un «hombre». Se trataba de una mujer, pensó Allen. Kelly era inteligente, pero no lo bastante astuto en ese trabajo. Allen había oído hablar de ciertos informes sobre una red de narcotraficantes que utilizaban mujeres para ciertas cosas. Sólo eso. No era un caso para él. Estaba siendo investigado por Emmet Ryan y Tom Douglas en el centro de la ciudad y se suponía que Allen no sabía gran cosa de aquello.

- En estos momentos hay al menos tres organizaciones de narcos actuando. Esos tipos no son precisamente angelitos -dijo Allen sin alterar su voz-. Cuéntame algo más.

-La persona con quien he entablado amistad no desea verse muy involucrada. Pero tiene cierta información para ti; eso es todo, Frank. Si las cosas adelantan, podremos reconsiderar el asunto. Probablemente estamos hablando de gente muy peligrosa.

Allen reflexionó. Nunca había indagado la vida de Kelly, pero sabía de él lo suficiente. Sabía que era un buceador de gran experiencia, un primer oficial de la Armada que había combatido en las turbulentas aguas del delta del Mekong, apoyando al Noveno de Infantería; un calamar, pero un calamar muy competente y meticuloso, cuyos servicios habían sido altamente recomendados a la policía por alguien del Pentágono, un hombre que había realizado un buen trabajo perfeccionando a los submarinistas de la policía y que, de paso, había recibido una bonita suma por ello, recordó Allen. La persona en cuestión tenía que ser una mujer. Kelly jamás se ocuparía de proteger a un hombre de ese modo. Los hombres no suelen pensar así sobre los demás hombres. Aunque sólo fuese por eso, el asunto le pareció interesante.

- No me estarás tomando el pelo, ¿eh? -preguntó.

- No acostumbro actuar así, Frank -le aseguró Kelly-. Mis condiciones son: reunión en un lugar discreto y tan sólo a efectos informativos. ¿De acuerdo?

-Ya sabes, si fueses otra persona, me negaría, pero te seguiré el juego. Me ayudaste a cerrar el caso Gooding. Lo pescamos, como sabrás. Treinta años de reclusión. Estoy en deuda contigo. Bien, de momento lo haremos así.

- Gracias. ¿Cuál es tu horario de trabajo?

-Esta semana tengo turno de noche. -Eran poco más de las cuatro de la tarde y Allen acababa de incorporarse al servicio. No sabía que Kelly ya le había llamado tres veces a lo largo del día, pero sin dejarle mensajes-. Quedaré libre alrededor de la medianoche o la una de la madrugada. Depende de cómo se presente la noche -explicó-. Algunas son más movidas que otras.

-Mañana por la noche. Te recogeré en la puerta principal. Podríamos cenar juntos.

Allen frunció el ceño. Aquello se parecía a una película de James Bond, con todas esas estupideces de los agentes secretos. Pero sabía que Kelly era una persona seria, aun cuando no tuviese idea sobre el trabajo policial.

-De acuerdo, chico.

-Gracias, Frank.

Allen colgó y volvió a su trabajo, tras escribir una nota en el calendario de su escritorio.

-¿Tienes miedo? -preguntó Kelly. -Un poco -admitió Pam. Kelly sonrió.

-Eso es normal, pero ya sabes lo que te he dicho. Él no sabe nada de ti. Puedes echarte atrás cuando lo desees. Llevaré una pistola, aunque no se trata más que de una charla. Puedes tomarlo o dejarlo. Lo haremos en una noche. Y estaré junto a ti en todo momento.

- ¿Cada minuto?

- Excepto cuando vayas al lavabo de señoras, cariño. Allí tendrás que cuidarte tú misma.

Pam sonrió y se serenó.

-He de preparar la comida -dijo Pam, y se fue hacia la cocina.

Kelly salió fuera. Algo en su interior le decía que tenía que practicar más con las armas, pero en su lugar se dirigió al búnker donde estaba el taller y cogió la cuarenta y cinco del armero. Apretó el muelle real y giró el cojinete para sacar el muelle. Luego extrajo la tapa deslizante, quitó el cañón y terminó de desmontar la pistola. Alzó el cañón para observarlo a contraluz y, tal como esperaba, comprobó que estaba sucio a causa de los disparos. Limpió todas las superficies, utilizando paños, disolvente limpiador y un cepillo de dientes, hasta que no quedó ni rastro de suciedad en ninguna superficie metálica. Luego aceitó el arma ligeramente para que no se adhiriese polvo y mugre que, en el momento menos oportuno, podrían encasquillarla. Terminada la limpieza, montó la pistola con rapidez y experiencia; era algo que podía hacer, y que hizo, con los ojos cerrados. Sintió una sensación placentera en la mano cuando sacó y metió la recámara un par de veces para cerciorarse de que estaba convenientemente encajada. Una última inspección visual se lo confirmó.

Kelly sacó de una gaveta dos cargadores llenos, junto con una bala suelta. Insertó un cargador por la culata y accionó la tapa deslizante para encajar el primer proyectil en la recámara. Amartilló cuidadosamente la pistola antes de extraer el cargador e introducir otra bala. Con ocho proyectiles en el arma y un cargador de repuesto, disponía de quince balas para hacer frente a cualquier peligro. Aquello no bastaba para andar por las junglas de Vietnam, pero supuso que sería más que suficiente para los barrios peligrosos de la ciudad. Podía acertar a una cabeza humana a unos diez metros, de día o de noche. Jamás había perdido la calma en un tiroteo, y tenía experiencia en eliminar hombres. Cualquiera fuese el peligro, Kelly estaba preparado para afrontarlo. Por lo demás, no iba a ir en pos del vietcong. Además, actuaría de noche, y la noche era su amiga. Habría pocas personas a su alrededor de

las que tuviese que preocuparse, y a menos que la otra parte supiese que él estaba allí -cosa que no ocurriría-, no tendría que preocuparse por una emboscada. Simplemente tendría que mantenerse alerta, lo que resultaría bastante fácil.

Para la cena había pollo, algo que Pam sabía preparar. Kelly estuvo a punto de sacar una botella de vino, pero luego se lo pensó mejor. ¿Por qué tentarla con el alcohol? Lo mejor sería que él mismo dejase de beber. No significaría una gran pérdida, y ese sacrificio ratificaría el compromiso que había contraído para con ella. Durante la cena evitaron abordar asuntos serios. Kelly ya había expulsado de su mente los peligros. No había necesidad de explayarse sobre los mismos. Demasiada imaginación empeoraba las cosas.

- ¿Piensas realmente que necesitamos cortinas nuevas? -preguntó Kelly.

-No pegan muy bien con los muebles.

Kelly emitió un gruñido.

- ¿Para un barco?

-Se ve bastante sombrío, ¿sabes?

-¿Sombrío? -repitió, empezando a recoger la mesa-. Lo próximo que me dirás es que todos los hombres son igual de... -Kelly se detuvo en seco. Era la primera vez que tenía un desliz de esa naturaleza-. Lo siento...

Pam Ie dirigió una sonrisa traviesa.

-Pues bien, en cierto modo lo sois. Y deja de ponerte tan nervioso cuando me hablas de ciertas cosas, ¿de acuerdo? Kelly se serenó.

- De acuerdo -contestó, estrechándola entre sus brazos-. Si lo prefieres así... bien...

- Hummm.

Pam sonrió y aceptó su beso. Kelly le acarició la espalda y advirtió que no llevaba sostén bajo la blusa de algodón. La chica le dirigió una sonrisa de picardía.

-Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en darte cuenta.

- Había velas en el pasillo -se justificó Kelly.

- Las velas eran muy bonitas, pero son muy apestosas. Pam tenía razón. El búnker no estaba muy bien ventilado.

Algo que había que arreglar. Kelly intuyó un futuro muy agitado, mientras desplazaba sus manos a un lugar más agradable.

- ¿Has engordado lo suficiente?

- ¿Se trata de imaginaciones mías o...?

-Bueno, quizá un poquitín de imaginación -admitió Pam, cogiéndole ambas manos y pasándoselas por su cuerpo.

-Necesitarás ropas nuevas -dijo Kelly, contemplando el rostro de Pam, que irradiaba una confianza nueva en sí misma.

La había dejado empuñar el timón tras haber fijado el rumbo frente a las costas de la isla de Sharp, al este del canal de navegación, que ese día rebosaba de tráfico.

-Buena idea -asintió Pam-. Pero no conozco ninguna tienda buena.

La joven miró la brújula como un piloto experimentado.

- Son fáciles de encontrar. No hay más que fijarse en el aparcamiento.

-¿Eh?

- Lincolns and Caddys, cariño; siempre tienen buenas ropas -apuntó Kelly-. Nunca falla.

Tal como él esperaba, Pam se echó a reír. Kelly estaba asombrado del férreo dominio que parecía ejercer sobre sí misma, pese al desagradable trance que le esperaba.

- ¿Dónde pasaremos la noche?

-A bordo -contestó Kelly-. Aquí estaremos seguros.

Pam se limitó a hacer un gesto de asentimiento, pero él se lo explicó igualmente.

- Ahora tienes un aspecto diferente y a mí no me conocen. Tampoco conocen mi automóvil, ni mi barco. Frank Allen no sabe tu nombre, ni siquiera sabe que eres una chica.

Son medidas de seguridad. No puede pasarnos nada.

- Tienes razón -dijo Pam, dándose la vuelta y sonriéndole.

La confianza que irradiaba el rostro de la joven le calentó la sangre y sirvió de alimento a su ya fortalecido ego.

- Esta noche lloverá -comentó Kelly, señalando las lejanas nubes-. Eso también es bueno. Disminuye la visibilidad. Solíamos hacer un montón de operaciones bajo la lluvia. Las personas distienden la vigilancia cuando están empapadas.

- Realmente sabes mucho de esas cosas, ¿no?

Kelly esbozó una sonrisa viril.

- Las aprendí en una escuela muy dura, cariño.

Llegaron a puerto tres horas después. Kelly inspeccionó el estacionamiento y tomó nota de que el Scout estaba en el lugar de costumbre. Envió a Pam bajo cubierta mientras amarraba el barco y luego la dejó a bordo mientras iba a traer el automóvil directamente al muelle. Siguiendo sus instrucciones, Pam saltó del yate al Scout, sin mirar a izquierda ni derecha, y Kelly arrancó de inmediato. El día acababa de comenzar. Se dirigieron a la ciudad y encontraron un centro comercial en Timonium, donde Pam pasó dos horas -interminables para Kelly- eligiendo tres bonitos conjuntos que él pagó en efectivo. Pam se puso el que más le gustaba (una falda y una blusa de aspecto sencillo y que armonizaba bastante bien con la indumentaria de Kelly -americana sin corbata-, que vestía según sus propios gustos; es decir, de un modo confortable).

Comieron en un discreto restaurante de la misma zona, en un apartado de un rincón. Kelly no lo dijo, pero necesitaba una buena comida -Pam se conformaba con pollo asado-; la joven aún tenía que aprender muchas cosas sobre el arte culinario.

-Te ves realmente bien, relajada -comentó Kelly, bebiendo un sorbo del café que le habían servido después de la comida.

-Jamás hubiese imaginado que me sentiría de este modo. Quiero decir, apenas han transcurrido... ni siquiera tres semanas.

-Así es -asintió Kelly, dejando la taza sobre la mesa-. Mañana iremos a ver a Sarah y a sus amigos. En un par de semanas todo será distinto, Pam.

Kelly cogió la mano izquierda de Pam y deseó que algún día llevase un anillo de oro en el dedo anular.

-Sí, lo creo. Realmente lo creo.

–Eso está bien.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó la chica.

Habían terminado de comer y aún faltaban muchas horas para la reunión con el teniente Allen.

–¿Damos una vuelta en coche?

Kelly dejó el dinero sobre la mesa y se dirigieron al automóvil.

Ya había oscurecido. El sol estaba a punto de ocultarse y empezaba a llover. Kelly se dirigió hacia el sur por la York Road en dirección al centro de la ciudad, bien comido y relajado, sintiéndose seguro y preparado para la tarea de la noche. Al entrar en Towson, Kelly divisó los rieles del tranvía recientemente abandonado, que anunciaban las proximidades del centro de la ciudad e implicaban peligro. Sus sentidos se agudizaron inmediatamente. Sus ojos lanzaron rápidas miradas a izquierda y derecha, escudriñando calles y aceras y controlando cada pocos segundos los tres espejos retrovisores. Al montarse en el automóvil había puesto la pistola automática en su sitio habitual, en la funda bajo el asiento delantero, que le permitía sacar el arma con mayor rapidez que de la pistolera que llevaba al cinto; por lo demás, resultaba más cómoda de ese modo.

–¿Pam? –preguntó, sin dejar de vigilar el tráfico y cerciorándose de que las puertas llevaban puestos los seguros: una medida de seguridad que parecía escandalosamente paranoica.

–¿Sí?

–¿Hasta qué punto confías en mí?

–Confío en ti, John.

–¿Dónde habías estado... trabajando?

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que todo está oscuro y está lloviendo y que me gustaría echar un vistazo a ese lugar. –Sin siquiera mirarla, podía sentir la tensión en el cuerpo de Pam–. Escúchame, iré con cuidado. Si ves algo que te preocupa, saldré pitando a toda velocidad.

–Eso me da miedo –dijo Pam, pero se contuvo. ¿Acaso no confiaba en su hombre? Había hecho tanto por ella. La había salvado. Debía confiar en él, y él tenía que saber que confiaba en él. Demostrarle su confianza. Por tanto, preguntó–: ¿Prometes ir con mucho cuidado?

–Prometido. Apenas veas algo que te preocupe, nos largamos. -De acuerdo.

Aquello era asombroso, pensaba Kelly cincuenta minutos después. Allí había muchas cosas que jamás había visto. Cuántas veces había pasado con su coche por esa parte de la ciudad, sin detenerse nunca. Y hacía algunos años, ¿no había dependido su supervivencia del hecho de fijarse en todo, en cada ramita partida, en cada graznido repentino de un pájaro, en cada huella de pisadas? Sin embargo, había pasado en su coche por esa zona un centenar de veces y jamás se había fijado en lo que sucedía a su alrededor, debido a que era una jungla muy diferente, en la que se llevaba a cabo un juego muy distinto. Una parte de su conciencia le decía: «Y bien, ¿qué esperabas?» Pero la otra parte le advertía que allí siempre había habido peligro y que no se había molestado en percibirlo, aunque la advertencia había sido tajante y clara.

El entorno era ideal. Simplemente, perfecto. Reinaba la oscuridad bajo un cielo encapotado y sin luna. La única iluminación provenía de las escasas farolas que arrojaban solitarios círculos de luz sobre las aceras tan desiertas como activas. Los chaparrones eran intermitentes, algunos bastante fuertes, la mayoría moderados, pero todos suficientes para mantener las cabezas gachas y reducir la visibilidad, y para aplacar la curiosidad normal de las personas. Eso le venía a Kelly de maravillas, ya que circulaba dando vueltas a las manzanas, alerta a cualquier cosa sospechosa. Advirtió que no todas las farolas funcionaban. ¿Se debía a la desidia de los empleados municipales o a la voluntad de los «hombres de negocios» de la zona? Quizá un poco de ambas cosas, pensó Kelly. A los encargados de cambiar los focos aquello no podía interesarles mucho, y un billete de veinte dólares podría convencerles de ser un poco lentos o quizá de no ajustar el foco. En todo caso, se creaba un ambiente. Las calles estaban oscuras, y la oscuridad había sido siempre la amiga de confianza de Kelly.

Aquellos barrios eran tan... tristes, pensó Kelly. Destartaladas fachadas comerciales de lo que habían sido pequeñas tiendas de ultramarinos, probablemente arruinadas por los grandes super-mercados, que a su vez se vieron hundidos por los disturbios del sesenta y ocho, dejando así un hueco en el tejido económico de la zona. El destruido pavimento de las aceras estaba cubierto de toda clase de desperdicios. ¿Había gente que vivía allí? ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían? ¿Qué aspiraciones tenían? No todos podían ser criminales. ¿Se esconderían por las noches? Y en tal caso, ¿qué ocurriría a la luz del día? Kelly había aprendido algo en Asia: otorga al enemigo una parte del día y se la apropiará y luego la ampliará, ya que los días tienen veinticuatro horas y querrá disponer de todas ellas para él y para sus actividades. No, no se puede dar nada al enemigo, ni tiempo, ni lugar, nada que pueda utilizar tranquilamente. Era así como se perdía una guerra, y allí se estaba desarrollando una guerra. Y los vencedores no eran las fuerzas del bien. Aquello era duro de encajar. Kelly ya había experimentado anteriormente lo que significaba tener la certeza de asistir a una guerra perdida.

Los camellos formaban un grupo heterogéneo, advirtió Kelly al pasar por sus zonas de

venta. Sus posturas le revelaban la seguridad que sentían. A esa hora eran dueños de las calles. Podría haber competencia entre ellos, un repulsivo proceso darwiniano que determinaba quién sería el propietario de esta o aquella parte de tal o cual acera, quién tendría los derechos territoriales frente a esta o aquella ventana de cristales rotos, pero como resultado de esa competencia, las cosas pronto adquirirían cierta estabilidad, ya que, después de todo, la finalidad de la competencia era el negocio.

Giró a su derecha y enfiló una nueva calle. Esa idea le provocó un gruñido y una sonrisita irónica. «¿Una nueva calle?» No, todas aquellas calles eran viejas, tan viejas que la gente decente las había abandonado desde hacía muchos años, trasladándose a las afueras de la ciudad, a lugares más verdes, y dejando que otra gente, personas que al parecer valían menos que ellos, se establecieran allí. Y luego éstos también se habían mudado, con lo que el ciclo prosiguió durante varias generaciones hasta que la situación se deterioró hasta crear lo que veía en esos momentos. Kelly necesitó más de una hora para darse cuenta de que allí también había personas y no sólo aceras llenas de porquería y delincuentes. Una mujer y un niño venían de una parada de autobús. Kelly se preguntó dónde habrían estado. ¿Volverían de visitar a una tía? ¿Acaso de la biblioteca pública? De algún lugar cuyo atractivo mereciese tanto la pena que no le importaba tener que dar ese paseo tan desagradable desde la parada de autobús hasta su casa, soportando escenas, voces y gentes cuya mera presencia podía perjudicar la salud mental del niño.

Kelly irguió la espalda y entrecerró los párpados. Aquello era algo que había visto anteriormente. Incluso en Vietnam, un país en guerra desde antes de que él naciera, había padres e hijos y una necesidad desesperada de tener algo que pudiera asemejarse a la normalidad. Los niños necesitan jugar buena parte del tiempo, tienen que ser cuidados y amados, protegidos de los aspectos más crueles de la realidad, en la medida en que el valor y el talento de sus padres puedan conseguirlo. Y eso era también verdad en ese lugar. En todas partes había víctimas, todas inocentes en mayor o menor grado, y los niños eran las más inocentes. Eso podía verse allí, a cincuenta metros de distancia, cuando la joven madre cruzó la calle con su hijo cogido de la mano, cerca de la esquina donde se encontraba un traficante que estaba realizando una transacción. Kelly aminoró la marcha para permitir a la mujer que pasase y deseó que el niño pudiese advertir cuán afortunado era de que su madre le cuidara y le demostrara afecto. ¿Repararían los traficantes en la presencia de aquella mujer? ¿Los ciudadanos normales eran dignos de ser tenidos en cuenta? ¿Se encontraban a salvo? ¿Eran clientes potenciales? ¿Acaso un estorbo? ¿Víctimas? ¿Y qué pasaba con el niño? ¿Les preocupaba? Probablemente no.

–Mierda –maldijo por lo bajo, hablando consigo mismo, con un tono demasiado imparcial como para revelar su indignación.

–¿Qué pasa? –preguntó Pam. La joven iba apoyada contra el respaldo y separada de la ventana.

–Nada, lo siento.

Kelly sacudió la cabeza y siguió observando. De hecho, empezaba a divertirse. Era como una misión de reconocimiento. Reconocimiento significaba aprendizaje, y el afán de aprender había sido siempre una pasión para Kelly. Allí había algo que le era completamente nuevo. Desde luego era maligno, destructivo y repugnante, pero también era distinto, y le excitaba. Aferró con ambas manos el volante.

También los clientes de los canallas formaban un grupo heterogéneo. Algunos parecían del lugar, se les podía distinguir por su color y por las ropas raídas. Algunos eran más adictos que otros, y Kelly se preguntó qué significaba aquello. ¿Los que en apariencia llevaban una vida normal eran los novatos? ¿Los que andaban a rastras eran los veteranos de la autodestrucción, los que se precipitaban alocadamente hacia sus propias muertes? ¿Cómo podía una persona normal contemplarlos y no sentirse atemorizada ante la posibilidad de autodestruirse con las drogas? ¿Qué impulsaba a la gente a hacer aquello? Kelly estuvo a punto de detener el coche cuando le asaltaron aquellas preguntas. Pero las respuestas escapaban a

su experiencia.

Y también había otros, personas con automóviles más o menos caros, tan limpios que probablemente venían de las afueras de la ciudad, donde había que mantener ciertos niveles. Adelantó a un Buick y echó una rápida mirada al conductor. Incluso llevaba corbata, pero floja y con el cuello desabrochado, seguro que a causa del nerviosismo que le provocaba aquel vecindario. Con una mano bajaba la ventanilla, mientras la otra descansaba en el volante, y el pie derecho sin duda en el pedal del acelerador, preparado para salir de estampida en caso de presentir peligro. Aquel conductor debia tener los nervios de punta, pensó Kelly, observándolo por el espejo retrovisor. No podía sentirse a gusto en aquel lugar, pero estaba allí. Sí, ahora Kelly lo vio. El dinero pasó a través de la ventanilla, el conductor recibió algo a cambio y el automóvil se alejó rápidamente entre el denso tráfico de la calle. Sin perderlo de vista, Kelly siguió al Buick durante unas manzanas, torció a la derecha y luego a la izquierda para entrar en una arteria principal. El automóvil se pasó al carril de la izquierda, que no abandonó mientras se alejaba de aquella parte lúgubre de la ciudad sin llamar la atención del detestable policía de tráfico con su libreta de multas.

Sí, la policía, pensó Kelly cuando abandonó la persecución.

¿Dónde demonios estaba? La ley acababa de ser violada con todo el drama aparente de una fiesta de barrio, pero la policía no se veía por ninguna parte. Meneó la cabeza cuando viró para regresar a la zona donde se traficaba con droga. La diferencia con su propio barrio de Indianápolis, sólo unos diez años atrás, era enorme. ¿Cómo podían haber cambiado las cosas tan rápidamente? ¿Y cómo él las había pasado por alto? Sus años en la Armada y su vida en la isla le habían aislado de todo. Era un extraño, un ingenuo, un turista en su propia patria.

Observó a Pam. Parecía sentirse bien, aunque algo nerviosa. Aquellas gentes eran peligrosas, pero no para ellos. Había tenido buen cuidado de permanecer invisible, de conducir como cualquier otro, merodeando por las pocas manzanas de la zona «comercial» sin seguir un comportamiento regular. Kelly no era ciego a los peligros. Si alguien se hubiese fijado en él y en su vehículo con especial interés, él se habría dado cuenta. Por lo demás, seguía teniendo la pistola automática al alcance de la mano. Por muy espantosos que pudiesen parecer esos tipos, no eran nada comparados con los norvietnamitas y con los hombres del vietcong, a los que Kelly se había enfrentado. Habían sido muy buenos. Pero él había sido mejor. En aquellas calles acechaban los peligros, sí, pero muy inferiores a los que Kelly ya había sobrevivido.

A unos cincuenta metros se encontraba un camello vestido con una camisa de seda color pardo o rojo oscuro. Era difícil distinguir los colores en aquella parca iluminación, pero la camisa era de seda por la forma en que reflejaba la luz. Probablemente seda auténtica, se dijo Kelly. Había cierto exhibicionismo en esa chusma. Pero, ¿acaso eso era prueba suficiente de que estaban infringiendo la ley? No; de ese modo sólo hacían saber a la gente lo osados y atrevidos que eran.

«Estúpido -pensó Kelly-. Muy estúpido el llamar la atención de ese modo. Cuando uno hace cosas peligrosas tiene que ocultar la propia identidad, incluso la propia presencia, y siempre hay que dejarse al menos una ruta de huida.»

- Es asombroso que puedan escapar con eso -susurró Kelly, hablando consigo mismo,

- ¿Cómo? -inquirió Pam, volviendo la cabeza.

- Son unos cretinos -respondió Kelly, señalando al camello apostado en la esquina-. Aunque la policía no intervenga, ¿qué pasa si alguien decidiera...? Quiero decir que está recaudando un montón de dinero, ¿no?

- Probablemente un par de miles -contestó Pam.

- Bueno, ¿y qué pasa si alguien trata de robarle?

- Ocurre a veces, pero van armados, y si alguien intentara..

-¿Conoces al tipo en el umbral de la puerta?

- Ese es el verdadero traficante, Kelly. El tipo de la camisa es su lugarteniente. Es el encargado de realizar la... ¿Cómo llamas a eso?

- Transacción -contestó secamente Kelly, recordándose que había pasado algo por alto, que había permitido que su orgullo se impusiera a su precaución. No es una buena costumbre, se dijo.

Pam hizo un gesto de asentimiento.

-Eso es. Fíjate, fíjate en él ahora.

Kelly presenció con toda claridad la transacción completa. El conductor de un automóvil -otro visitante de las afueras de la ciudad, pensó Kelly- entregó su dinero (teóricamente, ya que Kelly no pudo verlo, pero estaba seguro de que no se trataba de una tarjeta de crédito). El lugarteniente se metió la mano en la camisa y luego le entregó algo. Cuando el automóvil se alejó, el tipo de la camisa de seda cruzó la acera, y entre las sombras se realizó otro intercambio.

- ¡Ya lo tengo! El lugarteniente lleva la droga y la vende. Luego entrega el dinero a su jefe. El jefe recoge las ganancias, pero también va armado para cuidar de que nada salga mal. No son tan estúpidos como parecen.

- Son bastante listos.

Kelly asintió con la cabeza y tomó nota mentalmente de aquello, censurándose por haberse equivocado un par de veces en sus deducciones. Sin embargo, precisamente por eso se hacía un reconocimiento, a fin de cuentas.

«No te sientas tan a tus anchas, Kelly -se dijo-. Ahora sabes que allí hay dos delincuentes, uno de ellos armado y al acecho en el umbral de la puerta.»

Se arrellanó en el asiento y agudizó la mirada en busca del posible peligro, tratando de discernir pautas de conducta. El objetivo real era el individuo oculto en el umbral. El mal llamado «lugarteniente» no sería más que un contratado, quizá un aprendiz, sustituible sin duda alguna, alguien que viviría de las migajas o de las comisiones. El tipo al que apenas podía distinguir en la penumbra era el enemigo auténtico. Y eso justificaba el tiempo empleado en el reconocimiento, ¿o no? Se sonrió al recordar un comisario político regional del ejército novietnamita. A la misión se le asignó incluso un nombre en clave: ERMINE COAT. Durante cuatro días había seguido los pasos a aquel hijoputa, después de haberlo identificado sin lugar a dudas, tan sólo para asegurarse de que aquél era su hombre, y para informarse de sus costumbres y para determinar el mejor medio de expedirle un pasaporte al otro barrio. Kelly jamás olvidaría la mirada de aquel hombre cuando la bala le atravesó el pecho. Y luego la marcha de seis kilómetros hasta el campamento, mientras la patrulla de persecución norvietnamita seguía una dirección equivocada, gracias a la carga de explosivos incendiarios con que les despistó.

¿Qué pasaría si aquel hombre en las sombras era su objetivo? ¿Cómo lo haría? Resultaba un juego mental interesante. La sensación fue sorprendentemente placentera. Se sentía como un águila vigilante, seleccionando su presa, pero más aún como un depredador situado en la cima de la cadena del comer y ser comido, todavía sin hambre, dejándose llevar por las corrientes ascendentes y cerniéndose luego sobre sus víctimas. Se sonrió, haciendo caso omiso de las advertencias que empezaba a enviarle la parte de su cerebro que acumulaba las experiencias del combate.

¡Vaya! Un automóvil. Un vehículo de gran potencia, un Plyrnouth Roadrunner, rojo como una manzana, a unos cien metros de distancia. Había algo extraño en el modo en que...

-Kelly... -dijo Pam, poniéndose repentinamente tensa.

-¿Qué pasa?

Bajó instintivamente la mano, empuñó la cuarenta y cinco y la sacó un centímetro de su funda, sintiendo el placer del roce de la madera de la culata, pero el hecho de que hubiese echado mano de la pistola y hubiese sentido la necesidad repentina de aquel placer significaban un mensaje que su mente no podía ignorar. La parte precavida de su cerebro empezaba a imponerse, sus instintos de combatiente empezaban a hacerse oír, Eso le provocó una oleada de orgullo reflexivo. «Qué maravilla –parecía decir por el rabillo del ojo- que todavía sea capaz de reaccionar así cuando lo necesito...»

–Conozco ese automóvil... es...

La voz de Kelly adoptó un tono de serenidad:

–Está bien, larguémonos.

Kelly aceleró, maniobrando hacia la izquierda para adelantar al Roadrunner. Pensó en decir a Pam que se agachase, pero no fue necesario. En menos de un minuto va se habría alejado y entonces... «¡Maldita sea!»

Un cliente de la alta burguesía, que acababa de realizar una compra, en su afán por abandonar rápidamente aquel lugar surgió súbitamente por delante del Roadrunner al volante de un convertible negro Kharaman-Ghia. Pero tuvo que dar un frenazo para evitar chocar con otro automóvil cuyo conductor estaba intentando adelantar al Roadrunner. Kelly pisó el freno para impedir una colisión frontal. Pero los respectivos movimientos de los coches le jugaron una mala pasada y fue a detenerse casi al lado del Roadrunner, cuyo conductor se apeaba en ese momento. En vez de encaminarse hacia delante, el tipo optó por rodear la parte trasera de su automóvil, y al volverse sus ojos se encontraron a menos de un metro del rostro de Pam, contraído por el terror. Kelly lo estaba mirando, pues tenia la certeza de que aquel hombre representaba un peligro potencial. En los ojos del hombre vio que había reconocido Pam.

- -Lo he visto -dijo Kelly con enigmático aplomo, con su voz de combatiente.

Giró el volante hacia la izquierda, pisó el acelerador y dejó atrás al pequeño automóvil deportivo. Kelly alcanzó la esquina pocos segundos después y, tras una mínima pausa para comprobar el tráfico, giró violentamente a la izquierda para abandonar aquella zona.

–¡Me ha reconocido! –exclamó Pam, a punto de echarse a llorar.

–Tranquila, Pam -contestó Kelly, vigilando la carretera y mirando por el retrovisor–. Nos estarnos alejando de ese lugar, estás conmigo y estás a salvo.

«Idiota! –gritaron sus instintos al resto de su conciencia-. Harías mejor en rezar para que no te siguiesen. Ese coche tiene el triple de potencia que el tuyo y...»

-De acuerdo... –balbuceó Pam.

Las brillantes luces de unos faros realizaron el mismo viraje que Kelly había ejecutado hacía veinte segundos. Kelly las vio dar bandazos de izquierda a derecha. El automóvil aceleraba con potencia y daba coletazos sobre el mojado asfalto. Doble línea de faros. No era el Karman-Ghia.

«Ahora corres peligro -le comunicaron sus instintos–. Aún no sabemos cuánto peligro, pero es hora de despertar.»

«Está bien.»

Kelly empuñó el volante con ambas manos. El arma podía esperar. Evaluó la situación, que no tenía mucho de huerta. Su Scout no lo resistiría. No era un automóvil deportivo, ni era un coche potente. Tenía cuatro encanijados cilindros bajo el capó. El Plymouth Roadrunner tenía ocho, cada uno de los cuales era más potente que eso a lo que Kelly llamaba cilindros. Peor aún, el Roadrunner estaba fabricado para acelerar a gran velocidad y agarrarse fuertemente a la carretera, mientras que el Scout había sido diseñado para andar despacio por terreno no pavimentado a una velocidad moderada. Eso no presagiaba nada bueno.

Los ojos de Kelly dividieron su tiempo equitativamente entre el parabrisas y el espejo retrovisor. Ya no había mucha distancia entre los dos coches, y el Roadrunner la estaba acortando con gran rapidez.

«¿Cuáles son mis ventajas?› Su cerebro se ocupó de numerarlas. «Tu coche no es completamente inservible, es una pequeña mula bastante robusta. Tienes unos parachoques grandes y resistentes, y tu posición elevada y tu buena visibilidad hacen que puedas embestir con gran eficacia. ¿Y qué me dices de la carrocería? Ese Plymouth puede ser un símbolo de estatus social para memos, pero este cacharro tuyo puede ser (es) un arma, y tú sabes utilizar las armas.» La mente se le despejó completamente.

-Pam -dijo Kelly lo más serenamente que pudo-, ¿quieres echarte al suelo, cariño?

-¿Qué ocurre...?

La chica empezó a volver la cabeza, temblando de miedo, pero Kelly extendió la diestra

y la empujó hacia el suelo.

-Parece que alguien nos sigue. Deja que yo me encargue de esto, ¿de acuerdo?

La última parte aún imparcial de su conciencia se sentía orgullosa de la serenidad y la confianza de Kellv. Sí, había peligro, pero Kelly conocía el peligro, y bastante más que esos tipos del Roadrunner. Si querían recibir una lección sobre lo que era realmente el peligro, habían elegido el maestro adecuado.

El volante vibró al tacto de Kelly cuando lo giró levemente a la izquierda. De inmediato frenó y le imprimió un fuerte giro a la derecha. No podía coger las curvas tan bien como el Roadrunner, pero esas calles eran anchas y el llevar la delantera le permitía elegir la ruta y el momento para ejecutar cualquier maniobra. Quitárselos de encima sería muy difícil, pero sabía dónde estaba la próxima comisaría de policía. Todo era cuestión de conducirlos hasta allí. A partir de ese momento interrumpirían el contacto.

Podían dispararle, podían encontrar un medio de inutilizar su automóvil, pero en ese caso dispondría de su cuarenta v cinco y un cargador de repuesto y una caja de municiones en la guantera. Quizá fuesen armados, pero seguro que no tenían mucha práctica. Dejaría que se acercasen... ¿Cuántos serían? ¿Dos? ¿Quizá tres? Debió haber verificado eso, se dijo, pero recordó que no había tenido tiempo para ello.

Kelly miró por el espejo. Instantes después obtenía su recompensa. A una manzana de distancia, los faros de un automóvil enfocaron directamente al Roadrunner, atravesándolo con sus haces de luz. Eran tres hombres. Kelly se preguntó qué armas llevarían. En el peor de los casos, se trataría de una escopeta. Aunque realmente el peor de los casos sería que llevasen un fusil de repetición, pero los matones callejeros no eran soldados, por lo que eso era muy improbable.

«Quizá no, pero no hagas ninguna presunción», le replicó el cerebro.

Su pistola automática era tan mortífera como un fusil. Dio gracias a Dios por haber tenido la idea de practicar durante la semana. «Si llegara el caso, deja que se acerquen y tiéndeles una emboscada.» Kelly sabía todo cuanto había que saber acerca de emboscadas. «Atráeles y vuélales la tapa de los sesos.»

El Roadrunner se encontraba a unos diez metros y su conductor se estaba preguntando qué debía hacer.

«Esa es la parte más difícil, ¿no? -pensó Kelly, metiéndose en la mente de sus perseguidores-. Puedes acercarte cuanto quieras, pero yo sigo estando protegido por una tonelada de metal. ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Embestirme?»

No, aquel conductor no era un loco de remate. En el parachoques trasero, el Scout llevaba el gancho para el remolque, y chocarle por atrás significaría empotrarse hasta el mismísimo radiador. Demasiado peligroso.

El Roadrunner efectuó un giro a la derecha y encendió sus potentes luces largas, pero el ir por delante le sirvió de ayuda a Kelly, que giró a la derecha para cerrarle el paso. Se dio cuenta de que el otro conductor no tendría las agallas suficientes como para arremeter. Escuchó los chirridos de los neumáticos del Roadrunner al frenar para evitar el encontronazo. «No quieres rayar tu pintura roja, ¿eh? ¡Buena noticia para un cambio de táctica!» El Roadrunner giró entonces a la izquierda, pero Kelly volvió a obstruirle el paso. Kelly pensó que aquello era como un duelo de bordadas entre veleros.

- Kelly, ¿qué esta pasando? -balbuceó Pam.

Kelly respondió con el mismo tono sereno que había empleado durante los últimos minutos.

- No son muy listos.

-Es el automóvil de Billy, le gusta correr.

- Conque Biily, ¿eh? Pues bien, a Billy le gusta demasiado su automóvil. Si deseas herir a alguien, has de estar dispuesto a hacerlo...

Sólo para sorprenderlos, Kelly dio un ligero frenazo. El Scout se levantó de atrás, ofreciendo a Billy una vista realmente buena del gancho cromado del remolque. Luego Kelly

aceleró mientras vigilaba la reacción del Roadrunner. «Sí, quiere seguirme de cerca, pero le puedo intimidar con gran facilidad, y eso es algo que no le gustará. Probablemente es un pequeño bastardo presumido. Aquí me tienes, así es como lo hago...»

Kelly decidió acabar el juego limpiamente. No tenía sentido complicar las cosas. Sabía, sin embargo, que tendría que hacerlo con meticulosidad y destreza. Su cerebro empezó a medir ángulos y distancias...

Kelly pisó el acelerador y tomó una curva cerrada para doblar una esquina. Estuvo a punto de volcar, pero se había preparado para eso, e incluso recobró el equilibrio de un modo algo chapucero, para que Billy, evidentemente muy ufano de sus propias habilidades, pensase que Kelly era un pésimo conductor. El Roadrunner aprovechó su buena suspensión y sus gruesos neumáticos para acortar la distancia y guardar fila con el Scout de Kelly por la banda trasera de estribor. Una colisión deliberada podría dejar al Scout completamente fuera de control. El Roadrunner llevaba ahora las de ganar, o al menos eso pensaba su conductor.

«Bien...»

Kelly no podía girar a la derecha, pues Billy le había bloqueado esa posibilidad. Así que dio un fuerte viraje a la izquierda, metiéndose por una calle que atravesaba una amplia franja de terrenos baldíos. Seguro que pensaban construir allí una autopista. Las casas habían sido derribadas y sus cimientos estaban rellenos de tierra, y la lluvia de la noche había convertido aquello en un cenagal.

Kelly volvió la cabeza para echar un vistazo al Roadrunner. ¡Oh, oh! Estaban bajando la ventanilla del acompañante. Eso quería decir armas. «Ciérrate un poco más al tomar las curvas, Kelly... > Sin embargo, la situación podía redundar en su propio beneficio. Les permitió que le viesen la cara, al contemplar fijamente el Roadrunner con la boca abierta y fingiendo miedo. Pisó el freno y giró bruscamente a la derecha. Pam soltó un grito, asustada por el repentino traqueteo.

El Roadrunner tenía mavor potencia, tal como sabía su conductor, mejores neumáticos y mejores frenos, y el conductor tenía unos reflejos excelentes, de todo lo cual ya se había percatado Kelly, que en esos momentos contaba con ello. La maniobra de frenado de Kelly fue imitada y casi equiparada por el Roadrunner, que a continuación viró, saltando también sobre el agrietado pavimento de una barriada desaparecida, siguiendo al Scout a través de lo que había sido una manzana de casas, dirigiéndose directamente hacia la trampa que Kelly le había preparado. El Roadrunner cayó en ella tras recorrer unos veinte metros.

Kelly ya había hecho el cambio de marchas. El lodazal tendría sus buenos veinte centímetros de espesor y no había peligro de que el Scout se quedase empantanado, pero todas las probabilidades apuntaban a lo contrario. Sintió que su coche aminoraba la marcha y que las ruedas se hundían un palmo en la viscosa superficie, pero luego los enormes neumáticos, de bandas ásperamente perfiladas, se agarraron al suelo y volvieron a cobrar velocidad. Sólo entonces Kellv volvió la mirada.

Los faros le informaron de lo sucedido. El Roadrunner, ya de por sí demasiado bajo para el irregular pavimento de las calles de la ciudad, se inclinó violentamente hacia la izquierda cuando sus ruedas empezaron a patinar sobre la superficie gelatinosa, y cuando el vehículo aminoró la marcha, las revoluciones de sus ruedas sólo sirvieron para excavar zanjas encharcadas. Las luces de los faros fueron perdiendo intensidad a medida que el poderoso motor de su automóvil cavaba su propia tumba. El vapor se elevó por un momento cuando el recalentado motor hizo hervir el agua estancada.

La carrera había terminado.

Tres hombres se apearon del automóvil y se limitaron a permanecer de pie, incómodos por el barro que ensuciaba sus lustrosos zapatos, contemplando a su coche, hasta hace unos instantes reluciente, tumbado en el fango como un cerdo exánime. Parecían abatidos. Cualesquiera hubiesen sido sus perversos planes, habían fracasado a causa de unas gotas de lluvia y unos palmos de tierra. «Me alegra saber que todavía no he perdido», pensó Kelly.

Luego miraron hacia el lugar donde se encontraba Kelly, a unos treinta metros de

distancia.

¡Cretinos! -gritó Kelly a través de la llovizna-. ¡Mirad a vuestro alrededor, gilipollas!

Puso en marcha su coche, y tuvo la precaución de no perderles de vista ni por un momento. Eso le había hecho ganar la carrera, se dijo Kelly. La precaución, la inteligencia, la experiencia. Y también el haber arrostrado el riesgo. Condujo el Scout hacia una franja pavimentada y se alejó de allí, mientras oía el golpeteo de las bolitas de barro que lanzaban los neumáticos contra los guardabarros.

–Ya te puedes incorporar, Pam. No volveremos a verlos durante una temporada.

Pam se sentó en el asiento y miró hacia atrás. La imagen de Billy y su Roadrunner la hizo palidecer de nuevo.

–¿Cómo lo hiciste?

–Me limité a dejar que me persiguieran hasta el lugar que yo había elegido –explicó Kelly–. Su automóvil es estupendo para carretera, pero no es tan bueno para caminos de tierra.

Pam sonrió, satisfecha de Kelly, y mostrando un coraje que no sentía, pero que cerraba el episodio tal como Kelly podría contárselo a algún amigo. Kelly echó un vistazo a su reloj. Faltaba poco más de una hora para el cambio de turno en la comisaría de policía. Billy y sus amigos se quedarían allí empantanados durante un buen rato. Así pues, lo mejor sería buscarse un lugar tranquilo para esperar. Por lo demás, Pam aparentaba necesitar un poco de sosiego. Estuvo dando vueltas durante un rato y luego, al encontrar una zona de calles tranquilas, aparcó el automóvil.

–¿Cómo te sientes? –preguntó.

– Ha sido peligroso –repuso Pam, bajando la mirada y temblando lastimosamente.

–Escúchame, podemos volver al barco y...

– No! Billy me violó... y asesinó a Helen. Si alguien no lo impide, volverá a hacerlo con otras chicas, lo sé...

Kelly sabía que esas palabras habían sido pronunciadas más para sí misma que para él. Era algo que ya había presenciado anteriormente. Era el valor, que siempre iba emparejado con el miedo. Era lo que impulsaba a las personas a realizar misiones y también lo que determinaba las misiones que elegían. Pam había conocido las tinieblas y había encontrado la luz; ahora tenía que llevar esa luz a los demás.

–Está bien, pero después de hablar con Frank, procuraremos sacarte lo más rápidamente de Dodge City.

–Me encuentro perfectamente –mintió Pam, sabiendo que él sabía que mentía y enfadada por desconocer hasta qué punto entendía realmente Kelly sus sentimientos en esos momentos.

«Claro que lo estás», estuvo a punto de decirle Kelly, pero la chica aún no estaba acostumbrada a ese tipo de cosas. Así que le preguntó:

– ¿Cuántas chicas hay?

–Doris, Xantha, Paula, Maria y Roberta... Todas son como yo, John. Y también estaba Helen... a la que asesinaron, y nos obligaron a presenciarlo.

–Bien, con un poco de suerte, podrás hacer algo por ellas, cariño.

Kelly le pasó el brazo por el hombro y al cabo de un rato ella dejó de temblar.

-Tengo sed –dijo Pam.

–En el asiento de atrás hay una nevera portátil.

Pam sonrió y se volvió en el asiento para alcanzar un refresco... y de repente su cuerpo se puso rígido. La joven lanzó un grito sofocado y Kelly percibió en su piel aquella sensación tan desagradable como harto familiar, la sensación de una descarga eléctrica que le recorría todo el cuerpo. La sensación del peligro.

– !Kelly! –gritó Pam.

La joven miraba hacia el ángulo izquierdo de la ventanilla trasera. Kelly ya estaba alargando la mano para empuñar su arma, dándose la vuelta mientras lo hacía, pero era

demasiado tarde, y una parte de su conciencia ya lo sabía. Le pasó por la cabeza el pensamiento humillante de que había fallado miserable, fatalmente, pero ignoraba cómo había ocurrido y tampoco había tiempo para descubrirlo, ya que, antes de que pudiese alcanzar su pistola, se produjo un fogonazo y sintió un impacto en la cabeza, seguido de tinieblas.

VII. MEJORIA

Fue un agente de policía, en su ronda rutinaria, quien encontró el Scout. Chuck Monroe, que llevaba dieciseis meses en el cuerpo, justo lo suficiente para poder conducir en solitario un coche patrulla, había adquirido la costumbre de inspeccionar esa zona de su distrito tras haber recorrido las calles. No había mucho que hacer con respecto a los traficantes -eso incumbí a la brigada de narcóticos -, pero podía «exhibir la bandera», expresión que había aprendido en el cuerpo de Infantería de marina. De veinticinco años de edad, recientemente casado, lo bastante joven como para albergar aún espíritu de entrega y dolido por lo que estaba sucediendo en su ciudad y en su viejo barrio, el agente advirtió el Scout era una vehículo inhabitual en esa zona. Decidió inspeccionarlo y anotar la matricula, y fue entonces cuando se dió cuenta, para su asombro, de que el flanco izquierdo del automóvil había recibido por lo menos dos ráfagas de balas. El agente Monroe detuvo su coche, encendió las luces del techo e hizo la advertencia preliminar de rigor: «!Por favor, permanezcan , donde están!» Se apeó del coche, balanceando la porra con su mano izquierda mientras mantenía su diestra en la empuñadura del revólver de reglamento. Se acercó al automóvil. Policía muy bien entrenado. Chuck Monroe avanzo lenta y cautelosamente, escudriñando con la mirada.

-¡Oh, mierda!

Regresó al coche patrulla presurosamente lo primero que hizo fue solicitar refuerzos y una ambulancia, y a continuación, notificó a su comisaría de distrito el número de matrícula del automóvil. Después, tras coger el botiquín de primeros auxilios, se dirigió de nuevo al Scout. El tirador de la puerta del conductor estaba atascado, así que metió el brazo por la ventanilla destrozada para abrirla por dentro. Lo que vio le heló la sangre.

La cabeza descansaba sobre el volante, junto con el brazo izquierdo, mientras la mano derecha colgaba entre las piernas. Todo el interior del coche estaba salpicado de sangre. El hombre aún respiraba, cosa que sorprendió al policía. Sin duda había sido una descarga de escopeta; había atravesado la carcasa del Scout y había dado a la víctima en la cabeza, en el cuello y en la parte superior de la espalda. Vio varios orificios en el cuerpo, de los que manaba sangre lentamente. La herida tenia un aspecto tan horrible como cualquiera de las muchas que Monroe ya había visto en las calles o en el cuerpo de infantería de marina, y sin embargo el hombre estaba vivo. Eso resultaba ten asombroso, que Monroe

decidió no hacer nada. La ambulancia llegaría en unos minutos y pensó que cualquier acción que emprendiera podría empeorar las cosas. Monroe sostuvo el botiquín con su diestra, como si fuera un libro, y contempló a la victima con la desesperación del hombre de acción al que se le impide entrar en acción. Al menos el pobre diablo estaba vivo.

¿Quién era ese hombre? Monroe contemplo aquel cuerpo encorvado y decidió examinar su cartera. Se paso el botiquín a la mano izquierda y con la diestra trató de extraer la cartera del bolsillo interior de la chaqueta. Para su sorpresa, el bolsillo estaba vacío, pero el roce de su brazo provocó una reacción: el cuerpo se movió apenas. Eso no era bueno. Monroe intentó sujetarlo, pero entonces también se movió la cabeza, y el policía sabía

que la cabeza debía permanecer quieta, por lo que, en una reacción tan instintiva como errónea, la toco con su mano: un grito de pánico se extendió por la oscura y encharcada. calle antes de que el cuerpo quedase de nuevo inerte.

–¡Mierda!

Monroe se miró sus dedos ensangrentados e inconscientemente se los restregó en los

pantalones azules de su uniforme. En ese instante oyó la sirena de la ambulancia del cuerpo de bomberos, aproximándose, y el agente rezó en voz baja, dando gracias de que las personas adecuadas le quitaran ese peso de encima.

Pocos segundos después la ambulancia aparecía por la esquina. El vehículo, parecido a una gran caja pintada de rojo y blanco, se detuvo delante del coche patrulla y sus dos ocupantes se dirigieron inmediatamente hacia el policía.

- ¿Qué tenemos aquí?

En cierto modo, esas palabras no implicaban una pregunta. Rara era la vez que los enfermeros del cuerpo de bomberos tenían necesidad de preguntar. En esa zona de la ciudad y a esas horas de la noche, seguramente no se trataba de un accidente de tráfico, sino de un «trauma por penetración», como se llamaba en la escueta jerga de su profesión.

-¡Dios mío! -añadió el enfermero.

El otro enfermero va se dirigía de regreso a la ambulancia. En ese momento llegó un nuevo coche de policía.

-¿Qué ocurre? -preguntó el supervisor de guardia.

-¡Disparo de escopeta, a corta distancia, pero el tipo aún sigue vivo! -informó Monroe.

- No me gustan los tiros en la nuca -comento lacónicamente el enfermero.

- ¿En la nuca? -inquirió el otro enfermero desde la parte trasera de la ambulancia.

-Sí. Como mueva la cabeza... ¡Maldita sea! -juró su compañero, sujetando con ambas manos la cabeza de la víctima.

- ¿Documentación? -preguntó el sargento.

-No lleva cartera. Pero todavía no he tenido tiempo de echar un vistazo a fondo.

-¿Has dado parte de la matrícula?

Monroe asintió con la cabeza.

El sargento iluminó con una linterna el interior del coche para ayudar a los enfermeros. Había sangre por todas partes, pero nada más. Salvo una especie de nevera portátil en el asiento de atrás.

-¿Algo más? -preguntó el sargento.

-No había ni un alma en toda la calle cuando llegue -contestó Monroe, echando un vistazo a su reloj de pulsera-. Hace unos once minutos.

Los dos policías se echaron a un lado, haciendo sitio a los enfermeros para que realizaran su labor.

- ¿Lo conocías de algo?

- No, sargento.

- Echa un vistazo en las aceras.

- De acuerdo.

- Me pregunto el motivo de todo esto -inquirió el sargento, sin dirigirse a nadie en particular. Contemplando el cuerpo y toda aquella sangre, pensó con pesar que quizá el caso quedaría sin resolver. La mayoría de los crímenes que se perpetraban en esa zona nunca se llegaban a esclarecer. Se volvió hacia los enfermeros y preguntó-: ¿Cómo se encuentra, Mike?

- Ha perdido mucha sangre, Bert. Ha sido un disparo de escopeta, sin duda -contestó el enfermero, señalando la región cervical de Kelly-. Tiene un buen puñado de perdigones en la nuca, algunos cerca de la médula espinal.

-¿Adónde lo llevaréis? -preguntó el sargento.

- El hospital de la universidad está abarrotado -le informó el enfermero joven-. Un accidente de autobús en la carretera de circunvalación. Tendremos que llevarlo al Hopkins.

- Tardaremos diez minutos más -dijo Mike-. Tú conduces, Phil, diles que tenemos un trauma grave y que necesitamos un neurocirujano preparado para operar.

- Con cuidado -dijo el enfermero joven mientras ambos hombres colocaban el cuerpo de Kelly sobre una camilla con ruedas. El cuerpo reaccionó ante el movimiento, y dos policías (acababan de llegar tres coches de policía) echaron una mano para colocarlo en su sitio, mientras los enfermeros le aplicaban unos torniquetes.

-Estás hecho una mierda, tío, pero te llevaremos al hospital en un santiamén -dijo Phil, dirigiéndose a aquel cuerpo que quizá conservaba consciencia como para entender sus palabras-. En marcha, Mike.

Cargaron la camilla en la ambulancia. Mike Eaton, el mayor de los enfermeros, ya estaba colocando el frasco para hacerle una transfusión sanguínea. Resultaba difícil localizar la vena con el hombre boca abajo, pero lo consiguió justamente cuando la ambulancia iniciaba su marcha. El viaje de dieciséis minutos hasta el John Hopkins Hospital fue aprovechado para controlar los signos vitales -la presión sanguínea estaba peligrosamente baja- y comenzar los preliminares del papeleo de rigor.

¿Quién eres?», preguntó Keaton para sus adentros. Muy buenas condiciones físicas, advirtió, veintiséis o veintisiete años. Aspecto muy extraño para ser un consumidor de drogas. De pie, ese individuo tendría un aspecto bastante robusto, pero ahora se parecía más a un niño grandullón, durmiendo con la boca abierta, aspirando oxígeno por la mascarilla de plástico con un ritmo respiratorio superficial demasiado lento a juicio de Eaton.

-¡Acelera! -gritó al conductor Phil Marconi.

-Las calles están mojadas, Mike, hago lo que puedo.

-¡No me vengas con ésas! ¡Se supone que los italianos sois unos locos al volante!

-Pero no bebemos tanto como vosotros -bromeó Phil-. Acabo de llamar, tendrán preparado al matasanos. Tienen una noche tranquila en el Hopkins, seremos los invitados de honor.

-Bien -repuso en voz baja Eaton, y contempló a su herido de bala. Con frecuencia resultaba solitario y un poco escalofriante ir en la parte trasera de la ambulancia, por eso le reconfortaban los aullidos de la sirena, que de otro modo le resultarían enervantes. La sangre goteaba de la camilla y las gotas danzaban por el suelo metálico como animadas de vida propia. Era algo a lo que uno jamás se acostumbraba.

-Dos minutos más -dijo Marconi por encima del hombro.

Eaton se dirigió a la parte trasera, preparándose para abrir la puerta. A los pocos momentos la ambulancia giró, se detuvo y luego maniobró rápidamente marcha atrás antes de detenerse. Las puertas traseras se abrieron de par en par antes de que Eaton pudiese alcanzar el picaporte.

-¡Mierda! -exclamó el interno de guardia-. Bien, chicos, lo llevaremos al tres.

Dos fornidos asistentes sacaron la camilla, mientras Eaton descolgaba el frasco del gancho y lo mantenía en alto al lado de la camilla en movimiento.

-¿Problemas en la universidad? -preguntó el interno.

- Accidente de autobús -contestó Marconi.

- En todo caso, mejor que no sea aquí. ¡Dios mío! ¿Qué le han hecho? -dijo el médico inclinándose para inspeccionar la herida sobre la marcha-. ¡Lleva encima al menos un centenar de perdigones!

-Espera a que le veas el cuello -dijo Eaton.

-¡Mierda...! -repitió por lo bajo el interno.

Lo transportaron hacia la espaciosa sala de urgencias. Cinco hombres levantaron al herido de la camilla y lo tendieron sobre una mesa de operaciones; el equipo médico puso manos a la obra. Eran dos médicos y un par de enfermeras.

El interno, Ciiff Severn, puso al descubierto delicadamente la parte cervical del cuello, tras haberse cerciorado de que tenía la cabeza bien sujeta. Tan sólo echó un vistazo.

-Afectada probablemente la medula espinal -dijo-. Antes de nada tenemos que hacerle una transfusión sanguínea.

Impartió una serie de órdenes. Y mientras las enfermeras preparaban dos aparatos de transfusión, Severn le quitó los zapatos al herido y le pasó un punzante instrumento de metal por la planta del pie izquierdo. El pie se movió. Perfecto, no había lesión nerviosa grave. Unas cuantas punzadas en las piernas también provocaron reacciones. Asombroso. Mientras tanto, una enfermera le extraía sangre para la habitual serie de pruebas. Severn apenas tenía que

mirar a su alrededor, ya que las personas de su equipo, perfectamente preparadas, cumplían con sus respectivos trabajos. Lo que parecía un frenesí de actividades, era en realidad como los movimientos de la defensa de un equipo de fútbol: el resultado de meses de asidua práctica.

-¿Dónde demonios está el neuro? -preguntó Severn, alzando la mirada al techo.

-¡Aquí me tienes! -contestó una voz.

-¡Oh. profesor Rosen! -exclamó Severn.

Sam Rosen no estaba de muy buen humor, como pudo advertir en seguida el interno. La jornada de trabajo había sido de veinticuatro horas para el profesor Rosen. Lo que se preveía una operación de seis horas se había convertido en una maratón para salvar la vida de una anciana que había caído por las escaleras; un esfuerzo que había terminado sin éxito hacía apenas una hora. Debía haberla salvado, se decía Sam, aunque seguía sin saber en qué se había equivocado. Sentía más agradecimiento que enfado por esa ampliación de aquella jornada infernal. Quizá pudiese triunfar esta vez.

-Bien, ¿qué tenemos aquí? -preguntó secamente el profesor, -Herida de escopeta, señor, algunos perdigones muy cerca de la médula.

- Bien -dijo Rosen, inclinándose con las manos a la espalda-. ¿Y esos trozos de cristal?

-Iba en coche -informe Eaton desde el otro extremo.

-Hay que extraer todo eso y afeitarle el craneo -ordenó Rosen, inspecionando la heridas -¿Presión arterial

-T. A. cincuenta, treinta -informo un practicante. Pulso de cuarenta y uno, débil.

-Tendremos mucha faena -comentó Rosen-. Este hombre tiene una conmoción muy fuerte. Veamos -añadió, haciendo una pausa-. El estado general del paciente parece bueno, buen tono muscular. Esperaremos a recobrar el volumen sanguíneo.

Rosen miró cómo empezaban a funcionar dos unidades de transfusión mientras hablaba. Las enfermeras de guardia eran especialmente buenas y Rosen les dirigió un gesto de aprobación.

-¿Qué hace tu hijo, Margaret? -preguntó a la de más edad.

-Comienza en Carnegie en septiembre -respondió la mujer, ajustando el control de goteo en la botella de plasma sanguíneo.

- Limpiemos ese cuello, Margaret. 'Tengo que echarle un vistazo.

-Sí, doctor.

La enfermera eligió un par de pinzas, cogió un grueso trozo de algodón, lo empapó en agua destilada y luego lo pasó cuidadosamente por el cuello del herido, quitando la sangre y dejando al descubierto las heridas propiamente dichas. La enfermera advirtió que realmente no eran tan graves como parecían. Entretanto, Rosen fue en busca de una bata esterilizada. Cuando regresó junto a la mesa de operaciones, Margaret Wilson ya había dispuesto una caja esterilizada de instrumentos. Eaton y Marconi permanecían de pie en un rincón, observándolo todo.

-Buen trabajo, Margaret -dijo Rosen, poniéndose las gafas-. ¿Qué piensa estudiar?

-Ingeniería.

-Eso está muy bien -contentó Rosen, levantando una mano-. Pinzas. -La enfermera Wilson le alcanzó un par-. Siempre hay trabajo para un joven y brillante ingeniero...

Rosen introdujo la punta de las pinzas en un orificio pequeño en la espalda del paciente, alejado de los órganos vitales. Con una delicadeza que resultaba casi cómica de observar debido a sus manazas, hurgó y extrajo una bolita de plomo., que alzó para verla a la luz.

- Cartucho del siete, según creo. Alguien confundiría a este hombre con un pichón. Es un feliz hallazgo -dijo. Ahora que conocía el tamaño de los perdigones y su probable penetración, agachó la cabeza para inspeccionar de cerca el cuello-. Hmmm.., ¿Presión arterial?

- Ya lo miro -dijo la otra enfermera desde el extremo de la mesa de operaciones-. Cincuenta y cinco, cuarenta. Está subiendo.

-Gracias -dijo Rosen, que seguía inclinado sobre el herido-. ¿Quién hizo la primera transfusión?

- Yo -contestó Eaton.

-Buen trabajo, bombero. -Rosen levantó la mirada y le hizo un guiño-. A veces pienso que vosotros salváis más vidas que yo. A éste se la habéis salvado, podéis estar seguros.

-Gracias, doctor. -Eaton no conocía muy bien a Rosen, pero tomó buena nota de aquello, dada la sólida reputación de aquel hombre. No todos los días un enfermero del cuerpo de bomberos recibía una alabanza de esa naturaleza de todo un señor catedrático-¿Cómo evolucionará...? Quiero decir, ¿la herida en el cuello... ?

Rosen estaba encorvado examinando la herida.

-¿Los signos, doctor? -preguntó al interno jefe.

-Positivos. No hay indicios de daños periféricos -contestó Severn

Aquello se parecía a un examen, lo que siempre ponía nervioso al joven interno.

-Quizá no sea tan grave como parece, pero tendremos que limpiar la herida antes de que esos perdigones empiecen a emigrar. ¿Dos horas? -preguntó a Severn.

Rosen sabía que el interno de guardia era muy competente en procesos traumáticos.

-Quizá tres.

- En todo caso, antes echaré una cabezada. -Rosen miró su reloj de pulsera-. Me encargaré de él a las seis.

- ¿Desea encargarse de esto personalmente?

- ¿Y por qué no? Para eso estoy aquí. Este caso es sencillo, sólo requiere un poco de tacto.

Rosen pensaba que tenía derecho a intervenir en un asunto fácil, al menos una vez al mes. Como profesor titular tenía que atender un montón de casos difíciles.

-De acuerdo, señor.

- ¿Hay alguna documentación del paciente?

-No -contestó Marconi-. La policía llegará de un momento a otro.

-Bien. -Rosen se enderezó y se desperezó-. ¿Sabe, Margaret? La gente como nosotros no debería trabajar a estas horas incivilizadas.

- Necesito el cambio de turnos -contestó la enfermera Wilson, que era la supervisora de enfermeras de ese turno-. Pero ¿qué es esto? -dijo tras una pausa.

-Veamos -repuso Rosen, acercándose a la mesa de operaciones.

- Lleva un tatuaje en el brazo -dijo la mujer.

La enfermera Wilson se sorprendió de la inesperada reacción del profesor Rosen.

La transición del sueño a la vigilia solía resultarle fluida a Kelly, pero no fue así en esa ocasión. Su primera sensación coherente fue de sorpresa, aunque no sabía exactamente de qué. A continuación le asaltó el dolor, un dolor menos intenso que la vaga premonición de que habría de sufrir muchísimo. Cuando se dio cuenta de que podía abrir los ojos, lo hizo, pero sólo para ver un suelo de linóleo gris. Algunas gotas de líquido reflejaban las brillantes luces fluorescentes que pendían sobre su cabeza. Se sintió un inútil y se dio cuenta de que los dolores más intensos los sentía en los brazos.

«Estoy vivo. ¿Por qué me sorprende?»

Oía los ruidos de personas moviéndose a su alrededor, conversaciones silenciosas, cuchicheos lejanos. El sordo sonido de una fresca corriente de aire provenía del aire acondicionado, una de cuyas rejillas probablemente se encontraba cerca, pues sentía en la espalda un frío en movimiento. Algo le decía que debía moverse, que el permanecer inmóvil le hacía vulnerable, pero incluso después de haber ordenado a sus miembros que hiciesen algo, nada sucedió. Fue entonces cuando el dolor acentuó su presencia. Como las ondas que se forman en una charca tras la caída al agua de un insecto, el dolor empezó en alguna parte de su espalda y luego fue extendiéndose. Necesitó unos instantes para clasificarlo. Se parecía

al dolor producido por graves quemaduras de sol, pues sentía una especie de gran ampolla desde la parte izquierda del cuello hasta el codo del brazo izquierdo. Pero aún no se había preguntado lo más importante:

«¿Dónde coño estoy?»

Kelly creyó sentir las vibraciones lejanas de... ¿qué? ¿Motores de barco? No, aquello no era exactamente lo mismo. Tras unos segundos comprendió que se trataba del ruido lejano de un autobús urbano arrancando de una parada. Estaba en una ciudad. «¿Por qué estoy en una ciudad?»

Una sombra le pasó por el rostro. Abrió los ojos y vio la mitad inferior de una figura con bata de algodón verde claro. En las manos sostenía una especie de tablilla con sujetapapeles. Kelly ni siquiera pudo enfocar su vista lo suficiente para decidir si la fi-gura era un hombre o una mujer, y a continuación volvió a sumirse en el sueño.

–La herida en la espalda era extensa pero superficial –dijo Rosen a la interna de neurocirugía.

-Sangró profusamente. Cuatro unidades -apuntó la mujer.

-Todas las heridas de escopeta son así. Pero sólo un perdigón representaba una amenaza real para la médula. Me llevó algún tiempo decidir cómo extraerlo sin causar ningún daño.

- Doscientos treinta y siete perdigones, pero... -dijo la médica, mirando al trasluz la radiografía- al parecer los extrajo todos. En cualquier caso, ese pobre hombre se ha ganado un buen rosario de pecas.

- Requirió bastante tiempo -dijo Sam con tono fatigado, consciente de que podría haber dejado que otro se encargara de Kelly, pero él se había ofrecido voluntariamente.

-Conoce al paciente, ¿no? -dijo Sandy O'Toole, que venía de la sala de convalecencia.

-Sí.

- Saldrá de ésta, pero tardará su tiempo -observó la mujer, entregándole la tabla de constantes vitales-. Dan buena impresión, doctor.

El profesor Rosen hizo un gesto de asentimiento y siguió explicando el caso a la interna.

- Tiene una excelente forma física. Los bomberos hicieron un buen trabajo, elevándole la tensión arterial. Casi se desangra, pero las heridas no eran tan graves como hacía temer su aspecto. ¿Sandy ?

-¿Sí, doctor? -contestó la mujer, dándose la vuelta.

- El paciente es amigo mío. ¿Puedo rogarle que se tome...?

-¿Un interés especial?

- En usted puedo confiar plenamente, Sandy.

-¿Hay algo que deba saber? -preguntó la médica, agradeciendo el cumplido.

- Es una excelente persona, Sandy -dijo Sam con absoluta seriedad-. Sarah también le aprecia mucho.

- En ese caso, ha de ser una persona íntegra.

La interna se dispuso a regresar a la sala de convalecencia, preguntándose si el profesor estaría haciendo otra vez de casamentero.

- ¿Qué digo a la policía?

- Que nos den cuatro horas, como mínimo. Además, quiero estar presente.

Rosen contempló la jarra de café y decidió contenerse. Una taza más y su estómago podría sucumbir a la acidez.

-¿Y bien, quién es ese hombre?

- No sé mucho de él, pero tuve problemas con mi yate y me ayudó a salir del atolladero. Terminamos quedándonos en su casa durante el fin de semana.

Sam no dijo más. En realidad no sabía mucho acerca de Kelly, pero había deducido muchas cosas, que le resultaban inquietantes. A pesar de que no había salvado la vida a Kelly -probablemente la suerte y los bomberos se habían encargado de eso-, Sam le había atendido

con una pericia consumada, irritando de paso a la interna de guardia, la doctora Ann Pretlow, que no pudo hacer mucho más que limitarse a observar.

- Necesito dormir un poco -dijo Sam-. Hoy no tengo mucho trabajo. ¿Podría usted sustituir a la señora Baker?

-Desde luego.

-Envíe a alguien para que me despierte dentro de tres horas,agregó Rosen mientras se dirigía a su consultorio, donde le esperaba un cómodo y mullido diván.

- ¡Magnífico bronceado! -comentó Billy con una sonrisa de satisfacción-. Me pregunto dónde ha estado. -Se oyeron risas -. ¿Qué hacemos con ella?

Henry caviló sobre el asunto. Acababa de descubrir un método excelente para solucionar el problema de los cadáveres, más limpio y más seguro que los procedimientos que venían empleando. Pero aquello exigía una larga travesía por mar y él no disponía de tiempo. Y no le agradaba que alguien hiciera uso de un método tan especial; era demasiado bueno para compartirlo con alguien. Sabía que alguno de ellos se iría de la lengua. Eso era un problema.

-Buscad un buen lugar -decidió finalmente-. Si la encuentran, no importará mucho.

Luego pasó la vista por la habitación, evaluando las expresiones de los rostros. La lección había sido aprendida. Nadie volvería a intentarlo de nuevo; al menos, durante mucho tiempo. Ni siquiera tuvo que decir nada.

-¿Esta noche? Es mejor de noche -preguntó Billv.

-Bien -asintió Henry.

El tener que ver durante el resto del día el cuerpo de la chica tirado en el suelo en medio de la habitación haría disfrutar a Henry, y las demás aprenderían la lección. Aunque ya era demasiado tarde para una de ellas, las otras aprenderían de sus errores. Las lecciones claras y contundentes eran las mejores. Ni siquiera las drogas paliarían los efectos de esa macabra imagen.

-¿ Qué ocurrió con el tío? -preguntó Henry.

Billy sonrió de nuevo con satisfacción, su mueca favorita, y contestó:

-Le volamos la tapa de los sesos. Con la escopeta de dos cañones, a tres metros de distancia. No causará más problemas.

-Está bien -asintió Henry, saliendo de la habitación. Había trabajo por hacer y dinero que recoger. Ese problemita ya era agua pasada. Por desgracia, pensó mientras se dirigía a su automóvil, todos los problemas no podían ser resueltos tan fácilmente.

El cadáver continuó en el suelo. Doris y las otras chicas siguieron en la misma habitación, sin poder apartar la mirada de quien había sido una amiga y aprendiendo la lección tal como deseaba Henrv.

Kelly advirtió vagamente que le estaban moviendo. El suelo osciló bajo sus ojos. Contempló las líneas entre las baldosas, que se iban desplazando como los créditos de una película, hasta que le metieron de espaldas en una habitación pequeña. Trató de levantar la cabeza y de hecho logró moverla lo suficiente para ver las piernas de una mujer. Los holgados pantalones verdes de cirujano terminaban a la altura de sus tobillos, inequívocamente de mujer. Se produjo un rechinar y su horizonte se desplazó hacia abajo. Enseguida se dio cuenta de que se encontraba en una cama mecánica. Su cuerpo se encontraba sujeto a la cama de alguna forma, y cuando la plataforma giró sintió la presión de las bandas que le mantenían en su puesto; no eran muy incómodas, pero estaban allí, En esos momentos vio a la mujer. Probablemente un par de años más joven que él, de cabellos castaños recogidos bajo un gorro verde y ojos claros que centelleaban simpáticamente.

-¡Hola! -le dijo, con la boca cubierta por una mascarilla-. Sov su enfermera.

-¿Dónde estoy? -pregunto Kelly con voz ronca.

-En el John Hopkins Hospital.

-Alguien le disparó -explicó la mujer, acariciándole una mano.

La delicadeza de aquella caricia encendió una chispa en su conciencia embotada por los medicamentos. Por unos instantes Kelly no supo lo que era. Como una nube de humo, cambió y se agitó, formando una imagen ante sus ojos. Las piezas extraviadas empezaron a encajar, y aun cuando comprendió que le esperaba una etapa terrible, su mente luchó por completar aquel mosaico. Pero fue la enfermera la que lo hizo por él.

La atractiva Sandv O'Toole se quitó la mascarilla. Como muchas enfermeras, sabía que los pacientes masculinos reaccionan positivamente al ver que una beldad se toma interés personal en ellos. Y ahora, cuando el paciente John Kelly había recobrado más o menos la conciencia, la enfermera se despojó de la mascarilla para ofrecerle su radiante sonrisa femenina, la primera cosa agradable que deparaba el día al paciente. A los hombres les gustaba Sandy O'Toole, desde su cuerpo alto y atlético hasta el pequeño espacio que tenía entre sus incisivos superiores. No sabía por qué consideraban sexy ese espacio -la comida se le quedaba entre los dientes, después de todo-, pero mientras aquello funcionase, era un instrumento más para ayudar a curar a los enfermos. Y por eso le sonrió, precisamente en aras de su oficio. Las consecuencias fueron muy distintas de todas las reacciones que había presenciado anteriormente.

Su paciente palideció y adquirió no la blancura de la nieve o el lino, sino el aspecto enfermizo y la textura abigarrada de la espuma de polietileno. Sandy pensó que su estado se había agravado, quizá una hemorragia interna o incluso una trombosis provocada por un coágulo de sangre. El paciente intentó gritar, pero le faltó el resuello y sus manos se desplomaron inertes mientras sus ojos no dejaron de mirarla. Tras unos instantes, Sandv comprendió que había sido la causante de aquello. De inmediato sintió el impulso de cogerle la mano y decirle que todo iba bien, pero al punto supo que no era así.

-!Oh, .Dios... Díos mío... Pam! -gimo Kelly.

Aquel bello rostro viril se tiñó de profunda desesperación. -Ella estaba conmigo _dijo Kelly a Rosen pocos momentos después-. ¿Sabes algo?

-La policía está al llegar, John, pero no, no se nada. Quizá la llevaron a otro hospital -mintió Sam para infundirle esperanzas-. T'e recuperarás -agregó, diciendo la verdad-. ¿Qué tal va tu espalda?

- No muy bien, Sam -contestó Kelly, todavía aturdido ¿Está muy mal?

- Disparo de escopeta: pescaste unos cuantos perdigones. Por cierto. ¿estaba cerrada la ventanilla del coche?

- Sí -dijo Kelly, acordándose de la lluvia.

Ésa es una de las cosas que te salvó. Los músculos de la espalda están bastante dañados. estuviste a punto de morir desangrado, pero no te quedará ninguna lesión permanente, salvo unas cuantas cicatrices, yo mismo hice el trabajo.

Kelly lo miró.

- Gracias, Sam. Pam no estaba tan mal.... lo peor fue cuando yo....

- Serénate John, le interrumpió Rosen, inclinandose para examinarle el cuello. Tomó nota mental de ordenar una nueva serie completa de radiografías para cerciorarse de que no había pasado nada por alto, en particular cerca de la médula espinal-. Los analgésicos te harán efecto en un momento. Ahórrate las heroicidades. En este caso se impone el sentido común. ¿De acuerdo?

- De acuerdo. Pero, por favor, comprueba si Pam esta en otro hospital -rogó Kelly. En su voz aún no había un matiz de esperanza, aunque ambos sabían que no había motivo para ello.

Dos policías uniformados habían esperado durante todo ese tiempo a que Kelly volviera en si. Pocos minutos después. Rosen hacía pasar al mayor de los dos. El interrogatorio fue

breve, por orden del médico. Tras confirmar su identidad, le preguntaron por Pam; disponían ya de una descripción de su aspecto físico, facilitada por Rosen, pero desconocían su apellido. Kelly se lo dijo. Los agentes tomaron nota de su cita con el teniente Allen se marcharon poco después, cuando el herido empezó a desfallecer. La conmoción provocada por el disparo y la intervención quirúrgica, sumada a los medicamentos, restaba valor a cuanto dijera, les indicó Rosen.

-¿Y bien, quién es la chica? -preguntó el policía.

- Ni siquiera sabía su apellido hasta hace un par de minutos -contestó Rosen, tomando asiento en su consultorio. Estaba aturdido por la falta de sueño, y eso se reflejaba también en sus comentarios-. Era adicta a los barbitúricos cuando la conocimos; ella y Kelly vivían juntos, supongo. La ayudamos a desengancharse.

-¿Usted y quién más?

- Mi esposa Sarah. Es farmacóloga en este hospital, Puede hablar con ella, si lo prefiere.

-Lo haremos -le aseguró el policía-. ¿Y qué me dice del señor Kelly?

-Estuvo en la Armada. Es veterano de Vietnam.

-¿Tiene algún motivo para pensar que consume drogas?

-En absoluto -respondió Rosen con cierta dureza-. Su estado físico es demasiado bueno, y además vi su reacción cuando descubrimos que Pam tomaba pastillas. Definitivamente, no es drogadicto. Soy médico. Me hubiese dado cuenta.

El policía no parecía impresionado, pero acepto esas palabras en su significado literal. Lo que en principio aparentaba ser un simple caso de atraco, se había convertido ahora al menos también en un caso de secuestro. Maravillosas noticias.

-Pues bien, ¿qué estaba haciendo en esa zona?

-No lo sé -admitió Sam--. ¿Quién es ese teniente Allen?

- Brigada de homicidios, distrito Oeste -contestó el policía. -Me pregunto por el motivo de esa cita...

-El teniente nos lo dirá.

-¿Kelly fue atacado?

- Probablemente, todo apunta a esa hipótesis. Encontramos su cartera una manzana más allá, sin dinero ni tarjetas de crédito, sólo con su permiso de conducir. Llevaba un arma en su coche. Eso va contra la ley, dicho sea de paso -apuntó el policía.

En ese momento entró el otro policía.

- He verificado el nombre otra vez; yo sabía que lo había oído en alguna parte. Hizo un trabajo para Allen. ¿Recuerdas lo del año pasado, el caso Gooding?

Su compañero levantó la mirada del bloc de notas.

- ¡Vaya! ¿No es el tipo que encontró el arma?

- En efecto, y acabó entrenando a nuestros buceadores. -Pero eso no explica qué demonios estaba haciendo en ese lugar -insistió.

- Cierto -reconoció el más joven-. Pero eso hace difícil creer que sea un impostor.

El otro meneó dubitativamente la cabeza.

- Iba acompañado de una chica que ha desaparecido.

- ¿Secuestro también? ¿Qué sabemos de ella?

- No demasiado. Pamela Madden. Veinte años, drogadicta en curación, desaparecida. Tenemos también al señor Kelly, su coche, su arma y nada más. No hay cartuchos de escopeta. No hay testigos. Una chica desaparecida, probablemente, pero su descripción podría encajar con la de diez mil chicas de la ciudad. Asalto a mano armada y secuestro.

En resumidas cuentas, un caso que nada tenía de atípico. Con harta frecuencia, iniciaban las investigaciones a ciegas. En todo caso, los dos policías sabían que los detectives se harían cargo del asunto.

- La joven no era de por aquí. Tenía acento de Texas, de algún lugar de Texas.

- ¿Qué más? -preguntó el policía mayor-. Venga, doctor, cualquier cosa nos sirve, ¿de acuerdo?

Sam sonrió tristemente.

-Víctima de abusos sexuales. Quizá ejerció la prostitución. Mi esposa me dijo..., ¡qué demonios!, yo mismo lo vi, vi las cicatrices en su espalda. Cicatrices producidas por cinturones, látigos o ese tipo de objetos.

- Vaya. El señor Kelly tiene costumbres y amistades harto extrañas -comentó el policía mientras tomaba notas.

-Pero usted mismo acaba de decir que el señor Kelly también ayudaba a la policía -replicó tajante el profesor Rosen-. Bien, señores, tengo rondas que hacer.

-Oiga, doctor, tenemos un intento de asesinato, probablemente como parte de un atraco y quizá también de un secuestro. Son crímenes muy graves. Tengo que seguir ciertos procedimientos, al igual que usted. ¿Cuándo estará preparado Kelly para un interrogatorio de verdad?

- Mañana, probablemente, pero seguirá muy débil durante unos días.

- ¿Le parece bien a las diez?

- Sí.

Los policías se pusieron de pie.

- Bien, regresaremos por la mañana.

Rosen los observó marcharse. Esa era su primera experiencia con una investigación criminal en toda regla. Su profesión tenía que ver sobre todo con accidentes de tráfico y laborales. Se sintió incapaz de creer que Kelly fuese un delincuente, aunque a eso parecían apuntar realmente las preguntas de los policías. ¿O no? En ese momento entró la doctora Pretlow.

-Hemos terminado los análisis de sangre de Kelly -le dijo, entregándole una hoja con los datos-. Gonorrea. Tendría que ser más precavido. He prescrito penicilina. ¿Alguna clase de alergia conocida?

- No. -Rosen cerró los ojos y lanzó un juramento. ¿Qué más ocurriría ese día?

-No parece un caso muy grave. La gonorrea es incipiente. Cuando se reponga, haré que hable con los Servicios Sociales acerca de...

-No, no hará eso -le espetó Rosen, rezongando por lo bajo. -Pero....

- La joven que lo contagió quizá está muerta, y no vamos a obligarle a recordarla de ese modo.

Era la primera vez que Sam reconocía ante sí mismo ese hecho más que probable, y lo reconocía hasta sus últimas consecuencias, dándola por muerta. No disponía de pruebas, pero su olfato le decía que había ocurrido así.

- Doctor, la ley exige...

Aquello ya era el colmo. Rosen estaba a punto de estallar. -Ese hombre es una persona íntegra. Yo mismo vi cómo se enamoraba de una joven que probablemente ha sido asesinada, y el último recuerdo que tenga de ella no guardará relación con una enfermedad venérea. ¿Está claro, doctora? En lo que respecta al paciente, esa medicación es para prevenir infecciones postoperatorias. Hágalo constar en el gráfico.

-No, doctor, no lo haré.

El profesor Rosen escribió de su puño y letra.

-Pues ya está hecho -dijo mirándola a los ojos-. Doctora Pretlow, usted tiene madera de cirujana y es excelente en el dominio de la técnica. Pero no olvide que los pacientes también son seres humanos y tienen sentimientos, ¿lo recordará? De ese modo comprobará que nuestra tarea resulta mucho más fácil a la larga. Y eso también la convertirá en una mejor profesional.

¿Qué había sido lo que le puso tan furioso?, se preguntó la doctora Pretlow al salir de la habitación.

ENCUBRIMIENTO

Fue una concatenación de circunstancias. El 20 de junio resultó un día caluroso y gris. Un fotógrafo del Sun de Baltimore tenía una nueva cámara, una Nikon, en sustitución de su venerada Honeywell Pentax, y si bien lamentaba la pérdida de ésta, la nueva, como un nuevo amor, poseía características nuevas que explorar y disfrutar. Una de ellas era una serie de teleobjetivos que el distribuidor había añadido como obsequio. Se trataba de un modelo nuevo, y la compañía Nikon deseaba que fuese aceptado rápidamente por el colectivo de reporteros gráficos, por lo que veinte fotógrafos de diversos periódicos de todo el país habían recibido equipos gratuitos. Bob Preis había conseguido el suyo gracias al premio Pulitzer con que había sido galardonado tres años atrás. Se encontraba en su automóvil, a la altura de Drid Lake Drive, escuchando las emisiones de radio de la policía, a la espera de algo interesante, pero nada sucedía. Aburrido, se puso a juguetear con su nueva cámara, practicando sus habilidades en el cambio de lentes. La Nikon tenía un hermoso acabado, y al igual que un soldado de infantería aprende a desmontar y limpiar su fusil en la oscuridad, Preis cambiaba un lente tras otro guiándose por el tacto, mientras escudriñaba los alrededores a fin de mantener los ojos apartados de un procedimiento que debía resultar tan natural y automático como el abrocharse los pantalones.

Fueron los cuervos los que despertaron su atención. En medio del lago de contornos irregulares, algo descentrada, se alzaba una fuente. No era precisamente un ejemplo de destreza arquitectónica, tan sólo un liso cilindro de hormigón que sobresalía unos dos metros por encima del agua y en el que unos cuantos caños expulsaban agua hacia arriba, aun cuando los cambiantes vientos de ese día dispersaban el agua en todas las direcciones. Los cuervos trazaban círculos en el aire por encima del agua y de vez en cuando pretendían sumergirse en ella, pero las límpidas rociadas los ahuyentaban. ¿En qué se interesaban los cuervos? Buscó a ciegas en el maletín el teleobjetivo de 200 mm, lo acopló al cuerpo de la cámara y lentamente se llevó el aparato a los ojos.

–Dios mío! –exclamó Preis, y seguidamente tomó diez fotos. Sólo entonces cogió el teléfono de su coche y pidió a la centralita de su periódico que avisase inmediatamente a la policía. Luego cambió de lentes, eligiendo esta vez uno de 300 mm, el de mayor alcance. Tras acabar un carrete, colocó otro. Apoyó la cámara en el borde de la ventanilla del viejo y achacoso Chevy y terminó otro carrete. Observó cómo un cuervo caía en picado sobre el agua y se posaba sobre...

– ¡Oh, por Dios, no...!

Lo que había allí era el cuerpo de una mujer joven, blanca como el alabastro. A través del teleobjetivo Preis divisó al cuervo directamente encima del cadáver, hundiendo sus garras y pavoneándose de un lado a otro, contemplando con sus despiadados ojos negros lo que para el ave constituía una suculenta comida. Preis dejó la cámara en el asiento y encendió el coche. Quebrantó dos ordenanzas de tráfico al acercarse a la fuente lo más posible y, en un caso raro de humanidad sobreponiéndose al profesionalismo, hizo sonar el claxon ininterrumpidamente en la esperanza de ahuyentar al pájaro. El ave miró en derredor y comprobó que, independientemente de la procedencia de aquel ruido, no había ningún peligro inminente, así que volvió sobre su presa dispuesto a elegir el primer bocado para su duro pico. Preis lo intentó de otra manera: se puso a encender y apagar las luces, lo que resultó tan insólito para el cuervo, que decidió levantar el vuelo. Podía tratarse de una lechuza y, a fin de cuentas, la comida no se irá de ahí. Daría unas vueltas de reconocimiento y luego regresaría a pegarse el atracón

–¿Ocurre algo? –le preguntó un policía, surgido como por ensalmo, apostándose indolentemente junto a la ventanilla.

–Hay un cadáver en la fuente. Mire –contestó el sorprendido Preis, pasándole la cámara.

–¡Vaya! –musitó el policía, devolviéndole la cámara tras una larga y silenciosa pausa. A continuación llamó por radio mientras Preis gastaba otro rollo de fotografías.

Al poco empezaron a llegar coches de policía, más bien como cuervos, uno detrás de otro, hasta que ocho vehículos quedaron aparcados con los capós dirigidos hacia la fuente.

Diez minutos después llegaba un camión de bomberos, junto con alguien del Departamento de Plazas y Parques, cuya furgoneta con remolque llevaba un bote que lanzaron rápidamente al agua. Luego aparecieron los de la oficina forense en un furgón laboratorio. Había llegado el momento de remar hasta la fuente. Preis pidió que le permitieran acompañarles –era mejor fotógrafo que los de la policía–, pero le rechazaron, así que siguió registrando el suceso desde la orilla del lago. De allí no sacaría otro Pulitzer, aunque podría haberlo ganado, pensó, si hubiese inmortalizado al ave carroñera en el momento de profanar el cadáver de una chica en pleno centro de una populosa ciudad. Pero no merecía la pena padecer pesadillas por un Pulitzer. Ya tenía bastante con las propias.

Poco a poco se había ido congregando gente. Los agentes de policía se reunían en pequeños grupos, intercambiando mordaces comentarios y haciendo observaciones de un humor negro. Una camioneta de la televisión llegó desde los estudios situados en la cima de Television Hill, al norte del parque, que albergaba el zoológico de la ciudad. Era un lugar al que Bob Preis solía llevar a sus hijos pequeños, que sentían una atracción especial por el león, al que llamaban, con absoluta falta de originalidad, Leo, y por los osos polares y por todos los demás depredadores confinados detrás de barrotes de acero y muros de piedra. A diferencia de cierta gente, pensó mientras contemplaba cómo levantaban el cadáver y lo metían en un saco de plástico. Al menos el tormento de aquella joven había pasado. Preis puso un nuevo carrete para fotografiar todo el proceso, que culminó con la introducción del cadáver en el vehículo policial a cargo del juzgado. Entretanto había llegado un reportero del Sun. El hombre se dedicó a hacer preguntas, mientras Preis llegaba a la conclusión de que el mejor sitio para su cámara en esos momentos era su cuarto oscuro de Calvert Street.

John, la han encontrado -dijo Rosen.

- ¿Muerta? -Kelly no fue capaz de levantar la mirada. El tono con que Sam había pronunciado esas palabras no dejaba lugar a dudas. No le sorprendía, pero el fin de la esperanza jamás resulta fácil para nadie.

Sam asintió con la cabeza.

- Sí.

- ¿Cómo ocurrió?

- No lo sé. La policía me telefoneó hace un par de minutos.

- Gracias, amigo.

Si la voz humana podía sonar a ultratumba, se dijo Sam, la de Kelly parecía salida de un cadáver.

- Lo siento, John. Ya... ya sabes lo que sentía por ella. -Sí, lo sé. No ha sido por tu culpa, Sam.

- No has comido nada -dijo Rosen, señalando la bandeja.

- No tengo hambre.

- Si quieres mejorar, tendrás que recuperar tus fuerzas.

- ¿Para qué? -preguntó Kelly, contemplando fijamente el suelo.

Rosen se acercó a la cama y estrechó la mano de Kelly. No había mucho que decir. El cirujano no tuvo valor para mirarlo a los ojos. Había estado atando cabos, al menos lo suficiente para saber que su amigo se culpaba de lo sucedido, pero no sabía lo bastante como para hablar con él de ello, al menos no todavía. La muerte era una compañera para Sam Rosen, doctor en medicina y profesor titular de neurocirugía. Los neurocirujanos han de enfrentarse con lesiones graves de la anatomía humana, y en la mayoría de los casos con lesiones incurables. Sin embargo, la muerte inesperada de una persona conocida representa un duro golpe para cualquiera.

-¿Hay algo que pueda hacer? -preguntó Rosen al fin.

-Ahora no, Sam. Gracias.

-¿Quizá un sacerdote?

-No, ahora no.

-No ha sido culpa tuya, John.

-¿Y de quién, entonces? Ella confiaba en mí, Sam. Yo fui quien lo estropeó todo.

-La policía volverá a hablar contigo. Les dije que viniesen mañana por la mañana.

Había soportado el segundo interrogatorio esa misma mañana. El nombre completo de Pam, el de su ciudad natal, cómo se habían conocido. Sí, habían tenido relaciones íntimas. Sí, ella había sido una prostituta, se había fugado de su casa. Sí, su cuerpo presentaba signos de vejámenes. Pero no les había contado todo. De algún modo, había sido incapaz de facilitarles información voluntariamente, ya que eso suponía admitir necesariamente ante otros hombres la magnitud de su fracaso. Había eludido algunas preguntas, aduciendo que sentía dolores, lo que no era cierto del todo. Tuvo la impresión de no caerle bien a la policía, pero eso no le importaba. En esos momentos tampoco se caía muy bien a sí mismo.

- Está bien.

-Puedo... debería prescribirte ciertos medicamentos. He procurado emplear una medicación suave, no me gusta exagerar las cosas, pero podrían contribuir a que te relajaras, John.

- ¿Drogarme aún más? -dijo Kelly, alzando la mirada, y su expresión fiera sobrecogió a Rosen-. ¿Crees que eso cambiaría en algo las cosas, Sam?

Rosen apartó la mirada, incapaz de mirarle a los ojos.

-Ya estás preparado para ocupar una cama normal. Te cambiaré en unos minutos.

-Bien.

El cirujano intentó agregar algo, pero no pudo encontrar las palabras apropiadas. Se marchó sin decir nada.

Sandy O'Toole y dos ayudantes fueron los encargados de trasladar a Kelly a una cama normal de hospital. Sandy levantó con una manivela la parte correspondiente a la cabeza para aliviar la tensión de la espalda herida.

- Me he enterado -dijo la enfermera, preocupada de que el dolor de ese hombre no tuviese una válvula de escape. Era un hombre rudo, pero no un demente. Quizá era un hombre de los que lloran a solas, pero ella estaba convencida de que aún no había llorado. Y sabía que lo necesitaba. Las lágrimas arrastran los venenos internos, venenos que, de no ser expulsados, pueden resultar tan mortíferos como su causa. La enfermera se sentó junto a la cama.

- Soy viuda -le dijo.

-¿Vietnam?

-Sí. Tim era capitán del Primero de Caballería.

- Lo siento -dijo Kelly, sin volver la cabeza-. Los de caballería me salvaron el pellejo en cierta ocasión.

- Es muy duro. Lo sé.

-La semana que viene hará ya un año; quiero decir, desde que perdí a Tish, y ahora...

- Sarah me lo contó. Señor Kelly...

-John -dijo cortésmente Kelly, que no se atrevía a mostrarse brusco con ella.

- Gracias, John. Mi nombre de pila es Sandy. Quería decirle que el infortunio no hace malas a las personas.

- No fue un infortunio. Ella me había advertido que se trataba de un lugar peligroso, pero yo la llevé allí porque quería verlo con mis propios ojos.

- Casi pierdes la vida por tratar de protegerla.

- No la protegí, Sandy. Yo la maté. -Kelly abrió los ojos desmesuradamente y contempló el techo-. Me comporté con ligereza y como un estúpido, y la maté.

- Otras personas la mataron, y otras personas trataron de matarte a ti. Tú eres la víctima.

- No soy una víctima. No soy más que un imbécil.

«Eso lo discutiremos más tarde» se dijo la enfermera O'Toole.

- ¿Qué clase de chica era, John?

- No era feliz.

Kelly la miró a la cara, pero eso le hizo sentirse peor. Luego le contó una breve sinopsis de la vida de la difunta Pamela Starr Madden.

- Pues bien, aunque todos esos hombres la hirieron y abusaron

de ella, tú le diste algo que nadie le había dado antes... -Sandy se interrumpió a la espera de una respuesta, pero no obtuvo ninguna-. La amabas, ¿no es cierto?

-Sí. -Kelly se estremeció por un momento-. Sí, la amaba. -Desahógate -le dijo la enfermera-. Lo necesitas.

Lo primero que hizo Kelly fue cerrar los ojos. Luego meneó la cabeza con gesto de frustración.

-No puedo...

«Será un paciente difícil», pensó la enfermera. El concepto de hombría era un misterio para ella. Lo había observado en su esposo, quien había cumplido un período de servicio en Vietnam como teniente, y luego un segundo período como capitán de una compañía. La idea de volver no le había hecho ninguna gracia, pero no había tratado de evitarlo. Era parte de su trabajo, le había dicho en su noche de bodas, dos meses antes de su segunda partida. Un trabajo estúpido y despilfarrador que a Sandy le había costado la vida de su esposo y, según temía, la suya propia. ¿A quién podía importar realmente lo que ocurriera en un lugar tan remoto? Y sin embargo, aquello había sido muy importante para Tim. Cualquiera fuese la fuerza que le impulsara a ello, el legado de esa fuerza había sido para ella el vacío. El significado real de esa fuerza no era más que el terrible sufrimiento que ahora veía en el rostro de su paciente. Sandy podría haber entendido mejor ese sufrimiento si hubiese dado un paso más allá en su pensamiento.

-Eso ha sido realmente estúpido.

- Es un punto de vista -admitió Tucker-. Pero no puedo permitir que las chicas se larguen sin mi permiso, ¿comprendes?

- ¿No has oído hablar de la costumbre del entierro?

-Alguien se encargará de eso -replicó Tucker, sonriéndose en la oscuridad mientras contemplaba la película.

Se encontraban en la última fila de un cine del centro de la ciudad, un cinematógrafo de los años treinta que se había convertido gradualmente en una ruina y comenzado a proyectar películas a partir de las nueve de la mañana para ir tirando. Seguía

siendo un buen lugar para una reunión con un informante confidencial, tal como sería designado ese encuentro en la hoja de servicios de la policía.

- Además, fue una negligencia no matar al tipo.

- ¿Creará problemas? -preguntó Tucker.

- Espero que no. Al parecer, no vio nada, ¿o sí?

- Eso tendrás que averiguarlo tú, tío.

- No puedo inmiscuirme tanto en ese caso, ¿lo recuerdas? -El hombre hizo una pausa para llevarse a la boca un puñado de palomitas de maíz, que masticó ávidamente para dar salida a su irritación-. Es persona conocida en el departamento. Sirvió en la Armada, es buceador y vive en alguna parte de la Costa Este, una especie de rico holgazán de playa, según creo. Del primer interrogatorio no salió a la luz absolutamente nada. Ahora Ryan y Douglas se encargarán del caso, pero no parece que tengan gran cosa entre manos.

-Eso fue más o menos lo que ella nos dijo cuando... «hablamos» con ella. La recogió cuando hacía autostop y al parecer se lo pasaron bomba durante unos días, pero luego se le acabaron las píldoras, según nos dijo, y le pidió que la trajera a la ciudad para reponer provisiones. Bueno, creo que no hemos metido la pata.

-Probablemente no, pero procurad controlar los cabos sueltos, ¿de acuerdo?

-¿Quieres que me encargue de él en el hospital? -preguntó Tucker sin pensárselo dos veces-. Es probable que pueda arreglar eso.

-¡No! ¿No comprendes, so idiota, que el caso se archivará como atraco a mano armada? Si sucediera algo, no haría más que hincharse. Y no es eso lo que queremos. Déjalo en paz. No sabe nada.

-Así pues, ¿no es un problema? -preguntó Tucker, que deseaba tener claro el asunto.

- No. Y no olvides que para abrir una investigación por asesinato se necesita un cadáver. ¡No quiero cadáveres!

- He de mantener a raya a mi gente.

-Por lo que he oído, la habéis...

-Tan sólo como escarmiento para mis chicas -le interrumpió Tucker, enfatizando sus palabras-. Se castiga a alguien para dar ejemplo. Si lo haces como es debido, ya no tendrás problemas durante una temporada. Pero tú no eres parte de eso. ¿Por qué te preocupa?

Otro buen puñado de palomitas de maíz ayudó al hombre a encajar la lógica de la situación.

-¿Qué tienes para mí?

Tucker sonrió en la oscuridad y dijo:

- Al señor Piaggi empieza a gustarle hacer negocios conmigo. Se oyó un gruñido en la oscuridad.

- Yo no me fiaría de ese pájaro.

-Eso complica las cosas, ¿no? -comentó Tucker, haciendo una pausa-. Pero necesito sus conexiones. Estamos a punto de dar el gran golpe.

- ¿Cuándo?

- Pronto -dijo prudentemente Tucker-. Creo que el siguiente paso será abastecer el Norte. A decir verdad, Tony ya se encuentra allí hablando con ciertas personas.

-¿Y qué pasa con el momento presente? Necesito algo sustancioso.

-¿Te bastan tres tíos con una tonelada de hierba? -preguntó Tucker.

- ¿Saben de tu existencia?

- No, pero yo sé de la suya.

Ese era el quid de la cuestión: la organización de Tucker no tenía fisuras. Sólo un puñado de personas sabía quién era él, y también sabían lo que les pasaría si se iban de la lengua. Para imponer disciplina bastaba con tener cojones.

-Trátelo con mucho tacto -dijo Rosen a la salida de su despacho privado-. Se está recuperando de una lesión muy grave y aún está bajo los efectos de varios medicamentos. En realidad, no está en condiciones de hablar con la mente completamente despejada.

-También yo tengo mi trabajo, doctor.

Habían asignado un nuevo policía al caso, el sargento de detectives Tom Douglas. Tenía unos cuarenta años y se veía tan agotado como Kelly, pensó Rosen, e igualmente furibundo.

-Lo entiendo. Pero Kelly ha sido gravemente herido, y no olvide la conmoción sufrida por la muerte de su novia.

- Cuanto más rápidamente obtengamos la información, mayores serán nuestras posibilidades de atrapar a esos criminales. Su deber es para con la vida, doctor. El mío es para con la muerte.

-Si le interesa mi opinión profesional, en estos momentos Kelly no puede ayudarle, Ha pasado por demasiadas cosas. Atraviesa por una crisis depresiva, y eso dificulta su recuperación física.

- ¿Intenta decirme que quiere estar presente? -preguntó Douglas. «Justamente lo que me faltaba, un aprendiz de Sherlock Holmes metiendo las narices.» Pero ésa era una batalla perdida y no se tomaría la molestia de librarla.

-Sí, me agradaría supervisar un poco las cosas. Trátelo con mucho tacto -repitió Sam, abriéndole la puerta.

-Señor Kelly, lo sentimos mucho -dijo el detective tras haberse presentado. Luego abrió

su bloc de notas. Debido al gran escándalo que había levantado, el caso había ido subiendo hasta llegar al despacho de Douglas. La fotografía de la primera página del Evening Sun había rozado lo pornográfico, y el alcalde en persona había telefoneado exigiendo que se aclarase la investigación. Debido a eso, Douglas lo asumió personalmente, preguntándose cuánto tiempo duraría el interés del alcalde. No mucho, pensó el detective. La única cosa que ocupa la mente de un político durante más de una semana es cómo conseguir votos y mantenerlos. Aquel caso tenía más vueltas que las excentricidades de Mike Cuellos, pero era su caso, y al principio lo más difícil era situar-se-. ¿Se encontraba usted, hace dos noches, en compañía de una joven llamada Pamela Madden?

-Sí.

Kelly tenía los ojos cerrados. En ese momento la enfermera Sandy O'Toole se presentó con la dosis de antibióticos de la mañana. Se sorprendió de ver allí a los dos hombres y se detuvo vacilante en el umbral de la puerta.

-Señor Kelly, ayer por la tarde fue descubierto el cadáver de una joven mujer cuyo aspecto encaja con la descripción física de la señorita Madden -informó Douglas, mientras rebuscaba algo en el bolsillo de la chaqueta.

-¡No! -exclamó Rosen, levantándose de su asiento.

¿Es ella? -pregunto Douglas y le enseñó una foto a Kelly, creyendo que sus maneras formales atemperarían las consecuencias de su proceder.

-¡Dios, maldita sea! -gritó el cirujano, cogiendo al policía y apartándole de allí. En la trifulca, la fotografía cayó sobre el pecho de Kelly.

Sus pupilas se dilataron de horror. Su cuerpo se impulsó hacia arriba, rebelándose contra los vendajes. Y acto seguido se desplomó. Su tez adquirió la palidez de la cera. Todos los que estaban en la habitación se volvieron hacia la cama, menos la enfermera, que ya tenía la mirada clavada en su paciente.

-Mire, doctor, yo... -empezó Douglas.

-¡Salga inmediatamente de mi hospital! -gritó Rosen, con ira justificada-. ¡Usted es capaz de matar a alguien! ¿Por qué no me advirtió...?

-El tenía que identificar a la chica...

-¡Eso podía hacerlo yo!

Sandy O'Toole escuchaba la algarabía mientras los dos hombres se pelearon como chiquillos en el patio de una escuela, pero lo que le preocupaba era John Kelly. Con los antibióticos aún en la mano, trató de apartar la fotografía de la vista de Kelly, pero su propia mirada se sintió atraída por la imagen y luego repelida. Kellv aprovechó ese momento para coger la ampliación y contemplarla con ojos desmesuradamente abiertos a una distancia de apenas treinta centímetros. Entonces fue la expresión de Kelly lo que horrorizó a la enfermera. Por unos instantes, Sandy retrocedió espantada ante lo que veía, pero de pronto Kelly recobró la compostura y dijo:

-Está bien, Sam. También él ha de cumplir con su trabajo. Kelly contempló la foto por última vez. Luego cerró los ojos y la sostuvo en alto para que la enfermera la cogiera.

Y de ese modo todos se serenaron, salvo la enfermera O'Toole. Permaneció allí mientras Kelly tomaba el antibiótico, pero luego salió de la habitación en busca de la calma del pasillo.

Sandy O'Toole regresó al pabellón de enfermeras, recordando lo que únicamente ella había visto. El rostro de Kelly había palidecido tanto que parecía encontrarse bajo los efectos de una conmoción; y después aquel tumulto a espaldas de Sandv cuando se acercó solícita al paciente; pero luego el rostro de Kelly se había transformado y por un instante ella, como si se hubiese abierto una ventana a un paisaje diferente, había visto algo inimaginable, algo terrible y despiadado. Kelly tenía los ojos entrecerrados, pero sus pupilas enfocaban algo que ella no veía. La palidez de su rostro no se debía a una conmoción, sino a la cólera. Durante unos segundos sus puños se cerraron con la fuerza del acero. Y repentinamente su rostro recuperó la normalidad. Se había producido un acto de voluntad para ocultar aquella expresión de ciega furia asesina, y lo que Sandy vio a continuación la intimidó más que nada en toda su vida, aun

cuando no sabía por qué. Entonces se cerró aquella ventana. Y cuando Kelly abrió los ojos, su rostro exhibía una serenidad impostada a fuerza de voluntad. La secuencia completa había durado pocos segundos, y todo se había desarrollado mientras Rosen y Douglas discutían junto a la pared. Kelly había pasado del horror a la rabia y de la rabia a la comprensión, y luego a la simulación. El tránsito de la comprensión al disimulo había sido lo más difícil.

¿Qué había visto en el rostro de aquel hombre? Necesitó unos momentos para responder a esa pregunta: había visto la muerte. La muerte controlada, planificada, disciplinada.

Pero seguía siendo la muerte, viva en la mente de ese hombre.

-Lo siento, señor Kelly -se disculpó Douglas, acercándose a la cama mientras se arreglaba la chaqueta.

El detective y el cirujano cambiaron una mirada de estupor.

John, ¿te encuentras bien? -preguntó Rosen, inclinándose para tomarle el pulso v sorprendiéndose de encontrarlo prácticamente normal.-Sí -asintió Kelly mirando al detective-. Es ella. Es Pam.

-Lo siento. Créame que lo siento -repitió Douglas con absoluta sinceridad-, pero no hay un modo fácil de hacer esto. Nunca lo hay. Bien, pero ya ha pasado, y ahora nuestra misión consiste en tratar de identificar a los culpables. Necesitamos su ayuda para atraparlos.

- Muy bien -dijo Kelly con tono inexpresivo-. ¿Dónde está Frank? ¿Por qué no está aquí?

-No puede intervenir en este caso -contestó el sargento Douglas, mirando de reojo al cirujano-. Él le conoce. Involucrarse en un caso así no sería precisamente un ejemplo de profesionalidad.

Aquello no era completamente cierto -de hecho, apenas era cierto del todo-, pero resultaba adecuado en esos momentos.

- ¿Vio a las personas que...? -prosiguió el detective.

Kelly denegó con la cabeza, clavó la mirada en los pies de la cama v contestó con tono apenas más elevado que un susurro:

-No. Estaba mirando en otra dirección. Ella me dijo algo, pero no llegué a entenderlo. Pam los había visto. Me giré a la derecha y luego quise volverme a la izquierda. Pero no tuve tiempo.

-¿Qué hacía usted en aquellos momentos?

-Observaba. Oiga, ¿acaso no ha hablado con el teniente Allen?

- Así es -asintió Douglas.

-Pam era testigo de un asesinato. Yo la llevaba para que se lo contase a Frank.

-Prosiga.

- Estaba relacionada con traficantes de droga. Presenció el asesinato de una chica. Le dije que debía hacer algo al respecto. Y sentí curiosidad por saber cómo era aquello -agregó Kelly con tono monocorde, aún sumido en su culpa, mientras en su mente se repetían las imágenes.

-¿Nombres?

-No hay nombres -contestó Kelly.

-Por favor -rogó Douglas, inclinándose sobre Kelly-. Seguro que la chica mencionó alguno.

- No le pregunté gran cosa al respecto. Pensé que ése era su trabajo; de Frank, quiero decir. Se suponía que nos reuniríamos esa misma noche. Todo cuanto sé es que hay una pandilla de traficantes que se sirven de mujeres para algo.

- ¿Es todo cuanto sabe?

Kellv le miró a los ojos.

-Sí. No es de mucha ayuda, lo se.

Douglas aguardó unos segundos antes de reanudar el interrogatorio. Lo que podía haber

sido una revelación importante en un caso importante se convertía en agua de borrajas, y ahora le tocaba a él volver a mentir, empezando con una verdad para hacerlo más fácil.

- Hay un par de atracadores que operan en la parte occidental de la ciudad. Dos hombres de raza negra y de mediana altura, y eso es todo cuanto tenemos sobre su descripción. Llevan una escopeta de cañones recortados. Se dedican a atracar a las personas que van allí a comprar droga y sienten preferencia por los clientes de las clases acomodadas. Probablemente la mayoría de sus atracos ni siquiera han sido denunciados. Les hemos relacionado con dos asesinatos. Este podría ser el tercero.

- ¿Eso es todo? -preguntó Rosen.

-Asalto a mano armada y asesinato son delitos muy graves, doctor.

-¡Pero eso no es más que un accidente!

-Es un modo de verlo -asintió Douglas, volviéndose a su testigo-. Señor Kelly, tiene que haber visto algo. ¿Qué hacía usted allí? ¿Trataba la señorita Madden de comprar...?

- ¡No!

-Tranquilo, ya ha pasado todo. Ahora puede contármelo. Necesito saberlo.

- Como ya le dije, ella estaba relacionada con esa pandilla. Y por muy estúpido que le resulte, no sé un carajo sobre drogas. «Pero me informaré», pensó Kelly.

A solas en su cama y a solas con sus pensamientos, Kelly contemplaba el techo, escudriñando la blanca superficie como si fuese la pantalla de un cine.

«Para empezar, la policía se equivocaba», se dijo Kelly. No sabía por qué, pero lo sabía, y eso le bastaba. No habían sido atracadores, habían sido «ellos», la gente a la que Pam temía.

Lo sucedido encajaba con lo que ella le había contado. Era algo que ya habían hecho antes. Y él se había dejado coger. El sentimiento de culpa de Kellv seguía latente. Pero, independientemente de lo que hubiese hecho mal, ya estaba hecho, Quienesquiera hubiesen asesinado a Pam, todavía seguían en libertad, y si ya habían matado en dos ocasiones, volverían a hacerlo. Pero eso no era lo que mantenía ocupada su mente detrás de aquella máscara que contemplaba fijamente el techo con mirada inexpresiva.

«Está bien -pensó-. Esos bastardos jamás se han topado con alguien como yo.»

«Tengo que ponerme en forma», se dijo el primer oficial John Terence Kelly.

Las heridas eran graves, pero había logrado sobrevivir. Conocía cada paso de ese proceso. La recuperación seria dolorosa, pero estaba dispuesto a hacer todo lo que le dijeran, pondría todo de su parte para que estuviesen orgullosos de su paciente. Lo realmente duro sería la recuperación final. Correr, nadar, levantar pesas. Y después ejercicios de tiro. Luego la preparación mental, pero eso ya estaba en marcha...

«¡Desde luego que no! Ni en sus más espantosas pesadillas se han topado con alguien como yo.»

De entre las brumas del pasado emergió furiosamente el apodo que le habían puesto en Vietnam.

Serpiente.

Kelly pulsó el timbre de llamada. La enfermera Sandy O'Toole se presentó a los dos minutos.

- Tengo hambre -le dijo.

-Espero no tener que volverlo a hacer nunca mas -dijo Douglas a su teniente, no por primera vez.

- Qué tal fue?

- Bueno, ese doctor podría demandarnos. Creo que logré calmarlo lo suficiente, pero nunca se sabe con gente como ésa.

-¿Ha dicho algo Kellv?

- Nada útil -contestó Douglas-. Todavía está traumatizado por el disparo y todo lo demás. Sus declaraciones son incoherentes, pero no vio ningún rostro, no... De lo contrario hubiese hecho algo. Le enseñé la foto, a ver si lo impresionaba, pero casi le da un infarto. El médico se puso hecho un basilisco. De verdad que no me siento orgulloso de eso, Em.

-Es muy duro para todos, Tom, lo sé -puntualizó el teniente Emmet Ryan, apartando la vista de una extensa serie de fotografías tomadas en el lugar de los hechos y en las dependencias del juez instructor. Lo que veía allí le ponía enfermo, pese a sus años de trabajo policial. Aquello no era un crimen provocado por la locura o la pasión, sino premeditado y cometido por hombres fríos y calculadores-. He hablado con Frank. Ese Kelly es un buen sabueso, le ayudó a esclarecer el caso Gooding. No está implicado en nada. Todos los médicos afirman que está limpio de drogas, que no es un consumidor.

- ¿Algo sobre la chica? -preguntó Douglas, que no necesitó mencionar la importancia de esa información. Si al menos Kelly les hubiese llamado a ellos en lugar de a Allen, que nada sabía acerca de sus investigaciones. Pero no lo había hecho, y su mejor fuente de información estaba muerta.

- Nos ha llegado el informe de sus huellas dactilares. Pamela Madden. Detenida en Chicago, Atlanta y Nueva Orleáns por prostitución. Jamás compareció ante un jurado, nunca estuvo en la cárcel. Los jueces se limitaron a dejarla marchar. Ahora tenemos un crimen sin víctima, ¿no?

El sargento se contuvo para no soltar una maldición contra los muchos idiotas que presidían los tribunales de justicia.

-Por supuesto, Em, ninguna víctima. Pues bien, no estamos más cerca de esa gentuza de lo que estábamos hace seis meses, ¿me equivoco? Necesitamos refuerzos -dijo Douglas, declarando lo que era obvio.

-¿Para atrapar a los asesinos de una puta callejera? -preguntó el teniente-. Al alcalde no le gustó aquella foto, pero ya le habrán contado lo que era la chica, y en una semana las cosas volverán a la normalidad. ¿Crees que podríamos atar algún cabo suelto en una semana, Tom?

-Puedes hacerle saber al alcalde que...

-No -replicó Ryan, denegando con la cabeza-. Se iría de la lengua. ¿Has conocido algún político que no lo haga? Ya tienen un topo en nuestro edificio, Tom. ¿Quieres más hombres? Bien, dime dónde vamos a sacar personas en las que podamos confiar.

- Lo sé, Em -dijo Douglas, dándole la razón en ese punto.

-Quizá los de narcóticos estén dispuestos a desprenderse de alguien.

- Y tú te lo crees -replicó Douglas.

- ¿Podría ayudarnos Kelly?

- No. El muy estúpido estaba mirando en otra dirección.

- Pues entonces cumple los trámites de rigor, lo necesario para que todo parezca en orden, y deja las cosas así. El informe forense no ha llegado todavía. Tal vez encuentren algo.

- Sí, señor -dijo Douglas.

Como ocurría tantas veces en el trabajo policial, se trataba de estar al acecho de una pista, de algún error que cometiese el enemigo. Esa gente no cometía muchos errores, pero tarde o temprano todos cometen errores, se dijeron ambos policías. Sin embargo, siempre les parecía que tardaban demasiado en cometerlos.

El teniente Ryan miró de nuevo las fotografías.

- Seguro que se divirtieron con ella. Y también con la otra.

-Me alegra verte comer.

Kelly levantó la mirada de la bandeja casi vacía.

-El policía tenía razón, Sam. Todo ha pasado. Tengo que recuperarme y rehacer mi vida.

- ¿Qué piensas hacer?

- No lo sé. ¡Qué demonios!, siempre podría regresar a la Armada o algo así.

-Tienes que asumir tu sufrimiento y superarlo, John -dijo Sam, sentándose en el borde de la cama.

- Sé cómo hacerlo. Ya lo hice en otra ocasión, ¿recuerdas? -dijo Kelly mirándole a la cara-. ¿Qué dijiste a la policía sobre mí?

-Las circunstancias en que nos conocimos y esa clase de cosas. ¿Por qué?

-Mi misión en Vietnam es un secreto, Sam -dijo Kelly, ingeniándoselas para parecer azorado-. La unidad a la que pertenecía no existe oficialmente. Las cosas que hicimos... bien, jamás existieron realmente, si me entiendes.

- No me lo preguntaron; por lo demás, no me hablaste realmente de eso -dijo el cirujano, algo extrañado, y más extrañado aún al ver una expresión de alivio en el rostro de Kelly.

- Me recomendó un compañero de la marina, fundamentalmente para ayudarles a entrenar sus buceadores. Lo que la policía sabe es lo que a mí se me ha permitido decir. Y eso no es exactamente lo que hice, pero suena muy bien.

- De acuerdo.

-Todavía no te he agradecido haberte tomado tantas molestias conmigo.

Rosen se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero se paró en seco y se dio la vuelta.

- ¿Crees que puedes tomarme el pelo?

- Supongo que no, Sam -contestó Kelly, poniéndose en guardia.

- Mira, John, he pasado toda mi jodida vida utilizando estas manos para curar a la gente. Tienes que mantenerte al margen, no puedes involucrarte demasiado; de lo contrario, puedes perder los nervios y tu capacidad de concentración. Jamás he hecho mal a nadie en mi vida. ¿Me entiendes?

- Sí, señor, le entiendo.

- ¿Qué piensas hacer?

- No querrás saberlo, Sam.

- Quiero ayudarte. De verdad -dijo Rosen, con tono que denotaba sincera admiración-. Yo también le cobré cariño a la chica, John.

- Lo sé.

-Y bien, ¿qué puedo hacer por ti?

Temía que Kelly le pidiese algo que se consideraba incapaz de hacer; pero más temía el pensar que podría decirle que sí.

- Curarme

IX. LABOR

Es casi macabro, pensó Sandy. Lo extraño era que como paciente se estaba portando bien. No lloriqueaba. No protestaba. Hacía lo que le ordenaba. Todos los fisioterapeutas tenían algo de sádicos. Su trabajo consistía en hacer llegar a la gente un poco más allá de donde querían ir, igual que un entrenador deportivo; y su objetivo final, después de todo, era ayudar. Aun así, un buen fisioterapeuta tenía que incitar a sus pacientes, animar a los débiles y obligar a los fuertes, engatusar y avergonzar, todo en nombre de la salud; eso significaba obtener satisfacción del esfuerzo y del dolor de otros, y Sandy O'Toole era incapaz de eso. Pero Sandy se dio cuenta de que Kelly no era de ésos. Hacía lo que le pedían, y cuando el médico lo veía y pedía un poco más, él daba más, y más, y más, hasta que su esfuerzo superaba el orgullo del médico, y éste empezaba a preocuparse.

- Ahora descansa un rato -le recomendó.

- ¿Por qué? -preguntó Kelly, un poco jadeante.

- Tienes un pulso de ciento noventa y cinco. -De eso hacía ya cinco minutos.

-¿Cuál es el récord?

-Cero -respondió el fisioterapeuta sin sonreír.

Kelly rió y miró al médico; redujo el ritmo del pedaleo durante dos minutos hasta detenerse.

- He venido a buscarlo -dijo O'Toole.

- Perfecto. Lléveselo antes de que rompa algo.

Kelly bajó de la bicicleta fija y se secó la cara con una toalla. Se alegró de que Sandy no hubiera llevado nada humillante, como una silla de ruedas o algo así.

- ¿A qué debo este honor, señorita?

-Me han encargado de su vigilancia -contestó Sandy-. ¿Se ha propuesto demostrarnos lo fuerte que es?

Kelly se había mostrado un poco frívolo, pero ahora se puso serio:

- Se supone que tengo que evitar las preocupaciones, ¿no es así, señorita O'Toole? El ejercicio me ayuda. Con un brazo inmovilizado no puedo correr, no puedo hacer tracciones, no puedo levantar pesas. Pero sí puedo ir en bicicleta. ¿De acuerdo?

- De acuerdo. -Sandy señaló la puerta. Una vez en el pasillo, protegida por el bullicio, añadió-: Lamento mucho lo de su amiga.

- Gracias. -Apartó la mirada, un poco aturdida por el esfuerzo físico, mientras caminaban entre otros pacientes-. En el ejército, los funerales son un ritual más. El bugle, la bandera, los chicos de los rifles. Te ayuda a creer que todo aquello tenía algún sentido. Sigue doliendo, pero es una forma convencional de decir adiós. Aprendimos a convivir con eso. Pero lo que le ocurrió a usted es diferente, y también es diferente lo que acaba de ocurrirme a mí. Dígame, ¿usted qué hizo? ¿Se dedicó más a su trabajo?

- Terminé mis estudios. Soy enfermera. Doy clases. Me preocupo por mis pacientes. -Y a eso se reducía ahora su vida.

- Bueno, por mí no tiene que preocuparse, ¿de acuerdo? Conozco mis límites.

- ¿Dónde están esos límites?

- Muy lejos -respondió Kelly esbozando una breve sonrisa-. ¿Qué tal lo hago?

-Muy bien.

Los dos sabían que no había sido fácil. Donald Madden había viajado a Baltimore para reclamar ante el juez el cuerpo de su hija. Dejó a su esposa en casa y no se vio con nadie, pese a las súplicas de Sarah Rosen. Por teléfono, el hombre dijo que no le interesaba hablar con un fornicador; Sandy conocía aquella clase de comentarios. El cirujano le había hablado del pasado de la chica, y lo que 1e había ocurrido no era más que un triste epílogo para una vida triste y breve. Kelly preguntó por los trámites del funeral, y los médicos le dijeron que no podría abandonar el hospital. Kelly lo aceptó en silencio, para sorpresa de la enfermera.

Todavía tenía el hombro inmovilizado, y Sandy sabía que tenía que dolerle. No era la única que había observado en su rostro alguna mueca de dolor, sobre todo poco antes de la toma del sedante, pero Kelly no era de los que se quejaban. Incluso ahora, cuando todavía no había recuperado el resuello después de aquellos extenuantes treinta minutos de bicicleta, se esforzaba por caminar todo lo deprisa que podía, como si fuera un atleta.

-¿Por qué va tan aprisa? -dijo Sandy.

- No lo sé. ¿Acaso ha de haber un motivo para todo? Yo soy así, Sandy.

- Mis piernas no son tan largas como las suyas. No corra tanto, por favor.

- Está bien. -Kelly aminoró el paso cuando ya llegaban al ascensor-. ¿Cuántas chicas hay como Pam?

-Demasiadas. -Sandy no conocía las cifras exactas. Pero eran las suficientes para ser consideradas un tipo de pacientes, para que supieras que existían.

-¿Quién las ayuda?

La enfermera llamó el ascensor.

- Nadie -contestó-. Están iniciando programas de desintoxicación, pero los verdaderos problemas son su pasado y las consecuencias de éste. Ahora hay una expresión nueva: «Disfunción del comportamiento.» Si robas puedes acogerte a un programa. Si abusas de

menores puedes acogerte a un programa. Pero las chicas como Pam son proscritas. Nadie hace gran cosa por ellas. Los únicos que se encargan de eso son los grupos religiosos. Si alguien lo definiera como enfermedad, quizá la gente les prestaría más atención.

- ¿Es una enfermedad?

- Yo no soy médico, John, sólo enfermera. De todos modos no es mi especialidad. Yo hago posoperatorios. Sí, claro, en las comidas hablamos de eso, y entiendo un poco. Es sorprendente cuántas aparecen muertas. Sobredosis, accidentales o deliberadas.

eso no se sabe nunca. O se cruzan con quien no debieran, o su chulo se pone demasiado violento, y te las encuentras así; y los problemas médicos subyacentes no ayudan demasiado. Hay muchas que no lo superan: hepatitis producida por agujas usadas, neumonía... Si añades eso a una herida grave... bueno, es una combinación mortal. Pero no sé si alguien piensa hacer algo. -Sandy O'Toole bajó la mirada mientras llegaba el ascensor-. Los jóvenes no deberían morir así.

- Tiene razón. -Kelly la invitó a entrar en el ascensor.

- Usted es el paciente -objetó ella.

- Y usted la dama -insistió Kelly-. Lo siento, pero me educaron así.

«¿Quién es este hombre?», se preguntó Sandy. Estaba al cuidado de varios pacientes, por supuesto, pero el profesor Rosen le había ordenado que lo vigilara bien; bueno, no exactamente, pero todo el mundo se tomaba muy en serio las «sugerencias» del doctor Rosen, y sobre todo ella, que sentía un gran respeto por él como amigo y consejero. No se trataba de alcahuetería, como ella había sospechado al principio. Kelly todavía estaba demasiado dolido; y ella también, aunque se resistiera a reconocerlo. Qué hombre tan extraño. En muchos aspectos se parecía a Tim, su esposo muerto en Vietnam, pero era mucho más cauteloso. Una extraña mezcla de amabilidad y brusquedad. No había olvidado lo que había visto la semana anterior, pero ahora eso había desaparecido por completo. Kelly la trataba con respeto y buen humor, y jamás hacía un comentario sobre su atractiva silueta, como hacían muchos pacientes (y a lo que ella respondía con fingido recato). Había estado unido con una chica cuyo pasado la enfermera conocía, y era viudo. Era muy desafortunado y sin embargo muy resuelto. Con qué frenesí se esforzaba en la rehabilitación. Su aparente dureza. ¿Cómo podía reconciliarse eso con aquellos incongruentes buenos modales?

- ¿Cuándo podré marcharme? -preguntó Kelly fingiendo despreocupación.

- Dentro de una semana -replicó Sandy. Salieron del ascensor. Y añadió-: Mañana le quitaremos el vendaje del brazo.

- ¿En serio? Sam no me lo ha dicho. ¿Y ya podré moverlo?

-Al principio le dolerá -advirtió la enfermera.

-Diablos, Sandy, también me duele ahora -dijo Kelly con una sonrisa-. Con tal de poder moverlo, que más da que duela.

- Estírese -le ordenó la enfermera.

Antes de que pudiera protestar Sandy ya le había puesto el termómetro en la boca y le estaba tomando el pulso. Luego le tomó la tensión y anotó estos números en la gráfica; 36,8, 64 y 10/60. Las dos últimas cifras resultaban especialmente sorprendentes, pensó. El paciente se estaba recuperando muy deprisa. Se preguntó dónde estaba la urgencia.

«Una semana más -se dijo Kelly cuando la enfermera lo dejó solo-. Tengo que recuperar este maldito brazo.»

-Dinos, ¿qué has averiguado? -preguntó el vicealmirante Maxwell.

- Buenas y malas noticias -contestó el contraalmirante Greer-. La buena es que la oposición tiene muy pocas fuerzas terrestres a una distancia de reacción del objetivo. Hemos identificado tres batallones. Dos se están entrenando para ir al sur. El otro acaba de volver de Eye Corps. Está bastante mermado; lo están reconstruyendo. No tienen muchas armas pesadas. Si tienen formaciones mecanizadas, están muy lejos de aquí.

- ¿Y la mala noticia? -preguntó el contraalmirante Podulski.

- ¿No te lo imaginas? La costa está plagada de baterías antiaéreas. Bases de lanzamiento de misiles SA-2 aquí, aquí y probablemente también aquí. Para los carros ligeros es peligroso, Cas. Y para los helicópteros... Un par de helicópteros de rescate sí, desde luego, pero una operación a gran escala sería verdaderamente arriesgada. Todo esto ya lo repasamos cuando preparábamos la operación KINGPIN, ¿te acuerdas?

- Sólo está a cincuenta kilómetros de la playa.

- Quince o veinte minutos en helicóptero, volando en línea recta, y eso no lo podrán hacer, Cas. Yo mismo he estudiado los mapas. La mejor ruta que se me ocurre (ya sé que es tu zona, Cas, pero yo también la conozco un poco) supone veinticinco minutos, y no me parece acertado volar de día.

- Podemos utilizar B-52 para abrirnos un pasillo -sugirió Podulski. La sutilidad nunca había sido su fuerte.

- Tenía entendido que no querías hacer mucho ruido -comentó Greer-. Mira, la verdadera mala noticia es que nadie demuestra demasiado entusiasmo por este tipo de misiones. KINGPIN fracasó...

- ¡Nosotros no tuvimos la culpa! -objetó Podulski.

- Ya lo sé, Cas, ya lo sé -reconoció Greer con paciencia. Podulski siempre había sido muy apasionado.

- Tiene que ser factible -refunfuñó Cas.

Los tres hombres estudiaron las fotografías de reconocimiento. Era una buena serie; dos de satélites, dos de SR-71 Blackbird, y tres muy recientes de aviones teledirigidos Buffalo Hunter. El campamento era un cuadrado exacto de doscientos metros cuadrados que sin duda se ajustaba exactamente al diagrama de algún manual de los países del Este sobre construcción de instalaciones de seguridad. En cada esquina había una torre de vigilancia de diez metros de altura. Cada torre estaba provista de un techo metálico para proteger de la lluvia la ametralladora RPD, un modelo ruso obsoleto. Dentro del recinto había tres edificios grandes y dos pequeños. Suponían que en el interior de uno de los edificios grandes había veinte oficiales americanos, todos del rango de teniente coronel o comandante, o superior, porque aquél era un campamento especial. Las fotografías tomadas por el Buffalo Hunter eran las que primero habían llamado la atención de Greer. Una de ellas era lo suficientemente buena como para identificar un rostro, el del coronel Robin Zacharias, de la Fuerza Aérea. Su F-105 G Wild Weasel había sido derribado hacía catorce meses; los norvietnamitas habían informado de la muerte del coronel y su artillero. Incluso habían publicado una fotografía de su cadáver. Aquel campamento, cuyo nombre en clave (SENDER GREEN), sólo conocían unos cincuenta hombres y mujeres, estaba separado del más conocido Hanoi Hilton, que había sido visitado por ciudadanos americanos y donde se habían concentrado casi todos los prisioneros de guerra americanos desde la espectacular pero fracasada operación KINGPIN en el campamento de Song Tay. Completamente aislado, situado en un lugar de lo más recóndito, aparentemente inexistente, SENDER GREEN era una realidad inquietante. América quería recuperar a sus pilotos, fuera cual fuera el desenlace de la guerra. Pero la existencia de un lugar como aquél invitaba a pensar que algunos nunca regresarían. Un estudio estadístico de las víctimas arrojaba una escandalosa irregularidad: había más muertes entre los oficiales de la Fuerza Aérea de rango relativamente alto que entre los de rango inferior. Se sabía que el enemigo tenía buenas fuentes de inteligencia, que muchos de sus informadores pertenecían al movimiento «pacifista americano», que tenían archivos sobre los oficiales superiores americanos: quiénes eran, qué sabían, qué otros trabajos habían desempeñado. Cabía la posibilidad de que a aquellos oficiales se les retuviera en un lugar especial, que los norvietnamitas estuvieran utilizando sus conocimientos para negociar con los rusos. Los conocimientos de los prisioneros en áreas de especial interés estratégico podían cambiarse por el apoyo de una nación patrocinadora que estaba perdiendo el interés en esta larga guerra, teniendo en cuenta la progresiva relajación de la tensión mundial. Había muchos juegos en

marcha.

- Valiente -murmuró Maxwell. Las tres ampliaciones mostraban el rostro de aquel hombre; en las tres miraba directamente a la cámara. En la última se veía a un guardia golpeándole con la culata del rifle en la espalda. No cabía ninguna duda: era Zacharias.

- Ese es ruso -dijo Casimir Podulski señalando las fotografías. El uniforme era inconfundible.

Sabían lo que Cas estaba pensando. Era el hijo del embajador de Polonia en Washington en 1939, tenía el título de conde y era descendiente de una familia que había luchado en el bando del rey Juan Sobieski. Su familia había sido extinguida, por un lado de la línea de demarcación, por los nazis junto con el resto de la nobleza polaca y, en otro lado, por los rusos en el bosque Katyn, donde habían asesinado a dos hermanos después de luchar en una breve y fútil guerra de dos frentes. En 1941, el día después de su graduación en la Universidad de Princeton, Podulski ingresó en la Armada norteamericana como piloto, adoptando una nueva nacionalidad y una nueva profesión a las que sirvió con orgu-

llo y destreza. Y con rabia. Y ahora la rabia era aún más intensa, porque pronto le obligarían a retirarse. Greer entendía el motivo: la artritis había deformado sus delicadas manos. Por mucho que intentara ocultarlo, no conseguiría pasar el próximo examen médico, y Cas se enfrentaría al retiro con el recuerdo de un hijo muerto y una esposa sometida a tratamiento antidepresivo, después de una carrera que seguramente consideraría un fracaso pese a sus medallas y condecoraciones.

-Hemos de encontrar una manera -dijo Podulski-. De lo contrario, no volveremos a ver a esos hombres. ¿Sabes quién podría estar ahí, Dutch? Pete Francis, Hank Osborne.

- Pete trabajaba para mí cuando yo estaba en el Enterprise -reconoció Maxwell. Los dos miraron a Greer.

- Estoy de acuerdo con la naturaleza del campamento. Tenía mis dudas. Zacharias, Francis y Osborne son personas en las que podrían estar interesados. -El oficial de la Fuerza Aérea había estado en Omaha como parte del grupo que elegía los destinos de las armas estratégicas, y sus conocimientos de los más secretos planes de guerra americanos eran muy amplios. Los dos oficiales de la Armada también guardaban informaciones muy importantes, y aunque todos ellos fueran valientes y entregados, y estuvieran firmemente determinados a negar, ocultar y disimular, no eran más que hombres, y los hombres tenían límites. Y su enemigo tenía mucho tiempo-. Mira, si quieres puedo intentar venderle la idea a alguien, pero no tengo muchas esperanzas.

- Si no lo hacemos, estaremos incumpliendo la palabra que dimos a nuestra gente -dijo Podulski, y golpeó la mesa con el puño.

Pero Cas también tenía planes. El descubrimiento de aquel campamento y el rescate de los prisioneros dejarían muy en claro que Vietnam del Norte había mentido públicamente. Eso podría enturbiar lo suficiente las conversaciones de paz para obligar a Nixon a adoptar un nuevo plan opcional diseñado por un grupo de trabajo del Pentágono: la invasión del Norte mediante la más americana de las operaciones militares. Se trataba de un ataque sin precedentes por su osadía, su alcance y sus peligros: un transporte aéreo directo a Hanoi, una división de marines atacando las playas a ambos lados de Haifong, ataques aéreos en el medio, apoyados por todo lo que América pudiera aportar a un intento masivo y aplastante de debilitar a Vietnam del Norte capturando a su líder político. Ese plan, cuyo nombre en clave cambiaba cada mes -de momento se llamaba CERTAIN CORNET- era el Santo Grial de la venganza para todos los profesionales que durante seis años habían presenciado cómo su país se perdía en la indecisión y malgastaba sus hijos.

- Ya lo sé. Osborne trabajó para mí en Suitland. Yo acompañé al capellán cuando le entregó aquel maldito telegrama. Recuerda que estoy en el mismo bando que tú. -A diferencia de Cas y Dutch, Greer sabía que CERTAIN CORNET nunca sería más que un estudio. No podía pasar, sencillamente; no sin informar al Congreso, y el Congreso tenía demasiadas filtraciones. Habría sido posible en 1966 o 1967, e incluso en 1968, pero ahora una operación

como aquélla era imposible. Pero sender green todavía estaba en pie, y esta misión sí era posible.

- Cálmate, Cas -aconsejó Maxwell.

-Sí, señor.

Greer estudió con detenimiento el mapa en relieve.

- Mira, creo que os estáis obcecando -dijo.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó Maxwell.

Greer señaló una línea roja que iba desde una ciudad costera hasta casi la puerta principal del campamento. En las fotografías aéreas parecía una carretera importante, asfaltada y todo.

-Las fuerzas defensivas están aquí, aquí y aquí. La carretera está aquí, y corre paralela al río. Hay baterías antiaéreas por toda la zona; la carretera las apoya, pero mira, los triple-A no suponen un gran peligro para el tipo de armas que...

-Eso es una invasión -observó Podulski.

- ¿Y mandar dos compañías de tropas aerotransportadas no lo es?

- Siempre te he considerado muy inteligente, James -dijo Maxwell-. Mira, aquí es donde derribaron a mi hijo. Un grupo de las Fuerzas Especiales entró y lo rescató justo aquí -dijo el almirante señalando un punto en el mapa.

-¿Sabéis de alguien que conozca la zona desde tierra? -preguntó Greer-. Eso nos ayudaría.

–Hola, Sarah –dijo Kelly, invitándola a sentarse. Le pareció que había envejecido.

– Es la tercera vez que vengo, John. Las otras dos estabas dormido.

–Sí, últimamente duermo bastante. No te preocupes. Sam viene un par de veces al día. – Empezaba a sentirse incómodo. Enfrentarse a los amigos era lo peor, pensó Kelly.

– En el laboratorio hay mucho trabajo. Creemos que estamos cerca de algo. Y... bueno, las jornadas de veinte horas no son muy divertidas.

– Te pediría que me lo explicaras, pero Sam me ha dicho que él no lo entiende, y...

Sarah le interrumpió:

John, lamento mucho haberte pedido que vinieras a la ciudad. Habría podido enviarte a algún otro sitio. Ella no necesitaba ver a Madge. Tengo un amigo en Annapolis, es un médico muy bueno... –añadió con tono vacilante.

«Se siente culpable», pensó Kelly.

– Tú no tienes la culpa de nada, Sarah –dijo cuando ella dejó de hablar–. Pam y tú erais buenas amigas. Si su madre hubiera sido como tú, quizá...

Pero ella no le prestó atención y continuó:

– Debí haberte dado cita para más tarde. Si el horario hubiera sido otro...

«En eso tiene razón», pensó Kelly. Las variables. ¿Y si...? ¿Y si él hubiera decidido aparcar en otra manzana? ¿Y si Billy no le hubiera visto? ¿ Y si él no se hubiera movido y hubiese dejado a aquel bastardo hacer lo que quería? ¿Otro día, otra semana? Y si... muchas cosas. El pasado ocurría porque cientos de cosas insignificantes coincidían con exactitud, de la forma correcta, en el orden correcto; y mientras que resultaba fácil aceptar los resultados positivos, los negativos sólo te enfurecían. ¿Y si hubiera tomado un camino diferente al salir de la tienda de alimentación? ¿Y si no hubiera visto a Pam en el arcén y no la hubiera recogido? ¿Y si no hubiera visto las pastillas? ¿Y si no le hubiera dado importancia, o si se hubiera puesto tan furioso que la hubiera abandonado? ¿Seguiría ella con vida? Si su padre hubiera sido un poco más comprensivo y ella no se hubiera marchado, ellos nunca se habrían conocido. ¿Aquello era bueno o malo?

Y si todo eso fuera verdad, ¿qué importancia tenía? ¿Era todo un accidente? El problema consistía en que no lo sabías. Quizá si él fuera Dios mirándolo todo desde arriba, quizá entonces todo aquello tendría un sentido, pero, desde dentro, las cosas sencillamente

sucedían, pensó Kelly, y uno lo hacía lo mejor que podía, e intentaba aprender de sus errores para cuando ocurriera el próximo acontecimiento azaroso. ¿Pero tenía sentido todo aquello? ¿Alguna cosa tenía realmente sentido, diablos? Aquélla era una pregunta demasiado complicada para un antiguo oficial de la Armada que se recuperaba en una cama de hospital.

–Sarah, tú no tienes la culpa de nada. ¿Qué habrías podido cambiar? Tú la ayudaste lo mejor que pudiste. ¿Cómo habrías podido cambiar eso?

–¡Maldita sea, Kelly! ¡La habíamos salvado!

–Lo sé. Y yo fui el que la trajo aquí, y el que no se preocupó, no tú. Sarah, todo el mundo me dice que no fue culpa mía, y entonces vienes tú y me dices que es culpa tuya. –Esbozó una especie de sonrisa–. Todo esto es muy complicado, pero hay una cosa que está muy clara.

–No fue un accidente, ¿verdad? –dijo Sarah.

–No, no lo fue.

–Allí está –dijo Oreza con tranquilidad, sin apartar los prismáticos del lejano punto–. Tal como usted dijo.

–Ven con nosotros –susurró el policía en la oscuridad.

No era más que una afortunada casualidad, pensó el cabo. Aquella gente tenía una granja de maíz en el distrito de Dorchester, pero entre las hileras de plantas de maíz había plantas de marihuana. Sencillo pero eficaz. En las granjas había graneros y dependencias, e intimidad. Como eran personas inteligentes, no se llevaban el producto por el puente de la bahía en su camioneta, donde en verano los atascos eran impredecibles y, además, un avispado empleado del peaje había ayudado a la policía a desmantelar una operación hacía sólo un mes. Eran lo suficientemente precavidos como para convertirse en una amenaza para su amigo. Había que acabar con aquello.

Así que utilizaban un barco. Esa providencial casualidad le daba a la Guardia Costera la oportunidad de participar en una operación y así adquirir cierto prestigio. No era peligroso, después de que él los hubiera utilizado para matar a Angelo Vorano, pensó el teniente Charon, sonriendo, en la timonera.

- ¿Los cogemos ahora? -preguntó Oreza.

-Sí. Los que van a recibir la mercancía son de los nuestros. No se lo digas a nadie. No queremos ponerlos en un aprieto.

- Como quiera. -El cabo aceleró y giró a estribor-. Atentos -dijo a su tripulación.

El impulso hizo que la popa del barco se hundiera. Para Oreza, el rugido de los motores era estimulante. El pequeño timón vibró en sus manos cuando la nave enfiló su nuevo rumbo. Lo más gracioso era que iban a cogerlos por sorpresa. La Guardia Costera era la autoridad más importante en el mar, pero su principal actividad siempre había sido la búsqueda y el rescate, y todavía no había corrido el rumor de su nueva misión. Y era una lástima, pensó Oreza. Había encontrado a unos cuantos hombres de la Guardia Costera fumando hierba en los últimos dos años, y los que habían presenciado el incidente todavía lo recordaban.

Ahora el objetivo estaba a la vista. Era un barco de pesca de nueve metros, seguramente con un viejo motor Chevy, y eso significaba que no tenía ninguna posibilidad al lado de la patrullera. Tener un buen disfraz era muy importante, pensó Oreza mientras sonreía, pero, por bueno que fuera, apostar tu vida y tu libertad a una sola carta no era una decisión muy inteligente.

-Hagamos que todo parezca normal -dijo el policía.

- Mire a su alrededor, señor -dijo el cabo.

La tripulación estaba alerta, pero no lo parecía, y tenían las armas enfundadas. La patrullera navegaba casi directamente hacia su estación de Thomas Point, y si el otro barco llegaba a fijarse en ellos -y de momento nadie miraba a popa- imaginarían que la patrullera se dirigía al muelle. Quinientos metros. Oreza puso los mandos a cero para conseguir uno o dos

nudos extra de impulso.

-Ahí está, señor English -dijo un tripulante. La otra patrullera de Thomas Point navegaba en dirección opuesta, saliendo de la estación en línea recta hacia el faro.

- No son muy inteligentes, ¿no le parece? -comentó Oreza.

- Si fueran inteligentes no violarían la ley.

- Tiene razón, señor.

Cuando sólo los separaban trescientos metros, alguien volvió la cabeza en popa y vio la pequeña patrullera, blanca y reluciente. Tres personas que iban a bordo del barco de pesca, y el que se había girado, se acercaron al que estaba al timón para decirle algo. La escena resultaba casi cómica. Oreza se imaginaba lo que estarían diciendo: «Ahí detrás viene una patrullera de la Guardia Costera, así que tranquilos. Seguro que están haciendo el relevo, porque allí se ve otra... Ojo, esto no me gusta nada. ¡Tranquilos, maldita sea! No me gusta nada. ¡Quietos! No llevan las luces encendidas, y su estación está ahí mismo.»

«Ha llegado el momento -pensó Oreza, sonriéndose-. Ha llegado el momento de decir: «¡OH, NO! ¡MIERDA!»

El tipo del timón se dio la vuelta y abrió y cerró la boca. Las palabras que pronunció fueron exactamente aquéllas. Uno de los tripulantes más jóvenes leyó sus labios y se rió.

-Me parece que se han dado cuenta, señor.

- ¡Encended las luces! -ordenó Oreza, y los focos del techo de la timonera empezaron a parpadear.

El pesquero viró rápidamente hacia el sur, pero la patrullera lo imitó para cortarle el paso, dejando claro que no podría superarla.

«Tendríais que haber gastado ese dinero en otra cosa, chicos», pensó Oreza, que sabía que los criminales aprenden de sus errores; no habría sido difícil conseguir un barco capaz de superar a una patrullera de doce metros.

El pesquero detuvo los motores, atrapado entre dos patrulleras. La del oficial English se quedó un poco más lejos mientras la de Oreza se acercaba.

- ¡Eh, los del barco! -dijo el cabo por su altavoz-. Somos la Guardia Costera y vamos a subir a bordo para realizar una inspección rutinaria. Que todo el mundo permanezca donde podamos verlos, por favor.

Parecían aficionados que acababan de presenciar la derrota de su equipo de fútbol. Sabían que no podían escapar, que era inútil oponer resistencia, y se quedaron inmóviles y resignados, aceptando el destino. Oreza se preguntaba cuánto duraría aquello. Cuánto tardaría algún estúpido en disparar.

Dos de sus marineros saltaron a bordo, cubiertos por otros desde la patrullera. El oficial English se acercó un poco más. Un buen marino, pensó Oreza, tal como debía ser un oficial, y además tenía a su gente en cubierta para ofrecerles protección en caso de que los traficantes tuvieran alguna idea disparatada. Los tres hombres se quedaron de pie, a la vista, con la cabeza gacha y con la esperanza de que fuera verdaderamente una inspección rutinaria. Los dos hombres de Oreza entraron en la cabina. Salieron en menos de un minuto. Uno se tocó la visera de la gorra, indicando que no había nadie dentro, y luego se tocó la barriga. Sí, había droga a bordo del barco. Cinco toques: mucha droga.

–Tenemos un alijo, señor –dijo Oreza sin perder la calma.

El teniente Mark Charon, del departamento de narcóticos de la policía de Baltimore, se apoyó contra el marco de la puerta y sonrió. Iba vestido de paisano, y como llevaba el salvavidas naranja reglamentario cualquiera lo habría podido tomar por un hombre de la Guardia Costera.

–Encárguese usted. ¿Qué va a decir en su informe? –Inspección rutinaria, y ¡mira por dónde, llevaban drogas a bordo! –dijo Oreza, fingiendo sorpresa.

–Muy bien, cabo Oreza.

–Gracias, señor.

–Ha sido un placer, capitán.

Charon ya lo había explicado a Oreza y a English. Para proteger a sus informadores, la Guardia Costera se atribuiría los méritos de la detención, lo cual no desagradaba al cabo ni al oficial. Oreza tendría oportunidad de pintar un símbolo de victoria en su mástil del radar: un dibujo de una hoja de marihuana. Y los tripulantes tendrían algo de que alardear. Hasta cabía la posibilidad de que tuvieran que pasar por la aventura de testificar ante un tribunal federal; aunque no era probable, porque los traficantes confesarían cualquier delito menor que su abogado pudiera negociar. Alegarían el atenuante de que la gente a la que estaban haciendo la entrega los había delatado. Con suerte, los compradores desaparecerían, y eso facilitaría la tarea. Habría otra puerta abierta en la ecoestructura de la droga –otra palabra nueva del argot que Charon había aprendido–. Por lo menos, un rival en potencia de la ecoestructura estaba ahora fuera del negocio para siempre. El teniente Charon se ganaría una palmadita en la espalda por parte de su capitán, seguramente también una carta de felicitación de la Guardia Costera y de la oficina del fiscal, y por descontado las felicitaciones por llevar a cabo una operación tan discreta y eficaz que no había puesto en un apuro a los informadores. «Uno de nuestros mejores hombres –volvería a afirmar su capitán–. ¿De dónde sacas informaciones como ésta?» «Usted sabe cómo funcionan estas cosas, capitán, tengo que proteger a esta gente.» «Desde luego, Mark, lo comprendo. Sigue así.»

«Haré todo lo que pueda. señor», pensó Charon mientras contemplaba la puesta de sol. Ni siquiera miró a los de la Guardia Costera mientras esposaban a los sospechosos y les leían sus derechos, sonriendo mientras lo hacían, pues para ellos aquello era un juego muy entretenido. Y también lo era para Charon.

«¿Dónde están los malditos helicópteros?», se preguntó Kelly.

Aquella maldita misión había empezado mal. Pickett, su compañero, había sufrido un repentino ataque de disentería y no pudo acompañarlo, y Kelly había salido solo. Aquello no era bueno, pero la misión era demasiado importante, y tenían que cubrir cada aldea y cada pueblo –poblado era el término más común, porque era flexible y podía significar cualquier cosa–. Había entrado solo, y se deslizaba con sumo cuidado por las pestilentes aguas de aquel río; bueno, en el mapa lo llamaban río, pero a Kelly no le parecía lo suficientemente grande.

«Y claro, éste es el poblado al que tenían que venir, los muy cabrones.»

«PLASTIC FLOWER -pensó sin dejar de escuchar y mirar a su alrededor–. ¿A quién se le ocurriría ese nombre?»

PLASTIC FLOWER era el nombre en clave de un equipo de acción política de los norvietnamitas. El equipo de Kelly tenía varios nombres, y ninguno era elogioso. Seguro que los trabajadores del distrito electoral que Kelly había visto en Indianápolis el día de las elecciones no eran de aquellos a los que se enseñaba en Hanoi a ganarse el corazón y la mente de la gente.

El jefe del poblado se había pasado de valiente. Y ahora estaba pagando por su imbecilidad ante los lejanos ojos del segundo oficial J. T. Kelly. El equipo había llegado a la una y media, y había entrado de forma muy ordenada y casi civilizada en cada cabaña, despertando a todos los granjeros y llevándolos a la zona comunitaria para ver a su descaminado jefe, y a su esposa y a sus tres hijas, esperándolos, sentados en el suelo, con los brazos cruelmente atados a la espalda. El comandante que dirigía el PLASTIC FLOWER los invitó a todos a sentarse con tono cortés; Kelly alcanzó a oírlo desde su puesto de observación, a menos de doscientos metros. El poblado necesitaba una lección sobre lo estúpido que era resistirse al movimiento de liberación del pueblo. No es que fueran malas personas, sino que sencillamente estaban descaminados, y esperaba que aquella sencilla lección los ayudara a comprender sus errores.

Empezaron con la mujer. Les llevó veinte minutos.

«¡Tengo que hacer algo!», se dijo Kelly.

«Son once, idiota», se contestó. Y el comandante podía ser un capullo sádico, pero los

diez soldados que lo acompañaban no habían sido elegidos exclusivamente por sus ideas políticas. Debían de ser soldados de confianza, experimentados y entregados. Lo que Kelly no alcanzaba a comprender era cómo podía alguien entregarse a cosas como aquélla. Pero era muy consciente de que ellos eran así.

¿Dónde coño estaba el equipo de apoyo? Había llamado hacía cuarenta minutos, y la base de apoyo estaba a sólo veinte minutos de helicóptero; este pequeño poblado estaba muy cerca de la zona «pacificada». Querían a aquel comandante. Su equipo también podría servirles, pero al comandante lo querían vivo. Sabía dónde se escondían los líderes políticos locales, a los que los marines no habían podido barrer en el espléndido raid seis semanas atrás. Seguramente esta misión era una respuesta a aquélla, una respuesta deliberada, muy cerca de la base americana, para decirles: No, todavía no nos tenéis a todos, y nunca nos tendréis.

«Y seguramente tienen razón», pensó Kelly; pero aquella cuestión estaba más allá de la misión de aquella noche.

La hija mayor tendría unos quince años. No era fácil adivinar la edad de las delicadas y engañosas vietnamitas. Había durado veinticinco minutos y todavía no había muerto. Desde su puesto, Kelly oía los gritos de la niña, y cogió con fuerza su arma.

Los diez soldados que acompañaban al comandante estaban correctamente desplegados. Había dos hombres con el comandante, y se turnaban con los otros para que todos pudieran participar en la fiesta de aquella noche. Uno de ellos acabó con la niña de una puñalada. La siguiente debía de tener doce años.

Kelly escuchó con atención, rezando para distinguir el murmullo de los helicópteros. Había otros ruidos. El rugido de los 155 de la base de la Armada hacia el este. Unos cuantos aviones. Pero ningún sonido era lo suficientemente fuerte para apagar los agudos chillidos de la niña. Pero ellos seguían siendo once, y Kelly estaba solo; y si Pickett hubiera estado con él tampoco se habrían arriesgado a actuar. Kelly tenía su fusil, suficiente munición, cuatro granadas, dos cuchillos y dos bombas de humo. Su arma más eficaz era la radio, pero ya había llamado dos veces y en ambas ocasiones le habían ordenado quedarse donde estaba.

Desde la base era fácil decir eso.

Doce o trece años. Demasiado joven para una cosa así. Aunque para aquello no había edad. Pero él solo no podía hacer nada, y no tenía ningún sentido añadir su muerte a la de aquella familia.

¿Cómo eran capaces? ¿No eran hombres, soldados profesionales como él? ¿Podía haber algo tan importante que les hiciera olvidar su humanidad? Lo que estaba viendo parecía imposible. No podía ser verdad. Pero lo era. El distante rugido de la artillería continuaba; estaban atacando una ruta de abastecimiento. Seguían pasando aviones, quizá Intruders de la Armada con alguna misión poco importante. Aquí era donde estaba el enemigo. Aquel jefe de poblado se había jugado su vida y la de su familia por algo que no funcionaba, y quizá el comandante pensaba que estaba siendo piadoso al eliminar sólo a una familia de la forma más instructiva posible en lugar de liquidarlos a todos de una manera más rápida. Pero los muertos no contaban historias, y ese comandante quería que esa historia se contara. Sabían cómo utilizar el terror.

Pasaba el tiempo; finalmente la niña de doce años enmudeció y la arrojaron a un lado. La última hija tenía ocho años; Kelly la vio con los prismáticos. Los muy bastardos habían encendido una hoguera. Qué arrogancia. No querían que nadie se perdiera aquel espectáculo.

Ocho años, ni siquiera lo suficientemente desarrollada para gritar. Kelly vio cómo cambiaban la guardia. Dos hombres acudieron al centro del poblado. El vigilante que estaba más cerca de la posición de Kelly todavía no había sido relevado. Seguramente no tendría ocasión de participar en la matanza. El jefe no tenía suficientes hijas; o quizá el comandante no estaba satisfecho de aquel soldado. El caso es que se había quedado sin ocasión de participar en la fiesta, y debía de sentirse frustrado. Pero se quedó mirando a sus compañeros. Quizá la próxima vez... «Por lo menos puede mirar», pensó Kelly, y por un momento, por pri-

mera vez en aquella noche, olvidó su deber.

Casi sin darse cuenta, Kelly recorrió la mitad del camino, gateando todo lo deprisa que podía, en silencio, ayudado por el terreno húmedo. Agazapado, se iba acercando a aquel quejido procedente de la hoguera.

«Tendrías que haberlo hecho antes, Johnnie.»

«Era imposible.»

«¡Mierda! ¡Era igual de imposible que ahora!»

Y en ese momento llegó el providencial sonido de un helicóptero Huey; seguramente más de uno, por el sudeste. Kelly fue el primero en oírlo, cuando se erguía sigilosamente detrás del soldado, con el cuchillo en la mano. Ellos todavía no lo habían oído cuando se lo clavó en la base del cráneo, tal como le habían enseñado. Lo hizo girar como un destornillador, mientras con la otra mano tapaba la boca de su víctima. Lo había hecho bien: el cuerpo quedó fláccido, y Kelly lo depositó en el suelo suavemente, no porque tuviera ningún estremecimiento de humanidad, sino para evitar ruidos.

Pero se oía ruido. Ahora los helicópteros estaban demasiado cerca. El comandante levantó la cabeza y miró hacia el sudeste. Había reconocido el peligro. Les gritó a sus hombres que se reunieran, y luego se volvió y disparó a la niña en la cabeza.

Sólo tardaron unos segundos en agruparse. El comandante contó rápidamente a sus soldados y advirtió que faltaba uno. Miró hacia el lugar donde estaba Kelly, pero la luz de la hoguera limitaba su visión y lo único que vio fue un movimiento indefinido.

«Uno, dos, tres», susurró Kelly después de arrancar la anilla de una granada. Los chicos de las Fuerzas Especiales cortaban sus propias mechas. Nunca sabías lo que la viejecita de la fábrica podía hacer. Las suyas quemaban durante cinco segundos exactos; al contar «tres» arrojó la granada. Como era metálica, el fuego de la hoguera la hizo brillar. El lanzamiento fue casi perfecto, y fue a parar al mismísimo centro del círculo que habían formado los soldados. Kelly ya estaba cuerpo a tierra cuando la granada tocó el suelo. Oyó el grito de alarma, pero ya era demasiado tarde.

La granada mató o hirió a siete de los diez hombres. Kelly se levantó con el fusil y abatió al primero disparándole en la cabeza. Ni siquiera se paró a mirar la nube roja, pues aquello era su profesión, no un hobby. El comandante todavía estaba vivo; tumbado en el suelo, intentaba apuntar con su pistola, pero recibió cinco disparos antes de conseguirlo. La noche había sido un éxito. Lo único que Kelly tenía que hacer ahora era sobrevivir. Había cometido una tontería, y tenía que actuar con cautela.

Kelly corrió hacia la izquierda, con su arma en alto. Por lo menos había dos enemigos moviéndose, armados y furiosos, y tan desconcertados que no se les había ocurrido huir. El primer helicóptero en aparecer era el de los focos; Kelly lo maldijo, porque ahora la oscuridad era su mejor aliada. Vio a un norvietnamita y le disparó, descargando la recámara. Volvió a cargar el arma y se puso a buscar al otro, pero se quedó contemplando el centro del poblado: la gente corría, algunos seguramente heridos por su granada, pero no tenía tiempo de preocuparse de aquello. Luego vio a las víctimas, y estuvo demasiado tiempo mirando el fuego, y cuando se apartó de allí tenía grabada la imagen de los muertos, y la luz había limitado su visión nocturna. Oyó el rugido de un Huey que se disponía a aterrizar cerca del poblado; el ruido del aparato apagó los gritos de los habitantes del poblado. Kelly se escondió tras la pared de una cabaña y parpadeó para recuperar la visión. Por lo menos había un enemigo ileso, y no iba a dirigirse hacia el helicóptero. Kelly avanzó un poco, pero más despacio. Entre esa cabaña y la siguiente había unos diez metros, una especie de pasillo iluminado por el resplandor de la hoguera. Antes de hacer la carrera miró, y salió corriendo con la cabeza agachada. Vio una sombra que se movía, y cuando se dio la vuelta tropezó con algo y cayó al suelo.

El polvo se levantó a su alrededor, pero no pudo identificar el ruido con suficiente presteza. Kelly rodó hacia la izquierda para esquivar los disparos, pero se acercó a la luz. Se incorporó y se tiró hacia atrás, hasta dar contra la pared de la choza. ¡Allí! Disparó, e

inmediatamente notó una bala en el pecho. Otros dos disparos destrozaron su arma. Cuando volvió a abrir los ojos estaba boca arriba, y en el poblado reinaba la calma. Intentó moverse, pero el dolor se lo impidió. Alguien le golpeó el pecho con un rifle.

- ¡Aquí, teniente! -oyó-. ¡Enfermero!

Lo acercaron al fuego. Kelly, con la cabeza caída hacia la izquierda, vio a unos soldados que inspeccionaban el poblado y desarmaban y examinaban a los norvietnamitas.

- Este cabrón está vivo -dijo uno de ellos.

- ¿Ah, sí? -Otro se acercó, puso el cañón de su arma contra la frente del norvietnamita y disparó.

- ¡Mierda, Harry! ¿Qué haces?

- ¡Que se joda! -gritó el teniente.

- ¡Mire lo que ha hecho, señor! -gritó Harry. Se arrodilló y vomitó.

El enfermero se acercó a Kelly y preguntó:

- ¿Qué le pasa a usted? -Kelly no podía contestar-. Mierda, teniente. ¡Este debe de ser el tipo que llamó!

Apareció otra cara, seguramente la del teniente al mando del equipo, que pertenecía a la Primera División de Caballería.

-¡Teniente, no hay peligro! ¡Ahora vamos a inspeccionar el perímetro! -gritó otra voz.

-¿Están todos muertos?

- Sí, señor.

- ¿Quién demonios es usted? -preguntó a Kelly el teniente-. ¡Malditos marines!

- ¡Armada! -balbuceó Kelly, salpicando de sangre al enfermero.

- ¿Cómo dice? -preguntó la enfermera O'Toole.

Kelly abrió los ojos de par en par. Se tocó el pecho y giró la cabeza para examinar la habitación. Sandy O'Toole estaba en un rincón, leyendo un libro a la luz de una pequeña lámpara.

- ¿Qué hace usted aquí?

- Escuchar sus pesadillas -contestó la enfermera-. Esta es la segunda. ¿Sabe una cosa? Debería...

-Sí, ya lo sé.

X. PATOLOGÍA

-Tu pistola está en el maletero del coche -dijo el sargento Douglas-. Descargada. A partir de ahora llévala siempre así.

-¿Habéis adelantado algo en lo de Pam? -preguntó Kelly desde su silla de ruedas.

- Tenemos algunas pistas -mintió Douglas, sin molestarse en ocultarlo.

Estaba claro, pensó Kelly. Alguien había informado a la prensa de que Pam tenía antecedentes por prostitución, y por tanto el caso había perdido actualidad.

Sam llevó el coche hasta la entrada de Wolfe Street. La carrocería estaba reparada, y la ventanilla del conductor era nueva. Kelly se levantó de la silla de ruedas y examinó el Scout. Una minuciosa y eficiente encerrona, estropeada luego porque Kelly se había descuidado en mirar por el retrovisor. ¿Cómo había podido descuidarse así?, se preguntó por enésima vez. Era tan sencillo; en su época de instructor había insistido en ello a cada nuevo integrante de los grupos especiales: nunca olvides comprobar la retaguardia, podría haber alguien acechándote. No era muy difícil, ¿no?

Pero aquello era historia. Y la historia no podía modificarse.

- ¿Vuelves a tu isla, John? -preguntó Rosen.

Kelly asintió con la cabeza:

- Sí. Tengo trabajo, y además debo ponerme en forma.

-Quiero verte por aquí dentro de... dos semanas, para iniciar el tratamiento complementario.

-Sí, señor. Volveré -prometió Kelly. Le dio las gracias a Sandy O'Toole por sus cuidados, y ella le obsequió con una sonrisa. Sandy se había convertido casi en una amiga durante aquellos dieciocho días. ¿Casi? Quizá lo fuera ya, pero él no se permitía pensar en esos términos. Kelly entró en el coche y se abrochó el cinturón de seguridad. Las despedidas nunca habían sido su fuerte. Los saludó con un movimiento de cabeza y sonrió; luego torció a la derecha hacia Mulberry Street, por primera vez solo desde su llegada al hospital.

Por fin. A su lado, en el asiento del pasajero donde había visto por última vez a Pam, había un sobre con la inscripción INFORME MÉDICO escrito por la mano de Sam Rosen.

«Dios mío», murmuró Kelly mientras se dirigía hacia el oeste. No se limitaba a observar el tráfico. Para John Kelly el paisaje urbano se había transformado definitivamente. Las calles eran una extraña mezcla de actividad y ocio, y las inspeccionaba de una forma que en los últimos tiempos se había permitido olvidar, fijándose en la gente cuya inactividad parecía ocultar algún propósito. «Me llevará tiempo separar la cizaña del buen grano», se dijo. No había mucho tráfico y, en cualquier caso, aquellas calles no eran muy concurridas. Kelly observó a derecha e izquierda y vio que los otros conductores miraban al frente sin prestar atención a lo que ocurría a su lado, tal como él hacía antes, parándose con impaciencia en los semáforos en rojo y saliendo disparados cuando cambiaban a verde. La gente sólo aspiraba a poder dejarlo todo atrás, a que los problemas se quedaran ahí y no llegaran nunca a donde vivía la gente decente. En ese sentido era al revés que en Vietnam, ¿no? Allí, el mal estaba en las zonas rurales, e intentabas evitar que se moviera de allí. Kelly se dio cuenta de que en su país, pese a ser muy diferente, reinaba la misma locura y el mismo desastre. Y él era tan culpable y tan estúpido como cualquier otro.

El Scout torció a la izquierda, hacia el sur, y pasó por delante de otro hospital, blanco y grande. Un barrio de oficinas y bancos, donde estaba el ayuntamiento y el Palacio de Justicia, un buen barrio al que la gente decente iba por el día y del que marchaba al anochecer, en manada, porque eso proporcionaba seguridad. Bien vigilado, ya que, sin aquella gente y sin su actividad, la ciudad seguramente moriría. O algo parecido. Quizá no fuera en absoluto una cuestión de vida o muerte, sino meramente de velocidad.

«¿Sólo dos kilómetros y medio?», se preguntó Kelly. Tendría que comprobarlo con un mapa. En cualquier caso, la distancia entre aquella gente y lo que temían era peligrosamente corta. Se detuvo en un cruce y pudo ver hasta muy lejos, porque las calles de la ciudad, como los cortafuegos, ofrecían vistas largas y estrechas. El semáforo cambió y Kelly siguió adelante.

Veinte minutos después encontró el Springer en el lugar acostumbrado. Kelly recogió sus cosas y subió a bordo. Diez minutos después, los motores estaban en marcha; Kelly puso el aire acondicionado y se dispuso a zarpar en su blanca embarcación. Ya no tomaba sedantes, y sintió la necesidad de beber una cerveza para tranquilizarse un poco –sólo por el hecho simbólico de volver a la normalidad–, pero se contuvo. Debía olvidarse del alcohol. Tenía el hombro izquierdo muy rígido, pese a que lo había ejercitado suavemente durante casi una semana. Caminó por el compartimiento principal, trazando amplios círculos con los brazos y haciendo muecas de dolor, y luego subió a cubierta para soltar amarras. Los periódicos se habían hecho eco de la experiencia de Kelly, aunque no de su relación con Pam, que a los periodistas se les había escapado. Los depósitos de combustible estaban llenos, y todos los sistemas del barco parecían estar en funcionamiento. No se apreciaba ningún movimiento.

Le costó cierto trabajo soltar amarras, porque el brazo izquierdo se resistía a obedecer, pero finalmente consiguió soltar los cabos, y el Springer zarpó. Una vez fuera de la dársena, Kelly se instaló en la cabina de mandos y se dirigió hacia el mar abierto, con la comodidad del aire acondicionado y la seguridad de la cabina. Sólo después de dejar atrás el canal de la

bahía, una hora después, apartó la vista del agua. Se tomó dos tabletas de Tylenol. Ese era el único medicamento que se permitía tomar desde hacía tres días. Se acomodó en su butaca y abrió el sobre que Sam le había dejado, mientras el piloto automático gobernaba el barco hacia el sur.

Sólo faltaban las fotografías. Kelly había visto una, y con eso tuvo bastante. En la tapa había una nota escrita a mano –todas las páginas que contenía el sobre eran fotocopias, no originales–; el forense había obtenido las copias de un amigo suyo, y le pedía a Sam que tuviera cuidado con aquel material. Kelly no pudo leer la firma.

Las palabras «muerte violenta» y «homicidio» de la primera página estaban subrayadas. El informe decía que la muerte había sido provocada por estrangulación manual, y que la víctima tenía varias marcas profundas en el cuello. La gravedad y la profundidad de las marcas indicaban que la muerte cerebral ocurrió por falta de oxígeno incluso antes de que la obstrucción de la laringe impidiera el paso del aire a los pulmones. Las estrías que había en la piel indicaban que el instrumento utilizado había sido probablemente un cordón de zapato; y los moretones del cuello, que parecían producidos por los nudillos de un hombre de manos grandes, indicaban que el asesino había atacado a la víctima mientras realizaba el acto sexual, y estando ella en posición supina. Además, continuaba el informe de cinco páginas mecanografiadas a un espacio, la víctima había sido sometida a violentas torturas antes de su muerte, las cuales se detallaban con fría terminología médica. Se observaba que la víctima había sido violada, que en la zona genital había señales inequívocas de magulladuras y otros vejámenes. En el momento del descubrimiento del cadáver y de la posterior autopsia, en la vagina había gran cantidad de semen, y eso indicaba que el asesino no era el único que había violado a la víctima. («Grupos sanguíneos o+, o- y AB- según los análisis adjuntos.») Los cortes y los cardenales de las manos y antebrazos se calificaban de «típicamente defensivos». Pam se había defendido. Le habían roto la mandíbula, además de otros tres huesos; una de las fracturas era la del cúbito izquierdo. Kelly tuvo que interrumpir la lectura del informe y se quedó contemplando el horizonte. No le temblaban las manos y no pronunció palabra, pero tenía que interrumpir la lectura de aquella fría jerga médica.

«Como verás en las fotografías, Sam –rezaba la última página,

escrita a mano- esto es obra de un par de psicópatas. Fue tortura deliberada. Debieron de tardar horas en hacerle todo eso. Hay una cosa que el informe pasa por alto. Mira la fotografía 6. La chica lleva el cabello peinado o cepillado, casi con toda probabilidad post mortem. El forense encargado del caso no advirtió ese detalle. Es muy joven (Alan no estaba en la ciudad cuando llegó la chica; de haberlo estado, estoy seguro que se habría encargado personalmente del caso). En todo caso, en la fotografía se ve nítidamente. Es curioso, pero a veces pasamos por alto lo que es demasiado evidente. Seguramente era su primer caso de esta naturaleza, y estaría demasiado preocupado por detallar los traumatismos como para fijarse en un detalle tan insignificante. Creo que conocías a la chica. Lo siento, amigo. Brent.» En esta última página sí podía leerse la firma. Kelly volvió a meter las hojas en el sobre.

Abrió un cajón de la consola y sacó una caja de municiones del 45, cargó las dos recámaras de su automática y volvió a meterla en el cajón. Había pocas cosas más inútiles que una pistola descargada. A continuación se dirigió a la cocina y cogió la lata más grande que encontró en los estantes. Volvió a la sala de mandos, cogió la lata con la mano izquierda y se dedicó a hacer lo que llevaba casi una semana haciendo: subir y bajar la lata, dentro y fuera, agradeciendo el dolor, saboreándolo mientras sus ojos recorrían la superficie del agua.

–Nunca más, Johnnie –dijo en voz alta–. No volveremos a cometer errores.

El C-141 aterrizó en la base aérea de Pope, junto a Fort Bragg, Carolina del Norte, poco después de la hora del almuerzo. Concluía así un vuelo de rutina de doce mil kilómetros. El avión, de cuatro motores, aterrizó bruscamente. Pese a las escalas que habían realizado durante el vuelo, la tripulación estaba cansada, y los pasajeros no requerían atención especial.

En los vuelos como aquél raramente viajaban pasajeros vivos. Las tropas que regresaban del teatro de operaciones viajaba en Freedom Birds, que solían ser vuelos chárter de aviones comerciales cuyas azafatas

repartían sonrisas y bebida durante todo el trayecto de vuelta al mundo real. Pero los vuelos con destino a Pope no requerían aquellas amenidades. La tripulación de la nave tomaba comida del ejército, y durante el vuelo no solían hacer mucha guasa.

El avión aminoró la marcha y al llegar al final de la pista tomó una pista secundaria. La tripulación se preparó para desembarcar. El piloto, un capitán, se sabía la rutina de memoria, pero había un jeep por si se despistaba, y lo siguió hasta la terminal. Tanto él como su tripulación habían dejado de preocuparse hacía tiempo por la naturaleza de su misión. Era un trabajo, y un trabajo necesario como cualquier otro, pensaron mientras desembarcaban y se disponían a realizar el descanso obligatorio, que consistía en un breve informe de las incidencias del vuelo para después ir al club de oficiales, donde beberían un par de copas, y luego a la ducha y a dormir. Ninguno de ellos miró el avión. Ya volverían a verlo muy pronto.

La naturaleza rutinaria de la misión era una contradicción. En la mayoría de las guerras anteriores, los americanos eran enterrados cerca de donde habían caído, como acreditaban los cementerios americanos en Francia y en otros países. Pero no ocurría lo mismo en Vietnam. Era como si la gente comprendiera que ningún americano deseaba quedarse allí, ni vivo ni muerto, y cada cadáver recuperado volvía a casa y, después de pasar por las instalaciones de procesamiento situadas en las afueras de Saigón, cada cuerpo era procesado de nuevo, antes de ser despachado al pueblo natal que había enviado a sus jóvenes a morir en un lugar lejano. Las familias ya habrían tenido tiempo de decidir dónde tendría lugar el funeral, y a cada cadáver identificado en el acta de la nave le esperaban instrucciones.

En el centro de recepción, unos empleados civiles de pompas fúnebres esperaban la llegada de los cadáveres. Aquélla era una especialidad que el ejército no cubría. Siempre había un oficial uniformado para verificar la identificación, porque aquello sí era responsabilidad suya, asegurarse de que cada cuerpo iba a parar a la familia correcta, aunque los ataúdes que salían de allí casi siempre iban sellados. Los resultados físicos de la muerte en combate, y los estragos que el clima tropical hacía en los cuer pos, que generalmente se recogían con retraso, no eran cosas que las familias quisieran ni necesitaran ver en los despojos de sus seres queridos. De modo que la identificación definitiva de los cadáveres era casi imposible de realizar, y precisamente por ese motivo el ejército se lo tomaba muy en serio.

Era una sala muy grande donde podían procesarse muchos cadáveres a la vez, aunque ahora no había tanto trabajo como hacía un tiempo. Los hombres que trabajaban allí no abandonaban las bromas de mal gusto, y algunos hasta estudiaban los partes meteorológicos de aquella región del mundo para predecir cómo sería el cargamento de la semana siguiente. El hedor, por sí solo, era suficiente para alejar a los curiosos, y raramente se veía a más de un oficial por allí, y mucho menos a civiles del Departamento de Defensa, para quienes aquel espectáculo resultaba superior a sus fuerzas. Pero acabas acostumbrándote a los olores, y el de los agentes preservadores era mucho más soportable que otros relacionados con la muerte. Había un cuerpo, el de Duane Kendall, que tenía numerosas heridas en el torso. Había conseguido llegar a un hospital, pensó el empleado de pompas fúnebres. Algunas de las cicatrices delataban el desesperado trabajo de un cirujano de guerra; las incisiones que habrían provocado la ira del médico jefe de cualquier hospital civil eran mucho menos gráficas que las señales dejadas por los fragmentos de un explosivo. El cirujano se habría pasado unos veinte minutos intentando salvar a aquel hombre, pensó el empleado, y se preguntó por qué no lo había conseguido; seguramente el hígado, decidió, a juzgar por la situación y el tamaño de las incisiones. Sin eso no puedes vivir, por muy bueno que sea el médico. Pero al empleado le interesó más una pequeña etiqueta situada entre el brazo derecho y el pecho, que confirmaba una señal aparentemente insignificante en la tarjeta que acompañaba al ataúd.

-Este coincide -dijo el empleado al capitán, que estaba haciendo su ronda con una

libreta, acompañado de un sargento. El oficial comprobó los datos y asintió con la cabeza; luego siguió su camino, dejando que el empleado realizara su trabajo.

Tenía que hacer su trabajo, y el empleado lo hizo sin prisa ni indolencia, mirando de vez en cuando para asegurarse de que el capitán estaba en el otro extremo de la sala. Entonces tiró del hilo de uno de los puntos cosidos por otro empleado al otro lado del mundo. Casi de inmediato, los puntos se deshicieron, y pudo meter los dedos en el interior del cuerpo y retirar cuatro sobres de plástico transparente llenos de un polvo blanco. Se los metió rápidamente en su bolsa antes de cerrar de nuevo el agujero del cuerpo de Duane Kendall. Era su tercer y último hallazgo aquel día. Sólo le quedaba un cadáver más, lo que suponía media hora de trabajo.

El empleado salió y subió a su coche, un Mercury Cougar. Se paró en un supermercado para comprar una barra de pan, y al salir entró en una cabina telefónica.

Henry Tucker contestó al primer timbrazo:

- ¿Sí?

- Ocho -dijo el empleado, y colgó.

- Muy bien -dijo Tucker al colgar el auricular. Ocho kilos de éste. Siete del otro. Ninguno de los hombres sabía que había otro, y cada uno realizaba las recogidas en diferentes días de la semana. Ahora que había solucionado los problemas de distribución, las cosas mejorarían rápidamente.

El cálculo era sencillo. Cada kilo estaba constituido por mil gramos. Cada kilo se cortaba con agentes no tóxicos, como la lactosa, que sus amigos conseguían en un almacén. Después de mezclarla cuidadosamente para conseguir uniformidad, otros dividían el polvo en porciones más pequeñas. La renombrada calidad de su producto garantizaba un precio ligeramente superior al normal, que sus amigos le anticipaban.

Pronto el problema residiría en la escala. Había empezado con pequeñas operaciones, pues Tucker era un hombre precavido. Pero pronto sería imposible seguir así. Sus suministros de heroína pura eran mucho más extensos de lo que creían sus socios. De momento estaban contentos con la calidad de la droga, y poco a poco él les revelaría la magnitud de sus suministros, pero sin desvelarles el método de transporte, del que se felicitaba. Incluso el propio Tucker estaba sorprendido de la elegancia de aquel sistema. Los mejores cálculos del gobierno -él se informaba de esas cosas- sobre la importación de heroína procedente de Europa, de la conexión francesa o siciliana -nunca se ponían de acuerdo con la terminología-, hablaban de una tonelada métrica de droga pura al año. Esa cantidad tendría que crecer, juzgó Tucker, porque la droga era el último grito en América. Si conseguía introducir veinte kilos de droga a la semana -y con su método podía lograr eso y más- batiría aquel récord, y no tenía que preocuparse de los inspectores de aduanas. Tucker había diseñado su organización poniendo especial atención en el tema de la seguridad. Para empezar, ninguna persona importante de su equipo tocaba la droga. Eso suponía la muerte, y lo había dejado muy claro desde el principio y de la forma más sencilla posible. La operación sólo requería seis personas en el extremo más lejano. Dos conseguían la droga de proveedores locales cuya seguridad estaba garantizada por los medios usuales -importantes sumas de dinero entregadas a las personas adecuadas-. Los cuatro empleados de pompas fúnebres también estaban muy bien pagados, y habían sido seleccionados por su estabilidad profesional. La Fuerza Aérea de los Estados Unidos proporcionaba el transporte, reduciendo los costes y los dolores de cabeza, pues aquélla era la etapa más complicada y peligrosa del proceso de importación. Los dos hombres de la estación de recepción eran también muy cuidadosos. En más de una ocasión las circunstancias los habían obligado a dejar la heroína en los cadáveres, que habían sido enterrados debidamente. Era un desastre, desde luego, pero un buen negocio tenía que ser cuidadoso, y el precio de la droga en la calle compensaba fácilmente la pérdida. Además, aquellos hombres sabían lo que pasaría si se les ocurría quedarse con unos kilos de droga.

Desde allí no había más que transportar la droga en automóvil al lugar adecuado, y de aquello se encargaba un hombre de confianza y bien pagado que jamás sobrepasaba el límite

de velocidad. Su golpe maestro era el camuflaje de la bahía, pensó Tucker mientras bebía cerveza y miraba un partido de béisbol. Además de todas las ventajas que le daba su situación, había dado a sus socios motivos para creer que las drogas eran lanzadas desde barcos que pasaban por la bahía de Chesapeake en dirección al puerto de Baltimore -y además lo encontraban muy inteligente-, cuando en realidad la transportaba él mismo desde un punto de recogida secreto. Angelo Vorano lo había comprobado comprándose un velero y ofreciéndose para realizar la recogida. Pero a Tucker no le costó mucho convencer a Eddie y a Tony de que los había delatado a la policía.

Con un poco de suerte conseguiría monopolizar el mercado de heroína de la Costa Este, por lo menos mientras los soldados americanos siguieran muriendo en Vietnam. Y también había llegado el momento de hacer planes para la paz que algún día acabaría firmándose. Mientras tanto, tenía que encontrar la forma de ampliar su red de distribución. La que tenía, que hasta ahora había funcionado bien, se estaba quedando anticuada rápidamente. Era demasiado pequeña para sus ambiciones, y pronto tendría que reestructurarla. Pero cada cosa a su tiempo.

-De acuerdo, es oficial -dijo Douglas dejando el archivador sobre el escritorio y mirando a su jefe.

-¿Qué pasa? -preguntó el teniente Ryan.

- En primer lugar, nadie vio nada. En segundo lugar, nadie sabía para qué chulo trabajaba la chica. Tercero, nadie sabe siquiera quién era ella. Su padre colgó el teléfono después de decirme que llevaba cuatro años sin hablar con su hija. El novio no vio nada ni antes ni después de que le dispararan. -El detective se sentó.

- Y al alcalde ya no le interesa -concluyó Ryan.

-Mira, Em, no me importa realizar una investigación secreta, pero esto está perjudicando mi currículum. ¿Y si no me ascienden en la próxima comisión?

- Tiene gracia, Tom.

Douglas meneó la cabeza y se quedó mirando por la ventana.

- ¿Y si fue verdaderamente el Dúo Dinámico? -preguntó el sargento, descorazonado. Aquel par de ladrones había vuelto a actuar dos noches atrás; esta vez habían matado a un abogado de Essex. Un testigo, que los vio desde un coche aparcado a cincuenta metros, confirmó que se trataba de dos hombres, lo cual no era ninguna novedad. En la policía circulaba la opinión de que el asesinato de un abogado no debería tipificarse como delito, pero ninguno de los dos bromeó acerca de aquello.

-Cuando empieces a creértelo, me lo dices -dijo Ryan. Pero ninguno de los dos se lo creía. Aquellos dos ladrones no eran más que eso. Habían matado varias veces, y en dos ocasiones utilizaron el coche de la víctima, pero siempre era un coche deportivo, y seguramente lo único que querían era dar una vuelta en un automóvil espectacular. La policía sabía su estatura y su raza, y poca cosa más. Pero aquéllos eran ladrones prácticos, y el que había matado a Pamela Madden quería causar una impresión muy particular. Tal vez había un nuevo asesino suelto, muy sádico, y esa posibilidad no hacía más que añadir una complicación más a sus atareadas vidas.

-Estuvimos muy cerca, ¿no? -observó Douglas-. La chica tenía caras y nombres, y era una testigo.

-Pero no supimos que estaba allí hasta que ese majadero la perdió -contestó Ryan.

-Bueno, ahora ya ha vuelto a dondequiera que haya ido, y nosotros también hemos vuelto a donde estábamos. -Douglas cogió el archivador y regresó a su escritorio.

Cuando Kelly amarró el Springer ya había oscurecido. Levantó la cabeza y vio un helicóptero. Seguramente pertenecía a la base cercana. En cualquier caso, no describía

círculos ni se quedaba suspendido. Había mucha humedad, y en el interior del búnker el aire era prácticamente irrespirable. El aire acondicionado tardó una hora en alcanzar la potencia máxima. La «casa» parecía más vacía que antes, por segunda vez en aquel año; sin una segunda persona que ayudara a ocupar el espacio, las habitaciones parecían más amplias. Kelly estuvo dando vueltas unos quince minutos, hasta que se quedó contemplando la ropa de Pam. Entonces comprendió que estaba buscando a alguien que ya no estaba allí. Cogió la ropa y la apiló en lo que había sido el armario de Tish y que habría podido convertirse en el de Pam. Lo más triste, quizá, era que había muy poca. Las bermudas, una blusa, unas cuantas prendas íntimas, la camisa de franela que se ponía

para dormir, y un par de zapatos gastados. Muy poco para recordarla.

Kelly se sentó en el borde de la cama y se quedó contemplando las pertenencias de Pam. ¿Cuánto había durado? ¿Tres semanas? ¿Nada más que eso? Pero no era justo contar los días según el calendario, porque en realidad el tiempo no se medía de ese modo. El tiempo era una cosa que llenaba los espacios vacíos de tu vida, y sus tres semanas con Pam habían sido más largas y más profundas que todo el tiempo transcurrido desde la muerte de Tish. Pero eso también quedaba semanas atrás, y aunque el tiempo del hospital ya había terminado -ahora aquel período de su vida parecía un simple abrir y cerrar de ojos- era como si ese período se hubiera convertido en un muro entre aquella parte preciosa de su vida y la vida de ahora. Podía acercarse al muro y mirar por encima para ver el pasado, pero ya nunca podría alargar la mano y tocarlo. Así de cruel podía llegar a ser la vida, y la memoria podía ser una maldición, el inquietante recordatorio de lo que un día fue y de lo que habría podido ser si él hubiera actuado de otro modo. Lo peor de todo era que el muro que separaba dónde estaba y dónde podría haber estado lo había construido él mismo, de la misma forma en que hacía un momento había apilado la ropa de Pam porque ya no servía. Si cerraba los ojos la veía. La oía en el silencio, pero los olores habían desaparecido, igual que su tacto.

Kelly alargó el brazo y tocó la camisa de franela, recordando el cuerpo que un día había cubierto, recordando cómo sus grandes y fuertes manos desabrochaban aquellos botones para encontrar su amor; pero ahora no era más que un trozo de tela que no contenía nada. Y entonces Kelly empezó a sollozar, por primera vez desde que se enterara de la muerte de Pam. Le tembló todo el cuerpo y, entre aquellas paredes de cemento armado, gritó su nombre, con la esperanza de que ella pudiera oírle y perdonarle por haberla matado con su estupidez. Quizá Pam hubiera encontrado la paz. Kelly rezó para que Dios comprendiera que la chica nunca había tenido una oportunidad, para que reconociera su bondad y fuera piadoso con ella, pero eso era un misterio que él no tenía capacidad de resolver. La habitación limitaba su visión, y su mirada recaía una y otra vez en la ropa de Pam.

Aquellos bastardos asesinos ni siquiera se habían molestado en cubrir el cuerpo y protegerlo de los elementos y de las miradas de los hombres. Querían que todos se enteraran de cómo la habían castigado y de cómo se habían divertido con ella antes de arrojarla a la basura. Pam Madden no significaba nada para ellos, salvo quizá algo que podían utilizar en vida y también después de muerta para demostrarse su valor. Para él había sido importantísima, y en cambio para ellos no había sido nada. Igual que la familia del jefe del poblado vietnamita, pensó Kelly. Una demostración: atrévete a desafiarnos y sufrirás. Y si otros se enteraban, mucho mejor. Así eran de orgullosos.

Kelly se echó en la cama, agotado después de un largo día de esfuerzo tras pasar semanas en cama. Permaneció mirando el techo, con la luz encendida, con la esperanza de conciliar el sueño y de soñar con Pam, pero su último pensamiento fue discordante.

Si su orgullo podía matar, también podía hacerlo el de aquellos hombres.

Dutch Maxwell llegó a su oficina a las 6.15, como de costumbre. Aunque como jefe adjunto de Operaciones Navales (Aire) ya no formaba parte de ninguna jerarquía de mando operacional, todavía era vicealmirante, y su trabajo actual le exigía considerar suyo cada

avión de la Armada norteamericana. Cada mañana recibía un resumen de las operaciones aéreas sobre Vietnam del día anterior –en realidad eran de hoy, pero habían ocurrido ayer debido a la diferencia horaria, algo que a Maxwell siempre le había parecido extravagante, pese a que él había luchado en una batalla prácticamente a horcajadas sobre la invisible línea del océano Pacífico.

Lo recordaba muy bien: menos de treinta años atrás, volando en un avión de combate F-4 Wildcat del portaaviones Enterprise, como alférez, cuando todavía conservaba el cabello –lo llevaba muy corto–, recién casado, lleno de vitalidad y con trescientas horas de vuelo en su haber. Sus compañeros de escuadrón le llamaban Winny, cosa que a él no le gustaba. El 4 de junio de 1942, poco después de mediodía, detectó tres aviones de bom bardeo en picada Val japoneses que habían perdido de vista al resto del grupo del Hiryu que iba a atacar al Yorktown y se dirigía hacia el portaaviones de Maxwell por error. Los vio salir de detrás de una nube y derribó a dos. El tercero le costó más, pero todavía. recordaba los destellos de las alas de su objetivo y las balas trazadoras que disparaba el artillero japonés en un intento inútil de alejarlo. Al aterrizar en su portaaviones, cuarenta minutos después, aseguró al incrédulo comandante de su escuadrón que había derribado tres aviones; y los tres fueron confirmados por las cámaras. A la mañana siguiente, su taza de café «oficial» había sido sustituida por otra con la palabra «DUTCH» grabada en la porcelana con letras rojas; conservó aquel apodo durante el resto de su carrera.

En otros cuatro cruceros de combate añadió otros doce derribos a su avión, y en su momento comandó un escuadrón de cazas, luego toda la escuadrilla del portaaviones. luego un portaaviones, luego un grupo, y finalmente lo nombraron comandante en jefe de las fuerzas aéreas de la flota del Pacífico, antes de ocupar el puesto actual. Con un poco de suerte, acabarían asignándole el mando de una flota, y hasta ahí alcanzaba a ver Maxwell. Su despacho estaba de acuerdo con su cargo y su experiencia. En la pared, a la izquierda de su escritorio de caoba, colgaba la matrícula del F6F Hellcat que había pilotado en el mar de Filipinas y en la costa de Japón. Sobre el fondo azul marino había pintadas quince banderas del sol naciente, para que nadie olvidara las proezas de aquel hombre. La vieja raza del Enterprise estaba también sobre el escritorio; ya no la utilizaba para algo tan trivial como beber café, ni tampoco para colocar lápices.

Su carrera, que ya casi tocaba a su fin, debatía de haber supuesto un motivo de gran satisfacción para Maxwell, pero él se concentró en el informe de perdidas de la Yankee Station. Dos cazas A-7A Corsair habían sido derribados según el informe, los dos pertenecían al mismo barco y al mismo escuadrón.

–¿Qué ha pasado aquí? –preguntó Maxwell al almirante Podulski.

–Lo he comprobado -contesto Casimir--. Seguramente fue en pleno aire. Anders era el guía. El otro, Robertson, era nuevo.

Algo falló, pero nadie vio qué. No hubo misiles tierra-aire, y volaban demasiado alto para que los alcanzara el fuego antiaéreo.

-¿Saltaron?

- No -contestó Podulski-. El jefe de la escuadrilla vio estallar los aviones. No pudieron escapar.

- ¿Qué buscaban?

- Un presunto arsenal. El resto de la escuadrilla cumplió la misión, pero por lo visto no era muy importante.

- Así que todo fue una pérdida de tiempo. -Maxwell cerró los ojos, preguntándose qué les había pasado a aquellos dos aviones, a la asignación de la misión, a su carrera, a su Armada, a su país.

- No, Dutch, de ninguna manera. Alguien creyó que era un objetivo importante.

- Oye, Cas, ¿no te parece que es un poco temprano para eso?

- Sí, señor. Están investigando el incidente, y seguramente tomarán alguna medida simbólica. Si lo que buscas es una explicación, seguramente se trata de que Robertson era

nuevo, y estaba nervioso (era su segunda misión de combate), y probablemente le pareció ver algo, y a lo mejor avisó, pero iban detrás y nadie lo vio. Mira, Dutch, nosotros también vimos cosas así.

Maxwell asintió con la cabeza:

- ¿Qué más?

- En el norte de Haifong derribaron un A-6. Misiles tierra-aire. Pero recuperaron a la tripulación. El piloto y el enfermero se llevan una medalla por eso -explicó Podulski-. Por lo demás, un día tranquilo en el sur del mar de China. Tampoco hay gran cosa en el Atlántico. Por lo visto, parece que los sirios se están poniendo juguetones con sus nuevos MIG, pero de momento eso todavía no es asunto nuestro. Mañana tenemos la reunión con Grumman, y luego será el Capitolio el que tenga que hablar con nuestros funcionarios sobre el programa de los F-14.

- ¿Qué te parecen los nuevos cazas?

- Por una parte, me gustaría que fuéramos lo suficientemente jóvenes como para pilotar uno, Dutch. -Cas sonrió y añadió-: Pero, por Dios, con lo que vale uno de ésos nosotros construíamos un portaaviones.

- Es el progreso, Cas.

-Sí, demasiado progreso -se quejó Podulski-. Otra cosa. Me han llamado de Pax River. Puede que tu amigo haya vuelto a casa. Su barco está en el muelle.

-¿Por qué me has hecho esperar tanto?

-No había por qué precipitarse. Es un civil, ¿no? Seguro que no se levanta hasta las nueve o las diez.

-No está mal -masculló Maxwell-. Un día de éstos tengo que probarlo.

XI. FABRICACIÓN

A pie, ocho kilómetros pueden hacerse bastante largos. Y nadando, todavía más. Si nadas solo es mucho peor. Y si nadas solo por primera vez después de seis semanas, ocho kilómetros pueden hacerse eternos. Kelly se dio cuenta de eso antes de llegar a la mitad del recorrido, pero aunque al oeste de su isla el agua era poco profunda y en muchos sitios hacía pie, no se paró, no se permitió descansar. Nadaba haciendo trabajar especialmente el brazo izquierdo, agradeciendo el dolor, que era una prueba de sus progresos. La temperatura del agua era casi perfecta: ni demasiado caliente, para no acalorarse, ni demasiado fría, para no perder la energía. Cuando llevaba recorrido un kilómetro aminoró la marcha, pero reunió todas sus fuerzas y siguió adelante, recuperando el ritmo de nuevo hasta que al tocar el barro que señalaba el extremo de la isla Battery apenas podía moverse. Inmediatamente sus músculos empezaron a tensarse, y Kelly tuvo que hacer un gran esfuerzo para ponerse en pie y caminar. Entonces vio el helicóptero. Mientras nadaba lo había oído una vez, pero no le prestó atención. Sabía mucho de helicópteros, y su zumbido le era tan familiar como el de un insecto. Pero ver uno en su playa no era tan normal, y se encaminó hacia él. De pronto, una voz lo llamó desde los búnkers.

–¡Aquí, Kelly!

Kelly se dio la vuelta. Aquella voz le era familiar, y después de frotarse los ojos vio el uniforme blanco de un alto oficial de la Armada –las charreteras doradas, relucientes, no dejaban lugar a dudas.

–¡Vicealmirante Maxwell! –Kelly se alegró de tener compañía, y especialmente la de aquel hombre, pero al salir del agua se había manchado las piernas de barro–. ¿Por qué no me avisó de su llegada?

–Lo intenté, Kelly. –Maxwell se acercó y le estrechó la mano–. Llevo un par de días llamándote. ¿Dónde demonios estabas? ¿En una misión? –Al vicealmirante le sorprendió que la expresión de Kelly se demudara al oír aquella broma.

–No exactamente.

–Bien. Ve y toma una ducha mientras yo veo si encuentro un refresco. –Entonces Maxwell reparó en las cicatrices que Kelly tenía en la espalda y en el cuello–. ¡Por Dios!

Se habían conocido hacía tres años a bordo del Kitty Ha wk; él era entonces jefe de las Fuerzas Aéreas de la flota del Pacífico, y Kelly segundo oficial de primera clase, siempre muy mareado. Maxwell no lo olvidaría nunca. Kelly rescató a la tripulación del Nova One One, cuyo piloto era el teniente Winslow Holland Maxwell III. Pasó dos días recorriendo a nado una zona demasiado peligrosa para enviar helicópteros, y volvió con el piloto, herido pero con vida; pero Kelly cogió una infección en aquellas aguas putrefactas. ¿Y cómo podías recompensar a un hombre que ha salvado a tu único hijo?, se preguntaba Maxwell. Cuando lo vio en la cama del hospital, le pareció muy joven, muy parecido a su hijo, con el mismo orgullo desafiante y la misma inteligencia. Si hubiera justicia, Kelly habría recibido la Medalla del Honor por su misión, pero Maxwell ni siquiera lo intentó. Lo siento. Dutch, le hubieran dicho, me encantaría echarte una mano pero no puedo, resultaría un poco sospechoso. Así que hizo lo que estaba en su mano, y lo ascendió.

Maxwell se quedó en el Kitty Hawk otros tres días, con el pretexto de dirigir una inspección personal de las operaciones aéreas, cuando en realidad lo que quería era estar con su hijo herido y con el joven de las Fuerzas Armadas que lo había rescatado. Estuvo con Kelly cuando éste recibió el telegrama en que le anunciaban la muerte de su padre, un bombero que había sufrido un infarto mientras trabajaba. Y ahora también llegaba justo después de una desgracia.

Kelly salió del cuarto de baño con una camiseta y unos pantalones cortos, un poco fatigado, pero con mirada firme. -`Qué distancia has nadado, John?

- Unos ocho kilómetros, señor.

- No está mal -comentó Maxwell. Le ofreció una coca-cola a su anfitrión y añadió-: Será mejor que descanses un poco.

-Gracias, señor.

-¿Qué te ha pasado? Esa cicatriz del hombro es nueva. -Kelly le contó la historia brevemente, de guerrero a guerrero, pues pese a la diferencia de edad y de rango, tenían mucho en común, y por segunda vez Dutch Maxwell se sentó y escuchó como el padre adoptivo en que se había convertido.

-Una experiencia muy dura, John -comentó el vicealmirante.

- Sí, señor. -Kelly no sabía qué otra cosa decir, y bajó la cabeza-. Nunca llegué a darle las gracias por la tarjeta que me envió cuando murió Tish. Fue usted muy amable, señor. ¿Cómo le va a su hijo?

- Ahora pilota un 727 de la compañía Delta. Dentro de muy poco voy a ser abuelo -dijo el almirante con satisfacción, pero inmediatamente se dio cuenta de lo cruel que ese comentario podría resultarle a Kelly.

- -¡Me alegro mucho! -dijo Kelly con una sonrisa. Y se alegraba sinceramente de oír una buena noticia, de saber que algo que él había hecho había tenido un resultado feliz-. Dígame, ¿qué lo ha traído aquí?

-Quiero comentar una cosa contigo. -Maxwell abrió su maletín y extendió un mapa sobre la mesa.

Kelly emitió un gruñido:

- Vaya, este sitio me suena. -Se fijó en unos símbolos escritos a mano-. Esta es información secreta, señor.

- Sí, el tema del que vamos a hablar es bastante delicado.

Kelly miró a su alrededor. Los vicealmirantes siempre viajaban con ayudantes, normalmente un joven teniente que se encargaba de llevar el maletín oficial, de abrirle la

puerta a su superior, de quejarse por el aparcamiento del coche y otras tareas poco dignas de su rango. Entonces reparó en que la tripulación del helicóptero se había quedado fuera y que el vicealmirante Maxwell estaba solo, y aquello no era algo corriente.

- ¿Por qué yo, señor?

- Porque eres el único que ha estado en esta zona.

- Sí, y ojalá siga siéndolo. -Los recuerdos que tenía Kelly de aquel lugar no eran precisamente agradables. Al mirar el mapa bidimensional las desagradables imágenes tridimensionales volvieron a su mente.

- ¿Hasta qué punto del río llegaste, John?

-Hasta aquí -contestó Kelly, buscando el lugar en el mapa-. La primera vez no encontré a su hijo, así que volví atrás y lo encontré más o menos aquí.

«No está mal -pensó Maxwell-. Bastante cerca del objetivo.»

- Este puente ha desaparecido -explicó el vicealmirante-. Nos costó dieciséis misiones, pero finalmente lo conseguimos.

- ¿Sabe lo que eso significa? Seguramente han construido un vado, o un par de puentes flotantes. ¿Quiere un consejo para eliminarlos?

-No, no hace falta. El objetivo está aquí. -Maxwell señaló con el dedo un punto marcado con bolígrafo rojo.

- Es un tramo muy largo para recorrerlo nadando, señor. ¿De qué se trata?

- Cuando te retiraste, pediste que te pusieran en la reserva -dijo Maxwell con benignidad.

- ¡Un momento, señor!

-Tranquilízate, hijo. No voy a llamarte a filas. -«Todavía», pensó Maxwell-. Te dieron una autorización para acceder a documentos secretos.

- Sí, a todos nosotros, porque...

-Este asunto es más que secreto, John. -Y Maxwell le explicó por qué, mostrándole otros documentos que llevaba en el maletín.

-Esos bastardos cabrones... -dijo Kelly después de examinar las fotografías de reconocimiento. ¿Quiere entrar y sacarlos, como en Song Tay?

- ¿Qué sabes tú de Song Tay?

–Sólo lo que salió a la luz –aclaró Kelly–. Los del grupo solíamos comentarlo. Nos parecía un plan muy astuto. Cuando se lo proponen, los chicos de las Fuerzas Especiales son muy listos. Pero...

–Sí, pero no encontraron a nadie. Este tipo –dijo Maxwell señalando la fotografía– ha sido identificado como un coronel de la Fuerza Aérea. Te recuerdo que esta conversación no ha tenido lugar, Kelly.

– Lo comprendo, señor. ¿Cómo piensan hacerlo?

– Todavía no estamos seguros. Tú conoces la zona, y necesitamos tu información para sopesar las diferentes opciones.

Kelly pensó en las cincuenta horas que había pasado sin dormir en aquel lugar.

– Es demasiado frondoso para los helicópteros. Y hay muchas baterías antiaéreas. Lo bueno de Song Tay es que no estaba cerca de nada, pero este sitio está demasiado cerca de Haifong, y hay todas estas carreteras... No será fácil, señor.

– Nadie ha dicho que tuviera que ser fácil.

–Podrían utilizar estas colinas para enmascarar su aproximación, pero tendrían que atravesar el río tarde o temprano... por aquí, y entonces se encontrarían con la artillería antiaérea... y según estas notas, eso es todavía peor.

– ¿Las Fuerzas Especiales planearon alguna misión aérea en esta zona? –preguntó Maxwell, risueño; pero la respuesta que obtuvo lo sorprendió.

– En mi grupo siempre escaseaban los oficiales, señor. Caían como moscas. Durante dos meses yo fui el oficial de operaciones, y todos sabíamos planear incursiones. Teníamos que hacerlo, porque era la parte más peligrosa de nuestras misiones. No me interprete mal, señor,

pero hasta los soldados de tropa piensan.

– Nunca he dicho Io contrario –se defendió Maxwell.

Kelly se sonrió:

– No todos los oficiales son tan despiertos como usted, señor. –Volvió a estudiar el mapa y prosiguió–: Estas cosas hay que planearlas al revés. Empiezas con lo que necesitas para el objetivo, y luego retrocedes para encontrar la forma de llevarlo hasta allí.

– Dejemos eso para después. Háblame del valle –sugirió Maxwell.

«Cincuenta horas», recordó Kelly Lo recogieron en helicóptero en Danang y lo depositaron a bordo del submarino Sakete, que llevó a Kelly hasta el profundo estuario de aquel maldito y pestilente río; nadó contra corriente detrás de un bote de motor eléctrico, que seguramente seguiría allí, a no ser que algún pescador lo hubiera rescatado. Recordó el miedo que sentía cuando no podía ocultarse bajo la ondulante superficie. Cuando no podía esconderse, cuando avanzar era demasiado peligroso, se escondía bajo las algas de la orilla, y observaba el tráfico de la carretera, oyendo el estruendo de la artillería antiaérea situada en las colinas, preguntándose lo que sería de él si un niño norvietnamita lo descubría y se lo decía a su padre y ahora aquel oficial le pedía que arriesgara las vidas de otros hombres en aquel lugar, y confiaba en él, como había hecho Pam, y creía que él sabía lo que tenía que hacer. Esa idea le produjo escalofríos.

–No es un lugar muy agradable, señor. Su hijo también lo conoce.

– Pero no desde la misma perspectiva que tú –objetó Maxwell.

Tenía razón. El hijo del vicealmirante se ocultó en un paraje frondoso. Tenía una pierna rota y utilizaba la radio sólo en horas alternas. Permaneció allí, esperando a que Serpiente lo rescatara. Oía las mismas baterías antiaéreas que habían derribado su A-6 martilleando el cielo, disparando contra otros pilotos americanos que intentaban derribar el mismo puente que sus propias bombas no habían conseguido destruir. «Cincuenta horas», recordó Kelly. Sin descansar, sin dormir, con el miedo como único compañero.

– ¿De cuánto tiempo disponen, señor?

–No estamos seguros. La verdad es que no estoy seguro de que den luz verde a esta misión. Cuando tengamos un plan podremos presentarlo. Cuando lo aprueben, podremos reunir los elementos necesarios, entrenarnos y actuar.

– ¿Y los aspectos meteorológicos? –preguntó Kelly.

–La misión tiene que llevarse a cabo en otoño, este otoño. –Y usted cree que si nosotros no vamos a rescatarlos esos chicos no saldrán nunca de ahí, ¿no es así?

– Por eso han organizado ese campamento de ese modo –replicó Maxwell.

- Yo soy bastante bueno, vicealmirante, pero no olvide que no soy más que un soldado.

- Tú eres el único que se ha acercado a ese lugar. -El vicealmirante recogió las fotografías y los mapas. Le entregó a Kelly un mapa y añadió-: Rechazaste tres veces el ingreso en la Academia de Oficiales. Me gustaría saber por qué, John.

- ¿Quiere saber la verdad? Eso habría significado volver. Pensé que ya había tentado bastante mi suerte.

Maxwell lo creyó sin ningún reparo, y deseó que su mejor fuente de información sobre aquel terreno tuviese un rango acorde con su experiencia, pero Maxwell también recordaba las misiones de combate en el Enterprise con pilotos sin graduación; por lo menos uno de ellos había demostrado suficiente destreza para ser comandante de un grupo aéreo, y sabía que los mejores pilotos de helicóptero eran probablemente los suboficiales que el Ejército despilfarraba en Fort Rucker. Pero aquél no era momento para malgastar talentos.

-En Song Tay cometieron un error -comentó Kelly.

- ¿De qué se trata?

-Creo que se entrenaron demasiado. Al cabo de cierto período de tiempo, acabas debilitándote. Hay que escoger a la gente adecuada, y bastará con un par de semanas como máximo. Si lo alargas no consigues nada.

- No eres el único que opina así -aseguró Maxwell.

-¿Va a ser un trabajo de un grupo de Fuerzas Especiales?

- Todavía no estamos seguros, Kelly, puedo darte dos semanas mientras estudiamos otros aspectos de la misión.

-¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

Maxwell dejó un pase del Pentágono sobre la mesa:

- Ni llamadas ni cartas. Todos los contactos han de ser cara a cara.

Kelly se levantó y acompañó al vicealmirante hasta el helicóptero. Cuando vieron a su superior, los miembros de la tripulación pusieron en marcha los motores del SH-2 SeaSprite y el rotor empezó a girar y Kelly cogió al vicealmirante por el brazo:

- En Song Tay... ¿hubo un traidor?

- ¿Por qué lo preguntas?

Kelly asintió con la cabeza.

-Con eso ha contestado a mi pregunta, vicealmirante.

-No estamos seguros. -Maxwell agachó la cabeza y subió a la parte trasera del helicóptero.

Mientras despegaban, se lamentó de que Kelly hubiera declinado la invitación a ingresar en la Academia de Oficiales. Aquel chico era más listo de lo que había imaginado, y el vicealmirante decidió consultar a su antiguo comandante. Se preguntó también cómo reaccionaría Kelly cuando recibiera el llamamiento para incorporarse al servicio activo. No parecía justo traicionar la confianza de aquel chico -era posible que Kelly lo viera así, pensó Maxwell mientras el SeaSprite viraba para dirigirse al noreste-, pero su mente y su corazón estaban con los veinte hombres retenidos en SENDER GREEN, y les debía lealtad. Además, quizá Kelly necesitara distraerse de sus problemas personales. El vicealmirante se consoló con aquella idea.

Kelly permaneció en la playa mientras el helicóptero desaparecía en la bruma. Luego se dirigió hacia su taller. Había imaginado que a aquella hora tendría el cuerpo dolorido y la mente relajada, pero sorprendentemente le ocurría lo contrario. Los ejercicios que había hecho en el hospital habían dado mejores resultados de lo que esperaba. Todavía tenía un problema de resistencia física, pero su hombro, después de los primeros e inevitables do-lores, lo había soportado muy bien, y ahora era el momento del período de euforia. Kelly confió en encontrarse bien el resto del día, aunque se propuso acostarse temprano para prepararse para otro día de ejercicios; mañana se llevaría un reloj y empezaría a cronometrarse. El vicealmirante le había dado dos semanas, más o menos el mismo tiempo que él se había dado para su preparación física. Ahora había llegado el momento de otro tipo de preparación.

Todos los puertos militares eran parecidos, independientemente de su tamaño y de su función. Había cosas que todos debían tener, por ejemplo, un taller de construcción y reparación de maquinaria. En la isla Battery, que había dado cobijo a embar-

caciones de rescate hasta hacía seis años, había herramientas para reparar y fabricar piezas estropeadas. La colección de herramientas que Kelly había reunido era similar a la que podía encontrarse en un destructor. Posiblemente la Fuerza Aérea tuviera las mismas. Puso en marcha un fresadora South Bend y empezó a examinar sus piezas y sus depósitos de aceite para asegurarse de que podría hacer lo que quería con la máquina.

Junto a la máquina había varias herramientas, calibres y cajones llenos de piezas de acero con diferentes formas para la posterior fabricación de cualquier artefacto que necesitara el técnico. Kelly se sentó en un taburete y caviló qué necesitaba exactamente; decidió que primero necesitaba otra cosa. Cogió la 45 automática, la descargó y la desmontó, y a continuación examinó cuidadosamente el cañón y el cargador.

«Vas a necesitar dos de cada», se dijo Kelly. Pero lo primero era lo primero. Colocó el cargador en un calibre y utilizó la fresadora para hacer dos pequeños agujeros en la parte superior del mismo. La fresadora hizo dos agujeros perfectos, a una distancia de tres

centímetros. Aterrajar los agujeros fue igual de fácil, y un destornillador acabó el trabajo. Con aquello finalizaba la parte sencilla de la faena del día. Kelly se acostumbraba a utilizar la máquina, cosa que no había hecho desde hacía un año. Kelly examinó el cargador de la pistola para asegurarse de que no había estropeado nada. Ahora venía lo complicado.

No tenía ni tiempo ni material para hacerlo como era debido. Sabía cómo funcionaba un soldador, pero le faltaban las herramientas para fabricar las piezas necesarias para el tipo de instrumento que le habría gustado tener. Para hacerlo habría tenido que ir a una pequeña fundición cuyos artesanos se habrían preguntado qué se proponía hacer, y no podía arriesgarse. Se consoló pensando que no hacía falta que fuera perfecto; al fin y al cabo, lo perfecto siempre era una lata y muy a menudo no valía la pena tanto esfuerzo.

Primero cogió una pieza de acero, una especie de cilindro estrecho y de paredes gruesas. Volvió a taladrarla y a aterrajar el agujero, esta vez en el centro de la superficie inferior, axial al cuerpo de la lata. El agujero era de un centímetro y medio. Las piezas que escogió parecían pequeñas tazas con agujeros en el fondo. Cada una de las piezas era un deflector. Intentó meterlos dentro de la pieza cilíndrica, pero eran demasiado anchos. Kelly refunfuñó. Los deflectores tenían que pasar por su torno. Lo hizo, recortando el exterior hasta alcanzar un diámetro de un milímetro menos que el del interior del cilindro; fue una operación larga y trabajosa. Cuando terminó, se recompensó con una coca-cola fría. A continuación metió los deflectores dentro del cilindro. Se ajustaban perfectamente; no se movían, pero quedaban lo suficientemente sueltos y se los podía retirar con un par de sacudidas. Bien. Los extrajo y a continuación fabricó una tapa para el cilindro, que también tuvo que aterrajar. Finalizada esta tarea, la enroscó primero sin los deflectores y luego con ellos dentro. Se felicitó por cómo encajaban todas las piezas, pero luego se dio cuenta de que no había hecho un agujero en la tapa, y tuvo que hacerlo, utilizando de nuevo la fresadora. Practicó un agujero de medio centímetro de diámetro. Cuando terminó montó las piezas y pudo ver a través de ellas; por lo menos había conseguido taladrar en línea recta.

Ahora venía lo importante. Kelly preparó la máquina sin prisas, comprobándola por lo menos cinco veces antes de practicar la rosca con un movimiento de la palanca. Primero respiró hondo. Lo había visto hacer varias veces, pero nunca lo había hecho él mismo, y pese a que era bastante mañoso, era un oficial retirado, no un segundo maquinista. Una vez terminada la operación, desmontó el cañón y volvió a montar la pistola. Cogió una caja de municiones del 22 y salió del taller.

La voluminosa y pesada Colt automática nunca le había intimidado, pero las municiones del 45 eran mucho más caras que las del 22, y por eso el año anterior había comprado un equipo de conversión que permitía disparar las balas del 22 con la pistola. Arrojó la lata de coca-cola a unos cinco metros de distancia y puso tres balas en la recámara. No se tomó la molestia de protegerse los oídos. Se colocó como siempre hacía: de pie, relajado, con las manos a los costados. Entonces levantó la pistola rápidamente, la cogió con las dos manos y se puso en cuclillas. Se dio cuenta que el cilindro que había enroscado en el cañón le limitaba la visión. Eso supondría un problema. Bajó la pistola y volvió a levantarla, y efectuó el primer disparo sin ver el blanco. El resultado era previsible: no tocó la lata. Pero el silenciador había funcionado bien. Los técnicos de sonido de la televisión y el cine suelen representarlo mal, como un zing musical, pero el ruido producido por un buen silenciador se parece más al de un cepillo metálico golpeando un trozo de madera. Cuando la bala pasó por los agujeros, el gas despedido quedó atrapado en los deflectores, que lo obligaron a expandirse por el espacio interior del cilindro. Con cinco deflectores internos -seis contando la tapa-, el ruido del disparo quedó reducido a un susurro.

Todo aquello estaba muy bien, pero si no daba en el blanco, éste oiría el sonido del cargador de la pistola, y los sonidos mecánicos de un arma de fuego eran inconfundibles. Había fallado disparando a una lata de coca-cola a cinco metros de distancia. Su puntería necesitaba mucha práctica, Una cabeza humana era mucho mayor, desde luego, pero la zona de la cabeza a la que quería disparar no lo era. Kelly se relajó y volvió a intentarlo, dibujando

un suave y rápido arco al levantar la pistola. Esta vez empezó a apretar el gatillo justo en el momento en que el silenciador empezaba a ocultar el blanco. Funcionó, más o menos. La lata recibió un impacto en la base. Pero fallaba la coordinación. El siguiente disparo dio prácticamente en el centro de la lata, y Kelly sonrió. Retiró la recámara y cargó el arma con cinco balas; esta vez la lata quedó destrozada, con siete agujeros, seis de ellos agrupados en el centro.

«Todavía te queda algo de puntería, Johnnie», se dijo Kelly mientras ponía el seguro de la pistola. Pero estaba practicando a la luz del día, disparando contra un elemento inmóvil de metal rojo, y Kelly era consciente de eso. Volvió al taller y desmontó de nuevo la pistola. El silenciador había tolerado los disparos sin sufrir menoscabo, pero de todos modos lo limpió y engrasó el interior. Otra cosa, pensó. Cogió un pequeño pincel y esmalte blanco y pintó una línea recta desde la parte superior del cargador. Eran las dos de la tarde.

Kelly almorzó un poco y se dispuso a iniciar sus ejercicios de la tarde.

-¡Uf! ¿Todo eso?

- ¿Vas a quejarte? -dijo Tucker-. ¿Qué te pasa? ¿Es demasiado para ti?

- Yo puedo encargarme de cualquier cantidad que me entregues, Henry -repuso Piaggi, un poco molesto por la arrogancia de aquel hombre; pero luego pensó en lo que vendría después.

-¡Vamos a estarnos tres días aquí! -se quejó Eddie Morello.

- ¿Es que no confías en tu esposa? -dijo Tucker, sonriendo. El próximo sería Eddie; ya lo había decidido. Al fin y al cabo, Morello no tenía demasiado sentido del humor.

-Mira, Henry... -dijo Eddie, enrojeciendo.

- Tranquilos, por favor -intervino Piaggi. Miró los ocho kilos de droga que había sobre la mesa y luego se volvió hacia Tucker-. Me encantaría saber de dónde sacas el género.

- No me extraña, Tony, pero de eso ya hemos hablado. ¿Puedes encargarte o no?

- No olvides que una vez que empiezas con estas cosas es un poco difícil parar. La gente depende de ti, no sé si me entiendes. ¿Qué le dices al oso cuando te quedas sin galletas? -Piaggi estaba pensando. Tenía contactos en Filadelfia y en Nueva York, gente joven como él, cansados de trabajar para un carcamal. Se trataba de mucho dinero. Se preguntaba en qué se había metido Henry. Habían empezado hacía sólo dos meses, con dos kilos de una pureza sólo comparable a la mejor mercancía siciliana, pero a mitad de precio. Y Henry era el único responsable de solucionar los problemas de las entregas, lo cual hacía que el trato fuera doblemente atractivo. Y los mecanismos de seguridad eran impresionantes. Henry no era idiota, no era como esos negros con grandes ideas y un cerebro enano. Era un hombre de negocios, sereno y profesional, un buen aliado y socio en potencia.

- Tengo un proveedor muy sólido. Deja que yo me encargue de eso, amigo.

- Está bien -asintió Piaggi-. Sólo hay un problema, Henry. Tardaré un poco en reunir tanto dinero. Tendrías que haberme avisado.

Tucker sonrió:

-No quería asustarte, Anthony.

- ¿Confías en mí?

Tucker asintió con la cabeza y le miró a los ojos:

-Sé que eres un tío serio.

Todo estaba controlado. Piaggi no dejaría escapar la oportunidad de establecer un suministro regular a sus socios. No le importaba que le pagara a largo plazo. Angelo Vorano no lo había entendido, pero había servido para conocer a Piaggi. Además, Angelo ya no existía.

- ¿Es igual de pura que la otra? -preguntó Morello con poco tacto.

- Eddie, ¿cómo quieres que se fíe de nosotros respecto al dinero y nos engañe a la vez? -

le dijo Piaggi.

- Dejadme que os explique lo que está pasando. Tengo un buen suministro de buen género. De dónde lo obtengo y cómo lo obtengo es asunto mío. También tengo un territorio donde no quiero que os metáis, pero todavía no hemos tropezado en la calle, y seguiremos así. -Los dos italianos asintieron; Eddie por inercia, pero Tony y Piaggi con compresión y respeto le habló en el mismo tono:

- Tú necesitas distribución. Nosotros podemos encargarnos de eso. Tú tienes tu propio territorio, y nosotros estamos dispuestos a respetarlo.

Había llegado el momento de la siguiente jugada.

-No he llegado hasta aquí cometiendo estupideces -dijo Tucker. Y añadió-: A partir de hoy, vosotros quedaréis al margen de esta parte del negocio.

-¿Qué quieres decir?

- Lo que quiero decir es que se acabaron los paseos en barco. Quiero decir que ya no manipularéis el género.

A Piaggi no le importó. Había hecho aquel trabajo cuatro veces, y la novedad ya había pasado.

-Me parece correcto -dijo-. Si quieres, puedo decirle a mi gente que recoja las entregas donde tú indiques.

- Separaremos el género del dinero. Como en cualquier negocio -dijo Tucker-. Una especie de línea de crédito.

- Primero el material.

-Me parece bien, Tony. Elige bien a la gente, ¿de acuerdo? La idea es que tú y yo nos separemos todo lo posible de la droga.

- Si cogen a alguien, cantará -intervino Morello. Se sentía excluido de la conversación, y no era lo bastante inteligente para captar su significado.

- Los míos no -repuso Tucker sin alterarse-. No son tan tontos.

- Lo hiciste tú, ¿no? -dijo Piaggi, que había relacionado el incidente. Tucker asintió-. Me gusta tu estilo, Henry. La próxima vez intenta ser un poco más prudente.

- He tardado dos años en organizar todo esto, y me ha costado mucho dinero. Quiero que mi negocio dure mucho tiempo, y no volveré a arriesgarme más de lo necesario. Dime, ¿cuándo puedes pagarme esta partida?

-He traído cien mil. -Piaggi señaló la bolsa de lona que había dejado en la cubierta. Aquella pequeña operación había crecido con sorprendente rapidez, pero las tres primeras partidas las había vendido a buen precio, y Tucker, pensó Piaggi, era un hombre de confianza, dentro de lo que cabía en aquel negocio. Supuso que si Tucker hubiera querido engañarlos ya lo habría hecho, y aquella cantidad de droga era demasiado para esas cosas-. Puedes quedártelos, Henry. Y me parece que te deberemos otros... ¿quinientos? Voy a necesitar un poco de tiempo, quizá una semana. Lo siento, amigo, pero me has cogido desprevenido.

-Dejémoslo en cuatrocientos. Tony. No nos conviene apretar a nuestros amigos al principio. Vamos a crear un poco de buen ambiente, ¿de acuerdo?

- ¿Una oferta especial de lanzamiento? -Piaggi rió y le pasó una cerveza a Henry-. Debes de tener sangre italiana, tío. ¡Muy bien! Lo haremos a tu manera.

Piaggi se preguntó hasta dónde podría llegar el proveedor de Tucker.

- Y ahora, a trabajar. -Tucker abrió la primera bolsa de plástico y la vació en un cuenco de acero inoxidable. Se alegró de que en adelante no tendría que preocuparse más de aquel jaleo. La séptima fase de su plan de marketing se había cumplido. A partir de ahora, otros se encargarían del trabajo de cocina, en principio bajo su supervisión, por supuesto, pero a partir de hoy Henry Tucker actuaría como un ejecutivo. Mientras mezclaba la droga, se felicitó por su inteligencia. Había iniciado el negocio de la forma correcta, arriesgándose pero sopesando bien los riesgos, construyendo su organización desde la base, haciendo las cosas personalmente, ensuciándose las manos. Seguramente Piaggi había empezado igual, pensó Tucker. Seguramente Tony lo había olvidado ya, y también había olvidado las consecuencias.

Pero eso no le incumbía a Tucker.

–Mire, coronel, yo no era más que un ayudante de campo. ¿Cuántas veces quiere que se lo repita? Yo hacía lo mismo que los ayudantes de campo de sus generales, las tonterías más insignificantes.

–Y entonces, ¿por qué aceptó ese trabajo? –Al coronel Nikolái Yevguenievich Grishanov le parecía lamentable que aquel hombre tuviera que pasar por aquello, pero el coronel Zacharias no era un hombre. Era un enemigo, se recordó el ruso con cierto disgusto, y quería que volviera a hablar.

–¿No ocurre lo mismo en sus fuerzas aéreas? Si un general se fija en ti, te ascienden más deprisa. –El americano hizo una breve pausa y añadió–: También redactaba discursos. –Eso no le acarrearía problemas.

–En nuestras fuerzas aéreas, ésa es tarea de los oficiales políticos –replicó Grishanov desdeñando aquella frivolidad.

Era su sexta sesión. Grishanov era el único oficial soviético con autorización para entrevistar a los americanos; los vietnamitas estaban actuando con mucha precaución. Veinte americanos, todos de distinta condición. Según el archivo, Zacharias era piloto de caza, pero también oficial de inteligencia. Había dedicado los veinte años de su carrera al estudio de los sistemas de defensa aérea. Tenía un doctorado por la Universidad de California, Berkeley, en ingeniería eléctrica. El archivo incluía una copia recientemente obtenida de su tesis doctoral, «Aspectos de la propagación y difusión de microondas sobre terreno angular», que uno de los tres infiltrados que habían colaborado para reunir in-formación sobre el coronel había fotocopiado en los archivos de la universidad. La tesis debió haber sido clasificada como secreta inmediatamente después de su finalización –como habría ocurrido en la Unión Soviética–. Era un examen muy inteligente de lo que le ocurría a la energía de los radares de baja frecuencia, y de cómo podía un avión utilizar montañas y colinas para ocultarse de los radares. Tres años después de la redacción de aquella tesis, mientras formaba parte de un escuadrón de cazas, le habían asignado un turno de servicio en la base aérea de Offutt, en las afueras de Omaha, Nebraska. Como miembro del personal del Mando Aéreo Estratégico, había trabajado en perfiles de vuelo que permitirían a los bombarderos B-52 penetrar las defensas aéreas soviéticas, aplicando sus conocimientos teóricos de física al mundo práctico de la guerra estratégico-nuclear.

Grisnahov no podía odiar a aquel hombre. En cierto modo, el coronel ruso, que también era piloto de caza –acababa de terminar un mando de regimiento en el mando de defensa aérea soviético, y ya había sido elegido para otro– era la contrapartida exacta de Zacharias. En tiempo de guerra, su trabajo consistía en evitar que aquellos bombarderos arrasaran su país, y en tiempo de paz planear métodos para dificultar lo más posible su penetración en el espacio aéreo soviético. Aquella identidad hacía que su trabajo actual fuera a la vez difícil y necesario. No pertenecía al KGB; no era uno de esos brutos. Herir a la gente no le producía ningún placer –matarla era diferente–, ni siquiera tratándose de americanos que planeaban la destrucción de su país. Pero los que sabían cómo obtener información no sabían analizar aquello que él estaba buscando, ni siquiera sabían qué preguntas hacer; y no servía de nada escribir las preguntas, porque tenías que mirar al hombre a los ojos cuando hablaba. Un hombre lo suficientemente inteligente como para formular planes como aquéllos también lo era para mentir con la convicción y la autoridad capaces de engañar a cualquiera.

A Grishanov no le gustaba lo que estaba viendo. Aquél era un hombre habilidoso y valiente, que había luchado para instalar especialistas en la detección de aviones que los americanos llamaban Wild Veasels. Los rusos también habrían podido utilizar aquel término, refiriéndose a los malvados y pequeños depredadores que perseguían a sus presas hasta el interior de sus madrigueras.

Aquel prisionero había volado en ochenta y nueve misiones como aquélla, suponiendo

que los vietnamitas hubieran recuperado las piezas correctas del avión correcto –como los rusos, los americanos llevaban la cuenta de sus éxitos en el avión–, y por lo tanto era exactamente la persona con que necesitaba hablar. Quizá algún día llegaría a escribir algo sobre aquella lección, pensó Grishanov. El orgullo del americano demostraba a quién habían capturado, y cuánto sabía. Pero los pilotos de caza eran así, y Grishanov también se habría negado a revelar sus hazañas contra los enemigos de su país. El ruso intentó convencerse también de que él suponía una mínima amenaza para aquel prisionero. Seguramente Zacharias había matado a muchos vietnamitas –y no simples campesinos, sino técnicos en misiles muy cualificados, entrenados por los rusos– y el gobierno de ese país querría castigarlo por eso. Pero aquello no era asunto suyo, y no quería que los sentimientos políticos se interpusieran en sus obligaciones profesionales. El suyo era un aspecto de la defensa nacional rigurosamente científico y complejo. Su deber era trazar planes para prevenir un ataque de cientos de aviones, cada uno de los cuales llevaba una tripulación de especialistas bien entrenados. La forma de pensar y la doctrina táctica de esos especialistas era tan importante como sus proyectos. Aquellos asquerosos fascistas tenían tanto en común con la filosofía política de su país como los caníbales con la alta cocina francesa.

–Estoy mejor informado de lo que usted se imagina, coronel –dijo Grishanov con paciecia. Depositó sobre la mesa los últimos documentos que había recibido–. Anoche leí esto. Es un trabajo excelente.

El ruso no apartaba los ojos del coronel Zacharias. La sorpresa del americano fue considerable. Aunque él también era en cierto modo un oficial de inteligencia, nunca había soñado que en Vietnam alguien pudiera llevar la noticia a Moscú. En su cara se leía lo que estaba pensando: ¿Cómo pueden saber tantas cosas de mí? ¿Cómo habían podido indagar tanto en su pasado? ¿Quién había podido hacerlo? ¿Había alguien tan bueno, tan profesional? ¡Pero si los vietnamitas eran idiotas! Grishanov, como muchos oficiales rusos, era un estudiante concienzudo de historia militar. Había leído toda clase de documentos antiguos en las salas de descanso de su regimiento. En uno de los que nunca olvidaría se enteró de cómo la Luftwaffe alemana interrogaba a los aviadores capturados, y ahora pensaba aplicar aquella lección. La tortura física sólo había servido para endurecer a aquel hombre, pero una simple hoja de papel había conseguido estremecerlo. Todo el mundo tenía algún punto débil. Para encontrarlo hacía falta inteligencia.

–¿Por qué no llegaron a declararlo confidencial? –preguntó Grishanov mientras encendía un cigarrillo.

–No es más que física teórica –contestó Zacharias encogiéndose de hombros. Se había recuperado un poco y ahora intentaba ocultar su desesperación–. Los que más interés mostraron fueron los de la compañía telefónica.

Grishanov señaló la tesis y dijo:

–Yo he aprendido un par de cosas. ¡Predecir falsos ecos a partir de mapas topográficos, identificar los puntos ciegos matemáticamente! De esa forma se puede proyectar una ruta de aproximación, idear maniobras de un punto a otro. ¡Excelente! Dígame, ¿cómo es Berkeley?

–Una universidad como otra cualquiera, al estilo de California –explicó Zacharias. Pero inmediatamente advirtió que estaba hablando demasiado. No tenía que hablar. Le habían entrenado para no hablar, para saber qué podía esperar, qué era prudente hacer, cómo esquivar y disimular. Pero para aquello no estaba preparado. Y además estaba cansado, y asustado, y harto de cumplir un código de conducta que a nadie le importaba un comino.

–No sé gran cosa de su país (salvo cuestiones profesionales, por supuesto). ¿Son muy grandes las diferencias regionales? Usted es de Utah. Cuénteme, ¿cómo es?

–Zacharias, Robin G., coronel...

Grishanov levantó las manos:

–Por favor, coronel. Todo eso ya lo sé. También sé el lugar y la fecha de su nacimiento. Cerca de Salt Lake City no hay ninguna base aérea. Lo único que sé es lo que dicen los mapas. Seguramente nunca visitaré esa zona, mejor dicho ninguna zona de su país. Cuénteme,

¿es muy verde Berkeley? Una vez me dijeron que en California cultivan viñas. Pero de Utah no sé nada. Hay un lago muy grande, pero lo llaman «Salt Lake», ¿no? ¿Es salado?

–Sí, por eso...

–¿Cómo puede ser salado? El mar está a mil kilómetros y en medio hay montañas, ¿no es así? Yo conozco bien el mar Caspio. Estuve destinado en una base en aquella región. Y no es salado. ¿Y Salt Lake sí? Qué raro. –Apagó el cigarrillo.

Zacharias movió ligeramente la cabeza.

–No estoy seguro. Yo no soy geólogo. Supongo que son restos de otras épocas.

–Quizá. Allí también hay montañas, ¿no?

–Las montañas Wasatch –confirmó Zacharias con apatía.

Los vietnamitas sabían cómo alimentar a sus prisioneros, pensó Grishanov. Les daban una bazofia que los perros sólo aceptarían en caso de extrema necesidad. Se preguntó si sería una dieta deliberada y meditada, o el resultado fortuito de la barbarie. Los prisioneros políticos del Gulag comían mejor, pero la dieta de aquellos americanos disminuía su resistencia a las enfermedades, los debilitaba tanto que la huida se hacía imposible por falta de energía. Era parecido a lo que hacían los fascistas con los prisioneros soviéticos y, aunque desagradable, a Grishanov le resultaba útil. La resistencia física y mental requería energía, y aquellos hombres perdían progresivamente sus fuerzas tras horas de interrogatorio; su valentía y su entereza se iban desvaneciendo. Grishanov estaba aprendiendo a dominar el cerebro de aquellos hombres tan parecidos a él. Era un proceso largo pero distraído.

–¿Y hay estaciones de esquí?

Zacharias parpadeó, como si aquella pregunta lo hubiera transportado a otro lugar y a otro tiempo.

–Sí, muy buenas.

–Aquí hoy se puede esquiar, coronel. A mí me gusta mucho el esquí de fondo. Es un buen ejercicio, muy relajante. Yo tenía esquís de madera, pero en mi último regimiento un oficial de intendencia me fabricó unos esquís de acero con piezas de avión.

–¿Acero?

–Acero inoxidable. Pesa más que el aluminio, pero es más flexible. Yo lo prefiero. Del panel de un ala de nuestro nuevo interceptor, el proyecto E-266.

–¿Qué es eso? –Zacharias no sabía nada del nuevo MiG-25. –Ahora ustedes lo llaman Foxhat. Es muy rápido; fue diseñado para cazar a sus bombarderos B-70.

–Pero ese proyecto lo cancelamos –objetó Zacharias.

–Sí, lo sé. Pero gracias a su proyecto yo conseguí un caza maravillosamente rápido. Cuando vuelva a mi país, dirigiré el primer regimiento.

–¿Cazas hechos de acero? ¿Por qué?

–Resiste el calentamiento aerodinámico mucho mejor que el aluminio –explicó Grishanov–. Y con las piezas sobrantes pueden hacerse esquís. -Zacharias estaba muy desconcertado–. ¿Qué le parece la combinación de mis cazas de acero y sus bombarderos de aluminio?

–Supongo que eso depende de... –Zacharias se interrumpió. Miró al ruso, primero desconcertado por lo que había estado a punto de decir, y luego con resolución.

«Todavía es demasiado pronto», se dijo Grishanov, decepcionado. Se había precipitado un poco. Aquel americano era muy valiente. Capaz de dirigir su Wild Veasel ochenta veces. Capaz de resistir mucho tiempo. Pero Grishanov tenía todo el tiempo del mundo.

XII. EQUIPO

«Volkswagen del 63, pocos kilómetros, radio, tel. 652-1265.»

Kelly introdujo una moneda y marcó el número. Era un sábado extremadamente húmedo y caluroso, y Kelly estaba furioso por su estupidez. A veces pasabas por alto las cosas más evidentes.

- Buenos días. Llamo por el anuncio del coche... -dijo Kelly-. Si quiere puedo venir ahora mismo...

- De acuerdo. ¿Quince minutos?

- Muy bien.

Colgó el auricular. Por lo menos algo salía bien. En el interior de la cabina, Kelly hizo una mueca. El Springer estaba amarrado en uno de los puertos deportivos del Potomac. Tenía que comprarse un coche nuevo, pero ¿cómo ir a recogerlo? Si cogía el Scout, podía volver con el nuevo, pero ¿qué hacía con el otro? Se rió de sí mismo. Tuvo suerte, y vio un taxi que salía del puerto: podría cumplir la promesa que acababa de hacer a la anciana.

-A1,4500 de Essex Avenue -dijo al conductor.

- ¿Dónde está eso?

- En Bethesda.

- Te va a salir caro, tío -advirtió el taxista.

Kelly le alargó un billete de diez dólares y dijo:

- Si llegas en un cuarto de hora te doy otro.

-Ningún problema.

El taxista se puso en marcha y evitó Wisconsin Avenue la mayor parte del tiempo. Aprovechando un semáforo, el taxista buscó Essex Avenue en el mapa, y llegó con veinte segundos de antelación, con lo que se ganó los otros diez dólares.

Era un barrio residencial, y no le costó encontrar la casa. Allí estaba el coche, un Volkswagen color crema de cacahuete y con manchas de herrumbre. Perfecto. Kelly subió los cuatro escalones de la entrada y llamó a la puerta.

-Hola -dijo la anciana. Su rostro encajaba perfectamente con la voz. Debía de tener unos ochenta años; era menuda y frágil, pero tenía una mirada lúcida. Su cabello blanco conservaba aún algún mechón rubio.

-¿Señora Boyd? He llamado hace un rato por lo del coche.

-¿Cómo se llama?

- Bill Murphy. -Kelly sonrió con amabilidad-. Qué calor, ¿verdad?

-Espantoso -reconoció la anciana-. Espere un momento.

-Gloria Boyd desapareció y al cabo de un momento volvió con las llaves. Lo acompañó al coche. Kelly la cogió del brazo para ayudarla a bajar los escalones.

- Muchas gracias, joven.

-Es un placer, señora -replicó Kelly con galantería.

- Mi nieta nos dejó el coche cuando se fue a la universidad, y luego lo utilizó Ken -dijo, como si Kelly tuviera que saber quién era Ken.

- ¿Ken?

- Mi marido -dijo Gloria sin mirarlo-. Murió el mes pasado.

-Lo siento.

-Estaba muy enfermo -dijo la mujer, que todavía no se había recuperado de aquella pérdida, aunque afrontaba la realidad. Le dio las llaves y dijo-: Tenga, échele un vistazo.

Kelly abrió la puerta. Verdaderamente, se notaba que lo había utilizado una universitaria, y luego un anciano. Los asientos estaban bien conservados; en uno había un largo arañazo, que seguramente habían hecho al cargar una caja de ropa o de libros. Hizo girar la llave y el motor se encendió a la primera. El depósito de gasolina estaba lleno. El anuncio no mentía respecto al kilometraje: el cuentakilómetros marcaba sólo 83.000 km. Pidió permiso para dar una vuelta a la manzana. Mientras lo hacía, llegó a la conclusión de que el coche estaba en buen estado, y volvió a donde la dueña lo esperaba.

-¿Cómo es que está tan oxidado?

- Mi nieta se fue a un colegio de Chicago, el Northwestern, y como allí nieva mucho...

-Es un buen colegio. Volvamos dentro. -Kelly ofreció el brazo a la anciana y la acompañó hasta la casa. Olía a casa de ancianos: al polvo que ella ya no quitaba porque estaba demasiado cansada, y a comida estropeada, porque seguía cocinando para dos.

- ¿Quiere beber algo?

- Sí, por favor. Un poco de agua. -Mientras ella iba a la cocina, Kelly echó un vistazo al salón. En la pared había una fotografía de un hombre con uniforme de cuello alto y cinturón Sam Browne y una joven con un vestido de novia blanco, muy ajustado. La foto de la boda, sin duda. Había otros testimonios de la vida de Kenneth y Gloria Boyd: dos hijas y un hijo, un viaje a la costa, un viejo coche, nietos.

-Aquí tiene -dijo la señora Boyd ofreciéndole el vaso.

- Gracias. ¿Qué hacía su marido?

- Trabajó para el Departamento de Comercio durante cuarenta y dos años, íbamos a mudarnos a Florida, pero entonces se puso enfermo, así que iré yo sola. Mi hermana vive en Fort Pierce; también es viuda, su marido era policía... -El gato entró a examinar al visitante, y la anciana recuperó un poco de energía-. Me voy la semana que viene. La casa ya está vendida, tengo que marcharme el jueves. Se la he vendido a un médico joven.

- Espero que le guste vivir en Florida. ¿Cuánto quiere por el coche?

- Yo ya no puedo conducir, porque tengo cataratas. Tienen que acompañarme a todas partes. Mi nieto dice que vale mil quinientos dólares.

Su nieto debe de ser abogado, pensó Kelly.

-¿Qué le parecen mil doscientos? Puedo pagarle en efectivo.

- ¿En efectivo? -Su mirada se iluminó.

- Sí, señora.

-Entonces puede quedarse con el coche. -Le tendió la mano.

Kelly la cogió cortésmente.

- ¿Tiene usted los papeles? -Kelly sentía que la señora Boyd tuviera que levantarse otra vez.

La anciana subió la escalera lentamente, sujetándose a la barandilla, mientras él sacaba la cartera y contaba los doce billetes.

Habrían bastado diez minutos para liquidar la compraventa, pero se convirtieron en casi una hora. Kelly ya se había enterado de cómo hacer el cambio de nombre, y además no tenía intención de hacerlo todo. La póliza del seguro estaba dentro del sobre de cartón, junto con el resto de papeles, todo a nombre de Kenneth W. Boyd. Kelly prometió encargarse del seguro, y también del impuesto de circulación, por supuesto. Pero resultó que el dinero en metálico puso nerviosa a la señora Boyd, así que Kelly la ayudó a cumplimentar un recibo, y luego la acompañó al banco, donde ingresó el dinero en el cajero automático. Luego la llevó al supermercado para comprar leche y comida para gatos y finalmente la devolvió a su casa.

- Gracias por el coche, señora Boyd -le dijo al despedirse.

- ¿En qué lo va a utilizar?

- Negocios -contestó Kelly.

Aquella noche, a las nueve y cuarto, dos coches entraron en el área de servicio de la Interestatal 95. Delante iba un Dodge Dart y detrás un Plymouth Roadrunner rojo, a quince metros escasos uno de otro. Se dirigieron a un área de servicios donde había restaurante y gasolinera -servían café, pero naturalmente no tenían bebidas alcohólicas-. El Dart dio unas cuantas vueltas por el aparcamiento y finalmente se detuvo junto a un Oldsmobile blanco con matrícula de Pennsylvania y capota marrón de vinilo. El Roadrunner aparcó en la hilera siguiente, y una mujer se apeó del coche y caminó hacia el restaurante, para lo que tuvo que pasar por delante del Olds.

-Hola, guapa -dijo el conductor. La mujer se detuvo y se acercó al Oldsmobile. Era un

hombre moreno, de cabello largo pero bien peinado, y llevaba camisa blanca.

- Me envía Henry -dijo la chica.

- Ya lo sé. -Alargó el brazo y le acarició la cara; ella no se resistió. El hombre echó un vistazo alrededor antes de bajar la mano-. ¿Lo tienes, pequeña?

-Sí. -La chica esbozó una sonrisa forzada; estaba un poco asustada, pero no molesta. Doris había dejado de sentirse molesta hacía mucho tiempo.

- Bonitas tetas -dijo el hombre, sin ninguna emoción-. Ve a buscarlo.

Doris volvió a su Dodge como si hubiera olvidado algo. Regresó con un bolso grande, casi como una bolsa de viaje. Al pasar junto al Olds, el hombre alargó el brazo y la cogió. Doris entró en el edificio, y al cabo de un rato salió con un refresco, mirando al Roadrunner y esperando haberlo hecho bien. El Olds tenía el motor en marcha, y el conductor le dedicó un beso; ella respondió con una débil sonrisa.

- Ha sido muy fácil -dijo Henry Tucker, a cincuenta metros, en la zona de picnic del otro lado del edificio.

- ¿Es buena? -preguntó otro hombre a Tony Piaggi. Los tres estaban sentados a la misma mesa, «disfrutando» de la sofocante noche mientras la mayoría de clientes estaba dentro, al amparo del aire condicionado.

- De la mejor. Es la misma que la de hace dos semanas. El mismo envío y todo -le aseguró Piaggi.

- ¿Y si cogen a la chica? -preguntó el hombre de Filadelfia. -No hablará -le aseguró Tucker-. Todos saben lo que les pasa a las chicas malas.

Un hombre salió del Roadrunner y se metió en el asiento del conductor del Dart.

- Muy bien -dijo Rick a Doris.

- ¿Podemos irnos ya? -preguntó la chica; ahora que el trabajo estaba hecho, temblaba, y bebía su refresco con nerviosismo.

- Claro, pequeña. Tengo lo que necesitas. -Rick sonrió-. Ahora pórtate bien y enséñame algo.

- Hay gente -objetó Doris.

- ¿Y qué?

Sin decir nada más, Doris se desabrochó la camisa -una camisa de hombre-. Rick metió la mano y sonrió. Podía haber sido peor, pensó Doris cerrando los ojos e imaginando ser otra y estar en otro sitio, y preguntándose hasta cuándo tendría que so-portar aquello.

-¿Y el dinero? -preguntó Piaggi en la mesa de la zona de picnic.

- Necesito una taza de café. -El interpelado se levantó y se dirigió al restaurante, dejando su maletín, que Piaggi cogió.

Tucker y él regresaron a su coche, un Cadillac azul, sin esperar a que el otro hombre regresara.

- ¿No piensas contarlo? -preguntó Tucker en el apartamento. -Sabe muy bien lo que le pasaría si intentara burlarnos. Esto va en serio, Henry.

- Tienes razón -concedió Tucker.

-Soy Bill Murphy -dijo Kelly-. Tengo entendido que disponen de apartamentos para alquilar. -Levantó el periódico que llevaba en la mano.

- ¿Qué clase de apartamento le interesa?

- Me basta con un dormitorio. En realidad sólo necesito un sitio donde colgar la ropa -explicó Kelly-. Viajo mucho.

-¿Es representante?

-Sí. Vendo herramientas mecánicas. Soy nuevo aquí; es decir, nunca había hecho esta ruta.

Era un viejo complejo de apartamentos con jardín, construido poco después de la Segunda Guerra Mundial para los veteranos, compuesto exclusivamente de edificios de

ladrillo de tres pisos. Los árboles no estaban mal; los habían plantado entonces y habían crecido bien; ahora eran bastante altos como para dar refugio a una importante población de ardillas y bastante anchos para dar sombra a los aparcamientos. Kelly miró alrededor, satisfecho, mientras el encargado lo acompañaba a un apartamento amueblado del primer piso.

- Este está bien -declaró Kelly. Examinó el fregadero de la cocina y otras instalaciones. Los muebles estaban bien conservados. Incluso había aire acondicionado en todas las habitaciones.

-Tengo otros que...

-Éste es perfecto. ¿Cuánto me costará?

-Ciento setenta y cinco al mes, más un mes de depósito.

- ¿Y los servicios?

- Puede pagarlos directamente, pero si quiere podemos enviarle la factura. Algunos inquilinos lo prefieren. Ascienden aproximadamente a cuarenta y cinco dólares mensuales.

-Es más fácil pagar una factura que dos o tres. Veamos. Ciento setenta y cinco más cuarenta y cinco...

-Doscientos veinte -dijo el encargado.

- Cuatrocientos cuarenta -le corrigió Kelly-. Dos meses. Puedo pagarle con un talón, pero el banco no es de la ciudad. Todavía no tengo una cuenta aquí. ¿Le parece bien en efectivo?

- El dinero en efectivo siempre me parece bien -le aseguró el encargado.

-Estupendo. -Kelly sacó su cartera y le entregó los billetes. Pero rectificó-: No; seiscientos sesenta. Le pago tres meses. Y necesito un recibo. -El encargado sacó una libreta de su bolsillo y rellenó el recibo-. ¿Qué me dice del teléfono? -añadió Kelly.

- Si quiere lo puede tener el martes. Para eso se requiere otro depósito.

- Encárguese de eso, por favor -dijo Kelly, y le entregó más dinero-. No traeré mis cosas hasta dentro de unos días. ¿Dónde puedo comprar sábanas y esas cosas?

- Hoy está todo cerrado. Pero mañana no tendrá ningún problema.

Kelly se asomó al dormitorio y vio el colchón desnudo. No le hizo falta acercarse para ver los lamparones. Se encogió de hombros:

- Bueno, en peores camas he dormido.

-¿Es usted veterano?

- Sí. Marine.

-Yo también lo fui -replicó el encargado, para sorpresa de Kelly-. No se dedica a nada raro, ¿verdad? -Se imaginaba que no, pero el dueño siempre insistía en que lo preguntara, incluso a los ex marines. Kelly respondió con una sonrisa benévola:

-Dicen que ronco bastante.

Veinte minutos más tarde Kelly se dirigía al centro en un taxi. Se bajó en Penn Station, y cogió el primer tren a Washington D. C., donde otro taxi lo dejó en su barco. Al anochecer, el Springer navegaba por el Potomac. Kelly se dijo que habría sido más fácil si alguien le hubiera ayudado. Estaba perdiendo mucho tiempo desplazándose, pero en realidad los desplazamientos no eran inútiles. Pensaba mucho, y eso era tan importante como su preparación física. Kelly llegó a su búnker justo antes de medianoche, después de seis horas ininterrumpidas de pensar y planear.

Durante todo el fin de semana no había tenido ni un solo momento para descansar, pero no había tiempo de holgazanear. Kelly recogió su ropa, casi toda comprada en Washington. Las sábanas las compraría en Baltimore. Igual que la comida. Envolvió en ropas viejas la pistola automática y el convertidor del 22 al 45, junto con dos cajas de municiones. Era todo lo que necesitaba, y las miniciones pesaban mucho. Repasó los preparativos mientras fabricaba otro silenciador, éste para el Woodsman. Su condición física era excelente, casi tan buena como lo era cuando estaba en la unidad de Fuerzas Especiales y disparaba cada día. Su puntería era mejor que nunca, se dijo mientras repasaba las herramientas. Hacia las tres de la

mañana había colocado el nuevo silenciador en el Woodsman y lo había comprobado. Media hora después estaba de nuevo a bordo del Springer y se dirigía hacia el norte.

Era una noche tranquila, con algunas nubes desperdigadas; antes de concentrarse, Kelly permitió que su mente divagara un poco. Ya no era un civil perezoso, pero se permitió la primera cerveza desde hacia varias semanas mientras rumiaba sus pensamientos. ¿Qué había olvidado? Nada, se dijo. Pero seguía inquietándolo el hecho de que todavía sabía muy poco. Billy y su Plymouth rojo. Un hombre de color llamado Henry. Conocía su área de operaciones. Y nada más.

Pero él se había enfrentado a enemigos armados y entrenados sabiendo todavía menos, y pensaba ser tan prudente como lo había sido en aquel entonces. En el fondo sabía que cumpliría esta misión. En parte porque él era mucho más terrible que ellos, y porque estaba bastante más motivado. Por otra parte, Kelly se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que no le importaban las consecuencias, sino sólo los resultados. Recordaba una cosa de su escuela preparatoria católica, un pasaje de la Eneida de Virgilio, escrita hacía más de dos mil años, que definía su misión: Una salus victus nullam sperare salutem. La inflexibilidad de aquel pensamiento le hizo sonreír bajo las estrellas que lo observaban entre las nubes, una luz procedente de distancias tan inimaginables que había iniciado su viaje mucho antes de que naciera Kelly, o incluso Virgilio.

Las pastillas ayudaban a evadirse de la realidad, pero no del todo. Doris no pensaba aquella idea, sino que la escuchaba, o la notaba, como si reconociera algo a lo que no quería enfrentarse pero de lo que tampoco podía escapar. Ahora dependía demasiado de los barbitúricos. Le costaba conciliar el sueño y, sola en la habitación, no conseguía huir de sí misma. De haber podido, habría tomado más pastillas, pero no le daban la dosis que ella necesitaba. Y no pedía mucho. Sólo un poco de descanso, una breve liberación de su temor, nada más. Pero ellos no tenían ningún interés en garantizárselo. Ella veía más allá de lo que ellos imaginaban; veía el futuro, pero eso no era un gran consuelo. Tarde o temprano la policía daría con ella. Ya la habían arrestado antes, pero no por algo tan grave, y esta vez la encerrarían por una larga temporada. La policía intentaría hacerla hablar, le prometería protección. Pero Doris no era tonta. Ya había visto morir a dos amigas suyas. ¿Amigas? Más o menos; alguien con quien hablar, alguien con quien compartir la vida; e incluso en esta cautividad había pocas bromas, pequeñas victorias contra las fuerzas que gobernaban su existencia, como luces lejanas en un cielo encapotado. Alguien con quien llorar. Pero dos habían muerto, y ella las había visto morir, allí sentada, drogada pero incapaz de dormir y acabar de una vez, sintiendo un horror tan grande que la paralizaba, mirándolas, viendo y sintiendo su dolor, sabiendo que no podía hacer nada, sabiendo que ellas también lo sabían. Las pesadillas eran desagradables, pero no te atrapaban. Podías despertar y huir de ellas. En cambio, de esto no podías huir. Se veía a sí misma como un robot dirigido por otros. Su cuerpo no se movía si no se lo ordenaban, y tenía que ocultar sus pensamientos, temía incluso pensarlos por si ellos los oían o los adivinaban en su cara. Pero ahora, por mucho que lo intentara, no conseguía alejarlos.

Rick vacía a su lado, respirando acompasadamente en la oscuridad, agotado por las emociones del día y por servirse de ella para satisfacer sus instintos. En cierto modo, Rick le gustaba. Era el más amable, y a veces Doris se permitía pensar que ella le gustaba, quizá un poco, porque no la pegaba. Tenía que comportarse, desde luego, tenía que ser buena, porque cuando hacía algo mal él se ponía tan furioso como Billy, así que cuando estaba con Rick procuraba portarse bien. Doris sabía que aquello era una tontería y un error, pero ahora su realidad la definían otros, unos hombres que la necesitaban a ella y a las otras para sus nefastos propósitos. Y Doris había visto las consecuencias de intentar resistirse o escapar. Sabía a dónde conducían la esperanza y el valor, pues lo había visto en dos ocasiones. Cierta noche particularmente mala, Doris se había echado a llorar en la oscuridad, incapaz de hacer

nada, y Pam la había consolado, la había abrazado y la había susurrado sus deseos de escapar, animándola a tener esperanza y a soñar con una escapatoria. Y luego Doris la había visto morir, había presenciado, inmóvil, cómo ellos la sometían a las peores vejaciones. Doris vio cómo se le iba la vida a Pam, cómo las convulsiones por asfixia se apoderaban de su cuerpo, mientras su verdugo la miraba y se reía de ella. El único gesto de solidaridad de Doris (por lo demás, simbólico), que afortunadamente no advirtió el hombre, fue peinar a su amiga, sin dejar de llorar, rezando en silencio para que no la oyeran, esperando que Pam supiera que aunque estuviera muerta alguien se preocupaba por ella, que pese a todo la bondad existía. Pero su gesto había sido inútil, y eso la hizo llorar aún más amargamente.

Rick se dio la vuelta y le cogió la mano, como un niño dormido que abraza a su oso de peluche, un juguete con el que distraerse. Ella sintió sus manos, que la exploraban en sueños como si fuera una cosa. «Eso es precisamente lo que soy –pensó amargamente Doris–: un objeto de usar y tirar.»

¿Qué había hecho? ¿En qué había ofendido a Dios para que la castigara de aquel modo? ¿Cómo podía alguien merecer una existencia tan desesperada y terrible?

-Estoy impresionado, John -dijo Rosen mirando a su paciente. Kelly se sentó en la mesa de reconocimiento, con el torso desnudo-. ¿Qué has hecho?

- Nadar ocho kilómetros. Para los hombres, es mejor que las pesas. También he hecho un ejercicio por la noche. Correr un poco. Más o menos lo mismo que hacía en los viejos tiempos.

- Ya me gustaría tener tu presión arterial -comentó el médico. Aquella mañana había hecho una intervención importante, pero disponía de tiempo para su amigo.

- Ejercicio, Sam -le aconsejó Kelly.

- No tengo tiempo, John -contestó el médico con cierta apatía.

- Los médicos lo sabéis mejor que nadie.

-Tienes razón -concedió Rosen-. Y por lo demás, ¿cómo estás? La respuesta fue una mirada inexpresiva que Sam Rosen supo interpretar. Lo intentó una vez más:

-Un viejo refrán dice: «Antes de vengarte, cava dos tumbas.»

-¿Sólo dos? -dijo Kelly.

Rosen asintió con la cabeza y añadió:

- Yo también he leído el informe. ¿No puedo disuadirte?

-¿Cómo está Sarah?

Rosen aceptó de buen grado el cambio de tema:

- Metida de lleno en el proyecto. Está tan emocionada que hasta habla conmigo de ello. Es bastante interesante.

En ese momento Sandy O'Toole entró en la habitación. Kelly cogió su camisa y se cubrió.

- ¡Un momento! -exclamó.

La enfermera se rió y Sam la imitó. El cirujano comprendió que Kelly estaba realmente preparado para llevar a cabo sus planes. La condición física, la soltura, la mirada firme y seria que se volvía alegre cuando él quería. Como un cirujano, pensó Rosen; cuanto más miraba a aquel hombre, más inteligencia veía en él.

- Te has recuperado muy deprisa -dijo Sandy.

-Gracias a la vida sana. Sólo he bebido una cerveza en un mes -explicó Kelly, sonriente.

- La señora Lott ya está consciente, doctor Rosen -informó la enfermera-. No hay nada destacable; por lo visto se encuentra bien. Su marido ha venido a verla. Creo que él también está bien. Tenía mis dudas.

- Gracias, Sandy.

- Tú también estás bien, John. Ponte la camisa antes que que Sandy se ruborice -añadió Rosen.

-¿Dónde se puede comer por aquí? -preguntó Kelly.

- Si pudiera te acompañaría, pero en diez minutos tengo una reunión. ¿Sandy?

La enfermera consultó su reloj:

-Yo tengo tiempo. ¿Quieres arriesgarte a comer en la cafetería del hospital, o prefieres salir?

-Lo que tú digas. Eres la guía turística.

Sandy lo acompañó a la cafetería, donde servían la típica comida insípida de hospital, pero si querías podías ponerte sal y otras especias. Kelly eligió un plato rebosante, para compensar la falta de sabor.

-¿Has tenido mucho trabajo? -preguntó después de elegir una mesa.

- Sí, como siempre -contestó Sandy.

-¿Dónde vives?

- Al final de Loch Raven Boulevard.

Kelly advirtió que no había cambiado. Sandy O'Toole funcionaba bastante bien, pero el vacío que había en su vida no era muy diferente del suyo propio. Pero había algo que los diferenciaba: él podía hacer algo, y ella no. Ella podía superarse, conservaba su buen humor, pero la pena la traicionaba a cada momento. La pena es una fuerza poderosa, pensó Kelly. Era preferible tener enemigos a los que podías identificar, perseguir y eliminar. Luchar contra una sombra era mucho más difícil.

- En una casa adosada?

-No, es un viejo chalé de dos pisos. Doscientos metros cuadrados de jardín. Por cierto -añadió-, este fín de semana tengo que cortar el césped. -Entonces recordó que a Tim le gustaba cortar el césped, que había decidido dejar el ejército después de su segunda misión en Vietnam para terminar sus estudios de derecho y llevar una vida normal; y todo aquello se lo habían quitado en un lugar lejano, por razones que ella nunca comprendería.

Kelly no sabía exactamente qué estaba pensando Sandy, pero no le hacía falta saberlo. El cambio de expresión de su rostro y su tono de voz lo decían todo. ¿Qué podía hacer para animarla? Era una pregunta extraña, teniendo en cuenta sus planes para las próximas semanas.

- Fuiste muy amable conmigo mientras estuve aquí. Te lo agradezco mucho.

- Procuramos atender bien a nuestros pacientes -dijo Sandy con una expresión particularmente amistosa.

-Tendrías que hacerlo más a menudo -le dijo Kelly. -¿Hacer qué?

- Sonreír.

- No es tan sencillo -contestó ella.

- Lo sé. Pero hace un momento te he visto reír.

- Porque me sorprendiste.

- Es por Tim, ¿verdad? -preguntó Kelly.

Sandy se sorprendió; aquél era un tema del que nadie quería hablar. Miró fijamente a Kelly:

- Es que no lo entiendo -dijo.

-En cierto modo es fácil, y en cierto modo no lo es. Lo difícil -explicó Kelly- es entender por qué la gente hace cosas así. Allí hay gente mala, y alguien tiene que encargarse de ella; de lo contrario, algún día ellos se encargarán de ti. Puedes intentar ignorarlos, pero no sirve de nada. Y a veces ves cosas que sencillamente no puedes ignorar. -Kelly se reclinó contra el respaldo de la silla, buscando las palabras adecuadas-. Aquí ves muchas cosas horribles, Sandy. Yo las he visto peores. He visto hacer ciertas cosas...

-¿Tu pesadilla?

Kelly asintió con la cabeza.

- Exacto. Aquella noche estuvieron a punto de matarme. -¿Qué fue lo que...?

- Es mejor que no lo sepas, de verdad. Mira, yo tampoco lo entiendo; no entiendo cómo hay gente que puede hacer cosas así. Quizá creen tanto en algo que olvidan que son seres humanos Quizá desean tanto algo que no les importa nada más. Quizá padecen una

enfermedad del alma... No lo sé. Pero lo que hacen es real. Alguien tiene que intentar detenerlos. -«Incluso cuando sabes que no va a servir de nada», pensó Kelly. ¿Cómo iba a decirle a Sandy que su marido había muerto por un error?

- ¿Me estás diciendo que mi marido era un caballero con brillante armadura montado en un corcel blanco?

- Tú eres la que va de blanco, Sandy. Tú sólo luchas contra un enemigo. Hay otros enemigos. Y alguien tiene que luchar contra ellos.

-Nunca entenderé por qué Tim tuvo que morir.

Sí, a eso se reducía todo, pensó Kelly. En realidad no se trataba de grandes temas políticos ni sociales. Todo el mundo tenía una vida, y a cada vida, como a la de Kenneth W. Boyd. 1e correspondía un fin natural tras un período de tiempo determinado por Dios o por el destino, o por algo que los hombres no podían controlar. El había visto morir a hombres jóvenes, y también había matado en varias ocasiones, poniendo fin a vidas que tenían valor para sus poseedores y para otros. ¿Y cómo explicabas eso a los otros? ¿Cómo te lo explicabas a ti mismo? Pero eso era desde fuera. Desde dentro era diferente. Quizá ésa era la respuesta.

- Tú también tienes un trabajo bastante duro, ¿verdad?

-Sí -respondió Sandy.

-¿Por qué no te dedicas a algo más agradecido? ¿Por qué no trabajas en otro departamento, no sé, en maternidad, por ejemplo? Debe de ser más fácil, ¿no?

-Sí, bastante -admitió la enfermera.

- Y supongo que también es importante. Cuidar a recién nacidos puede parecer rutinario, pero supongo que también habrá que hacerlo bien, ¿no?

- Sí, claro.

-Y sin embargo tú trabajas en neurología. Lo más duro,

-Alguien tiene que...

«Exacto!», pensó Kelly, y repuso:

-Es duro, y muchas veces te hace daño, ¿no es así?

-Sí, a veces.

-Pero de todos modos lo haces -señaló Kelly.

- Sí -reconoció Sandy con firmeza.

-Por eso Tim hizo lo que hizo.

A Kelly le pareció que Sandy empezaba a comprender, pero vio que su pena desechaba aquel argumento.

-Aun así, no tiene sentido -objetó.

-Puede que el hecho no tenga sentido, pero la gente sí -sugirió Kelly. Ya no se le ocurría nada más-. Lo siento, no soy un sacerdote, sino un soldado demolido.

-No tan demolido -dijo O'Toole.

- -No, no tanto. Y gracias a ti.

Sandy sonrió y añadió:

-No todos nuestros pacientes se recuperan. Nos sentimos orgullosos de quienes lo consiguen.

- -Puede que entre todos estemos salvando el mundo. Sandy. Poco a poco -dijo Kelly.

Se levantó e insistió en acompañarla a su planta. Tardó cinco minutos en decir lo que quería decir:

- Me gustaría invitarte a cenar. No hoy, sino... bueno...

- Me lo pensaré -contestó Sandy, en parte descartando la idea, y en parte sabiendo, igual que Kelly, que era demasiado pronto para ambos, aunque seguramente menos para ella. ¿Quién era aquel hombre?, se preguntó. ¿A qué peligros se exponía trabando relación con él?

XII. AGENDAS

Era su primera visita al Pentágono. Kelly estaba nervioso y no sabía si debía haberse .puesto su uniforme caqui, pero ya no podía cambiarse Llevaba un traje azul, con una insignia de la Armada en la solapa. Entró en el enorme edificio y buscó un plano; lo examinó rápidamente y lo memorizó. Cinco minutos después entraba en el despacho correspondiente.

- ¿En qué puedo ayudarle? -1e preguntó un oficial.

- Me llamo John Kelly. Tengo una cita con el vicealmirante Maxwell.

Le pidieron que esperara un momento. Kelly se sentó. En la mesa había un ejemplar del Navy Times, al que no leía desde que había abandonado el servicio activo. Pero Kelly pudo controlar su nostalgia. La revista no había cambiado mucho.

-¿Señor Kelly? - llamo una voz.

Se levantó y entró por la puerta.

En el exterior se encendió una luz roja de «no pasar», por lo que la entrevista sería confidencial.

-¿Cómo estas, John? - Saludo Maxwcll.

- Muy bien, señor, gracias. -Civil o no, Kelly no podía evitar sentirse incomodo

presencia de un alto oficial de la Armada.

Y se puso aun más nervioso cuando se abrió otra puerta y entraron dos hombres, uno vestido de paisano y un contraalmirante -otro aviador con la Medalla de Honor, lo cual era aún más intimidante. Maxwell los presentó.

- Me han hablado mucho de usted -dijo Podulski.

- Gracias, señor. -Kelly no supo qué otra cosa decir.

- Cas es de los míos -comentó Maxwell mientras leía las instrucciones-. Yo derribé quince -añadió señalando el panel de avión que colgaba de la pared-, y Cas dieciocho.

-Y está todo filmado -le aseguró Podulski.

- Yo ninguno -dijo Greer-, pero tampoco dejé que el oxígeno me estropeara el cerebro. - Este oficial era el que llevaba el maletín de los mapas. Extrajo uno, el mismo del cual Kelly tenía una copia en su casa, pero bastante más señalado. Luego extrajo las fotografías, y Kelly volvió a estudiar el rostro del coronel Zacharias.

-Estuve a unos cinco kilómetros de ese lugar -observó Kelly-. Nadie me dijo nunca...

-Todavía no existía. Es nuevo; lo construyeron hace menos de dos años -explicó Greer.

-¿Tienes más fotografías, James? -preguntó Maxwell.

-Sólo unas cuantas SR-71, pero no hay nada nuevo. Tengo a un chico examinando el terreno con lupa. Sólo me informa a mí.

-Acabarás por convertirte en un buen espía -señaló Podulski,

- Me necesitan -contestó Greer con despreocupación, pero conservando la seriedad. Kelly los miró a los tres. Toda aquella guasa le resultaba familiar, aunque el lenguaje no era soez. Greer volvió a mirar a Kelly y añadió-: Háble me de ese valle.

- Es un lugar estupendo para estar lejos de él...

- Primero cuénteme cómo rescató a Dutch Jr. Todo, paso a paso -ordenó Greer.

El relato duró quince minutos, desde el momento en que salió del Skate hasta que el helicóptero los sacó a él y al teniente Maxwell del estuario del río para conducirlos hasta el Kitty Hawk. Era una historia fácil de contar. Los almirantes intercambiaban miradas, lo que sorprendió a Kelly.

¿Qué significaban aquellas miradas?, se preguntó Kelly. No consideraba a los viejos almirantes, porque ni siquiera los consideraba verdaderamente humanos. Eran almirantes, seres sin edad que tomaban decisiones importantes y tenían el aspecto adecuado, incluso el que iba de paisano. Kelly no se consideraba a sí mismo joven (había estado en el frente, y después de eso ningún hombre vuelve a ser el mismo), pero ellos tenían una perspectiva diferente. Para Maxwell, Podulski y Greer, él era un joven bastante parecido a ellos mismos treinta años atrás. Los tres comprendían que Kelly era un guerrero como ellos, y Kelly les

recordaba su juventud. Las miradas furtivas que intercambiaban se parecían a las del abuelo que ve a su nieto dar el primer paso vacilante sobre la alfombra del salón. Pero aquellos pasos eran más grandes y más serios.

- Un buen trabajo -dijo Greer cuando Kelly concluyó su relato-. Así que es una zona densamente poblada.

- Sí y no, señor. Es decir, no hay ninguna ciudad, pero hay muchas granjas. Vi y oí mucho tráfico en esta carretera. Pasaban pocos camiones, pero muchas bicicletas, carros de bueyes y esas cosas.

- Pero no muchos vehículos militares -intervino Podulski,

- Vicealmirante, el objetivo debe de estar en esta carretera -dijo Kelly señalando el lugar en el mapa. Vio las señales de las unidades norvietnamitas-. ¿Cómo piensan meterse ahí?

- No es nada fácil, John. Hemos considerado una incursión con helicópteros, quizá incluso un asalto anfibio y subir por esa carretera.

Kelly negó con la cabeza:

-Demasiado lejos. La carretera es fácil de defender. No olviden, caballeros, que Vietnam es una nación en guerra. Prácticamente todos sus habitantes han vestido un uniforme, y proporcionando armas a la población hacen que se sientan partícipes. Hay suficiente gente armada para darles un susto si suben por aquí. Nunca lo conseguirían.

-¿Cree que la gente apoya al gobierno comunista? -preguntó Podulski. Le costaba creerlo. Pero a Kelly no.

-Por el amor de Dios, vicealmirante. ¿Por qué cree que llevamos tanto tiempo luchando? ¿Por qué cree que nadie ayuda a nuestros pilotos derribados? No son como nosotros. Puede que algún día lo sean; puede que la religión o la cultura los haga cambiar. No lo sé, pero sí sé que son diferentes. Eso es algo que nunca hemos entendido, algo que todo el mundo tiene que aprender cuando te metes ahí. En fin. Si ponen marines en la playa, nadie les dará la bienvenida, ¿de acuerdo? Y olvídense de subir por esa carretera. Yo he estado allí. Es una carretera muy mala, peor de lo que parece en las fotografías. Con que derriben un par de árboles, quedará intransitable. Hay que hacerlo con helicópteros.

Se dio cuenta de que aquella noticia no era bien acogida, y no era difícil entender por qué. Aquella zona del país estaba dotada de baterías antiaéreas. No sería fácil realizar un ataque. Por lo menos dos de aquellos hombres eran pilotos, y si confiaban en la posibilidad de realizar un ataque terrestre, el problema de las defensas antiaéreas debía de ser peor de lo que Kelly imaginaba.

- Podemos suprimir el fuego antiaéreo -sugirió Maxwell.

- No te referirás otra vez a los B-52, ¿verdad? -preguntó Greer.

-El Newport News suelve a la línea de fuego dentro de unas semanas. Tendría que ver como dispara, John.

Kelly asintió con la cabeza.

- Sí, lo sé. Nos apoyó en dos ocasiones, cuando trabajábamos cerca de la costa. Es impresionante lo que pueden hacer esos barcos. El problema, señor, es que necesitan muchas cosas para asegurarse de que la misión tendrá éxito. Cuanto más se complican las cosas, más fácil es que salgan mal, y hasta una sola cosa puede ser complicada_ -Kelly se recostó en el asiento y se recordó que él también debía considerar lo que acababa de decir, y no sólo los almirantes.

- Tenernos una reunión dentro de cinco minutos, Dutch -dijo Podulski con desgana. La entrevista con Kelly no había tenido mucho éxito, pensó. Greer y Maxwell, sin embargo, no estaban tan seguros de eso. Se habían enterado de un par de cosas. Y aquello ya era algo.

-¿Puedo preguntar por qué mantienen esta operación en secreto? -inquirió Kelly.

- Creo que ya lo sabes -contestó Maxwell, mirándolo y asintiendo con la cabeza.

-En lo de SongTay hubo una filtración -explicó Greer-. No sabemos cómo, pero más adelante una de nuestras fuentes nos informó que el enemigo sabia (o por lo menos sospechaba) que iba a pasar algo. Previeron que ocurriría más tarde, y acabamos llegando

justo después de que evacuaran a los prisioneros, pero antes de que hubieran organizado su emboscada. Buena y mala suerte. No esperaban la operación KINGPIN hasta un mes más tarde.

- Dios mío -suspiró Kelly-. ¿Alguien de aquí, deliberadamente? ¿Los traicionaron?

- Bienvenido al mundo de las operaciones de inteligencia -dijo Greer con una amarga sonrisa.

-Pero, ¿por qué?

-Si algún día conozco al caballero en cuestión, ten por seguro que se lo preguntaré -dijo Greer mirando a los demás-. Es un buen anzuelo para nosotros. Comprobar los archivos de la operación, disimuladamente.

-¿Dónde están?

- En la base aérea de Eglin, donde se entrenaban los miembros

de KINGPIN.

- ¿Y a quién enviamos? -preguntó Podulski.

Kelly advirtió que todas las miradas se volvían hacia él y dijo: -Caballeros, no olviden que yo sólo era un oficial.

- ¿Dónde ha aparcado su coche, señor Kelly?

- En la ciudad. He venido en autobús.

-Venga conmigo. Luego puede volver en autobús.

Salieron del edificio en silencio. El coche de Greer, un Mercury, estaba aparcado en una plaza de visitantes, junto a la entrada del río. Le indicó a Kelly que subiera y se dirigió hacia la avenida George Washington.

-Dutch ha traído tu historial, y lo he leído. Estoy impresionado, hijo. -Greer no mencionó que en las pruebas de alistamiento Kelly había obtenido una puntuación media de 147 en tres tests diferentes de cociente intelectual-. Todos tus mandos han hecho grandes alabanzas de ti.

-Tuve algunos buenos comandantes, señor.

- Eso parece, y tres de ellos intentaron meterte en la Academia de Oficiales, pero eso ya te lo ha preguntado Dutch. Yo también quería saber por qué rechazaste la beca universitaria.

- Estaba harto de escuelas. Y la beca era para nadar, almirante. -Sí, ya sé que en Indiana eso es una proeza, pero con tus calificaciones podías conseguir una beca académica. Estudiaste en una escuela preparatoria muy buena.

- También era una beca. -Kelly se encogió de hombros-. En mi familia nadie estudió en la universidad. Mi padre sirvió en la Armada durante la guerra. Supongo que pensó que era su deber. -Kelly se abstuvo de mencionar que para su padre había supuesto un gran disgusto.

Greer reflexionó. Pero aquello seguía sin explicar las cosas.

-La última nave que comandé fue un submarino -continuó el almirante-. El Daniel Webster. El técnico de sonar tenía un doctorado en física. Era buena persona, y conocía su trabajo mejor que yo el mío, pero no era un líder, huía un poco de su trabajo. Tú no, Kelly. Tú lo intentaste, pero no lo hiciste.

-Mire, señor, cuando uno está allí en medio y pasa lo que pasa, alguien tiene que actuar, ¿comprende?

-No toda la gente lo ve así. En el mundo hay dos clases de personas, Kelly: las que necesitan que les digan las cosas y las que lo averiguan por sí solos -declaró Greer, describiendo la esencia del carácter de Kelly-. Por cierto, ¿mantuviste algún contacto con la CIA mientras estabas allí?

Kelly advirtió que estaban llegando al cuartel general de la Agencia.

-Sí, alguno. Formábamos parte de... bueno, usted está al corriente; formábamos parte del proyecto PHOENIX.

- ¿Qué sabías de ellos?

-Había dos o tres muy buenos. Los demás..., ¿quiere que se lo diga con franqueza?

- Eso es exactamente lo que me interesa -aseguró Greer.

- Los demás debían de ser muy buenos preparando martinis - sentenció Kelly.

Greer soltó una carcajada.

- Si, a esta gente le gustan las películas, desde luego. -Greer encontró su plaza de aparcamiento y bajó del coche-. Ven conmigo.

- El almirante guió a Kelly hasta la puerta principal y pidió para él un pase de visitante especial, de los que requerían escolta.

Kelly se sentía como un turista en tierra extraña. La normalidad reinante en el edificio le confería un aire siniestro. El cuartel general de la CIA, pese a ser un edificio de oficinas nuevo y bastante vulgar, tenía una especie de aura. No parecía pertenecer al mundo real. Greer se fijó en la mirada de Kelly y emitió un chasquido; condujo a Kelly hasta el ascensor, y luego a su despacho de la sexta planta. Una vez dentro, y con la puerta cerrada, Greer habló:

-¿Qué planes tienes para la próxima semana?

-No gran cosa. No tengo nada que me ate -contestó Kelly con cautela.

James Greer asintió con sobriedad y continuó:

-Dutch también me ha hablado de eso. Lo siento, John, pero ahora mi trabajo tiene relación con veinte hombres que seguramente no volverán a reunirse con sus familias si no hacemos algo. -Abrió el cajón de su escritorio.

- Estoy bastante desconcertado, señor.

- Mira, podemos hacerlo fácil o difícil. El camino difícil consiste en que Dutch haga una llamada telefónica y recibas un llamamiento al servicio activo -dijo Greer sin vacilar-. El fácil es que accedas a trabajar para mí como asesor civil. Recibirás una paga diaria, que es mucho más que la paga de oficial.

- ¿Y qué tengo que hacer?

- Volar a la base aérea de Eglin, vía Nueva Orleáns y Avis, supongo. Con esto -le entregó un carnet- tendrás acceso a sus archivos. Quiero que repases sus planes operativos como modelo para lo que nosotros queremos hacer. -Kelly miró la fotografía del carnet. Era la misma de su carnet de la Armada.

-Un momento, señor. Yo no estoy cualificado para...

-La verdad, creo que sí lo estás, pero nos conviene que parezca que no. Serás un joven asesor que busca datos para un informe sin importancia que nadie llegará a leer. A fin de cuentas, la mitad del dinero que gastamos en esta maldita agencia se escurre por ahí -dijo Greer exagerando un poco-. Queremos que todo parezca rutinario e intrascendente.

- ¿Me está hablando en serio?

-Mira, Dutch Maxvvell está dispuesto a sacrificar su carrera por esos hombres. Yo también. Si hay algún modo de sacarlos de allí...

- ¿Y las conversaciones de paz?

«(Cómo se lo explico a este chico?», se preguntó Greer.

–El coronel Zacharias está oficialmente muerto –añadió el contraalmirante–. El enemigo publicó incluso una fotografía del cadáver. Alguien tuvo que visitar a su esposa, junto con el capellán de la base y la esposa de otro militar para hacer las cosas más fáciles. Le dieron una semana para abandonar las instalaciones, para hacerlo oficial. Está oficialmente muerto. Me he encargado de hablar con ciertas personas, y... nuestro país no va a echar al traste las conversaciones de paz por una cosa así. La fotografía que tenemos no es lo suficientemente buena para un tribunal, según el criterio que se está aplicando, un criterio que nos exige pruebas que no podemos alcanzar. Nadie quiere que las conversaciones de paz fracasen, aunque haya que sacrificar la vida de otros veinte hombres para acabar esta maldita guerra. Esos hombres están dados por perdidos.

A Kelly le costaba creerlo. ¿A cuántos hombres daba por perdidos América cada año? Y no todos llevaban uniforme. Algunos estaban en sus casas, en ciudades americanas.

–¿Tan grave es?

Greer no podía ocultar su fatiga, y no era fatiga física.

–¿Sabes por qué acepté este trabajo? –agregó el contraalmirante–. Estaba a punto de

retirarme. Ya me he dedicado bastantes años de mi vida a mi país. Me había llegado el momento de vivir en una casa bonita y de jugar al golf dos veces por semana, sin hacer otra cosa que un poco de asesoramiento ocasional. Para mucha gente que trabaja aquí la realidad no es más que un vago recuerdo. Se centran en el «procedimiento» y olvidan que al otro extremo de la línea hay un ser humano. Por eso me he reincorporado. _Alguien tiene que devolver un poco de realidad al procedimiento. Hemos calificado este provecto de «negro». ¿Sabes lo que eso significa?

–No, señor.

–Es un término nuevo. Significa que no existe. Por eso lo estamos tratando de este modo Es una locura. No debería de ser así, pero es la única forma. ¿Quieres formar parte del equipo o no?

Kelly entrecerró los ojos un momento y finalmente asintió lentamente con la cabeza.

–Si usted cree que puedo ser útil, señor –dijo-, acepto. ¿Cuánto tiempo tengo?

Greer sonrió y entregó a Kelly un billete:

–En el carnet de identidad figuras como John Clark: te resultará fácil recordarlo. Tu vuelo sale mañana por la tarde. La vuelta está abierta, pero espero verte el próximo viernes. Confío que hagas un buen trabajo. Ahí tienes también mi tarjeta y mi línea directa. Ya puedes hacer las maletas, hijo.

–Sí, señor.

Greer se levantó y acompañó a Kelly a la puerta.

–Y no olvides pedir recibos de todo. Cuando trabajas para el Tío Sam tienes que asegurarte de que pagan bien a todo el mundo.

– Descuide, señor –contestó Kelly sonriendo.

–Puedes volver al Pentágono en el autobús azul. –Kelly abandonó el despacho y el contraalmirante se puso a trabajar.

El viaje en autobús fue curioso. La mitad de los pasajeros llevaba uniforme, y la otra mitad vestía de civil. Nadie hablaba con nadie, salvo para intercambiar algún cumplido o algún comentario sobre si el hecho de que los senadores de Washington continuaran residiendo al pie de la American League suponía una violación de la seguridad. Kelly se concentró en lo suyo. Greer le había dado una oportunidad que él no había tenido en cuenta. Kelly se acomodó en el asiento y contempló el paisaje por la ventanilla mientras los otros pasajeros miraban fijamente hacia delante.

–Están muy contentos –aseguró Piaggi.

–Ya te lo decía yo, tío. Tenemos el mejor género.

–No todo el mundo está contento. Sé de algunos que tienen doscientos kilos de francesa, pero nosotros hemos reventado los precios con nuestra oferta especial de lanzamiento.

Tucker rió a carcajadas. La vieja guardia llevaba años cobrando precios abusivos.

Cualquiera habría tomado a Piaggi y a Tucker por hombres de negocios, o por abogados, pues había muchos de ambos en aquel restaurante situado a dos manzanas del tribunal de justicia. Piaggi vestía un traje de seda italiana; Tucker iba un poco más informal, y Tony pensó que tendría que presentarle a su sastre. Por lo menos había aprendido a arreglarse. Ahora debía aprender a no vestir demasiado llamativamente. Respetable era la palabra exacta. Para que la gente te tratara con respeto. Los llamativos, como los camellos, jugaban a un juego peligroso y eran demasiado tontos para comprenderlo.

– El próximo envío será el doble. ¿Podrán encargarse tus amigos?

–Eso está hecho. Los de Philly son los que están más contentos. Su proveedor ha tenido un pequeño accidente.

–Sí, lo leí ayer en el periódico. Lástima. Demasiados tripulantes, ¿no?

– Henry, cada vez eres más inteligente. No te vuelvas demasiado inteligente, ¿de acuerdo? Es un consejo –dijo Piaggi con cierto énfasis.

–Tranquilo, Tony. Lo que quiero decir es que nosotros no tenemos que cometer ese tipo de errores, ¿me entiendes? Piaggi se relajó y bebió un poco de cerveza.

–Está bien, Henry. Y no me importa decir que es un placer hacer negocios con alguien que sabe organizarse. Hay mucha curiosidad acerca de la procedencia de tu genero. Yo me encargo de eso. Pero más adelante, si necesitas mayor financiación...

Tucker le lanzó una mirada furibunda.

–No, Tony. Ni ahora ni nunca.

–Bien. Pero más adelante puedes pensártelo.

Tucker asintió con la cabeza y fingió aceptar aquella consideración, pero se preguntó qué tipo de movimiento estaría planeando su «socio». En ese tipo de empresas, la confianza era siempre variable. Confiaba en Tony respecto a los pagos. Había ofrecido a Piaggi plazos favorables que siempre había cumplido, y los huevos de aquella gallina eran su seguro de vida. Todavía estaba en el punto en que un pago incumplido no perjudicaría su operación, y mientras tuviera un suministro sólido de buena heroína, harían negocios como es debido; por eso había contactado con ellos en primer lugar. Pero allí no había verdadera lealtad. La confianza terminaba en sus intereses. Henry nunca había espera-

do otra cosa, pero si su socio empezaba a presionarle respecto al origen de su suministro...

Piaggi se preguntó si lo habría presionado demasiado, y si Tucker era consciente del potencial de lo que estaban haciendo. Controlar la distribución de toda la Costa Este, y desde una organización segura y prudente, era un sueño hecho realidad. Pronto necesitaría más capital, sin duda, y sus contactos ya empezaban a preguntar si podían colaborar de algún modo. Pero se daba cuenta de que Tucker no reconocía la inocencia de la pregunta, e insistir podía ser arriesgado. Así que Piaggi siguió comiendo y decidió dejar las cosas como estaban por una temporada. Era una lástima. Tucker era un dealer de segunda fila muy inteligente, pero aun así seguía siendo un dealer de segunda. Quizá aprendiera a crecer. Henry no podía llegar a la cúpula, pero no obstante podía convertirse en una pieza importante de la organización, pese a su intransigencia. En esas alturas Piaggi no podía hacer nada, por descontado.

–¿Te va bien el próximo viernes? –preguntó Tucker. –Perfecto. Ve con cuidado.

–Descuida.

Fue un vuelo sin incidencias, a bordo de un Piedmont 737, en clase turista. La azafata le llevó un almuerzo ligero. Sobrevolar América era algo muy diferente de sus anteriores aventuras aéreas. Le sorprendió la cantidad de piscinas que había. Volaras a donde volaras, al despegar, incluso sobre las colinas de Tennessee, la luz del sol hacía relucir pequeños parches de agua azul rodeados de hierba. Su país parecía un sitio muy acogedor, muy cómodo, hasta que te acercabas un poco. Pero por lo menos no tenías que estar pendiente de las balas trazadoras.

En el mostrador de Avis le esperaban las llaves del coche y un mapa. Se enteró de que habría podido volar a Panama City, Florida, pero pensó que Nueva Orleáns le iba bien. Kelly metió sus dos maletas en el maletero y se dirigió hacia el este. Era como dirigir su barco, aunque un poco más ajetreado; tiempo libre para dejar que su mente trabajara, examinando posibilidades y procedimientos, con la mirada puesta en el tráfico mientras su mente veía algo muy diferente. Fue entonces cuando empezó a sonreír, mientras su imaginación examinaba minuciosamente las semanas siguientes.

Cuatro horas después de aterrizar, tras atravesar las fronteras de Mississippi y Alabama, detuvo su coche frente a la puerta principal de la base aérea Eglin. Era un lugar adecuado para que las tropas de K l N G P I N se entrenaran, pues el calor y la humedad eran muy parecidas a las de Vietnam. Kelly esperó junto al puesto de guardia hasta que un sedán azul de la Fuerza Aérea lo fue a recoger. Un oficial bajó del coche.

–¿Señor Clark?

–Sí. –Entregó sus documentos.

El oficial se cuadró, lo que para Kelly era una experiencia nueva. Era evidente que había alguien excesivamente impresionado por la CIA. Seguramente aquel oficial nunca había tenido contacto con nadie de la Agencia. Kelly se había tomado la molestia de ponerse corbata con la esperanza de ofrecer un aspecto respetable.

– ¿Quiere acompañarme, por favor?

El oficial, capitán Griffin, lo condujo hasta una habitación del primer piso de la residencia de oficiales, una especie de motel de categoría intermedia, situada muy cerca de la playa. Griffin ayudó a Kelly a deshacer sus maletas y lo acompañó al Club de Oficiales, donde con sólo enseñar la llave de su habitación, Kelly recibiría trato de visitante privilegiado.

– No puedo quejarme de su hospitalidad, capitán –dijo Kelly, que se sintió obligado a pagar la primera ronda de cervezas–. ¿Sabe usted por qué estoy aquí?

– Trabajo en inteligencia –replicó Griffin.

– ¿KINGPIN? –Antes de contestar, el oficial miró a su alrededor. Como en las películas.

–Sí, señor. Tenemos preparados todos los documentos que necesita. Me han dicho que usted también intervino en operaciones especiales de Vietnam.

– Correcto.

–¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

–Por supuesto –contestó Kelly mientras bebía su cerveza. El viaje desde Nueva Orleáns lo había dejado sediento.

–¿Saben quién filtró la información?

– No –contestó Kelly, y añadió–: A lo mejor consigo averiguar algo acerca de eso.

–Mi hermano mayor estaba en ese campamento, o al menos eso creemos. Ya estaría en casa de no ser por ese...

– Bastardo cabronazo –colaboró Kelly.

El capitán se ruborizó.

–Y si lo identifica, ¿qué?

– Eso no es competencia de mi departamento –respondió Kelly, arrepentido de su anterior comentario–. ¿Cuándo podré empezar?

– Se supone que mañana por la mañana, señor Clark, pero los documentos están en mi despacho.

– Necesito una habitación tranquila, una cafetera v unos cuantos bocadillos.

–Descuide, señor.

– Entonces, manos a la obra.

Diez minutos después Kelly veía cumplidos sus deseos. El capitán Griffin le proporcionó un bloc y varios lápices. Kelly empezó por el primer grupo de fotografías de reconocimiento, tomadas por un RF-101 Voodoo; como en el caso de SENDER GREEN, Song Tay había sido descubierto por casualidad: el campamento había aparecido donde sólo esperaban encontrar unas instalaciones secundarias de entrenamiento militar. Pero en el patio del campamento aparecieron letras dibujadas en la arena, o formadas con piedras o ropa colgada –como la «K», que quería decir «sacadnos de aquí, que los prisioneros habían hecho delante de las narices de los vigilantes. Los nombres de las personas involucradas era un auténtico quién es quién de las Fuerzas Especiales, nombres que él conocía por su reputación.

La configuración de aquel campamento era bastante parecida a la del que a él le interesaba ahora, y Kelly tomó algunas notas. Había un documento que le sorprendió: un memorándum de un oficial de tres estrellas a uno de dos estrellas, indicando que la misión de Song Tay, pese a ser importante en sí misma, era también un medio para otro fin. El oficial de tres estrellas quería justificar el traslado de grupos de operaciones especiales a Vietnam del Norte. Eso, decía, les abriría todo tipo de posibilidades, por ejemplo, cierto embalse con una sala de generadores... Ya, pensó Kelly. El oficial de tres estrellas quería una licencia de caza,

quería introducir varios grupos en el interior del país y jugar a los mismos juegos que jugaban los servicios estratégicos tras las líneas alemanas en la Segunda Guerra Mundial. El memorándum concluía que los factores políticos hacían que ese último aspecto de POLAR CIRCLE -uno de los primeros nombres en clave de 1a que acabaría llamándose operación KINGPIN- fuera particularmente delicado. Algunos lo considerarían una ampliación de la guerra. Kelly levantó la cabeza y bebió su segunda taza de café. ¿Qué demonios les pasaba a los políticos?, se preguntó. El enemigo podía hacer cuanto se le antojaba, pero América siempre estaba temblando ante la posibilidad de que se considerara que ampliaba las hostilidades. El también había visto algo de aquello. El proyecto pilo ENIX, el ataque deliberado a la infraestructura política del enemigo, era un asunto muy delicado. Pero llevaban uniforme, ¿no? Un hombre uniformado en una zona de combate podía considerarse objetivo militar según las leyes de cualquier país, ¿no? El enemigo se ensañaba con alcaldes y maestros de escuela. Había un escandaloso doble criterio respecto a la forma de conducir la guerra. Era un pensamiento inquietante, pero Kelly lo apartó y cogió el segundo grupo de documentos.

Habían tardado una eternidad en reunir el equipo y planear la operación. Pero todos eran buenos soldados. El coronel Bull Simons, otro hombre al que sólo conocía por su reputación, estaba considerado uno de los más duros comandantes de combate de todos los ejércitos del mundo. Dick Meadows, más joven, pero de la misma pasta. Su especialidad consistía en perjudicar y distraer al enemigo, y sabían hacerlo con pequeñas fuerzas y exponiéndose a un peligro mínimo. Cómo debían desear aquella misión, pensó Kelly. Pero tuvieron que someterse a una supervisión. Kelly contó diez documentos diferentes de autoridades superiores, prometiendo el éxito -como si un memorándum pudiera garantizar el éxito en el duro mundo de las operaciones de combate-, hasta que se cansó de contar. En todos utilizaban el mismo lenguaje, hasta que sospechó que algún oficinista de la unidad había redactado un modelo de carta. Kelly pasó tres horas repasando hojas y más hojas de correspondencia entre Eglin y la CIA, preocupaciones de oficinistas que distraían a los hombres que vestían uniformes verdes, «útiles» sugerencias de gente que seguramente no se quitaba la corbata ni para dormir, y todas ellas requerían respuestas de los operadores que llevaban las armas... Y sí KINGPIN había pasado de misión relativamente menor a obra épica de Cecil B. DeMille que en más de una ocasión llegó a la Casa Blanca, y a oídos del personal del Consejo de Seguridad Nacional.

Eran las dos y media de la madrugada. Kelly se detuvo ahí, rindiéndose ante el siguiente montón de papeles. Lo guardó todo bajo llave y volvió a su habitación tras dejar aviso de que lo llamaran a las siete.

Era sorprendente el poco sueño que necesitabas cuando tenías trabajo. A las siete, cuando sonó el teléfono, Kelly saltó de la cama y quince minutos después estaba corriendo por la playa, descalzo y con pantalones cortos. No estaba solo. No sabía cuántos en su misma situación había en la base de Eglin. Algunos tenían que ser miembros de Fuerzas Especiales, y estarían haciendo cosas que él sólo podía suponer. Podías identificarlos porque tenían la espalda ligeramente más ancha que los demás. Correr sólo era una parte de su programa de preparación física. Se miraban y se examinaban, y cada uno sabía lo que pensaba el otro: «¿Será mejor que yo?» Era un ejercicio mental automático, y Kelly se sonrió al ver que estaba lo suficientemente integrado como para merecer aquel tipo de respeto competitivo. Después de refrescarse con una ducha de tomar un suculento desayuno, volvió a la oficina. De camino, se preguntó por qué se habían apartado de su comunidad durante tanto tiempo. Al fin y al cabo, era su único hogar desde que había abandonado Indianápolis.

Pasaban los días. En dos ocasiones se permitió el lujo de dormir seis horas, pero para comer nunca dedicaba más de veinte minutos, y ni una sola copa después de aquella primera cerveza, aunque sus períodos de ejercicio aumentaron a varias horas diarias, básicamente para afianzarse. En realidad no quería reconocer el verdadero motivo. Quería ser el más fuerte de los que corrían por la playa cada mañana, y no sólo un miembro más de aquella élite. Kelly

volvía a ser un comando; más que eso, se estaba convirtiendo de nuevo en Serpiente. Se percató del cambio el tercer o el cuarto día. Los otros ya esperaban su presencia cada mañana, y el anonimato no hacía más que mejorarlo. Por lo demás, las cicatrices darían a entender que todavía estaba en aquel negocio, pues los otros no sabían que lo había abandonado. Que había renunciado, se corrigió Kelly, no sin sentir cierta culpa.

El papeleo resultaba sorprendentemente estimulante. Era la primera vez que intentaba averiguar cosas de aquel modo, y descubrió que tenía cierto talento. Vio que el plan operacional era una belleza mellada por el tiempo y la repetición, como una chica a la que un padre celoso esconde en su casa, malgastando su belleza. Cada día los soldados levantaban una imitación del campamento de Song Tay, y cada día la desmontaban al terminar, para que los satélites de reconocimiento soviéticos no advirtieran lo que se llevaban entre manos. Aquello debió de ser agotador para los soldados. Y duró demasiado: los soldados practicaban mientras los superiores temblaban, considerando las informaciones de inteligencia una y otra vez hasta que... los prisioneros fueron trasladados.

«Maldita sea», murmuró Kelly. No se trataba de que un traidor hubiera estropeado la operación. Habían tardado demasiado... Y eso significaba que, en caso de que hubiera un espía, éste debía de haber sido de los últimos en descubrir lo que se estaba tramando. Tomó nota de aquella idea.

La operación había sido planeada meticulosamente, todo estaba bien hecho; había un plan principal y varias opciones; cada miembro del grupo de asalto estaba entrenado e instruido de tal modo que podía realizar todas las funciones incluso dormido. Destruyeron un enorme helicóptero Sikorski en medio del campamento y utilizaron metralletas para eliminar a los vigilantes de las torres... Nada de delicadezas, sino fuerza directa y brutal. La evaluación posterior a la operación confirmó que habían liquidado a los vigilantes del campamento en unos segundos. Qué contentos debían de estar los soldados, al ver que la operación había salido mejor que en las simulaciones. Pero luego debieron de lle-

varse una sorpresa, frustrante y amarga, al recibir las insistentes llamadas de «punto negativo» por la radio. «Punto» era la sencilla palabra en clave que designaba a los prisioneros de guerra americanos, y aquella noche no encontraron ninguno. Los soldados habían asaltado y liberado un campamento vacío. Resultaba fácil imaginar lo callados que debían estar mientras volvían a Tailandia en los helicópteros, el tenebroso vacío del fracaso después de hacer su trabajo a la perfección.

Sin embargo había mucho que aprender de allí. Kelly hizo sus notas, para lo que gastó varios lápices. K I N G PI N podía ser muchas cosas, pero ante todo era una lección valiosísima. Muchas cosas habían salido bien, y aquello podía copiarse tranquilamente. Lo único que había salido mal era, en el fondo, el factor tiempo. Unas tropas de aquella calidad habrían podido actuar mucho antes. La búsqueda de la perfección no había sido exigida por el nivel operacional, sino por un nivel superior, por hombres que habían envejecido y habían perdido el entusiasmo y la inteligencia de la juventud. Y la consecuencia de eso era el fracaso de la misión, no por culpa de Bull Simons, Dick Meadows o Green Berets, que habían arriesgado voluntariamente sus vidas por compatriotas a los que no conocían, sino por culpa de otros que no se atrevían a arriesgar sus carreras y sus oficinas -cuestiones mucho más importantes, por supuesto, que la sangre de los chicos que estaban en el frente-. Song Tay resumía la historia de Vietnam, que podía contarse en los escasos minutos que un grupo de asalto espléndidamente entrenado había tardado en fracasar, traicionado por el procedimiento tanto como por algún traidor oculto en la burocracia federal.

SENDER CREEN sería diferente, se dijo Kelly. Aunque sólo fuera porque lo estaban desarrollando como un juego privado. Si la mayor amenaza para la operación era la supervisión, ¿por qué no eliminar la supervisión?

-Gracias por su ayuda, capitán -dijo Kelly.

Librodot

-¿Ha encontrado lo que buscaba, señor Clark? -preguntó Griffin.

-Sí, Griffin. Su análisis del campamento secundario es excelente. Por si no se lo han dicho, su plan habría ayudado a salvar algunas vidas. Le diré una cosa: ojalá hubiéramos tenido un oficial de inteligencia como usted cuando yo estaba en la selva.

-No puedo volar, señor. Mi trabajo está aquí -contestó Griffin, abrumado por aquel cumplido.

-Puede estar seguro de que lo hace muy bien. -Kelly y le entregó sus notas. El capitán las introdujo en un sobre que a continuación selló con lacre rojo-. Envíelo a esta dirección -añadió Kelly.

- Sí, señor. Se ha ganado usted un descanso. ¿Ha podido dormir?

-Creo que antes de volver me relajaré un poco en Nueva Orleáns.

- No es mal sitio para eso, señor -contestó Griffin, y acompañó a Kelly hasta su coche, que ya estaba cargado.

Algo más había resultado sorprendentemente fácil, pensó Kelly mientras abandonaba el recinto. En su habitación de la base había una guía telefónica de Nueva Orleáns donde figuraba el nombre que Kelly había decidido buscar mientras estaba en el despacho de James Greer en el edificio de la CIA.

Aquél era el cargamento con que se ganaría su reputación, pensó Tucker mientras observaba a Rick y a Billy, que se ocupaban de guardar las cosas. Una parte se destinaría a Nueva York. Hasta ahora había sido un intruso con ambición. Había proporcionado suficiente heroína como para que la gente se interesara por él y por sus socios. El hecho de que tuviera socios suscitaba un interés particular, además de sus métodos. Pero ahora era diferente. Ahora iba a formar parte del equipo. Lo considerarían un hombre de negocios serio, porque su cargamento cubriría todas las necesidades de Baltimore y Filadelfia durante... quizá un mes, calculó. Quizá menos, si la red de distribución era tan buena como decían. Los restos empezarían a cubrir las crecientes demandas de Nueva. York, que necesitaba un poco de ayuda después del último gran decomiso. Llevaba mucho tiempo dando pequeños pasos, pero por fin iba a dar uno gigantesco. Billy encendió la radio para oír las noticias deportivas, pero sintonizó un parte meteorológico.

-Me alegro de que nos marchemos. Vienen tormentas. Tucker miró hacia fuera. El cielo todavía estaba azul y despejado.

-No hay nada de que preocuparse -les dijo.

Nueva Orleáns le encantaba; era una ciudad con tradición europea en la que se mezclaban el encanto del Viejo Mundo y el brío americano; una ciudad rica en historia, gobernada antiguamente por franceses y españoles. No había perdido sus tradiciones, y conservaba incluso un código legal que para los otros cuarenta y nueve estados era prácticamente incomprensible, y que solía dejar atónitas a las autoridades federales. Igual que el dialecto local, porque muchos mezclaban el francés, o lo que ellos llamaban francés. Pierre Lamarck tenía antepasados acadios, y algunos de sus más lejanos parientes todavía vivían en los bayous de la región. Pero a Lamarck no le interesaban demasiado las costumbres que los turistas encontraban curiosas y excéntricas, ni la vida que otros consideraban cómoda y rica en tradición, salvo como punto de referencia, una especie de toque personal que lo distinguía de sus semejantes. No resultaba fácil, pues su profesión exigía cierto encanto personal. El acentuaba su personalidad con un traje de lino blanco con chaleco, una camisa blanca de manga larga y una corbata roja; el atuendo consolidaba su imagen de hombre de negocios respetable, aunque un poco ostentoso. Y estaba a tono con su automóvil, un Cadillac blanco. Evitaba los excesos ornamentales con que otros proxenetas decoraban sus vehículos. Un presunto tejano le había puesto a su Lincoln los cuernos de un novillo, pero no era más que un

gilipollas de Alabama que ni siquiera sabía tratar a sus chicas.

Lamarck, en cambio, tenía un gran talento para eso, se dijo con gran satisfacción mientras abría la puerta del coche para su nueva adquisición, una chica de quince años con mirada inocente y modales remilgados que la convertían en un importante miembro de su harén. Esa mañana la chica se había ganado la cortesía del proxeneta con un servicio especial. El lujoso coche se puso en marcha a la primera y, a las siete y media, Pierre Lamarck se dispuso a iniciar otra noche de trabajo, pues en aquella ciudad la vida nocturna empezaba pronto y acababa tarde. En la ciudad había una convención de distribuidores. En Nueva Orleáns se celebraban muchas convenciones, y su negocio dependía en gran parte de las idas y venidas de los participantes. Aquélla prometía ser una noche cálida y lucrativa.

Tiene que ser él, pensó Kelly, a media manzana de distancia, al volante de su coche alquilado. ¿Quién si no podía vestir un traje de tres piezas e ir acompañado de una chica joven con minifalda ceñida? No podía ser un agente de seguros. Incluso desde aquella distancia podía ver la chapucera calidad de las joyas de la chica. Kelly arrancó y los siguió. No necesitaba acercarse demasiado. ¿Cuántos Cadillac blancos podía haber?, se preguntó mientras cruzaba el río, sin quitarle los ojos a su objetivo. Tuvo que saltarse un semáforo, arriesgándose a que le pusieran una multa, pero por lo demás fue fácil. El Cadillac se detuvo en la entrada de un hotel de lujo, y Kellv vio apearse a la chica y ca-minar hacia la puerta, ensimismada resignada. No quería verle la cara de cerca, pues temía los recuerdos que pudieran acudir a su mente. Aquélla no era una noche para emociones. Las emociones eran lo que le había impulsado a realizar la misión. Pero para realizarla necesitaba otra cosa. Iba a ser una lucha constante, pensó Kelly, pero tenía que salir airoso. Por eso había ido a aquel lugar aquella noche.

El Cadillac avanzó unas cuantas manzanas más y aparcó frente a un bar sórdido y pretencioso, situado bastante cerca de las tiendas y de los hoteles buenos; podías ir al bar caminando sin alejarte de la seguridad y la comodidad de la civilización. Había un constante trajinar de taxis que sugería que aquel aspecto de la vida de la ciudad estaba bien consolidado.

Kelly aparcó a un par de manzanas del bar por dos motivos: el paseo por Decatur Street 1e permitiría familiarizarse con el territorio y buscar un lugar adecuado para su acción. Iba a ser una noche muy larga. Varias chicas de minifalda le sonrieron mecánicamente, pero él siguió andando, mirando a derecha e izquierda. Llevaba ropa informal, el tipo de ropa que cualquier hombre medianamente acomodado podría llevar en un día tan húmedo y caluroso: oscura y anónima, suelta y holgada. Revelaba dinero, pero no demasiado, y su andar no invitaba a trifulcas.

Entró en el bar Chats Sauvages a las ocho y diecisiete. Había humo y mucho ruido. Un pequeño grupo de rock, muy entusiasta, tocaba en el fondo. En una pista de baile de unos siete metros cuadrados, gente de su misma generación, y algunos más jóvenes, bailaban al son de la música. Y estaba también Pierre Lamarck, sentado a una mesa de un rincón con unos cuantos amigos, o eso parecían por sus gestos. Kelly se dirigió al lavabo, en parte por necesidad y en parte para examinar el local. Había una entrada lateral, pero no quedaba más lejos de la mesa de Lamarck que la puerta principal. El camino más corto para llegar al Cadillac era pasar por la barra, y así supo Kelly dónde tenía que colocarse. Pidió una cerveza y se quedó mirando a los músicos.

A las nueve y diez dos chicas se acercaron a Lamarck. Una se sentó en sus rodillas, mientras la otra le mordisqueaba la oreja. Los amigos de Lamarck observaron sin especial interés, y las chicas le entregaron algo al proxeneta. Kelly no vio qué era, porque estaba de cara a los músicos y evitaba mirar demasiado en dirección a la mesa de Lamarck. Pero éste resolvió la duda en seguida: era dinero. Lamarck enrolló ostentosamente los billetes junto con otros que se sacó del bolsillo. Exhibir dinero era una parte importante de la imagen pública de un proxeneta. Las dos chicas se marcharon, y pronto apareció otra, y luego otra. Los

compañeros de Lamarck también recibían el mismo tipo de visitas, mientras bebían e iban pagando consumiciones; de vez en cuando piropeaban a la camarera que los atendía, y luego le daban una buena propina a modo de disculpa. De vez en cuando, Kelly se movía. Se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa, para ofrecer una imagen diferente a los clientes del bar, y se limitó a dos cervezas que bebió lentamente. No reparaba en el carácter desagradable v aburrido de la velada, pero sí en otras cosas:

quién entraba y quién se marchaba, quién se quedaba. Kelly empezó a reconocer esquemas de conducta y a identificar a algunos individuos, a los que asignó nombres inventados. Se fijó especialmente en Lamarck, que no se quitó la chaqueta y estuvo todo el rato de espaldas a la pared. Hablaba afablemente con sus contertulios, pero no con familiaridad de amigos. Sus bromas eran demasiado afectadas. Todos ponían demasiado énfasis en la gesticulación; no se veía en ellos la comodidad de la gente que se reúne con algún propósito que no sea el dinero. Hasta los proxenetas se encontraban a veces solos, pensó Kelly, y buscaban la compañía de sus colegas, pero lo suyo no era amistad, sino simple asociación. Apartó las consideraciones filosóficas. Si Lamarck no se quitaba la chaqueta era porque iba armado.

A medianoche, Kelly se puso la chaqueta y fue de nuevo al lavabo. Allí cogió la automática que llevaba oculta en el pantalón y la encajó en el cinturón. Dos cervezas en cuatro horas, pensó. Su hígado ya debía de haber eliminado el alcohol, y en cualquier caso, dos cervezas no podían hacerle mucho efecto a un hombre tan corpulento como él. Aquello era importante, y esperaba que fuera así.

Había calculado bien. Mientras se lavaba las manos por quinta vez, Kelly advirtió por el espejo que se abría la puerta. Sólo vio la nuca de un hombre, pero bajo aquella nuca había un traje blanco, así que esperó hasta que oyó correr el agua del urinario. El hombre se dio la vuelta, y sus ojos se encontraron en el espejo.

- Perdone -dijo Lamarck. Kelly se apartó del lavabo y siguió secándose las manos con una toalla de papel.

-Me gustan mucho esas chicas -dijo.

- ¿Hmmm? -Lamarck había bebido por lo menos seis copas. -Las que vienen a verlo -añadió Kelly quedamente-. ¿Trabajan para usted?

- Más o menos. -Lamarck se arregló el cabello con el peine-. ¿Por qué lo pregunta?

- Creo que vov a necesitar unas cuantas -dijo Kelly, fingiendo sentirse un poco incómodo.

-¿Unas cuantas? ¿Está seguro de que podrá con ellas? -preguntó Lamarck con una sonrisa sardónica.

-He venido con unos amigos. Es el cumpleaños de uno ellos, y...

-Ah, una fiestecita -observó el proxeneta con jovialidad.

- Exacto. -Kelly quiso fingir timidez, pero el resultado fue más bien torpeza. El error le favoreció.

-No se preocupe, hombre. ¿Cuántas chicas nceesita?

- Tres o cuatro. ¿Podemos hablar fuera? Creo que necesito un poco de aire.

-Como quiera. Deje que me lave las manos.

-Le espero en la puerta.

La calle estaba tranquila. Nueva Orleáns era una ciudad agitada, pero entre semana no había tanta gente por la calle. Kelly esperó en la puerta del bar, hasta que notó que alguien lo cogía amistosamente por el hombro.

- No hay de qué avergonzarse. A todos nos gusta divertirnos un poco, sobre todo cuando estamos lejos de casa.

-Le pagaré lo que me pida -prometió Kelly con una sonrisa incómoda.

Lamarck, que era un hombre experimentado, sonrió pala tranquilizar a su cliente:

- Mis chicas valen lo que cuestan. ¿Necesita alguna otra cosa?

Kelly tosió y dio unos pasos, y Lamarck lo siguió.

-Quizá algo... bueno, algo para animarnos un poco, entiende?

- No hay problema -contestó Lamarck mientras se acercaban a un callejón.

-Creo que hace un par de años conocí a una de sus chicas: ¿Cómo se llamaba...? ¿Pam? Sí, Pam. Delgada, de cabello rojizo.

-Ah, sí. Muy simpática. Ya no trabaja conmigo -dijo Lamarck sin darle demasiada importancia-. Pero tengo muchas mas. Mi clientela es muy selecta.

-No lo dudo -respondió Kelly mientras se llevaba la rmano la espalda-. Y todas están... bueno, todas toman cosas para....

-Siempre están animadas, amigo mío. Una dama tiene qua estar predispuesta. -Lamarck se detuvo frente al callejon, y miró hacia fuera, quizá recelando de que hubiese algún policía por los alrededores. Detrás de él había un callejón oscuro de paredes de

ladrillo, donde sólo había cubos de basura y gatos callejeros, y una salida en el extremo opuesto. Lamarck no se había dado cuenta, pero a Kelly le venía muy bien-. Veamos. Cuatro chicas para el resto de la noche... Y algo para animar la fiesta... Unos quinientos. Mis chicas no son baratas, pero le aseguro que...

- Las manos en alto -le interrumpió Kelly apuntando a Lamarck con su Colt automática.

Lamarck reaccionó con incredulidad:

-Esto es una tontería, amigo mío...

Kelly no se anduvo con contemplaciones.

-Lo que es una tontería es discutir con una pistola apuntándote. Date la vuelta, camina por el callejón, y puede que vuelvas al bar a tomarte la última copa.

- Debes de necesitar mucho dinero para hacer algo tan estúpido -dijo el proxeneta, intentando una amenaza velada.

-¿Estás dispuesto a morir por un fajo de billetes? -preguntó Kelly. Lamarck se lo pensó y se dio la vuelta.

- Párate -le ordenó Kelly cuando habían recorrido cincuenta metros. Agarró al hombre por el cuello con el brazo izquierdo y lo empujó contra la pared. Inspeccionó ambos lados del callejón tres veces. Intentó discernir ruidos que no fueran de coches o música. De momento era un sitio seguro-. Dame tu pistola, con mucho cuidado.

-No llevo... -Lamarck oyó el percutor muy cerca de su oreja.

-Tengo aspecto de estúpido?

-Está bien -accedió Lamarck-. No te pongas nervioso. No es mas que dinero.

Bien -dijo Kelly.

Lamarck sacó una pequeña automática. Kelly la cogió enganchando el dedo índice en el gatillo. No quería dejar huellas en el arma. Se estaba arriesgando mucho, y pese a lo prudente que había sido hasta el momento, los riesgos de su acción le parecieron de pronto muy reales y muy grandes. Metió la pistola en el bolsillo de su chaqueta.

-Ahora déjame ver el dinero.

-Aquí lo tienes -dijo Lamarck sacándoselo del bolsillo. Aquello era bueno y malo, pensó Kelly. Bueno porque era una bonita visión. Y malo porque un hombre aterrorizado podía intentar hacer alguna tontería. Kelly se puso más tenso.

-Gracias, señor Lamarck -dijo Kelly para tranquilizarlo.

Entonces Lamarck vaciló y torció ligeramente la cabeza, mientras intentaba sobreponerse al efecto de las seis copas que había bebido.

-Un momento. Ha dicho que conocía a Pam...

-Sí -contestó Kelly,

- ¿Pero cómo...? -Se volvió para mirar a Kelly, pero sólo pudo distinguir sus ojos.

-Tú eres uno de los que destruyeron su vida.

-¡Oye, tío, ella vino a buscarme! -se defendió Lamarck. -Y tú la enganchaste a las pastillas, para que estuviera bien animada, ¿no?

- Son los negocios. Tú la conociste, ¿no? ¿Es buena o no?

-Sí, era muy buena, desde luego.

-Si la hubiera entrenado mejor, ahora podrías volver a... ¿Has dicho era?

- Está muerta -dijo Kelly, y se llevó la mano al bolsillo-. La han matado.

-¿De veras? ¡Yo no he sido! -Lamarck tenía la impresión de estar rindiendo un examen final, un examen que no comprendía, basado en reglas que desconocía.

-Sí, lo sé. -Enroscó el silenciador en la pistola.

Lamarck lo vio, forzando la vista en la oscuridad. Le temblaba la voz:

-¿ Entonces por qué me haces esto? -dijo, demasiado aturdido para gritar, demasiado paralizado por la incongruencia de aquellos momentos, por la rapidez con que su vida había cambiado. Necesitaba una respuesta. En cierto modo la respuesta era más importante que la huida, cuyo intento habría sido inútil.

Kelly lo pensó un momento. Podía decir muchas cosas, pero decidió que lo justo era decirle la verdad. Le apuntó con la pistola y dijo:

-Para practicar,

XIV. LECCIONES APRENDIDAS

El vuelo de Nueva Orleáns a Washington era breve, así que no proyectaban películas, y Kelly ya había desayunado. Pidió un zumo y lo tomó en su asiento de ventanilla, agradeciendo que el avión llevase escasos pasajeros. Después de cada una de sus acciones de combate solía repasar los acontecimientos con detalle. Era un hábito adquirido en las Fuerzas Especiales. Al finalizar cada ejercicio de entrenamiento celebraban una reunión que cada comandante llamaba de forma diferente. «Crítica de actuación» parecía ahora el nombre más apropiado.

Su primer error fue el resultado de algo que había deseado y de algo que había olvidado. Como quería ver morir a Lamarck en la oscuridad, se había acercado demasiado a él, y había olvidado que las heridas en la cabeza sangraban copiosamente. Al brotar la sangre, se apartó como un niño que intenta evitar a una avispa en el patio de su casa, pero no lo consiguió del todo. Aquél era el único error cometido, y al haber elegido ropa oscura había mitigado los efectos. Lamarck, herido de muerte, cayó al suelo como una muñeca de trapo. Los dos tornillos que Kelly había atornillado en la parte superior de su pistola sostenían una pequeña bolsa de tela que había cosido él mismo, y los dos casquillos quedaron atrapados en la bolsa, privando de aquella valiosa pista a los policías que investigaran el caso. Había interpretado bien su papel; no había sido más que una cara anónima en un bar anónimo.

El escenario del crimen, elegido improvisadamente, también había funcionado bastante bien. Recordó haber abandonado el callejón y haber andado hasta su coche, con el que regresó al motel. Allí se cambió de ropa y metió los pantalones y la camisa, manchados de sangre, y también la ropa interior, por precaución, en una bolsa de plástico del servicio de lavandería; depositó la bolsa en un contenedor del supermercado que había frente al motel. Si alguien encontraba la ropa, pensaría que la habría tirado un carnicero descuidado. No se había dejado ver con Lamarck. El único lugar iluminado donde había hablado con él era el lavabo del bar, y allí la suerte -y la planificación- le habían ayudado. La acera por la que habían caminado juntos era demasiado oscura y demasiado anónima. Cabía la posibilidad de que algún conocido de Lamarck los hubiera visto y ofreciese a los investigadores una idea aproximada de la estatura de Kelly, pero poco más, y aquél era un riesgo razonable, pensó mientras contemplaba las boscosas colinas del norte de Alabama. Todo indicaría que había sido un robo; Kelly llevaba los mil cuatrocientos setenta dólares del proxeneta en su bolsa. Al fin y al cabo, el dinero era el dinero, y si no lo hubiera cogido habría hecho sospechar a la policía otro móvil diferente de aquél tan comprensible y corriente. El lado físico del hecho -no podía considerarlo un crimen- era perfectamente limpio.

«¿Y el psicológico?», se preguntó Kelly. Kelly había puesto a prueba, sobre todo, su valor. La eliminación de Pierre Lamarck había sido una especie de experimento de campo, y Kelly se había sorprendido a sí mismo. Hacía varios años que no participaba en un combate, y en parte esperaba cierto nerviosismo después del hecho. Ya le había ocurrido en ocasiones anteriores, pero aunque se alejó del cuerpo de Lamarck con paso un poco vacilante, escapó con aquel aplomo tenso que había caracterizado muchas de sus acciones en Vietnam. Había recuperado muchas cosas. Podía catalogar las familiares sensaciones que había recobrado, corno si hubiera estado observando una película de entrenamiento producida por él mismo: la agudización de los sentidos, como si tuviera los nervios a flor de piel; el oído, la vista, el olfato exacerbado. Estaba tan vivo, pensó. Era lamentable que aquello hubiera sucedido a raíz de la muerte de una persona, pero Lamarck ya había perdido su derecho a la vida. En un mundo justo, una persona -Kelly no podía considerarlo un hombre- que explotaba a chicas indefensas no merecería el privilegio de respirar el mismo aire que los seres humanos. Quizá hubiera tomado el mal camino porque su madre no le quiso o porque su padre le pegaba. Quizá había crecido en un ambiente pobre o no había recibido la educación adecuada. Pero aquello era asunto de los psiquiatras o de asistentes sociales. Lamarck se habia comportado con suficiente normalidad como para desenvolverse como cualquier persona en su comunidad, y lo único que a Kelly le importaba era si las personas vivían su vida de acuerdo con su propia voluntad, libremente, o no. Lamarck sí lo había hecho y Kelly había decidido que los que cometían acciones incorrectas debían aprender a tener en cuenta las posibles consecuencias de aquellas acciones. Cada chica a la que explotaban podía tener un padre, una madre, una hermana, un hermano o un amigo desconsolado. Sabiéndolo, y aceptando el riesgo, Lamarck había arriesgado su vida conscientemente en mayor o menor grado. Y arriesgar significa que a veces pierdes, pensó Kelly. Si no había calculado los riesgos con suficiente precisión, no era asunto de Kelly.

No, se dijo, contemplando la tierra desde las alturas.

¿Y qué sentía Kelly respecto a aquello? Meditó unos momentos, recostado en el asiento y cerrando los ojos como si estuviese dormido. Su conciencia le dijo que tenía que sentir algo, y buscó alguna emoción auténtica. Después de considerarlo durante varios minutos, no encontró ninguna. No sentía pena ni remordimiento. Lamarck no significaba nada para él seguramente nadie lloraría su perdida. Quizá sus chicas -en el bar Kelly había visto a cinco- se quedarían sin chulo, pero quizá entonces alguna tendría la oportunidad de corregir su vida. No era probable, pero sí posible. El realismo le decía a Kelly que él no podía solucionar todos los problemas del mundo. El idealismo le decía que no obstante podía encargarse de imperfecciones puntuales.

Pero todo aquello lo alejó de la pregunta inicial: ¿Qué sentía respecto a la eliminación de Pierre Lamarck? La única respuesta que se le ocurrió fue: Nada. La satisfacción profesional de haber hecho algo difícil no se parecía a la dicha dada por la naturaleza de la tarea. Al poner fin a la vida de Pierre Lamarck había eliminado algo peligroso de la superficie del planeta. No se había enriquecido en absoluto -coger el dinero había sido una táctica, una medida de camuflaje, no un objetivo-. No había vengado la muerte de Pam. No había cambiado nada. Era como pisar un insecto venenoso: lo hacías y seguías caminando. No intentaría engañarse, pero su conciencia tampoco lo atormentaría, y de momento aquello era suficiente. Su pequeño experimento había sido un éxito. Después de toda la preparación física v mental, se había demostrado a sí mismo que era capaz de la tarea que le esperaba. Kelly se concentró en la misión. Había matado a muchos hombres mejores que Pierre Lamarck, y ahora podía pensar con confianza en matar a hombres peores que el proxeneta de Nueva Orleáns.

«Esta vez me visitan a mí», pensó Greer con satisfacción. En general, la hospitalidad de la CIA era mejor. James Greer había conseguido una plaza de aparcamiento en la zona de

visitantes VIP -el equivalente en el Pentágono siempre era fortuito y difícil- y una sala de reuniones segura. Cas Podulski eligió cuidadosamente un asiento en el extremo, cerca del aparato de aire acondicionado, donde no molestaría a nadie con el humo de sus cigarrillos.

- Tenías razón respecto a este chico, Dutch -comentó Greer mientras le entregaba copias de las notas mecanografiadas que había recibido hacía dos días.

-Alguien debería haberle puesto una pistola en la sien y obligarle a entrar en la Academia de Oficiales. Habría sido un buen oficial, como nosotros.

- No me extraña que no se dejara -intervino Podulski con tono amargo.

-Yo me lo pensaría dos veces antes de apuntarle con una pistola -dijo Greer-. La semana pasada estuve una noche entera leyendo su historial. Este chico es francamente salvaje en el frente.

-¿Salvaje? -preguntó MaxwelI con cierta desaprobación-. Querrás decir enérgico, ¿no, James?

«Quizá un término medio», pensó Greer:

-Muy arrojado. Tuvo tres comandantes, y le respaldaron en todo menos en una cosa.

- ¿PLASTIC FLOWER? ¿El comandante del grupo político que liquidó?

- Correcto. Su teniente se puso furioso, pero si Kelly tuvo que presenciar lo que luego contó, lo único que puede recriminársele es su error de juicio al precipitarse.

-Yo también lo he leído, James. Dudo que yo hubiera podido contenerme -opinó Cas, levantando la mirada de las notas. Un piloto de caza nunca dejaba de ser piloto de caza-. ¡Mirad, hasta escribe bien! -Pese a su acento, Podulski se había esforzado en aprender su lengua de adopción.

-Escuela de jesuitas -señaló Greer-. He leído nuestra valoración interna de K I N G PI N . El análisis de Kelly toca todos los puntos importantes, salvo cuando se excede llamando a las cosas por su nombre.

-¿Quién realizó la valoración de la CIA? -preguntó Maxwell.

- Robert Ritter, un especialista europeo que trajeron. Buena persona, aunque parco de palabras. Pero sabe lo que hace.

- ¿Uno de operaciones especiales? -preguntó Maxwell. -Sí -contestó Greer-. Hizo un buen trabajo en Station Budapest.

-¿Y por qué -preguntó Podulski- trajeron a uno de ese departamento para valorar K 1 N G P IN ?

- Creo que conoces la respuesta, Cas -dijo Maxwell.

- Si BOXWOOD GREEN se lleva a cabo, necesitamos un chico de operaciones especiales de esta casa. Es imprescindible. Yo no puedo hacerlo todo. ¿Estamos de acuerdo en eso? -Greer miró a sus compañeros, que asintieron con cierta desgana. Podulski volvió a concentrarse en los documentos, y luego dijo lo que todos estaban pensando:

- -¿Podemos confiar en él?

-El no es el que vendió K 1 N G P I N. Jim Angleton lo ha comprobado, Cas. Fue idea suya que trajéramos a Ritter con nosotros. Yo soy nuevo aquí. Ritter conoce la burocracia de esta casa mejor que yo. Es un operador, yo sólo soy un analista. Y es honrado. Estuvo a punto de perder su empleo por proteger a un colega; tenía a un agente trabajando en una misión peligrosa, y era el momento de sacarlo de allí. A los jefes, que son los que toman las decisiones, no les pareció el momento adecuado, con las conversaciones de paz en marcha, y le dijeron que no. Pero Ritter se encargó personalmente de sacar al chico. Resultó que su hombre tenía algo interesante, y eso salvó la carrera de Ritter.

Al inútil de arriba no le había servido de mucho, pensó Greer, pero a la CIA le iba mucho mejor sin él.

–¿Bravucón? –preguntó Maxwell.

–Fue leal a su agente. A veces aquí la gente se olvida de eso –dijo Greer.

–Puede que sea nuestro tipo –opinó Podulski.

–Ponlo al día –ordenó Maxwell–. Pero le dices que si alguna vez descubro que un civil

de este edificio jodió nuestra oportunidad de rescatar a esos hombres, iré personalmente a Pax River, sacaré personalmente un A-4 y destruiré personalmente su casa con napalm.

–Eso tendrías que dejármelo a mí, Dutch –repuso Cas con una sonrisa–. Siempre se me ha dado mejor que a ti. Y además tengo seiscientas horas en el Scooter.

Greer se preguntó hasta qué punto bromeaba.

–¿Qué hay de Kelly? –preguntó Maxwell.

–Ahora tiene otra identidad. Se llama Clark. Si lo queremos con nosotros, será mejor que lo utilicemos como civil. Así no tendrá que preocuparse por el rango.

–Encárgate de eso –dijo Maxwell. Era conveniente tener un oficial de la Armada destinado en la CIA, vestido de civil pero sujeto a la disciplina militar.

–Sí, señor. Si empezamos el entrenamiento, ¿dónde lo haremos?

–En la base de Quantico –contestó Maxwell–. El general Young es un viejo amigo mío. Aviador. Nos entenderá.

–Marty y yo hicimos juntos los cursos de piloto de pruebas –explicó Podulski–. Por lo que dice Kelly, no necesitamos tantas tropas. Siempre me pareció que en KINGPIN participaron demasiados hombres. Creo que si conseguimos sacar esto adelante, tendremos que conseguirle a Kelly su medalla.

–Cada cosa a su tiempo, Cas –dijo Maxwell. Se levantó y miró a Greer–: ¿Nos dirás si Angleton averigua algo?

–Descuida, lo haré –prometió Greer–. Si hay un traidor dentro, lo encontraremos. He pescado con él. Es capaz de sacar una trucha de la nada.

Cuando se marcharon, preparó una reunión con Robert Ritter para aquella tarde. Aquello significaba aplazar la reunión con Kelly, pero ahora Ritter era más importante, y aunque la misión corría prisa, tampoco era tanta.

Los aeropuertos eran lugares muy útiles: había mucho ajetreo, y teléfonos. Kelly hizo una llamada mientras esperaba el equipaje.

–Greer –contestó una voz.

–Clark –replicó Kelly, sonriendo. Utilizar un nombre falso le recordaba a James Bond–. Estoy en el aeropuerto, señor. ¿Quiere que vaya esta tarde?

–No; estoy ocupado. El martes a las... tres y media. Puedes venir en coche. Dime la matrícula y el modelo.

Kelly lo hizo, pero le sorprendió el cambio de planes. –¿Ha recibido mis notas, señor?

–Sí. Has hecho un buen trabajo, señor Clark. El martes las examinaremos juntos. Estamos muy satisfechos de tu trabajo.

–Gracias, señor –dijo Kelly.

–Hasta el martes.

–Gracias –dijo Kelly cuando Greer ya había colgado el auricular.

Veinte minutos después, se dirigía hacia su coche con las bolsas. Y una hora más tarde estaba en su apartamento de Baltimore. Era la hora del almuerzo, y se preparó dos bocadillos que regó con una coca-cola. Al mirarse en el espejo recordó que no se había afeitado, pero decidió postergarlo. Se dirigió al dormitorio para echar una larga siesta.

Los contratistas civiles no entendían lo que estaban haciendo, pero el caso era que cobraban. Y eso era lo único que pedían, porque tenían familias que mantener. Los edificios que habían construido eran muy espartanos: bloques de cemento, sin ninguna instalación, extrañas proporciones; no parecían construcciones americanas, salvo por los materiales empleados. Era como si su tamaño y su forma hubiesen sido sacados de algún manual de construcción extranjero. Un trabajador advirtió que todas las medidas eran métricas, aunque en los planos habían sido convertidas a pies y pulgadas, medidas que se utilizaban en los

planos americanos. El trabajo fue bastante sencillo; cuando llegaron el terreno ya había sido limpiado. Algunos de los trabajadores eran militares retirados, y también había ex marines, y estaban a la vez contentos e incómodos de hallarse en aquella base de la infantería de marina de las boscosas colinas del norte de Virginia. De camino al lugar de la construcción veían las formaciones de aspirantes a oficiales corriendo por la carretera. Todos aquellos jóvenes brillantes con la cabeza rapada, pensó un ex cabo de la infantería de marina. ¿Cuántos de ellos conseguirían el grado de oficial? ¿Cuántos irían allí? ¿Cuántos volverían a casa antes de tiempo, metidos en cajas de acero? El no podía prever ni controlar aquello, por supuesto. El había cumplido con su deber y había vuelto ileso, lo cual era bastante insólito.

Los tejados estaban acabados. Pronto se marcharían de allí definitivamente, después de sólo tres semanas de trabajo bien pagado. Semanas de siete días. Y muchas horas extras cada día. A alguien le interesaba que la construcción se terminara deprisa, pensó el ex marine. Y había algunas cosas que resultaban extrañas. El aparcamiento, por ejemplo, con espacio para cien vehículos. Estaban pintando las líneas sobre el asfalto. ¿En un edificio sin instalaciones? Pero lo más extraño era el trabajo que el capataz le había asignado a él. Un parque infantil. Columpios. Un laberinto. Un cajón de arena. Había que montar las piezas, y el ex marine y otros dos trabajaron con los planos como si estuvieran haciéndolo para sus hijos, intentando adivinar qué pieza iba unida dónde. Como trabajadores de la construcción con un contrato gubernamental, no se preguntaban por qué. Además, pensó, el Ejército era incomprensible. El Ejército trabajaba de acuerdo con un plan que en realidad no había diseñado nadie, y si querían pagarle horas extras por aquello, eso significaba otro plazo de la hipoteca de la casa pagada con tres días de trabajo. Los trabajos como aquél podían parecer una locura, pero significaban dinero. Lo único que no le gustaba era la duración del viaje. Quizá tuvieran que hacer algo semejante en Fort Belvoir, pensó mientras terminaba de colocar la última pieza del laberinto. Desde su casa tardaría veinte minutos en coche. Pero la Armada era un poco más racional que el Ejército. Era más lógica.

-¿Qué hay de nuevo? -preguntó Peter Henderson.

Estaban cenando cerca del Capitolio; dos amigos de Nueva Inglaterra, uno de ellos graduado de Harvard, el otro de Brown; uno ayudante de un senador, y el otro miembro del personal de la Casa Blanca.

- No cambia nada, Peter -dijo Wally Hicks con resignación-. Las conversaciones de paz no conducen a nada. Nosotros seguimos matándolos a ellos. Ellos siguen matando a los nuestros. No creo que consigamos la paz.

-Tiene que llegar, Wally -repuso Henderson mientras cogía su segunda cerveza.

- Si no... -empezó a decir Hicks.

Ambos habían cursado su último año en la Academia Andover, en 1962; eran amigos y compañeros de habitación, y compartieron notas y novias. Pero su mayoría política llegó un martes por la noche, cuando el presidente realizó un tenso discurso ante las cámaras de televisión, que ellos vieron en la sala de su residencia. Allí se enteraron de que había misiles en Cuba; los periódicos llevaban varios días sugiriéndolo, pero aquellos chicos pertenecían a la generación de la televisión. Para ellos fue una sorprendente y tardía entrada en el mundo real; el caro internado donde estudiaban debió haberlos preparado mejor para aquello. Pero los jóvenes americanos atravesaban momentos de poca actividad, sobre todo porque sus familias los habían aislado de la realidad y habían puesto a su alcance privilegios que el dinero podía comprar, pero sin proporcionarles la sabiduría necesaria para emplearlo correctamente.

Aquella repentina idea llegó a las dos mentes en el mismo instante; todo podía acabar en cualquier momento. Peor aún: estaban rodeados de objetivos. Boston al sudeste; la base aérea de Westover al sudoeste; otras dos bases, Pease y Loring, en un radio de ciento cincuenta kilómetros; la base naval de Portsmouth, donde había submarinos nucleares. Si los cubanos

disparaban sus misiles, ellos no sobrevivirían; la onda expansiva o la lluvia radiactiva los alcanzaría. Y ninguno de los dos había hecho el amor todavía. En la residencia había chicos que aseguraban haberlo hecho ya -quizá algunos hasta dijeran la verdad-, pero Peter y Wally- no se mentían, y ninguno de los dos había «marcado», pese a sus reiterados intentos. ¿Cómo era posible que el mundo no tuviera en cuenta sus necesidades personales? ¿Acaso no eran ellos miembros de la élite? ¿Acaso no importaban sus vidas?

Aquel martes de octubre Henderson v Hicks no durmieron, sino que se quedaron hablando, intentando comprender un mundo que había pasado de cómodo a peligroso sin previo aviso. Era evidente que debían encontrar una forma de cambiar las cosas. Después de graduarse, cada uno tomó un camino diferente. Brown y Harvard, pero las universidades no estaban muy lejos, y su amistad y su misión en la vida continuaron y crecieron. Los dos se especializaron en ciencias políticas, porque aquélla era la especialidad adecuada para entrar en el proceso que realmente importaba en el mundo. Los dos hicieron el doctorado, y lo más importante: gente importante se fijó en ellos -sus padres los ayudaron en eso-, y también en encontrar una alternativa de servicio militar que no los expusiera a la servidumbre de llevar uniforme. Una discreta llamada telefónica al burócrata correspondiente fue suficiente.

Y ahora los dos habían alcanzado una buena posición, como ayudantes de hombres importantes. Sus impetuosas expectativas de conseguir puestos políticos sin pasar de la treintena habían fracasado, pero de hecho estaban más cerca de ellas de lo que imaginaban. Al seleccionar la información para sus jefes, y al decidir qué debía aparecer en el escritorio de su superior y en qué orden, intervenían directamente en el proceso de decisión; y también tenían acceso a informaciones amplias, diversas y deli cadas. En muchos aspectos, los dos sabían más que sus jefes. Y aquello era conveniente, pensaban Hicks y Henderson, porque a veces ellos entendían mejor las cosas importantes que sus superiores. Todo estaba muy claro. La guerra era mala, y había que evitarla por todos los medios, y cuando eso no era posible, había que ponerle fin cuanto antes. Porque en las guerras moría gente, y eso era muy malo, y sin guerras la gente podría aprender a resolver sus desavenencias pacíficamente. Era tan obvio que ninguno de los dos comprendía cómo había tanta gente que no veía la Verdad que ellos habían descubierto en el instituto.

Entre ambos sólo había una diferencia. Como miembro de la Casa Blanca, Hicks trabajaba dentro del sistema. Pero lo compartía todo con su antiguo compañero de estudios; y eso era correcto, porque los dos tenían permiso especial para acceder a documentos secretos. Y además, Hicks necesitaba la aportación de una mente entrenada como la de Henderson.

Hicks no sabía que Henderson había avanzado más que él. Durante los días de ira que siguieron a la incursión de Camboya, Henderson decidió que si no podía cambiar la política del gobierno desde dentro, tendría que buscar ayuda en el exterior, en alguna agencia que pudiera ayudarle a bloquear las acciones del gobierno que ponían en peligro el mundo. No era el único que odiaba la guerra: había gente que entendía que no podías obligar a la gente a aceptar una forma de gobierno que no querían. El primer contacto de Hender son fue en Harvard, a través de un amigo que pertenecía al movimiento pacifista. Debería haber compartido aquello con su amigo, pensó Henderson, pero era demasiado pronto, y Wally Hicks no lo habría comprendido todavía.

–Tiene que llegar y llegará –insistió Henderson mientras llamaba a la camarera para pedir otra ronda–. La guerra terminará. Nos iremos de ese país. Vietnam tendrá el gobierno que quiere. Habremos perdido una guerra, y eso le irá bien a nuestro país. Aprenderemos de eso. Aprenderemos los límites de nuestro poder. Aprenderemos a vivir y dejar vivir, y entonces podremos darle una oportunidad a la paz.

Kelly se levantó pasadas las cinco. Los acontecimientos del día anterior lo habían fatigado más de lo que esperaba, y además, viajar siempre le cansaba mucho. Pero ahora no estaba cansado. Con un total de once horas de sueño en las últimas veinticuatro horas se sentía

fuerte y alerta. Se miró en el espejo y vio la barba de casi dos días. Estupendo. Luego eligió la ropa que iba a ponerse. Oscura, holgada y vieja. Había llevado toda su ropa a la lavandería y la había lavado con agua caliente y lejía para desgastar el tejido y los colores. Completó su atuendo con calcetines blancos y zapatillas de deporte. La camisa le iba grande, tal como le interesaba para sus propósitos. Finalmente se puso una peluca de cabello negro y grueso, no demasiado largo. La puso bajo el grifo de agua caliente hasta empaparla, y luego la cepilló para dejarla deliberadamente despeinada. Faltaba encontrar la manera de que apestara, pensó Kelly.

La naturaleza volvió a proporcionarle su apoyo. Había tormenta, y el viento que levantaba las hojas del suelo y la lluvia lo camuflaron mientras se dirigía a su Volkswagen. Diez minutos más tarde aparcaba cerca de una tienda de licores del vecindario, donde compró una botella de vino blanco barato y una bolsa de papel para esconderla. La destapó y vertió la mitad del contenido en la cuneta. Ya podía marcharse.

Ahora todo parecía diferente, pensó Kelly. Ya no era una zona por la que pudiera pasar. Ahora era un lugar realmente peligroso. Pasó por el lugar a donde había conducido a Billy y su Roadrunner, y miró si todavía estaban las marcas de los neumáticos, pero habían desaparecido. Meneó la cabeza. Aquello pertenecía al pasado, y lo que ahora le interesaba era el futuro.

En Vietnam siempre tenías el límite de la vegetación, un punto donde pasabas de campo abierto o zonas de labranza a la selva, y en tu mente allí acababa la seguridad y empezaba el peligro, porque el enemigo se escondía en la selva. No era más que una imagen mental, una frontera más imaginaria que real, pero al inspeccionar aquella zona, vio lo mismo. Sólo que esta vez no iba con cinco o diez camaradas con andrajosos pantalones de faena. Estaba atravesando la barrera en un coche salpicado de herrumbre. Aceleró, y como por arte de magia Kelly volvió a la selva y a la guerra.

Encontró aparcamiento entre coches tan decrépitos como el suyo, y salió rápidamente como si huyera de un helicóptero LZ, porque el enemigo podría verlo y acercarse, y fue hacia un callejón salpicado de basura. Todos sus sentidos estaban alerta. Kelly ya había empezado a sudar, y eso era bueno. Quería sudar y oler mal. Bebió un trago de vino, se enjugó la boca y luego dejó que le chorreara por la cara, el cuello y la ropa. Se agachó y cogió un poco de tierra con la que se frotó las manos, los brazos y la cara. Luego añadió un poco a la peluca, y cuando llegó a la mitad del callejón se había convertido en un borracho más, un pordiosero de los que abundaban en aquella zona. Kelly aminoró el paso y buscó un lugar donde apostarse. No fue muy difícil. En aquella zona había varias casas deshabitadas, y se trataba sólo de encontrar una con buenas vistas. Tardó media hora. Eligió una que hacía esquina, con ventanas saledizas en el piso superior. Kelly entró por la puerta trasera. Pegó un violento respingo al ver dos ratas en las ruinas de la cocina. «¡Malditas ratas!» Era ridículo tenerles miedo, pero Kelly odiaba sus ojillos negros, su asqueroso pelaje y sus colas repugnantes.

«¡Mierda!», susurró. ¿Por qué no había pensado en eso? A todo el mundo le daba miedo algo.. las arañas, las serpientes, las alturas. A Kelly le pasaba con las ratas. Caminó hacia la puerta de puntillas. Las ratas lo miraron, con menos miedo del que él les tenía. «¡Qué coño!», le oyeron susurrar. Kelly las dejó comer tranquilas.

Luego sintió rabia. Subió al primer piso y encontró el dormitorio con las ventanas saledizas, furioso consigo mismo por haberse permitido un contratiempo tan estúpido y cobarde. ¿Acaso no tenía un arma para liquidar aquellas jodidas ratas? ¿Qué temía que hicieran? ¿Que formaran un batallón armado y lo atacaran? Finalmente sonrió. Kelly se acercó a las ventanas, evaluando su campo de visión y la posibilidad de ser visto. Las ventanas estaban sucias y rotas. Faltaban algunos cristales, pero cada ventana tenía un cómodo alféizar donde sentarse, y la situación de la casa, en la intersección de dos calles, ofrecía una amplia vista, porque en aquel barrio las calles eran perfectamente perpendiculares. Las calles no estaban lo bastante iluminadas como para que pudieran verlo desde abajo. Kelly, con su ropa oscura y andrajosa y en aquella ruinosa casa, era invisible. Sacó unos prismáticos e inició

el reconocimiento.

Su primera tarea consistía en aprenderse el entorno. Dejó de llover, y la atmósfera estaba húmeda. Hacía calor, aunque la temperatura estaba descendiendo lentamente; Kelly sudaba un poco. Su primer pensamiento analítico fue que debería haberse llevado un poco de agua. Bueno, podría corregir aquello en el futuro, y por lo demás podía pasar varias horas sin beber. Lo que sí había llevado era goma de mascar, y eso facilitaba las cosas. Los ruidos de la calle eran extraños. En la selva había oído los zumbidos de los insectos, el canto de los pájaros y los aleteos de los murciélagos. Aquí había sonidos de motores, cercanos o distantes, algún frenazo, conversaciones, ladridos de perros y cubos de basura; los analizó mientras miraba por los prismáticos y repasaba lo que tenía que hacer aquella noche.

Era viernes, empezaba el fin de semana y la gente iba de compras. Por lo visto era una buena noche para los negocios. Identificó a un posible traficante a una manzana y media. Unos veinte años. Quince minutos de observación le bastaron para hacerse una buena imagen física del traficante y de su ayudante. Los dos se movían con la soltura que conferían la experiencia y la seguridad, y Kelly se preguntó si habrían luchado para ocupar aquel lugar o para defenderlo. Quizá para las dos cosas. Tenían mucho trabajo; quizá los suyos eran clientes habituales, pensó Kelly mientras veía cómo aquellos dos jóvenes se acercaban a un coche de importación, bromeando con el conductor y con el pasajero antes de realizar el intercambio; finalmente se dieron la mano y se despidieron. Los dos tenían más o menos el mismo peso y la misma estatura, y Kelly los llamó Archie y Jughead.

«Qué inocente era», pensó Kelly mientras dirigía la vista hacia otra calle. Recordó a aquel gilipollas al que encontró fumando hierba en una unidad de Fuerzas Especiales justo antes de salir a una misión. El individuo era miembro del grupo de Kelly, y aunque acababa de salir de la escuela de adiestramiento especial, eso no servía de pretexto. Kelly habló con él, y le dijo que salir sin estar al ciento por ciento de sus capacidades podía significar la muerte para todo el grupo. «Tranquilo, tío, sé muy bien lo que hago» no fue una respuesta muy inteligente, y treinta segundos después otro miembro del grupo tuvo que separar a Kelly de aquel desgraciado, que se marchó al día siguiente para no regresar.

Y aquél fue el único caso de consumo de drogas en toda la ciudad. Cuando estaban fuera de servicio cogían alguna que otra borrachera de cerveza, desde luego, y cuando Kelly y otros dos fueron a Taiwán en busca de distensión, las vacaciones fueron sonadas. Kelly estaba convencido de que aquello era diferente, y no reconocía la doble moral. Pero nunca bebían cerveza antes de realizar una misión. Era una cuestión de sentido común. Y también de moral de grupo. Kelly no conocía ninguna unidad de élite en que hubiera habido un problema de drogas. El problema -muy serio, según le habían contado- solía surgir en las unidades de remplazo formadas por jóvenes cuya presencia en Vietnam era incluso más involuntaria que la suya -y cuyos oficiales no habían sabido resolver el problema, bien por sus propios fracasos o por tener sentimientos semejantes.

Cualquiera fuera la causa, el hecho de que Kelly apenas hubiera tenido en cuenta el problema del consumo de drogas era a la vez lógico y absurdo. Apartó todos aquellos pensamientos. Aunque se había enterado tarde, ahora lo tenía ante sus ojos.

En otra calle había un traficante solitario, que no quería, no necesitaba o no tenía ayudante. Llevaba una camisa a rayas, y poseía su propia clientela. Kelly lo apodó Charlie Brown. Durante las cinco horas siguientes identificó y clasificó otras tres operaciones en su campo de visión. Entonces inició el proceso de selección. Aparentemente Archie y Jughead eran los que más trabajaban, pero estaban al alcance de la vista de otros dos. Charlie Brown tenía una manzana para él solo, pero había una parada de autobús a pocos metros. Dagwood estaba en la acera de enfrente de Wizard. Ambos tenían ayudantes. Big Bob era más corpulento que Kelly, y su ayudante todavía más. Eso era un reto. Pero en realidad Kelly no iba en busca de retos... todavía.

«Tengo que conseguir un buen mapa de la zona y memorizarlo. Dividirlo en dos zonas -pensó Kelly-. Tengo que señalar líneas de autobús, comisarías de policía. Aprenderme los

horarios de los turnos de la policía. Cómo funcionan las patrullas. Tengo

que memorizar esta zona, con un radio de diez manzanas será suficiente. No debo aparcar el coche en el mismo sitio dos veces, ningún aparcamiento podrá ser visto desde otro.

«Sólo puedes recorrer una zona concreta una vez. Eso significa que tienes que ser muy cuidadoso en tu elección. Nada de movimientos en la calle, salvo en la oscuridad. Conseguir un arma de repuesto... no una pistola, sino un buen cuchillo. Un par de cuerdas o alambre. Guantes de goma, como los de lavar los platos. Otra prenda, una cazadora con bolsillos -no, algo con bolsillos en la parte interior-. Una botella de agua. Algo para comer, chocolatinas. Más goma de mascar.» Kelly consultó su reloj: las tres y veinte.

Abajo la actividad se estaba reduciendo. Wizard y su ayudante se marcharon de su trozo de acera y desaparecieron por una esquina. Dagwood no tardó en hacer lo mismo, y se metió en su coche, que conducía su ayudante. Charlie había desaparecido cuando Kelly volvió a mirar. Sólo quedaban Archie y Jughead, en dirección sur, y Big Bob en dirección oeste; ambos seguían haciendo alguna venta esporádica, todas a clientes aparentemente acomodados. Kelly lo siguió observando una hora más, hasta que Arch y Jug fueron los últimos en marcharse... y desaparecieron bastante deprisa, pensó Kelly, que no estaba seguro de cómo lo habían hecho. Otra cosa que comprobar. Cuando se levantó estaba entumecido, y tomó nota de eso. No debía quedarse sentado tanto rato seguido. Bajó la escalera en silencio, porque en la casa contigua había ruido. Las ratas también habían desaparecido, afortunadamente. Kelly se asomó por la puerta trasera y, al ver el callejón vacío, salió de la casa, imitando el andar de un borracho. Al cabo de diez minutos vio su coche. Kelly se percató de que había aparcado cerca de una farola. Aquél era un error que no podía repetir, se reprochó mientras se acercaba lentamente al coche. Entonces miró a un lado y a otro de la calle, vacía, y subió rápidamente al coche, puso el motor en marcha y se alejó. No encendió los faros hasta que estuvo a dos manzanas de distancia; torció a la izquierda y abandonó aquella selva imaginaria -aunque no tan imaginaria-, dirigiéndose hacia su apartamento.

Una vez cómodo y seguro en su coche, Kelly repasó todo lo que había visto durante las nueve horas pasadas. Todos los camellos eran fumadores, y encendían sus cigarrillos con lo que parecían encendedores Zippo cuyas brillantes llamas perjudicarían su visión nocturna. Cuanto más avanzaba la noche, menos trabajo había, y más andrajosos parecían los compradores. Eran humanos. Se cansaban. Unos se quedaban más rato que otros. Todo lo que había visto era útil e importante. En las características de su modo de actuar, y sobre todo en sus diferencias, residía su vulnerabilidad.

Ha sido una buena noche, se dijo Kelly mientras pasaba por delante del estadio de béisbol de la ciudad; torció a la izquierda por Loch Raven Boulevard, y por fin se relajó. Hasta se le ocurrió beber un poco de vino, pero no era el momento de permitirse ningún mal hábito. Se quitó la peluca y se secó el sudor de la frente. Tenía mucha sed.

Diez minutos después satisfizo aquella necesidad, tras aparcar el coche en su lugar y subir silenciosamente a su apartamento. Echó un ávido vistazo a la ducha; necesitaba sentirse limpio después de verse rodeado de polvo y mugre y... ratas. Esa última idea le provocó un estremecimiento. Malditas ratas. Llenó un vaso de hielo y añadió agua del grifo. Bebió varios vasos, mientras utilizaba la otra mano para irse quitando la ropa. El aire acondicionado le sentó estupendamente, y se quedó de pie delante del aparato, dejando que el aire refrescara su cuerpo. Habían transcurrido muchas horas, pero no sentía ganas de orinar. A partir de ahora tendría que llevar una botella de agua. Kelly sacó unos paquetes de carne de la nevera y preparó dos gruesos bocadillos.

«Necesito una ducha», se dijo, pero no podía permitirse ese lujo. Tenía que acostumbrarse a aquella pátina pegajosa que cubría su cuerpo, conseguir que le gustara, cultivarla, porque en eso radicaba parte de su seguridad personal. El hedor y la suciedad eran parte de su disfraz. Tenía que conseguir que su aspecto y su olor hicieran que la gente apartara la mirada y no se acercara demasiado a él. Ahora no podía ser una persona. Tenía que ser una criatura de las calles, repulsiva. Tenía que ser invisible. Antes de entrar en el dormitorio se

miró en el espejo y vio que la barba se había oscurecido aún más. La última decisión que tomó fue dormir en el suelo. No quería ensuciar las sábanas nuevas.

XV. LECCIONES APLICADAS

Aquella mañana el calvario empezó puntualmente, a las once, aunque el coronel Zacharias no sabía qué hora era. El despiadado sol tropical parecía eternamente suspendido en lo alto. Ni siquiera en su celda sin ventanas podía escapar de él, como tampoco de los insectos, que se animaban con el calor. Se preguntó cómo algo podía animarse allí, y encima ese algo le hería o le ofendía; ésa era la definición del infierno más concisa que se le ofrecía. Zacharias había sido entrenado para una eventual captura. Había realizado el curso de supervivencia y evasión, algo que tenías que hacer cuando te ganabas la vida pilotando aviones, y decididamente era lo más odiado del servicio militar, porque en él a los oficiales de la Fuerza Aérea y de la Armada, hasta entonces consentidos, les hacían cosas que a los instructores de marines les habrían amedrentado –cosas que, en cualquier otro contexto, habrían sido motivo de un consejo de guerra seguido de una larga temporada en Leavenworth o Portsmouth–. Zacharias, como la mayoría, no repetiría voluntariamente aquella experiencia. Pero tampoco había elegido voluntariamente su situación actual, ¿no? Y estaba repitiendo aquel curso.

Se había imaginado el cautiverio de otra forma. No era el tipo de cosas que podías ignorar después de oír el horrible y desesperante rawwww electrónico de las radios de emergencia, y de ver los paracaídas, y de intentar enviar señales con la esperanza de

que el helicóptero Jolly Green Giant despegara de su base de Laos o quizá un Big Mutha de la Armada -así llamaban a las naves de rescate-. Zacharias ibía presenciado ocasiones en que aquello había funcionado, pero la mayoría de las veces lo había visto fallar. Había oído los aterrorizados gritos de los pilotos a punto de ser capturados. «Sacadme de aquí», gritó un comandante antes de que una voz enemiga se oyera por la radio; nadie entendió sus malévolas palabras, pero se imaginaban lo que querían decir. Las dotaciones del Jolly y sus equivalentes de la Armada hicieron todo lo que pudieron, y aunque Zacharias era mormón y no había probado el alcohol en su vida, les pagó a los tripulantes de aquellas naves con suficiente alcohol para tumbar a un batallón de marines por gratitud y admiración de su valor, pues así era como se expresaba la admiración en la comunidad de guerreros.

Pero al igual que los demás miembros de aquella comunidad, en realidad nunca pensó que pudieran capturarlo a él. La muerte le parecía más probable, y en ella sí había pensado. Zacharias fue el rey de los Veasel, un as de esos mortíferos aviones de combate. Había sido uno de los creadores de un nuevo estilo en su profesión. Con su inteligencia y sus soberbias dotes de piloto, había creado la doctrina y la había demostrado en la práctica. Había llevado su F-105 hasta la red antiaérea más concentrada jamás construida, buscando las armas más peligrosas y utilizando sus conocimientos y su inteligencia para batirse en duelo con ellas, correspondiendo a cada táctica con otra táctica, a cada técnica con otra técnica, burlándolas, desafiándolas y hostigándolas en lo que ya era la más divertida contienda que ningún hombre hubiera librado jamás, una partida de ajedrez en tres dimensiones por encima y por debajo de la velocidad Mach-I, con él al mando de un Thud de dos plazas y con el enemigo manejando radares y lanzamisiles rusos. La suya, como la de Mangosta y Cobra, fue una venganza privada que realizaba cada día para siempre, y su orgullo y su destreza le habían hecho pensar que ganaría, o, como mucho, que tendría la muerte que merecen los aviadores: inmediata, dramática y etérea.

Nunca se había considerado particularmente valiente, aunque tenía fe. Si encontraba la muerte en el aire, tendría la posibilidad de mirar a Dios a los ojos, con humildad y con orgullo

por la vida que había llevado, porque Robin Zacharias era un hombre recto que raramente se había alejado del camino de la virtud. Era un buen amigo, un jefe concienzudo que tenía en cuenta las necesidades de sus hombres; un padre de familia honrado con hijos fuertes, inteligentes y orgullosos; un buen practicante que donaba parte de su salario de la Fuerza Aérea a su iglesia. Por todos esos motivos, nunca había temido la muerte. Sentía seguridad respecto a lo que le esperaba más allá de la tumba. Lo que era inseguro era la vida, y su vida actual era la más insegura, e incluso una fe tan poderosa como la suya tenía límites impuestos por el cuerpo que la albergaba. Aquél era un hecho que él no acababa de comprender, o que no creía. Su fe, se dijo el coronel, debería ser suficiente para mantenerlo incólume en cualquier circunstancia. Era. Debería ser. Era; eso le habían enseñado de niño sus profesores. Pero aquellas clases habían sido impartidas en cómodas aulas con vistas a las montañas Wasatch por profesores de impecable camisa blanca y corbata, que sostenían sus libros de catecismo y hablaban con la seguridad que les confería la historia de su iglesia y sus feligreses.

«Aquí es diferente.» Zacharias oyó esa vocecilla e intentó ignorarla; trató de no darle crédito, porque creerla significaba una contradicción con su fe, y esa contradicción era lo único que su mente no podía permitirse. Joseph Smith había muerto por su fe, lo habían asesinado en Illinois. Otros habían hecho lo mismo. La historia del judaísmo y del cristianismo estaba llena de mártires -que Robin Zacharias consideraba héroes, porque ése era el término que se aplicaba en su comunidad profesional- que habían soportado las torturas de romanos o de otros, y muertos con el nombre de Dios en los labios.

«Pero no sufrieron tanto tiempo como tú», observó la voz. Unas horas. Unos breves minutos en la hoguera, un día o dos, quizá, clavados en la cruz. Eso era una cosa; eras consciente de que aquello tendría un final y, si sabías lo que había detrás de aquel final, podías concentrarte en eso. Pero para ver detrás del final, tenías que saber dónde estaba el final.

Robin Zacharias estaba solo. Había otros en aquel lugar. Los había visto, pero no hubo comunicación. Intentó entablar contacto a través de las cañerías, pero nadie contestó. Dondequiera que estuvieran, estaban demasiado lejos, o la configuración del edificio impedía la comunicación, o quizá no podían oír. Zacharias no podía compartir sus pensamientos con nadie, y hasta las oraciones tenían límites para una mente tan inteligente como la suya. Temía rezar por su liberación, porque eso significaría reconocer que su fe se había debilitado, y Zacharias no podía permitirlo, pero una parte de él sabía que al no rezar por su liberación estaba admitiendo algo por omisión; que si rezaba, y si después de un tiempo no llegaba la liberación, su fe podría empezar a desfallecer, y con ella su alma. Robin Zacharias sólo sabía una cosa: así era como empezaba la desesperación, no con un pensamiento sino con una negativa a suplicar a Dios por algo que podría no llegar. El resto lo ignoraba.

El hambre que pasaba, el aislamiento, especialmente doloroso para un hombre tan inteligente como él, y el temor al dolor, al que ni siquiera la fe podía suprimir, y todos los hombres temían el dolor. Era como llevar una pesada carga: pese a todo lo fuerte que pudiera ser un hombre, su fuerza era limitada, pero la gravedad no. La fuerza física era fácilmente comprensible, pero con el orgullo y la rectitud que le confería su fe, no había tenido en cuenta que sus actos físicos dependían de sus actos psicológicos, igual que de la gravedad, pero más insidiosamente. Interpretó la fatiga mental como una debilidad atribuible a algo que no debería romperse, y se acusó de ser humano. De haber podido hablar con otro hermano de su iglesia lo habría aclarado todo. Pero eso era imposible y, negándose la válvula de escape de admitir su fragilidad humana, Zacharias se obligaba a entrar en una trampa que él mismo había creado, con la colaboración de una gente que quería destruirlo en cuerpo y alma.

Y entonces las cosas empeoraron. La puerta de su celda se abrió. Dos vietnamitas con uniformes caqui lo miraron con desprecio. Zacharias sabía a qué habían venido. Intentó enfrentarse a ellos con valor. Se lo llevaron arrastrándolo por los brazos, y un tercero los siguió apuntando al coronel con un rifle; entraron en una habitación, y le hundieron el cañón del rifle en la espalda, justo donde todavía le dolía. El vietnamita ni siquiera mostró placer por

su dolor. No le preguntaron nada. Ni siquiera pudo adivinar un programa de torturas; fue simplemente una paliza propinada por cinco hombres a la vez. Zacharias sabía que resistirse significaba la muerte, y aunque deseaba que terminara su cautiverio, buscar la muerte de aquella forma podía ser un suicidio, y eso le estaba vedado.

No importaba. Al cabo de pocos segundos perdió la capacidad de reacción y se desplomó en el suelo de cemento, sintiendo los puñetazos, las patadas y el dolor, con los músculos paralizados, incapaz de moverse, rogando que aquello terminara, sabiendo que no terminaría nunca. Luego oyó sus voces atormentándolo, porque Zacharias era un hombre cabal y lo habían cogido, y la tortura no terminaría nunca...

Un grito lo despertó de su desmayo. Una última patada en el pecho, y luego vio las botas que se apartaban. Advirtió que se amedrentaban: miraron todos hacia la puerta y hacia la fuente del ruido. Un último grito, y salieron apresuradamente. La voz cambió. Era una voz... ¿blanca? ¿Cómo lo sabía? Unas manos vigorosas lo levantaron y lo apoyaron contra la pared, y entonces vio la cara. Era Grishanov.

–Dios mío –dijo el ruso, con las mejillas sonrosadas por la ira.

Se volvió y gritó algo en vietnamita con un extraño acento. Inmediatamente apareció una cantimplora, y Grishanov vertió su contenido por la cara del americano. Luego volvió a gritar, y Zacharias oyó que se cerraba la puerta.

–Bebe, Robin, bebe esto. –Le puso un pequeño frasco metálico en los labios y lo levantó.

Zacharias bebió tan deprisa que el líquido llegó a su estómago antes de que advirtiera el gusto amargo del vodka. Sorprendido, levantó una mano e intentó apartar el frasco.

–No puedo –susurró el americano–, me está vedado beber, no..

–Es una medicina, Robin. No es una diversión. Tu religión no tiene nada contra esto. Por favor, amigo, lo necesitas. Es lo mejor que puedo hacer por ti –insistió Grishanov con una voz en la que se adivinaba la frustración–. Tienes que hacerlo.

«Tal vez no me engaña y es una medicina», pensó Zacharias. Algunos medicamentos utilizaban un excipiente alcohólico como conservante, y la Iglesia lo permitía, ¿no? No podía recordarlo, y como no lo sabía bebió otro trago. Tampoco sabía que mientras se disipaba la adrenalina provocada por la paliza, la natural relajación de su cuerpo sólo se vería reanimada por la bebida.

- No demasiado, Robin -dijo Grishanov retirando el frasco.

Luego atendió sus heridas; le estiró las piernas y le lavó la cara con un trapo mojado.

- ¡Salvajes! -exclamó el ruso-. Asquerosos salvajes. Voy a estrangular al comandante Vinh por esto, le voy a partir su asqueroso cuello. -El coronel ruso se sentó en el suelo, junto a su colega americano, y habló con franqueza-: Robin, tú y yo somos enemigos, pero también somos hombres, y también la guerra tiene sus normas. Tú sirves a tu país, y yo al mío. Esta... esta gente no entiende que sin honor no hay verdadero servicio, sino sólo salvajismo. -Volvió a levantar el frasco y añadió-: Toma. No puedo conseguir nada más contra el dolor. Lo siento, amigo, pero no puedo.

Y Zacharias bebió otro trago; todavía estaba desorientado, y más desconcertado que nunca.

- Eres una buena persona -dijo Grishanov-. Nunca te había dicho esto, pero eres valiente, amigo. Hace falta mucho valor para soportar a esos animales.

- No tengo otro remedio -murmuró Zacharias.

- Claro -admitió Grishanov mientras limpiaba la cara del americano con tanta ternura como si fuera uno de sus hijos-. Yo también haría lo mismo. Para volver a volar.

- Sí. Coronel, ojalá...

-Llámame Kolya -dijo Grishanov-. Ya me conoces bastante bien.

-¿Kolya?

- Mi nombre de pila es Nikolái. Kolya es un diminutivo. Zacharias apoyó la cabeza contra la pared, cerró los ojos y recordó la sensación de volar.

- Sí, Kolya, me gustaría volver a volar.

-Imagino que no debe de ser muy diferente -repuso Kolya, sentándose junto a Zacharias y rodeando amistosamente sus doloridos hombros. Sabía que aquél era el primer gesto de calor humano que el americano había recibido en casi un año-. Mi favorito es el MiG-17. Ahora está anticuado, pero era un placer pilotarlos. Basta con apoyar la yema de los dedos en la palanca y... sólo tienes que pensar, y el avión hace lo que tú quieres.

-El F-86 también era así -repuso Zacharias-. Ahora ya no queda ninguno.

El ruso chascó la lengua:

-Siempre recuerdas a tu primer amor, ¿verdad? La primera chica que te hizo pensar como un hombre. Pero el primer avión es mucho mejor. No es tan cálido como una mujer, pero es más fácil de manejar. -Robin intentó reírse, pero se atragantó. Grishanov le ofreció otro trago-. Tranquilo, amigo. Dime, ¿cuál es tu favorito?

El americano se encogió de hombros y sintió el calor del vodka en el estómago.

-He pilotado todo tipo de aviones. Excepto el F-94 y el F-89. Pero creo que no me perdí gran cosa. El F-104 era divertido, como un coche deportivo. Pero no, el F-86H es mi favorito.

-¿Y el Thud? -preguntó Grishanov, empleando el apodo del F-105 Thunderchief.

Robin tosió un poco.

-Necesitas todo el estado de Utah para hacerlo virar. Pero es rápido. Una vez superé en ciento veinte nudos la velocidad de vuelo recomendada.

-Tengo entendido que más que un caza es un bombardero.

-Sí, en cierto modo sí. Pero puede sacarte de un apuro rápidamente. No es un avión para combate aéreo. Tienes que acertar a la primera.

-Hablando de bombardeos (te hablo de piloto a piloto), vuestro trabajo aquí es excelente.

-Hacemos lo que podemos, Kolya, te lo aseguro -dijo Zacharias con dificultad. Al ruso le sorprendió lo deprisa que había actuado el alcohol. Aquel hombre no había bebido jamás. Era curioso que un hombre decidiera renunciar a la bebida.

-Y cómo atacáis los lanzamisiles. Me he fijado. Tú y yo somos enemigos, Robin -añadió-, pero también somos pilotos. El valor y la destreza que he visto aquí no los había visto nunca. Debes de ser un jugador profesional, ¿no?

– ¿Jugador? No, me está vedado jugar.

– Pero lo que hiciste con tu Thud...

– Eso no es jugar. Eso es un riesgo calculado. Haces planes, sabes lo que puedes hacer, y te ciñes a eso. Hay que intuir lo que el otro está pensando...

Grishanov se recordó que tenía que llenar el frasco para la próxima sesión. Le había costado varios meses, pero finalmente había encontrado algo que funcionaba. Era lamentable que aquellos salvajes no entendieran que si maltratabas a un hombre sólo conseguías que creciera su valor. Pese a su arrogancia, veían el mundo a través de una lente que lo empequeñecía tanto como su estatura y lo estrechaba tanto como su cultura. Parecían incapaces de aprender una lección. Grishanov buscaba las lecciones como aquélla. Lo más curioso era que aquélla la había aprendido de un ex oficial nazi de la Luftwaffe. También era una lástima que los vietnamitas sólo le permitieran a él, y a nadie más, realizar aquellos interrogatorios especiales. Pronto escribiría a Moscú respecto a eso. Con la presión adecuada, aquel campamento podía resultar verdaderamente útil. Qué incongruentemente inteligente por parte de los salvajes establecer aquel campamento, y qué desgraciadamente evidente era que no habían sabido sacarle provecho. Qué desagradable que tuviera que vivir en aquel país caluroso, húmedo, plagado de insectos, rodeado de unos enanos arrogantes. Pero allí estaba la información que necesitaba. Aunque su trabajo actual fuera odioso, había descubierto una expresión que lo definía en una novela americana contemporánea que había leído para pulir sus conocimientos del idioma que ya dominaba. Una expresión muy americana, además. Lo que estaba haciendo era just business (sólo negocios). Era una forma de ver el mundo que entendía muy bien. Era una lástima que ese americano no compartiera su opinión, pensó

Kolya mientras atendía su relato sobre la vida de un piloto de Veasel.

El rostro que vio en el espejo le pareció el de un extraño, y Kelly se alegró de ello. Era sorprendente cuán poderosos podían ser los hábitos. Ya había llenado el lavabo de agua caliente y se había enjabonado las manos, cuando recordó que no podía lavarse ni afeitarse. Pero se lavó los dientes. No soportaba la sensación de tener la boca sucia, y de esa parte de su disfraz ya se encargaba el vino. Era un vino abominable, dulzón y denso, y de un color extraño. Kelly no era entendido en vinos, pero estaba convencido de que ningún vino de mesa decente podía tener color de orina. Tuvo que salir del lavabo. No soportaba verse en el espejo.

Se repuso con una buena comida, alimentos ligeros que le dieran energía pero que no le hicieran sentirse pesado. Luego venían los ejercicios. Su apartamento, situado en una primera planta, le permitía correr sin temor de molestar a los vecinos. No era como correr al aire libre, pero era suficiente. Luego las tracciones. Por fin su hombro izquierdo estaba completamente recuperado, y los dolores musculares que sentía eran normales. Por último realizó los ejercicios cuerpo a cuerpo para adquirir agilidad.

El día anterior había salido de su apartamento a media mañana, arriesgándose a que lo vieran con aquel lamentable aspecto, para ir al almacén Goodwill, donde compró una chaqueta de segunda mano para ponerse sobre el resto de la ropa. Le sentaba tan grande y estaba tan raída que no se la cobraron. Kelly había advertido que era difícil disimular su estatura y su condición física, pero aquellas ropas holgadas y andrajosas conseguían el efecto que deseaba. También había tenido ocasión de compararse con otros clientes de la tienda. Su disfraz parecía bastante eficaz. Aunque no era el mejor ejemplo de pordiosero, desde luego parecía uno de ellos, y el empleado que le regaló la chaqueta seguramente lo hizo para que se marchara cuanto antes de la tienda, además de para expresar compasión por su situación. ¿Qué habría dado en Vietnam por poder pasar como un campesino más?

Había dedicado la noche anterior a continuar el reconocimiento. Nadie se había fijado en él mientras caminaba por la calle; no era más que otro borracho sucio y apestoso al que ni siquiera valía la pena atracar, y Kelly había dejado de preocuparse de que alguien se diera cuenta de que no era lo que aparentaba.

Había pasado cinco horas en su puesto, observando las calles desde las ventanas del primer piso de la casa deshabitada. Las patrullas policiales eran rutinarias, y los autobuses se oían con más frecuencia de lo que creía.

Al acabar los ejercicios, Kelly desmontó su pistola y la limpió, a pesar de que no la había utilizado desde su regreso de Nueva Orleáns. Hizo otro tanto con el silenciador. Luego volvió a montarlo, comprobando que las piezas encajaban correctamente. Había hecho un pequeño cambio. Ahora había una delgada línea blanca pintada bajo la parte superior del silenciador que servía para apuntar por la noche. No era suficiente para disparar a distancia, pero no era eso lo que pensaba hacer. También había conseguido un cuchillo de combate Ka-Bar, y la noche anterior, mientras observaba las calles, pulió la hoja con una piedra de afilar. Los cuchillos tenían algo que atemorizaba a los hombres, incluso más que las balas. Era una tontería, pero a Kelly le resultaría útil. Se metió la pistola y el cuchillo en la cintura, ocultos por la camisa y la chaqueta. En uno de los bolsillos de la chaqueta llevaba una petaca con agua del grifo. En el otro cuatro chocolatinas. Alrededor de la cintura un hilo eléctrico de calibre ocho. En el bolsillo de los pantalones llevaba guantes de goma. Eran amarillos, pésimo color para el camuflaje, pero no había encontrado otros. En el coche tenía un par de guantes de algodón que se ponía para conducir. Cuando compró el coche lo limpió por dentro y por fuera meticulosamente para eliminar todo rastro de huellas dactilares. Kelly agradecía cada película policíaca que había visto, y esperaba estar comportándose con la paranoia exigida por el guión.

¿Qué más?, se preguntó. No portaba ningún tipo de identificación. Tenía unos cuantos billetes en una cartera que también había comprado en Goodwill. Kelly había dudado en

llevar más dinero, pero no tenía sentido. Agua. Comida. Armas. Alambre. Esta noche dejaría los prismáticos en casa. No valía la pena cogerlos. Quizá compraría unos más pequeños. Estaba preparado. Kelly encendió el televisor y miró las noticias para ver el parte meteorológico. Nublado, posibilidad de chubascos, temperaturas suaves. Preparó café y bebió dos tazas para mantenerse despierto, y esperó a que se hiciera de noche.

Una de las partes más difíciles de su tarea era salir del complejo residencial. Con las luces apagadas, Kelly miró por la ventana para asegurarse de que no había nadie fuera. En la puerta del edificio volvió a pararse y miró a su alrededor antes de caminar directamente hacia el Volkswagen. Abrió la puerta del coche y entró. Inmediatamente se puso los guantes de conducir y luego cerró la portezuela y encendió el motor. Dos minutos después pasó por el sitio donde había aparcado el Scout, abandonado desde hacía bastante tiempo. Kelly eligió una emisora de música moderna, rock y folk, para tener un poco de compañía mientras conducía hacia el sur, hacia la ciudad.

En parte le sorprendió lo tenso que estaba. En cuanto llegó al teatro de operaciones se calmó. La aproximación era un momento delicado, tenías que tranquilizarte y conservar una expresión impasible; pero le sudaban un poco las manos. Obedeció todas las señales y normas de tráfico e ignoró a los coches que lo adelantaban a toda velocidad. Qué interminables podían hacerse veinte minutos. Esta vez utilizó una ruta de aproximación ligeramente diferente. La noche anterior había inspeccionado el estacionamiento, a dos manzanas de su objetivo. Aparcó detrás de un Chevy negro modelo 1957. Salió deprisa del coche y se metió en un oscuro callejón para completar su disfraz. Veinte metros más allá, volvía a ser el pordiosero de la noche anterior.

–¡Eh, tío! –le gritó una voz. Eran tres jóvenes sentados en una valla y bebiendo cerveza. Kelly se pegó al otro lado del callejón para ganar distancia, pero no consiguió nada. Uno de los chicos saltó de la valla y se acercó a él.

–¿Qué coño buscas, colega? –le preguntó con arrogancia–. ¡Mierda, cómo apestas, tío! ¿No te enseñó tu puta madre que tenías que lavarte?

Kelly ni siquiera lo miró; siguió avanzando. Aquello era un imprevisto. Con la cabeza gacha, apartándose del chico que caminaba a su lado y que se había propuesto atormentar a un viejo pordiosero, Kelly se cambió la botella de mano.

–Necesito un trago, tío –dijo el chico intentando cogerle la botella.

Kelly no se la dio, porque los borrachos no lo hacían. El joven lo empujó contra la valla de la izquierda, pero nada más. Luego volvió con sus amigos, riéndose, mientras el pordiosero se incorporaba y reanudaba su camino.

–¡Y no vuelvas por aquí, tío mierda! –oyó Kelly cuando llegaba al final de la manzana. No tenía intención de volver.

En los diez minutos siguientes pasó por delante de otros dos grupos de jóvenes, pero nadie se molestó en meterse con él, y lo máximo que hicieron fue burlarse. La puerta trasera de la casa deshabitada todavía estaba entreabierta, y esa noche, afortunadamente, no vio las ratas. Una vez dentro, Kelly se detuvo y escuchó. Nada. Luego se irguió y se relajó.

«Serpiente a Chicago –dijo en voz alta, recordando sus antiguos códigos de comunicación–. Inserción realizada. Me encuentro en el punto de observación.» Kelly volvió a subir por la desvencijada escalera por tercera y última vez, y se apostó en el sitio acostumbrado. Se sentó y empezó a vigilar.

Archie y Jughead también estaban en el sitio de costumbre, a una manzana de allí, hablando con un motorista. Eran las 10.12. Kelly bebió un poco de agua y se comió una chocolatina mientras los observaba por si advertía algún cambio en la conducta habitual, pero tras una hora de observación no vio nada que le llamara la atención.

Big Bob también estaba en su sitio con su ayudante, al que ahora Kelly llamaba Little Bob. Charlie Brown también estaba trabajando, así como Dagwood; el primero seguía

trabajando solo, mientras que Dagwood todavía actuaba con un ayudante al que Kelly no se había molestado en bautizar. Al que no había visto era a Wizard. Llegó tarde, pasadas las once, con su socio Toto.

Como era de esperar, en la noche del domingo no había tanto movimiento como en las dos anteriores, pero Arch y Jug parecían más ocupados que los demás. Quizá era porque tenían una clientela ligeramente más adinerada. Aunque todos vendían a clientes del barrio y de fuera del barrio, Arch y Jug casi siempre atendían los coches más grandes y más limpios, que seguramente no eran de aquel vecindario. Aquélla quizá era una suposición infundada, pero irrelevante para la misión. Lo verdaderamente importante era algo que había visto la noche anterior mientras caminaba hacia aquella zona, y que hoy también había confirmado. Ahora sólo era cuestión de esperar.

Kelly se puso cómodo y sintió que, ahora que ya había tomado todas las decisiones, su cuerpo se relajaba. Escudriñó la calle, todavía muy atento, observando, escuchando, fijándose en todo lo que ocurría. A las 0.40 un coche de la policía pasó por una de las calles, pero no ocurrió nada. Seguramente volvería pasadas las dos. También pasaron varios autobuses, y Kelly reconoció el de la 1.10, que necesitaba una revisión de frenos. El chirrido debía de molestar a todos los que intentaban dormir. Pasadas las dos el tráfico disminuyó notablemente. Ahora los traficantes fumaban más y hablaban más. Big Bob cruzó la calle para hablar con Wizard, y su relación parecía bastante cordial, lo que sorprendió a Kelly. Nunca había visto una cosa así. A lo mejor aquel hombre sólo quería cambio de un billete de cien. La patrulla de la policía volvió a la hora prevista. Kelly comió la tercera chocolatina y recogió el envoltorio. Inspeccionó el suelo. No había dejado ninguna huella. Había demasiado polvo y se había cuidado de no tocar ningún cristal de las ventanas.

Perfecto.

Kelly bajó por la escalera y salió por la puerta de atrás. Cruzó la calle y se metió en un callejón, protegiéndose en la oscuridad y caminando a trompicones.

El misterio de la primera noche resultó una bendición: Archie y Jughead habían desaparecido otra vez repentinamente; Kelly no los había perdido de vista más de unos segundos. No se habían marchado en coche, y no habían tenido tiempo de ir caminando hasta la esquina. Kelly había resuelto el problema la noche anterior. Aquellas largas manzanas de casas adosadas no habían sido construidas por imbéciles. En muchas manzanas había un pasaje a mitad de camino, para que la gente pudiera acceder al callejón más fácilmente. Para Archie y Jug aquello era una excelente ruta de escape, y mientras trabajaban nunca se alejaban demasiado de la entrada del pasaje. Pero tampoco se asomaban para inspeccionarlo.

Kelly se aseguró de eso. Recogió un par de latas de cerveza y las unió con un trozo de cuerda; las colocó en la boca del pasaje, asegurándose de que nadie podría sorprenderle por detrás. Luego avanzó de puntillas y desenfundó la pistola. Sólo tenía que cubrir unos cien metros, pero los pasajes transmitían el sonido mejor que los teléfonos. Kelly inspeccionó el suelo buscando algo con que pudiera tropezar o hacer ruido. Esquivó unas hojas de periódico y un montón de cristales rotos, y pronto llegó al otro extremo del pasaje.

Vistos de cerca parecían diferentes, casi humanos. Archie estaba apoyado contra una pared de ladrillo, fumando un cigarrillo. Jughead también fumaba, sentado en el parachoques de un coche, y cada pocos segundos el resplandor de sus cigarrillos atacaba y mermaba la visión de Kelly. El los veía, pero ellos, que sólo estaban a tres metros, no lo veían a él.

–No te muevas –susurró a Archie, que se giró, más molesto que alarmado hasta que vio la pistola con el enorme silenciador. Miró a su ayudante, que seguía observando en otra dirección y tarareaba una canción a la espera de un cliente que no iba a llegar. Kelly llamó su atención.

–¡Eh! –Fue sólo un susurro, pero suficiente en la silenciosa noche. Jughead se volvió y vio una pistola apuntando a la cabeza de su jefe. Se quedó paralizado. Archie tenía el revólver, el dinero y casi toda la droga. También vio la mano de Kelly haciéndole señas, y como no sabía qué hacer se acercó.

–¿Mucho trabajo? –preguntó Kelly.

–No está mal –respondió Archie–. ¿Qué quieres?

–A ver, ¿a ti qué te parece? –dijo Kelly con una sonrisa.

–¿Eres poli? –preguntó Jughead. Una pregunta bastante estúpida, pensaron los dos.

–No, no he venido a detener a nadie.

–Kelly entró en el pasaje y añadió–: Entrad, rápido.

–Los obligó a avanzar unos tres metros, distancia suficiente para que no los vieran desde la calle, pero no demasiado lejos para estar en las sombras. Primero los cacheó. Archie llevaba un viejo revólver en el bolsillo. A continuación Kelly cogió el hilo eléctrico de su cintura y les ató fuertemente las manos. Luego los tiró al suelo.

–Gracias por vuestra cooperación.

–Será mejor que no vuelvas por aquí –le increpó Archie, sin percatarse de que no le habían robado. Jug asintió con la cabeza y refunfuñó. La réplica los desconcertó:

–En realidad necesito vuestra ayuda.

–¿Para qué? –preguntó Archie.

–Estoy buscando a un tal Billy. Tiene un Roadrunner rojo.

–¿Qué? ¿Intentas joderme, tío? –exclamó Archie, bastante irritado.

–Contesta a mi pregunta, por favor –dijo Kelly.

–Vete a tomar por el culo, tío –le espetó Archie con desprecio.

Kelly apuntó a Jug y le disparó en la cabeza. El cuerpo se contrajo violentamente y la sangre brotó como un surtidor, pero esta vez no manchó a Kelly, sino que cayó sobre la cara de Archie. Kelly vio la mirada de terror y sorpresa del camello. Archie no esperaba aquello, pero Jughead no parecía un gran conversador y Kelly no podía perder el tiempo.

–He dicho por favor, ¿no?

–¡Pero qué coño...! –susurró Archie sin atreverse a levantar la voz.

–Billy. Un Plymouth Roadrunner rojo. Le gusta exhibirlo. Es un distribuidor. Dime dónde puedo encontrarlo –dijo Kelly sin perder la calma.

–Si te digo que...

–Tendrás un nuevo proveedor: yo –le interrumpió Kelly–. Y si le dices a Billy que estoy aquí, irás a reunirte con tu amigo –añadió, señalando el cadáver. Al fin y al cabo, tenía que ofrecerle a aquel tipo un poco de esperanza. Quizá incluso un poco de verdad, pensó Kelly–. Billy y sus amigos se han estado metiendo con quien no debían, y tengo que poner las cosas en su lugar. Lo siento por tu amigo, pero tenía que demostrarte que esto va en serio, ¿entiendes?

Archie intentó tranquilizarse, pero no lo consiguió, aunque se agarró a la esperanza que le estaban ofreciendo.

–Mira, tío, yo no puedo...

–Siempre se lo puedo preguntar a otro –intervino Kelly–. ¿Entiendes lo que eso significa?

Archie lo entendió, y habló largo y tendido hasta que le llegó el momento de reunirse con Jughead.

Kelly rebuscó en los bolsillos de Archie y encontró un fajo de billetes y una colección de papelinas; se lo guardó todo en los bolsillos de la chaqueta. Kelly pasó por encima de los dos cadáveres y se dirigió hacia el callejón, asegurándose de que no había pisado la sangre. De todos modos, pensaba tirar los zapatos. Kelly desató las latas y las colocó donde las había encontrado; luego volvió a su coche y repitió su meticulosa rutina para marcharse. Gracias a Dios, pensó mientras se dirigía al norte, esta noche podría ducharse y afeitarse. ¿Pero qué iba a hacer con la droga? El destino se encargaría de contestar aquella pregunta.

Los coches empezaron a llegar pasadas las seis, una hora normal de actividad en una base militar. Quince tartanas, ninguno tenía más de tres años, y todos habían sido vendidos

para chatarra después de un accidente de tráfico. Lo único raro de los coches era que, aunque ya no se podían conducir, no lo parecía. El destacamento de trabajo estaba compuesto de marines y supervisado por un sargento de artillería que no tenía ni la más remota idea de lo que estaba ocurriendo allí. Y no tenía por qué saberlo. Aparcaron los coches desordenadamente, no en hileras militares, sino como lo hacía la gente normal. Tardaron noventa minutos, y una vez acabado el trabajo el destacamento se marchó. A las ocho de la mañana llegó otro destacamento, que traía los maniquíes. Eran de diversos tamaños y llevaban puesta ropa vieja. Los niños fueron colocados en los columpios y en el cajón de arena. Los adultos, repartidos de pie. Y el segundo destacamento se marchó; tenían que volver dos veces al día durante un período indefinido, y cambiar los maniquíes de sitio, al azar, según las instrucciones redactadas por algún oficial chalado que no tenía nada mejor que hacer.

En sus notas, Kelly había comentado que uno de los aspectos más fatigosos y lentos de la operación KI N G P I N fue el montaje y desmantelamiento diario del objetivo ficticio. No había sido el primero en señalarlo. Si algún satélite de reconocimiento soviético descubría aquel lugar, verían una extraña serie de edificios sin ningún propósito definido. Verían también un parque infantil con niños, padres y coches aparcados, elementos que cambiaban de sitio cada día. Esa información no les haría fijarse en el hecho de que aquella zona de recreo estaba a casi un kilómetro de la carretera más cercana.

XVI. EJERCICIOS

Ryan y Douglas se quedaron atrás mientras los forenses hacían su trabajo. El hallazgo había tenido lugar a las cinco de la mañana. El agente Chuck Monroe pasaba por la calle realizando su patrulla rutinaria y, al ver una sombra sospechosa en el pasaje, dirigió el foco del coche hacia allí. La oscura silueta había podido ser la de un borracho que dormía, pero el haz iluminó el charco de sangre y un resplandor rosa tiñó las paredes. Allí pasaba algo. Monroe bajó del coche y fue a echar un vistazo. Entonces hizo la llamada. Ahora el agente estaba apoyado contra su coche, fumando un cigarrillo y explicando detalladamente su hallazgo, que para él no era tan horrible como podía parecer a la gente. Ni siquiera se había molestado en pedir una ambulancia. Aquellos dos no necesitaban cuidados médicos.

- Han sangrado mucho -observó Douglas. No era una conclusión demasiado significativa, sino sólo palabras con que llenar el silencio mientras las cámaras disparaban el último carrete de película. Parecía que alguien había derramado dos latas enteras de pintura.

- ¿Hora de la muerte? -preguntó Ryan al ayudante del juez.

-No hace mucho -contestó el hombre sopesando la mano de un cadáver-. Todavía no hay rigor mortis. Después de medianoche, con toda seguridad; quizá pasadas las dos.

La causa de la muerte era evidente. Los agujeros que tenían ambos cadáveres en la frente no dejaban lugar a dudas.

- ¿Monroe? -llamó Ryan. El agente se acercó-. ¿Qué sabe de estos dos?

-Traficantes. El mayor, el de la derecha, es Maceo Donald, alias Ju-Ju. El de la izquierda no sé quién es, pero trabajaba con Donald.

-Buen trabajo, agente. ¿Algo más? -preguntó el sargento Douglas.

Monroe meneó la cabeza.

-No, señor. Nada. De hecho ha sido una noche bastante tranquila. Pasé por esta zona unas cuatro veces, pero no vi nada fuera de lo normal. Los camellos de siempre haciendo su trabajo de siempre. -La crítica implícita de una situación anormal que se consideraba normal quedó en el aire. Al fin y al cabo era lunes por la mañana, y nadie estaba de buen humor.

- Listos -dijo el fotógrafo. El y su ayudante, que estaba al otro lado de los cuerpos, se retiraron.

Ryan se puso a rebuscar en el pasaje. Había bastante luz natural, y el detective la aumentó con una potente linterna, proyectando el haz sobre los bordillos de la acera y buscando un reflejo metálico.

- ¿Ves algún casquillo, Tom? -preguntó a Douglas, que estaba haciendo lo mismo que él.

- No. Les dispararon desde aquí, ¿no crees?

- No hemos movido los cuerpos -dijo el ayudante del juez, y añadió-: Sí, desde luego, les dispararon desde este lado. Los dos estaban tumbados cuando les dispararon.

Douglas y Ryan se tomaron su tiempo, y examinaron tres veces cada centímetro del pasaje, pues la meticulosidad era su principal arma, y disponían de todo el tiempo del mundo -o por lo menos de unas cuantas horas, que venía a ser lo mismo-. Aquél era el escenario perfecto para un policía. No había hierba ni muebles que pudieran ocultar pruebas, sólo un pasaje de ladrillo de apenas dos metros de ancho. Aquello les ahorraría tiempo.

-Nada, Em -dijo Douglas después del tercer repaso.

-Entonces debió de ser un revólver. -Era una observación lógica. Los ligeros casquillos de un revólver eran despedidos a considerable distancia, y eran tan pequeños que encontrarlos podía resultar muy complicado. Raro era el criminal que recuperaba sus casquillos, y no era probable que aquél se hubiese ocupado de buscar cuatro pequeños casquillos del 22 en la oscuridad.

-Algún ladronzuelo con un revólver barato, ¿no te parece?-sugirió Douglas.

-Podría ser. -Los dos se acercaron a los cuerpos y los examinaron de cerca por primera vez.

-No hay señales de pólvora... -dijo el sargento con sorpresa.

-Estas casas, ¿están habitadas? -preguntó Ryan a Monroe.

- Esas no, señor -contestó Monroe, indicando las dos que bordeaban el pasaje-. Pero las del otro lado de la calle sí.

-Cuatro disparos en plena madrugada... Supongo que alguien los oyó. -El pasaje de ladrillo habría potenciado el sonido, pensó Ryan, y un revólver del 22 hacía un ruido fuerte y agudo. Pero él había visto muchos casos como aquél en que nadie oía nada. Además, en aquella clase de vecindario la gente se dividía en dos grupos: los que no veían nada porque no les importaba, y los que sabían que ver algo significaba arriesgarse a que los alcanzara una bala perdida.

- Hay dos agentes preguntando a los vecinos, teniente. Pero todavía no hay nada.

- No tiene mala puntería, Em. -Douglas señaló con su lápiz los agujeros en la frente de la víctima que aún no había sido identificada. Los separaba una distancia de apenas un centímetro y medio, justo encima de la nariz-. No hay rastros de pólvora. El asesino debió de estar de pie a unos... dos o tres metros...

- Douglas se levantó y extendió el brazo. Era un disparo natural, extender el brazo y apuntar hacia abajo.

- No lo creo. A lo mejor hay señales de pólvora y no las hemos visto, Tom. Para eso tenemos peritos. -Los dos cuerpos eran de tez oscura, y no había demasiada luz. Aunque hubiera manchas de pólvora alrededor de los orificios de bala, los detectives no podrían verlas. Douglas se agachó para examinar otra vez las heridas.

- Es agradable saber que alguien nos tiene en cuenta -dijo el

ayudante del juez mientras tomaba algunas notas, a unos metros de distancia.

-Sea como sea, Em, nuestro hombre tiene buen pulso. -Señaló la cabeza de Maceo Donald con el lápiz. Los dos agujeros de la frente, quizá un poco más arriba que los del otro cuerpo, estaban más juntos-. Eso no es muy corriente.

Ryan se encogió de hombros y empezó a examinar los cuerpos. Aunque era el más veterano de los dos, prefería hacerlo él mismo mientras Douglas tomaba las notas. No encontró ningún arma. Los dos llevaban cartera e identificaciones -el desconocido resultó ser Charles Baker, de veinte años-, pero no encontró droga ni dinero...

-Espera, aquí hay algo, tres bolsas de plástico transparente con una sustancia en polvo blanca -dijo Ryan-. Un dólar setenta y cinco en monedas; un encendedor, un paquete de Pall Mall en el bolsillo de la camisa... y otra bolsa de plástico transparente de sustancia en polvo.

-Robo -diagnosticó Douglas. No era un comentario demasiado profesional, pero era bastante evidente-. ¿Qué opina, Monroe?

- Sí, señor. -El joven agente seguía siendo un marine. Todo lo que decía iba rematado por un «señor».

- ¿Barker y Donald eran traficantes experimentados? -Ju-Ju trabajaba por aquí desde que yo llegué a este barrio, señor. Nunca he oído que nadie se metiera con él.

-No hay señales de pelea en las manos -observó Ryan después de examinarlas-. Las manos están atadas con... alambre de cobre con aislamiento blanco; aquí está la marca, pero no alcanzo a distinguirla. No hay señales de lucha.

- ¡Alguien ha pillado a Ju-Ju! -Era Mark Charon, que acababa de llegar-. Yo también tenía algo pendiente con ese capullo.

-Dos orificios de salida en la cabeza de Donald -continuó Ryan, irritado por aquella interrupción-. Supongo que encontraremos los casquillos en el fondo de este lago -concluyó con amargura.

-Olvídate de la balística -gruñó Douglas. Era lo corriente con las armas del 22. En primer lugar, la bala era de plomo blando y se deformaba tanto que los rasguños producidos por el cañón del arma solían ser inidentificables. Además, el calibre 22 tenía un gran poder de penetración, incluso más que el del 45, y a menudo la bala acababa destrozándose contra algún objeto más allá de la víctima. En este caso, el cemento de la acera.

-Bueno, cuéntame algo de él -pidió Ryan.

- Un importante traficante, con una buena clientela. Tiene un Cadillac rojo, muy bonito -dijo Charon-. Un tipo espabilado.

- No le ha servido de mucho. Le han destrozado el cerebro hace unas seis horas.

- ¿Ha sido por la droga? -preguntó Charon.

-Eso parece. No hemos encontrado armas, ni drogas ni dinero -contestó Douglas-. Quienquiera haya hecho esto, conoce su oficio. Un profesional, Em. Esto no es obra de un yonqui desesperado.

-¿Tienes noticia de algún ladrón experimentado, Mark? -preguntó Ryan.

-El dúo -contestó Charon-. Pero utilizan escopeta. -Parece cosa de mafia. Mirarlos a los ojos y... paf.

Douglas pensó en lo que acababa de decir. No, tampoco era correcto. Las mafias no eran tan elegantes. Los criminales no eran buenos tiradores, y casi siempre empleaban armas baratas. Ryan y él habían investigado muchos asesinatos perpetrados por bandas organizadas, y la víctima solía recibir un balazo a quemarropa en la nuca, o lo hacían tan a lo bestia que la víctima aparecía con una docena de agujeros en el cuerpo. A aquellos dos los había matado alguien que conocía bien su oficio, y los hombres realmente habilidosos de la mafia eran muy escasos. ¿Pero quién había dicho que la investigación de homicidios fuera una ciencia exacta? Aquel escenario era una mezcla de lo rutinario y de lo extraordinario. Un robo corriente en que la droga y el dinero de las víctimas había desaparecido, pero un asesinato extraordinariamente bien ejecutado, pues el asesino o bien había tenido mucha suerte -dos veces- o bien era un tirador experto. Y las bandas no acostumbraban disfrazar sus actos de robo ni de nada parecido. Los asesinatos de la mafia eran, más bien, un comunicado oficial.

-Mark, ¿tienes constancia de alguna guerra de bandas? -preguntó Douglas.

-No. Sólo los camellos que se pelean por una esquina, como siempre, pero nada organizado.

-Pregunta un poco por ahí, a ver si averiguas algo -sugirió el teniente Ryan.

-Descuida, Em. Mi gente se encargará de eso.

«Este caso no tendrá pronta resolución», pensó Ryan. Bueno, sólo en la televisión se resolvían en media hora, entre dos tandas de publicidad.

- ¿Puedo llevármelos ya?

- Sí, llévatelos -dijo Ryan al funcionario de la oficina del forense. Su furgoneta negra estaba preparada, y empezaba a hacer calor. Ya había algunas moscas zumbando por los alrededores, atraídas por el olor de la sangre. Ryan se dirigió a su coche, acompañado por Tom Douglas. Los otros detectives se encargarían del resto del trabajo.

-Alguien que dispara bien. Mejor que yo, incluso -dijo Douglas de camino al centro.

- Hombre, hay mucha gente con buena puntería. A lo mejor alguno ha encontrado trabajo con una banda organizada.

- ¿Un golpe profesional?

- De momento llamémoslo hábil -sugirió Ryan-. Dejemos que Mark haga un poco de espionaje.

Kelly se levantó a las diez y media y, por primera vez desde hacía varios días, se sintió limpio. Al llegar a su apartamento se había duchado y se había quitado gran cantidad de porquería. Ahora podía afeitarse por fin, y aquello compensaba la falta de sueño. Antes del desayuno, Kelly fue a un parque cercano y corrió media hora. Luego volvió a casa y tomó otra concienzuda ducha y comió un poco. Toda la ropa que había utilizado la noche anterior estaba en una bolsa del supermercado: pantalones, camisa, ropa interior, calcetines y zapatos. Era una lástima despedirse de la chaqueta, cuyo tamaño y cuyos bolsillos le habían sido de tanta utilidad. Tendría que conseguir otra, probablemente varias. Esta vez estaba seguro de no haberse manchado de sangre, pero en la tela oscura era difícil comprobarlo con seguridad, y sin duda habría restos de pólvora. Kelly no estaba en situación de arriesgarse ni lo más mínimo. Tiró los restos de la comida y los posos del café encima de la ropa, y tiró la bolsa en el contenedor de basura del complejo residencial. Kelly había pensado llevarla a un vertedero lejano, pero aquello podía traerle más problemas. Cabía la posibilidad de que lo vieran y repararan en lo que hacía, y de que se preguntaran por qué lo hacía. No le resultó difícil librarse de los cuatro casquillos de bala. Los tiró en una alcantarilla mientras corría por el parque. En las noticias del mediodía informaron del hallazgo de dos cadáveres, pero no dieron detalles. Quizá el periódico dijera algo más. Por cierto, había otra cosa.

- Hola, Sam.

- Hola, John. ¿Estás en la ciudad? -preguntó Rosen por teléfono.

- Sí. ¿Te importa si voy a verte un minuto? ¿A las dos?

-¿Qué puedo hacer por ti? -preguntó Rosen, sentado a su escritorio.

- Necesito unos guantes -contestó Kelly levantando una mano-. De los que usas tú, de goma. ¿Son muy caros?

Rosen estuvo a punto de preguntar para qué quería los guantes, pero decidió que no era asunto suyo.

- Hombre, los venden en cajas de cien pares.

- No necesito tantos.

El médico abrió un cajón de su mesa y le entregó diez bolsas de guantes y dijo:

- Tienes aspecto de persona respetable.

Era cierto. Kelly llevaba el traje azul «de la CIA» y camisa blanca. Era la primera vez que Rosen lo veía con corbata.

-No te burles de mí, doc -dijo Kelly sonriente-. A veces no me queda otro remedio. Además, tengo un nuevo empleo.

- ¿De qué clase?

-Una especie de asesoramiento -contestó Kelly-. No puedo decirte sobre qué, pero requiere ir bien vestido.

- ¿Te encuentras bien?

- Sí, señor. Hago bastante ejercicio. ¿Qué tal te va a ti?

-Como siempre. Más papeleo que operaciones, pero tengo todo un departamento a mi cargo. -Sam tocó el montón de expedientes que había sobre su mesa. La charla lo estaba poniendo nervioso. Tenía la impresión de que su amigo iba disfrazado. Rosen sabía que Kelly se proponía algo, pero no sabía exactamente qué.

Consiguió serenarse y preguntó:

-¿Puedes hacerme un favor?

-Claro, doc.

- El coche de Sandy se ha estropeado. Iba a acompañarla a casa, pero tengo una reunión que podría alargarse. Termina el turno a las tres.

- ¿Ahora le dejas hacer horario regular? -preguntó Kelly con una sonrisa.

- A veces, cuando no da clases.

-Si a ella le va bien, a mí también.

Sólo tenía que esperar veinte minutos.

Kelly fue a la cafetería para tomar un bocado. Sandy O'Toole se reunió con él allí a las tres en punto, después del cambio de turno.

- ¿Ahora te gusta esta comida? -le preguntó.

- Ni siquiera los hospitales pueden estropear demasiado una ensalada. Me han dicho que se te ha estropeado el coche.

Sandy asintió. Se la veía cansada, y tenía unas oscuras ojeras.

- El encendido. Lo he llevado al taller.

Kelly se levantó.

-El carruaje espera, señora. -Su comentario despertó una sonrisa en el rostro de la enfermera, pero más cortés que divertida. -Nunca te había visto tan elegante -le dijo ella mientras se dirigían al aparcamiento.

-Bueno, no cuentes demasiado con eso. Todavía puedo retozar en el barro. -Su broma volvió a fallar.

-No quería decir que...

-Tranquila. Has tenido mucho trabajo, y tu chófer tiene un sentido del humor un poco retorcido.

La enfermera O'Toole se detuvo junto al coche y dijo:

-No es culpa tuya. He tenido una semana muy dura. Nos trajeron a un niño, un accidente de tráfico. El doctor Rosen hizo todo lo que pudo, pero las heridas eran muy graves... Murió anteayer, durante mi turno. A veces odio mi trabajo -concluyó.

- Lo comprendo -replicó Kelly mientras aguantaba la puerta-. ¿Quieres saber lo que pienso? Mira, nunca es la persona correcta ni el momento correcto. Nunca tiene sentido.

- Bonita forma de ver las cosas. ¿No pretendías animarme? -Eso la hizo sonreír, pero no el tipo de sonrisa que buscaba Kelly.

- Todos procuramos componer las piezas rotas lo mejor que sabemos, Sandy. Tú luchas con tus dragones. Yo con los míos -dijo Kelly irreflexivamente.

-¿Cuántos dragones has matado tú?

- Uno o dos -dijo Kelly, abstraído, intentando controlar sus palabras. Le sorprendió cuán difícil le resultaba. Le gustaba hablar con Sandy.

-¿Y mejoró algo, John?

- Mi padre era bombero. Murió durante una misión. Un incendio en una casa; entró y encontró a dos niños medio asfixiados. Mi padre los sacó, y entonces sufrió un infarto. Dicen que murió antes de llegar al suelo. Supongo que eso tiene algún sentido -dijo Kelly, recordando las palabras del almirante Maxwell a bordo del Kitty Hawk: la muerte debía tener algún sentido, y la del padre de Kelly lo tuvo.

-Tú has matado, ¿verdad? -preguntó Sandy.

- En la guerra pasan esas cosas -reconoció Kelly.

- ¿Qué sentido tuvo? ¿Qué conseguiste con eso?

-Si quieres una respuesta grandilocuente, no la tengo. Pero los que yo eliminé no molestaron a nadie más. -Desde luego, no los del PLASTIC FLOWER, pensó. Tal vez otros se habían encargado de sustituirlos, pero quizá no.

-Y los que mataron a Tim, ¿pensaban lo mismo?

-Es posible, pero hay una diferencia. -Kelly estuvo a punto de decir que nunca había visto a uno de los suyos asesinar a nadie, pero ahora ya no podía decir eso.

- Pero si todo el mundo piensa así, ¿qué clase de mundo es éste? Con las enfermedades no es así. Luchas contra cosas perjudiciales para todo el mundo. No hay política ni mentiras. Nosotros no matamos. Por eso hago este trabajo, John.

- Sandy, hace treinta años a un tipo llamado Hitler le dio por asesinar gente como Sam y Sarah, sólo que por sus malditos nombres. Había que matarlo, y lo mataron; demasiado tarde. Y aunque el tipo se suicidase, lo mataron.

-¿No era aquella lección bastante simple?

-Ya tenemos bastantes problemas -señaló Sandy. Sólo había que mirar las aceras, pues el Johns Hopkins no estaba situado en un barrio elegante.

-Ya lo sé. ¿Recuerdas a Pam?

- Lo siento, John, no era mi intención...

-Yo también lo siento. -Kelly hizo una pausa, buscando las palabras que necesitaba-. Hay una diferencia, Sandy. Hay gente buena. Supongo que la mayoría de la gente es decente. Pero también hay gente mala. No puedes hacer que no existan, y no puedes hacer que sean buenos, porque la mayoría no cambia, y alguien tiene que proteger a un grupo del otro. Eso fue lo que hice en Vietnam.

- ¿Pero cómo evitas convertirte en uno de ellos?

Kelly lo pensó, y deseó que Sandy no estuviera allí. Él no necesitaba oír aquello, no quería verse obligado a examinar su propia conciencia. Durante los dos años pasados todo había sido muy limpio. Cuando decidías que tenías un enemigo, la eficacia de tu acción dependía de aplicar tu entrenamiento y tu experiencia. No era algo en lo que tuvieras que pensar. No era fácil examinar tu conciencia.

-Nunca he tenido ese problema -contestó finalmente, sorteando el tema. Y entonces vio la diferencia. Sandy y su comunidad luchaban contra una cosa, y luchaban valerosamente, arriesgando su cordura al resistir los avances de fuerzas cuyas causas no podían combatir directamente. Kelly y los suyos luchaban contra personas, y los perseguían y los enfrentaban directamente, llegando a eliminarlos si tenían suerte. Un bando tenía un propósito limpio, pero no obtenía plena satisfacción. El otro podía conseguir la satisfacción de destruir al enemigo, pero sólo a costa de parecerse demasiado a aquello contra lo que luchaba.

Guerrero y curador, guerras paralelas con un propósito similar, pero muy diferentes en la práctica. Enfermedades del cuerpo y enfermedades de la humanidad.

¿Acaso no era una forma interesante de verlo?

–A lo mejor no es contra qué luchas, sino por qué luchas.

–¿Y por qué estamos luchando en Vietnam? –volvió a preguntar Sandy. Ella se había planteado aquella pregunta miles de veces desde que recibiera el desgraciado telegrama–. Mi marido murió allí, y yo todavía no sé por qué.

Kelly iba a decir algo, pero se abstuvo. La verdad era que no había respuesta. La mala suerte, las decisiones erróneas, eran la causa de que murieran soldados en un campo de batalla remoto, e incluso si estabas allí no siempre tenía sentido. Además, seguramente ella había oído más de una justificación por parte del hombre por el que ahora lloraba. Quizá buscar aquel tipo de explicaciones no era más que un ejercicio de futilidad. A lo mejor no tenía por qué tener sentido. Y aunque eso fuese cierto, ¿cómo podías vivir sin pretender que lo tuviera? Todavía estaba meditándolo cuando llegaron a su destino.

–Tu casa necesita una mano de pintura –observó Kelly.

–Ya lo sé. No puedo pagar a un pintor, y no tengo tiempo para hacerlo yo.

–Sandy, ¿puedo hacerte una sugerencia?

–Sí, claro.

– Vive tu vida. Lamento mucho que Tim haya muerto, pero ahora no está. Yo también he perdido a algunos amigos allí. Tienes que continuar.

Sandy examinó a Kelly con mirada profesional, sin revelar nada de lo que pensaba o sentía, pero el hecho de que se molestara en ocultarse de él ya le indicaba algo.

«Algo ha cambiado en ti. No sé qué es. Y me pregunto por qué», pensó Sandy. Kelly siempre había sido cortés, tan exageradamente gentil que casi hacía gracia, pero aquella tristeza que Sandy había visto en él, casi comparable a la suya propia, había sido sustituida por algo que Sandy no alcanzaba a comprender. Era extraño, porque él nunca se había molestado en ocultarse de ella, y Sandy se creía capaz de ver más allá de cualquier disfraz ,que él pudiera ponerse. En eso se equivocaba, o quizá no conocía las normas. Kelly salió del coche y lo rodeó para abrir la puerta del acompañante.

–¿Por qué eres tan amable? ¿Qué te ha dicho el doctor Rosen?

–Sólo me ha dicho que necesitabas que te acompañaran, Sandy. En serio. Además, se te ve muy cansada. –Kelly la acompañó hasta la puerta.

–No sé por qué me agrada tanto hablar contigo –dijo ella al subir los escalones del porche.

– No estaba seguro de ello. ¿Lo dices en serio?

–Sí, creo que sí –contestó Sandy esbozando una breve sonrisa–. Es demasiado pronto para mí, John.

–Para mí también. ¿Crees que es demasiado pronto para que seamos amigos?

Sandy se lo pensó.

–No, para eso no.

–¿Te apetece que vayamos a cenar un día? Ya te lo pregunté una vez, ¿te acuerdas?

–¿Vienes muy a menudo a la ciudad?

–Ahora sí. Tengo un trabajo; bueno, tengo unos asuntos en Washington.

– ¿De qué se trata?

–Nada importante.

Sandy adivinó una mentira, pero seguramente no era malintencionada.

–¿La semana que viene? –propuso ella.

–Te llamaré. No conozco ningún restaurante por aquí.

–Yo sí.

–Descansa un poco –le aconsejó Kelly. No se atrevió a besarla, ni a cogerle la mano. Sólo una sonrisa cariñosa y se marchó.

Sandy se quedó observándolo, y volvió a preguntarse qué había visto de diferente en Kelly. Nunca olvidaría aquella mirada terrible, en la cama del hospital, pero en todo caso no era nada que ella tuviera que temer.

Kelly se maldijo a sí mismo en voz baja mientras, con los guantes de trabajo, frotaba todas las superficies del coche. No podía arriesgarse a mantener conversaciones de aquel tenor.

¿Qué estaba pasando? No lo sabía. En el campo de batalla era fácil: identificabas al enemigo, o alguien te decía qué estaba pasando y quién era y dónde estaba; frecuentemente la información era errónea, pero por lo menos sabías por dónde empezar. Pero las instrucciones de las misiones nunca te decían cómo iba a cambiar el mundo o cómo iba a terminar la guerra. Eso lo leías en el periódico, lo decían periodistas a los que en realidad no les importaba y sólo repetían las palabras de los portavoces oficiales o de políticos ineptos. «Infraestructura» y «cuadro» eran sus palabras favoritas, pero él perseguía a personas, no a infraestructuras. La infraestructura era una cosa, igual que aquello contra lo que luchaba Sandy. No era una persona que hacía daño y a la que se podía perseguir como a un animal. ¿Y cómo se podía aplicar aquello a lo que estaba haciendo ahora? Kelly se dijo que tendría que controlar sus pensamientos, ceñirse a lo fácil, recordar que estaba persiguiendo a personas, como siempre. No pretendía cambiar el mundo, sino limpiar una pequeña parte.

–¿Todavía te duele? –preguntó Grishanov.

–Creo que tengo unas cuantas costillas rotas.

Zacharias se sentó en la silla, respirando con dificultad y visiblemente dolorido. El ruso estaba preocupado. Una herida como aquélla podía producir neumonía, y una neumonía podía matar a un hombre en la situación de Zacharias. Los guardias se habían excedido con el americano, y aunque lo habían hecho a petición de Grishanov, él sólo quería causarle un poco de dolor. Un prisionero muerto no le diría lo que él necesitaba saber.

–He hablado con el comandante Vinh. Ese pequeño salvaje dice que no puede malgastar medicamentos. –Grishanov se encogió de hombros–. ¿Te duele mucho?

–Cada vez que respiro –contestó Zacharias, y sin duda decía la verdad. Estaba incluso más pálido de lo normal.

–Sólo tengo una cosa para aplacar el dolor, Robin –dijo Kolya enseñándole la petaca.

El coronel americano meneó la cabeza:

–No puedo.

Grishanov habló con el tono de un hombre que intenta hacer entrar en razones a un amigo:

–No seas tonto, Robin. El dolor no sirve de nada; ni te sirve a ti, ni a mí, ni a tu Dios. Por favor, déjame ayudarte un poco. Por favor.

«No puedo», pensó Zacharias. Si lo hacía rompería su promesa. El cuerpo era un templo, y su deber era conservarlo limpio. Pero el templo estaba destrozado. Lo que más temía era una hemorragia interna. ¿Tendría capacidad de reponerse? En cualquier circunstancia normal, sí, pero sabía que su condición física era espantosa; todavía le dolía la espalda, y ahora las costillas. El dolor era un compañero inseparable, y el dolor no le ayudaría a so-portar los interrogatorios, así que tenía que poner en la balanza su religión y su obligación de resistir. Ahora las cosas no estaban tan claras. Si aplacaba eI dolor, podría curarse más deprisa y cumplir con su obligación. ¿Qué era lo correcto? Miró el frasco de metal. Sabía que contenía un poco de alivio, y un poco de alivio era lo que necesitaba para conservar el autodominio.

Grishanov desenroscó el tapón:

–¿Te gusta esquiar, Robin?

A Zacharias le sorprendió aquella pregunta:

– Sí, aprendí cuando era pequeño.

– ¿Esquí de fondo?

–No, descenso.

– ¿Se puede esquiar en las montañas Wasatch?

Robin recordó y sonrió.

–Sí, muy bien, Kolya. Es nieve polvo, como arena fina.

«Sólo un trago –pensó Zacharias–. Sólo para aliviar el dolor. –Bebió–. Si mitigo un poco el dolor, aguantaré.»

Grishanov lo observó y vio cómo le lloraban los ojos; esperaba que el americano no tosiera y se hiciera más daño. Era buen vodka del almacén de la embajada de Hanoi, lo único de que su país siempre estaba bien abastecido, y lo único que abundaba en la embajada. Vodka del mejor, el favorito de Kolya; pero el americano no sabría apreciarlo –y a decir verdad, él tampoco lo apreciaba después del tercer o cuarto trago.

–¿Esquías bien, Robin?

El calor en el estómago relajó un poco a Zacharias, y el dolor por fin disminuyó. Si el ruso quería hablar de esquí, se dijo, sería un momento de distensión, y él lo necesitaba.

- Hago las pistas más difíciles -contestó Robin, animándose-. Empecé cuando era pequeño. Creo que tenía cinco años cuando mi padre me llevó a esquiar por primera vez.

- ¿Tu padre también era piloto?

El americano negó con la cabeza y dijo:

- Abogado.

-Mi padre es profesor de historia de la Universidad de Moscú. Tenemos una dacha, y cuando era pequeño, en invierno podía esquiar en el bosque. Me gusta mucho el silencio, y allí sólo se oye el... ¿cómo lo llamáis? ¿Frufrú? El susurro de los esquís sobre la nieve. Nada más. Es como si estuvieras solo en el mundo.

- Si te levantas temprano, en la montaña también es así. Tienes que elegir un día justo después de las nevadas, sin mucho viento.

Kolya sonrió.

- Es como volar, ¿no te parece? Como volar en un avión de una plaza en un día soleado con algunas nubes blancas. -Se inclinó hacia delante con una mirada de complicidad, y añadió-: ¿Tú no apagas la radio unos minutos, para estar completamente

solo?

- ¿Os dejan hacer eso? -preguntó Zacharias.

Grishanov chascó la lengua y meneó la cabeza:

- No, pero yo lo hago.

- Bien hecho -respondió Robin, sonriendo, y recordando aquella sensación. Recordaba en especial una tarde de febrero de 1964, después de despegar de la base aérea de Mountain Home.

- Así es como debe de sentirse Dios, ¿no? Completamente solo hasta consigues ignorar el ruido del motor. Yo sólo tardo unos minutos en dejar de oírlo. ¿A ti te pasa lo mismo?

-Sí, si el casco te encaja bien.

- Eso es lo único que me gusta de volar. Y por eso lo hago -mintió Grishanov-. Todo lo demás, el papeleo, las cuestiones mecánicas, las conferencias... ése es el precio a pagar. Lo único que me interesa es estar allí arriba, completamente solo, igual que cuando era niño y esquiaba en los bosques. Pero mucho mejor. En los días claros de invierno puedes ver hasta muy lejos. -Volvió a pasarle la petaca a Zacharias-. ¿Crees que estos pequeños salvajes son capaces de entender eso?

-No, no lo creo. -Zacharias rechazó el frasco, pero se lo pensó mejor. Ya había bebido un trago, y otro no podía hacerle daño, ¿no? Así que decidió beber un poco más.

-Yo cojo la palanca con la yema de los dedos, así. -Hizo una demostración con el tapón de la petaca-. Cierro los ojos un momento y cuando los abro el mundo ha cambiado. Entonces ya no formo parte del inundo. Soy otra cosa, quizá un ángel. Y puedo poseer el cielo como me gustaría poseer a una mujer. Pero nunca es exactamente igual. Creo que las mejores sensaciones son las que experimentas a solas.

«Este tipo sabe lo que dice. Entiende lo que significa volar», pensó Zacharias.

- ¿Eres poeta o algo así? -preguntó el americano.

- Me gusta mucho la poesía. No tengo talento para escribir, pero me gusta leerla y memorizarla, sintiendo lo que el poeta me pide que sienta -dijo Grishanov. Vio que la mirada del americano iba adquiriendo un aire soñoliento-. Tú y yo nos parecemos mucho, amigo.

un negocio arriesgado. Alguien quería un poco de dinero, o quizá droga para hacer un negocio rápido. Busca otro camello que venda tu mercancía. Desde luego tenían buena puntería. A lo mejor puedes llegar a un acuerdo con ellos.

- No, tengo suficientes camellos. Y hacer las paces de esa forma no es bueno para el negocio. ¿Cómo lo hicieron?

-Muy profesionales. Dos balas en la cabeza de cada uno. Douglas decía que parecía cosa de la mafia.

Tucker se volvió con gesto de incredulidad.

Charon habló despacio, dándole la espalda al otro:

- No ha sido ninguno del equipo, Henry. Tony no es capaz de una cosa así, ¿no crees?

-Seguramente no. -«Pero Eddie quizá sí», pensó.

- Necesito una cosa -agregó Charon.

- ¿Qué?

- Un camello al que poder colgarle el caso. ¿Qué esperabas? ¿Un soplo para la segunda carrera de Pimlico?

- No olvides que ahora casi todos trabajan para mí. -No se había equivocado utilizando a Charon para eliminar la competencia, pero, al haber consolidado de ese modo su control del tráfico local, Tucker cada vez disponía de menos camellos independientes para sacrificar por la vía judicial. Había eliminado sistemáticamente a la gente con que no le interesaba trabajar, y los pocos que quedaban podrían serle más útiles como aliados que como rivales, si encontraba la forma de negociar con ellos.

- Si quieres que te proteja, Henry, tengo que poder controlar las investigaciones. Y para controlar las investigaciones, tengo que coger a un pez gordo de vez en cuando. -Charon colocó el libro en la estantería. ¿Por qué tenía que explicarle aquellas cosas?

-¿Cuándo?

-A principios de la semana próxima. Algo que entusiasme a la prensa.

- Ya te llamaré.

Tucker devolvió el libro a su sitio y se marchó. Charon se quedó un rato más, buscando un libro. Lo encontró, junto con el sobre. El teniente no se molestó en contar el dinero. Sabía que había la cantidad exacta.

Greer le entregó las instrucciones.

-Señor Clark, éste es el general Martin Young, y éste es Robert Ritter.

Kelly les estrechó la mano. El marine era aviador, como Maxwell y PoduIski, que no asistían a aquella reunión. No sabía cuál era Ritter, pero fue el que habló primero.

- Un buen análisis. Su lenguaje no es exactamente burocrático, pero examina todos los puntos importantes.

- No es tan difícil como parece, señor. El asalto terrestre tendría que ser bastante fácil. En un sitio como ése no hay tropas de primera línea, y las que hay miran hacia dentro, no hacia fuera. Imaginemos que hay dos soldados en cada torre. Las ametralla-doras apuntarán hacia dentro, ¿no? Hacen falta varios segundos para moverlas. Podría utilizarse el lindero del bosque para acercarse lo suficiente para disponer de distancia de tiro con M-79. -Kelly movió la mano por el gráfico-. Aquí están los barracones, sólo hay dos puertas, y apuesto a que dentro no hay más de cuarenta hombres.

- ¿Entrar por aquí? -preguntó el general Young señalando el extremo sudoeste del complejo.

- Sí, señor. -El marine lo había entendido a la primera-. El truco consiste en acercar el grupo de ataque inicial. Para eso hay que servirse de las condiciones meteorológicas, y en esta época del año no resultará demasiado difícil. Limpiar esos dos edificios no costará demasiado. Los helicópteros de evacuación tienen que aterrizar aquí. Sólo tardarían cinco minutos desde el momento en que empezara el tiroteo. Esa es la fase terrestre. El resto se lo dejo a los aviadores.

-Así pues, usted dice que la clave consiste en acercar al máximo al grupo de asalto...

-No, señor. Si lo que quiere es repetir Song Tay, puede destrozar el complejo haciendo caer un helicóptero. Pero tengo entendido que la discreción es fundamental.

-Correcto -intervino Ritter-. Tiene que ser una operación discreta. No conseguiremos autorización para una operación de gran magnitud.

-Menos personal, señor, y hay que utilizar tácticas diferentes.

La ventaja es que se trata de un objetivo pequeño, y que no hay que sacar a demasiada gente. Y no hay muchos enemigos para impedirlo.

-Pero no contamos con el factor seguridad -dijo el general Young, frunciendo el ceño.

-No; eso falla -concedió Kelly-. Veinticinco hombres. Dejarlos en este valle, atraviesan esta colina, llegan al sitio, se encargan de las torres, vuelan esta puerta. Luego llegan los

helicópteros de combate y limpian estos dos edificios mientras los asaltantes atacan este edificio de aquí. Los helicópteros hacen la recogida y nos vamos todos por el valle.

-Es usted muy optimista, señor Clark -comentó Greer, al tiempo que recordaba a Kelly su nombre falso. Si el general Young se enteraba que Kelly era un simple oficial, nunca les daría su apoyo, y Young ya había hecho mucho por ellos, hipotecando todo su presupuesto para construcciones en levantar el escenario ficticio en los bosques de Quantico.

- No hay nada que no haya hecho antes, contraalmirante.

- ¿Quién va a seleccionar el personal? -preguntó Ritter.

-De eso ya nos hemos encargado -1e aseguró Greer.

Ritter se reclinó en el asiento y se quedó mirando las fotografías y los gráficos. Se estaba jugando su carrera, igual que Greer y todos los demás. Pero la alternativa era hacer algo o no hacer nada. No hacer nada significaba que por lo menos un buen hombre, y quizá veinte más, nunca volverían a casa. Pero aquél no era el verdadero motivo, reconoció Ritter. El verdadero motivo era que otros habían decidido que las vidas de aquellos hombres no importaban, y esos otros podían tomar la misma decisión en una ocasión futura. Algún día aquella forma de pensar destruiría su Agencia. No podrían reclutar agentes si se extendía el rumor de que América no protegía a los que trabajaban para ella. Ante todo había que mantener la fe. También era un buen negocio.

-Será mejor que empecemos a trabajar antes de que se vaya todo al traste -dijo-. Será más fácil conseguir luz verde si ya tenemos la misión a punto. Hagamos que parezca una ocasión única. Ese es el otro error que cometieron con KINGPIN. Era demasiado obvio que lo que querían era licencia para actuar con entera libertad. Lo que tenemos aquí es una misión de rescate puntual. Yo me encargo de hacérselo ver a mis amigos de la Comisión de Seguridad Nacional. Seguramente lo aceptarán, pero tenemos que estar preparados.

- ¿Quiere decir que estás de nuestra parte? -preguntó Greer. Ritter tardó un poco en contestar.

- Sí.

- Necesitamos un factor de seguridad nacional -intervino Young observando el mapa a gran escala y preguntándose cómo hacer llegar los helicópteros.

- Sí, señor -dijo Kelly-. Alguien tiene que ir primero e inspeccionar la zona. -Las dos fotos de Robin Zacharias todavía estaban sobre la mesa: una como coronel de la Fuerza Aérea, de pie, con la gorra bajo el brazo y el pecho decorado con alas plateadas y cintas, sonriendo a la cámara, con su familia posando tras él; y la otra como hombre encorvado v demacrado, a punto de ser golpeado por detrás... ¿Por qué no una cruzada más?-. Creo que ese alguien soy yo.

XVII. COMPLICACIONES

Archie no sabía gran cosa, pero fue suficiente para los propósitos de Kelly. Lo único que necesitaba ahora era dormir un poco más.

Había descubierto que localizar a alguien en un automóvil era más difícil de lo que parecía en la televisión, y mucho más de lo que había sido en Nueva Orleáns la única vez que intentó hacerlo. Si lo seguías demasiado de cerca, corrías el riesgo de que te vieran. Y si te quedabas rezagado, podías perderlo. El tráfico lo complicaba todo. Los camiones podían obstaculizar la visión. Vigilar un automóvil desde media manzana de distancia te obligaba a no prestar atención a los vehículos que tenías más cerca, y ésos eran los más peligrosos. Por eso bendijo el Roadrunner rojo de Billy. Su vivo color permitía distinguirlo fácilmente y, aunque el conductor era aficionado a la velocidad, se cuidaba de no infringir las normas de circulación para no llamar la atención de la policía, lo cual le interesaba tan poco como al

propio Kelly.

Kelly había avistado el vehículo poco después de las siete de la tarde, cerca del bar que Archie había identificado. Billy no tenía demasiado claro lo que era comportarse con discreción, tal como el propio automóvil demostraba. Kelly observó que el barro había desaparecido. El automóvil tenía aspecto de recién lavado y encerado y, por el anterior encuentro que había tenido con él, sabía que Billy lo apreciaba como un tesoro. Ello le ofrecía varias posibilidades interesantes que empezó a estudiar mientras le seguía a más de media manzana de distancia, procurando reconocer su forma de moverse. Pronto se dio cuenta de que evitaba las vías principales y se conocía las calles secundarias tal como una comadreja conoce su madriguera. Kelly todavía no las conocía y eso lo situaba en una posición de desventaja, pero tal inconveniente quedaba compensado por el hecho de ir en un coche en el que nadie se fijaba. Por las calles circulaban demasiados cacharros como para que un desvencijado Volkswagen llamase la atención.

Al cabo de cuarenta minutos, el Roadrunner giró rápidamente a la derecha y se detuvo al final de la siguiente manzana. Kelly sopesó las opciones que se le ofrecían y siguió adelante muy despacio. Mientras se acercaba, vio salir a una chica con un bolso. Ésta se aproximó a su viejo amigo Wizard, a varias manzanas de distancia del lugar que éste frecuentaba habitualmente. Kelly no vio ningún tipo de transacción, pero no le hacía falta. Ambos entraron en un edificio y permanecieron dentro un par de minutos. Luego la chica volvió a salir. Eso también encajaba con lo que Pam le había dicho. Y, sobre todo, identificaba a Wizard, pensó Kelly girando a la izquierda y acercándose a un semáforo en rojo. Ahora ya sabía dos cosas que antes ignoraba. Por el espejo retrovisor vio que el Roadrunner cruzaba la calle. La chica siguió el mismo camino y desapareció de su vista al cambiar el semáforo. Kelly giró a la derecha y otra vez a la derecha y vio el Plvmouth dirigiéndose hacia el sur con tres ocupantes. Antes no se había fijado en el hombre (por lo menos, parecía un hombre) acurrucado en el asiento de atrás.

La oscuridad, la mejor fase del día para John Kelly, estaba cayendo rápidamente. Siguió al Roadrunner, saltándose varios semáforos, y observó que el vehículo se detenía delante de una casa de piedra arenisca del chaflán donde los tres ocupantes descendieron, tras haber efectuado las entregas de la noche a cuatro camellos. Les concedió unos minutos, aparcó el automóvil a varias manzanas de distancia y regresó a pie para observar, disfrazado nuevamente de viejo borracho. La arquitectura de la zona facilitaba su labor. Todas las casas de la otra acera tenían peldaños de mármol en la entrada, grandes bloques rectangulares que le ofrecían la posibilidad de pasar inadvertido. Le bastaría con sentarse en la acera y apoyarse contra los peldaños para que nadie reparase en él. Eligió unos peldaños que le ofrecían una buena sombra en la que cobijarse. Además, ¿quién se fijaba en un pobre desgraciado de la calle? Kelly adoptó la misma actitud de borracho que había observado en las anteriores ocasiones, llevándose a los labios de vez en cuando la botella para simular un trago. De ese modo, pasó horas vigilando la casa de piedra arenisca de la esquina.

«Grupos sanguíneos o+, o- y AB», recordó que decía el informe forense. El semen que habían dejado en el interior del cuerpo de Pam pertenecía a aquellos grupos sanguíneos. Kelly se preguntó por el grupo sanguíneo de Billy mientras permanecía sentado a unos cincuenta metros de distancia de la casa. El tráfico peatonal era intenso. La gente entraba y salía. Unas tres personas le habían echado un vistazo mientras él fingía dormir, vigilando la casa por el rabillo del ojo y prestando atención a cualquier indicio de peligro mientras transcurrían las horas. Un camello trabajaba en la acera, unos veinte metros más allá, y Kelly oyó su voz describiendo el producto y negociando el precio, junto con las distintas voces de los clientes. Kelly siempre había tenido un oído muy fino que más de una vez le había salvado la vida, y aquella información era lo bastante valiosa como para que su mente la catalogara, clasificara y analizara. Un perro callejero se acercó y empezó a olfatearlo con amistosa curiosidad. Kelly no lo ahuyentó, porque no hubiera sido normal que lo hiciera. Lo importante era no desentonar con su disfraz.

¿Qué clase de barrio era aquél?, se preguntó Kelly. En la acera donde se encontraba, los edificios eran vulgares casas de ladrillo. En la otra acera eran sólidos edificios de piedra arenisca y bastante más grandes. Quizá aquella calle había sido antiguamente la frontera entre la clase trabajadora y los representantes de la próspera clase media de principios de siglo. Puede que aquella casa de piedra arenisca hubiera sido la elegante residencia de un comerciante o un capitán de barco. Puede que allí hubiera sonado un piano los fines de semana. A lo mejor, una de las hijas estudiaba en el conservatorio Peabody. Pero todos se habían mudado a lugares de zonas verdes y aquella casa vacia de tres pisos no era más que un recordatorio de otros tiempos. Le sorprendió que las calles fueran tan anchas y pensó que tal vez las habían proyectado teniendo en cuenta el medio de transporte de aquella época, los coches de caballos. Kelly apartó esas reflexiones intrascendentes y se centró en su vigilancia.

Al cabo de cuatro horas interminables, los tres salieron, los hombres delante y la chica detrás, mas baja y regordeta que Pam. Kelly corrió un pequeño riesgo levantando ligeramente la cabeza para mirar. Tenía que echarle un buen vistazo a Billy, que debía ser el conductor. Su figura no impresionaba demasiado: elegantemente vestido, unos setenta y cinco kilos de peso, algo que brillaba en su muñeca (un reloj o una pulsera); se movía con ágil economía de movimientos... y con arrogancia. El otro era mas alto y fornido, pero, por su forma de moverse y de seguir a su compañero, Kelly adivinó que era un subordinado. La chica caminaba dócilmente con la cabeza inclinada. Llevaba el cuello de la blusa desabrochado y, al subir al coche, no levantó la cabeza para mirar alrededor ni hizo nada que revelase interés por el mundo que la rodeaba. Los movimientos de la chica eran lentos e irregulares, probablemente debido a la droga, pero eso no era todo. Había algo más, algo que Kelly no conseguía identificar y que resultaba inquietante... una especie de languidez. No era pereza de movimientos sino otra cosa. Kelly parpadeó al recordar dónde lo había visto anteriormente: en Vietnam, cuando los de PLASTIC FLOWER ocuparon aquel poblado, y los aldeanos empezaron a agruparse obedeciendo la orden. Se movían con automatismo y resignación, como robots vivientes bajo la amenaza del comandante norvietnamita y sus tropas. Se hubieran movido de la misma manera para dirigirse a su muerte. Y así se movía también aquella chica.

«O sea que es verdad -pensó Kelly- Utilizaban a las chicas como correos y, además, para otra cosa.» El automóvil se puso en marcha conducido por Bill y se acercó a la esquina, giró a la izquierda y aceleró con un chirrido de neumáticos hasta perderse de vista. «Billy: presumido, delgado, reloj o pulsera, arrogante.» Kelly ya había grabado en su mente la identificación, junto con el rostro y el cabello. No era fácil que lo olvidara. Memorizó también los caracteres del otro hombre.

Kelly consultó su reloj. La 1.40. ¿Qué habían estado haciendo allí dentro? Recordó otras cosas que Pam le había contado. Probablemente una fiesta privada. Aquella chica, quienquiera que fuese, también albergaba probablemente fluidos o+, o- o AB en su cuerpo. Pero Kelly no estaba en condiciones de salvar a todo el mundo, y lo mejor que podía hacer para salvar a aquella chica no guardaba relación con liberarla directamente. Se relajó un poco y esperó. No quería que nadie relacionara sus movimientos con alguna otra cosa, pues cabía la posibilidad de que alguien le hubiera visto y de que incluso lo estuviera observando en aquellos momentos. En algunas casas había luz, por lo que continuó donde estaba otros treinta minutos, soportando la sed y el entumecimiento. Luego se incorporó y fue haciendo eses hasta la esquina. Pensó que había tenido mucho cuidado y su actuación había sido muy eficaz, por lo que ya era hora de que pasara a la segunda fase de su tarea nocturna. Ya era hora de entrar en acción.

Procuró andar por callejuelas y se movió despacio, haciendo eses de izquierda a derecha a lo largo de varias manzanas cual si fuera una sinuosa serpiente... Sonrió. Luego regresó a las calles principales, deteniéndose un instante para colocarse los guantes quirúrgicos que le había proporcionado Rosen. Pasó junto a varios camellos y sus ayudantes, buscando al que le interesaba. Su camino trazaba una búsqueda en zigzag, una serie de vueltas de noventa grados cuyo epicentro era el lugar donde había dejado aparcado su Volkswagen. Tenía que ser

precavido como siempre, pero él era un cazador desconocido y sus presas no tenían idea de que lo eran e incluso se consideraban a sí mismos como duros depredadores. Tenían derecho a hacerse ilusiones.

Ya eran casi las tres cuando Kelly lo seleccionó. Un solitario, tal como Kelly solía llamarlos. No tenía ayudantes, tal vez porque era nuevo en el negocio y aún no había aprendido sus entresijos. No era muy mayor o, por lo menos, no lo parecía desde cuarenta metros de distancia, y estaba contando sus ganancias tras una noche de actividad. Tenía un bulto en la cadera derecha, indudablemente un arma de fuego, pero mantenía la cabeza inclinada. Estaba un poco en guardia. Al oír acercarse a Kelly, la cabeza se irguió y se volvió, dirigiéndole una breve mirada, pero en seguida perdió interés por la figura que se acercaba y se dedicó a contar un fajo de billetes. La distancia se iba acortando.

Aquel mismo día, Kelly había ido a su embarcación a prepararse una nueva arma; utilizó el Scout porque no quería que se viese que tenía otro automóvil. Ahora, mientras se acercaba a Junior –todo el mundo tenía que tener un nombre aunque fuera por poco tiempo–, Kelly pasó la botella de vino de la mano derecha a la izquierda. A continuación su mano derecha tiró de la clavija del extremo de la porra que guardaba en el interior de su nueva chaqueta, sujeta a unas presillas de la prenda que en aquellos momentos llevaba desabrochada. Era una simple barra metálica de veintiséis centímetros de longitud con un silenciador atornillado en un extremo y el gatillo al otro extremo. La mano de Kelly la asió con firmeza mientras se acercaba a Junior.

La cabeza del camello se volvió con gesto de hastío. Probablemente tenía dificultades para contar y ahora intentaba ordenar los billetes según su valor. Quizá los pasos de Kelly habían turbado su concentración, o quizá era simplemente tonto, lo cual parecía más probable.

Kelly simuló tropezar y cayó en la acera, ofreciendo una imagen totalmente inofensiva. Mientras se levantaba, miró hacia atrás. No divisó ningún viandante y las únicas luces de automóvil que vio eran rojas, lo que significaba que se estaba alejando. Cuando volvió la cabeza, no vio más que a Junior, contando las ganancias de la noche antes de regresar a casa a tomar una última copa o lo que fuera.

Ahora ya se encontraba a tres metros y el camello le hacía tan poco caso como a un perro vagabundo. Kelly empezó a saborear el alborozo que se produce poco antes de saber que la cosa dará resultado y que el enemigo se encuentra en peligro mortal y no imagina que ha llegado su hora. El momento en que se siente circular la sangre y se sabe que el silencio está a punto de ser rasgado y se experimenta la maravillosa satisfacción de saber. La mano de Kelly se desplazó un poco mientras daba otro paso sin acercarse directamente al objetivo, como si se dispusiera a pasar por su lado y proseguir el camino. Los ojos de aquel bastardo lo miraron de nuevo un instante, para asegurarse. Con arrogancia, permaneció sin moverse, por supuesto, porque consideraba que la gente tenía que apartarse y rendirle pleitesía. Era el rey de la acera. Kelly no era más que un objeto para él, una simple cosa que ocupaba la calle, tan digna de interés como una mancha de gasolina en la calzada.

En la armada lo llamaban CPA, el punto que señalaba la menor distancia en línea recta a otro barco o punta de tierra. Allí el CPA era de un metro. Cuando ya se encontraba a medio paso de distancia, su mano derecha extrajo el arma de la chaqueta. Kelly giró sobre el pie izquierdo y adelantó el derecho, mientras su brazo derecho se extendía con el arma amartillada, respaldando toda la maniobra con los noventa y cinco kilos de peso de su masa corporal. El abultado extremo del arma se encajó por debajo del esternón del camello y Kelly disparó sin vacilar.

El sonido fue similar al de una caja de cartón cayendo sobre un suelo de parqué.

Pum. Simplemente eso. No sonó como un disparo porque todo el gas de la pólvora penetró junto con el proyectil en el cuerpo de Junior.

La ligera carga de perdigones, utilizada en las competiciones de tiro o en la caza de palomas, no hubiera conseguido más que lesionar a un hombre situado a quince metros de distancia, pero en contacto directo con el cuerpo valía tanto como una bala para cazar

elefantes. La brutal fuerza del disparo le desalojó el aire de los pulmones, obligándole a abrir la boca con expresión de tonta sorpresa. Y ciertamente estaba sorprendido. Sus ojos se clavaron en los de Kelly. Junior todavía estaba vivo aunque su corazón ya había reventado como un balón y la parte inferior de sus pulmones estaba destrozada. Por suerte, no había orificio de salida. La trayectoria hacia arriba había agotado toda la energía del disparo dentro del pecho de la víctima y la fuerza de la detonación mantuvo erguido su cuerpo por un segundo, pero no más, aunque para Junior y Kelly el segundo representó varias horas. Luego, el cuerpo se desplomó como un edificio dinamitado. Se

oyó un extraño y profundo suspiro cuando la caída provocó la salida del aire y los gases por el orificio de entrada, y se percibió un acre olor de humo, sangre y carne chamuscada que contaminó el aire circundante. Los ojos de Junior aún estaban abiertos y seguían mirando fijamente a Kelly, como si quisieran preguntarle algo. La boca abierta se estremeció hasta que, de pronto, cesaron todos los movimientos y la pregunta no formulada ni contestada se desvaneció para siempre. Kelly cogió el fajo de billetes y echó a andar calle arriba, alerta a algún posible peligro, pero no ocurrió nada. Al llegar a la esquina, bajó a la calzada e introdujo el cañón del arma en un charco para eliminar la sangre adherida. Después se volvió con andares de borracho y se dirigió hacia donde había dejado su coche. Cuarenta minutos más tarde, ya estaba de vuelta en su casa con ochocientos cuarenta dólares más y una bala menos.

-¿Y éste quién es? -preguntó Ryan.

-¿Quién hubiera imaginado que Bandanna acabaría así? -repuso el oficial uniformado, un experto patrullero de treinta dos años-. Huele a negocios sucios. Bueno, ya no.

Los ojos estaban todavía abiertos, lo cual era normal en las víctimas de asesinato, pero aquella muerte había sido muy traumática a pesar de que el cuerpo estaba sorprendentemente limpio. Tenía un orificio de entrada de más de dos centímetros rodeado por un negro anillo de aproximadamente un milímetro de grosor. Lo había provocado la pólvora y el diámetro del orificio correspondía sin duda a una escopeta de caza del 12. Más allá de la piel se observaba un orificio bastante parecido a una caja va-cía. O todos los órganos internos habían sido destruidos, o simplemente habían descendido por efecto de la gravedad, pues, tras la muerte, los músculos ya no pueden resistir la atracción de una tierra que pronto reclamará el cuerpo para sí. Era la primera vea que Emmet Ryan contemplaba el interior de un cadáver de aquella manera, como si fuera un maniquí.

-La causa de la muerte -observó el forense con su habitual ironía matinal- ha sido la total pulverización del corazón. Sólo podremos identificar el tejido cardíaco bajo el microscopio. Filete crudo, picado y condimentado -añadió, sacudiendo la cabeza.

-La herida es de contacto. El muy cabrón disparó a quemarropa.

-Indigestión terminal -dijo Douglas-. Dios mío, ni siquiera escupió sangre.

La ausencia de orificio de salida no había dejado sangre en la acera y, desde lejos, Bandanna parecía estar durmiendo, salvo por los exánimes ojos abiertos.

- No ha sido en el diafragma -explicó el forense, señalando el orificio de entrada-. Ha sido entre este punto y el corazón. Probablemente tiene todo el sistema respiratorio destruido. Nunca había visto una herida tan limpia. -Y eso que llevaba dieciséis años en el puesto-. Necesitaremos muchas fotografías. Esto es digno de figurar en un manual.

-¿Tenía experiencia en el negocio? -le preguntó Rvan al oficial uniformado.

- Lo bastante como para saber el riesgo que corría.

El teniente se agachó, rozando la cadera izquierda del cuerpo. -Aún lleva el arma,

-¿Algún conocido tal vez? -se preguntó Douglas-. Alguien a quien permitió aproximarse demasiado.

-Una escopeta de caza es bastante difícil de ocultar. Aunque tenga los cañones recortados. ¿Y a bocajarro?

Ryan se apartó para que el forense trabajase con comodidad.

-Las manos están limpias, no hay señales de forcejeo. Quienquiera que haya sido, se acercó sin despertar sospechas en nuestro amigo. -Douglas hizo una pausa-. Maldita sea, una escopeta de caza mete mucho ruido. ¿Nadie oyó nada?

-La hora de la muerte, entre las dos o las tres -calculó el forense, pues todavía no había rigor mortis.

-A esa hora las calles están desiertas -añadió Douglas-. Y una escopeta de caza hace un ruido espantoso.

Ryan rebuscó en los bolsillos de los pantalones. No había dinero. Miró alrededor. Detrás del cordón de la policía había unos quince curiosos. La diversión podría encontrarse en cualquier lugar y el interés que reflejaban sus rostros no era menos cínico ni menos auténtico que el del forense.

-¿Doble cañón?-preguntó Ryan sin dirigirse a nadie en particular.

-No -contestó el forense-. Ha sido un arma de un solo cañón. De haber sido de dos, habría dejado una marca a la derecha o la izquierda del orificio de entrada, y la distribución de la pólvora habría sido distinta. Para disparar a bocajarro basta uno solo. O sea que el arma es de un solo cañón.

-Amén -convino Douglas-. Alguien está obrando en nombre de Dios. Tres camellos en dos días. Como sigamos así, Mark Charon se queda sin trabajo.

-Hoy no, Tom -dijo Ryan.

Uno más, petiso. Otro camello liquidado con gran precisión, pero no era el mismo tipo que se había cargado a Ju-Ju. Su modus operandi era distinto.

Otra ducha, otro afeitado, un poco más de ejercicio en el Chinquapin Park para reflexionar mientras corría. Ahora podía asociar un lugar y un rostro al automóvil. La misión estaba en marcha, pensó Kelly, girando a la derecha para enfilar la avenida Belvedere y cruzar la corriente antes de regresar por el otro lado y completar la tercera vuelta. Era un parque muy agradable. No tenía demasiados elementos de juego, pero eso permitía a los niños entretenerse a su aire, cosa que algunos estaban haciendo bajo la mirada de varias madres del barrio. Otras mujeres leían libros mientras sus bebés dormían en sus cochecitos. Unos niños estaban jugando a béisbol. De pronto, a uno de ellos se le escapó una pelota del guante y fue a parar al sendero de jogging. Al pasar, Kelly se inclinó aminorando el ritmo y le devolvió la pelota al niño, que le dio las gracias. Un niño más pequeño que jugaba con un disco de plástico se cruzó en el camino de Kelly, obligándole a desviarse por un momento bajo la mirada de embarazo de la madre, a la cual Kelly correspondió con un amistoso gesto de la mano y una sonrisa.

«Así es como tiene que ser», pensó. No muy distinto de su propia infancia en Indianápolis. El padre trabajando. La madre con los niños, porque es difícil ser una buena madre y trabajar fuera de casa, sobre todo cuando los hijos son pequeños. En caso de que las madres quisieran o tuvieran que trabajar, convenía que dejaran a sus hijos con una amiga de confianza para que los pequeños disfrutaran de sus vacaciones estivales en los espacios verdes y aprendieran a jugar a béisbol. Sin embargo, la sociedad aceptaba el hecho de que no era así para muchos. Todo aquello no se parecía en nada a su área de actuación, y los privilegios de que disfrutaban aquellos niños no hubieran tenido que ser tales, pues ¿cómo podía un niño crecer debidamente si no disponía de un ambiente como aquél?

Aquellos pensamientos eran muy peligrosos, se dijo Kelly. La lógica conclusión era intentar cambiar eI mundo, lo cual no estaba a su alcance. Qué lástima, pensó mientras terminaba el recorrido de cinco kilómetros con su habitual sensación de cansancio e iniciaba un paseo a pie antes de dirigirse a su coche para regresar a casa. Oyó las risas, los chillidos y las vehementes acusaciones de «Mentiroso» que proferían algunos niños contra otro que había quebrantado ciertas normas del béisbol que no comprendía, mientras otros discutían los pormenores de otros juegos, Subió a su coche, y pensó que él también era un mentiroso.

Había quebrantado ciertas normas que comprendía plenamente, pero lo había hecho en nombre de la justicia o de lo que él consideraba justicia.

«¿Venganza?», se preguntó Kelly mientras cruzaba una calle.«vigilante» era la palabra que le vino a la mente. Procedía de vigiles, un término latino que se refería precisamente a los que vigilaban por las noches las calles de las ciudades y cuidaban sobre todo de que no se produjeran incendios, si él no recordaba mal sus clases de latín del Instituto San Ignacio. Tratándose de romanos, lo más probable era que también llevaran espadas. Se preguntó si las calles de la antigua Roma eran seguras, más seguras que las de esa ciudad. Tal vez sí, seguramente si la justicia romana era muy severa. No debía de resultar nada agradable morir crucificado. En el caso de ciertos delitos como el parricidio, la pena fijada por la ley era meter al condenado en un saco de tela junto con un perro, un gallo y otro animal y arrojarlo al Tíber... no simplemente para que se ahogara sino para que, mientras se ahogara, fuera despedazado por los animales que pugnaban enloquecidos por salir del saco. Puede que el fuera un descendiente directo de aquella época, de un vigile, se dijo Kelly. En tal caso, se consoló, él no había quebrantado la ley. Los «vigilantes» de los textos de historia norteamericanos eran muy distintos de los que se describían en la prensa. Antes de que se organizaran los auténticos departamentos de policía, los ciudadanos patrullaban las calles y mantenían el orden mediante métodos expeditivos. ¿Tal como él estaba haciendo ahora?

Bueno, no, más bien no, reconoció Kelly, mientras aparcaba el vehículo. ¿Y qué si lo hiciera por venganza? Diez minutos más tarde, otra bolsa de la basura llena con prendas desechadas fue a parar al contenedor. Kelly disfrutó del placer de otra ducha antes de efectuar una llamada telefónica.

-Sala de enfermería, O'Toole.

-¿Sandy? Soy John. ¿Sigues saliendo a las tres?

- Tienes el don de la oportunidad -dijo Sandy, sonriendo desde el otro lado del mostrador-. El bendito coche se me ha vuelto a averiar. -«Y los taxis cuestan demasiado», pensó.

-¿Quieres que le eche un vistazo? -preguntó Kelly.

-Si eres tan amable...

- No te prometo nada -dijo Kelly-. Pero cobro barato.

-¿Cómo de barato? -preguntó Sandy, conociendo la respuesta.

-¿Una invitación a cenar? Puedes elegir el sitio.

-De acuerdo... pero...

-Pero todavía es demasiado pronto para nosotros. Sí, ya lo sé. Tu virtud no correrá peligro, te lo aseguro.

Sandy rió. Resultaba paradójico que aquel hombretón fuese tan formal y cortés. Sin embargo, ella sabía que podía fiarse de él y se sentía cansada de estar siempre sola. Tanto sí era demasiado pronto como si no, necesitaba un poco de compañía.

-A las tres y cuarto en la entrada principal.

-Llevaré una pulsera de paciente.

-De acuerdo. -Otra risa que sorprendió a una enfermera que pasaba por delante del mostrador con una bandeja de medicamentos-. De acuerdo, te he dicho que sí, ¿me oyes?

-De acuerdo. Hasta luego -dijo Kelly riéndose antes de colgar. Un poco de contacto humano sería bonito, pensó, encaminándose hacia la puerta.

Se dirigió a una zapatería donde adquirió un par de zapatos. Luego entró en cuatro zapaterías más y compró lo mismo, procurando que los zapatos no fuesen de la misma marca, pero, aun así, acabó con un par repetido. Sólo encontró dos marcas para este tipo de prendas y acabó con dos exactamente iguales que sólo diferían en la etiqueta. La preparación de diversos disfraces era más difícil de lo que parecía, pero era necesario no descuidar ningún detalle. De regreso a su apartamento -al que consideraba como su «casa», aunque sabía que no era así-, arrancó todas las etiquetas y luego se dirigió a la lavandería para pasar las prendas por un ciclo en caliente con mucha lejía junto con las restantes prendas de tono oscuro que

había comprado en las secciones de ofertas. Sólo le quedaban tres conjuntos; tendría que comprarse más ropa. Frunció el ceño. Las compras le resultaban aburridas, sobre todo ahora que ya había desarrollado su plan operativo. Como la mayoría de hombres, Kelly aborrecía ir de compras y tanto más cuanto que sus acciones eran bastante monótonas. No obstante, su actividad era agotadora, tanto por la falta de sueño que suponía como por la implacable tensión que conllevaba. En realidad, su tarea no era precisamente rutinaria, ya que todo era peligroso y, por muy acostumbrado que estuviera, los riesgos y el estrés estaban ahí. En parte era bueno que así fuera, porque de este modo no se lo tomaba a la ligera, pero también era malo porque el estrés puede agotar a un hombre a través de una progresiva aceleración de las pulsaciones del corazón y un aumento de la presión sanguínea, lo que daba lugar a una sensación de profundo cansancio. Procuraba compensarlo con el ejercicio, pero el dormir se estaba convirtiendo en un problema. En conjunto, no era peor que arrancar las malas hierbas cuando cursaba cursos de entrenamiento especial, pero ahora ya no era tan joven y la falta de apoyo y la ausencia de compañeros con quienes compartir el riesgo y desahogarse durante las horas de asueto se estaba cobrando su tributo. «Necesito dormir», pensó consultando su reloj. Encendió el televisor del dormitorio en el momento y sintonizó el noticiario del mediodía.

«Otro traficante de droga ha sido hallado muerto hoy en la zona oeste de Baltimore», anunció el presentador.

-Ya lo sé -replicó Kelly mientras cerraba los ojos para echar una cabezadita.

-Ésta es la historia -dijo un coronel de la Armada en Camp LeJeune, Carolina del Norte, mientras otro hacía exactamente lo mismo a la misma hora en Camp Pendleton, California-. Tenemos un encargo especial. Estamos seleccionando voluntarios procedentes exclusivamente de las Fuerzas de Reconocimiento. Necesitamos quince personas. Es peligroso e importante. Algo de lo que os enorgulleceréis de haber participado cuando todo termine. Se trata de una misión de dos a tres meses. Es lo único que puedo adelantaros.

Un grupo de unos setenta y cinco hombres, todos veteranos de combate y miembros de la unidad más exclusiva de la Armada, le escucharon sentados en sillas de duro respaldo. Eran marines de reconocimiento que inicialmente habían ingresado como voluntarios -allí no se reclutaba a nadie- para más tarde incorporarse a la élite de la élite. La representación de las minorías estaba ligeramente desproporcionada, pero eso sólo podía interesar a los sociólogos. Aquellos hombres, marines siempre y por encima de todo, eran tan parecidos entre sí como los uniformes verdes que vestían. Muchos exhibían cicatrices en el cuerpo, pues su labor era más arriesgada y exigente que la de los marines corrientes. Estaban especializados en ir en pequeños grupos, en buscar, encontrar y matar con un alto grado de preparación. Muchos eran tiradores de élite, capaces de acertar a una cabeza a una distancia de cuatrocientos metros o a un torax a más de mil, siempre que el blanco tuviera el detalle de estarse quieto durante el par de segundos en que la bala cubría aquella larga distancia. Eran auténticos cazadores. Algunos sufrían pesadillas a causa de las misiones que realizaban, pero ninguno sería jamás víctima del síndrome de estrés retardado, porque se consideraban a sí mismos depredadores, no presas, y porque los leones no conocen tales sentimientos.

Pero también eran hombres. Más de la mitad tenía esposa y/o hijos que esperaban de vez en cuando su regreso a casa; los demás tenían novias y esperaban formar un hogar. Todos habían cumplido un turno de servicio de trece meses de duración. Muchos habían cumplido dos, y un puñado de ellos incluso tres servicios, pero ningún miembro de este último grupo se había ofrecido como voluntario para esta misión. Unos cuantos, tal vez la mayoría, quizá lo hubieran hecho de haber conocido la naturaleza de la misión, pues la llamada del deber estaba sólidamente arraigada en ellos, pero el deber puede asumir muchas formas y aquellos hombres consideraban que ya habían servido lo suficiente en una guerra y ahora su tarea consistía en adiestrar a los más jóvenes, transmitiéndoles las lecciones que a ellos les habían permitido regresar a casa sanos y salvos -aunque otros tan capacitados como ellos no lo habían logrado-.

Ese era su deber para con la Armada, pensaban todos, contemplando al coronel del estrado mientras se preguntaban qué sería aquello, aunque no con suficiente curiosidad como para estar ciegamente dispuestos a poner en peligro sus vidas, tras haberlo hecho tantas veces. Algunos echaban ojeadas a derecha e izquierda, leyendo los rostros de los más jóvenes y adivinando en sus expresiones cuáles permanecerían en la sala y depositarían sus nombres en la gorra. Muchos lamentarían no haberse quedado, sabiendo que el hecho de no poder averiguar el contenido de aquella misión les dejaría para siempre una página en blanco en la conciencia... pero, pensando en sus mujeres e hijos, habían decidido abstenerse esta vez.

Transcurridos unos momentos, los hombres empezaron a retirarse. Unos veinticinco o treinta se quedaron para ofrecerse como voluntarios. Sus expedientes personales serían rápida y minuciosamente analizados y quince de ellos serían seleccionadas al azar, pero en realidad no sería así: ciertas misiones especiales exigían cualidades especiales y el azar haría que algunos de los guerreros más hábiles fueran rechazados a causa de que sus apti tudes personales ya las cumplían otros voluntarios y que otros menos capacitados fueran aceptados porque llenaban un hueco. Así era el azar con que se enfrentaban los hombres uniformado, y todos lo aceptaban con resignación y entereza. Al término de la jornada. los hombres seleccionados sólo fueron informados del horario de salida. Los iban a trasladar en autocar, lo cual significaba que no irían muy lejos. Por lo menos de momento.

Kelly despertó a las dos y se aseó. Su compromiso de aquella tarde le exigía un aspecto presentable, por lo que se puso camisa, chaqueta y corbata. El cabello, que ya le estaba creciendo tras habérselo cortado al rape, necesitaba un recorte, pero ya era un poco tarde para eso. Eligió una corbata azul para combinar con la camisa blanca y la chaqueta azul y, con su aspecto de ejecutivo de ventas, se dirigió al Scout y saludó con la mano al administrador del edificio de apartamentos.

Aquel día la suerte le sonrió y consiguió una plaza de aparcamiento en la entrada del hospital. En el vestíbulo había una estatua de Cristo de cinco o seis metros de altura y benévola expresión, más propia de un hospital que de lo que Kelly había hecho apenas doce horas antes. Rodeó la estatua y se apartó de ella, pues no quería que aquello pesara sobre su conciencia precisamente en esos momentos.

Sandy O'Toole salió a las tres y doce minutos. Al verla aparecer por la puerta de roble, Kelly esbozó una sonrisa que se esfumó nada más contemplar su expresión. En seguida comprendió la razón: un cirujano de baja estatura y moreno, enfundado en un mono verde de quirófano, caminaba a su espalda con toda la rapidez que le permitían sus cortas piernas, hablándole a gritos. Kelly vaciló y contempló la escena con curiosidad, mientras Sandy se detenía y se volvía, tal vez cansada de correr o quizá para ceder a las exigencias del médico. Éste era un poco más bajo que Sandy, y hablaba tan atropelladamente que Kelly no entendía parte de sus palabras. Sandy le miraba a los ojos con semblante inexpresivo.

-El informe del incidente ya está archivado -dijo Sandy, aprovechando una breve interrupción.

-¡No tiene usted derecho a hacer eso!

Los ojos se encendieron de rabia en el oscuro y mofletudo rostro. Kelly se acercó un poco más.

-Sí, lo tengo, doctor. Su prescripción de medicación era incorrecta y yo soy la supervisora de enfermeras y estoy obligada a informar sobre los errores de medicación.

-¡Le ordeno que retire ese informe! ¡Las enfermeras no dan órdenes a los médicos!

Lo que siguió fue un lenguaje que a Kelly no le gustó, y tanto menos en presencia de la imagen de Cristo. El moreno rostro del médico se ensombreció mientras se inclinaba hacia Sandy y gritaba cada vez más. Pero Sandy no se inmutó ni se dejó intimidar, provocando con ello un recrudecimiento de la pataleta del médico.

-Perdón. -Kelly intervino en la disputa sin acercarse demasiado, lo justo para atraer la

encolerizada mirada de Sandra O'Toole-. No sé de qué están discutiendo, pero, si usted es médico y la señorita enfermera, convendría que lo hicieran de una manera un poco más civilizada -sugirió en voz baja.

El médico fingió no haberle escuchado. Era la primera vez desde que tenía dieciséis años que alguien le humillaba en público. Kelly retrocedió para que Sandy resolviera la cuestión por su cuenta, pero el médico empezó a vociferar, pasando a un lenguaje incomprensible en el que se mezclaban insultos en inglés y en parsi. Sandy no cedió terreno y Kelly la miró con orgullo. La expresión de Sandy parecía cada vez más pétrea y su impasible mirada sin duda disimulaba el nerviosismo que sentía. Su férrea resistencia estaba minando los nervios del médico, el cual levantó la mano y siguió arreciando en sus imprecaciones. Se detuvo tras llamarla «zorra bastarda». El puño que había sacudido amenazadoramente a un centímetro de la nariz de Sandy desapareció de pronto en la vellosa garra de Kelly.

- Perdone -dijo amablemente ¿hay alguien arriba que sepa arreglar una mano rota?

Kelly cerró sus dedos alrededor de la pequeña y delicada mano del cirujano y ejerció una leve presión.

En ese momento cruzó la puerta un guardia de seguridad, alertado por el alboroto. Los ojos angustiados del médico se desviaron hacia él.

- No tendrá ocasión de ayudarle, doctor. ¿Cuántos huesos tiene la mano, señor? -preguntó Kelly.

-Veintiocho -contestó atemorizado el médico.

-¿Quiere que los convirtamos en cincuenta y seis? -propuso Kelly, aumentando la presión.

Los ojos del médico contemplaron un rostro que no parecía enojado ni complacido, sino que simplemente le miraba como si fuera un objeto, hablándole con un tono cortés que no era más que una burlona expresión de superioridad. El cirujano comprendió inequívocamente que el hombre iba a cumplir su amenaza.

-Discúlpese ante la señorita -añadió Kelly.

-¡Yo no me rebajo ante las mujeres! -replicó el médico con voz sibilante.

Un poco más de presión le dibujó una mueca en el rostro. Con un poco más de fuerza, los huesos empezarían a romperse.

-Tiene usted muy malos modales, señor, y le queda poco tiempo para mejorarlos. -Kelly esbozó una sonrisa-. Discúlpese ahora mismo -le ordenó-. Si es tan amable.

- Discúlpeme, enfermera O'Toole -masculló el hombre.

La humillación era como una sangrante herida en su orgullo. Kelly le soltó la mano y cogió la tarjeta de identificación que el médico llevaba prendida en su bata quirúrgica. Leyó el nombre antes de mirarlo nuevamente.

- ¿Se siente un poco mejor, doctor Khofan? ¿Verdad que a partir de ahora ya no volverá a gritar a la señorita, por lo menos cuando ella tenga razón y usted esté equivocado? Y tampoco la volverá a amenazar bajo ningún concepto, ¿no es cierto? -Kelly no tuvo necesidad de explicar por qué tal cosa no sería conveniente.

El médico estaba flexionando los dedos para aliviar el dolor.

- De acuerdo -dijo el médico, sintiendo ganas de echar a correr.

Kelly volvió a coger su mano y se la estrechó con una sonrisa, apretándola levemente a modo de advertencia.

-Me alegro de que estemos de acuerdo, señor. Creo que ahora ya puede marcharse.

El doctor Khofan se marchó, pasando por delante del guarda de seguridad sin siquiera dirigirle una mirada. El guarda miró a Kelly, pero no pasó de ahí.

-¿Era necesario que lo hicieras? -preguntó Sandy.

-¿Qué quieres decir?

–Ya lo estaba resolviendo yo sola –dijo ella, dirigiéndose hacia la puerta.

– Sí, es cierto. ¿Qué ha ocurrido? –preguntó Kelly con tono pausado.

– Pues que prescribió una medicación equivocada a un anciano que es alérgico al

medicamento, tal como consta en su historial –explicó Sandy, desahogando la tensión acumulada–. Hubiera podido causarle mucho daño al señor Johnston. Y no es la primera vez que ocurre. Esta vez el doctor Rosen podría despedirlo y él quiere quedarse. Además, no para de acosar a las enfermeras y eso no nos gusta. ¡Pero ya lo estaba resolviendo por mi cuenta!

–Pues entonces la próxima vez dejaré que te parta la nariz.

Pero no habría una próxima vez; lo había leído en la mirada del pequeño bastardo, por lo menos hasta que éste regresara al lugar de donde procedía.

–Y si lo hace, ¿qué? –preguntó Sandy.

–Pasará una temporada sin ejercer como cirujano. Mira, Sandy, no soporto que la gente se comporte así, ¿comprendes? No me gustan los matones, y menos que maltraten a las mujeres.

–¿De veras puedes hacer daño a la gente?

Kelly abrió la puerta para cederle el paso.

–No, no muy a menudo. Habitualmente prestan atención a mis advertencias. Verás, si él te pega, tú sufrirás un daño y él también lo sufrirá. En cambio, de esta manera nadie sufre ningún daño como no sea tal vez el del orgullo herido, y de eso nadie ha muerto jamás.

Sandy prefirió no insistir en el tema. Estaba molesta porque Kelly le había plantado cara al médico –que no era muy buen cirujano y mostraba ligereza en la aplicación de las técnicas posoperatorias; sólo operaba pacientes de la beneficencia aquejados de pequeñas dolencias, pero no se trataba de eso: los pacientes de la beneficencia eran personas y las personas merecían el mejor trato que la ciencia médica pudiera dispensarles–. Khofan se había propasado y Sandy se alegraba de que Kelly la hubiera protegido, pero se sentía irritada por no haber podido bajarle ella sola los humos. Probablemente el informe del incidente acabaría con la negligente trayectoria de Khofan y las enfermeras de la unidad lo celebrarían. Las enfermeras de los hospitales, como los suboficiales de cualquier unidad militar, eran en el fondo las que llevaba todo el peso de la organización, por lo que era una insensatez que un médico intentara plantarles cara.

Sin embargo, Sandy había confirmado una cosa sobre Kelly. Aquella mirada terrible que había visto y no podía quitarse de la cabeza no había sido un espejismo. Mientras Kelly estrujaba la mano de Khofan, la expresión de su rostro había sido... inexpresiva. Sandy no había adivinado en su rostro ningún sentimiento, ni siquiera de regocijo ante la humillación de aquel medicucho y eso era lo que más la preocupaba.

–¿Qué le ocurre a tu coche? –preguntó Kelly, enfilando Broadway en dirección norte.

–Si lo supiera no lo tendría averiado.

–Sí, claro –dijo Kelly con una sonrisa.

«Es hábil –pensó Sandy–. Cambia a su antojo y según le conviene. Primero quiso arreglarlo con palabras razonables, pero después se mostró dispuesto a partirle la crisma. Así, sin más. Sin la menor emoción. Como si aplastara una cucaracha. Pero entonces, ¿qué clase de persona es? ¿Acaso perdió los estribos? No, probablemente no. Posee absoluto autodominio, ¿Un psicópata? Oh, sería terrible... pero no, no puede ser. En ese caso Sam y Sarah no serían amigos suyos, y ambos son médicos muy sensibles y considerados... Entonces, ¿qué?»

–He traído mi caja de herramientas. Se me dan muy bien los diesel. Aparte el numerito de nuestro amigo, ¿cómo ha ido el trabajo?

–Ha sido un día muy agradable –contestó Sandy, alegrándose de poder cambiar de tema–. Hemos dado el alta a una paciente que nos tenía muy preocupados. Una negrita de tres años que se cayó de la cuna. El doctor Rosen le hizo un trabajo estupendo y en un par de meses ni siquiera se notará que tuvo un accidente.

–Sam es buena persona –comentó Kelly–. Quiero decir que no solo es buen médico y buen profesor, eso es evidente... Pero además tiene clase.

–Sarah también.

«Buena persona es lo que hubiese dicho Tina», pensó ella.

-Una gran señora -convino Kelly asintiendo con la cabeza mientras giraba a la izquierda para enfilar North Avenue-. Hizo mucho por Pam -añadió irreflexivamente.

Sandy observó que la expresión de Kelly volvía a demudarse y se le petrificaban las facciones.

«El dolor jamás desaparece, ¿verdad?», se dijo Kelly. Volvió a ver mentalmente a Pam y, por un breve y cruel segundo, se engañó creyendo que iba sentada a su lado en el coche. Pero no era Pam. Sus manos apretaron el volante y los nudillos se le quedaron repentinamente blancos mientras trataba de apartar aquellos pensamientos que eran una especie de campo de minas. Entras inocentemente en ellos y descubres demasiado tarde el peligro que encierran. Sería mejor no poder recordar, pensó Kelly. Pero, sin los recuerdos buenos y malos, ¿qué era la vida? Si olvidabas las cosas más significativas, ¿en qué te convertías? Y si no obrabas de conformidad con aquellos recuerdos, ¿qué valor tenía la

existencia?

Sandy lo leyó todo en su rostro. Kelly no siempre sabía disimular. «No eres un psicópata. Sientes dolor y los psicópatas no lo sienten. ¿Qué eres, entonces?»

XVIII. LA INTERFERENCIA

-Vuelve a hacerlo -le dijo a Sandy.

Cloc.

-Muy bien, ya lo tengo -dijo.

Se inclinó sobre el Plymouth Satellite de Sandy con las mangas arremangadas tras haberse quitado la chaqueta y la corbata. Tenía las manos perdidas tras haber pasado media hora trabajando.

-¿Lo has conseguido?

Sandy descendió del coche con las llaves en la mano, lo cual resultaba ridículo, pues el maldito trasto se negaba a ponerse en marcha. ¿Por qué no dejarlas puestas para que algún ladrón de automóviles se volviera loco?, se preguntó.

-Es el interruptor solenoide.

-¿Y eso qué es? -preguntó Sandy, acercándose para contemplar el pringoso misterio del motor.

-El contacto no proporciona toda la electricidad que necesita el arranque, por cuyo motivo dicho interruptor controla este otro de mayor tamaño. -Kelly lo señaló con una llave inglesa-. Activa un electroimán que entra en contacto con el interruptor grande, que es el que envía la electricidad al arranque del motor. ¿Me sigues?

-Creo que sí -contestó Sandy-. Me dijeron que tenía que cambiar la batería.

-Supongo que sabes que a los mecánicos les encanta...

- ¿Tomarles el pelo a las mujeres porque no tienen idea de coches? -dijo Sandy, completando la frase con una mueca.

-Algo así. Oye, tendrás que pagar algo de todos modos -dijo Kelly, rebuscando en su caja de herramientas.

- ¿De veras? -Voy demasiado sucio para llevarte a un restaurante. Tendre-

mos que comer aquí -contestó Kelly, desapareciendo debajo del vehículo con su blanca camisa y los pantalones de estambre. Un minuto después volvió a salir con las manos ennegrecidas-. Inténtalo.

Sandy subió y accionó el arranque. La batería estaba un poco

floja, pero el motor se puso en marcha. -Déjalo así para que se cargue.

- ¿Qué era? -Un cable flojo. Lo he tensado un poco. -Kelly se miró la

ropa e hizo una mueca. Sandy también la hizo-. Tienes que llevarlo al taller para que le

pongan una arandela de seguridad en la tuerca. De ese modo no se volverá a aflojar.

- No era necesario que... -Mañana tienes que ir al hospital, ¿no? -dijo comprensivamente Kelly-. ¿Dónde puedo lavarme?

Sandy le acompañó al interior de la casa y le indicó el cuarto de baño.

- ¿Dónde aprendiste a arreglar automóviles averiados? -le preguntó Sandy, ofreciéndole un vaso de vino cuando Kelly regresó al salón.

- Mi padre era un mecánico de primera. No olvides que era bombero. Tuvo que aprender todas esas cosas y le encantaban. Lo aprendí todo de él. Gracias -añadió, brindando. No era muy aficionado al vino, pero reconocía que el sabor era muy

bueno.

- Ah, ¿sí?

- Murió estando yo en Vietnam, de un infarto, mientras se encontraba de servicio. Mi madre también murió, cáncer de hígado, cuando yo estudiaba en la universidad -explicó Kelly con la mayor indiferencia que pudo aparentar. El dolor se había suavizado un tanto-. Fue muy duro para mí. Papá y yo estábamos muy unidos. Era un fumador empedernido y probablemente eso lo mató. Yo entonces estaba enfermo de una infección contraída durante una misión y no pude regresar a casa. Por consiguiente, seguí en el hospital hasta que me puse mejor.

-Me extrañaba que nadie te visitara en el hospital -dijo Sandy, percatándose de lo solo que estaba John Kelly.

-Tengo un par de tíos y varios primos, pero no nos vemos demasiado.

Ahora todo estaba un poco más claro, pensó Sandy. Había perdido a su madre a una edad muy temprana y de una forma especialmente cruel y dolorosa. Probablemente siempre habría sido un mocetón inflexible y orgulloso, aunque incapaz de cambiar las cosas por sí mismo. Todas las mujeres de su vida le habían sido arrebatadas de una u otra manera: su madre, su mujer y su amante. Debía de albergar un profundo sentimiento. Y eso explicaba su actitud ante Khofan: había experimentado la necesidad de protegerla. Ella seguía pensando que hubiera podido resolver la situación sin ayuda, pero ahora lo comprendía todo un poco mejor. Además, Kelly no se acercaba demasiado a ella ni la desnudaba con los ojos, algo que Sandy no soportaba, aunque dejaba que los pacientes lo hicieran para contribuir a animarlos un poco. Kelly la trataba como a una amiga, tal como hubiera hecho uno de los oficiales amigos de Tim, mezclando la familiaridad con el respeto y viéndola antes como una persona y después como una mujer. Y eso a Sandra Manning O'Toole le encantaba. A pesar de su corpulencia y su dureza de carácter no había nada que temer de aquel hombre. Resultaba un poco raro pensar semejante cosa en los albores de una relación, en caso de que efectivamente se tratara de eso.

Un sordo rumor anunció la llegada del periódico de la tarde. Kelly fue a recogerlo y echó un vistazo a la prirnera plana antes de dejarlo sobre una mesita auxiliar. Uno de los artículos de la primera plana en aquel soñoliento día estival se refería al hallazgo de otro traficante de droga muerto. Sandy le vio leer los dos primeros párrafos.

El creciente control que ejercía Henry sobre el tráfico de drogas local permitía establecer casi con toda certeza que el muerto era uno de sus distantes colaboradores. Le conocía por su apodo callejero y en el artículo se mencionaba que su nombre era Lionel Hall. Henry no le había conocido personalmente, pero le habían dicho que Bandanna era un tío muy listo al que convenía tener en cuenta. Pero no lo había sido bastante, pensó Tucker. El ascenso hacia el éxito en aquel negocio era muy empinado y tenía peldaños muy resbaladizos. El proceso de selección era brutalmente darwiniano y Lionel Hall no había estado a la altura de las exigencias de su nueva profesión. Una pena, pero qué remedio. Henry se levanto del sillón y se desperezó. Se había despertado muy tarde porque dos días atrás se había hecho cargo nada menos que de quince kilos de «género», como se había acostumbrado a llamarlo.

El recorrido de ida y vuelta en barco hasta el punto de recogida había sido agotador. Henry empezaba a cansarse de aquella tapadera; sin embargo, eso era peligroso y él lo sabía. Esta vez se había limitado a observar cómo hacían el trabajo sus hombres. Y dos nuevos hombres sabían más de la cuenta, pero él necesitaba gente que realizase aquellas tareas. Había personas de poca monta que, conscientes de serlo, sabían que sólo podían prosperar cumpliendo órdenes a rajatabla.

Las mujeres lo hacían mejor que los hombres. Éstos tenían más orgullo y lo alimentaban abrigando sueños de grandeza. Tarde o temprano alguno de los suyos se rebelaba y creaba problemas. En cambio, a las chicas podía intimidarlas más fácilmente y, por si fuera poco, disponía de sus cuerpos siempre que quisiera. Tucker esbozó una sonrisa.

Doris despertó a las cinco de la madrugada con la cabeza a punto de estallar a causa de los barbitúricos y el whisky que alguien le había proporcionado. El dolor le hizo recordar que tendría que vivir un día más y que la mezcla de medicamentos y alcohol no había surtido el efecto esperado cuando contemplaba el vaso, vacilaba y finalmente se bebía el contenido en presencia de los demás. Lo ocurrido tras tomarse el whisky y las pastillas lo recordaba muy vagamente y tan mezclado con otras noches similares que le resultaba difícil distinguir lo reciente de lo antiguo.

Ahora tenían más cuidado. Pam les había alertado al respecto. Doris se incorporó y contempló el grillete que le sujetaba el tobillo. El otro extremo estaba fijado a una cadena unida a una argolla de la pared. No se le ocurrió que podía intentar romperla. Una joven saludable lo hubiera conseguido con unas cuantas horas de denodados esfuerzos. Sin embargo, la huida equivalía a la muerte, una muerte especialmente dolorosa y prolongada. Por mucho que ella deseara escapar de aquella horrenda existencia de pesadilla, el dolor la acobardaba. Se levantó y la cadena chirrió. Poco después entró Rick.

-Hola, nena -dijo el joven, esbozando una sonrisa más de diversión que de afecto. Se inclinó, le quitó los grilletes y le señaló el cuarto de baño-. Toma una ducha. La necesitas.

-¿Dónde aprendiste a preparar platos chinos? -preguntó Kelly.

- Me enseñó una enfermera con quien trabajé el año pasado. Nancy Wu. Ahora da clases en la Universidad de Virginia. ¿Te gusta?

- Desde luego.

Si la distancia más corta hasta el corazón del hombre pasa por el estómago, uno de los mejores cumplidos que puede hacerle un hombre a una mujer es repetir la comida. No bebió más de un vaso de vino, pero engulló la comida tan ávidamente como le permitía la buena educación.

-No exageres -dijo Sandv, ansiosa de recibir otro cumplido. -Es mucho mejor que lo que yo me preparo, pero si piensas escribir un libro de cocina, necesitas a alguien con mejor gusto.

-Kelly levantó la vista del plato-. Una vez estuve una semana en Taipeh y esto es casi tan bueno como lo que comí allí.

-¿Y para qué fuiste allí?

-Unas vacaciones por haber resultado herido -explicó Kelly escuetamente. No todo lo que él y sus amigos habían hecho se podía explicar a una señora. De pronto, se dio cuenta de que ya había dicho demasiado.

-Eso es lo que Tim y yo teníamos previsto. Nos reuniríamos en Hawai, pero... -Sandy se interrumpió.

Kelly deseó alargar el brazo y tomar su mano para consolarla, pero temía que ella lo considerara una insinuación.

-Ya lo sé, Sandy. Bien, ¿qué más sabes guisar?

-Muchas cosas. Nancy estuvo cuatro meses conmigo y me hacía cocinar cada día. Es

una profesora estupenda.

- Lo creo. -Kelly rebañó el plato-. ¿Qué horario tienes?

-Suelo levantarme a las cinco y cuarto y salgo de casa poco después de las seis. Me gusta llegar al hospital media hora antes de que cambie el turno para poder comprobar el estado de los pacientes y prepararme para los nuevos ingresos de quirófano. Es una unidad de mucho ajetreo. ¿Y tú?

- Bueno, depende de lo que tenga que hacer. Cuando disparo...

- ¿Disparas? -preguntó Sandy, sorprendida.

-Explosivos, es mi especialidad. La planificación y organización lleva mucho tiempo. Por regla general tenemos varios ingenieros que se preocupan mucho y nos explican cómo hacerlo. Olvidan que es mucho más fácil hacer estallar una cosa que prepararla. De todos modos, yo tengo mi método especial.

-¿Cuál es?

-Cuando trabajo en inmersión, hago estallar algunas cápsulas detonantes antes de efectuar los disparos de verdad. -Kelly soltó una risita-. Para asustar a los peces.

Sandy le miró, perpleja.

-Ah, ¿para alejarlos y no hacerles daño?

- Exacto. Es un capricho personal.

Otro detalle. Había matado en la guerra, había amenazado a un cirujano y a un guardia de seguridad, pero se tomaba la molestia de proteger a los peces.

- Eres un hombre muy raro.

Kelly asintió.

-No mato por placer. Antes era aficionado a la caza, pero lo dejé. Practico un poco la pesca, pero no con dinamita. Disparo las cápsulas a bastante distancia del objetivo... para que no resulte afectada la parte importante de mi trabajo. El ruido los asusta

y los induce a alejarse. ¿Para qué causarles un daño innecesario? -dijo Kelly.

Fue un gesto automático. Doris era un poco miope y las marcas parecían manchas de suciedad cuando el agua de la ducha le nublaba los ojos, pero no lo eran y no desaparecían aunque las frotara. Simplemente se desplazaban a otras zonas de su cuerpo según los caprichos de los hombres que se las provocaban. Las frotó con las manos y el dolor le hizo comprender que eran vestigios de las «fiestas» más recientes. El esfuerzo de lavarse era inútil. Sabía que jamás volvería a estar limpia. La ducha sólo era útil para eliminar el olor. Lo tenía claro incluso Rick, el más simpático de ellos, pensó Doris, contemplando el moretón que éste le había hecho, no tan doloroso como las magulladuras que solía causarle Billy.

Salió de la ducha y se secó. Era el único lugar ligeramente pasable de toda la estancia. Nadie se molestaba jamás en limpiar la pila o la taza del excusado, y el espejo estaba roto.

- Así estás mucho mejor -dijo Rick, ofreciéndole una pastilla.

- Gracias.

De esta manera comenzaba un nuevo día, con una pastilla de barbitúrico para distanciarla de la realidad y para que la vida le resultara si no cómoda por lo menos soportable. Justo lo mínimo. Con una pequeña ayuda de sus amigos, que se ocupaban de que ella pudiera resistir la realidad que ellos mismos creaban. Doris se tragó la pastilla con un poco de agua, confiando en que le hiciera efecto en seguida. De este modo, se suavizaba el dolor y se establecía una distancia entre su persona y su propio yo. Antes, la distancia era tan grande que la vista no podía abarcarla, pero ya no. Contempló el sonriente rostro de Rick.

-Tú sabes que te quiero, nena -dijo éste alargando la mano para acariciarla.

Una débil sonrisa al sentir el roce de su mano. -Sí.

-Esta noche habrá una fiesta especial, Doris. Vendrá Henry.

Clic. A Kelly casi le pareció oír el sonido al descender del Volkswagen, a cuatro manzanas de la casa de piedra arenisca de la esquina, pasando de una personalidad a otra. Entrar en la «selva» se estaba convirtiendo en una tarea rutinaria. Había logrado alcanzar un nivel de serenidad que aquella noche resultaba especialmente patente. Lo atribuyó a la comida, la primera que compartía con otro ser humano en... ¿cuánto tiempo? ¿Cinco, seis semanas? Regresó a lo suyo.

Se situó al otro lado del cruce, pegado a unos peldaños de mármol bajo cuya sombra podía ocultarse para aguardar la llegada del Roadrunner. De vez en cuando levantaba la botella de vino -esta vez era de vino tinto, no blanco como la primera- y simulaba echar un trago mientras sus ojos escudriñaban incesantemente las aceras y las ventanas de la casa.

Algunos automóviles ya le eran familiares. Vio el Kharman-Ghia negro que había intervenido en el episodio que desembocó en la muerte de Pam. Observó que el conductor llevaba bigote y tenía aproximadamente su edad. Le vio recorriendo la calle en busca de su conexión y, por un instante, se le heló la sangre al recordar el desastre provocado por su imprudente maniobra. Deseó cobrarse una venganza que pareciera un accidente o la obra de algún gamberro, pero no hubiera sido justo vengar un accidente. Se preguntó qué problema tendría aquel hombre que, para aliviar su congoja, tenía que trasladarse desde su casa hasta aquel lugar, poniendo en peligro su integridad física y estropeando su vida con la droga. Además, con su dinero financiaba en cierto modo el tráfico de droga y daba lugar a un reguero de corrupción y destrucción. ¿Acaso no lo sabía? ¿Acaso no ignoraba el destino de su dinero?

Había otra cosa que Kelly procuraba ignorar. Allí había gente que intentaba vivir honradamente, gente que vivía de la beneficencia o que ejercía humildes oficios y corría constantes peligros y soñaba con mudarse a un lugar donde fuese posible llevar una existencia normal. Aquella gente se esforzaba en no prestar atención a los traficantes y, en su mezquina rectitud, tampoco prestaba atención a los vagabundos como Kelly, cosa que éste no le reprochaba. En semejante ambiente todos tenían que ocuparse de la

supervivencia personal. La conciencia social era un lujo que la mayoría de la gente no se podía permitir. Hay que disfrutar de una mínima y rudimentaria seguridad personal para poder echar mano del excedente y aplicarlo a los más necesitados... y además, ¿cuántos auténticos necesitados había por allí?

Algunas veces el ser un hombre constituía un placer incomparable, pensó Henry en el. cuarto de baño. El rechoncho cuerpo y el voluminoso busto de Doris tenían también sus encantos. María, la tontaina flacucha de Florida; Xantha, la más adicta y la que más quebraderos de cabeza le daba; y Roberta y Paula. Ninguna de ellas rebasaba demasiado la veintena y dos eran todavía adolescentes. Todas iguales y todas distintas. Se aplicó un poco de after-shave a la cara. Hubiera tenido que contar con una señora para su uso exclusivo, una mujer espectacular que pudiera exhibir y que los demás hombres le envidiasen. Pero eso era un poco arriesgado porque llamaba la atención. No, así estaba bien. Abandonó el cuarto de baño descansado y relajado. Doris todavía se encontraba allí semiinconsciente a causa de la sesión de sexo y las dos pastillas de premio, mirándole con una sonrisa que a él le resultaba aceptablemente respetuosa. Había emitido los correspondientes jadeos en los momentos oportunos y había hecho por iniciativa propia las cosas que a él le gustaban. A él no le importaba prepararse los tragos y le encantaban el silencio y la soledad, pero el silencio de una pobre idiota en la casa era algo terriblemente aburrido. Tuvo la delicadeza de inclinarse y acercarle un dedo a los labios para que ella lo besara, mirándole con los ojos extraviados.

-Que duerma un rato -le dijo Henry a Billy al salir.

-Muy bien. De todos modos, esta noche tengo que hacer un servicio -le recordó Billy.

-Ah, ¿sí?

Todavía bajo los efectos de los placenteros momentos que acababa de vivir, Tucker lo

había olvidado. Henry Tucker también era humano, o al menos eso creía,

-Anoche a Little Man le faltaron mil pavos. Hice la vista gorda porque fue la primera vez y el tío dijo que se había equivocado en las cuentas. La multa son cinco de los grandes, ¿no es así?

Tucker asintió con la cabeza. Little Man siempre se había mostrado respetuoso y era la primera vez que cometía un error.

-Hazle saber que un error es lo máximo que tolera la casa.

-Sí, señor -dijo Billy.

-Y procura que no se corra la voz.

Ahí estaba el problema. En realidad los problemas eran varios, pensó Tucker. En primer lugar, los camellos eran unos miserables estúpidos cegados por la codicia. No comprendían que un trabajo satisfactorio equivalía a unas ganancias regulares, lo cual redundaba en beneficio de todos. Pero los camellos eran delincuentes que no sabían pensar y actuar como hombres de negocios... y eso no tenía vuelta de hoja. De vez en cuando, alguno de ellos moría de un navajazo a raíz de una pelea callejera. Otros eran tan necios como para comerciar por su propia cuenta; a esos Henry procuraba quitárselos de encima. De vez en cuando, algunos forzaban los límites y se embolsaban unos cientos de dólares, cuando trabajando correctamente hubieran podido ganar una cantidad muy superior. Tales casos sólo tenían un remedio y Henry los había utilizado como carnaza para la policía. Seguramente Little Man había dicho la verdad. Su disposición a pagar la elevada multa lo demostraba, como también lo demostraba el hecho de que valoraba los suministros regulares, que habían ido aumentando en los últimos meses. Billy sabía que, en los meses sucesivos, tendrían que vigilar muy de cerca a Little Man.

Lo que más fastidiaba a Tucker era ocuparse personalmente de nimiedades tales como los errores de contabilidad de Little Man. Sabía que aquella situación era transitoria, una consecuencia del natural proceso de transición de vendedor local de poca monta a importante distribuidor. Tendría que empezar a delegar su autoridad en otras personas y permitir, por ejemplo, que Billy asumiera mayor responsabilidad. Pero ¿estaba preparado para eso? Buena pregunta, pensó Henry, abandonando el edificio. Le entregó un billete de diez dólares al chico que había vigilado su coche. Billy tenía muy buena mano para controlar a las chicas. Era un tipo muy listo, originario de la región minera de Kentucky y

sin antecedentes penales. Ambicioso y buen trabajador en equipo. Quizá estaba preparado para subir un peldaño.

Por fin, pensó Kelly. Eran las 2.15 cuando apareció el Roadrunner tras una hora de espera. Se acurrucó en la sombra y echó un buen vistazo al hombre. Billy y su compinche. Riéndose de algo. El otro tropezó en los peldaños, a lo mejor porque llevaba unas copas de más; mientras caía, Kelly vio alrededor un revoloteo de papeles que debían de ser billetes de banco.

«¿Aquí es donde cuentan el dinero? -se preguntó Kelly-. Muy interesante.» Ambos hombres se agacharon para recoger los billetes y Billy le dio a su compañero una juguetona palmada en el hombro, diciéndole algo que Kelly no oyó desde la distancia de cincuenta metros a la que se encontraba.

A aquella hora de la noche los autobuses pasaban con una frecuencia de cuarenta y cinco minutos y su trayecto discurría a varias manzanas de distancia. Las patrullas de la policía eran tan regulares como las costumbres del barrio. A las ocho cesaba el tráfico, y a las nueve y media los habitantes de la zona abandonaban las calles, parapetándose detrás de puertas cerradas a triple llave y dando gracias a la Providencia de haber sobrevivido un día más mientras se estremecían al pensar en los peligros del día siguiente, y dejaban las calles enteramente en poder de los traficantes de droga, que permanecían por allí hasta las dos. Kelly ya lo había comprobado hacía tiempo, y había llegado a la conclusión de que ya sabía todo lo

que necesitaba saber. Todavía quedaban algunas cuestiones que dependían del azar, pero eran inevitables y uno no podía preverlas sino sólo estar preparado. Las rutas alternativas de huida, la constante vigilancia y las armas eran la mejor defensa contra los imprevistos. Siempre había que dejar algo al azar y, por mucho que le molestara, Kelly tenía que aceptarlo como parte de su vida normal, aunque, en realidad, pensó divertido, nada de lo relacionado con su misión era normal.

Se levantó con gesto cansado y cruzó la calle dando bandazos en dirección a la casa de piedra arenisca. Observó que la puerta no estaba cerrada y que la placa de latón que había por encima del tirador estaba torcida. La imagen se le quedó grabada en la mente y, mientras caminaba, empezó a planificar su misión de la noche siguiente. Oyó de nuevo la voz de Billy en las ventanas de arriba con un extraño acento muy poco melodioso. Una voz que va aborrecía y para la cual había trazado planes especiales. Por primera vez se encontraba cerca de uno de los asesinos de Pam. Probablemente de dos, pensó, pero semejante circunstancia no ejerció en él el efecto físico que esperaba. Su cuerpo se relajó. A ése ya le daría su merecido.

«Ya nos veremos, chicos», prometió. Era el gran salto hacia delante y ya no podía correr el riesgo de fallar, pensó Kelly, caminando sin apartar la vista de los dos camellos que se encontraban a unos trescientos metros de distancia y resultaban visibles gracias al recto trazado de la ancha calle.

Era una prueba más de pericia, tenía que estar seguro de sí mismo. Se dirigió hacia el norte sin cruzar la calle, pues de seguir un camino recto hasta ellos puede que se hubieran dado cuenta o, por lo menos, le hubieran mirado con curiosidad. Tenía que acercarse sin que le vieran. Mientras se aproximaba siguiendo un rumbo irregular, procuró que su cuerpo encorvado se confundiera con las fachadas y con los automóviles aparcados, y sólo se viera la inofensiva forma oscura de su cabeza. Al llegar a una manzana de distancia, cruzó la calle y aprovechó para echar un vistazo en todas direcciones. Afortunadamente aquellos tipos eran criaturas nocturnas, porque él también lo era. Girando a la izquierda, subió por la ancha acera puntuada por los blancos peldaños de las casas que tan útiles le resultaban para sus bamboleantes andares. Se detuvo un momento y se llevó la botella a los labios. «Mejor todavía -pensó en un renovado esfuerzo por acentuar su aspecto inofensivo-, voy a mear de cara a la calzada.»

-!Guarro! -exclamó una voz.

No se molestó en averiguar si ésta pertenecía a Big o a Little. La repugnancia que denotaba la palabra era más que suficiente. Era la clase de cosa que inducía a un hombre a apartar la mirada. Además, pensó Kelly, necesitaba mear de verdad.

Ambos eran más corpulentos que él. Big Bob, el camello, medía metro ochenta y cinco; y Little Bob, su ayudante, de metro ochenta y ocho, era un tipo musculoso, aunque ya estaba empezando a echar tripa. Ambos exhibían complexiones impresionantes, pensó Kelly, haciendo una rápida evaluación de su táctica. ¿Y si pasaba de largo y los dejaba en paz?

«No.»

Pero, al principio, pasó de largo. Little Bob estaba mirando al otro lado de la calle y Big Bob permanecía apoyado contra el edificio. Kelly trazó una línea imaginaria entre ambos y contó tres pasos antes de girar lentamente a la izquierda para no llamar la atención. Mientras, deslizó la mano derecha bajo la chaqueta. Al sacarla, empuñaba la Cok automática. La cogió con ambas manos. Centró la mirada en la línea blanca pintada sobre el silenciador en el momento de levantar el arma. Extendió los brazos para apuntar rápidamente contra el primer blanco. El ojo humano se siente atraído por el movimiento, especialmente de noche. Big Bob vio el movimiento y comprendió que ocurría algo, pero no supo qué. Su instinto no le había engañado y le pedía a gritos que entrara en acción. Demasiado tarde. Vio el arma y movió la mano hacia la suya propia en lugar de esquivar el tiro, cosa que tal vez hubiera retrasado su muerte.

La yema del dedo de Kelly apretó dos veces el gatillo, la primera para alcanzar el blanco y la segunda apenas su muñeca compensó el leve retroceso del convertidor del 45 al

22. Sin mover los pies, desvió mecánicamente los brazos hacia la derecha, colocando el arma en un plano horizontal con respecto a Little Bob, el cual, al ver caer a su jefe, ya había reaccionado y se disponía a extraer su arma. Lo intentó, pero no con la suficiente rapidez. El primer disparo de Kelly no fue muy bueno y apenas lo hirió. Pero el segundo le entró por la sien, rebotando en los huesos más gruesos del cráneo, y corrió por su interior como un hámster enjaulado. Little Bob cayó de bruces al suelo. Kelly se detuvo sólo lo suficiente para cerciorarse de que ambos estaban muertos. Después dio media vuelta y prosiguió su camino,

«Seis», pensó, acercándose a la esquina mientras su corazón se sosegaba después de la descarga de adrenalina y él enfundaba la pistola al lado de la navaja. Eran las 2.56 cuando Kelly abandonó el lugar.

Las cosas no empezaban muy bien, pensó el marine. El autocar se había averiado una vez y el «atajo» elegido por el chófer para compensar el tiempo perdido los había conducido directamente a un atasco. El autocar llegó a la base de Quantico poco después de las tres, y siguió a un jeep que lo condujo hasta su destino final. Al bajar, los marines se encontraron en un aislado cuartel medio ocupado por hombres que dormían como troncos y, a continuación, eligieron unos catres donde continuar el sueño ya iniciado en el autocar hasta que amaneciera, para lo cual ya faltaba muy poco. Por muy interesante, emocionante y peligrosa que fuera aquella misión, el comienzo era como el de un día cualquiera.

Se llamaba Virginia Charles y la noche no le estaba saliendo muy bien. Era una auxiliar de enfermería del St. Agnes Hospital, situado a escasos kilómetros de su domicilio, y había tenido que prolongar su turno por culpa del retraso de la compañera que la iba a sustituir y porque no quería dejar desatendida la parte de la sala que le estaba encomendada. Aunque llevaba ocho años trabajando en aquel mismo turno del hospital, no sabía que el horario de los autobuses cambiaba poco después de su hora de salida, por lo que, tras haber perdido un autobús, tuvo que esperar una eternidad la llegada del siguiente. Se apeó dos horas más tarde de lo habitual y se perdió el Tonight Show que veía religiosamente todos los días laborables. Tenía cuarenta años, estaba divorciada de un hombre que le había dado dos hijos –uno de ellos era un soldado que afortunadamente se encontraba en Alemania y no en Vietnam; el otro todavía estudiaba el bachillerato– y poco más. Su trabajo medio servil y medio profesional le había permitido mantener y educar bien a sus hijos y, como todas las madres, se preocupaba por sus compañías y por su futuro.

Al bajar del autobús se notó cansada y se preguntó una vez más por qué no había empleado una parte de sus ahorros en la compra de un coche. Pero entonces hubiera tenido que pagar el seguro y en casa tenía un hijo que hubiera gastado un montón de dinero en gasolina y le hubiera dado un motivo más de preocupación. Tal vez más adelante, cuando su segundo hijo hiciera el servicio militar y pudiera cursar los estudios universitarios que ella deseaba para él y jamás hubiera podido ofrecerle con sus propios medios.

Apuró el paso a pesar del cansancio que notaba en las piernas. El barrio había cambiado muchísimo. Había vivido toda su vida dentro de un radio de tres manzanas y recordaba que las calles eran seguras y que los vecinos eran amables e incluso podía ir a pie a la iglesia metodista episcopal Nueva Sión sin ningún temor en las pocas noches del miércoles que tenía libres. Se consoló pensando que se había ganado dos horas de fiesta y miró a su alrededor, temiendo tropezar con algún peligro. Su casa estaba a sólo tres manzanas. Caminaba rápido, fumando un cigarrillo para serenarse. Dos veces la habían atracado el año anterior los drogadictos que necesitaban dinero para costearse su hábito y lo único positivo que había sacado de ello había sido la lección práctica que les había podido ofrecer a sus hijos. No le había salido muy caro desde el punto de vista monetario. Virginia Charles sólo llevaba encima el dinero necesario para el autobús y la cena en la cafetería del hospital. El asalto a su

dignidad había sido lo más doloroso, aunque no tan doloroso como los recuerdos de tiempos mejores de un barrio habitado por ciudadanos respetuosos de la ley y el orden. Sólo una manzana más, pensó, doblando la esquina.

–Oye, nena, ¿tienes un dólar? –dijo una voz a su espalda.

Ya había visto la sombra y había seguido adelante sin darse la vuelta, confiando en que tuvieran la bondad de dejarla en paz, pero tal posibilidad era cada vez más insólita. Siguió caminando con la cabeza gacha y pensó que no había muchos gamberros capaces de atacar a una mujer por la espalda. Una mano sobre su hombro desmintió semejante suposición.

–Dame el dinero, zorra –dijo la voz.

No parecía una voz enojada. Era una simple orden que definía las nuevas reglas de la calle.

–No tengo suficiente, chico –contestó Virginia Charles, alzando los hombros sin volverse, pues le constaba que el movimiento era más seguro que la inmovilidad.

Entonces oyó un clic.

-¿Qué sabes de Ju-Ju? -preguntó Tucker.

-Parece un robo. Se despistó. Era de los tuyos, ¿no? -dijo Charon.

-Sí, trabajaba para nosotros.

-¿Quién lo hizo? -Estaban en la biblioteca Enoch Pratt, ocultos entre dos hileras de estanterías. Parecía un sitio ideal: difícil que alguien se acercara sin que lo advirtieran, e imposible que hubiera micrófonos. No obstante, había demasiados huecos.

-No lo sé, Henry. Ryan y Douglas estaban allí, y no me pareció que tuvieran muchas pistas. Oye, ¿no te preocupas demasiado por un simple camello?

-No, no se trata de eso. Pero nunca había perdido a uno de los míos.

-Vamos, Henry -dijo Charon mientras hojeaba un libro-. Es un negocio arriesgado. Alguien quería un poco de dinero, o quizá droga para hacer un negocio rápido. Busca otro camello que venda tu mercancía. Desde luego tenían buena puntería. A lo mejor puedes llegar a un acuerdo con ellos.

- No, tengo suficientes camellos. Y hacer las paces de esa forma no es bueno para el negocio. ¿Cómo lo hicieron?

-Muy profesionales. Dos balas en la cabeza de cada uno. Douglas decía que parecía cosa de la mafia.

Tucker se volvió con gesto de incredulidad.

Charon habló despacio, dándole la espalda al otro:

- No ha sido ninguno del equipo, Henry. Tony no es capaz de una cosa así, ¿no crees?

-Seguramente no. -«Pero Eddie quizá sí», pensó.

- Necesito una cosa -agregó Charon.

- ¿Qué?

- Un camello al que poder colgarle el caso. ¿Qué esperabas? ¿Un soplo para la segunda carrera de Pimlico?

- No olvides que ahora casi todos trabajan para mí. -No se había equivocado utilizando a Charon para eliminar la competencia, pero, al haber consolidado de ese modo su control del tráfico local, Tucker cada vez disponía de menos camellos independientes para sacrificar por la vía judicial. Había eliminado sistemáticamente a la gente con que no le interesaba trabajar, y los pocos que quedaban podrían serle más útiles como aliados que como rivales, si encontraba la forma de negociar con ellos.

- Si quieres que te proteja, Henry, tengo que poder controlar las investigaciones. Y para

controlar las investigaciones, tengo que coger a un pez gordo de vez en cuando. -Charon colocó el libro en la estantería. ¿Por qué tenía que explicarle aquellas cosas?

-¿Cuándo?

-A principios de la semana próxima. Algo que entusiasme a la prensa.

- Ya te llamaré.

Tucker devolvió el libro a su sitio y se marchó. Charon se quedó un rato más, buscando un libro. Lo encontró, junto con el sobre. El teniente no se molestó en contar el dinero. Sabía que había la cantidad exacta.

Greer le entregó las instrucciones.

-Señor Clark, éste es el general Martin Young, y éste es Robert Ritter.

Kelly les estrechó la mano. El marine era aviador, como Maxwell y PoduIski, que no asistían a aquella reunión. No sabía cuál era Ritter, pero fue el que habló primero.

- Un buen análisis. Su lenguaje no es exactamente burocrático, pero examina todos los puntos importantes.

- No es tan difícil como parece, señor. El asalto terrestre tendría que ser bastante fácil. En un sitio como ése no hay tropas de primera línea, y las que hay miran hacia dentro, no hacia fuera. Imaginemos que hay dos soldados en cada torre. Las ametralla-doras apuntarán hacia dentro, ¿no? Hacen falta varios segundos para moverlas. Podría utilizarse el lindero del bosque para acercarse lo suficiente para disponer de distancia de tiro con M-79. -Kelly movió la mano por el gráfico-. Aquí están los barracones, sólo hay dos puertas, y apuesto a que dentro no hay más de cuarenta hombres.

- ¿Entrar por aquí? -preguntó el general Young señalando el extremo sudoeste del complejo.

- Sí, señor. -El marine lo había entendido a la primera-. El truco consiste en acercar el grupo de ataque inicial. Para eso hay que servirse de las condiciones meteorológicas, y en esta época del año no resultará demasiado difícil. Limpiar esos dos edificios no costará demasiado. Los helicópteros de evacuación tienen que aterrizar aquí. Sólo tardarían cinco minutos desde el momento en que empezara el tiroteo. Esa es la fase terrestre. El resto se lo dejo a los aviadores.

-Así pues, usted dice que la clave consiste en acercar al máximo al grupo de asalto...

-No, señor. Si lo que quiere es repetir Song Tay, puede destrozar el complejo haciendo caer un helicóptero. Pero tengo entendido que la discreción es fundamental.

-Correcto -intervino Ritter-. Tiene que ser una operación discreta. No conseguiremos autorización para una operación de gran magnitud.

-Menos personal, señor, y hay que utilizar tácticas diferentes.

La ventaja es que se trata de un objetivo pequeño, y que no hay que sacar a demasiada gente. Y no hay muchos enemigos para impedirlo.

-Pero no contamos con el factor seguridad -dijo el general Young, frunciendo el ceño.

-No; eso falla -concedió Kelly-. Veinticinco hombres. Dejarlos en este valle, atraviesan esta colina, llegan al sitio, se encargan de las torres, vuelan esta puerta. Luego llegan los helicópteros de combate y limpian estos dos edificios mientras los asaltantes atacan este edificio de aquí. Los helicópteros hacen la recogida y nos vamos todos por el valle.

-Es usted muy optimista, señor Clark -comentó Greer, al tiempo que recordaba a Kelly su nombre falso. Si el general Young se enteraba que Kelly era un simple oficial, nunca les daría su apoyo, y Young ya había hecho mucho por ellos, hipotecando todo su presupuesto para construcciones en levantar el escenario ficticio en los bosques de Quantico.

- No hay nada que no haya hecho antes, contraalmirante.

- ¿Quién va a seleccionar el personal? -preguntó Ritter.

-De eso ya nos hemos encargado -1e aseguró Greer.

Ritter se reclinó en el asiento y se quedó mirando las fotografías y los gráficos. Se

estaba jugando su carrera, igual que Greer y todos los demás. Pero la alternativa era hacer algo o no hacer nada. No hacer nada significaba que por lo menos un buen hombre, y quizá veinte más, nunca volverían a casa. Pero aquél no era el verdadero motivo, reconoció Ritter. El verdadero motivo era que otros habían decidido que las vidas de aquellos hombres no importaban, y esos otros podían tomar la misma decisión en una ocasión futura. Algún día aquella forma de pensar destruiría su Agencia. No podrían reclutar agentes si se extendía el rumor de que América no protegía a los que trabajaban para ella. Ante todo había que mantener la fe. También era un buen negocio.

-Será mejor que empecemos a trabajar antes de que se vaya todo al traste -dijo-. Será más fácil conseguir luz verde si ya tenemos la misión a punto. Hagamos que parezca una ocasión única. Ese es el otro error que cometieron con KINGPIN. Era demasiado obvio que lo que querían era licencia para actuar con entera libertad. Lo que tenemos aquí es una misión de rescate puntual. Yo me encargo de hacérselo ver a mis amigos de la Comisión de Seguridad Nacional. Seguramente lo aceptarán, pero tenemos que estar preparados.

- ¿Quiere decir que estás de nuestra parte? -preguntó Greer. Ritter tardó un poco en contestar.

- Sí.

- Necesitamos un factor de seguridad nacional -intervino Young observando el mapa a gran escala y preguntándose cómo hacer llegar los helicópteros.

- Sí, señor -dijo Kelly-. Alguien tiene que ir primero e inspeccionar la zona. -Las dos fotos de Robin Zacharias todavía estaban sobre la mesa: una como coronel de la Fuerza Aérea, de pie, con la gorra bajo el brazo y el pecho decorado con alas plateadas y cintas, sonriendo a la cámara, con su familia posando tras él; y la otra como hombre encorvado v demacrado, a punto de ser golpeado por detrás... ¿Por qué no una cruzada más?-. Creo que ese alguien soy yo.

XVII. COMPLICACIONES

Archie no sabía gran cosa, pero fue suficiente para los propósitos de Kelly. Lo único que necesitaba ahora era dormir un poco más.

Había descubierto que localizar a alguien en un automóvil era más difícil de lo que parecía en la televisión, y mucho más de lo que había sido en Nueva Orleáns la única vez que intentó hacerlo. Si lo seguías demasiado de cerca, corrías el riesgo de que te vieran. Y si te quedabas rezagado, podías perderlo. El tráfico lo complicaba todo. Los camiones podían obstaculizar la visión. Vigilar un automóvil desde media manzana de distancia te obligaba a no prestar atención a los vehículos que tenías más cerca, y ésos eran los más peligrosos. Por eso bendijo el Roadrunner rojo de Billy. Su vivo color permitía distinguirlo fácilmente y, aunque el conductor era aficionado a la velocidad, se cuidaba de no infringir las normas de circulación para no llamar la atención de la policía, lo cual le interesaba tan poco como al propio Kelly.

Kelly había avistado el vehículo poco después de las siete de la tarde, cerca del bar que Archie había identificado. Billy no tenía demasiado claro lo que era comportarse con discreción, tal como el propio automóvil demostraba. Kelly observó que el barro había desaparecido. El automóvil tenía aspecto de recién lavado y encerado y, por el anterior encuentro que había tenido con él, sabía que Billy lo apreciaba como un tesoro. Ello le ofrecía varias posibilidades interesantes que empezó a estudiar mientras le seguía a más de media manzana de distancia, procurando reconocer su forma de moverse. Pronto se dio cuenta de que evitaba las vías principales y se conocía las calles secundarias tal como una comadreja conoce su madriguera. Kelly todavía no las conocía y eso lo situaba en una posición de

desventaja, pero tal inconveniente quedaba compensado por el hecho de ir en un coche en el que nadie se fijaba. Por las calles circulaban demasiados cacharros como para que un desvencijado Volkswagen llamase la atención.

Al cabo de cuarenta minutos, el Roadrunner giró rápidamente a la derecha y se detuvo al final de la siguiente manzana. Kelly sopesó las opciones que se le ofrecían y siguió adelante muy despacio. Mientras se acercaba, vio salir a una chica con un bolso. Ésta se aproximó a su viejo amigo Wizard, a varias manzanas de distancia del lugar que éste frecuentaba habitualmente. Kelly no vio ningún tipo de transacción, pero no le hacía falta. Ambos entraron en un edificio y permanecieron dentro un par de minutos. Luego la chica volvió a salir. Eso también encajaba con lo que Pam le había dicho. Y, sobre todo, identificaba a Wizard, pensó Kelly girando a la izquierda y acercándose a un semáforo en rojo. Ahora ya sabía dos cosas que antes ignoraba. Por el espejo retrovisor vio que el Roadrunner cruzaba la calle. La chica siguió el mismo camino y desapareció de su vista al cambiar el semáforo. Kelly giró a la derecha y otra vez a la derecha y vio el Plvmouth dirigiéndose hacia el sur con tres ocupantes. Antes no se había fijado en el hombre (por lo menos, parecía un hombre) acurrucado en el asiento de atrás.

La oscuridad, la mejor fase del día para John Kelly, estaba cayendo rápidamente. Siguió al Roadrunner, saltándose varios semáforos, y observó que el vehículo se detenía delante de una casa de piedra arenisca del chaflán donde los tres ocupantes descendieron, tras haber efectuado las entregas de la noche a cuatro camellos. Les concedió unos minutos, aparcó el automóvil a varias manzanas de distancia y regresó a pie para observar, disfrazado nuevamente de viejo borracho. La arquitectura de la zona facilitaba su labor. Todas las casas de la otra acera tenían peldaños de mármol en la entrada, grandes bloques rectangulares que le ofrecían la posibilidad de pasar inadvertido. Le bastaría con sentarse en la acera y apoyarse contra los peldaños para que nadie reparase en él. Eligió unos peldaños que le ofrecían una buena sombra en la que cobijarse. Además, ¿quién se fijaba en un pobre desgraciado de la calle? Kelly adoptó la misma actitud de borracho que había observado en las anteriores ocasiones, llevándose a los labios de vez en cuando la botella para simular un trago. De ese modo, pasó horas vigilando la casa de piedra arenisca de la esquina.

«Grupos sanguíneos o+, o- y AB», recordó que decía el informe forense. El semen que habían dejado en el interior del cuerpo de Pam pertenecía a aquellos grupos sanguíneos. Kelly se preguntó por el grupo sanguíneo de Billy mientras permanecía sentado a unos cincuenta metros de distancia de la casa. El tráfico peatonal era intenso. La gente entraba y salía. Unas tres personas le habían echado un vistazo mientras él fingía dormir, vigilando la casa por el rabillo del ojo y prestando atención a cualquier indicio de peligro mientras transcurrían las horas. Un camello trabajaba en la acera, unos veinte metros más allá, y Kelly oyó su voz describiendo el producto y negociando el precio, junto con las distintas voces de los clientes. Kelly siempre había tenido un oído muy fino que más de una vez le había salvado la vida, y aquella información era lo bastante valiosa como para que su mente la catalogara, clasificara y analizara. Un perro callejero se acercó y empezó a olfatearlo con amistosa curiosidad. Kelly no lo ahuyentó, porque no hubiera sido normal que lo hiciera. Lo importante era no desentonar con su disfraz.

¿Qué clase de barrio era aquél?, se preguntó Kelly. En la acera donde se encontraba, los edificios eran vulgares casas de ladrillo. En la otra acera eran sólidos edificios de piedra arenisca y bastante más grandes. Quizá aquella calle había sido antiguamente la frontera entre la clase trabajadora y los representantes de la próspera clase media de principios de siglo. Puede que aquella casa de piedra arenisca hubiera sido la elegante residencia de un comerciante o un capitán de barco. Puede que allí hubiera sonado un piano los fines de semana. A lo mejor, una de las hijas estudiaba en el conservatorio Peabody. Pero todos se habían mudado a lugares de zonas verdes y aquella casa vacia de tres pisos no era más que un recordatorio de otros tiempos. Le sorprendió que las calles fueran tan anchas y pensó que tal vez las habían proyectado teniendo en cuenta el medio de transporte de aquella época, los

coches de caballos. Kelly apartó esas reflexiones intrascendentes y se centró en su vigilancia.

Al cabo de cuatro horas interminables, los tres salieron, los hombres delante y la chica detrás, mas baja y regordeta que Pam. Kelly corrió un pequeño riesgo levantando ligeramente la cabeza para mirar. Tenía que echarle un buen vistazo a Billy, que debía ser el conductor. Su figura no impresionaba demasiado: elegantemente vestido, unos setenta y cinco kilos de peso, algo que brillaba en su muñeca (un reloj o una pulsera); se movía con ágil economía de movimientos... y con arrogancia. El otro era mas alto y fornido, pero, por su forma de moverse y de seguir a su compañero, Kelly adivinó que era un subordinado. La chica caminaba dócilmente con la cabeza inclinada. Llevaba el cuello de la blusa desabrochado y, al subir al coche, no levantó la cabeza para mirar alrededor ni hizo nada que revelase interés por el mundo que la rodeaba. Los movimientos de la chica eran lentos e irregulares, probablemente debido a la droga, pero eso no era todo. Había algo más, algo que Kelly no conseguía identificar y que resultaba inquietante... una especie de languidez. No era pereza de movimientos sino otra cosa. Kelly parpadeó al recordar dónde lo había visto anteriormente: en Vietnam, cuando los de PLASTIC FLOWER ocuparon aquel poblado, y los aldeanos empezaron a agruparse obedeciendo la orden. Se movían con automatismo y resignación, como robots vivientes bajo la amenaza del comandante norvietnamita y sus tropas. Se hubieran movido de la misma manera para dirigirse a su muerte. Y así se movía también aquella chica.

«O sea que es verdad -pensó Kelly- Utilizaban a las chicas como correos y, además, para otra cosa.» El automóvil se puso en marcha conducido por Bill y se acercó a la esquina, giró a la izquierda y aceleró con un chirrido de neumáticos hasta perderse de vista. «Billy: presumido, delgado, reloj o pulsera, arrogante.» Kelly ya había grabado en su mente la identificación, junto con el rostro y el cabello. No era fácil que lo olvidara. Memorizó también los caracteres del otro hombre.

Kelly consultó su reloj. La 1.40. ¿Qué habían estado haciendo allí dentro? Recordó otras cosas que Pam le había contado. Probablemente una fiesta privada. Aquella chica, quienquiera que fuese, también albergaba probablemente fluidos o+, o- o AB en su cuerpo. Pero Kelly no estaba en condiciones de salvar a todo el mundo, y lo mejor que podía hacer para salvar a aquella chica no guardaba relación con liberarla directamente. Se relajó un poco y esperó. No quería que nadie relacionara sus movimientos con alguna otra cosa, pues cabía la posibilidad de que alguien le hubiera visto y de que incluso lo estuviera observando en aquellos momentos. En algunas casas había luz, por lo que continuó donde estaba otros treinta minutos, soportando la sed y el entumecimiento. Luego se incorporó y fue haciendo eses hasta la esquina. Pensó que había tenido mucho cuidado y su actuación había sido muy eficaz, por lo que ya era hora de que pasara a la segunda fase de su tarea nocturna. Ya era hora de entrar en acción.

Procuró andar por callejuelas y se movió despacio, haciendo eses de izquierda a derecha a lo largo de varias manzanas cual si fuera una sinuosa serpiente... Sonrió. Luego regresó a las calles principales, deteniéndose un instante para colocarse los guantes quirúrgicos que le había proporcionado Rosen. Pasó junto a varios camellos y sus ayudantes, buscando al que le interesaba. Su camino trazaba una búsqueda en zigzag, una serie de vueltas de noventa grados cuyo epicentro era el lugar donde había dejado aparcado su Volkswagen. Tenía que ser precavido como siempre, pero él era un cazador desconocido y sus presas no tenían idea de que lo eran e incluso se consideraban a sí mismos como duros depredadores. Tenían derecho a hacerse ilusiones.

Ya eran casi las tres cuando Kelly lo seleccionó. Un solitario, tal como Kelly solía llamarlos. No tenía ayudantes, tal vez porque era nuevo en el negocio y aún no había aprendido sus entresijos. No era muy mayor o, por lo menos, no lo parecía desde cuarenta metros de distancia, y estaba contando sus ganancias tras una noche de actividad. Tenía un bulto en la cadera derecha, indudablemente un arma de fuego, pero mantenía la cabeza inclinada. Estaba un poco en guardia. Al oír acercarse a Kelly, la cabeza se irguió y se volvió, dirigiéndole una breve mirada, pero en seguida perdió interés por la figura que se acercaba y

se dedicó a contar un fajo de billetes. La distancia se iba acortando.

Aquel mismo día, Kelly había ido a su embarcación a prepararse una nueva arma; utilizó el Scout porque no quería que se viese que tenía otro automóvil. Ahora, mientras se acercaba a Junior –todo el mundo tenía que tener un nombre aunque fuera por poco tiempo–, Kelly pasó la botella de vino de la mano derecha a la izquierda. A continuación su mano derecha tiró de la clavija del extremo de la porra que guardaba en el interior de su nueva chaqueta, sujeta a unas presillas de la prenda que en aquellos momentos llevaba desabrochada. Era una simple barra metálica de veintiséis centímetros de longitud con un silenciador atornillado en un extremo y el gatillo al otro extremo. La mano de Kelly la asió con firmeza mientras se acercaba a Junior.

La cabeza del camello se volvió con gesto de hastío. Probablemente tenía dificultades para contar y ahora intentaba ordenar los billetes según su valor. Quizá los pasos de Kelly habían turbado su concentración, o quizá era simplemente tonto, lo cual parecía más probable.

Kelly simuló tropezar y cayó en la acera, ofreciendo una imagen totalmente inofensiva. Mientras se levantaba, miró hacia atrás. No divisó ningún viandante y las únicas luces de automóvil que vio eran rojas, lo que significaba que se estaba alejando. Cuando volvió la cabeza, no vio más que a Junior, contando las ganancias de la noche antes de regresar a casa a tomar una última copa o lo que fuera.

Ahora ya se encontraba a tres metros y el camello le hacía tan poco caso como a un perro vagabundo. Kelly empezó a saborear el alborozo que se produce poco antes de saber que la cosa dará resultado y que el enemigo se encuentra en peligro mortal y no imagina que ha llegado su hora. El momento en que se siente circular la sangre y se sabe que el silencio está a punto de ser rasgado y se experimenta la maravillosa satisfacción de saber. La mano de Kelly se desplazó un poco mientras daba otro paso sin acercarse directamente al objetivo, como si se dispusiera a pasar por su lado y proseguir el camino. Los ojos de aquel bastardo lo miraron de nuevo un instante, para asegurarse. Con arrogancia, permaneció sin moverse, por supuesto, porque consideraba que la gente tenía que apartarse y rendirle pleitesía. Era el rey de la acera. Kelly no era más que un objeto para él, una simple cosa que ocupaba la calle, tan digna de interés como una mancha de gasolina en la calzada.

En la armada lo llamaban CPA, el punto que señalaba la menor distancia en línea recta a otro barco o punta de tierra. Allí el CPA era de un metro. Cuando ya se encontraba a medio paso de distancia, su mano derecha extrajo el arma de la chaqueta. Kelly giró sobre el pie izquierdo y adelantó el derecho, mientras su brazo derecho se extendía con el arma amartillada, respaldando toda la maniobra con los noventa y cinco kilos de peso de su masa corporal. El abultado extremo del arma se encajó por debajo del esternón del camello y Kelly disparó sin vacilar.

El sonido fue similar al de una caja de cartón cayendo sobre un suelo de parqué.

Pum. Simplemente eso. No sonó como un disparo porque todo el gas de la pólvora penetró junto con el proyectil en el cuerpo de Junior.

La ligera carga de perdigones, utilizada en las competiciones de tiro o en la caza de palomas, no hubiera conseguido más que lesionar a un hombre situado a quince metros de distancia, pero en contacto directo con el cuerpo valía tanto como una bala para cazar elefantes. La brutal fuerza del disparo le desalojó el aire de los pulmones, obligándole a abrir la boca con expresión de tonta sorpresa. Y ciertamente estaba sorprendido. Sus ojos se clavaron en los de Kelly. Junior todavía estaba vivo aunque su corazón ya había reventado como un balón y la parte inferior de sus pulmones estaba destrozada. Por suerte, no había orificio de salida. La trayectoria hacia arriba había agotado toda la energía del disparo dentro del pecho de la víctima y la fuerza de la detonación mantuvo erguido su cuerpo por un segundo, pero no más, aunque para Junior y Kelly el segundo representó varias horas. Luego, el cuerpo se desplomó como un edificio dinamitado. Se

oyó un extraño y profundo suspiro cuando la caída provocó la salida del aire y los gases por el orificio de entrada, y se percibió un acre olor de humo, sangre y carne chamuscada que

contaminó el aire circundante. Los ojos de Junior aún estaban abiertos y seguían mirando fijamente a Kelly, como si quisieran preguntarle algo. La boca abierta se estremeció hasta que, de pronto, cesaron todos los movimientos y la pregunta no formulada ni contestada se desvaneció para siempre. Kelly cogió el fajo de billetes y echó a andar calle arriba, alerta a algún posible peligro, pero no ocurrió nada. Al llegar a la esquina, bajó a la calzada e introdujo el cañón del arma en un charco para eliminar la sangre adherida. Después se volvió con andares de borracho y se dirigió hacia donde había dejado su coche. Cuarenta minutos más tarde, ya estaba de vuelta en su casa con ochocientos cuarenta dólares más y una bala menos.

-¿Y éste quién es? -preguntó Ryan.

-¿Quién hubiera imaginado que Bandanna acabaría así? -repuso el oficial uniformado, un experto patrullero de treinta dos años-. Huele a negocios sucios. Bueno, ya no.

Los ojos estaban todavía abiertos, lo cual era normal en las víctimas de asesinato, pero aquella muerte había sido muy traumática a pesar de que el cuerpo estaba sorprendentemente limpio. Tenía un orificio de entrada de más de dos centímetros rodeado por un negro anillo de aproximadamente un milímetro de grosor. Lo había provocado la pólvora y el diámetro del orificio correspondía sin duda a una escopeta de caza del 12. Más allá de la piel se observaba un orificio bastante parecido a una caja va-cía. O todos los órganos internos habían sido destruidos, o simplemente habían descendido por efecto de la gravedad, pues, tras la muerte, los músculos ya no pueden resistir la atracción de una tierra que pronto reclamará el cuerpo para sí. Era la primera vea que Emmet Ryan contemplaba el interior de un cadáver de aquella manera, como si fuera un maniquí.

-La causa de la muerte -observó el forense con su habitual ironía matinal- ha sido la total pulverización del corazón. Sólo podremos identificar el tejido cardíaco bajo el microscopio. Filete crudo, picado y condimentado -añadió, sacudiendo la cabeza.

-La herida es de contacto. El muy cabrón disparó a quemarropa.

-Indigestión terminal -dijo Douglas-. Dios mío, ni siquiera escupió sangre.

La ausencia de orificio de salida no había dejado sangre en la acera y, desde lejos, Bandanna parecía estar durmiendo, salvo por los exánimes ojos abiertos.

- No ha sido en el diafragma -explicó el forense, señalando el orificio de entrada-. Ha sido entre este punto y el corazón. Probablemente tiene todo el sistema respiratorio destruido. Nunca había visto una herida tan limpia. -Y eso que llevaba dieciséis años en el puesto-. Necesitaremos muchas fotografías. Esto es digno de figurar en un manual.

-¿Tenía experiencia en el negocio? -le preguntó Rvan al oficial uniformado.

- Lo bastante como para saber el riesgo que corría.

El teniente se agachó, rozando la cadera izquierda del cuerpo. -Aún lleva el arma,

-¿Algún conocido tal vez? -se preguntó Douglas-. Alguien a quien permitió aproximarse demasiado.

-Una escopeta de caza es bastante difícil de ocultar. Aunque tenga los cañones recortados. ¿Y a bocajarro?

Ryan se apartó para que el forense trabajase con comodidad.

-Las manos están limpias, no hay señales de forcejeo. Quienquiera que haya sido, se acercó sin despertar sospechas en nuestro amigo. -Douglas hizo una pausa-. Maldita sea, una escopeta de caza mete mucho ruido. ¿Nadie oyó nada?

-La hora de la muerte, entre las dos o las tres -calculó el forense, pues todavía no había rigor mortis.

-A esa hora las calles están desiertas -añadió Douglas-. Y una escopeta de caza hace un ruido espantoso.

Ryan rebuscó en los bolsillos de los pantalones. No había dinero. Miró alrededor. Detrás del cordón de la policía había unos quince curiosos. La diversión podría encontrarse en cualquier lugar y el interés que reflejaban sus rostros no era menos cínico ni menos auténtico

que el del forense.

-¿Doble cañón?-preguntó Ryan sin dirigirse a nadie en particular.

-No -contestó el forense-. Ha sido un arma de un solo cañón. De haber sido de dos, habría dejado una marca a la derecha o la izquierda del orificio de entrada, y la distribución de la pólvora habría sido distinta. Para disparar a bocajarro basta uno solo. O sea que el arma es de un solo cañón.

-Amén -convino Douglas-. Alguien está obrando en nombre de Dios. Tres camellos en dos días. Como sigamos así, Mark Charon se queda sin trabajo.

-Hoy no, Tom -dijo Ryan.

Uno más, petiso. Otro camello liquidado con gran precisión, pero no era el mismo tipo que se había cargado a Ju-Ju. Su modus operandi era distinto.

Otra ducha, otro afeitado, un poco más de ejercicio en el Chinquapin Park para reflexionar mientras corría. Ahora podía asociar un lugar y un rostro al automóvil. La misión estaba en marcha, pensó Kelly, girando a la derecha para enfilar la avenida Belvedere y cruzar la corriente antes de regresar por el otro lado y completar la tercera vuelta. Era un parque muy agradable. No tenía demasiados elementos de juego, pero eso permitía a los niños entretenerse a su aire, cosa que algunos estaban haciendo bajo la mirada de varias madres del barrio. Otras mujeres leían libros mientras sus bebés dormían en sus cochecitos. Unos niños estaban jugando a béisbol. De pronto, a uno de ellos se le escapó una pelota del guante y fue a parar al sendero de jogging. Al pasar, Kelly se inclinó aminorando el ritmo y le devolvió la pelota al niño, que le dio las gracias. Un niño más pequeño que jugaba con un disco de plástico se cruzó en el camino de Kelly, obligándole a desviarse por un momento bajo la mirada de embarazo de la madre, a la cual Kelly correspondió con un amistoso gesto de la mano y una sonrisa.

«Así es como tiene que ser», pensó. No muy distinto de su propia infancia en Indianápolis. El padre trabajando. La madre con los niños, porque es difícil ser una buena madre y trabajar fuera de casa, sobre todo cuando los hijos son pequeños. En caso de que las madres quisieran o tuvieran que trabajar, convenía que dejaran a sus hijos con una amiga de confianza para que los pequeños disfrutaran de sus vacaciones estivales en los espacios verdes y aprendieran a jugar a béisbol. Sin embargo, la sociedad aceptaba el hecho de que no era así para muchos. Todo aquello no se parecía en nada a su área de actuación, y los privilegios de que disfrutaban aquellos niños no hubieran tenido que ser tales, pues ¿cómo podía un niño crecer debidamente si no disponía de un ambiente como aquél?

Aquellos pensamientos eran muy peligrosos, se dijo Kelly. La lógica conclusión era intentar cambiar eI mundo, lo cual no estaba a su alcance. Qué lástima, pensó mientras terminaba el recorrido de cinco kilómetros con su habitual sensación de cansancio e iniciaba un paseo a pie antes de dirigirse a su coche para regresar a casa. Oyó las risas, los chillidos y las vehementes acusaciones de «Mentiroso» que proferían algunos niños contra otro que había quebrantado ciertas normas del béisbol que no comprendía, mientras otros discutían los pormenores de otros juegos, Subió a su coche, y pensó que él también era un mentiroso. Había quebrantado ciertas normas que comprendía plenamente, pero lo había hecho en nombre de la justicia o de lo que él consideraba justicia.

«¿Venganza?», se preguntó Kelly mientras cruzaba una calle.«vigilante» era la palabra que le vino a la mente. Procedía de vigiles, un término latino que se refería precisamente a los que vigilaban por las noches las calles de las ciudades y cuidaban sobre todo de que no se produjeran incendios, si él no recordaba mal sus clases de latín del Instituto San Ignacio. Tratándose de romanos, lo más probable era que también llevaran espadas. Se preguntó si las calles de la antigua Roma eran seguras, más seguras que las de esa ciudad. Tal vez sí, seguramente si la justicia romana era muy severa. No debía de resultar nada agradable morir crucificado. En el caso de ciertos delitos como el parricidio, la pena fijada por la ley era meter

al condenado en un saco de tela junto con un perro, un gallo y otro animal y arrojarlo al Tíber... no simplemente para que se ahogara sino para que, mientras se ahogara, fuera despedazado por los animales que pugnaban enloquecidos por salir del saco. Puede que el fuera un descendiente directo de aquella época, de un vigile, se dijo Kelly. En tal caso, se consoló, él no había quebrantado la ley. Los «vigilantes» de los textos de historia norteamericanos eran muy distintos de los que se describían en la prensa. Antes de que se organizaran los auténticos departamentos de policía, los ciudadanos patrullaban las calles y mantenían el orden mediante métodos expeditivos. ¿Tal como él estaba haciendo ahora?

Bueno, no, más bien no, reconoció Kelly, mientras aparcaba el vehículo. ¿Y qué si lo hiciera por venganza? Diez minutos más tarde, otra bolsa de la basura llena con prendas desechadas fue a parar al contenedor. Kelly disfrutó del placer de otra ducha antes de efectuar una llamada telefónica.

-Sala de enfermería, O'Toole.

-¿Sandy? Soy John. ¿Sigues saliendo a las tres?

- Tienes el don de la oportunidad -dijo Sandy, sonriendo desde el otro lado del mostrador-. El bendito coche se me ha vuelto a averiar. -«Y los taxis cuestan demasiado», pensó.

-¿Quieres que le eche un vistazo? -preguntó Kelly.

-Si eres tan amable...

- No te prometo nada -dijo Kelly-. Pero cobro barato.

-¿Cómo de barato? -preguntó Sandy, conociendo la respuesta.

-¿Una invitación a cenar? Puedes elegir el sitio.

-De acuerdo... pero...

-Pero todavía es demasiado pronto para nosotros. Sí, ya lo sé. Tu virtud no correrá peligro, te lo aseguro.

Sandy rió. Resultaba paradójico que aquel hombretón fuese tan formal y cortés. Sin embargo, ella sabía que podía fiarse de él y se sentía cansada de estar siempre sola. Tanto sí era demasiado pronto como si no, necesitaba un poco de compañía.

-A las tres y cuarto en la entrada principal.

-Llevaré una pulsera de paciente.

-De acuerdo. -Otra risa que sorprendió a una enfermera que pasaba por delante del mostrador con una bandeja de medicamentos-. De acuerdo, te he dicho que sí, ¿me oyes?

-De acuerdo. Hasta luego -dijo Kelly riéndose antes de colgar. Un poco de contacto humano sería bonito, pensó, encaminándose hacia la puerta.

Se dirigió a una zapatería donde adquirió un par de zapatos. Luego entró en cuatro zapaterías más y compró lo mismo, procurando que los zapatos no fuesen de la misma marca, pero, aun así, acabó con un par repetido. Sólo encontró dos marcas para este tipo de prendas y acabó con dos exactamente iguales que sólo diferían en la etiqueta. La preparación de diversos disfraces era más difícil de lo que parecía, pero era necesario no descuidar ningún detalle. De regreso a su apartamento -al que consideraba como su «casa», aunque sabía que no era así-, arrancó todas las etiquetas y luego se dirigió a la lavandería para pasar las prendas por un ciclo en caliente con mucha lejía junto con las restantes prendas de tono oscuro que había comprado en las secciones de ofertas. Sólo le quedaban tres conjuntos; tendría que comprarse más ropa. Frunció el ceño. Las compras le resultaban aburridas, sobre todo ahora que ya había desarrollado su plan operativo. Como la mayoría de hombres, Kelly aborrecía ir de compras y tanto más cuanto que sus acciones eran bastante monótonas. No obstante, su actividad era agotadora, tanto por la falta de sueño que suponía como por la implacable tensión que conllevaba. En realidad, su tarea no era precisamente rutinaria, ya que todo era peligroso y, por muy acostumbrado que estuviera, los riesgos y el estrés estaban ahí. En parte era bueno que así fuera, porque de este modo no se lo tomaba a la ligera, pero también era malo porque el estrés puede agotar a un hombre a través de una progresiva aceleración de las pulsaciones del corazón y un aumento de la presión sanguínea, lo que daba lugar a una

sensación de profundo cansancio. Procuraba compensarlo con el ejercicio, pero el dormir se estaba convirtiendo en un problema. En conjunto, no era peor que arrancar las malas hierbas cuando cursaba cursos de entrenamiento especial, pero ahora ya no era tan joven y la falta de apoyo y la ausencia de compañeros con quienes compartir el riesgo y desahogarse durante las horas de asueto se estaba cobrando su tributo. «Necesito dormir», pensó consultando su reloj. Encendió el televisor del dormitorio en el momento y sintonizó el noticiario del mediodía.

«Otro traficante de droga ha sido hallado muerto hoy en la zona oeste de Baltimore», anunció el presentador.

-Ya lo sé -replicó Kelly mientras cerraba los ojos para echar una cabezadita.

-Ésta es la historia -dijo un coronel de la Armada en Camp LeJeune, Carolina del Norte, mientras otro hacía exactamente lo mismo a la misma hora en Camp Pendleton, California-. Tenemos un encargo especial. Estamos seleccionando voluntarios procedentes exclusivamente de las Fuerzas de Reconocimiento. Necesitamos quince personas. Es peligroso e importante. Algo de lo que os enorgulleceréis de haber participado cuando todo termine. Se trata de una misión de dos a tres meses. Es lo único que puedo adelantaros.

Un grupo de unos setenta y cinco hombres, todos veteranos de combate y miembros de la unidad más exclusiva de la Armada, le escucharon sentados en sillas de duro respaldo. Eran marines de reconocimiento que inicialmente habían ingresado como voluntarios -allí no se reclutaba a nadie- para más tarde incorporarse a la élite de la élite. La representación de las minorías estaba ligeramente desproporcionada, pero eso sólo podía interesar a los sociólogos. Aquellos hombres, marines siempre y por encima de todo, eran tan parecidos entre sí como los uniformes verdes que vestían. Muchos exhibían cicatrices en el cuerpo, pues su labor era más arriesgada y exigente que la de los marines corrientes. Estaban especializados en ir en pequeños grupos, en buscar, encontrar y matar con un alto grado de preparación. Muchos eran tiradores de élite, capaces de acertar a una cabeza a una distancia de cuatrocientos metros o a un torax a más de mil, siempre que el blanco tuviera el detalle de estarse quieto durante el par de segundos en que la bala cubría aquella larga distancia. Eran auténticos cazadores. Algunos sufrían pesadillas a causa de las misiones que realizaban, pero ninguno sería jamás víctima del síndrome de estrés retardado, porque se consideraban a sí mismos depredadores, no presas, y porque los leones no conocen tales sentimientos.

Pero también eran hombres. Más de la mitad tenía esposa y/o hijos que esperaban de vez en cuando su regreso a casa; los demás tenían novias y esperaban formar un hogar. Todos habían cumplido un turno de servicio de trece meses de duración. Muchos habían cumplido dos, y un puñado de ellos incluso tres servicios, pero ningún miembro de este último grupo se había ofrecido como voluntario para esta misión. Unos cuantos, tal vez la mayoría, quizá lo hubieran hecho de haber conocido la naturaleza de la misión, pues la llamada del deber estaba sólidamente arraigada en ellos, pero el deber puede asumir muchas formas y aquellos hombres consideraban que ya habían servido lo suficiente en una guerra y ahora su tarea consistía en adiestrar a los más jóvenes, transmitiéndoles las lecciones que a ellos les habían permitido regresar a casa sanos y salvos -aunque otros tan capacitados como ellos no lo habían logrado-. Ese era su deber para con la Armada, pensaban todos, contemplando al coronel del estrado mientras se preguntaban qué sería aquello, aunque no con suficiente curiosidad como para estar ciegamente dispuestos a poner en peligro sus vidas, tras haberlo hecho tantas veces. Algunos echaban ojeadas a derecha e izquierda, leyendo los rostros de los más jóvenes y adivinando en sus expresiones cuáles permanecerían en la sala y depositarían sus nombres en la gorra. Muchos lamentarían no haberse quedado, sabiendo que el hecho de no poder averiguar el contenido de aquella misión les dejaría para siempre una página en blanco en la conciencia... pero, pensando en sus mujeres e hijos, habían decidido abstenerse esta vez.

Transcurridos unos momentos, los hombres empezaron a retirarse. Unos veinticinco o treinta se quedaron para ofrecerse como voluntarios. Sus expedientes personales serían rápida

y minuciosamente analizados y quince de ellos serían seleccionadas al azar, pero en realidad no sería así: ciertas misiones especiales exigían cualidades especiales y el azar haría que algunos de los guerreros más hábiles fueran rechazados a causa de que sus apti tudes personales ya las cumplían otros voluntarios y que otros menos capacitados fueran aceptados porque llenaban un hueco. Así era el azar con que se enfrentaban los hombres uniformado, y todos lo aceptaban con resignación y entereza. Al término de la jornada. los hombres seleccionados sólo fueron informados del horario de salida. Los iban a trasladar en autocar, lo cual significaba que no irían muy lejos. Por lo menos de momento.

Kelly despertó a las dos y se aseó. Su compromiso de aquella tarde le exigía un aspecto presentable, por lo que se puso camisa, chaqueta y corbata. El cabello, que ya le estaba creciendo tras habérselo cortado al rape, necesitaba un recorte, pero ya era un poco tarde para eso. Eligió una corbata azul para combinar con la camisa blanca y la chaqueta azul y, con su aspecto de ejecutivo de ventas, se dirigió al Scout y saludó con la mano al administrador del edificio de apartamentos.

Aquel día la suerte le sonrió y consiguió una plaza de aparcamiento en la entrada del hospital. En el vestíbulo había una estatua de Cristo de cinco o seis metros de altura y benévola expresión, más propia de un hospital que de lo que Kelly había hecho apenas doce horas antes. Rodeó la estatua y se apartó de ella, pues no quería que aquello pesara sobre su conciencia precisamente en esos momentos.

Sandy O'Toole salió a las tres y doce minutos. Al verla aparecer por la puerta de roble, Kelly esbozó una sonrisa que se esfumó nada más contemplar su expresión. En seguida comprendió la razón: un cirujano de baja estatura y moreno, enfundado en un mono verde de quirófano, caminaba a su espalda con toda la rapidez que le permitían sus cortas piernas, hablándole a gritos. Kelly vaciló y contempló la escena con curiosidad, mientras Sandy se detenía y se volvía, tal vez cansada de correr o quizá para ceder a las exigencias del médico. Éste era un poco más bajo que Sandy, y hablaba tan atropelladamente que Kelly no entendía parte de sus palabras. Sandy le miraba a los ojos con semblante inexpresivo.

-El informe del incidente ya está archivado -dijo Sandy, aprovechando una breve interrupción.

-¡No tiene usted derecho a hacer eso!

Los ojos se encendieron de rabia en el oscuro y mofletudo rostro. Kelly se acercó un poco más.

-Sí, lo tengo, doctor. Su prescripción de medicación era incorrecta y yo soy la supervisora de enfermeras y estoy obligada a informar sobre los errores de medicación.

-¡Le ordeno que retire ese informe! ¡Las enfermeras no dan órdenes a los médicos!

Lo que siguió fue un lenguaje que a Kelly no le gustó, y tanto menos en presencia de la imagen de Cristo. El moreno rostro del médico se ensombreció mientras se inclinaba hacia Sandy y gritaba cada vez más. Pero Sandy no se inmutó ni se dejó intimidar, provocando con ello un recrudecimiento de la pataleta del médico.

-Perdón. -Kelly intervino en la disputa sin acercarse demasiado, lo justo para atraer la encolerizada mirada de Sandra O'Toole-. No sé de qué están discutiendo, pero, si usted es médico y la señorita enfermera, convendría que lo hicieran de una manera un poco más civilizada -sugirió en voz baja.

El médico fingió no haberle escuchado. Era la primera vez desde que tenía dieciséis años que alguien le humillaba en público. Kelly retrocedió para que Sandy resolviera la cuestión por su cuenta, pero el médico empezó a vociferar, pasando a un lenguaje incomprensible en el que se mezclaban insultos en inglés y en parsi. Sandy no cedió terreno y Kelly la miró con orgullo. La expresión de Sandy parecía cada vez más pétrea y su impasible mirada sin duda disimulaba el nerviosismo que sentía. Su férrea resistencia estaba minando los nervios del médico, el cual levantó la mano y siguió arreciando en sus imprecaciones. Se

detuvo tras llamarla «zorra bastarda». El puño que había sacudido amenazadoramente a un centímetro de la nariz de Sandy desapareció de pronto en la vellosa garra de Kelly.

- Perdone -dijo amablemente ¿hay alguien arriba que sepa arreglar una mano rota?

Kelly cerró sus dedos alrededor de la pequeña y delicada mano del cirujano y ejerció una leve presión.

En ese momento cruzó la puerta un guardia de seguridad, alertado por el alboroto. Los ojos angustiados del médico se desviaron hacia él.

- No tendrá ocasión de ayudarle, doctor. ¿Cuántos huesos tiene la mano, señor? -preguntó Kelly.

-Veintiocho -contestó atemorizado el médico.

-¿Quiere que los convirtamos en cincuenta y seis? -propuso Kelly, aumentando la presión.

Los ojos del médico contemplaron un rostro que no parecía enojado ni complacido, sino que simplemente le miraba como si fuera un objeto, hablándole con un tono cortés que no era más que una burlona expresión de superioridad. El cirujano comprendió inequívocamente que el hombre iba a cumplir su amenaza.

-Discúlpese ante la señorita -añadió Kelly.

-¡Yo no me rebajo ante las mujeres! -replicó el médico con voz sibilante.

Un poco más de presión le dibujó una mueca en el rostro. Con un poco más de fuerza, los huesos empezarían a romperse.

-Tiene usted muy malos modales, señor, y le queda poco tiempo para mejorarlos. -Kelly esbozó una sonrisa-. Discúlpese ahora mismo -le ordenó-. Si es tan amable.

- Discúlpeme, enfermera O'Toole -masculló el hombre.

La humillación era como una sangrante herida en su orgullo. Kelly le soltó la mano y cogió la tarjeta de identificación que el médico llevaba prendida en su bata quirúrgica. Leyó el nombre antes de mirarlo nuevamente.

- ¿Se siente un poco mejor, doctor Khofan? ¿Verdad que a partir de ahora ya no volverá a gritar a la señorita, por lo menos cuando ella tenga razón y usted esté equivocado? Y tampoco la volverá a amenazar bajo ningún concepto, ¿no es cierto? -Kelly no tuvo necesidad de explicar por qué tal cosa no sería conveniente.

El médico estaba flexionando los dedos para aliviar el dolor.

- De acuerdo -dijo el médico, sintiendo ganas de echar a correr.

Kelly volvió a coger su mano y se la estrechó con una sonrisa, apretándola levemente a modo de advertencia.

-Me alegro de que estemos de acuerdo, señor. Creo que ahora ya puede marcharse.

El doctor Khofan se marchó, pasando por delante del guarda de seguridad sin siquiera dirigirle una mirada. El guarda miró a Kelly, pero no pasó de ahí.

-¿Era necesario que lo hicieras? -preguntó Sandy.

-¿Qué quieres decir?

–Ya lo estaba resolviendo yo sola –dijo ella, dirigiéndose hacia la puerta.

– Sí, es cierto. ¿Qué ha ocurrido? –preguntó Kelly con tono pausado.

– Pues que prescribió una medicación equivocada a un anciano que es alérgico al medicamento, tal como consta en su historial –explicó Sandy, desahogando la tensión acumulada–. Hubiera podido causarle mucho daño al señor Johnston. Y no es la primera vez que ocurre. Esta vez el doctor Rosen podría despedirlo y él quiere quedarse. Además, no para de acosar a las enfermeras y eso no nos gusta. ¡Pero ya lo estaba resolviendo por mi cuenta!

–Pues entonces la próxima vez dejaré que te parta la nariz.

Pero no habría una próxima vez; lo había leído en la mirada del pequeño bastardo, por lo menos hasta que éste regresara al lugar de donde procedía.

–Y si lo hace, ¿qué? –preguntó Sandy.

–Pasará una temporada sin ejercer como cirujano. Mira, Sandy, no soporto que la gente se comporte así, ¿comprendes? No me gustan los matones, y menos que maltraten a las

mujeres.

–¿De veras puedes hacer daño a la gente?

Kelly abrió la puerta para cederle el paso.

–No, no muy a menudo. Habitualmente prestan atención a mis advertencias. Verás, si él te pega, tú sufrirás un daño y él también lo sufrirá. En cambio, de esta manera nadie sufre ningún daño como no sea tal vez el del orgullo herido, y de eso nadie ha muerto jamás.

Sandy prefirió no insistir en el tema. Estaba molesta porque Kelly le había plantado cara al médico –que no era muy buen cirujano y mostraba ligereza en la aplicación de las técnicas posoperatorias; sólo operaba pacientes de la beneficencia aquejados de pequeñas dolencias, pero no se trataba de eso: los pacientes de la beneficencia eran personas y las personas merecían el mejor trato que la ciencia médica pudiera dispensarles–. Khofan se había propasado y Sandy se alegraba de que Kelly la hubiera protegido, pero se sentía irritada por no haber podido bajarle ella sola los humos. Probablemente el informe del incidente acabaría con la negligente trayectoria de Khofan y las enfermeras de la unidad lo celebrarían. Las enfermeras de los hospitales, como los suboficiales de cualquier unidad militar, eran en el fondo las que llevaba todo el peso de la organización, por lo que era una insensatez que un médico intentara plantarles cara.

Sin embargo, Sandy había confirmado una cosa sobre Kelly. Aquella mirada terrible que había visto y no podía quitarse de la cabeza no había sido un espejismo. Mientras Kelly estrujaba la mano de Khofan, la expresión de su rostro había sido... inexpresiva. Sandy no había adivinado en su rostro ningún sentimiento, ni siquiera de regocijo ante la humillación de aquel medicucho y eso era lo que más la preocupaba.

–¿Qué le ocurre a tu coche? –preguntó Kelly, enfilando Broadway en dirección norte.

–Si lo supiera no lo tendría averiado.

–Sí, claro –dijo Kelly con una sonrisa.

«Es hábil –pensó Sandy–. Cambia a su antojo y según le conviene. Primero quiso arreglarlo con palabras razonables, pero después se mostró dispuesto a partirle la crisma. Así, sin más. Sin la menor emoción. Como si aplastara una cucaracha. Pero entonces, ¿qué clase de persona es? ¿Acaso perdió los estribos? No, probablemente no. Posee absoluto autodominio, ¿Un psicópata? Oh, sería terrible... pero no, no puede ser. En ese caso Sam y Sarah no serían amigos suyos, y ambos son médicos muy sensibles y considerados... Entonces, ¿qué?»

–He traído mi caja de herramientas. Se me dan muy bien los diesel. Aparte el numerito de nuestro amigo, ¿cómo ha ido el trabajo?

–Ha sido un día muy agradable –contestó Sandy, alegrándose de poder cambiar de tema–. Hemos dado el alta a una paciente que nos tenía muy preocupados. Una negrita de tres años que se cayó de la cuna. El doctor Rosen le hizo un trabajo estupendo y en un par de meses ni siquiera se notará que tuvo un accidente.

–Sam es buena persona –comentó Kelly–. Quiero decir que no solo es buen médico y buen profesor, eso es evidente... Pero además tiene clase.

–Sarah también.

«Buena persona es lo que hubiese dicho Tina», pensó ella.

-Una gran señora -convino Kelly asintiendo con la cabeza mientras giraba a la izquierda para enfilar North Avenue-. Hizo mucho por Pam -añadió irreflexivamente.

Sandy observó que la expresión de Kelly volvía a demudarse y se le petrificaban las facciones.

«El dolor jamás desaparece, ¿verdad?», se dijo Kelly. Volvió a ver mentalmente a Pam y, por un breve y cruel segundo, se engañó creyendo que iba sentada a su lado en el coche. Pero no era Pam. Sus manos apretaron el volante y los nudillos se le quedaron repentinamente blancos mientras trataba de apartar aquellos pensamientos que eran una especie de campo de minas. Entras inocentemente en ellos y descubres demasiado tarde el peligro que encierran. Sería mejor no poder recordar, pensó Kelly. Pero, sin los recuerdos buenos y malos, ¿qué era

la vida? Si olvidabas las cosas más significativas, ¿en qué te convertías? Y si no obrabas de conformidad con aquellos recuerdos, ¿qué valor tenía la

existencia?

Sandy lo leyó todo en su rostro. Kelly no siempre sabía disimular. «No eres un psicópata. Sientes dolor y los psicópatas no lo sienten. ¿Qué eres, entonces?»

XVIII. LA INTERFERENCIA

-Vuelve a hacerlo -le dijo a Sandy.

Cloc.

-Muy bien, ya lo tengo -dijo.

Se inclinó sobre el Plymouth Satellite de Sandy con las mangas arremangadas tras haberse quitado la chaqueta y la corbata. Tenía las manos perdidas tras haber pasado media hora trabajando.

-¿Lo has conseguido?

Sandy descendió del coche con las llaves en la mano, lo cual resultaba ridículo, pues el maldito trasto se negaba a ponerse en marcha. ¿Por qué no dejarlas puestas para que algún ladrón de automóviles se volviera loco?, se preguntó.

-Es el interruptor solenoide.

-¿Y eso qué es? -preguntó Sandy, acercándose para contemplar el pringoso misterio del motor.

-El contacto no proporciona toda la electricidad que necesita el arranque, por cuyo motivo dicho interruptor controla este otro de mayor tamaño. -Kelly lo señaló con una llave inglesa-. Activa un electroimán que entra en contacto con el interruptor grande, que es el que envía la electricidad al arranque del motor. ¿Me sigues?

-Creo que sí -contestó Sandy-. Me dijeron que tenía que cambiar la batería.

-Supongo que sabes que a los mecánicos les encanta...

- ¿Tomarles el pelo a las mujeres porque no tienen idea de coches? -dijo Sandy, completando la frase con una mueca.

-Algo así. Oye, tendrás que pagar algo de todos modos -dijo Kelly, rebuscando en su caja de herramientas.

- ¿De veras? -Voy demasiado sucio para llevarte a un restaurante. Tendre-

mos que comer aquí -contestó Kelly, desapareciendo debajo del vehículo con su blanca camisa y los pantalones de estambre. Un minuto después volvió a salir con las manos ennegrecidas-. Inténtalo.

Sandy subió y accionó el arranque. La batería estaba un poco

floja, pero el motor se puso en marcha. -Déjalo así para que se cargue.

- ¿Qué era? -Un cable flojo. Lo he tensado un poco. -Kelly se miró la

ropa e hizo una mueca. Sandy también la hizo-. Tienes que llevarlo al taller para que le pongan una arandela de seguridad en la tuerca. De ese modo no se volverá a aflojar.

- No era necesario que... -Mañana tienes que ir al hospital, ¿no? -dijo comprensivamente Kelly-. ¿Dónde puedo lavarme?

Sandy le acompañó al interior de la casa y le indicó el cuarto de baño.

- ¿Dónde aprendiste a arreglar automóviles averiados? -le preguntó Sandy, ofreciéndole un vaso de vino cuando Kelly regresó al salón.

- Mi padre era un mecánico de primera. No olvides que era bombero. Tuvo que aprender todas esas cosas y le encantaban. Lo aprendí todo de él. Gracias -añadió, brindando. No era muy aficionado al vino, pero reconocía que el sabor era muy

bueno.

- Ah, ¿sí?

- Murió estando yo en Vietnam, de un infarto, mientras se encontraba de servicio. Mi madre también murió, cáncer de hígado, cuando yo estudiaba en la universidad -explicó Kelly con la mayor indiferencia que pudo aparentar. El dolor se había suavizado un tanto-. Fue muy duro para mí. Papá y yo estábamos muy unidos. Era un fumador empedernido y probablemente eso lo mató. Yo entonces estaba enfermo de una infección contraída durante una misión y no pude regresar a casa. Por consiguiente, seguí en el hospital hasta que me puse mejor.

-Me extrañaba que nadie te visitara en el hospital -dijo Sandy, percatándose de lo solo que estaba John Kelly.

-Tengo un par de tíos y varios primos, pero no nos vemos demasiado.

Ahora todo estaba un poco más claro, pensó Sandy. Había perdido a su madre a una edad muy temprana y de una forma especialmente cruel y dolorosa. Probablemente siempre habría sido un mocetón inflexible y orgulloso, aunque incapaz de cambiar las cosas por sí mismo. Todas las mujeres de su vida le habían sido arrebatadas de una u otra manera: su madre, su mujer y su amante. Debía de albergar un profundo sentimiento. Y eso explicaba su actitud ante Khofan: había experimentado la necesidad de protegerla. Ella seguía pensando que hubiera podido resolver la situación sin ayuda, pero ahora lo comprendía todo un poco mejor. Además, Kelly no se acercaba demasiado a ella ni la desnudaba con los ojos, algo que Sandy no soportaba, aunque dejaba que los pacientes lo hicieran para contribuir a animarlos un poco. Kelly la trataba como a una amiga, tal como hubiera hecho uno de los oficiales amigos de Tim, mezclando la familiaridad con el respeto y viéndola antes como una persona y después como una mujer. Y eso a Sandra Manning O'Toole le encantaba. A pesar de su corpulencia y su dureza de carácter no había nada que temer de aquel hombre. Resultaba un poco raro pensar semejante cosa en los albores de una relación, en caso de que efectivamente se tratara de eso.

Un sordo rumor anunció la llegada del periódico de la tarde. Kelly fue a recogerlo y echó un vistazo a la prirnera plana antes de dejarlo sobre una mesita auxiliar. Uno de los artículos de la primera plana en aquel soñoliento día estival se refería al hallazgo de otro traficante de droga muerto. Sandy le vio leer los dos primeros párrafos.

El creciente control que ejercía Henry sobre el tráfico de drogas local permitía establecer casi con toda certeza que el muerto era uno de sus distantes colaboradores. Le conocía por su apodo callejero y en el artículo se mencionaba que su nombre era Lionel Hall. Henry no le había conocido personalmente, pero le habían dicho que Bandanna era un tío muy listo al que convenía tener en cuenta. Pero no lo había sido bastante, pensó Tucker. El ascenso hacia el éxito en aquel negocio era muy empinado y tenía peldaños muy resbaladizos. El proceso de selección era brutalmente darwiniano y Lionel Hall no había estado a la altura de las exigencias de su nueva profesión. Una pena, pero qué remedio. Henry se levanto del sillón y se desperezó. Se había despertado muy tarde porque dos días atrás se había hecho cargo nada menos que de quince kilos de «género», como se había acostumbrado a llamarlo. El recorrido de ida y vuelta en barco hasta el punto de recogida había sido agotador. Henry empezaba a cansarse de aquella tapadera; sin embargo, eso era peligroso y él lo sabía. Esta vez se había limitado a observar cómo hacían el trabajo sus hombres. Y dos nuevos hombres sabían más de la cuenta, pero él necesitaba gente que realizase aquellas tareas. Había personas de poca monta que, conscientes de serlo, sabían que sólo podían prosperar cumpliendo órdenes a rajatabla.

Las mujeres lo hacían mejor que los hombres. Éstos tenían más orgullo y lo alimentaban abrigando sueños de grandeza. Tarde o temprano alguno de los suyos se rebelaba y creaba problemas. En cambio, a las chicas podía intimidarlas más fácilmente y, por si fuera poco, disponía de sus cuerpos siempre que quisiera. Tucker esbozó una sonrisa.

Doris despertó a las cinco de la madrugada con la cabeza a punto de estallar a causa de los barbitúricos y el whisky que alguien le había proporcionado. El dolor le hizo recordar que tendría que vivir un día más y que la mezcla de medicamentos y alcohol no había surtido el efecto esperado cuando contemplaba el vaso, vacilaba y finalmente se bebía el contenido en presencia de los demás. Lo ocurrido tras tomarse el whisky y las pastillas lo recordaba muy vagamente y tan mezclado con otras noches similares que le resultaba difícil distinguir lo reciente de lo antiguo.

Ahora tenían más cuidado. Pam les había alertado al respecto. Doris se incorporó y contempló el grillete que le sujetaba el tobillo. El otro extremo estaba fijado a una cadena unida a una argolla de la pared. No se le ocurrió que podía intentar romperla. Una joven saludable lo hubiera conseguido con unas cuantas horas de denodados esfuerzos. Sin embargo, la huida equivalía a la muerte, una muerte especialmente dolorosa y prolongada. Por mucho que ella deseara escapar de aquella horrenda existencia de pesadilla, el dolor la acobardaba. Se levantó y la cadena chirrió. Poco después entró Rick.

-Hola, nena -dijo el joven, esbozando una sonrisa más de diversión que de afecto. Se inclinó, le quitó los grilletes y le señaló el cuarto de baño-. Toma una ducha. La necesitas.

-¿Dónde aprendiste a preparar platos chinos? -preguntó Kelly.

- Me enseñó una enfermera con quien trabajé el año pasado. Nancy Wu. Ahora da clases en la Universidad de Virginia. ¿Te gusta?

- Desde luego.

Si la distancia más corta hasta el corazón del hombre pasa por el estómago, uno de los mejores cumplidos que puede hacerle un hombre a una mujer es repetir la comida. No bebió más de un vaso de vino, pero engulló la comida tan ávidamente como le permitía la buena educación.

-No exageres -dijo Sandv, ansiosa de recibir otro cumplido. -Es mucho mejor que lo que yo me preparo, pero si piensas escribir un libro de cocina, necesitas a alguien con mejor gusto.

-Kelly levantó la vista del plato-. Una vez estuve una semana en Taipeh y esto es casi tan bueno como lo que comí allí.

-¿Y para qué fuiste allí?

-Unas vacaciones por haber resultado herido -explicó Kelly escuetamente. No todo lo que él y sus amigos habían hecho se podía explicar a una señora. De pronto, se dio cuenta de que ya había dicho demasiado.

-Eso es lo que Tim y yo teníamos previsto. Nos reuniríamos en Hawai, pero... -Sandy se interrumpió.

Kelly deseó alargar el brazo y tomar su mano para consolarla, pero temía que ella lo considerara una insinuación.

-Ya lo sé, Sandy. Bien, ¿qué más sabes guisar?

-Muchas cosas. Nancy estuvo cuatro meses conmigo y me hacía cocinar cada día. Es una profesora estupenda.

- Lo creo. -Kelly rebañó el plato-. ¿Qué horario tienes?

-Suelo levantarme a las cinco y cuarto y salgo de casa poco después de las seis. Me gusta llegar al hospital media hora antes de que cambie el turno para poder comprobar el estado de los pacientes y prepararme para los nuevos ingresos de quirófano. Es una unidad de mucho ajetreo. ¿Y tú?

- Bueno, depende de lo que tenga que hacer. Cuando disparo...

- ¿Disparas? -preguntó Sandy, sorprendida.

-Explosivos, es mi especialidad. La planificación y organización lleva mucho tiempo. Por regla general tenemos varios ingenieros que se preocupan mucho y nos explican cómo

hacerlo. Olvidan que es mucho más fácil hacer estallar una cosa que prepararla. De todos modos, yo tengo mi método especial.

-¿Cuál es?

-Cuando trabajo en inmersión, hago estallar algunas cápsulas detonantes antes de efectuar los disparos de verdad. -Kelly soltó una risita-. Para asustar a los peces.

Sandy le miró, perpleja.

-Ah, ¿para alejarlos y no hacerles daño?

- Exacto. Es un capricho personal.

Otro detalle. Había matado en la guerra, había amenazado a un cirujano y a un guardia de seguridad, pero se tomaba la molestia de proteger a los peces.

- Eres un hombre muy raro.

Kelly asintió.

-No mato por placer. Antes era aficionado a la caza, pero lo dejé. Practico un poco la pesca, pero no con dinamita. Disparo las cápsulas a bastante distancia del objetivo... para que no resulte afectada la parte importante de mi trabajo. El ruido los asusta

y los induce a alejarse. ¿Para qué causarles un daño innecesario? -dijo Kelly.

Fue un gesto automático. Doris era un poco miope y las marcas parecían manchas de suciedad cuando el agua de la ducha le nublaba los ojos, pero no lo eran y no desaparecían aunque las frotara. Simplemente se desplazaban a otras zonas de su cuerpo según los caprichos de los hombres que se las provocaban. Las frotó con las manos y el dolor le hizo comprender que eran vestigios de las «fiestas» más recientes. El esfuerzo de lavarse era inútil. Sabía que jamás volvería a estar limpia. La ducha sólo era útil para eliminar el olor. Lo tenía claro incluso Rick, el más simpático de ellos, pensó Doris, contemplando el moretón que éste le había hecho, no tan doloroso como las magulladuras que solía causarle Billy.

Salió de la ducha y se secó. Era el único lugar ligeramente pasable de toda la estancia. Nadie se molestaba jamás en limpiar la pila o la taza del excusado, y el espejo estaba roto.

- Así estás mucho mejor -dijo Rick, ofreciéndole una pastilla.

- Gracias.

De esta manera comenzaba un nuevo día, con una pastilla de barbitúrico para distanciarla de la realidad y para que la vida le resultara si no cómoda por lo menos soportable. Justo lo mínimo. Con una pequeña ayuda de sus amigos, que se ocupaban de que ella pudiera resistir la realidad que ellos mismos creaban. Doris se tragó la pastilla con un poco de agua, confiando en que le hiciera efecto en seguida. De este modo, se suavizaba el dolor y se establecía una distancia entre su persona y su propio yo. Antes, la distancia era tan grande que la vista no podía abarcarla, pero ya no. Contempló el sonriente rostro de Rick.

-Tú sabes que te quiero, nena -dijo éste alargando la mano para acariciarla.

Una débil sonrisa al sentir el roce de su mano. -Sí.

-Esta noche habrá una fiesta especial, Doris. Vendrá Henry.

Clic. A Kelly casi le pareció oír el sonido al descender del Volkswagen, a cuatro manzanas de la casa de piedra arenisca de la esquina, pasando de una personalidad a otra. Entrar en la «selva» se estaba convirtiendo en una tarea rutinaria. Había logrado alcanzar un nivel de serenidad que aquella noche resultaba especialmente patente. Lo atribuyó a la comida, la primera que compartía con otro ser humano en... ¿cuánto tiempo? ¿Cinco, seis semanas? Regresó a lo suyo.

Se situó al otro lado del cruce, pegado a unos peldaños de mármol bajo cuya sombra podía ocultarse para aguardar la llegada del Roadrunner. De vez en cuando levantaba la botella de vino -esta vez era de vino tinto, no blanco como la primera- y simulaba echar un trago mientras sus ojos escudriñaban incesantemente las aceras y las ventanas de la casa.

Algunos automóviles ya le eran familiares. Vio el Kharman-Ghia negro que había intervenido en el episodio que desembocó en la muerte de Pam. Observó que el conductor llevaba bigote y tenía aproximadamente su edad. Le vio recorriendo la calle en busca de su conexión y, por un instante, se le heló la sangre al recordar el desastre provocado por su imprudente maniobra. Deseó cobrarse una venganza que pareciera un accidente o la obra de algún gamberro, pero no hubiera sido justo vengar un accidente. Se preguntó qué problema tendría aquel hombre que, para aliviar su congoja, tenía que trasladarse desde su casa hasta aquel lugar, poniendo en peligro su integridad física y estropeando su vida con la droga. Además, con su dinero financiaba en cierto modo el tráfico de droga y daba lugar a un reguero de corrupción y destrucción. ¿Acaso no lo sabía? ¿Acaso no ignoraba el destino de su dinero?

Había otra cosa que Kelly procuraba ignorar. Allí había gente que intentaba vivir honradamente, gente que vivía de la beneficencia o que ejercía humildes oficios y corría constantes peligros y soñaba con mudarse a un lugar donde fuese posible llevar una existencia normal. Aquella gente se esforzaba en no prestar atención a los traficantes y, en su mezquina rectitud, tampoco prestaba atención a los vagabundos como Kelly, cosa que éste no le reprochaba. En semejante ambiente todos tenían que ocuparse de la

supervivencia personal. La conciencia social era un lujo que la mayoría de la gente no se podía permitir. Hay que disfrutar de una mínima y rudimentaria seguridad personal para poder echar mano del excedente y aplicarlo a los más necesitados... y además, ¿cuántos auténticos necesitados había por allí?

Algunas veces el ser un hombre constituía un placer incomparable, pensó Henry en el. cuarto de baño. El rechoncho cuerpo y el voluminoso busto de Doris tenían también sus encantos. María, la tontaina flacucha de Florida; Xantha, la más adicta y la que más quebraderos de cabeza le daba; y Roberta y Paula. Ninguna de ellas rebasaba demasiado la veintena y dos eran todavía adolescentes. Todas iguales y todas distintas. Se aplicó un poco de after-shave a la cara. Hubiera tenido que contar con una señora para su uso exclusivo, una mujer espectacular que pudiera exhibir y que los demás hombres le envidiasen. Pero eso era un poco arriesgado porque llamaba la atención. No, así estaba bien. Abandonó el cuarto de baño descansado y relajado. Doris todavía se encontraba allí semiinconsciente a causa de la sesión de sexo y las dos pastillas de premio, mirándole con una sonrisa que a él le resultaba aceptablemente respetuosa. Había emitido los correspondientes jadeos en los momentos oportunos y había hecho por iniciativa propia las cosas que a él le gustaban. A él no le importaba prepararse los tragos y le encantaban el silencio y la soledad, pero el silencio de una pobre idiota en la casa era algo terriblemente aburrido. Tuvo la delicadeza de inclinarse y acercarle un dedo a los labios para que ella lo besara, mirándole con los ojos extraviados.

-Que duerma un rato -le dijo Henry a Billy al salir.

-Muy bien. De todos modos, esta noche tengo que hacer un servicio -le recordó Billy.

-Ah, ¿sí?

Todavía bajo los efectos de los placenteros momentos que acababa de vivir, Tucker lo había olvidado. Henry Tucker también era humano, o al menos eso creía,

-Anoche a Little Man le faltaron mil pavos. Hice la vista gorda porque fue la primera vez y el tío dijo que se había equivocado en las cuentas. La multa son cinco de los grandes, ¿no es así?

Tucker asintió con la cabeza. Little Man siempre se había mostrado respetuoso y era la primera vez que cometía un error.

-Hazle saber que un error es lo máximo que tolera la casa.

-Sí, señor -dijo Billy.

-Y procura que no se corra la voz.

Ahí estaba el problema. En realidad los problemas eran varios, pensó Tucker. En primer

lugar, los camellos eran unos miserables estúpidos cegados por la codicia. No comprendían que un trabajo satisfactorio equivalía a unas ganancias regulares, lo cual redundaba en beneficio de todos. Pero los camellos eran delincuentes que no sabían pensar y actuar como hombres de negocios... y eso no tenía vuelta de hoja. De vez en cuando, alguno de ellos moría de un navajazo a raíz de una pelea callejera. Otros eran tan necios como para comerciar por su propia cuenta; a esos Henry procuraba quitárselos de encima. De vez en cuando, algunos forzaban los límites y se embolsaban unos cientos de dólares, cuando trabajando correctamente hubieran podido ganar una cantidad muy superior. Tales casos sólo tenían un remedio y Henry los había utilizado como carnaza para la policía. Seguramente Little Man había dicho la verdad. Su disposición a pagar la elevada multa lo demostraba, como también lo demostraba el hecho de que valoraba los suministros regulares, que habían ido aumentando en los últimos meses. Billy sabía que, en los meses sucesivos, tendrían que vigilar muy de cerca a Little Man.

Lo que más fastidiaba a Tucker era ocuparse personalmente de nimiedades tales como los errores de contabilidad de Little Man. Sabía que aquella situación era transitoria, una consecuencia del natural proceso de transición de vendedor local de poca monta a importante distribuidor. Tendría que empezar a delegar su autoridad en otras personas y permitir, por ejemplo, que Billy asumiera mayor responsabilidad. Pero ¿estaba preparado para eso? Buena pregunta, pensó Henry, abandonando el edificio. Le entregó un billete de diez dólares al chico que había vigilado su coche. Billy tenía muy buena mano para controlar a las chicas. Era un tipo muy listo, originario de la región minera de Kentucky y

sin antecedentes penales. Ambicioso y buen trabajador en equipo. Quizá estaba preparado para subir un peldaño.

Por fin, pensó Kelly. Eran las 2.15 cuando apareció el Roadrunner tras una hora de espera. Se acurrucó en la sombra y echó un buen vistazo al hombre. Billy y su compinche. Riéndose de algo. El otro tropezó en los peldaños, a lo mejor porque llevaba unas copas de más; mientras caía, Kelly vio alrededor un revoloteo de papeles que debían de ser billetes de banco.

«¿Aquí es donde cuentan el dinero? -se preguntó Kelly-. Muy interesante.» Ambos hombres se agacharon para recoger los billetes y Billy le dio a su compañero una juguetona palmada en el hombro, diciéndole algo que Kelly no oyó desde la distancia de cincuenta metros a la que se encontraba.

A aquella hora de la noche los autobuses pasaban con una frecuencia de cuarenta y cinco minutos y su trayecto discurría a varias manzanas de distancia. Las patrullas de la policía eran tan regulares como las costumbres del barrio. A las ocho cesaba el tráfico, y a las nueve y media los habitantes de la zona abandonaban las calles, parapetándose detrás de puertas cerradas a triple llave y dando gracias a la Providencia de haber sobrevivido un día más mientras se estremecían al pensar en los peligros del día siguiente, y dejaban las calles enteramente en poder de los traficantes de droga, que permanecían por allí hasta las dos. Kelly ya lo había comprobado hacía tiempo, y había llegado a la conclusión de que ya sabía todo lo que necesitaba saber. Todavía quedaban algunas cuestiones que dependían del azar, pero eran inevitables y uno no podía preverlas sino sólo estar preparado. Las rutas alternativas de huida, la constante vigilancia y las armas eran la mejor defensa contra los imprevistos. Siempre había que dejar algo al azar y, por mucho que le molestara, Kelly tenía que aceptarlo como parte de su vida normal, aunque, en realidad, pensó divertido, nada de lo relacionado con su misión era normal.

Se levantó con gesto cansado y cruzó la calle dando bandazos en dirección a la casa de piedra arenisca. Observó que la puerta no estaba cerrada y que la placa de latón que había por encima del tirador estaba torcida. La imagen se le quedó grabada en la mente y, mientras caminaba, empezó a planificar su misión de la noche siguiente. Oyó de nuevo la voz de Billy

en las ventanas de arriba con un extraño acento muy poco melodioso. Una voz que va aborrecía y para la cual había trazado planes especiales. Por primera vez se encontraba cerca de uno de los asesinos de Pam. Probablemente de dos, pensó, pero semejante circunstancia no ejerció en él el efecto físico que esperaba. Su cuerpo se relajó. A ése ya le daría su merecido.

«Ya nos veremos, chicos», prometió. Era el gran salto hacia delante y ya no podía correr el riesgo de fallar, pensó Kelly, caminando sin apartar la vista de los dos camellos que se encontraban a unos trescientos metros de distancia y resultaban visibles gracias al recto trazado de la ancha calle.

Era una prueba más de pericia, tenía que estar seguro de sí mismo. Se dirigió hacia el norte sin cruzar la calle, pues de seguir un camino recto hasta ellos puede que se hubieran dado cuenta o, por lo menos, le hubieran mirado con curiosidad. Tenía que acercarse sin que le vieran. Mientras se aproximaba siguiendo un rumbo irregular, procuró que su cuerpo encorvado se confundiera con las fachadas y con los automóviles aparcados, y sólo se viera la inofensiva forma oscura de su cabeza. Al llegar a una manzana de distancia, cruzó la calle y aprovechó para echar un vistazo en todas direcciones. Afortunadamente aquellos tipos eran criaturas nocturnas, porque él también lo era. Girando a la izquierda, subió por la ancha acera puntuada por los blancos peldaños de las casas que tan útiles le resultaban para sus bamboleantes andares. Se detuvo un momento y se llevó la botella a los labios. «Mejor todavía -pensó en un renovado esfuerzo por acentuar su aspecto inofensivo-, voy a mear de cara a la calzada.»

-!Guarro! -exclamó una voz.

No se molestó en averiguar si ésta pertenecía a Big o a Little. La repugnancia que denotaba la palabra era más que suficiente. Era la clase de cosa que inducía a un hombre a apartar la mirada. Además, pensó Kelly, necesitaba mear de verdad.

Ambos eran más corpulentos que él. Big Bob, el camello, medía metro ochenta y cinco; y Little Bob, su ayudante, de metro ochenta y ocho, era un tipo musculoso, aunque ya estaba empezando a echar tripa. Ambos exhibían complexiones impresionantes, pensó Kelly, haciendo una rápida evaluación de su táctica. ¿Y si pasaba de largo y los dejaba en paz?

«No.»

Pero, al principio, pasó de largo. Little Bob estaba mirando al otro lado de la calle y Big Bob permanecía apoyado contra el edificio. Kelly trazó una línea imaginaria entre ambos y contó tres pasos antes de girar lentamente a la izquierda para no llamar la atención. Mientras, deslizó la mano derecha bajo la chaqueta. Al sacarla, empuñaba la Cok automática. La cogió con ambas manos. Centró la mirada en la línea blanca pintada sobre el silenciador en el momento de levantar el arma. Extendió los brazos para apuntar rápidamente contra el primer blanco. El ojo humano se siente atraído por el movimiento, especialmente de noche. Big Bob vio el movimiento y comprendió que ocurría algo, pero no supo qué. Su instinto no le había engañado y le pedía a gritos que entrara en acción. Demasiado tarde. Vio el arma y movió la mano hacia la suya propia en lugar de esquivar el tiro, cosa que tal vez hubiera retrasado su muerte.

La yema del dedo de Kelly apretó dos veces el gatillo, la primera para alcanzar el blanco y la segunda apenas su muñeca compensó el leve retroceso del convertidor del 45 al 22. Sin mover los pies, desvió mecánicamente los brazos hacia la derecha, colocando el arma en un plano horizontal con respecto a Little Bob, el cual, al ver caer a su jefe, ya había reaccionado y se disponía a extraer su arma. Lo intentó, pero no con la suficiente rapidez. El primer disparo de Kelly no fue muy bueno y apenas lo hirió. Pero el segundo le entró por la sien, rebotando en los huesos más gruesos del cráneo, y corrió por su interior como un hámster enjaulado. Little Bob cayó de bruces al suelo. Kelly se detuvo sólo lo suficiente para cerciorarse de que ambos estaban muertos. Después dio media vuelta y prosiguió su camino,

«Seis», pensó, acercándose a la esquina mientras su corazón se sosegaba después de la descarga de adrenalina y él enfundaba la pistola al lado de la navaja. Eran las 2.56 cuando Kelly abandonó el lugar.

Las cosas no empezaban muy bien, pensó el marine. El autocar se había averiado una vez y el «atajo» elegido por el chófer para compensar el tiempo perdido los había conducido directamente a un atasco. El autocar llegó a la base de Quantico poco después de las tres, y siguió a un jeep que lo condujo hasta su destino final. Al bajar, los marines se encontraron en un aislado cuartel medio ocupado por hombres que dormían como troncos y, a continuación, eligieron unos catres donde continuar el sueño ya iniciado en el autocar hasta que amaneciera, para lo cual ya faltaba muy poco. Por muy interesante, emocionante y peligrosa que fuera aquella misión, el comienzo era como el de un día cualquiera.

Se llamaba Virginia Charles y la noche no le estaba saliendo muy bien. Era una auxiliar de enfermería del St. Agnes Hospital, situado a escasos kilómetros de su domicilio, y había tenido que prolongar su turno por culpa del retraso de la compañera que la iba a sustituir y porque no quería dejar desatendida la parte de la sala que le estaba encomendada. Aunque llevaba ocho años trabajando en aquel mismo turno del hospital, no sabía que el horario de los autobuses cambiaba poco después de su hora de salida, por lo que, tras haber perdido un autobús, tuvo que esperar una eternidad la llegada del siguiente. Se apeó dos horas más tarde de lo habitual y se perdió el Tonight Show que veía religiosamente todos los días laborables. Tenía cuarenta años, estaba divorciada de un hombre que le había dado dos hijos –uno de ellos era un soldado que afortunadamente se encontraba en Alemania y no en Vietnam; el otro todavía estudiaba el bachillerato– y poco más. Su trabajo medio servil y medio profesional le había permitido mantener y educar bien a sus hijos y, como todas las madres, se preocupaba por sus compañías y por su futuro.

Al bajar del autobús se notó cansada y se preguntó una vez más por qué no había empleado una parte de sus ahorros en la compra de un coche. Pero entonces hubiera tenido que pagar el seguro y en casa tenía un hijo que hubiera gastado un montón de dinero en gasolina y le hubiera dado un motivo más de preocupación. Tal vez más adelante, cuando su segundo hijo hiciera el servicio militar y pudiera cursar los estudios universitarios que ella deseaba para él y jamás hubiera podido ofrecerle con sus propios medios.

Apuró el paso a pesar del cansancio que notaba en las piernas. El barrio había cambiado muchísimo. Había vivido toda su vida dentro de un radio de tres manzanas y recordaba que las calles eran seguras y que los vecinos eran amables e incluso podía ir a pie a la iglesia metodista episcopal Nueva Sión sin ningún temor en las pocas noches del miércoles que tenía libres. Se consoló pensando que se había ganado dos horas de fiesta y miró a su alrededor, temiendo tropezar con algún peligro. Su casa estaba a sólo tres manzanas. Caminaba rápido, fumando un cigarrillo para serenarse. Dos veces la habían atracado el año anterior los drogadictos que necesitaban dinero para costearse su hábito y lo único positivo que había sacado de ello había sido la lección práctica que les había podido ofrecer a sus hijos. No le había salido muy caro desde el punto de vista monetario. Virginia Charles sólo llevaba encima el dinero necesario para el autobús y la cena en la cafetería del hospital. El asalto a su dignidad había sido lo más doloroso, aunque no tan doloroso como los recuerdos de tiempos mejores de un barrio habitado por ciudadanos respetuosos de la ley y el orden. Sólo una manzana más, pensó, doblando la esquina.

–Oye, nena, ¿tienes un dólar? –dijo una voz a su espalda.

Ya había visto la sombra y había seguido adelante sin darse la vuelta, confiando en que tuvieran la bondad de dejarla en paz, pero tal posibilidad era cada vez más insólita. Siguió caminando con la cabeza gacha y pensó que no había muchos gamberros capaces de atacar a una mujer por la espalda. Una mano sobre su hombro desmintió semejante suposición.

–Dame el dinero, zorra –dijo la voz.

No parecía una voz enojada. Era una simple orden que definía las nuevas reglas de la

calle.

–No tengo suficiente, chico –contestó Virginia Charles, alzando los hombros sin volverse, pues le constaba que el movimiento era más seguro que la inmovilidad.

Entonces oyó un clic.

–Te voy a rajar –dijo la voz.

El sonido la asustó. Se detuvo, musitó en voz baja una oración y abrió el bolso. Después, se volvió muy despacio, más enfurecida que asustada. Pocos años atrás, si hubiera gritado, los vecinos quizá hubieran salido a mirar y hubieran puesto en fuga al agresor. Ahora le vio. Era un chico de apenas 17 o 18 años en cuyos ojos se reflejaban los efectos de la droga y la arrogancia de la superioridad. «De acuerdo –pensó–, le entregaré el dinero y me iré a casa.» Introdujo la mano en el bolso y sacó un billete de cinco dólares.

–¿Cinco dólares? –dijo el muchacho con tono despectivo–, Necesito más, so bruja. Suelta la pasta si no quieres que te raje.

Fue la mirada de sus ojos lo que más la asustó y le hizo perder el aplomo.

–¡Es todo lo que tengo! –repuso.

–Quiero más.

Kelly dobló la esquina a media manzana de su automóvil y empezó a relajarse. Vio a dos personas a menos de seis metros de su viejo Volkswagen; un destello de luz le hizo comprender que una de ellas empuñaba una navaja.

«¡Mierda!», juró.

Ya había tomado una decisión. No podía salvar a todo el mundo y no pensaba intentarlo. Impedir un atraco callejero hubiera podido ser divertido, algo muy bonito en una serie de televisión, pero él aspiraba a cosas más trascendentes. Sin embargo, no había previsto que el incidente se desarrollara al lado de su coche.

Se detuvo en seco y empezó a pensar con toda la rapidez que le permitió una nueva descarga de adrenalina. En caso de que ocurriera algo grave, la policía aparecería en un momento y permanecería horas en el lugar, y él había dejado un par de cadáveres a cuatrocientos metros de distancia... o tal vez menos, pues no había seguido una línea recta. Eso no sería nada bueno y no le quedaba mucho tiempo para tomar una decisión. De espaldas a él, el chico blandía la navaja y sujetaba a la mujer por el brazo. Era fácil disparar desde seis metros de distancia, incluso en la oscuridad, pero no con munición del calibre 22 y tanto menos habiendo una persona inocente de por medio. Vestía una especie de uniforme y debía de tener unos cuarenta años, pensó Kelly, acercándose. Fue entonces cuando las cosas se empezaron a torcer. El chico le hizo a la mujer un corte en el brazo y Kelly vio el rojo de la sangre bajo la luz de las farolas.

Cuando la navaja le hirió en el brazo, Virginia Charles emitió un jadeo y retrocedió instintivamente. El chico la cogió por la garganta y ella adivinó su intención de volver a herirla. Entonces vio a un hombre a unos cinco metros de distancia y trató de pedir socorro. Su gemido alertó al chico mientras ella clavaba los ojos en aquel hombre al que no acababa de distinguir.

El chico se volvió y vio a un borracho a unos tres metros de distancia. Su gesto desencajado se trocó en sonrisa displicente.

Mierda. Las cosas no estaban saliendo bien. Con la cabeza gacha, Kelly miró al chico e intuyó que no dominaba la situación.

–A lo mejor tú también tienes un poco de dinero, ¿verdad, tío? –preguntó el joven, intoxicado de arrogancia y de otra cosa mientras se acercaba al supuesto borracho.

Kelly no lo esperaba y se desconcertó. Intentó extraer el arma, pero el silenciador se le enganchó en el cinturón y el chico comprendió que su movimiento era un gesto de amenaza e inmediatamente se adelantó blandiendo la navaja. Ya no había tiempo de sacar la pistola. Kelly se detuvo y dio un paso atrás, enderezando la espalda.

A pesar de su agresividad, el atracador no era muy hábil. Su primera acometida fue extremadamente torpe y él mismo se sorprendió de que el borracho le esquivara tan

limpiamente y al punto le soltara un certero puñetazo en el plexo solar que lo dejó sin respiración. Lanzó varios navajazos a ciegas y empezó a doblarse sobre sí mismo. Kelly le cogió la ruano y le retorció el brazo, inclinándose sobre el cuerpo que estaba cayendo sobre la acera. Un crujido anunció la dislocación del hombro del chico pero Kelly siguió retorciéndole el brazo.

–¿Por qué no se va a casa, señora? –le dijo Kelly en voz baja a Virginia Charles, apartando el rostro para que ésta no distinguiera sus facciones.

La auxiliar de enfermería se agachó para recoger el billete de cinco dólares y se alejó sin decir nada. Kelly la miró de soslayo y vio que se sostenía el ensangrentado hombro izquierdo con la mano derecha, procurando no tambalearse. Se alegró de que no necesitara ayuda inmediata. Seguramente pediría una ambulancia. Kelly no podía solucionar todos los problemas. El atracador frustrado gemía con voz lastimera, pues el dolor del hombro ya empezaba a atravesar la espesa niebla protectora de la droga. Sin duda había visto la cara de Kelly con toda claridad.

«Mierda», pensó. Bueno, el muy bastardo había asaltado a una mujer y luego lo había atacado a él blandiendo una navaja; ambas cosas se podían considerar tentativas de homicidio. Probablemente no era la primera vez que lo hacía. Aquella noche había elegido mal el objetivo y el terreno de juego; y los errores se pagaban. Kelly tomó la navaja que el chico sostenía débilmente en su mano y se la clavó en la base del cráneo sin tomarse la molestia de extraerla.

En cuestión de un minuto, el Volkswvagen ya se encontraba a media manzana de distancia.

«Siete», pensó, girando hacia el este.

«Mierda.»

XIX. COMPASIÓN ILIMITADA

La cosa se estaba convirtiendo en una costumbre como el café y la rosquilla que cada mañana tomaba en su dormitorio, pensó el teniente Ryan. Dos camellos muertos, ambos con un par de balas del calibre 22 alojadas en el cerebro, pero esta vez sin robo. No se habían encontrado casquillos ni señales de lucha. Un cuerpo tenía una mano en la culata del arma, pero ésta no había salido del bolsillo de su pantalón. Todo resultaba bastante raro. Estaba claro que la víctima había visto el peligro y había tratado de reaccionar. Después se había recibido otra llamada y él y Douglas se habían dirigido hacia allá dejando en el escenario del primer crimen a los investigadores más jóvenes. Les dijeron que el nuevo caso parecía interesante.

-Vaya -dijo Douglas, bajando del vehículo. No era muy normal ver una navaja clavada en la parte posterior de una cabeza y enhiesta en el aire como el poste de una valla-. Pues es verdad.

Los asesinatos más frecuentes en la ciudad solían ser de tipo doméstico. La gente mataba a otros miembros de la familia o a amigos íntimos por nimiedades. El día de Acción de Gracias un padre había matado a su hijo por un muslo de pavo. El crimen preferido de Ryan era un homicidio provocado por un pastel de cangrejo, no porque le hiciera gracia sino porque lo consideraba una hipérbole. En tales casos, los factores coadyuvantes eran el alcohol y unas vidas embrutecidas. Las discusiones más vulgares adquirían proporciones de tragedia. «No quise hacerlo», era la frase que más a menudo se oía después, seguida de alguna variación como «No sé por qué no se apartó un poco». La tristeza que le producían aquellos hechos era como un ácido que le corroía lentamente el alma. Y la similitud entre aquellos asesinatos era lo peor. El final de una vida humana no tenía que ser, a su juicio, una variación sobre un

mismo tema. La vida era demasiado valiosa como para eso, tal como él había aprendido en los sotos de Normandía y en los nevados bosques de las inmediaciones de Bastogne cuando era un joven paracaidista de la 101 División Aerotransportada. El típico asesino solía afirmar que no quería hacerlo, por regla general asumía la responsabilidad de lo ocurrido y se arrepentía profundamente de haber causado la muerte de un amigo o un familiar, lo cual significaba que el delito destruía no una vida sino dos. Eran crímenes pasionales o crímenes cometidos en un arrebato de locura. Pero aquél no entraba dentro de la misma categoría.

-¿Qué demonios le pasa al brazo? -preguntó el forense. Aparte las marcas de los pinchazos, el brazo estaba tan retorcido que miraba hacia el otro lado-. Parece que le descoyuntaron el hombro -añadió, tras examinarlo con más detenimiento-. Se observan magulladuras alrededor de la muñeca causadas por la fuerza de la presa. Le cogieron el brazo con ambas manos y por poco se lo arrancan como la rama de un árbol.

-¿Una llave de kárate? -preguntó Douglas.

-Algo así. Eso lo dejó indefenso. La causa de la muerte salta a la vista.

-Teniente -dijo un sargento uniformado-, ésta es Virginia Charles. Vive a una manzana de distancia, y tomó parte en los hechos.

-;Se encuentra mejor, señorita Charles? -preguntó Ryan.

Un auxiliar sanitario del cuerpo de bomberos examinaba el vendaje que ella misma se había aplicado en el hombro. Su hijo alumno de bachillerato del Instituto Dunbar, permanecía de pie a su lado, contemplando sin la mejor compasión a la víctima. En pocos minutos, Ryan consiguió reunir bastante información.

-¿Un vagabundo?-Un borracho, aquí está la botella que llevaba. Virginia la señaló. Douglas la recogió con cuidado.

-¿Nos lo puede describir? -preguntó el teniente Ryan.

La rutina era tan normal que hubiera podido estar en cualquiera de las bases de la Armada, desde Lejeune a Okinawa, con su decena diaria de ejercicios y una carrera en la que todos seguían el ritmo marcado por el oficial al mando. Les encantaba ver a las nuevas formaciones de subtenientes de curso básico de oficiales o a los jóvenes aspirantes de los cursos de verano de Quantico. Ocho kilómetros, pasando junto al campo de tiro de quinientos metros y otras instalaciones, todas bautizadas con nombres de marines muertos en acto de servicio, hasta casi llegar a la Academia del FBI. Después, en las inmediaciones de la carretera, daban la vuelta y cruzaban los bosques en dirección a la zona de adiestramiento. Los ejercicios matinales servían para recordarles que pertenecían a la Armada y la longitud de la carrera daba fe de su condición de marines de reconocimiento, obligados a mantenerse en impecable forma física. Les extrañó ver a un general esperándoles. Y más todavía un columpio colgado de la rama de un árbol.

-Bienvenidos a Quantíco -les dijo Marty Young en cuanto hubieron descansado un poco tras romper filas.

A un lado había dos oficiales de la Armada vestidos con impecables uniformes blancos y un par de civiles, observando y escuchando. Todos entornaron los ojos, súbitamente interesados por la misión.

-Es como en las fotografías del campo auténtico -comentó Cas en voz baja, mirando alrededor; ya conocían el tema de la conferencia-. ¿ A qué viene el aparcamiento?

-Ha sido idea mía -contestó Greer-. Iván tiene satélites espías. Los programas generales para las próximas seis semanas estan expuestos en el interior del edificio A. No sabemos qué calidad tienen sus cámaras y por tanto supongo que son tan buenas como las nuestras, ¿no te parece? Le muestras a Iván lo que le interesa ver o le facilitas la labor para que se lo imagine. Cualquier sitio de apariencia inofensiva tiene un aparcamiento.

Los ejercicios ya estaban organizados. Cada día los recién llegados moverían los vehículos al azar.

Hacia las diez sacarían los maniquíes de los vehículos y los distribuirían en las distintas instalaciones del campo de prácticas. Hacia las dos o las tres, los vehículos se volverían a cambiar de sitio y se modificaría la posición de los maniquíes. Suponían, con razón, que el ritual daría lugar a muchas bromas pesadas.

- Y, cuando todo termine, esto se convertirá en un campo de prácticas, ¿verdad? -preguntó Ritter, contestando él mismo a su propia pregunta-. ¿Por qué no? Buen trabajo, James.

- Gracias, Bob.

-A primera vista parece muy pequeño -dijo el vicealmirante Maxwell.

-Las dimensiones son exactas, con un margen de diferencia de unos ocho centímetros. Hicimos un poco de trampa -dijo Ritter-. Tenemos el manual soviético para la construcción de lugares así. El general Young ha hecho un buen trabajo.

- No hay cristales en las ventanas del edificio C -observó Podulski.

-Comprueba las fotos, Cas -sugirió Greer-. Faltan cristales en algunas ventanas. Aquel edificio sólo tiene alguna que otra persiana. Los barrotes están aquí -añadió, señalando el edificio B-. Son de madera para que más tarde se puedan desmontar. La disposición interior la hemos tenido que adivinar, pero tenemos algunos hombres que han estado prisioneros allí y reconstruimos el edificio siguiendo sus indicaciones. No nos lo hemos inventado del todo.

Tras haber averiguado algo más acerca de su misión, los marines empezaron a mirar con curiosidad en derredor. Ya conocían buena parte del plan y estaban aplicando sus lecciones de operaciones de combate en aquel perverso campo de prácticas con sus maniquíes. Granadas M-79 para hacer saltar por los aires las torres de vigilancia. Explosivos incendiarios Willie Pee a través de las ventanas de los edificios. Y después helicópteros de combate para arrasarlo todo... Las «esposas» y los «hijos» asistirían al ensayo y no se lo dirían a nadie, pues no eran más que maniquíes.

El lugar había sido cuidadosamente seleccionado por su similitud con otro lugar... pero no era necesario que los marines lo supieran. Unos ojos lo contemplarían todo desde una loma situada a un kilómetro de distancia. Tras el discurso de bienvenida, los hombres se dirigieron a unidades previamente establecidas para recoger sus armas. En lugar de fusiles M16AI, les entregaron metralletas CAR -15 más cortas y manejables y más idóneas para la lucha cuerpo a cuerpo. A los especialistas les entregaron lanza-granadas M-79 con las miras pintadas con tritio fluorescente y bolsas de bandolera llenas de pesados cartuchos de prácticas, pues el adiestramiento se iniciaría de inmediato. Empezarían de día para acostumbrarse, pero luego pasarían al trabajo nocturno, cosa que el general no había mencionado aunque todo el mundo lo suponía. Aquel tipo de trabajo sólo se realizaba de noche. Los hombres se dirigieron al campo de tiro más próximo para familiarizarse con el lugar. Ya les tenían preparados seis marcos de ventana. Los especialistas intercambiaron miradas y dispararon su primera descarga. Uno de ellos falló, para su gran bochorno. Los otros cinco se burlaron de él tras haber acertado sus disparos.

-Tranquilos, es que tengo que calentarme -dijo el cabo tras acertar cinco disparos en cuarenta segundos.

Su fallo inicial obedecía a que había pasado casi toda la noche sin dormir.

-¿Hay que ser muy fornido para hacer una cosa así? -preguntó Ryan.

-Desde luego, hay que serlo bastante -contestó el forense-. La navaja cortó la médula espinal y la muerte fue instantánea. -La víctima ya estaba lesionada. ¿Lo del hombro es tan grave como parece? -inquirió Douglas, apartándose a un lado para que el fotógrafo realizara su trabajo.

-Probablemente peor. Ya lo examinaremos con más detenimiento, pero apuesto a que toda la estructura ósea está destruida. Una lesión así no tiene arreglo. Su carrera estaba acabada antes incluso de que lo remataran con la navaja.

-Raza blanca, cuarenta años o más, cabello negro largo, bajo, desaliñado -leyó Ryan en sus notas-. Ya puede irse a casa, señora -añadió, dirigiéndose a Virginia Charles.

-La víctima aún vivía cuando ella se marchó -dijo Douglas, acercándose al teniente-. Fue entonces cuando debió de rematarlo. En las últimas semanas hemos visto cuatro asesinatos cometidos por expertos y seis fiambres.

-Pero cuatro modus operandi distintos. Dos tipos atados, robados y ejecutados con un revólver del 22 y sin señales de lucha. Uno con un disparo de escopeta en el vientre, también robado y sin señales de lucha. Los dos de anoche muertos probablemente con un revólver también del 22, pero no robados ni atados, y además se dieron cuenta antes de que los liquidaran. Todos eran camellos. En cambio éste no es más que un pobre

drogadicto de la calle. No nos sirve, Tom.

El teniente ya lo había pensado.

Tenemos sus datos?

-Un yonqui -contestó el sargento uniformado-. Seis detenciones por robo y sabe Dios qué otras cosas.

-No encaja -dijo Ryan-. No encaja con nada. Si realmente es tan listo, ¿por qué dejó que le vieran y que se fuera la mujer, y por qué le dirigió la palabra, y por qué se cargó a este tío? No encaja en ningún esquema.

En realidad no había esquema. Dos camellos habían sido ejecutados con un revólver del 22, pero ésta era el arma más habitual en la calle y, aunque dos de ellos habían sido robados, otros dos no habían sido objeto de ningún robo, y los dos últimos no habían sido ejecutados con la misma precisión a pesar de que ambos tenían un par de balas alojadas en la cabeza. El otro camello asesinado y robado había muerto por disparos de escopeta.

-Mira, tenemos el arma y la botella de vino y encontraremos huellas en alguno de estos objetos. Quienquiera que sea, está claro que no tomó demasiadas precauciones.

-¿Y si es un borracho con un arraigado sentido de la justicia, Em? -insistió Douglas-. El que ejecutó a este desgraciado...

-Sí, lo sabemos, no era un tipo muy hábil.

«Pero ¿quién era y qué demonios era?»

Menos mal que llevaba puestos los guantes, pensó Kelly, estudiando las magulladuras de su mano derecha. ¡Se había dejado arrastrar por la cólera y eso no había sido muestra de inteligencia! Recordó que la situación había sido muy difícil. En primer lugar, si hubiera permitido que mataran o hirieran a la mujer y se hubiera largado en su automóvil sin más, nunca se lo hubiera perdonado, y, en segundo lugar, en caso de que alguien hubiera visto su automóvil, sería sospechoso de asesinato. Hizo una mueca de desagrado. Ahora era un sospechoso de asesinato. Bueno, alguien tenía que serlo. Al regresar a casa, se miró al espejo sin quitarse la peluca. La mujer no había podido ver a John Kelly porque él llevaba barba y la cara tiznada bajo una larga y pringosa peluca. Su postura encorvada lo hacía parecer más bajo de lo que era y, además, la iluminación de la calle era muy escasa. Por lo demás, la mujer estaba deseando largarse. Pero había olvidado la botella de vino, que había soltado para esquivar la navaja.

-¡Idiota! -gritó Kelly, lanzando un insulto contra su propia imagen reflejada en el espejo.

¿Qué sabría la policía? La descripción física no podía ser muy precisa. Llevaba guantes quirúrgicos y, aunque tenía algunas magulladuras, los guantes no se habían roto ni él había sangrado. Y, lo más importante, no había tocado la botella de vino sin guantes, de eso estaba absolutamente seguro. La policía sabría que un vagabundo había acabado con aquel desgraciado, pero había muchos vagabundos y a él sólo le quedaba una noche. Tendría que modificar sus métodos operativos y la misión de esa noche sería más peligrosa de lo previsto. Su información sobre Billy era buena, pero cabía la posibilidad de que el canalla fuera lo bastante listo para alterar sus pautas. ¿Y si utilizaba casas distintas para contar el dinero, o utilizaba una sólo durante unas noches? De ser así, su vigilancia podía resultar inútil e

invalidar todos sus esfuerzos, obligándole a empezar desde el principio con un nuevo disfraz, siempre y cuando pudiera elegir algo que resultara igualmente efectivo, lo cual no era probable a corto plazo. Kelly pensó que ya había matado a seis personas para llegar hasta allí... y que la séptima había sido un error que no contaba, salvo tal vez para aquella mujer. Tenía que admitir que había procurado actuar de la mejor manera posible en una situación peligrosa. Eran cosas que ocurrían. El riesgo había aumentado, pero lo que más le preocupaba era la posibilidad de fracasar en la misión, no su seguridad personal. Ya era hora de que dejara de pensar en aquel asunto. Tenía otras responsabilidades. Kelly tomó el teléfono y marcó.

-Greer.

-Clark -dijo Kelly. Eso, por lo menos, seguía teniendo su gracia.

-Va usted con retraso -le dijo el contralmirante. La llamada tenía que realizarse antes del almuerzo y a Kelly se le revolvió el estómago al oír el reproche-. No ha ocurrido nada, acabo de regresar. Le necesitaremos muy pronto. La operación ya está en marcha.

«Vaya eficacia -pensó Kelly-. Maldita sea.»

-Muy bien, señor.

- Espero que se encuentre usted en forma. Dutch dice que sí -añadió James Greer con tono más amable.

- Creo que podré resistirlo, señor.

- ¿Ha estado alguna vez en Quantico?

-No.

- Lleve su embarcación. Allí hay un puerto deportivo y así tendremos un lugar donde charlar. El domingo por la mañana. A las diez en punto. Le estaremos esperando, señor Clark.

- Sí, señor.

Kelly oyó el click del teléfono.

El domingo por la mañana. No lo esperaba. Todo iba demasiado rápido y aquel factor externo aumentaba la urgencia de su otra misión. ¿Desde cuándo se movía el Gobierno con tanta rapidez? Cualquiera que fuera la razón, estaba claro que se movía y que ello afectaba directamente a Kelly.

-Me fastidia mucho, pero así trabajamos nosotros -dijo Grishanov.

-¿Tan atados están a su radar de tierra?

-Robin, se baraja incluso la posibilidad de que el oficial del control de intercepción dispare el misil desde su cabina en tierra.

La voz de Grishanov no pudo disimular una nota de desagrado_

-¡Pero entonces se convierte uno en un simple conductor! -exclamó Zacharias-. Tiene que confiar en sus pilotos.

«Tendría que dejar que este hombre hablara ante los miembros del estado mayor -pensó Grishanov con cierta tristeza-. A mí no me harán caso, pero puede que a él sí.» Sus compatriotas tenían en mucha estima las ideas y los métodos de los norteamericanos, por más que su propósito fuera combatir contra ellos y derrotarlos.

-Es una combinación de factores. Los nuevos regimientos se desplegarán a lo largo de la frontera china, ¿comprende? -¿Qué quiere decir?

-¿Acaso no lo sabía? Este año hemos combatido tres veces contra los chinos junto al río Amur y más hacia el oeste.

-¡Venga ya! -Aquello era demasiado increíble como para que el norteamericano se lo tragara-. ¡Pero si son ustedes aliados!

Grishanov soltó un bufido de desprecio.

-¿Aliados?, ¿amigos? Por fuera puede que sí. Es posible que los socialistas parezcan todos iguales. Amigo mío, llevamos muchos siglos batallando con los chinos. ¿Acaso no lee usted la historia? Apoyamos a Chiang contra Mao durante mucho tiempo... e incluso le adiestramos el ejército. Mao nos odia. Nosotros, como estúpidos, le facilitamos los reactores

nucleares y ahora ellos disponen de armamento nuclear, ¿y cree usted que sus misiles pueden alcanzar su país? Disponen de bombarderos Tu-16... Badgers los llaman ustedes, ¿verdad? ¿Pueden alcanzar los Estados Unidos?

Zacharias conocía la respuesta.

-No, por supuesto qué no.

-Pero pueden alcanzar Moscú, se lo aseguro, y transportan bombas nucleares de medio megatón. Ese es el motivo de que los escuadrones del MiG-25 se encuentren en la frontera china. A lo largo de ese eje no tenemos ninguna profundidad estratégica, Robin; ¡hemos librado auténticas batallas con esos bastardos amarillos, incluso con divisiones! El invierno pasado aplastamos su intento de apoderarse de una isla que nos pertenecía. Ellos atacaron primero, acabaron con un batallón de guardias fronterizos y mutilaron los cadáveres... ¿Por qué lo hicieron, Robin, por su cabello pelirrojo o porque tenían pecas? -preguntó Grishanov con amargura, citando al pie de la letra un encendido artículo del Estrella Roja. Para el ruso todo aquello era muy extraño. Estaba diciendo la verdad, pero resultaba más difícil convencer de ello a Zacharias que de cualquier mentira inteligente-. No somos aliados. Incluso hemos dejado de enviar armas por ferrocarril a ese país... ¡Los chinos roban los cargamentos en los mismos vagones que los transportan!

-¿Para utilizarlos contra ustedes?

-¿Contra quiénes si no, contra los indios? ¿Contra los del Tibet? Robin, esa gente no se parece para nada ni a usted ni a mí. No ven el mundo tal como nosotros lo vemos. Son como los nazis que mi padre combatió, se creen mejores que los demás... ¿Cómo lo llaman ustedes?

-¿La raza superior? -sugirió el americano.

-Exacto, sí. Lo creen así y a nosotros nos consideran animales, animales útiles, por supuesto, pero nos aborrecen y nos envidian. Quieren nuestro petróleo, nuestra madera y nuestro territorio.

-¿Cómo es posible que yo jamás haya sido informado de todo eso? -preguntó Zacharias.

-Mierda -contestó el ruso-. ¿Acaso las cosas son distintas en su país? Cuando Francia se retiró de la OTAN y les dijeron a ustedes que cerraran sus bases, ¿cree que nosotros fuimos informados de antemano? Yo entonces estaba destacado en Alemania y nadie se molestó en comunicarme lo que estaba ocurriendo. Robin, el concepto que tienen ustedes de nosotros es el mismo que nosotros tenemos de ustedes, un gran coloso; sin embargo, la política interna de su país es tan misteriosa para mí como lo es la nuestra para usted. Todo es un lío, pero le diré algo, amigo mío, mi nuevo escuadrón MiG tendrá su base entre China y Moscú. Se lo puedo indicar en un mapa.

Zacharias se apoyó contra la pared e hizo una mueca al sentir una nueva punzada en la espalda. Todo aquello le resultaba increíble.

-¿Todavía le duele, Robin?

-Sí.

-Tenga, amigo mío. -Grishanov le ofreció el botellín, que esta vez fue aceptado sin resistencia.

Zacharias bebió un buen trago.

-Cómo es el nuevo modelo?

-¿El MiG-25? Un auténtico cohete -contestó Grishanov con entusiasmo-. Probablemente no tan eficaz en los virajes corno el Thud de ustedes, pero en línea recta su velocidad es increíble y no hay avión de combate que se le pueda comparar. Cuatro misiles y el radar más potente que jamás se haya fabricado para un aparato de combate. No se puede perturbar.

-¿Alcance? -preguntó Zacharias.

-Unos cuarenta kilómetros -contestó el ruso-. Nos pareció preferible ceder un poco de alcance en favor de la fiabilidad. Intentamos conseguir ambas cosas, pero no fue posible.

-Eso también es muy difícil para nosotros -reconoció el americano, soltando un gruñido.

-Mire, yo no creo que vaya a estallar una guerra entre nuestros países. Se lo digo con

toda sinceridad. No tenemos apenas nada que a ustedes les interese. Lo que tenemos (recursos, espacio, territorio) ustedes lo tienen también. En cambio, los chinos necesitan todo eso y comparten una frontera con nosotros. Y, encima, nosotros les proporcionamos las armas que ellos utilizarán contra nosotros. ¡Y son muchos! Unos diablos pequeños y perversos como esos de aquí, pero su número es muy superior.

-¿Y qué piensan hacer ustedes?

Grishanov se encogió de hombros.

-Me pondré al mando de mi escuadrón. Elaboraré planes para defender la madre patria contra un ataque nuclear desde China. Pero aún no he decidido cómo lo haré.

-No es fácil. Conviene disponer de espacio y tiempo y de gente adecuada a la que poder adiestrar.

-Tenemos pilotos de bombardero, pero no se pueden comparar con los de ustedes. Dudo que pudiéramos colocar más de veinte bombarderos sobre su territorio. Las bases se hallan todas a dos mil kilómetros del lugar en que yo me encontraré. ¿Sabe usted lo que eso significa? Ni siquiera disponemos de gente para poder adiestrarnos...

-¿Quiere decir un equipo rojo?

-Nosotros lo llamaríamos equipo azul, Robin, como usted comprenderá -dijo Grishanov, soltando una risita, aunque en seguida recuperó la seriedad-. Sí, todo tendrá que ser teórico. Algunos aparatos de combate fingirán ser bombarderos, pero su autonomía es demasiado breve para poder hacer un ejercicio como es debido.

-¿Y todo eso es verdad?

-Robin, no espero que se fíe de mí. Sería demasiado. Usted lo sabe y yo también. Pregúntese usted mismo si cree de veras que su país entrará alguna vez en guerra contra el mío.

-Probablemente no -reconoció Zacharias.

-¿Le he preguntado yo algo sobre sus planes de guerra? Sí, no cabe duda de que realizan ejercicios teóricos interesantísimos y seguramente yo los consideraría juegos bélicos fascinantes, pero ¿le he preguntado yo algo acerca de ellos? -repitió Grishanov con tono de paciente maestro.

-No, Kolya, no lo ha hecho.

-Robin, no me preocupan los B-52. Me preocupan los bombarderos chinos. Esa es la guerra para la cual se está preparando mi país. -Grishanov contempló el suelo de hormigón y dio una calada al cigarrillo-. Recuerdo cuando tenía once años. Los ale-manes se encontraban a cien kilómetros de Moscú. Mi padre se incorporó a un regimiento integrado por profesores universitarios. La mitad de ellos no regresó. Mi madre y yo fuimos evacuados de la ciudad a una pequeña aldea cuyo nombre ni siquiera recuerdo porque entonces todo era muy confuso y estábamos muy preocupados por mi padre, un profesor de historia que conducía un camión. Perdimos veinte millones de ciudadanos a manos de los alemanes, Robin. Veinte millones. Murieron muchas personas que yo conocía... los padres de mis amigos. El padre de mi mujer murió en la guerra y dos tíos míos también. Cuando caminaba bajo la nieve con mi madre, me prometí a mí mismo que algún día defendería mi país y por eso ahora soy piloto de combate. Yo no invado ni ataco sino que defiendo.

¿Comprende, Robin? Mi misión es proteger mi país para que otros niños no tengan que huir de sus hogares en mitad del invierno. Algunos de mis compañeros de colegio murieron de frío. Por eso defiendo mi país. Los alemanes querían apoderarse de lo que era nuestro y ahora los chinos intentan hacer lo mismo. _Hizo un gesto en dirección a la puerta de la celda-. Gente como... como ésa.

Antes de que Zacharias hablara, Kolya comprendió que lo había convencido. Había pasado varios meses preparando aquel momento, pensó Grishanov, y había sido como seducir a una virgen, aunque mucho más triste. Aquel hombre jamás volvería a su hogar. Los vietnamitas estaban decididos a liquidar a aquellos hombres tan pronto como terminara su utilidad. Lástima de talento perdido, pensó, aborreciendo a sus presuntos aliados con un odio

tan auténtico como el que fingía sentir. A partir del momento en que llegó a Hanoi y comprobó su arrogante superioridad, su increíble crueldad y su estupidez, los aborrecía. El había conseguido con palabras amables y una botella de vodka mucho más de lo que habían conseguido aquellos torturadores con varios años de torturas. En lugar de causar dolor, él lo había compartido. En lugar de maltratar al prisionero, lo había tratado con gentileza, respetando sus cualidades, aliviando sus heridas en la medida de lo posible, evitándole otras nuevas y lamentando haber tenido que causarle la más reciente de ellas.

Sin embargo, todo tenía su reverso. Para obtener aquel resultado, había tenido que abrir su alma, contar historias auténticas, evocar las pesadillas de su infancia y reexaminar el verdadero motivo que lo había inducido a elegir aquella profesión que tanto amaba. Lo cual sólo había sido posible porque él sabía que el hombre que se sentaba a su lado estaba condenado a una solitaria e ignorada muerte -muerto ya para su familia y su país- y a una sepultura anónima. Aquel hombre no era un fascista ni un nazi. Era un enemigo, pero, al mismo tiempo, una persona honrada que probablemente había procurado evitar daños a la población civil, ya que él también tenía una familia. No creía en la superioridad racial y ni siquiera odiaba a los vietnamitas, lo cual era algo extraordinario, pues él, Grishanov, estaba aprendiendo a odiarlos. Zacharias no merecía morir, pensó Grishanov, consciente de la ironía que ello representaba. Kolya Grishanov y Robin Zacharias se habían hecho amigos.

-¿Qué opinas de todo eso? -preguntó Douglas, apoyado sobre el escritorio de Ryan.

La botella de vino estaba en una bolsa de plástico transparente y cuya superficie aparecía cubierta por una fina capa de polvo amarillento.

- ¿No hay huellas? -preguntó Emmet, examinándola con asombro.

- Ni una sola tiznadura, Em. Nada de nada.

A continuación fue examinada la navaja. Era una simple navaja de resorte, guardada también en una bolsa.

-Aquí hay unas tiznaduras.

- Una huella parcial del pulgar de la víctima. El departamento dice que sólo podemos utilizar las tiznaduras uniformes. O él mismo se clavó la navaja en la nuca o el sospechoso llevaba guantes.

Hacía mucho calor en aquella época del año para llevar guantes. Emmet Ryan se reclinó contra el respaldo del sillón, contemplando las pruebas esparcidas sobre su escritorio y después miró a Tom Douglas, sentado al otro lado.

-Sigue, Tom.

- Tenemos cuatro escenarios de seis víctimas. No se han encontrado pruebas. Cinco de las víctimas, en tres incidentes, eran camellos, pero hay dos modus operandi distintos. Sin testigos en ningún caso, todos aproximadamente a la misma hora del día y dentro de un radio de cinco manzanas.

- Trabajo de especialistas -dijo el teniente Ryan, asintiendo con la cabeza y cerrando los ojos para ver mentalmente los distintos escenarios de las muertes y establecer un nexo entre los datos. Con robo, sin robo y con modus operandi distintos. Pero en el último había un testigo. «Ya puede irse a casa, señora.» ¿Por qué había sido tan amable?, se preguntó Ryan, sacudiendo la cabeza-. La vida real no es una novela de Agatha Christie, Tom.

-¿Y el chico de hoy, Em? Dime qué método utilizó nuestro amigo para liquidarlo.

-Esta navaja... Llevaba mucho tiempo sin ver algo así. Debe de ser un tío muy fuerte. Vi una cosa parecida... allá por el año cincuenta y ocho o cincuenta y nueve. -Ryan hizo una pausa para recordar-. Creo que era un fontanero, un tipo muy corpulento que sorprendió a su mujer en la cama con alguien. Dejó que el hombre se fuera y después cogió un cortahielo, asió la cabeza de la mujer...

-Hay que estar muy furioso para hacer una cosa así, ¿no te parece? -dijo Douglas-. Es más fácil matar rebanando la garganta.

-Pero es más pringoso. Y se hace más ruido... -dijo Ryan, pensándolo.

Las personas con la garganta cortada armaban mucho barullo. Si le cortabas la tráquea, se producía un sonido espantoso, y, si no, la gente soltaba unos gritos horribles antes de morir. Y había que contar con la sangre que se escapaba a borbotones como de una manguera cortada y te ponía perdido. En cambio, si querías matar a alguien en un santiamén y tú eras fuerte y el otro ya estaba un poco maltrecho, la base del cráneo, en el punto donde la médula espinal se junta con el cerebro, era el lugar ideal para hacer un trabajo rápido, silencioso y relativamente limpio.

-Los dos camellos se encontraban a un par de manzanas de distancia y la hora de la muerte es casi la misma. Nuestro amigo los liquida, echa a andar, dobla una esquina y ve que alguien está atracando a la señora Charles.

El teniente Ryan sacudió la cabeza.

-¿Por qué no seguir adelante? Lo más lógico hubiera sido cruzar la calle. ¿Para qué meterse en camisa de once varas? ¿Un asesino con sentido de la justicia? -Allí era donde empezaba a fallar la teoría-. Y, si es un solo sujeto el que se está cargando a los camellos, ¿qué motivo tiene? Dejando aparte a los dos de anoche, el móvil parece ser el robo. Quizá con esos dos ocurrió algo que le impidió llevarse el dinero y la droga. ¿Un automóvil que bajaba por la calle tal vez, algún ruido? Si se trata de un ladrón, la cosa no encaja con lo de la señora Charles y su atracador. Todo eso no son más que conjeturas, Tom.

–¡Cuatro incidentes separados sin pruebas físicas, un tipo que lleva guantes... y un borracho que lleva guantes!

–No basta, Tom.

–Tendré que decirles a los del distrito Oeste que estrechen la vigilancia.

Ryan asintió.

Era la medianoche cuando salió de su apartamento. El barrio estaba tranquilo las noches de los días laborables. Los inquilinos del viejo edificio de apartamentos no se metían en los asuntos de los demás. Kelly sólo le había estrechado la mano al administrador. Unas corteses inclinaciones de cabeza y nada más. En el edificio no había niños sino sólo personas de mediana edad, casi todas casadas, y algún que otro viudo o soltero. La mayoría de inquilinos eran oficinistas, muchos de ellos iban en autobús a sus lugares de trabajo en el centro de la ciudad, miraban la televisión por la noche y se iban a la cama hacia las diez o las once. Kelly procuró no hacer ruido y bajó con el Volkswagen por el Loch Rayen Boulevard, pasando por delante de varias iglesias, complejos de apartamentos y el estadio municipal. Los barrios que atravesó iban bajando progresivamente de categoría –clase media, clase obrera y clase marginada– hasta llegar a los edificios comerciales del centro de la ciudad todavía cerrados. Repetiría su rutina de siempre, pero aquella noche sería distinta.

Sería la noche de su máximo triunfo. Correría un riesgo, pero eso era inevitable, se dijo Kelly mientras conducía. No le gustaban los guantes quirúrgicos. La goma le hacía sudar las manos y la sensación era muy desagradable. Sin embargo, la alternativa estaba absolutamente descartada. Recordó que en Vietnam había tenido que soportar muchas cosas que no le gustaban, por ejemplo, las sanguijuelas. Se estremecía de sólo pensar en ellas. Eran peores que las ratas. Por lo menos, las ratas no te chupaban la sangre.

Kelly decidió tomarse las cosas con calma, circulando alrededor de su objetivo casi al azar mientras estudiaba la situación. Mereció la pena. Vio a un par de policías conversando con un vagabundo, uno de ellos dos pasos atrás en una actitud aparentemente casual. Sin embargo, la distancia que mediaba entre ambos agentes le dijo a Kelly todo lo que necesitaba saber: uno de ellos estaba cubriendo al otro. El borracho misterioso debía de parecerles un individuo teóricamente peligroso.

«Te están buscando a ti, Johnny», pensó, y enfiló una nueva calle.

Sin embargo, los policías no iban a cambiar sus costumbres, ¿verdad? Vigilar y hablar

con los borrachos sería para ellos una tarea adicional durante unas noches, pero tenían cosas más importantes que hacer: atender las alarmas de atracos, las llamadas por disputas familiares e incluso las denuncias por infracciones del tráfico. No, el hostigamiento de los borrachos no era más que un pequeño detalle adicional en las normales pautas de las patrullas y Kelly se había tomado la molestia de averiguar cuáles eran aquellas pautas. Por consiguiente, el riesgo era en cierto modo previsible y Kelly pensaba que ya había agotado todo el cupo de mala suerte que pudiera corresponderle en aquella misión. Sólo una vez más y cambiaría de sistema. No sabía qué haría, pero, si todo salía bien, conseguiría la información que necesitaba.

«Gracias», le dijo a su destino al llegar a una manzana de distancia de la casa de piedra arenisca de la esquina. El Roadrunner estaba allí mismo y eso que todavía era temprano. Seguramente sería noche de cobro; la chica no estaría. Pasó por delante de la casa y siguió hasta la siguiente manzana antes de girar a la derecha, recorrer otra manzana y girar de nuevo a la derecha. Vio un coche de la policía y consultó su reloj. Llevaba un adelanto de cinco minutos sobre su horario normal. La siguiente patrulla no pasaría hasta dos horas más tarde, pensó Kelly mientras giraba otra vez a la derecha para dirigirse a la casa de la esquina. Aparco lo más cerca que se atrevió, bajó y se alejó de la casa hasta la siguiente manzana para ponerse el disfraz.

En aquella manzana había dos camellos independientes. Parecían un poco nerviosos. A lo mejor se estaba corriendo la voz, pensó Kelly y sonrió. Unos cuantos colegas suyos habían desaparecido y seguramente estaban preocupados. Le hizo gracia pensar en lo frágiles que eran sus vidas y en lo cerca que habían estado de la muerte sin que ellos lo supieran. Pero no tenía que distraerse con tonterías, se dijo, doblando otra esquina para dirigirse a su objetivo. Se detuvo y miró alrededor. Ya pasaba la una de la madrugada y se estaba instaurando la calma propia del término de cualquier jornada laboral, incluidas las de carácter ilegal. La actividad de la calle estaba disminuyendo, tal como él sabía gracias a las operaciones de vigilancia que había llevado a cabo. Kelly no vio nada raro en la calle mientras se dirigía hacia el sur pasando por entre las casas de piedra arenisca y los edificios de ladrillo de aquella calle. Tenía que concentrarse para caminar haciendo eses. Uno de los asesinos de Pam se encontraba ahora a unos cien metros de distancia. Y puede que hubiera dos. Kelly evocó de nuevo el semblante de Pam, su voz y su cuerpo. Su rostro se petrificó como una máscara, sus manos se cerraron en puño y sus piernas bajaron con paso decidido por la ancha acera, pero sólo por unos segundos. Después se le aclararon las ideas y respiró hondo cinco veces.

«La táctica», murmuró, aminorando la marcha y contemplando la casa de la esquina, situada a sólo treinta metros de distancia.

Bebió un buen trago de vino y dejó que le goteara por la pechera de la camisa. «Serpiente de Chicago, objetivo a la vista. En marcha.»

El centinela, o lo que fuera, se delató. La luz de las farolas iluminó el humo de cigarrillo que emergía de la puerta, revelándole a Kelly la posición exacta de su primer blanco. Se pasó la botella de vino a la mano izquierda y dobló los dedos de la derecha para calentar los músculos. Al llegar a la altura de los peldaños, tosió y tropezó con ellos. Después subió, sabiendo que la puerta estaba entornada, y cayó contra ella, desplomándose a los pies del hombre que había visto en compañía de Billy. La botella se rompió. Kelly empezó a gimotear mientras la mancha de vino se extendía por el suelo.

–Has tenido mala suerte, tío capullo –dijo una voz sorprendentemente amable–. Será mejor que te largues de aquí.

Kelly, a gatas, siguió gimoteando, tosió un poco más y volvió la cabeza para ver las piernas y los zapatos del hombre y confirmar su identidad.

–Vamos, tío.

Unas fuertes manos lo levantaron. Kelly dejó los brazos colando y desplazó uno de ellos hacia la espalda mientras el hombre lo levantaba. Se tambaleó y se volvió, casi sostenido en vilo por el hombre. Todas las semanas de adiestramiento, preparación y cuidadosa labor de

reconocimiento se reunieron en un solo instante.

La mano izquierda de Kelly golpeó violentamente el rostro del hombre y la derecha le clavó la navaja entre las costillas. Tenía los sentidos tan alerta que las yemas de sus dedos percibieron las pulsaciones del corazón, tratando de latir mientras la navaja de combate de dos filos lo rajaba por la mitad. Kelly retorció la hoja clavada mientras el cuerpo se estremecía. Los ojos del hombre miraron con expresión aterrorizada mientras las rodillas se doblaban. Kelly lo dejó caer muy despacio sin soltar la navaja. Esta vez quería saborear al máximo el placer. Había preparado minuciosamente aquel momento y no podía contener su emoción.

–¿Te acuerdas de Pam? –le musitó al moribundo.

Tuvo la satisfacción de ver una mirada de reconocimiento mezclada con una expresión de dolor antes de que los ojos se quedaran en blanco.

Serpiente.

Esperó y contó hasta sesenta antes de retirar la navaja y limpiar la hoja en la blanca pechera de la víctima. Era una navaja estupenda y no merecía mancharse con una sangre tan asquerosa.

Decidió descansar un momento y respiró hondo, pasando del júbilo de la sangrienta venganza a la satisfacción profesional del trabajo bien hecho. Había dado en el blanco que buscaba, el ayudante. El objetivo principal se encontraba en el piso de arriba. Todo se estaba desarrollando según lo previsto. Se concedió un minuto exacto para serenarse.

Los peldaños crujieron bajo el peso de sus pies. Atenuó el ruido pegándose a la pared, minimizando el crujir de las tablas de madera y moviéndose muy despacio con la mirada dirigida hacia arriba, pues abajo ya no había nada que temer. Había enfundado la navaja y ahora empuñaba en una mano su 45/22 con el silenciador enroscado mientras la otra se deslizaba por la agrietada pared de yeso.

En mitad de la escalera oyó unos sonidos que no eran los de la sangre circulando velozmente por sus arterias. Una palmada, un sollozo, un gemido. Distantes ruidos humanos, seguidos de una cruel risa apenas audible en el momento en que Kelly alcanzó el rellano y giró a la izquierda, hacia el lugar de donde procedían los sonidos. Rápida y afanosa respiración.

«¡Mierda!», pensó, pero ya no podía detenerse.

– Por favor...

El desesperado susurro hizo que Kelly empuñara con más fuerza la culata del arma. Avanzó lentamente por el pasillo de arriba, pegado a la pared. La luz del dormitorio principal iluminaba el pasillo. Era la luz de las farolas de la calle a través de los sucios cristales de las ventanas, pero los ojos de Kelly estaban acostumbrados a la oscuridad y vieron sombras en una pared.

– ¿Qué pasa, Doris? –preguntó una voz masculina en el momento en que Kelly apareció en el marco de la puerta.

En la habitación había una mujer arrodillada en un colchón y con la cabeza inclinada. Una mano le estaba sobando con violencia los pechos. Kelly observó que la boca de la mujer se abría en muda expresión de dolor y recordó la fotografía que el investigador le había mostrado. «Tú le hiciste eso a Pam, ¿no es cierto, maldito bastardo?» Un líquido blancuzco goteaba de la cara de la chica y el rostro que la miraba sonreía cuando Kelly entró en la estancia.

Su voz sonó relajada y casi cómica:

–Eso parece muy divertido. ¿Puedo jugar yo también?

Billy se volvió, contempló la sombra que acababa de hablar y vio un brazo extendido que empuñaba una enorme pistola automática. El rostro se volvió hacia un montón de ropa y una bolsa. Billy estaba desnudo y en la mano izquierda sostenía un extraño objeto. La ropa y la bolsa se encontraban a tres metros de distancia.

–Ni se te ocurra, Billy –dijo Kelly afablemente.

–¿Quién demonios...?

–Boca abajo y espatarrado, si no quieres que te arranque de un disparo esa mierda de polla que tienes. –Kelly rectificó la puntería. Era curioso que los hombres atribuyeran tanta importancia a aquel órgano y que fuera tan fácil intimidarlos con una simple amenaza a su integridad. Pero el cerebro era mucho más grande y, por consiguiente, un blanco mejor–. ¡Boca abajo!

Billy obedeció. Kelly empujó a la chica contra el colchón y se sacó del cinto un alambre con el que ató fuertemente las manos de Billy. La mano izquierda sostenía todavía unos alicates que Kelly utilizó para apretar un poco más el alambre, arrancándole a Billy un jadeo.

¿Alicates?

Menudo animal era ese Billy.

La chica le miraba con los ojos muy abiertos. Respiraba afanosamente, pero sus movimientos eran pausados y la cabeza estaba ladeada. La habían drogado. Y ella le había visto la cara y en aquellos momentos lo estaba mirando con interés.

«¿Por qué tenías que estar aquí? Esto no figuraba en el programa. Eres una complicación. Tendría que... tendría que...

»Si lo haces, John, ¿qué clase de basura serás? »¡Mierda!»

A Kelly empezaron a temblarle las manos. La situación era francamente complicada. Si dejaba vivir a la chica, lo describiría. Y esa descripción bastaría para que se iniciara una caza en toda regla, lo cual le impediría acabar su misión. Pero el mayor peligro lo corría su alma. Si mataba a la chica, estaría perdido para siempre. De eso estaba seguro. Kelly cerró los ojos y meneó la cabeza. Todo hubiera tenido que discurrir como la seda.

«Son fatalidades que ocurren de vez en cuando, Johnny.»

–Vístete –le ordenó a la chica, arrojándole unas prendas–. Ahora mismo, y no te muevas de ahí.

–¿Quién eres? –preguntó Billy, ofreciéndole a Kelly la oportunidad de desahogar la cólera que sentía.

–Como te atrevas a respirar te salto la tapa de los sesos, ¿entendido?

«¿Y ahora qué demonios hago?», se preguntó Kelly mirando a la chica, que trataba de ponerse las bragas. La luz le iluminó los

pechos y a Kelly se le revolvió el estómago al ver las marcas que tenían.

-Date prisa -le dijo.

«Maldita sea, maldita sea, maldita sea.» Kelly examinó el alambre de cobre que maniataba a Billy y decidió pasarle otra vuelta por los codos, haciéndole mucho daño y forzándole los hombros para que no ofreciera resistencia. Para redondear la cosa, levantó

a Billy por los brazos y le arrancó un grito de dolor.

-Duele un poco, ¿verdad? -le dijo, poniéndole una mordaza y empujándole hacia la puerta-. Camina. Y tú también -añadió, dirigiéndose a la chica.

Los condujo a la planta baja. En el suelo había vidrios rotos y los pies de Billy sufrieron algunos cortes. Lo que más sorprendió a Kelly fue la reacción de la chica al ver el cuerpo al pie de la escalera.

-¡Rick! -exclamó la chica, arrodillándose para acariciarlo.

«Tenía un nombre», pensó Kelly, e hizo levantar a la chica.

-Al fondo.

Los llevó hasta la cocina y se asomó a la puerta de atrás. Lo que venía a continuación sería muy peligroso, pero Kelly ya estaba acostumbrado al peligro. Los condujo fuera. La chica miró a Billy y éste la miró a ella, haciéndole indicaciones con los ojos. Kelly se extrañó al ver que la chica respondía a la silenciosa petición de su torturador. Asiéndola del brazo, la apartó a un lado.

-No se preocupe por él, señorita -dijo, señalando el automóvil mientras sujetaba a Billy.

Una voz le sugirió que, en caso de que la chica intentara ayudar a Billy, tendría una excusa para...

«¡No, maldita sea!»

Kelly abrió la portezuela del vehículo, obligó a Billy a subir y acomodó a la chica en el asiento delantero. Luego rodeó el coche y se sentó al volante. Antes de ponerse en marcha, ató con un cordón eléctrico las rodillas y los tobillos de Billy.

-¿Quién es usted? -preguntó la chica en cuanto el automóvil empezó a moverse.

-Un amigo -contestó Kelly-. No le haré daño. Si lo hubiera querido la habría dejado con Rick, ¿entiende?

Su respuesta fue chapurreada, pero aun así Kelly se sorprendió:

-¿Por qué le mató? Era bueno conmigo.

«Pero ¿qué demonios dice?», pensó Kelly, mirándola. Tenía el rostro lleno de magulladuras y el cabello enmarañado. Miró de nuevo la calle. Pasó un coche de la policía que seguramente se dirigía a atender una llamada. Kelly pegó un leve respingo, pero el

vehículo desapareció al doblar una esquina en dirección norte. «Piensa rápido, chico.»

Kelly podía hacer muchas cosas, pero sólo una de las alternativas le parecía realista. «¿Realista? -se preguntó-. Pues claro.»

No es normal oír sonar el timbre de la puerta a las tres de la madrugada. Al principio pensó que lo había soñado, pero, al abrir los ojos, creyó oír de nuevo el sonido. Aun así, debía de haberlo soñado, se dijo, sacudiendo la cabeza. Estaba a punto de volver a cerrar los ojos cuando el sonido se repitió. Se levantó, se puso una bata y bajó a la planta baja, demasiado desorientada como para sentir miedo. Vio una sombra en el porche y encendió la luz al abrir la puerta.

- ¡Apaga la maldita luz!

La áspera voz le era familiar, por lo que obedeció sin rechistar.

-¿Qué estás haciendo aquí?

A su lado había una chica con un aspecto espantoso.

- Llama y diles que estás indispuesta. Hoy no irás a trabajar. Cuidarás de ella. Se llama Doris -explicó Kelly con el tono autoritario propio de un cirujano en mitad de una complicada operación.

-¡Un momento! -Sandy puso los brazos en jarras mientras los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. Kelly llevaba una sucia peluca de mujer... Iba sin afeitar, vestía unas prendas horribles y sus ojos brillaban con un extraño fulgor. Estaba tan furioso que las manos le temblaban de rabia.

-¿Te acuerdas de Pam? -preguntó Kelly con tono apremiante.

-Sí, pero...

-Esta chica se encuentra en su misma situación. Yo no la puedo ayudar ahora. Tengo algo que hacer.

-¿Qué estás haciendo, John? -preguntó Sandy.

De pronto lo comprendió todo. Las noticias de la televisión que había visto mientras cenaba en la cocina; la mirada de Kelly en el hospital; la mirada que ahora tenía, tan parecida a la otra, pero al mismo tiempo tan distinta. La desesperada compasión y la confianza que ahora le pedía.

-Alguien le ha propinado una paliza, Sandy. Necesita ayuda. -John -dijo Sandy en un susurro-. John... estás depositando tu vida en mis manos...

Kelly soltó una carcajada que fue casi un irónico resoplido.

-Bueno, es que lo hiciste muy bien la otra vez, ¿te acuerdas? Empujó a Doris hacia la puerta y luego regresó al coche sin mirar hacia atrás.

-Me siento mareada -dijo Doris.

Sandy la acompañó al lavabo de la planta baja y llegó a tiempo al váter. La joven permaneció arrodillada un par de minutos, vaciando su estómago en la blanca taza de porcelana. Luego levantó los ojos. Bajo la luz de las bombillas reflejadas en los blancos azulejos de las paredes, Sandra O'Toole vio el rostro del infierno.

XX. DESPRESURIZACIÓN

Eran más de las cuatro cuando Kelly llegó al puerto deportivo. Dio marcha atrás con el Scout hasta el remolque de su embarcación y bajó para abrir la escotilla de carga, tras comprobar que no había fisgones en la oscuridad.

-Salta -le dijo a Billy, y éste obedeció.

Kelly lo empujó a bordo y lo condujo al compartimento principal. Una vez allí, sacó unas sólidas esposas marineras y le sujetó las muñecas a unas argollas de la cubierta. Diez minutos después, abandonó la bahía lanzando un suspiro de alivio.

Kelly estaba cansado. Sacar a Billy del Volkswagen y meterlo en el Scout le había costado más de lo previsto, y menos mal que no lo había visto el repartidor de los periódicos que dejaba los paquetes en las esquinas. Se acomodó en el asiento de la cabina de mandos, bebiendo café y estirando las piernas para que su cuerpo se recuperara un poco.

Había apagado las luces para navegar tranquilamente. A babor divisó una media docena de embarcaciones de carga fondeadas en la terminal marítima de Dundalk, pero apenas se observaba movimiento. En momentos como aquél, el mar siempre lo relajaba. No soplaba brisa y la superficie era como un ondulado espejo que danzaba con las luces de la orilla. Las luces verdes y rojas de las boyas parpadeaban, señalando la situación de los peligrosos bajíos. El Springer pasó por delante de Fort Carroll, un achaparrado octógono de piedra gris construido por el teniente Robert E. Lee del cuerpo de ingenieros del ejército de Estados Unidos, que hasta apenas sesenta años atrás había utilizado rifles de doce pulgadas. Los fuegos de tono anaranjado de la siderúrgica Betlehem de Sparrow's Point brillaban hacia el norte. Los remolcadores, con sus motores diesel rugiendo, empezaban a salir para ayudar a los barcos a abandonar sus fondeaderos o a atracar. La quietud resultaba reconfortante, tal como tenía que ser al comienzo de un nuevo día.

-¿Quién puñeta es usted? -preguntó Billy, zafándose de su mordaza. Tenía los brazos atados a la espalda, pero le habían quitado las ataduras de las piernas y estaba sentado en el suelo del compartimiento principal.

Kelly bebió un sorbo de café y dejó que sus cansados brazos se relajaran sin prestar atención a las palabras que oía a su espalda.

- ¡He dicho que quién puñeta es usted! -exclamó Billy.

Iba a ser un día muy caluroso. El cielo estaba despejado, no había nubes y sí muchas estrellas. No era probable que se desencadenara una tormenta, pero la temperatura exterior sólo había bajado a veintisiete grados, lo cual no presagiaba nada bueno cuando el ardiente sol de agosto lo iluminara todo con sus rayos.

- ¡Oiga, imbécil, quiero saber quién puñeta es usted!

Kelly se removió ligeramente en el ancho asiento mientras bebía otro sorbo de café. Su rumbo era uno-dos-uno, siguiendo como de costumbre el extremo sur del canal. Un remolcador brillantemente iluminado, que seguramente procedía de Norfolk, remolcaba un par de barcazas, pero la oscuridad impedía ver qué carga transportaban. Kelly observó que las luces estaban debidamente colocadas, lo cual complacería sin duda a la Guardia Costera, que no siempre estaba conforme con la actuación de los remolcadores de la zona. Kelly se preguntó qué clase de vida sería eso de remolcar barcazas en la bahía. Tenía que ser bastante aburrido pasarse el día haciendo siempre lo mismo, arriba y abajo, al norte y al sur, a una velocidad constante de seis nudos, contemplando siempre el mismo panorama. Pero el trabajo estaba bien remunerado, por supuesto. Un capitán, un segundo de a bordo, un ingeniero y un cocinero... tenía que haber un cocinero.)

quizá uno o dos marineros de cubierta. Kelly no estaba muy seguro. Todos cobraban los

sueldos fijados por el sindicato, y no estaban nada mal.

-Oiga, no sé qué coño ocurre, pero seguro que podemos arreglarlo.

Las maniobras debían de ser muy complicadas, sobre todo cuando soplaba viento y había que remolcar las barcazas hasta los fondeaderos. Pero aquel día no habría viento y el calor sería infernal. Kelly inició el viraje hacia el sur al pasar por delante de Bodkin Point y vio las luces rojas parpadeando en las torres del Bay Bridge de Annapolis. Los primeros resplandores del alba iluminaban el horizonte oriental. El espectáculo resultaba un poco triste. Las dos últimas horas que precedían al amanecer eran las mejores del día, pero muy pocos lo sabían apreciar. La gente casi nunca se enteraba de lo que ocurría alrededor. Kelly creyó ver algo, pero el cristal le entorpecía la visión, por lo que

abandonó la cabina de mando y salió a cubierta. Cogió sus prismáticos y el micrófono de su radio.

- Yate Springer llamando a patrullera cuarenta y uno, cambio.

- Aquí patrullera, Springer. Habla Portazgo. ¿Qué haces levantado tan temprano, Kelly? Cambio.

-Transportando mi mercancía por mar, Oreza. ¿Y tú qué excusa tienes? Cambio.

-Rescatando a marinos inexpertos como tú y entrenándome un poco para no perder la costumbre. Cambio.

-Me alegro, marinero. Si empujas esa especie de palanca hacia atrás, ésa que suele ser puntiaguda, podrás aumentar la velocidad. Y la parte puntiaguda sigue la misma dirección que tú trazas con el timón... ya sabes, girando a la izquierda para ir a la izquierda y a la derecha para ir a la derecha. Cambio.

Kelly oyó las risas a través del circuito de frecuencia modulada.

-Tomo nota, Springer, y pasaré la información a mi tripulación. Gracias por el consejo. Cambio.

Tras ocho horas de navegación, la tripulación de la patrullera 41 estaba agotada y apenas hacía nada. Oreza le encomendó el timón a un joven piloto y, apoyado en el mamparo de la cabina, bebió un sorbo de café mientras jugueteaba con el micrófono de la radio. 397

-¿Sabes una cosa, Springer? Esta clase de bromas no se las suelo aguantar a casi nadie. Cambio.

-Un buen marinero respeta a los que saben más que él, guardacostas. Oye, ¿es cierto que vuestras embarcaciones tienen ruedas en la quilla? Cambio.

- ¡Toma ya! -comentó uno de los nuevos aprendices.

- Negativo, Springer. Sacamos las ruedas de adiestramiento cuando los gilipollas de la Armada abandonan el astillero. No nos gusta que os mareéis con sólo mirarlas. Cambio.

Kelly soltó una carcajada y modificó el rumbo a babor para no acercarse demasiado a la pequeña embarcación.

- Me alegra saber que las aguas de nuestro país se encuentran en buenas manos, guardacostas, sobre todo los fines de semana.

-¡Ten cuidado, Springer, si no quieres que te envíe a un inspector!

-¿Así gastáis el dinero de mis impuestos?

-Me fastidia desperdiciarlo.

-Bueno, guardacostas, sólo quería asegurarme de que estabais despiertos.

- Te lo agradezco. La verdad es que nos habíamos quedado un poco dormidos. Menos mal que hay por ahí buenos profesionales que siempre nos echan una mano.

- Que los vientos te sean propicios, Oreza.

-Lo mismo te digo, Kelly. Cambio.

La frecuencia radiofónica empezó a registrar las habituales interferencias.

Mejor, pensó Kelly. No le hubiera hecho ninguna gracia que Oreza se acercara en aquellos momentos para hablar un rato cara a cara. Kelly dejó la radio y volvió a bajar. Ahora el horizonte oriental había adquirido un tinte rosa-anaranjado. Faltaban unos

diez minutos para que saliera el sol.

-¿Qué ha sido todo eso? -preguntó Billy.

Kelly volvió a llenarse la taza de café y comprobó el piloto automático. Hacía mucho calor y se quitó la camisa. Bajo la pálida luz del amanecer, las cicatrices de su espalda provocadas por aquella escopeta de caza con ocasión de la encerrona resultaban visibles. Se produjo un silencio puntuado por una respiración profunda.

-Tú eres...

Kelly se volvió y miró al hombre desnudo y encadenado. -Exacto.

-Yo te maté -añadió Billy. No se lo habían confirmado, pues Henry no lo consideró necesario.

-¿Tú crees? -dijo KelIy, apartando nuevamente la cara.

Uno de los motores diesel se estaba calentando más que el otro. Tomó nota de la necesidad de comprobar el sistema de refrigeración en cuanto hubiera resuelto los restantes asuntos que tenía entre manos. Por lo demás, la embarcación funcionaba como siempre, balanceándose sobre el casi inexistente oleaje y navegando a una velocidad de veinte nudos con la proa eficazmente levantada en un ángulo de unos quince grados. Volvió a desperezarse y a contraer los músculos para que Billy viera las cicatrices y lo que había debajo.

-Conque es eso... Ella nos contó sobre ti antes de que la liquidáramos.

Kelly examinó el tablero de instrumentos y estudió la carta mientras la embarcación se acercaba al Bay Bridge. Pronto pasaría al lado oriental del canal. Consultaba el reloj de la embarcación, que él consideraba un cronómetro, una vez cada minuto.

-Pam era una tía estupenda. Lo fue hasta el final -intentó Billy-. Pero no era muy lista.

Una vez superado el Bay Bridge, Kelly desconectó el piloto automático y viró diez grados a babor. No había mucho tráfico marítimo a aquella hora de la mañana, pero, aun así, tuvo cuidado antes de iniciar la maniobra. Unas luces de situación en el horizonte anunciaron el acercamiento de un buque mercante que probablemente se encontraba a media milla de distancia. Kelly hubiera podido encender el radar para comprobarlo, pero, dadas las condiciones meteorológicas, no era necesario.

-¿Te contó lo de las huellas de la pasión? -preguntó Billy con tono burlón.

No vio las manos de Kelly asiendo con fuerza el timón.

«Las marcas en los pechos parecen hechas con alicates corrientes», decía el informe del forense. Kelly se había aprendido de memoria todas las palabras de la seca fraseología médica con tanta precisión como si las hubiera grabado con un punzón de diamante en una plancha de acero. Se preguntó si los médicos habían experimentado lo mismo que él. Probablemente sí. Probablemente su rabia se ponía de manifiesto en el frío desinterés de sus notas. Los profesionales eran así.

-Ella habló, ¿sabes?, y nos lo contó todo. Cómo la elegiste, las fiestas a las que ibais. Todo eso se lo enseñamos nosotros, para que te enteres. ¡Estás en deuda con nosotros! Antes de escapar, folló con todos nosotros, tres o cuatro veces con cada uno, y apuesto a que eso no te lo dijo. Se pasó de lista. No imaginó que todos queríamos joder un poco más con ella.

«0+, o-, AB+», pensó Kelly. El grupo sanguíneo o era el más común, lo cual significaba que podían haber sido más de tres. Los signos + y - se referían a algo llamado factor Rh. Kelly sabía que a veces tenía importancia en las mujeres embarazadas, pero nada más. «¿Y tú de qué grupo sanguíneo eres, Billy?»

-No era más que una puta. Guapa, desde luego, pero una pequeña puta de mierda. Así murió, ¿sabes? Murió mientras follaba con un tío. La estrangulamos, pero ella siguió meneando el trasero hasta el momento en que la cara se le puso morada. Fue muy divertido -añadió Billy, esbozando una sonrisa que Kelly no quiso ver-. Yo también me divertí mucho con ella... ¡La follé tres veces, tío! Le hice daño, mucho daño, ¿me oyes?

Kelly abrió la boca para respirar hondo, evitando contraer los músculos. Se había levantado un poco de viento y la embarcación se balanceaba unos cinco grados a derecha e izquierda de la vertical, contribuyendo con su suave movimiento a serenar su espíritu.

- No sé a qué viene todo esto. No es más que una puta muerta y, encima, una puta drogadicta. Podríamos llegar a un acuerdo si no fueras tan idiota. En la casa había setenta de los grandes, memo. ¡Setenta de los grandes!

Billy desistió al ver que sus palabras no surtían efecto. Sin embargo, estaba seguro de que había conseguido sacarlo de quicio.

Así que agregó:

- Lo malo es que necesitaba drogarse. Si ella hubiera ido a otro sitio en busca de droga, jamás os hubiéramos visto. Tú también la cagaste, recuérdalo.

«Sí, lo recuerdo.»

-Fuiste un estúpido. ¿Es que no sabias que hay teléfonos? Pero cuando se nos estropeó el coche llamamnos a Burt, cogimos su coche y empezamos a circular por allí. Te vimos claramente en aquel jeep. Debías de estar loco por la chica.

«¿Teléfonos? ¿Algo tan simple había sido la causa de la muerte de Pam?», pensó Kelly. Esta vez contrajo los músculos. «Maldito idiota.» Encorvó los hombros un instante al percatarse de lo estúpido que había sido y de la inutilidad de su venganza. Pero, por muy inútiles que fueran sus esfuerzos, seguiría hasta el final, pensó, irguiendo el tronco en el asiento.

-Hay que ser tonto de remate para quedarse en el interior de un automóvil tan a la vista -añadió Billy al ver que sus comentarios empezaban a hacer mella. Tal vez ahora podría iniciar las negociaciones-. Me sorprende que estés vivo... y que conste que no fue nada de tipo personal. A lo mejor no sabías la clase de trabajo que ella nos hacía. Comprenderás que no podíamos soltarla con todo lo que sabía. Pero te lo puedo compensar. ¿Quieres que hagamos un trato?

-¿Os dijo que intentábamos comprar un poco de droga? ¿Eso fue lo que os dijo? -preguntó Kelly, clavando los ojos en los de Billy.

-Pues sí. -Billy empezó a relajarse y se quedó perplejo al ver que Kelly se echaba a llorar delante de él. A lo mejor, pensó, ahora era la ocasión de salir de su apuro-. Tranquilo, tío. Oye, de veras lo siento -dijo-. Tuviste mala suerte, admítelo.

«¿Mala suerte yo?» Kelly cerró los ojos a escasos centímetros del rostro de Billy. «Dios mío, ella me protegió. Incluso cuando yo le fallé, siguió tratando de protegerme. Ni siquiera sabía si yo estaba vivo o no, pero mintió para protegerme.» Fue algo superior a sus fuerzas y tardó varios minutos en recuperar la compostura. Pero eso también tuvo su finalidad. Los ojos se le secaron al cabo de un rato y, mientras se enjugaba las lágrimas, borró también de su mente todo vestigio de sentimiento humano hacia su huésped.

Kelly se levantó y regresó al asiento de la cabina de mando. Ya no quería ver el rostro de aquel pequeño hijo de puta. Temía perder los estribos y no podía correr ese riesgo.

-Tom, creo que tienes razón -dijo Ryan.

Richard Oliver Farmer, según su carnet de conducir -se habían comprobado sus antecedentes y nunca había sido detenido, aunque tenía en su haber una larga lista de infracciones de tráfico-, tenía veinticuatro años y ya no cumpliría ninguno más. Había muerto a causa de herida de arma blanca que le había traspasado el pericardio, atravesándole el corazón de parte a parte. El tamaño de la herida indicaba que el atacante había retorcido la hoja todo lo que el espacio intercostal le había permitido. Era una herida muy grande causada por una hoja de unos cinco centímetros de anchura. Otros detalles adicionales lo confirmaban.

-No fue muy inteligente -comentó el forense.

Ryan y Douglas asintieron. Farmer llevaba una camisa blanca de algodón con cuello abrochado. Una chaqueta de traje colgaba del tirador de una puerta. El asesino había limpiado la hoja en la camisa. Por lo visto tres veces, y una de ellas había dejado una huella permanente de la navaja, marcada en la sangre de la víctima, la cual llevaba un revólver en el cinto pero no había tenido tiempo de utilizarlo. Otra víctima de la habilidad y la sorpresa, pero esta vez

con menos circunspección. El más joven de los investigadores señaló una de las manchas con un lápiz.

-¿Sabes qué es eso? -preguntó Douglas, respondiendo él mismo a su propia pregunta- Es una Ka-Bar, un cuchillo de combate de la Armada. Yo tengo uno.

-Buen filo -dijo el forense-. Un corte muy limpio, casi quirúrgico. Debió de partir el corazón casi por la mitad. Penetró en sentido horizontal, sin chocar contra las costillas. Casi todo el mundo cree que el corazón está a la izquierda. Nuestro amigo estaba muy bien informado. Una sola herida. Sabía bien lo que hacía.

-Uno más, Em. Nuestro amigo se acercó y lo liquidó con tal rapidez...

-Sí, Tom, ahora te creo.

-Ryan asintió con la cabeza y subió al piso de arriba para reunirse con los restantes investigadores del equipo.

En el dormitorio de la parte anterior de la casa había un montón de ropa de hombre y una bolsa de tela con una elevada suma de dinero en efectivo, un arma de fuego y una navaja. Un colchón con manchas de semen, algunas todavía húmedas. Y un bolso de mujer. Los miembros más jóvenes del equipo se encargarían de catalogar las pruebas. Grupos sanguíneos de las manchas de semen. Identificación completa de las tres personas -suponían que eran tres- que habían estado allí. Incluso el automóvil de la calle. Por fin, algo que parecía un caso normal de asesinato. Habría huellas digitales por toda la casa. Los fotógrafos habían gastado una docena de carretes. Pero para Ryan y Douglas en cierto modo el asunto ya estaba resuelto.

-¿Conoces a este tal Farber de la Hopkins?

-Sí, Em, trabajó en el caso Gooding con Frank Allen. Yo fijé la fecha. Un tío muy inteligente -reconoció Douglas-. Un poco raro, pero inteligente. Tengo que ir a los juzgados esta tarde, no lo olvides.

- De acuerdo, ya me las arreglaré. Te debo una cerveza, Tom. Éste lo has resuelto antes que yo.

- Gracias. A lo mejor, algún día también podré llegar a teniente. Ryan soltó una carcajada y cogió un cigarrillo mientras bajaba por la escalera.

-¿Vas a oponer resistencia? -preguntó Kelly con una sonrisa. Acababa de regresar al compartimiento principal tras haber amarrado la embarcación.

-¿Y por qué tendría que ayudarte? -replicó Billy con tono que él consideró de desafío.

-Muy bien. -Kelly extrajo la Ka-Bar y la acercó a una parte especialmente sensible del cuerpo de su prisionero-. Podemos empezar ahora mismo si quieres.

Billy se estremeció.

-¡De acuerdo! ¡De acuerdo!

-Muy bien. Quiero que aprendas algo de esta experiencia. No quiero que vuelvas a hacerle daño a una chica nunca más.

KeIly, de pie junto a Billy, soltó la cadena de las esposas sin desatarle los brazos.

-¡Vete a la mierda! ¡Me vas a matar y yo no pienso decirte nada!

Kelly le obligó a dar la vuelta para mirarle a los ojos.

-No voy a matarte, Billy. Abandonarás esta isla vivo, te lo prometo.

La perplejidad de su rostro fue lo bastante divertida como para que Kelly sonriera levemente por espacio de un segundo. Pero después sacudió la cabeza y pensó que se estaba adentrando por un estrecho camino entre dos pendientes igualmente peligrosas, en cuyos dos extremos le esperaba una locura de dos clases distintas, pero igualmente destructivas. Tenía que distanciarse de la realidad del momento sin separarse totalmente de ella. Kelly lo ayudó a descender de la embarcación y le acompañó hacia el búnker-taller.

-¿Tienes sed?

-Y además tengo que mear.

Kelly le llevó a una pequeña extensión de césped.

-Adelante -le dijo, quedándose de pie.

A Billy no le gustaba ir desnudo en presencia de otro hombre y tanto menos en situación de inferioridad. Ahora ya no hacía ningún intento de conversar con Kelly o, por lo menos, no encontraba la manera de hacerlo. Era un cobarde y había tratado de consolidar su hombría, hablando no tanto con Kelly cuanto,consigo mismo mientras describía el papel que había desempeñado en la muerte de Pam y creaba una ilusión de poder en unos momentos en que tal vez el silencio le hubiera salvado la vida. Pero sí hubiera podido suscitar alguna duda, sobre todo si hubiera poseído la suficiente inteligencia como para contar una buena historia. Por desgracia, la cobardía y la estupidez solían ir de la mano.

Kelly abrió la puerta. Después encendió las luces y le empujó al interior. Parecía, y era efectivamente, un cilindro de acero de cincuenta y cinco centímetros de diámetro y descansaba sobre unas patas con grandes ruedas de hierro. La compuerta de acero del extremo colgaba de la bisagra.

- Vas a entrar ahí dentro -le dijo Kelly.

-¡Y una mierda!

Otra vez el desafío. Kelly le golpeó la nunca con el mango de la Ka-Bar. Billy cayó de rodillas.

- De la manera que sea, vas a entrar... tanto si tengo que hacerte un buen tajo como si no, me da igual -mintió, y surtió efecto. Lo levantó por el cuello y le introdujo la cabeza y los hombros por la abertura-. No te muevas.

Fue más fácil de lo que esperaba. Kelly soltó las esposas de Billy. Percibió la emoción de su prisionero, creyendo que tenía una posibilidad, pero un golpecito con el cuchillo en el lugar adecuado indujo a Billy a no retroceder ni ofrecer resistencia. Billy era demasiado cobarde como para aceptar el precio del dolor a cambio de una posibilidad de huida. Tembló, pero no se resistió.

-¡Adentro, cabrón!

Un empujón le facilitó la tarea. En cuanto sus pies cruzaron el borde, Kelly levantó la compuerta y la colocó en su sitio. Después se retiró y apagó la luz. Necesitaba comer un poco y echar una cabezadita. Billy podría esperar. La espera serviría para domesticarlo.

-¿Diga? -La voz parecía preocupada.

- Sandy, soy John.

- John! Pero ¿qué ocurre?

- ¿Cómo está?

-¿Te refieres a Doris? Ahora duerme. John, ¿quién... quiero decir, qué le ha pasado?

Kelly apretó con fuerza el auricular.

-Sandy, quiero que me escuches con atención, ¿de acuerdo? Es muy importante.

-Dime.

Sandy se encontraba en la cocina de su casa, con los ojos clavados en una cafetera. Fuera podía oír a los niños del barrio jugando al béisbol en un solar. Aquella consoladora normalidad se le antojaba en esos momentos algo extremadamente lejano.

-Primero, no digas a nadie que ella está ahí. Y menos que a nadie a la policía.

-John, está gravemente herida y enganchada a los drogas y probablemente tiene serios problemas de salud. Tengo que...

-Pues entonces ponte en contacto con Sam y Sarah. No hables con nadie más. ¿Me has entendido, Sandy? Nadie más. Sandy...

-Kelly vaciló. Le costaba decírselo, pero tenía que dejarlo bien claro-. Sandv, te he puesto en situación de peligro. La gente que le ha hecho daño a Doris es la misma que...

-Lo sé, John. Ya lo suponía. -El rostro de Sandy mostraba una expresión impasible, pero ella también había visto la fotografía del cuerpo de Pamela Starr Madden-. John, me ha dicho que tú... que tú... has matado a un hombre.

-Sí, es cierto.

Sandra O'Toole no se sorprendió. Ya lo había adivinado, pero el hecho de oírselo decir a él... y la forma en que lo dijo... Serena y desapasionadamente. «Sí, es cierto.» ¿Has sacado el cubo de la basura? Sí, es cierto.

-Sandy, esta gente es muy peligrosa, ¿comprendes? Pude dejar a Doris allí... pero me resultó imposible. Maldita sea, Sandy, ¿has visto lo que le han...?

-Si.

Hacia mucho tiempo que Sandy no trabajaba en una sala de urgencias y ya casi había olvidado las cosas terribles que solían hacerse las personas.

-Sandy, no sabes cuánto lamento que...

-Ya está hecho, John. Me encargaré de todo, no te preocupes.

Kelly permaneció un instante callado, absorbiendo la fuerza que la voz de Sandy le transmitía. Puede que ésa fuera la diferencia entre ambos. Su instinto lo llevaba a salir en busca de las personas que cometían maldades y a darles su merecido. A buscar y a destruir. El instinto de Sandy la llevaba a proteger de otra manera. La ex Foca pensó que, a lo mejor, la fuerza de Sandy era superior a la suya.

-Tendré que proporcionarle atención médica.

Sandy pensó en la chica que estaba descansando en la habitación del piso de arriba. La había ayudado a lavarse y se había horrorizado al ver las señales de malos tratos que tenía en el cuerpo. Pero lo peor eran sus ojos sin vida y sin siquiera el destello de desafío que ella solía ver en la mirada de los pacientes, incluso de los que ya habían perdido la batalla por la vida. A pesar de los muchos años que llevaba trabajando en la unidad de enfermos graves, jamás había visto destruir deliberadamente a una persona con sádica malicia, convirtiéndola en una piltrafa física y psíquica. Y ahora ella misma podía ser el objetivo de aquellas personas, pensó Sandy. Sin embargo, el aborrecimiento que le inspiraban era superior al miedo.

Kelly temía lo contrario.

-De acuerdo, Sandy, pero, por favor, ten mucho cuidado. Prométeme que tendrás cuidado.

-Lo tendré. Voy a llamar al doctor Rosen. -Hizo una pausa-. ¿John?

-¿Sí, Sandy?

-Eso que haces está... está muy mal, John -dijo ella, lamentando tener que decirlo.

-Lo sé.

Sandy cerró los ojos y evocó a los niños jugando al béisbol en la calle. Después vio mentalmente el rostro de John, dondequiera que estuviera, e imaginó su expresión. Ahora no tenía otro remedio que añadir otra cosa. Respiró hondo v lo dijo:

- Pero ya no me importa. Lo comprendo, John.

-Gracias -dijo Kelly en un susurro-. ¿Cómo estás?

- No te preocupes por mí.

-Iré en cuanto pueda. No sé qué vamos a hacer con ella...

- De eso me encargo yo. Cuidaremos de ella. Ya se nos ocurrirá algún remedio.

- De acuerdo. Oye, Sandy.

-¿Qué, John?

- Gracias.

La línea enmudeció.

«Bienvenido», pensó Sandy, colgando el teléfono. Era un hombre muy extraño. Acababa con la vida de sus semejantes y lo hacía con una crueldad que ella desconocía y que él admitía sin la menor emoción. Y, sin embargo, había arriesgado su vida para rescatar a Doris. Ahora lo comprendía todo, pensó Sandy, Y marcó un número.

El doctor Sidney Farber era exactamente como Emmet Ryan lo había imaginado: unos cuarenta años, bajito, con barba, judío, fumador de pipa. No se levantó al ver entrar al

investigador sino que se limitó a indicarle un sillón con un gesto de la mano. Antes del almuerzo, Ryan había enviado al psiquiatra unos fragmentos del expediente y estaba claro que el médico los había leído. Los tenía encima de su escritorio, formando dos hileras.

-Conozco a su compañero Tom Douglas -dijo Farber, dando unas caladas a la pipa.

-Sí, señor. Me comentó que su labor en el caso Gooding fue muy eficiente.

-El señor Gooding estaba muy enfermo. Espero que lo sometan al tratamiento que necesita.

-¿Y ése también está muy enfermo? -preguntó el teniente Ryan.

Farmer levantó la vista.

-Está tan sano como nosotros... yo diría que mucho más desde el punto de vista físico. Pero eso no es lo más importante. Lo importante es lo que usted acaba de decir. «Este.» Da por sentado que el asesino de todos esos casos es uno solo. Dígame por qué. El psiquiatra se reclinó contra el respaldo de su sillón.

-Al principio no lo creía. Tom se dio cuenta antes que yo. Es por la habilidad que supone.

-Exacto.

-¿Nos enfrentamos a un psicópata?

Farber sacudió la cabeza.

-No. El verdadero psicópata es incapaz de afrontar la vida. Ve la realidad de una forma muy excéntrica e individualista, una forma que generalmente difiere mucho de la nuestra. En casi todos los casos dicho trastorno se manifiesta de una manera muy clara y fácilmente identificable.

-Pero Gooding...

-El señor Gooding es lo que se llama... hay un nuevo término para describirlo, «psicópata organizado».

-Sí, de acuerdo, pero sus vecinos no lo veían así.

-Cierto, pero el trastorno del señor Gooding se manifestaba en la truculencia con que mataba a sus víctimas. Sin embargo, en estos asesinatos no hay ningún aspecto ritual. No ha habido mutilaciones. Y no hay connotaciones sexuales... las más habituales,

como usted sabe, son los cortes en el cuello. No -Farber volvió a menear la cabeza-, este individuo va al grano. Sus actos no le producen ninguna liberación emocional. Mata a la gente y lo hace por un motivo probablemente lógico, por lo menos para él.

-¿Por qué, entonces?

-Evidentemente no para robar. Se trata de otra cosa. Es un hombre resentido, pero yo he conocido a muchas personas así.

-¿Dónde? -preguntó Ryan.

Farber le indicó la pared del otro lado. En un marco de roble se veía un trozo de terciopelo rojo con una placa de combatiente de infantería, unas alas del cuerpo de paracaidistas y una linterna de comando.

El investigador no pudo disimular su asombro.

-En realidad, fue una estupidez -explicó Farber con tono casi de disculpa. El pequeño judío quería demostrar que era un tipo duro. Esbozó una sonrisa-. Y creo que lo conseguí...

- A mí tampoco me gustó demasiado Europa, pero es que no vi la parte bonita.

- ¿Unidad?

- La compañía Easy, segunda de la quinientos seis. -Aerotransportada. Ciento uno, ¿verdad?

-Exactamente, doctor -contestó el policía, confirmando que él también había sido en otros tiempos un joven tan alocado como el médico y recordando lo delgado que estaba cuando saltaba desde los C-47. Me lancé sobre Normandía y Eindhoven.

-¿Y Bastogne?

Ryan asintió con la cabeza.

-No fue muy divertido, pero por lo menos nos llevaron en camión.

-Bien, eso es lo que tenemos, teniente Rvan. -Explíquese.

-Esa es la clave. -Farber tomó la transcripción de la entrevista con la señora Charles-. El disfraz. Tiene que ser un disfraz.

Hace falta un brazo muy fuerte para clavar un cuchillo en la base del cráneo. Seguro que no era un borracho. Los borrachos son débiles.

-Pero es que no encaja en el esquema -objetó Ryan.

-Yo creo que sí, pero no se nota. Retroceda en el tiempo, a la época en que usted servía en el ejército y era un miembro destacado de una unidad de élite. Allí reconocía los objetivos con mucha calma, ¿verdad?

- Así es -contestó el investigador.

-Aplique el mismo principio a la ciudad. ¿Qué es lo que hace? Se camufla. Y nuestro amigo decidió camuflarse de borracho. ¿Cuántas gente así hay por las calles? Sucios, malolientes e inofensivos excepto para los que son como ellos. Parecen invisibles y nadie se fija en ellos.

- Pero todavía no me ha...

-¿Cómo llega y se va? ¿Cree que va en autobús o en taxi?

- En automóvil.

-Un disfraz es de quita y pon.

-Farber tomó la fotografía del escenario del delito presenciado por la testigo Charles-. Se carga a dos individuos a dos manzanas de distancia, se aleja del lugar y se planta allí... ¿Por qué lo hace?

Ya tenían la respuesta: un espacio entre dos automóviles aparcados.

-¡Maldita sea! -exclamó Ryan-. ¿Qué otra cosa se me ha pasado por alto, doctor Farber?

-Llámeme Sid. No mucho más. El tipo es muy listo y cambia de método, pero éste es el único caso en que dio rienda suelta a su furia. ¿Lo ve usted? Es el único crimen en que ha intervenido la cólera... exceptuando tal vez el de esta mañana, pero ése lo dejaremos aparte, de momento. Aquí se ve la rabia. Primero destroza a la víctima y después la mata de una forma especialmente difícil. ¿Por qué?

-Farber se detuvo y dio unas caladas a la pipa con expresión meditabunda-. Estaba enfadado, pero ¿por qué? Seguramente no fue un acto premeditado. La señora Charles no figuraba en sus planes. Por alguna razón se vio obligado a hacer algo que no entraba en sus planes y que provocó su cólera. Además, dejó que ella se fuera... sabiendo que le había visto.

- Todavía no me ha dicho...

- Es un combatiente veterano y está en muy buena forma. Lo cual significa que es más joven que nosotros y está altamente adiestrado. Ranger, Boina Verde o algo por el estilo.

-¿Y por qué lo hace?

-No lo sé. Eso se lo tendrá que preguntar a él, pero está claro que se toma las cosas con calma. Vigila a sus víctimas. Elige siempre la misma hora del día, cuando sus objetivos están cansados, hay menos tráfico y no corre tantas probabilidades de que lo vean. No los roba. Puede que se lleve el dinero, pero no es lo mismo. Y ahora háblenle del asesinato de esta mañana -pidió Farber con una amabilidad no exenta de cierta dureza.

-Ya tiene la fotografía. Había un montón de dinero en una bolsa del piso de arriba. Aún no lo hemos contado, pero hay por lo menos cincuenta mil dólares.

-¿Dinero procedente del tráfico de droga?

-Creemos que sí.

- ¿Había otras personas allí? ¿Las secuestró?

-Creemos que dos. Un hombre con toda seguridad, y probablemente una mujer.

Farber asintió con la cabeza y dio unas caladas a la pipa. -Bien. O ésa es la persona que buscaba desde un principio o no es más que un paso hacia otra cosa.

- O sea que eliminó a los demás camellos para despistar. -Los dos primeros, los que dejó atados...

- Los interrogamos. -Ryan hizo una mueca-. Debimos haberlo comprendido. Fueron los

únicos a los que no mató sin más. Lo hizo para disponer de más tiempo.

-Comprender las cosas cuando ya han ocurrido siempre es fácil-señaló Farber-. No se aflija demasiado. Parecía efectivamente un robo y usted no tenía ningún otro dato en que basarse. Cuando usted vino aquí, ya disponíamos de más información. -El psiquiatra se reclinó en su asiento y esbozó una sonrisa, mirando el techo. Le encantaba interpretar el papel de investigador-. Hasta que no ocurrió este de aquí... -rozó con la pipa las fotografías del último crimen- no tenía usted ninguna pista. Este es el que lo aclara todo. El sospechoso es un experto en armas. Utiliza tácticas. Sigue a sus víctimas como un cazador sigue a un venado. Cambia de método para desconcertar a la policía, pero hoy ha cometido un error. Se ha enfadado, tal como lo prueba el uso del cuchillo, y nos ha demostrado la clase de preparación que tiene limpiando inmediatamente la hoja.

-Pero usted dice que no está loco.

-No, dudo que sea un perturbado desde un punto de vista clínico. Es obvio que tiene un motivo. Las personas así son muy disciplinadas, tal como éramos usted y yo. La disciplina se pone de manifiesto en su actuación... pero la cólera también se evidencia en el porqué. Algo lo indujo a hacer lo que hizo.

- La mujer.

Farmer se sorprendió de la perspicacia del policía.

- ¡Exactamente! Muy bien. ¿Por qué no la eliminó? Se mostró amable con ella. Permitió que se fuera... Es interesante... pero no basta para desentrañar el misterio.

-Pero sirve para establecer que no mata por gusto.

-En efecto. -Farber asintió con la cabeza-. Lo hace todo con una finalidad y tiene una preparación muy especializada que aplica a esa finalidad, que sin duda considera una auténtica misión. Hay un gato muy peligroso merodeando por las calles.

-Persigue a los traficantes de droga, eso está clarísimo -dijo Ryan-. El que... o los que secuestró...

- Si uno de ellos es una mujer, sobrevivirá. El hombre, no. El estado del cuerpo nos revelará si era el objetivo.

- ¿Por la saña que demuestre?

-Se verá en seguida. Otra cosa. Si tenéis algunos agentes buscándole, recordad que es muy hábil en el manejo de las armas. Parecerá un tipo inofensivo. Evitará el enfrentamiento. No quiere equivocarse de persona; de no ser así, hubiera matado a la se-ñora Charles.

-Pero si lo acorralamos...

- Mejor que no lo hagáis.

-¿Estás cómodo ahí dentro? -preguntó Kelly.

La cámara de recompresión era uno de los varios centenares de aparatos construidos para la Armada por la Dykstra Foundry and Tool Company de Houston, Texas, o eso por lo

menos decía la placa. Fabricada en acero de alta calidad, estaba destinada a reproducir la presión de las inmersiones con escafandra. En un extremo había una ventanilla de plexiglás de triple panel de doce centímetros cuadrados. Incluso disponía de una pequeña antecámara neumática para poder introducir cosas como comida y bebida, y en el interior de la cámara había una lámpara de lectura de veinte vatios en un soporte protegido. Bajo la cámara se veía un potente compresor de aire alimentado por gasolina que se podía controlar desde un asiento plegable, al lado del cual se encontraban dos manómetros. Uno de ellos disponía de unos círculos concéntricos de milímetros y pulgadas de mercurio, libras por pulgada cuadrada, kilos por centímetro cuadrado y bares o múltiplos de la presión atmosférica normal, que era de 14,7 libras por pulgada cuadrada. El otro manómetro indicaba la profundidad equivalente del agua tanto en pies como en metros. Cada treinta y tres pies de profundidad simulada elevaba la presión atmosférica en 14,7 libras por pulgada cuadrada, o un bar.

- Mira, te diré todo lo que quieras saber... -oyó Kelly a través del sistema de

comunicación.

- Sabía que acabarías viendo las cosas como yo las veo.

-Kelly tiró de la cuerda del motor y puso en marcha el compresor, asegurándose de que la válvula que había junto a los manómetros estaba herméticamente cerrada. Después abrió la válvula de presurización para que el aire del compresor pasara a la cámara mientras las agujas se movían lentamente en el sentido de las manecillas del reloj-. ¿Sabes nadar? -preguntó Kelly, estudiando el rostro de su prisionero.

Billy levantó la cabeza, alarmado.

-Pero ¿qué...? Oye, no intentarás ahogarme, ¿eh, cabrón?

-No te preocupes. Bueno, ¿sabes nadar o no?

-Sí.

-¿Has practicado alguna vez el submarinismo sin escafandra?

-Nunca -contestó el perplejo distribuidor de droga.

-Pues ahora lo aprenderás. Tendrás que bostezar y protegerte los oídos para acostumbrarte a la presión -dijo Kelly, observando cómo la escala hidrométrica marcaba treinta pies.

-Oye, capullo de mierda, ¿por qué no me haces de una vez las malditas preguntas?

Kelly desconectó el sistema de comunicación. La voz de Billy denotaba desesperación. A Kelly no le agradaba hacer tanto daño a la gente y temió compadecerse de Billy. Colocó el manómetro a cien pies y cerró la válvula de presurización, dejando el motor en marcha. Mientras Billy se adaptaba a la presión, Kelly tomó una manguera y la acopló al tubo de escape del motor, sacándola fuera para arrojar a la atmósfera el monóxido de carbono. El proceso sería muy largo. Kelly estaba haciendo las cosas de memoria y no tenía prisa. A un lado de la cámara había una tabla de instrucciones muy útil, pero un tanto esquemática, cuya última línea remitía a un cierto manual de inmersión que Kelly no tenía. Últimamente había practicado muy poca inmersión y sólo había tomado parte en una labor en equipo, aquel numerito del petróleo allá en el Golfo... Pasó una hora arreglando las cosas alrededor de la máquina y alimentando sus recuerdos y su cólera antes de regresar a la silla plegable.

-¿Cómo te encuentras?

-De maravilla. -La voz sonaba bastante nerviosa.

- ¿Ya estás listo para contestar a unas preguntas?

-Ya te he dicho que sí, pero ¡sácame de aquí, maldito gilipollas!

- Bueno, tranquilo. -Kelly tomó una tablilla sujetapapeles-. ¿Has sido detenido alguna vez, Billy?

- No.

Kelly advirtió cierto orgullo en la respuesta. Estupendo.

- Has servido en las fuerzas armadas?

-No. -Qué pregunta más estúpida.

-O sea que nunca has estado en la cárcel ni te han tomado las huellas digitales ni nada de eso, ¿verdad?

-Jamás. -La cabeza se movió al otro lado de la ventanilla.

-¿Y cómo puedo comprobar que me dices la verdad?

-¡Te la estoy diciendo, mamón!

-Probablemente sí, pero tengo que asegurarme, ¿comprendes?

-Kelly alargó la mano izquierda e hizo girar la válvula de la llave. El aire salió ruidosamente de la cámara mientras él observaba las válvulas de la presión.

Billy no sabía lo que iba a ocurrir y se llevó una desagradable sorpresa. Había pasado una hora rodeado de una cantidad de aire cuatro veces superior a la normal, pero su cuerpo se había adaptado a la situación. El aire aspirado a través de los pulmones, también presurizado, había pasado a la corriente sanguínea y ahora todo su cuerpo se encontraba a 58,8 libras por pulgada cuadrada de presión ambiental. Varias burbujas de gas, principal-mente nitrógeno, se habían disuelto en su corriente sanguínea y, cuando Kelly hizo salir el aire de la cámara, las

burbujas empezaron a hincharse. Los tejidos resistieron la presión aunque no del todo, por lo que las paredes de las células empezaron a expandirse y después, en algunos casos, a reventar. El dolor se inició en las extremidades, primero un dolor sordo y generalizado que rápidamente se transformó en la sensación más intensa y desagradable que Billy había experimentado. Se producía en oleadas, siguiendo exactamente el ritmo de los acelerados latidos de su corazón. Kelly escuchó el gemido que en seguida se convirtió en un grito. La presión era sólo de sesenta pies. Cerró la válvula de salida y abrió la de presurización. En un par de minutos, la presión bajó de nuevo a cuatro bares. La normalización de la presión alivió casi por completo el dolor, dejando sólo la sensación que suelen producir los ejercicios violentos. Billy no estaba acostumbrado a ello y el dolor no le resultaba tan gratificante como a los deportistas. Sus ojos desorbitados le hicieron comprender a Kelly que estaba muerto de miedo. Su expresión no era la propia de unos ojos humanos, lo cual le parecía muy bien.

Kelly volvió a conectar el sistema de comunicación.

-Eso es el castigo por una mentira. He considerado conveniente que lo supieras. Sigamos. ¿Has sido arrestado alguna vez, Billy?

-¡Que no, cabrón, que no!

-¿Nunca estuviste en la cárcel ni te tomaron las huellas digitales...?

-Ya te he dicho que no, ni siquiera me han impuesto multas por exceso de velocidad.

-¿Y en las fuerzas armadas?

-¡Ya te he dicho que no!

-Muy bien, gracias. -Kelly examinó el primer grupo de preguntas–. Bien, ahora hablaremos de Henry y de su organización.

Estaba ocurriendo otra cosa que Billy no esperaba. A partir de unos tres bares, el nitrógeno que constituye la mayor parte del aire produce un efecto narcótico semejante al del alcohol y los barbitúricos. A pesar del miedo, Billy estaba experimentando también una sensación de euforia combinada con un deterioro de la capacidad de juicio, otro efecto de la técnica de interrogatorio que Kelly había elegido teniendo en cuenta la magnitud de las lesiones que podía provocar.

–¿Dejaron el dinero? –preguntó Tucker.

–Más de cincuenta mil dólares. Todavía los estaban contado cuando me fui –contestó Mark Charon.

Se encontraban en un cine y eran las únicas dos personas que ocupaban la fila. El detective observó que Henry no comía palomitas de maíz. Raras veces había visto a Tucker tan nervioso.

– Tengo que saber qué coño ocurre. Dime lo que has averiguado.

– En los últimos diez días han liquidado a unos cuantos camellos.

Ju-Ju, Bandanna, otros dos a los que no conocía. Sí, eso lo sé. ¿Crees que todas las muertes están relacionadas?

– Es lo único que tenemos, Henry. Billy ha desaparecido, ¿verdad?

– Sí. Y Rick ha muerto. ¿Arma blanca?

–Alguien le arrancó el corazón –dijo Charon, exagerando un poco–. Y también se llevaron a una chica, ¿no?

– Doris.

–Henry lo confirmó, asintiendo con la cabeza–. Pero dejaron el dinero..., ¿por qué?

–A lo mejor querían robar pero algo les falló, aunque no se me ocurre qué pudo ser. Ju-Ju y Bandanna fueron robados... Vete tú a saber, a lo mejor los casos no están relacionados. Y quizá el más reciente ha sido otra cosa.

– ¿Como qué?

–Quizá un ataque directo a tu organización, Henry –contestó pacientemente Charon–. ¿Conoces a alguien con motivos para hacerlo? No hace falta ser policía para comprender los

móviles.

–Le encantaba sentirse superior a Tucker aunque sólo fuera por unos instantes–. ¿Cuánto sabe Billy?

–Muchísimo... Mierda, le había empezado a... –Tucker se detuvo.

–No te preocupes. No necesito saber y no quiero saber. Pero hay alguien que sabe y será mejor que no lo olvides.

Con cierto retraso, Mark Charon empezaba a comprender hasta qué extremo su bienestar dependía del de Henry Tucker.

–¿Por qué no lo presentamos como robo? –preguntó Tucker, mirando la pantalla sin ver.

–Alguien te está enviando un mensaje, Henry. El hecho de no haberse llevado el dinero es una señal de desprecio. ¿Conoces a alguien que no necesite dinero?

Los gritos eran cada vez más desgarradores. Billy acababa de hacer otra excursión de un par de minutos a sesenta pies. Resultaba muy útil verle la cara. Kelly le vio cubrirse los oídos con las manos cuando le estallaron los tímpanos. Después, los efectos de la presión se dejaron sentir en los ojos y en los senos nasales. Los dientes también resultarían afectados en caso de que tuviera alguna caries... cosa que probablemente tenía, pensó Kelly sin querer causarle todavía demasiado daño.

– Billy –dijo tras normalizar la presión y eliminar buena parte del dolor–, me parece que eso no me lo puedo creer.

– ¡Maldito hijo de puta! –gritó al micrófono–. Yo lo organicé todo, ¿sabes? ¡Vi morir a tu muñequita con la polla de Henry dentro y moviendo el culo para él, y ahora te he visto llorar a ti como un niño, so asqueroso!

Kelly procuró que la cara estuviera delante de la ventanilla cuando su mano volvió a abrir la válvula y elevó la presión a ochenta pies para que Billy supiera lo que era bueno. Ahora empezarían a sangrarle las articulaciones, porque las burbujas de nitrógeno tendían a concentrarse allí y la reacción instintiva de la persona era enroscarse como un feto. Pero Billy no podía doblarse en el interior de la cámara. El sistema nervioso central ya empezaba a sufrir los efectos, las finísimas fibras estaban siendo estrujadas y el dolor era ahora muy variado; intenso y agudísimo en las articulaciones y las extremidades e intermitentemente violento en todo el cuerpo. En cuanto las minúsculas fibras eléctricas se rebelaron contra lo que les estaba sucediendo, empezaron a producirse espasmos nerviosos y todo el cuerpo experimentó fuertes sacudidas de electrochoques. Los efectos neurológicos no eran todavía muy acusados en aquella temprana fase. De momento, sería suficiente. Kelly normalizó la presión y observó cómo desaparecían los espasmos.

-Bueno, Billy, ¿sabes lo que fue aquello para Pam? -preguntó en parte para recordarlo él también.

-¡Me duele mucho! -gritó el otro. Había levantado los brazos y se cubría el rostro con las manos, pero no podía disimular su sufrimiento.

-Billy -dijo pacientemente Kelly-, ¿has visto cómo funciona? Si creo que estás mintiendo, te dolerá. Si no me gusta lo que dices, te dolerá. ¿Quieres que te haga más daño?

- ¡No, maldita sea! -Las manos se apartaron del rostro y ambos se miraron a los ojos, separados apenas por cuarenta centímetros.

-Intenta ser un poco más educado, ¿de acuerdo?

- Lo siento...

-Yo también lo siento, Billy, pero tendrás que hacer lo que yo te diga. -El otro asintió con la cabeza. Kelly alargó la mano hacia un vaso de agua. Comprobó el estado de los cierres del mecanismo de la antecámara antes de abrir la portezuela y colocar el vaso dentro-. Mira, si abres la portezuela que hay al lado de tu cabeza, podrás beber algo.

Billy lo hizo y empezó a sorber el agua a través de una caña.

-Ahora volvamos a lo nuestro, ¿de acuerdo? Háblame un poco más de Henry. ¿Dónde vive?

-No lo sé -contestó Billy, emitiendo un jadeo.

-¡Respuesta errónea! -gritó Kelly enfurecido.

-¡No, por favor! No lo sé, nos reuníamos en un punto situado en las inmediaciones de la carretera 40, no quiere que ninguno de nosotros sepa...

-Tendrás que esforzarte un poco más, de lo contrario el ascensor volverá a subir al sexto piso. ¿Preparado?

_¡NOOOOOO! -El grito fue tan desgarrador que atravesó la pared de tres centímetros de acero-. ¡No, por favor! ¡No lo sé, de veras que no!

-Billy, no tengo ningún motivo para ser amable contigo -le recordó Kelly-. Tú mataste a Pam, lo recuerdas, ¿verdad? Tú la torturaste hasta morir. Tú te divertiste utilizando con ella unos alicates. ¿Durante cuántas horas, Billy? ¿Cuánto tiempo pasasteis tú y tus amigos haciéndola sufrir? ¿Diez horas? ¿Doce? Nosotros sólo llevamos siete horas hablando, Billy. ¿Me estás diciendo que llevas casi dos años trabajando para ese tío y ni siquiera sabes dónde vive? Me cuesta creerlo. Arriba -anunció Kelly con tono mecánico, alargando la mano hacia la válvula.

Lo único que tenía que hacer era abrirla. El primer silbido del aire presurizado le provocó a Billy un terror tan intenso que se echó a gritar antes de experimentar los primeros dolores.

-¡No tengo ni puta ideaaaaa!

«¡Maldita sea! ¿Y si era verdad? Bueno -pensó Kelly-, no estará de más que me asegure.» Subió la presión a ochenta y cinco pies, lo suficiente como para renovar los sufrimientos sin ampliar los efectos. El miedo al dolor era ahora tan terrible como el dolor propiamente dicho, pero, en caso de que fuera excesivo, se podía convertir en un narcótico. No, aquel hombre era un cobarde que había infligido muy a menudo dolor y había aterrorizado a sus semejantes. Si descubría que podía sobrevivir al dolor, tal vez tuviera la valentía de resistir. Kelly no quería correr ese riesgo, por remoto que fuera. Volvió a cerrar la válvula y aumentó la presión a cien pies para atenuar el dolor e intensificar el efecto narcótico.

-Dios mío -musitó Sarah. No había visto las fotografías de la autopsia de Pam. Su marido la había disuadido de que hiciera la única pregunta que se le ocurría sobre aquel asunto y ella había seguido su consejo.

Doris estaba desnuda y se mostraba peligrosamente apática. Solo había conseguido ducharse con la ayuda de Sandy. Sam había abierto el maletín y le estaba aplicando el estetoscopio. Su corazón latía a más de noventa pulsaciones por minuto, demasiado rápido para una chica de su edad; la presión arterial también era un poco elevada, pero la temperatura era normal. Sandy se acercó y le extrajo sangre que repartió en cuatro tubos de ensayo para su análisis en el laboratorio del hospital.

-¿Quién hace estas cosas tan terribles? -preguntó Sarah. Se observaban numerosas marcas en los pechos, una magulladura en la mejilla y unos edemas recientes en el vientre y las piernas.

Sam le examinó los ojos para comprobar la respuesta pupilar que fue positiva, salvo por la total ausencia de reacción.

-Los mismos que mataron a Pam -contestó el cirujano en voz baja.

-¿Pam? -preguntó Doris-. ¿La conocías?

- El hombre que te acompañó aquí -dijo Sandy-. Es el que...

-¿El que mató Billy?

- Sí -contestó Sam Rosen, comprendiendo de inmediato lo absurdo que podía resultar todo aquello a alguien que no estuviese al corriente.

-Sólo sé el número de teléfono -dijo Billy, embriagado por la alta presión parcial del nitrógeno. La ausencia de dolor le éstaba ayudando a ser más complaciente.

- Dímelo -le ordenó Kelly. Billy se lo dijo y Kelly lo anotó. Ya había llenado dos páginas de notas. Nombres, direcciones, unos cuantos números telefónicos. Aparentemente muy poco, pero mucho más de lo que tenía apenas veinticuatro horas antes.

- -¿Cómo se recibe la droga? Billy apartó la cabeza de la ventana.

-No lo sé...

- Tenemos que hacerlo un poco mejor.

Sssssssssss.

Billy volvió a gritar y esta vez Kellv dejó que la aguja del manómetro llegara a los setenta y cinco pies. Billy empezó a experimentar náuseas. Los pulmones estaban tocados y los accesos de tos intensificaban el dolor que ahora se extendía a todo su devastado cuerpo, el cual semejaba un globo o, más bien, varios globos grandes y pequeños a punto de estallar y empujándose unos a otros. Notaba que algunos de ellos eran más fuertes y otros más débiles y que los más débiles se encontraban en las partes vitales de su cuerpo. Ahora le dolían los ojos y la dilatación de los senos nasales empeoraba la situación. Era como si la cara estuviera a punto de desprenderse del resto del cráneo mientras sus manos trataban desesperadamente de mantenerla en su sitio. El dolor superaba cualquier cosa que Billy hubiera sentido o infligido. Mantenía las piernas todo lo dobladas que le permitía el es-trecho cilindro de acero y las rodillas comprimían con tal fuerza la pared que casi parecían haber horadado en el acero. Movía los brazos a la altura del pecho en un intento de encontrar un poco de alivio, pero con ello sólo intensificaba el dolor mientras se apretaba los ojos con las manos para evitar que se escaparan de las órbitas. Ahora ya ni siquiera podía gritar. El tiempo se había detenido, convirtiéndose en eternidad. No había luz ni oscuridad, ni sonido ni silencio. Sólo había dolor.

-...por favor... por favor...

Kelly volvió a aumentar lentamente la presión, deteniéndose a ciento diez pies.

Ahora la cara de Billy estaba salpicada de una especie de horrible salpullido. Algunos vasos sanguíneos se habían roto debajo de la piel y uno muy grande había estallado en la superficie del ojo izquierdo. La mitad del blanco del ojo quedó teñida de púrpura, intensificando con ello su aspecto de animal aterrorizado.

-La última pregunta se refería a la recepción de la droga.

-No sé nada -balbuceó Billy.

Kelly habló con tono pausado:

-Mira, Billy, hay algo que tienes que comprender. Hasta ahora no te ha pasado nada. Bueno, duele bastante, pero en realidad todavía no te he.. hecho nada. Quiero decir que no te he hecho daño de verdad

Billy abrió los ojos. De haber podido analizar la situación con serenidad habría pensado que aquel horror tenía que cesar en algún momento, lo cual hubiera sido cierto y falso al mismo tiempo.

-Todo lo que te ha ocurrido hasta ahora pueden arreglarlo los médicos, ¿comprendes? - No era enteramente una mentira, y tampoco lo era lo que Kelly añadió-: La próxima vez que introduzcamos aire, Billy, sucederán cosas que nadie podrá arreglar. Los vasos sanguíneos de los globos oculares se romperán y quedarás ciego. Los vasos sanguíneos del cerebro también se romperán, ¿comprendes? Y eso no hay quien lo arregle. Quedarás ciego y enloquecerás, pero el dolor no desaparecerá. Durante el resto de tu vida, Billy, estarás ciego y loco y sufrirás muchísimo. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco? Te queda mucha vida por delante. Puede que tengas que pasarte cuarenta años ciego, loco y lisiado. Así pues, no es mala idea que me digas

la verdad, ¿comprendes? Bien. ¿Cómo se recibe la droga?

No debía sentir compasión, se dijo Kelly. Podría haber matado un perro, un gato o un venado en las mismas condiciones en que se encontraba aquella... cosa. Pero Billy no era un perro, un gato ni un venado. A su manera era un ser humano. Peor que un rufián y peor que los camellos. Si la situación hubiera sido la inversa, Billy no habría sentido lo que sentía. Su universo era muy reducido. Sólo contenía su propia persona, rodeada de una serie de cosas cuya única función era divertirle o proporcionarle un beneficio. Billy disfrutaba causando dolor a sus semejantes e imponiendo su dominio sobre cosas cuyos sentimientos le importaban un bledo. Jamás se había percatado de la existencia de otros seres humanos, personas cuyo derecho a la vida y a la felicidad era igual al suyo; y por ello había cometido el error de ofender a una persona en cuya existencia jamás había reparado. Ahora empezaba a comprenderlo, aunque tal vez ya era demasiado tarde. Ahora empezaba a comprender que su futuro sería un solitario universo que no compartiría con otras personas sino sólo con el dolor. Al imaginarse el futuro, Billy se derrumbó. Se le notó en la cara. Empezó a hablar con voz entrecortada y sincera. Levantando la vista de sus notas para clavarla en la válvula, Kelly calculó que Billy lo había conseguido con diez años de retraso. Era una lástima, como sin duda lo era para muchos de los que compartían el malvado universo de Billy. A lo mejor, pensó Billy jamás había imaginado que alguien pudiera tratarle como el trataba a las personas más débiles que él. Pero para eso también era demasiado tarde. Demasiado tarde para Billy, demasiado tarde para Pam y, en cierto modo, demasiado tarde para Kelly. El mundo estaba lleno de iniquidades y la justicia no abundaba. Así de sencillo, ¿verdad? Billy ignoraba que la justicia le esperaba a la vuelta de la esquina y por eso no pudo corregirse a tiempo. Por eso había apostado y había perdido. Y por eso Kelly se reservaría la compasión para otras personas.

-No lo sé... no...

-Te lo había advertido. -Kelly abrió la válvula y dejó que la presión subiera a cincuenta. Los vasos retinianos debieron de romperse muy pronto. Kelly creyó ver una mancha roja en las dilatadas pupilas de Billy mientras éste seguía gritando incluso cuando en sus pulmones ya no quedaba nada de aire. Las rodillas, los pies y los codos golpearon contra el acero. Kelly dejó que ocurriera lo que tenía que ocurrir antes de volver a aplicar la presión.

-Dime lo que sabes, Billy, si no quieres que te pasen cosas mucho peores. Habla rápido.

La voz de Billy sonó a confesión. La información fue muy curiosa, pero sin duda era cierta. No era posible que una persona en semejante situación hubiera tenido la capacidad de inventársela. La última parte del interrogatorio duró tres horas. La válvula sólo tuvo que ser accionada una vez durante unos segundos. Kelly repitió las preguntas para ver si cambiaban, pero no cambiaron. Más aún, las renovadas preguntas le permitieron obtener una información más exhaustiva y atar algunos cabos sueltos, con lo cual la imagen general quedó más clara y completa hasta el punto de que, a medianoche, tuvo la certeza de haber vaciado la mente de Billy de todos los datos útiles que contenía.

Kelly experimentó una especie de compasión cuando dejó el bolígrafo. Si Billy se hubiera compadecido de Pam, puede que él se hubiera comportado de otra manera. Pero Billy no se había detenido. Había torturado y matado a una chica a la que Kelly amaba, y por esta razón Billy no era un ser humano y no se merecía la compasión de Kelly.

En cualquier caso, daba igual. El daño ya estaba hecho y ahora seguía su propio ritmo y los tejidos desgarrados flotaban alrededor de los vasos sanguíneos, obturándolos uno a uno. La peor consecuencia se había producido en el cerebro de Billy. Muy pronto sus ojos ciegos proclamaron la locura que encerraban y, aunque la despresurización final fue muy lenta y delicada, lo que salió de la cámara no era un hombre... y en realidad nunca lo ha-

bía sido.

Kelly abrió la escotilla y le golpeó una oleada de hedor repulsivo. La presión en el tracto intestinal y la vejiga urinaria de Billy habían provocado los efectos previsibles. Más tarde tendría que limpiarlo con la manguera, pensó Kelly, sacando a Billy de la cámara y

tendiéndolo en el suelo de hormigón. Dudó en encadenarlo, pero el cuerpo que había a sus pies estaba totalmente incapacitado, pues las principales articulaciones estaban prácticamente destruidas y el sistema nervioso central solo servía para transmitir dolor. Sin embargo Billy todavía respiraba, lo cual estaba muy bien, pensó Kelly mientras se iba a la cama, alegrándose de que todo hubiera terminado. Con un poco de suerte, quizá no tendría que hacerlo nunca más. Y. con un poco de suerte y una buena atención médica, Billy viviría unas semanas más. Si a eso se le podía llamar vivir.

XXI. POSIBILIDADES

A Kelly Ie molestó haber dormido tan bien. No era lógico, pensó con cierta inquietud, haber dormido diez horas ininterrumpidas después de lo que había hecho a Billy. Era curioso que su conciencia se manifestara tardíamente en aquellos momentos, le dijo Kelly a la cara que lo miraba desde el espejo mientras se afeitaba. Una persona que iba por ahí causando daño a mujeres y traficando con droga, habría debido pararse a pensar en las posibles consecuencias. Kelly se secó la cara. No se alegraba del dolor que había causado... de eso estaba seguro. Lo había hecho porque necesitaba una información y porque tenía que hacer justicia. El hecho de poder justificar sus acciones le ayudaba a mantener la conciencia tranquila.

Además, tenía que ir a un sitio. Tras vestirse, Kelly tomó un plástico para cubrir la sentina de la embarcación. Ya había hecho el equipaje y lo tenía todo en el salón.

El viaje duraría varias horas y resultaría muy aburrido, pues más de la mitad transcurriría en la oscuridad. Mientras navegaba hacia el sur rumbo a Point Lookout, Kelly aprovechó para echar un vistazo a los barcos abandonados que había cerca de la isla Bloodsworth. Eran variados y habían sido construidos con ocasión de la Primera Guerra Mundial. Algunos eran de madera y otros de hormigón, cosa por cierto muy rara, y todos habían sobrevivido a la primera campaña submarina organizada, pero no habían sido comercialmente aprovechables ni siquiera en los años veinte, cuando los marinos mercantes resultaban más baratos que las tripulaciones de los remolcadores que navegaban por la bahía de Chesapeake. Kelly se acercó al puente colgante y, mientras el piloto automático mantenía rumbo sur, los estudió con los prismáticos, pensando que seguramente alguno de ellos sería interesante. No se veía el menor movimiento en aquel cementerio naval. Era lógico que así fuera, pensó Kelly. Aquello no podía ser una industria muy rentable, pero era un escondrijo ideal para la actividad en la que él había intervenido últimamente. Puso rumbo oeste. El asunto tendría que esperar. Kelly trató de pensar en otra cosa. Muy pronto se convertiría en un jugador del equipo y podría alternar con hombres como él. Un cambio muy beneficioso, durante el cual tendría tiempo de estudiar la táctica que utilizaría en la siguiente fase de su misión.

Los oficiales sólo habían sido informados del incidente con la señora Charles, pero los datos que les proporcionaron más tarde acerca de cómo había sido asesinado el agresor los pusieron en estado de alerta. No fueron necesarias más palabras de advertencia. Los coches patrullaban con dos agentes en su interior, si bien algunos vehículos salían con un único oficial experto o excesivamente confiado, Utilizaban un sistema que hubiera atacado los nervios de Ryan y Douglas, si éstos lo hubieran visto. Un oficial se acercaba mientras el otro permanecía algo apartado, con la mano displicentemente apoyada en su revólver reglamentario. El primer oficial cacheaba al borracho en busca de armas y a menudo

encontraba navajas, pero no armas de fuego... pues cualquiera que tuviera una la empeñaba para comprarse bebidas y, en algunos casos, droga. La primera noche fueron identificados once individuos de tales características y se practicaron dos detenciones por desacato. Pero la noche terminó sin haber conseguido nada de interés.

_Bueno, he averiguado una cosa -dijo Charon. Había dejado su automóvil en el aparcamiento de un supermercado, al lado de un Cadillac.

-¿Qué es?

-Buscan a un tipo disfrazado de vagabundo.

-¿Me tomas el pelo? -preguntó Tucker con una nota de hastío en la voz.

-Eso es lo que me han dicho, Henry -le aseguró el detective-. Tienen órdenes de andarse con mucho cuidado.

-Mierda -juró Tucker.

-Blanco, no demasiado alto, cuarenta y tantos años. Es un tipo bastante fuerte y sabe su trabajo. La información se ha recibido con cierta cautela, pero, aproximadamente a la misma hora en que él frustró un atraco, dos camellos fueron encontrados

muertos. Apuesto a que es el mismo que se ha estado cargando a los demás camellos.

Tucker sacudió la cabeza.

-¿A Rick y a Billy también? No me lo creo.

-Mira, Henry, tanto si te lo crees como si no, eso es lo que se dice por ahí, ¿de acuerdo? Por tanto, procura tomártelo en serio... -Charon estuvo a punto de añadir «chico», pero se abstuvo pensando que a Henry tal vez no le gustaría tanta campechanía. Al fin y al cabo, el hombre también tenía su susceptibilidad-.

Quienquiera que sea, está claro que es un profesional. ¿Lo has entendido? Un profesional.

-Tony y Eddie -dijo Tucker en voz baja.

-Eso creo yo también, Henry, pero no es más que una conjetura.

Charon abandonó el aparcamiento en su vehículo.

Sin embargo, nada de todo aquello tenía sentido, pensó Tucker mientras enfilaba la Edmonson Avenue. ¿Por qué iban Tony y Eddie a hacer semejante cosa? ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Ellos apenas sabían nada acerca de sus negocios, sabían simplemente que existían y que Tucker quería que no le pusieran trabas y le dejaran en paz mientras se iba convirtiendo poco a poco en su proveedor importante. Que le perjudicaran el «negocio» sin antes intentar sobornar a los que intervenían en su peculiar método de importar la mercancía no era lógico. Sobornar... no era la palabra más apropiada, pero...

Soborno. ¿Y si Billy todavía estaba vivo? ¿Y si Billy había cerrado un trato y Rick no había estado de acuerdo? Era una posibilidad. Rick era débil, pero más digno de confianza que Billy, «Billy liquida a Rick, se carga a Doris y arroja el cadáver en algún sitio... Eso Billy sabe hacerlo muy bien... pero ¿por qué? ¿Acaso ha establecido contacto con alguien? ¿Con quién? El pequeño y ambicioso bastardo de Billy –pensó Tucker–. No es muy listo, pero tiene ambición y sabe ser duro cuando las circunstancias lo exigen.

Posibilidades. Billy entra en contacto con alguien. ¿Con quién? ¿Qué sabe Billy? Sabe dónde se procesa la mercancía, pero no cómo se recibe... a lo mejor, lo ha descubierto por el olor del formol que despiden las bolsas de plástico. Henry siempre había tenido cuidado con eso; cuando Tony y Eddie le ayudaban a empaquetar la mercancía en la fase inicial, él se tomaba la molestia de colocarlo todo de nuevo en otra bolsa para jugar sobre seguro. Pero en los dos últimos pedidos no lo había hecho... maldita sea. Había cometido un error. Billy sabía vagamente dónde se procesaba el producto, pero ¿podría localizar el lugar por su cuenta? Henry lo dudaba. Billy no sabía nada de embarcaciones y ni siquiera le gustaban. El arte de la navegación no se dominaba fácilmente.

«Pero Eddie y Tony saben algo de barcos, idiota», pensó.

Pero ¿qué razón habrían tenido para enemistarse con él, ahora que todo marchaba viento en popa?

¿A quién más había molestado? Bueno, estaban los de NuevaYork, pero nunca había mantenido tratos directos con ellos, aunque había invadido su mercado, aprovechando una escasez de suministros para introducirse. ¿Y si estaban enfadados por ese motivo?

¿Y los de Filadelfia? Habían actuado de intermediarios entre él y los de Nueva York, y a lo mejor sentían envidia. Quizá se habían enterado de lo de Billy.

También cabía la posibilidad de que Eddie hubiera traicionado a Tony y a Henry al mismo tiempo.

Cabían muchas posibilidades. Con independencia de lo que estuviera ocurriendo, Henry controlaba todavía los canales de importación. Y, por encima de todo, tenía que defender lo suyo, su propio territorio y sus conexiones. Las cosas empezaban a resultar rentables. Le había costado muchos años de esfuerzo alcanzar la cumbre en que ahora se encontraba, pensó, girando hacia su casa. Volver a empezar entrañaría unos riesgos que, una vez superados, a nadie le apetece volver a correr. Irse a otra ciudad y montar una nueva red. Lo de Vietnam se enfriaría muy pronto. El envío de cuerpos del que dependía empezaba a menguar. Cualquier problema que surgiera en aquellos momentos podía echarlo todo por tierra. Si conseguía mantener en marcha la operación que, en el peor de los casos, le reportaría diez millones de dólares, y cerca de veinte en caso de que jugara bien sus cartas, podría dejar aquel negocio para siempre. La opción no carecía de atractivo. Dos años de elevados beneficios le compensarían con creces del esfuerzo que le había impuesto llegar hasta allí. Tal vez no le fuera posible volver a empezar desde cero. Tenía que luchar y defender lo que era suyo.

«Tienes que luchar, chico», pensó mientras empezaba a concebir un plan. Ya había transmitido la orden: Quería a Billy, y lo quería vivo. Había hablado con Tony y le había sondeado acerca de que Eddie estuviera participando en alguna jugada y de que hubiera establecido alguna relación con los rivales del norte. A partir de allí empezaría a reunir información y actuaría con contundencia.

«Hay un lugar apropiado», pensó Kelly. El Springer navegaba muy despacio. El truco consistía en encontrar ese lugar. Se acercaría a un recodo del río. Allí había uno. Estudió la línea costera. Vio algo que parecía una escala, probablemente un internado, pero no había luces en los edificios. Al fondo había una pequeña y soñolienta ciudad con alguna que otra luz encendida; aproximadamente cada dos minutos circulaba un coche por la calle principal. La embarcación siguió navegando lentamente hacia otro recodo todavía mejor. Allí habla una finca probablemente dedicada a la plantación de tabaco, con una casa grande a unos seiscientos metros de distancia. Los dueños estarían dentro, disfrutando del aire acondicionado. Las luces del interior y la televisión les impedirían ver lo que ocurría fuera. Kelly decidió arriesgarse.

Dejó los motores en marcha y se acercó a la orilla, soltando una pequeña ancla. Actuó con sigilo y rapidez, bajando al agua su pequeño bote de remo y empujándola hacia la popa. No le resultó difícil pasar a Billy sobre la borda, pero no pudo colocar el cuerpo en el bote. Corrió al camarote y regresó con un chaleco salvavidas que le colocó a Billv antes de arrojarlo por la borda. De este modo lo consiguió. Ató el chaleco a la popa y remó hacia la orilla. Tardó tan sólo tres o cuatro minutos en alcanzar la cenagosa orilla. Vio que el edificio era una escuela. Probablemente habría cursos de verano y un equipo de mantenimiento cuyos miembros acudirían allí por la mañana. Saltó de la barca y arrastró a Billy a la orilla antes de quitarle el chaleco salvavidas.

-Ahora te quedas aquí.

-...me quedo...

-Eso es.

Kelly esbozó una sonrisa y empujó el bote hacia el agua. Mientras regresaba remando a su barco, su posición de cara a popa le obligó a mirar a Billy. Lo había dejado allí desnudo y sin identificación. Las únicas huellas distintivas eran las que él le había provocado. Había

jurado que nunca le habían tomado las huellas digitales. De ser cierto, no habría manera de que la policía lo identificara fácilmente y lo más probable era que no lo consiguiera jamás. No viviría mucho tiempo en el estado en que se encontraba. Las lesiones cerebrales eran más graves de lo que Kelly se había propuesto, lo cual permitía suponer que otros órganos internos también habían resultado gravemente lesionados. No obstante, Kelly se había compadecido un poco de él. Probablemente los cuervos no tendrían ocasión de picotearlo. Eso lo harían los médicos. Diez minutos más tarde, Kelly navegaba de nuevo con el Springer aguas arriba del Potomac.

Dos horas más tarde, Kelly avistó el puerto deportivo de la base naval de Quantico. Estaba muy cansado y se acercó lentamente a uno de los amarres para visitantes situado al extremo de un embarcadero.

-¿Quién es usted? -preguntó una voz en la oscuridad.

-Me llamo Clark -contestó Kelly-. Creo que ustedes me esperaban.

- Pues sí. Bonita embarcación -dijo el hombre, regresando a la pequeña caseta.

A los pocos minutos, bajó un automóvil por la pendiente de la colina en la que se levantaba la residencia de oficiales.

- Llega temprano -dijo Marty Young.

-Es mejor empezar cuando antes, señor. ¿Sube a bordo?

-Gracias, señor Clark.

-Marty miró a su alrededor en cuanto entró en el compartimiento principal-. ¿Cómo consiguió usted esta maravilla? Yo tengo que conformarme con una pequeña embarcación a vela.

-Creo que no estoy obligado a responder, señor -contestó Kelly-. Disculpe.

El general Young sonrió.

-Dutch dice que usted participará en la operación.

-Sí, señor.

-¿Seguro que está en condiciones de hacerlo?

-Young observó el tatuaje del antebrazo de Kelly se preguntó por su significado.

-Trabajé en Phoenix durante más de un año, señor. ¿Qué clase de personas se han incorporado?

-Todos los hombres pertenecen a Reconocimiento. Los estamos sometiendo a un adiestramiento muy duro.

-¿Empiezan sobre las cinco y media? -preguntó Kelly.

-Así es. Mandaré a alguien a recogerle. -Young esbozó una sonrisa-. Es. necesario que usted también se encuentre en excelente forma

Kelly se limitó a sonreír.

-De acuerdo, mi general.

-Bien, ¿qué es eso tan importante? -preguntó Piaggi, irritado por el hecho de que lo importunaran en una noche de un fin de semana.

-Creo que alguien me la está jugando -dijo Tucker-. Quiero saber quién es.

-¿De veras? -Por eso era tan importante la reunión, a pesar de lo inapropiado del momento, pensó Tony-. Dime qué ha sucedido.

-Alguien ha estado liquidando camellos en la zona oeste.

- Lo he leído en la prensa -dijo Piaggi, escanciando un poco de vino en la copa de su visitante. En situaciones como aquélla convenía guardar las buenas formas. Tucker jamás formaría parte d la familia a la que pertenecía Piaggi, pero era un socio muy va - lioso-. ¿Por qué es tan importante, Henry?

- El mismo tío se cargó a dos de mis hombres. Rick y Billy, -Los mismos que...

- Exacto. Y además ha desaparecido una de mis chicas -añadió Tucker con indiferencia. Se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo, estudiando los ojos de Piaggi.

- ¿Robo?

- Billy tenía unos setenta mil dólares en efectivo. La policía los encontró allí mismo. -Tucker facilitó otros detalles-. La policía piensa que es obra de un auténtico profesional.

-¿Tienes otros enemigos en la calle? -inquirió Tony. La pregunta no era muy inteligente. Todo el mundo tenía enemigos en aquel negocio, pero lo importante era saber sortearlos.

-Ya me he encargado de que la policía sepa quiénes son mis principales competidores.

Piaggi asintió. Era una práctica normal en aquel negocio, aunque un tanto arriesgada. La desechó con un encogimiento de hombros. A veces Henry se comportaba como un auténtico vaquero y era una fuente ocasional de preocupación para Tony y sus colegas. Pero Henry también podía mostrarse extremadamente cuidadoso, en caso necesario, y sabía combinar muy bien ambos rasgos de su carácter.

-¿Una venganza?

-Nadie se hubiera largado dejando la pasta.

-Muy cierto -reconoció Piaggi-. He de hacerte una confidencia, Henry. Yo no dejo un paquete como ése tirado por ahí de cualquier manera.

«No me digas», pensó Tucker.

-Mira, Tony, o el tío tuvo un fallo o intenta decirme algo. Ya se ha cargado a siete u ocho tipos muy listos. Liquidó a Rick con una navaja y creo que en eso no falló, ¿eh?

Curiosamente, cada uno de ellos pensaba que la utilización de una navaja era propia del otro. Henry creía que las navajas eran las armas típicas de los italianos, y Piaggi las consideraba el sello distintivo de los negros.

-Pues a mí me han dicho que alguien está acabando con los camellos, un tío bajito.

-A uno lo mataron con una escopeta de caza, disparándole a quemarropa en el vientre. La policía está controlando cuidadosamente a los vagabundos.

-Vaya -suspiró Piaggi.

A Henry no se le escapaba ningún dato, pero era lógico que así fuera, pues vivía cerca de aquella zona de la ciudad y su red de información forzosamente tenía que ser más rápida que la de Piaggi.

-Parece que se trata de un profesional -terminó Tucker-. Un tío muy experto, ¿sabes?

Piaggi asintió con la cabeza mientras su mente se debatía en un pequeño e irónico dilema. La existencia de asesinos de la mafia altamente cualificados era en buena parte una ficción creada por el cine y la televisión. Los asesinatos corrientes no eran en general la obra de un experto sino algo que llevaba a cabo un miembro de la organización que se dedicaba a tareas de tipo fundamentalmente económico. No existía una clase especial de asesinos que esperaran pacientemente las llamadas telefónicas, hicieran el trabajo y después regresaran a sus lujosas residencias en espera de la siguiente llamaba. Lo cual no significaba que no hubiera algunos miembros hábiles y expertos en tales menesteres, que simplemente adquirían fama de no dejarse impresionar por los asesinatos... lo cual significaba que la eliminación se llevaba a cabo con el mínimo alboroto posible, pero no con la máxima habilidad. Los llamados psicópatas no abundaban, ni siquiera en la mafia, y los asesinatos fallidos eran la norma y no la excepción. Por consiguiente, «profesional» para Henry significaba algo que sólo existía en la ficción, una imagen televisiva de un sicario de la mafia. Pero ¿cómo demonios podía explicárselo a Tucker?

– No es uno de los míos, Henry –dijo Tony, tras reflexionar un instante.

Lo cual no significaba que no tuviera asesinos a sueldo, pensó Piaggi, observando el efecto de sus palabras en su socio. Henry siempre había dado por sentado que Piaggi era un experto en asesinatos, pero Tony sabía que Tucker tenía mucha más experiencia que él en aquella faceta del negocio, otra cosa que hubiera debido explicarle, si bien no era el momento más indicado para hacerlo. Estudió el rostro de Tucker, tratando de leer sus pensamientos mientras apuraba la copa de Chianti.

«¿Cómo puedo saber que no miente?» No era necesaria ninguna percepción especial para leer aquel pensamiento.

–¿Necesitas ayuda, Henry? –preguntó Piaggi para romper el embarazoso silencio.

–Creo que no eres tú. Te considero demasiado listo –dijo Tucker, apurando su propia copa.

–Me alegro de oírtelo decir. –Tony sonrió y volvió a llenar las copas.

–¿Qué me dices de Eddie?

–¿A qué te refieres?

–¿Ingresará alguna vez? –preguntó Henry, bajando la vista y moviendo el vino en la copa.

Tony siempre sabía establecer la atmósfera más adecuada para una conversación de negocios. Ésa era una de las razones por las cuales ambos se tenían simpatía. Tony era amable, considerado y educado, incluso cuando le hacían preguntas indiscretas.

–Eso es algo muy delicado, Henry, y la verdad es que no debería hablar de ello contigo. Tú nunca ingresarás y lo sabes muy bien.

–O sea que en la organización no hay igualdad de oportunidades, ¿eh? Bueno, no importa. Sé que nunca encajaría en ella. Así podremos seguir haciendo negocios juntos, Anthony. En cuanto a Eddie...

Tucker sonrió para romper la tensión y facilitarle a Tony la tarea de responder a su pregunta. Vio cumplido su deseo.

–No –contestó Piaggi tras meditar un instante–. Nadie cree que Eddie tenga lo que hay que tener.

–A lo mejor está tratando de demostraros que sí lo tiene.

–No lo creo. –Piaggi sacudió la cabeza–. No es tan tonto.

–Pues entonces, ¿quién? –preguntó Tucker–. ¿Quién puede haber provocado esa serie de asesinatos? ¿Quién puede haber sido capaz de darle la apariencia de un trabajo profesional? «Eddie no es lo bastante listo para eso.» Piaggi lo sabía o creía saberlo.

–Mira, Henry, echar a Eddie nos causaría serios problemas. –Tony hizo una pausa–. Pero haré las debidas averiguaciones.

–Gracias –dijo Tucker. Inmediatamente se levantó y se marchó, dejando a Tony con su copa de vino.

Piaggi se quedó en la mesa. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? ¿Estaría diciendo Henry la verdad? Probablemente sí, pensó. El era el único contacto de Henry con la organización y el hecho de cortar aquel nexo hubiera sido muy malo para todos. Aunque Tucker llegara a ser muy importante, jamás sería uno de los suyos. Pero era listo y distribuía muy bien el producto. La organización disponía de montones de hombres como él, tanto miembros como colaboradores externos cuyo valor y cuya posición eran proporcionales a su utilidad. De hecho, muchos de ellos ejercían más poder que algunos miembros, pero siempre había una diferencia. En una auténtica disputa, el hecho de que uno perteneciera a la organización significaba mucho... en la mayoría de los casos lo significaba todo.

Eso explicaba ciertas cosas. ¿Y si Eddie envidiaba la posición de Henry? ¿Acaso ansiaba convertirse en miembro de la organización hasta el extremo de no importarle perder los beneficios de que disfrutaba con tal de conseguir su propósito? Era absurdo, se dijo Piaggi. Pero ¿había algo que no lo fuera?

-!Eh, los del Springer! –gritó una voz.

El cabo se sorprendió al ver que la puerta del camarote se abría inmediatamente. Pensaba que tendría que sacudir a aquel civil para sacarle de su mullido lecho. Pero vio aparecer a un hombre con botas de campo y uniforme de diario. No eran prendas propias de la Armada, pero bastaban para demostrar que el hombre se tomaba las cosas en serio. Observó que había quitado las placas de identificación y algún otro detalle y ello le indujo a valorar la seriedad del señor Clark.

–Por aquí, señor –dijo el cabo, indicando el camino con un gesto de la mano. Kelly le

siguió sin decir nada.

Sabía muy bien que lo de «señor» no significaba nada. En caso de duda, un marine llamaría «señor» a una farola de la calle. Siguió al joven hasta un automóvil. Mientras el vehículo se ponía en marcha y cruzaba las vías del tren para ascender por la ladera de la colina, deseó haber podido dormir unas horas más.

–¿Es usted el chófer del general?

–Sí, señor.

Ésa fue toda la conversación.

Había unos veinticinco hombres de pie bajo la bruma matinal, haciendo calentamiento y conversando entre sí mientras el oficial al mando recorría arriba y abajo las filas en busca de ojos legañosos o actitudes descuidadas. Las cabezas se volvieron cuando el automóvil del general se detuvo y de él descendió un hombre. Vieron que llevaba un traje de faena que no pertenecía a la Armada y se preguntaron quién demonios era, sobre todo habida cuenta de que no llevaba ninguna insignia. El hombre se dirigió al oficial de más antigüedad.

–¿Es usted el artillero Irvin? –preguntó Kelly.

El sargento de artillería Paul Irvin asintió con la cabeza, estudiando con discreción al visitante.

–Sí, señor. ¿Es usted el señor Clark?

–Por lo menos procuro serlo, a tan temprana hora de la mañana –contestó Kelly.

Ambos hombres cambiaron una mirada. Paul Irvin era negro y de aspecto muy serio. No resultaba tan descaradamente amenazador como Kelly esperaba, pero tenía una mirada recelosa y aguda tal como era de suponer en un hombre de su edad y experiencia.

– ¿Está usted en buena forma? –preguntó Irvin.

–Sólo hay un medio de averiguarlo –contestó Clark. Irvin esbozó una amplia sonrisa.

– Muy bien. Le permitiré dirigir la carrera, señor. Nuestro capitán está haciendo ejercicio por ahí.

«¡Mierda!»

–Bien. Vamos a soltarnos un poco.

Irvin se acercó a la formación, ordenando a los hombres que se cuadraran. Kelly se situó a la derecha de la segunda fila.

–¡Buenos días, marines!

–¡Buenos días, señor! –contestaron los hombres al unísono.
La gimnasia cotidiana no fue precisamente muy divertida, pero Kelly no tuvo que hacer una exhibición. Observó cómo Irvin se iba poniendo cada vez más serio y hacía los ejercicios cual un robot. Media hora más tarde, los hombres ya habían soltado

las articulaciones e Irvin les ordenó que se pusieran firmes en preparación para el inicio de la carrera.

–Señores, quiero presentarles al señor Clark, el nuevo miembro de nuestro equipo. El dirigirá la carrera conmigo.

–No sé adónde demonios vamos –dijo Kelly en voz baja mientras ocupaba su puesto.

Irvin esbozó una extraña sonrisa.

– No se preocupe, señor. Cuando se caiga, tenga la bondad de seguirnos.

– Le concederé unos metros de ventaja, si lo prefiere –replicó Kelly de profesional a profesional.

Cuarenta minutos después Kelly marchaba todavía en cabeza, posición que le permitía poder marcar el ritmo de la carrera.

Otra de sus preocupaciones era evitar los tambaleos, lo cual le resultaba bastante difícil, pues cuando el cuerpo se cansa, lo primero que se pierde es el control de la sincronía.

–Izquierda –dijo Irvin, señalando con el dedo.

Kelly no sabía que necesitaba diez segundos para hacer acopio de aire y poder hablar. Por si fuera poco, tenía que soportar la carga adicional de cantar la cadencia. El nuevo camino, un simple sendero de tierra, los condujo al pinar.

«Edificios... oh, Dios mío... que sea la meta.» Jadeaba incluso para pensar. El camino era un poco tortuoso, pero, al ver unos automóviles, Kelly supuso que aquello tenía que ser algo. Se detuvo casi por sorpresa y gritó para reducir la velocidad de la formación: -¡Marcha rápida!

«¿Maniquíes?»

- Destacamento -gritó Irvin-. ¡Alto! ¡Rompan... filas! -añadió.

Kelly tosió varias veces, efectuó unas flexiones y bendijo sus carreras en el parque y en su isla por haberle permitido sobrevivir a la paliza de aquella mañana.

- Muy lento -sentenció Irvin.

-Buenos días, señor Clark.

Uno de los automóviles era de verdad, según pudo comprobar Kelly: James Greer y Marty Young le estaban saludando con la mano.

-Buenos días. Espero que hayan dormido bien -les dijo Kelly.

- Se ofreció usted voluntario, John -señaló Greer.

-Esta mañana han tardado cuatro minutos más -observó Young-. Pero no está mal para un fantasma.

Kelly apartó el rostro. Tardó aproximadamente un minuto en comprender lo que escenificaba aquel lugar.

- ¡Maldita sea!

-Allí tiene su colina -dijo Young indicándola.

-Aquí los árboles son más altos -dijo Kelly, calculando la distancia.

-La colina también. Es una acuarela.

- ¿Esta noche? -preguntó Kelly. No era difícil captar el significado de las palabras del general.

-¿Se siente con ánimos?

- Supongo que tendremos que saber cuándo comenzará la misión.

- Eso no es necesario todavía -terció Greer.

-¿Con cuánta antelación lo sabremos?

El funcionario de la CIA sopesó la pregunta antes de contestar.

- Tres días antes de que nos pongamos en marcha. Entraremos en los parámetros de la misión dentro de unas horas. De momento, observe a estos hombres.

Greer y Young se encaminaron hacia su automóvil.

- Sí, señor -contestó Kelly, contemplando sus espaldas. Los hombres estaban bebiendo café. Kelly tomó una taza y empezó a conversar con los del equipo de asalto.

-No ha estado mal -dijo Irvin.

-Gracias, siempre he pensado que es una de las cosas importantes que hay que saber en este trabajo.

_¿Qué cosa?

_Aprender a escapar con la mayor rapidez y a la mayor distancia posible.

Irvin soltó una carcajada.

Luego comenzó la primera tarea del día, algo que ayudaría a los hombres a relajarse un poco y a reírse y gastar bromas entre sí. Empezaron a cambiar a los maniquíes de sitio. El hecho de asociar a las distintas mujeres con los distintos niños ya se había convertido en un ritual. Habían descubierto que podían modificar los atuendos de las modelos, lo cual les hacía muchísima gracia. Dos hombres habían sacado unos sucintos bikinis que les pusieron con gran ceremonia a dos figuras femeninas recostadas. Kelly lo observó todo con incrédulo asombro y después descubrió que, en aras del realismo, las modelos de los trajes de baño tenían los cuerpos pintados. «¡Qué barbaridad -pensó-, y eso que dicen que los marines son unos rijosos!»

El Ogden era un barco nuevo o casi nuevo, pues se había botado en los astilleros de

Nueva York en 1964. Tenía un aspecto un poco raro, medía ciento setenta y cinco metros de eslora y cerca de proa había una superestructura bastante normal y ocho cañones para incordiar a los aviones enemigos. Lo más curioso era la zona de popa, plana por encima y hueca por debajo. La parte plana era para el aterrizaje de helicópteros y la de abajo se podía inundar y servía para las lanchas de desembarco. Junto con otros once buques de sus mismas características, había sido diseñado para el apoyo de operaciones de desembarco de las misiones de ataque anfibio que la Armada había inventado en los años veinte y había perfeccionado posteriormente en los cuarenta. Pero ahora los buques anfibios de la flota del Pacífico no desarrollaban ninguna función, pues los marines eran transportados generalmente en vuelos chárter hasta los aeropuertos convencionales, por lo que algunos anfibios estaban siendo reciclados para otras misiones, tal como ocurría con el Ogden.

Las grúas estaban depositando una serie de camionetas con remolque en la cubierta de aterrizaje. Una vez allí, los grupos de cubierta instalaron varias antenas radiofónicas. Lo mismo estaban haciendo en la superestructura. La actividad se desarrollaba a la vista, pues no había forma de ocultar un buque de guerra de diecisiete mil toneladas, por lo que resultaba evidente que el Ogden, al igual que otros dos barcos, se estaba convirtiendo en una plataforma para la recepción de información secreta electrónica, es decir, de INEL. El barco zarpó de la base naval de San Diego poco antes de la puesta del sol sin escolta alguna y sin las tropas de marines para cuyo transporte había sido construido. Los treinta oficiales y los cuatrocientos noventa hombres de la tripulación se entregaron a la rutina de costumbre, realizando ejercicios de adiestramiento y haciendo lo que casi todos ellos habían optado por hacer al incorporarse voluntariamente a la Armada en lugar de arriesgarse a ir a parar a otro sitio. Poco después de la puesta del sol el buque ya había desaparecido del horizonte y su nueva misión había sido comunicada a los interesados. Con la cubierta de aterrizaje repleta de remolques y antenas semejantes a un bosque de árboles quemados y sin ningún marino a bordo, el buque parecía inofensivo. Así lo habían supuesto los que lo habían visto.

Doce horas más tarde y a doscientas millas mar adentro, Los segundos oficiales reunieron a los grupos de la división de cubierta y ordenaron a los perplejos jóvenes soltar todos los remolques (que, por cierto, estaban vacíos), menos uno, y abatir todas las antenas sobre la cubierta de aterrizaje. Las de la superestructura se quedarían donde estaban. Primero guardaron las antenas en las amplias bodegas de almacenamiento. Después empujaron hasta allí los remolques, dejando la cubierta de aterrizaje totalmente desocupada.

En la base naval de Subic Bay, el comandante del Newport News, junto con el segundo comandante y el oficial de artillería, estudió las misiones del siguiente mes. Su buque era uno de los últimos cruceros auténticos que quedaban en el mundo, con cañones de ocho pulgadas que muy pocos tenían. Eran cañones semiautomáticos que cargaban la pólvora con cilindros metálicos de cartuchos que sólo diferían por el tamaño de los que un cazador de venados utilizaría en su Winchester 30-30. El Newport News, capaz de alcanzar casi las veinte millas, podía disparar un sorprendente volumen de fuego, tal como había podido comprobar apenas dos semanas atrás, para su desgracia, un batallón del ejército norvietnamita. Cincuenta descargas por cañón y minuto. El cañón central de la torreta número dos estaba dañado y, por tanto, el crucero sólo podría colocar cuatrocientas descargas por minuto en un blanco, si bien ello equivaldría a una serie de bombas de cincuenta toneladas. La misión del crucero, según le acababan de comunicar al capitán, era atacar ciertas baterías antiaéreas de la costa vietnamita. Al capitán le habría gustado entrar por la noche en el puerto de Haifong.

-Este chico parece saber lo que se lleva entre manos... por lo menos, de momento -comentó el general Young hacia la una y cuarto.

-Es mucho pedirle que haga algo así la primera noche, Marty -replicó Dutch Maxwell.

-Pero bueno, Dutch, si quieres jugar con mis marines...

Así era Young. Todos eran «sus» marines. Había sobrevolado Guadalcanal con Foss, había cubierto el regimiento de Chesty Puller en Corea y era uno de los hombres que habían perfeccionado el apoyo aéreo directo hasta convertirlo en un arte.

Se encontraban en lo alto de la colina que daba al emplazamiento que Young acababa de levantar. Quince marines de reconocimiento se hallaban diseminados por las laderas para detectar y eliminar a Clark en cuanto éste empezara a subir hacia el punto que le habían indicado. Hasta el general Young lo consideraba una prueba excesivamente dura tratándose del primer día de Clark en el equipo, pero Jim Greer se había deshecho en elogios hablando de él y convenía que le bajaran un poco los humos. Con eso Dutch Maxwell también estaba de acuerdo.

-Cochina manera de ganarse la vida -comentó Maxwell, que contaba en su haber con mil setecientos aterrizajes en portaviones.
-Leones, tigres y osos -dijo Young, soltando una carcajada-.

La verdad es que no espero que lo consiga la primera vez. Tenemos gente muy buena en nuestro equipo, ¿no es cierto, Irvin>

- Sí, señor -contestó el sargento de artillería.

- ¿Y qué opina de Clark? -preguntó Young.

-Parece que conoce el negocio, señor -reconoció Irvin-. Está en bastante buena forma para ser un civil... y me gustan sus ojos.

- ¿Ah, sí?

-¿No se ha dado usted cuenta, señor? Tiene unos ojos terriblemente fríos. Seguramente le sobra experiencia. -Hablaban en susurros. Kelly tenía que llegar hasta ellos, pero no querían que sus voces le facilitaran la tarea y tampoco querían añadir ruidos extraños capaces de enmascarar los rumores de los bosques-. Pero esta noche no le va a servir de nada. Les he dicho a mis hombres lo que les ocurrirá si Clark logra atravesar la línea al primer intento.

-¿Es que ustedes los marines no saben jugar limpio? -protestó Maxwell, esbozando una invisible sonrisa.

Irvin supo dar la respuesta.

- Señor, «limpio» para mí significa que todos mis marines regresen vivos. Y los demás que se vayan al infierno, con perdón, señor.

- Es curioso, sargento, pero ésa ha sido siempre también mi definición de «limpio».

«Este tipo hubiera sido un comandante en jefe estupendo», pensó Maxwell.

-¿Ha seguido usted las finales de béisbol, Marty?

Se empezaban a relajar. No había manera de que Clark consiguiera su objetivo.

-Creo que los Orioles serán bastante duros.

- Señores, estamos perdiendo la concentración -terció diplomáticamente Irvin.

-Muy cierto. Discúlpenos, se lo ruego -contestó el general Young.

Ambos oficiales de alta graduación enmudecieron mientras las manecillas luminosas de sus relojes de pulsera se iban acercando a las tres en punto, la hora acordada del término de la operación. Durante una hora no oyeron hablar y ni siquiera respirar a Irvin. Para el general fue una experiencia muy agradable, pero no así para el almirante, el cual no era aficionado a los bosques llenos de insectos que chupaban la sangre y probablemente de serpientes y toda suerte de alimañas desagradables con las que uno no solía tropezarse en la cabina de un avión de combate. Se oía el susurro de la brisa entre los pinos, el vuelo de los murciélagos y las lechuzas y de otras criaturas voladoras nocturnas, y poco más. Al final los relojes marcaron las 2.55. Marty Young se levantó y se desperezó, buscando un cigarrillo en el bolsillo.

-¿Alguien tiene un cigarrillo? Necesito fumar un poco -murmuró una voz.

-Aquí tiene, marine -dijo el magnánimo general Young, alargando la mano en medio de la oscuridad. De pronto, pegó un salto hacia atrás-. ¡Mierda!

-Personalmente, mi general, yo creo que Pittsburgh va a ser muy duro este año. Los Orioles están un poco flojos en los lanzamientos.

-Kelly dio una calada al cigarrillo sin inhalar el humo y lo arrojó al suelo.

- ¿Cuánto rato lleva aquí? -preguntó Maxwell.

- ¡Leones y tigres y osos! -dijo Kelly, imitando su voz-. Le he «matado» a usted sobre la una y media, señor.

- ¡Menudo cabrón! -exclamó Irvin-. Me ha matado a mí.

- Y usted ha tenido la amabilidad de estarse quieto.

Maxwell encendió la linterna. El señor Clark -el vicealmirante había decidido cambiarle también mentalmente el nombre al chico- se encontraba allí de pie con una navaja de goma en la mano y la cara pintarrajeada de verde y negro. Por primera vez desde la batalla de Midway, su cuerpo se estremeció de miedo. Una sonrisa iluminó el rostro de Kelly mientras éste se guardaba la «navaja» en el bolsillo.

-¿Cómo demonios lo ha conseguido? -preguntó Maxwell.

-Creo que lo he hecho bastante bien, vicealmirante.

-Kelly rió por lo bajo mientras cogía la cantimplora que le ofrecía Marty Young-. Si se lo dijera, señor, todo el mundo podría hacerlo, ¿no cree?

Irvin se levantó y se acercó al civil.

-Señor Clark, creo que nos será de utilidad.

XXII. TÍTULOS

Grishanov se encontraba en la embajada. Hanoi era una ciudad muy rara, una mezcla de arquitectura imperial francesa, personas amarillas de baja estatura y cráteres de bombas. Viajar por el país en guerra constituía un insólito ejercicio, y más todavía si se hacía en un automóvil con pintura de camuflaje. Un cazabombardero norteamericano que regresara de alguna misión con una bomba sobrante o un poco de munición de 20 mm hubiera podido utilizar fácilmente el vehículo para hacer prácticas, pesar de que no solían hacerlo. Por suerte, el día estaba nublado y amenazaba tormenta y la actividad aérea se había reducido al mínimo, lo cual le permitía relajarse aunque no disfrutar del viaje. Los puentes volados y las carreteras llenas de cráteres hicieron que el viaje durara tres veces más de lo normal. Viajar en helicóptero hubiera sido más rápido aunque infinitamente más peligroso. Los norteamericanos tendían a suponer que un automóvil podía ser de propiedad civil... ¡en un país donde la bicicleta era un símbolo de estatus social! Grishanov no podía creerlo, pero un helicóptero era un avión y el hecho de abatirlo se consideraba una victoria bélica. La embajada de Hanoi era un edificio de hormigón donde la electricidad se iba y venía –justo en aquel momento se había ido– y el aire acondicionado era una fantasía. Las ventanas abiertas y las persianas que no encajaban en los marcos permitían que los insectos camparan a sus anchas y se encontraran más a gusto que las personas que trabajaban y sudaban allí dentro. A pesar de todo, había merecido la pena hacer el viaje para visitar la embajada de su país, hablar su lengua natal y dejar de ser un semidiplomático aunque sólo durante unas horas.

_¿Y bien? –preguntó el general.

–Todo va muy bien, pero necesito más gente. Es demasiado para un solo hombre.

–No puede ser. –El general ofreció a su huésped un vaso de agua mineral cuyo principal componente era la sal. Los rusos solían consumirla en grandes cantidades–. Nikolai Yeguenievich, esta gente vuelve a ponerse pesada.

–Camarada general, sé que sólo soy un piloto de combate y no un teórico de la política. Sé que nuestros fraternos aliados socialistas están en el frente del conflicto entre el marxismo-leninismo y el reaccionario Occidente capitalista. Sé que esta guerra de liberación nacional constituye una parte esencial de nuestra lucha por liberar al mundo de la opresión...

–Sí, Kolya... –El general esbozó una sonrisa, impidiendo que aquel hombre soltara su

sarta de clichés ideológicos–, sabemos que todo eso es cierto. Vaya al grano. Tengo una agenda de trabajo muy apretada.

El coronel asintió con la cabeza en gesto de agradecimiento.

–Estos pequeños y arrogantes hijos de puta amarillos no colaboran. Nos utilizan, me utilizan a mí y utilizan a nuestros prisioneros para chantajearnos. Si eso es el marxismo-leninismo, yo soy trotskista.

Era una broma que muy pocos hubieran podido tomarse a la ligera, pero el padre de Grishanov era un miembro del Comité Central con un historial político impecable.

–¿Qué ha averiguado, camarada coronel? –preguntó el general para encauzar de nuevo la conversación.

–El coronel Zacharias es todo lo que nos habían dicho y mucho más. Ahora estamos planeando la defensa del Rodina contra los chinos. Él es el jefe del «equipo azul».

–¿Cómo? –El general parpadeó–. Explíquese.

–Zacharias es piloto de combate, pero también es experto en la destrucción de defensas antiaéreas. ¿Se imagina? Sólo ha pilotado bombarderos como invitado, pero ha proyectado efectivamente la misión del Mando Aéreo Estratégico (MAE) y me ha revelado su doctrina para eludir y suprimir las defensas. Y todo eso lo está haciendo por mí.

-¿Notas?

El rostro de Grishanov se ensombreció.

– Están en el campamento. Nuestros fraternos camaradas socialistas las están «estudiando». Camarada general, ¿sabe usted lo importantes que son esos datos?

El general, que era un oficial de carros de combate y no un piloto, estaba considerado uno de los astros más fulgurantes del firmamento militar soviético y se había desplazado a Vietnam para estudiar la actuación de los norteamericanos. Esa era una de las principales tareas de las fuerzas armadas de su país.

– Supongo que deben de ser muy valiosos.

Kolya se inclinó hacia delante.

–Dentro de dos meses, puede que seis semanas, podré contraplanear el MAE. Podré pensar como ellos piensan. No sólo conoceré sus planes presentes sino que sabré también lo que van a pensar en el futuro. Perdone, no quisiera exagerar mi importancia –dijo con toda sinceridad–, pero Zacharias me está dando un cursillo acelerado de doctrina y filosofía norteamericanas. He visto las estimaciones de información secreta que nos facilita el KGB. Por lo menos la mitad de ellas son erróneas. Y eso lo he averiguado a través de un solo hombre. Otro me ha facilitado información sobre su doctrina de portaaviones. Y otro sobre los planes bélicos de la OTAN, camarada general.

– ¿Y cómo lo consigue, Nikolái Yevguenievich? –El general era nuevo en la plaza y sólo se había reunido con Grishanov una vez, aunque conocía su excelente reputación.

–Con amabilidad y comprensión.

– ¿Con nuestros enemigos? –preguntó severamente el general.

– ¿Acaso nuestra misión es infligir dolor a esos hombres? –Kolya señaló con la mano hacia el exterior–. Eso es lo que ellos hacen, ¿y qué reciben a cambio? Sobre todo, mentiras que suenan bien. Mi sección de Moscú ha rechazado casi todo lo que envían esos pequeños monos. Me ordenaron venir aquí para obtener información y eso es lo que estoy haciendo. Aceptaré todas las críticas que se me hagan con tal de conseguir una información veraz, camarada.

El general asintió con la cabeza.

–Muy bien. Pero ¿por qué ha venido aquí?

–¡Necesito más gente! Es demasiado para un solo hombre. ¿Y si me matan, y si contraigo la malaria o sufro alguna intoxicación alimentaria? ¿Quién se encargará de hacer mi trabajo? No puedo interrogar a todos los prisioneros yo solo. Sobre todo ahora que empiezan a hablar y cada vez les dedico más tiempo. Me estoy quedando sin fuerzas. Pierdo continuidad porque el día no tiene suficientes horas.

El general suspiró.

–Lo he intentado. Le ofrecen a usted sus mejores...

–¿Sus mejores qué? –repitió Grishanov, a punto de perder los estribos–. ¿Sus mejores bárbaros? Esos estropearían mi trabajo. Necesito rusos. ¡Hombres, hombres kulturny! Pilotos, oficiales expertos. No estoy interrogando a soldados rasos. Son auténticos guerreros profesionales. Son muy útiles por lo que saben. Y saben mucho porque son inteligentes y, precisamente por eso, no responden bien a los métodos duros. ¿Sabe lo que necesito para seguir aguantando? Un buen psiquiatra. Y otra cosa –añadió, temblando por dentro ante su propia audacia.

–¿Un psiquiatra? Eso no es serio. Dudo que podamos enviarle más hombres. Moscú está retrasando los envíos de misiles antiaéreos por «razones técnicas». Nuestros aliados locales nos están poniendo dificultades, como ya he dicho, y el desacuerdo es cada vez mayor. –El general se reclinó en su asiento y se secó el sudor de la frente–. ¿Cuál es esa otra cosa?

–Esperanza, camarada general. Necesito esperanza –contestó el coronel Nikolai Ycvguenievich Grishanov, haciendo acopio de valor.

–Explíquese.

–Algunos de esos hombres conocen su situación. Probablemente todos la sospechan. Han sido bien informados acerca de lo que les ocurre a los prisioneros aquí y saben que las condiciones de que gozan son excepcionales. Camarada general, los co nocimientos de esos hombres son enciclopédicos. Han acumulado años de información útil.

-Su trabajo tiene un enorme valor.

- No podemos dejarles morir -dijo Grishanov, y añadió para suavizar el impacto de sus palabras-: No a todos. Algunos nos los tendremos que quedar. Algunos nos serán útiles, pero tengo que ofrecerles algo a cambio.

- ¿Llevarlos con nosotros?

- Después del infierno que han vivido aquí...

- ¡Son enemigos, coronel! ¡Han sido adiestrados para matarnos! ¡Guarde su simpatía para sus compatriotas! -rugió el hombre que había luchado en la nieve cerca de Moscú.

Grishanov no cedió terreno, como tampoco lo cediera antaño el general.

- Son hombres como nosotros, camarada general. Poseen conocimientos muy útiles siempre y cuando tengamos la habilidad de sonsacarlos. Así de sencillo. ¿Es mucho pedir que los tratemos con amabilidad y les ofrezcamos algo a cambio de unos datos que nos ayudarán a salvar nuestro país? ¡Los podríamos torturar, tal como han hecho nuestros «fraternos aliados socialistas», pero no conseguiríamos nada! ¿De qué le sirve eso a nuestro país?

Todo se reducía a eso y el general lo sabía. Estudió al coronel y dijo lo que era de esperar:

- ¿Quiere usted que arriesgue mi carrera junto con la suya? Mi padre no es un miembro del Comité Central. -«Este hombre me hubiera sido muy útil en mi batallón...», pensó.

- Su padre fue un soldado -dijo Grishanov-. Tan bueno como usted.

La jugada era muy hábil y ambos lo sabían, pero lo más importante era la lógica y el significado de la propuesta de Grishanov, un golpe de espionaje que dejaría boquiabiertos a los espías profesionales del KGB. Un auténtico soldado con auténtico sentido de su misión sólo podía responder de una manera.

El teniente general Yuri Konstantinovich Rokossovsky sacó una botella de vodka Starka de su escritorio. No de color claro sino oscuro, el mejor y más caro vodka del mercado. Lo escanció en dos copitas.

-No puedo conseguirle más hombres. Y es evidente que no puedo proporcionarle un médico, ni siquiera uniformado, Kolya. Pero intentaré ofrecerle un poco de esperanza.

La tercera convulsión desde su llegada a la casa de Sandy no fue muy intensa, pero Sandy se preocupó. Sarah la calmó con una inyección de barbitúricos. Ya tenían los

resultados de los análisis de sangre y la pobre Doris era una auténtica colección de problemas. Dos tipos de enfermedad venérea, indicios de una infección sistémica y posiblemente de una diabetes leve. Ya habían empezado a atacar los tres primeros problemas con fuertes dosis de antibióticos. El cuarto se trataría por medio de la dieta y más adelante se efectuaría una evaluación. Las señales de malos tratos físicos fueron para Sarah algo así como una pesadilla de otro continente y otra generación. Lo más grave eran las secuelas psicológicas. Al final, Doris Brown cerró los ojos y se quedó dormida.

- Doctora, yo...

- Sandy, ¿quieres llamarme Sarah? Estamos en tu casa, no lo olvides.

La enfermera O'Toole consiguió esbozar una turbada sonrisa. -De acuerdo, Sarah. Estoy preocupada.

-Yo también. Estoy preocupada por su estado físico y por su estado psicológico. Por sus «amigos»...

-Pues yo estoy preocupada por John -dijo Sandy.

Sabía que la situación de Doris estaba controlada. Sarah Rosen era una médica excelente, pero, como todos los buenos médicos, se preocupaba demasiado.

Sarah abandonó la estancia. Aspiraba el aroma del café de la cocina y le apetecía una taza. Sandy la acompañó.

-Sí, eso también. Qué hombre tan extraño e interesante.

-Yo no tiro los periódicos. Cada semana los dejo fuera para que el servicio de recogida se los lleve. Y he echado un vistazo a los ejemplares atrasados...

Sarahs llenó dos tazas. Sandy observó que lo hacía con movimientos delicados

-Dime lo que piensas -dijo la farmacóloga.

-Creo que está asesinando gente. -Le dolió físicamente tenue que decirlo.

-Creo que estás en lo cierto.

-Sarah Rosen se sentó y se frotó los ojos-. Tú no conociste a Pam. Más bonita que Doris, muy delgada, probablemente a causa de una dieta inadecuada. Nos fue fácil desintoxicarla de la droga. Físicamente no la habían maltratado tanto como a Doris, pero las lesiones emocionales eran las mismas. Nunca logramos averiguar toda la historia. Pero eso no es lo más importante.

-Sarah levantó los ojos y O'Toole vio en ellos un profundo y sincero dolor-. La habíamos salvado, Sandy, pero entonces ocurrió algo... algo que hizo cambiar a John.

Sandy apartó el rostro y miró a través de la ventana. Eran las siete y cuarto de la mañana. Vio que los vecinos salían en pijama y bata para recoger los periódicos y las botellas de leche los más madrugadores se estaban dirigiendo a sus automóviles, un proceso que en aquel barrio duraba hasta las ocho y media. Miro de nuevo a Sarah.

-No, Kelly no cambió. Eso estaba ahí. Ocurrió algo... que lo desencadenó, no sé qué fue. Como si se abriera la puerta de una jaula. No le comprendo... en parte se parece a Tim, pero en parte me resulta incomprensible.

-¿Y su familia?

-Su padre y su madre murieron y no tiene hermanos. Eso casado...

-Sí, lo sé. Después vino Pam.

-Sarah sacudió la cabeza-. Siempre tan solo.

-Una parte de mí me dice que es bueno, pero la otra parte...

-La voz de Sandy se perdió.

-Mi apellido de soltera es Rabinowicz -dijo Sarah y bebió un sorbo de café-. Mi familia es originaria de Polonia. Mi padre se marchó cuando yo era demasiado pequeña para recordarlo. Mi madre murió de peritonitis cuando yo tenía nueve años. Contaba dieciocho cuando estalló la guerra -añadió. Para los de su generación, «la guerra» sólo podía significar una cosa-. Teníamos muchos parientes en Polonia. Recuerdo que les escribía cartas. Todos desaparecieron. Todos murieron y todavía no me lo puedo creer.

-Lo siento mucho, Sarah, no lo sabía.

-Una no suele hablar de estas cosas -dijo la doctora Rosen, encogiéndose de hombros-. Me arrebataron algo y no pude impedirlo. Mi prima Reva me escribía a menudo. Supongo que debieron de matarla, pero no sé quiénes ni dónde. Entonces yo era demasiado joven para comprenderlo. Estaba desconcertada. Más adelante sentí cólera, pero... ¿contra quién? No hice nada porque no podía. Y ahora queda el vacío que antes ocupaba Reva. Aún conservo la fotografía en blanco y negro de una niña con trenzas. Tenía doce años, creo. Quería ser bailarina clásica. -Sarah levantó la vista-En la vida de Kelly también hay un vacío.

-Pero la venganza...

-Sí, la venganza. -La expresión de Sarah era de infinita tristeza-. Lo sé. Tendríamos que pensar que es una mala persona, ¿verdad? Llamar a la policía y denunciarle.

-Yo no puedo... mejor dicho, sí puedo, pero es que...

-Yo tampoco. Si es una mala persona, Sandy, ¿por qué ha acompañado a Doris aquí? Está arriesgando su vida en dos sentidos.

-Pero hay algo en el que me da miedo.

-Pudo haber abandonado a la chica sin más -añadió Sarah sin prestar atención a lo que había dicho Sandy-. A lo mejor es una de esas personas que se toman la justicia por su mano. Pero ahora tenemos que ayudarle.

Las palabras de Sarah ayudaron a Sandy a olvidar por un instante sus verdaderas inquietudes.

-¿Qué vamos a hacer con ella?

-Procuraremos curarla y después ella decidirá. ¿Qué más podemos hacer? -preguntó Sarah, adivinando en el rostro de Sandy el verdadero dilema que la acuciaba.

-¿Y John?

Sarah la miró directamente a les ojos.

-Yo jamás le he visto hacer nada ilegal. ¿Y tú?

La jornada estaba dedicada al adiestramiento con las armas. Las espesas nubes que cubrían el cielo significaban que ningún satélite de reconocimiento, ni norteamericano ni soviético, podría ver lo que estaba ocurriendo. Los blancos de cartón estaban re partidos por todas partes y los ojos sin vida de los maniquíes observaban desde la zona de juegos con su arena y sus columpios cómo los hombres emergían de los bosques, cruzaban una puerta simulada y disparaban sus armas. Los blancos quedaron hechos trizas en cuestión de segundos. Dos ametralladoras M.-60 abrieron fuego contra la puerta abierta de los «cuarteles», que ya tenían que estar en ruinas a causa de los disparos de los dos helicópteros de combate Cobra, mientras las fuerzas de asalto corrían hacia el «bloque de la prisión». Allí había otros veinticinco maniquíes en celdas individuales. Cada uno de ellos pesaba unos setenta kilos -nadie pensaba que los norteamericanos de SENDER GREEN

pesaran tanto– y todos fueron arrastrados fuera mientras el elemento de apoyo cubría la evacuación.

Kelly se encontraba al lado del capitán Pete Albie, al cual, a efectos del ejercicio, se le suponía muerto. Era el único oficial del equipo, una aberración compensada por la presencia de numerosos comandantes. Mientras éstos contemplaban el desarrollo de la operación, los maniquíes fueron arrastrados a los fuselajes simulados de unos helicópteros de rescate, que estaban colocados sobre unos remolques y habían llegado al amanecer. Kelly detuvo el cronómetro en cuanto el último hombre subió a bordo.

-Cinco segundos por debajo de lo previsto, mi capitán.

-Kelly mostró el cronómetro-. Estos chicos son estupendos.

-Sólo que no lo estamos haciendo de día, ¿verdad, señor Clark? -Albie, como Kelly, conocía la naturaleza de la misión.

Los marines todavía la ignoraban, por lo menos, oficialmente, aunque ya debían de tener cierta idea. El capitán esbozó una sonrisa-. Muy bien, pero es sólo el tercer ensayo.

Ambos hombres entraron en el recinto. Los blancos simuldos estaban destrozados y su número duplicaba exactamente el de las fuerzas de vigilancia de S E N D E R GREE N. Visualizaron mentalmente el asalto y estudiaron los ángulos de los disparos La posición del campamento tenía sus pros y sus contras. Siguiendo las reglas de un anónimo manual del Bloque del Este, no encajaba con el terreno de la zona. Con muy buen criterio, la mejor vía de acceso coincidía con la entrada principal. La norma que exigía la máxima seguridad contra cualquier intento de fuga de los prisioneros facilitaba los ataques desde el exterior... cosa que ellos no esperaban, por supuesto.

Kelly revisó mentalmente el plan de asalto. Los marines se situarían en el territorio a una colina de distancia de S E N D R GREEN. Treinta minutos para que tos marines se aproximaran al campamento. Granadas M-79 para eliminar las torres de vigilancia. El fuego de dos helicópteros Cobra, que las tropas llamaban con letal elegancia «serpientes-, cosa que a Kelly le encantaba, se centrarían en los cuarteles y proporcionarían un fuerte apoyo artillero, aunque él estaba seguro de que los especialistas en lanzamientos de granadas podrían destruir las torres en cinco segundos y después lanzar explosivos incendiarios a los cuarteles, abrasando a las fuerzas de vigilancia con sus mortíferas fuentes de blancas llamas, prescindiendo por entero de las «serpientes» en caso necesario. A pesar de la sencillez de la operación, el tamaño del objetivo y la calidad del equipo exigían estricta seguridad. Era algo así como un overkill, es decir, una capacidad destructiva varias veces superior a la necesaria para aniquilar al enemigo, término éste que no se aplicaba exclusivamente a las armas nucleares. En las operaciones de combate, la seguridad estribaba en no darle al otro la menor oportunidad y en estar dispuesto a matarle dos, tres o una docena de veces en el menor tiempo posible. A juicio de Kelly, las perspectivas eran francamente buenas.

-¿Y si tienen minas? -preguntó Albie con cierta inquietud.

-¿En su propio campo? -replicó Kelly. No se ve el menor indicio en las fotografías. El terreno no está removido. No hay ningún letrero de advertencia.

-Quizá porque ya están informados.

-En una de las fotos había unas cabras pastando al otro lado de la alambrada, ¿no lo recuerda?

Albie asintió con cierta turbación.

-Sí, es verdad, lo recuerdo muy bien_

-No nos preocupemos más de la cuenta -dijo Kelly. Permaneció en silencio un instante, comprendiendo que él no era más que un simple oficial que ahora estaba hablando de igual a igual... o, mejor dicho, como un superior, con un capitán de la infantería de Marina. Eso no era muy correcto, ¿verdad? Pero, en tal caso, ¿cómo era posible que lo estuviera haciendo tan bien y por qué aceptaba el capitán sus palabras? ¿Por qué era «e1 señor Clark para aquel experto oficial de combate?-. Lo conseguiremos.

- Creo que tiene usted razón, señor Clark. ¿Y cómo saldrá de allí?

- En cuanto aparezcan los helicópteros, batiré el récord olímpico, bajando por la colina hasta la zona de aterrizaje. Sera una carrera de un par de minutos.

-¿En la oscuridad? -preguntó Albie.

Kelly se echó a reir.

-¿Sabes cuántos cuchillos Ka-Bar andan sueltos por ahí?

Por el tono de la pregunta de Douglas, el teniente Rvan adivinó que la noticia era mala.

-No, pero supongo que ahora mismo me voy a enterar.

-Sunny's adquirió hace un mes nada menos que mil. La Armada ya debe de tener suficiente y ahora los boy scouts puede a comprarlos a cuatro dólares noventa y cinco. Y hay otros lugares. No tenía ni idea de que hubiera tal cantidad.

-Ni yo -reconoció Ryan.

El Ka-Bar era un arma que abultaba mucho. Los atracadores utilizaban navajas de

menor tamaño, aunque las armas de fuego, eran cada vez más frecuentes en las calles.

Lo que ninguno de ambos hombres quería reconocer era que se habían vuelto a quedar atascados a pesar del cúmulo de pruebas que parecían haber encontrado en la casa de piedra arenisca. Ryan estudió la carpeta abierta y las veintitantas fotografías del

departamento forense. Allí debía de haber casi con toda certeza una mujer. La víctima del asesinato, que seguramente también era un delincuente aunque oficialmente fuera una «víctima», había sido identificada gracias a las tarjetas que llevaba en la cartera, si bien la dirección que figuraba en su carnet de conducir resultó ser un edificio desocupado. Las numerosas multas de tráfico que le habían impuesto habían sido debidamente pagadas con dinero en efectivo. Richard Farmer había tenido algunos encuentros con la policía, pero ninguno lo bastante grave como para merecer una investigación detallada. La localización de su familia no había permitido descubrir nada. Su madre (el padre había muerto mucho tiempo atrás) creía que era una especie de vendedor. Pero alguien le había traspasado el corazón de parte a parte con un cuchillo de combate y con tal rapidez y precisión que no le había dado tiempo de reaccionar. Una exhaustiva serie de huellas digitales de Farmer no había dado lugar a nada interesante. En el registro central del FBI no encontraron nada que coincidiera y en la policía tampoco. Aunque las huellas de Farmer serían cotejadas con una variada selección de desconocidos, Ryan y Douglas no abrigaban esperanzas. En el dormitorio habían encontrado tres series completas de Farmer, todas en el cristal de la ventana, y las manchas de semen coincidían con su grupo sanguíneo, el o. Otras manchas correspondían al grupo A y tal vez pertenecieran al asesino o al presunto (aunque no seguro) propietario del Roadrunner. Quizá el asesino había aprovechado para darse un revolcón con la presunta mujer... a menos que se tratara de un asunto entre homosexuales, en cuyo caso la presunta mujer tal vez no existiera.

Había también una serie de huellas parciales, unas correspondientes a una chica (a juzgar por el tamaño) y otras a un hombre (también por el tamaño), pero eran tan parciales que no cabía esperar mucho de los resultados. Y lo peor fue que, cuando llegó el equipo de huellas para examinar el automóvil aparcado en la calle, el maldito sol de agosto había calentado tanto el vehículo que las huellas que se hubieran podido cotejar con las del propietario del automóvil, un tal William Peter Grayson, ya no eran más que borrones deformados por el calor. Mucha gente no acababa de comprender que el cotejo de huellas parciales con menos de diez puntos de identificación era una tarea extremadamente difícil.

El nuevo ordenador de información delictiva nacional del FBI no había arrojado ningún dato sobre Grayson o Farmer. Por último, el equipo de la brigada de estupefacientes de Marc Charon no tenía en su archivo ni a Farmer ni a Grayson. No es que se encontraran de nuevo en la casilla número uno sino que la casilla número diecisiete no les había conducido a ninguna parte. Pero eso era lo que normalmente solía ocurrir en las investigaciones de homicidios. La tarea de investigación era una combinación de causas corrientes y extraordinarias, pero abundaba más lo primero que lo segundo. En el departamento forense tenían nuevos datos. Las huellas de unas zapatillas de suela de goma de una marca muy conocida halladas en la casa de piedra arenisca, recién estrenadas. Algo era algo. Habían descubierto también la longitud de la zancada del asesino, a partir de la cual se había calculado una estatura de entre metro setenta y ocho y metro ochenta y dos, superior por desgracia a los cálculos de Virginia Charles a los que la policía no había dado demasiado crédito. Sabían que era de raza blanca y muy fuerte. Sabían que o había tenido mucha suerte o era un experto en toda clase de armas. Sabían que poseía por lo menos conocimientos rudimentarios de las técnicas del combate cuerpo a cuerpo –a menos, pensó Ryan lanzando un suspiro, que también hubiera estado de suerte–A fin de cuentas, sólo había tenido un encuentro con un heroinómano. Sabían que iba disfrazado de vagabundo.

Todo lo cual era muy poco. Más de la mitad de la población masculina entraba dentro de aquella categoría. Y mucho más de la mitad de los hombres del área metropolitana de Baltimore era de raza blanca. En Estados Unidos había millones de veteranos de guerra, muchos de ellos pertenecientes a unidades militares de élite... Además, los soldados aprendían

a hacer muchas cosas y no era necesario ser un veterano de guerra para conocerlas –y el país llevaba más de treinta años reclutando varones, pensó Ryan–. Había por lo menos treinta mil hombres que encajaban con la descripción y el inventario de habilidades de aquel sospechoso en un radio de treinta y cinco kilómetros. ¿Estaría metido también en el negocio de la droga? ¿Sería un ladrón? ¿Sería, tal como había apuntado Farber, alguien que estaba cumpliendo una especie de misión? Ryan se inclinaba por esto último, pero no podía permitirse el descartar las otras dos posibilidades. Los psiquiatras y los investigadores se equivocaban muy a menudo y bastaba un dato sin importancia para echar por tierra las hipótesis más sólidas. Maldita sea. No, se dijo, aquel hombre era exactamente lo que Farber había dicho. No era un delincuente.

–Te he dicho que es muy precipitado, Cas, no que esté mal. ¿Otras dos semanas de adiestramiento y una semana de viaje y organización? –preguntó Greer–. ¿Qué me dices del tiempo?

–Eso es lo único que no podemos controlar –reconoció Maxwell–. Pero el tiempo influye para bien y para mal. Dificulta los vuelos, pero también obstaculiza la labor de la artillería y el radar.

– ¿Cómo conseguiste que todas las piezas se movieran tan rápido? –preguntó Greer con admiración e incredulidad.

–Hay medios para hacerlo, James. Somos almirantes, ¿no? Damos las órdenes y los barcos se mueven.

– ¿O sea que la ventana se abrirá dentro de veintiún días?

– Exacto. Cas volará mañana al Constellation. Empezaremos a dar instrucciones a los chicos del apoyo aéreo. Los del Newport News ya están informados en parte. Creen que van a barrer la costa de baterías antiaéreas. En estos momentos nuestro buque insignia se dirige hacia allá. Ellos tampoco saben nada, aparte la cita con TF-77.

–Yo también tengo que facilitar instrucciones –señaló Cas con una sonrisa.

–¿A las tripulaciones de helicópteros?

– Se han estado adiestrando en Coronado. Llegarán a Quantico esta noche. En realidad se trata de cosas de tipo estándar. Las tácticas son las de costumbre. ¿Qué dice tu «Clark»?

–¿Ahora es mío? –preguntó Greer–. Dice que está satisfecho con la marcha de las cosas. ¿Te gustó que te matara?

– ¿Te lo ha dicho él? –preguntó Maxwell, riéndose–. James, yo sabía que el chico era bueno por lo que hizo con Sonny, pero hay una diferencia entre verlo todo y... no ver ni oír nada. También se cargó a Marty Young y eso es toda una hazaña. Ha puesto en apuros a muchos oficiales de la Armada.

– Dame un plazo para conseguir la aprobación de la misión -dijo Greer, hablando en serio. Siempre había pensado que aquella operación tenía mucho mérito, pero el hecho de presenciar su desarrollo le había hecho comprender muchas cosas que necesitaría saber en la CIA. Ahora la consideraba posible. Puede que la operación B OX W O O D G RE E N diera resultado siempre y cuando recibiera la correspondiente autorización.

- ¿Estás seguro de que Ritter no nos dejará en la estacada?

- No lo creo. En realidad es uno de los nuestros.

- No lo será hasta que todas las piezas encajen -dijo Podulski.

- Querrá ver un ensayo -advirtió Greer-. Antes de pedirle a una persona su colaboración, es necesario que ésta confíe en la tarea.

- Me parece muy justo. Mañana por la noche habrá un ensayo con fuego real.

-Allí estaremos, Dutch -prometió Greer.

El equipo ocupaba un viejo cuartel con capacidad para sesenta hombres. Había espacio para todos y nadie tuvo que dormir en la litera de arriba. Kelly disponía de una habitación

aparte como las que, en los cuarteles normales, suelen destinarse a los sargentos de los pelotones. Había decidido no dormir en su barco. No se podía formar parte de un equipo y permanecer separado de él.

Estaban disfrutando de la primera noche libre desde su llegada a Quantico y algún alma caritativa les había enviado tres cajas de cerveza, lo cual equivalía exactamente a tres latas por barba, pues uno de ellos sólo bebía Dr. Pepper y el sargento de artillería Irvin se había encargado de que nadie sobrepasara el cupo asignado.

- Señor Clark -dijo uno de los especialistas en lanzamiento de granadas-, ¿qué es todo eso?

No era justo, pensó Kelly, obligarles a adiestrarse sin darles ninguna explicación. Se preparaban para el peligro sin saber por qué arriesgarían sus vidas y su futuro. No era justo en absoluto, pero tampoco era insólito. Miró al hombre directamente a los ojos.

- No puedo decírselo, cabo. Sólo puedo decirle que es algo de lo que se sentirá muy orgulloso. Le doy mi palabra.

El cabo, que a sus veintiún años era el más joven y el más novato del grupo, no esperaba una respuesta, pero necesitaba hacerla pregunta. Aceptó la contestación levantando su lata de cerveza a modo de saludo.

- Conozco este tatuaje -dijo uno de los más veteranos. Kelly sonrió, bebiendo su segunda cerveza.

- Una noche bebí unas copas de más y supongo que me confundieron con otro.

-Todas las Focas saben sostener una pelota en equilibrio sobre el hocico -dijo un segundo sargento, soltando un eructo.

-¿Quiere que se lo demuestre con una de las suyas? -replicó Kelly, lamentando inmediatamente sus palabras.

- Ja! -exclamó el sargento, lanzándole otra cerveza.

-¿Señor Clark? -dijo Irvin, y señaló la puerta.

El calor era tan pegajoso fuera como dentro, a pesar de la suave brisa que soplaba entre los pinos y de los revoloteos de los invisibles murciélagos a la caza de insectos.

- ¿Qué pasa? -preguntó Kelly, ingiriendo un buen trago.

- Eso es lo que yo digo, señor Clark -contestó jovialmente Irvin-. Le conozco -añadió, cambiando el tono de voz.

- ¿De veras?

-Tercer grupo de Operaciones Especiales. Mi equipo les apoyó a ustedes en la operación ERMINE COAT. Ha llegado usted muy lejos para ser un E-6 -observó Irvin.

- No se lo diga a nadie, pero alcancé mi grado de jefe antes de marcharme. ¿Lo sabe alguien más?

Irvin rió por lo bajo.

-No, supongo que el capitán Albie se quedaría de una pieza si lo supiera, y puede que al general Young le diera un ataque. Eso quedará entre nosotros, señor Clark -dijo Irvin, estableciendo su posición en términos tan indirectos como inequívocos.

-La idea de venir aquí no fue mía. Lo que ocurre es que los almirantes se impresionan por cualquier cosa.

-Pues yo no, señor Clark. Estuvo usted a punto de provocarme un infarto con su maldito cuchillo de goma. No recuerdo su verdadero nombre, pero usted es el tipo a quien llamaban Serpiente, ¿verdad? Usted es el que estuvo en PLASTIC FLOWER.

-No fue lo más inteligente que he hecho en mi vida -reconoció Kelly.

Nosotros también le apoyamos en eso. El maldito helicóptero sufrió una avería... se le paró el motor a treinta metros del suelo... y se derrumbó. Por eso no lo conseguimos. La mejor alternativa era el Primero de Caballería. Por eso tardamos tanto.

Kelly se volvió. El rostro de Irvin era tan negro como la noche.

– No lo sabía.

El sargento de artillería se encogió de hombros en la oscuridad.

–Vi las fotografías de lo que ocurrió. El capitán nos dijo que había sido usted un insensato, quebrantando las normas de aquella manera, pero la culpa la tuvimos nosotros. Hubiéramos tenido que plantarnos allí a los veinte minutos de haber recibido su llamada. Si hubiéramos llegado a tiempo, puede que una o dos de aquellas chiquillas se hubieran salvado. Sea como fuere, el motivo de que no lo consiguiéramos fue un cierre defectuoso del motor, una maldita piececita de goma que se partió.

Kelly soltó un gruñido. Los destinos de las naciones dependían a veces de cosas tan nimias como aquélla.

–Pudo haber sido mucho peor. Si la pieza se hubiera partido cuando estaban arriba, ahora estarían todos ustedes criando malvas.

– Muy cierto. Lástima que las niñas tuvieran que morir por una estupidez como ésa, ¿no cree? –Irvin hizo una pausa, contemplando la oscuridad tal como solían hacer los hombres de su profesión, siempre alerta y a la escucha–. Comprendo por qué lo hizo. Necesitaba decírselo. Seguramente yo hubiera hecho lo mismo. Puede que no tan bien como usted, pero le aseguro que lo hubiera intentado y no hubiera permitido que aquel hijo de puta saliera con vida, con órdenes o sin ellas.

–Gracias, artillero –dijo Kelly en voz baja.

– Es Song Tay, ¿verdad? –preguntó Irvin, sabiendo que esta vez obtendría respuesta.

– Más o menos. Creo que muy pronto les van a informar. –Dígame algo más, señor Clark está en juego la seguridad de mis hombres.

–El emplazamiento es una reproducción exacta. Y no olvide que yo también iré.

–Siga hablando –pidió Irvin.

–Yo he participado en los planes. Contando con los hombres adecuados, podemos hacerlo. Tiene usted unos chicos estupendos. No diré que sea fácil ni ninguna de esas tonterías que suelen decirse, pero no es tan difícil. He hecho cosas más complicadas. Y usted también. El adiestramiento es adecuado y creo que todo saldrá bien.

–¿Está seguro de que merece la pena?

El significado de la pregunta era tan profundo que pocos lo hubieran comprendido. Irvin había realizado dos servicios de combate y, aunque Kelly no había visto su colección de condecoraciones, estaba claro que tenía muchas horas de vuelo. Ahora Irvin temía la desaparición de su grupo de marines. Los hombres morían por la defensa de unas colinas que se devolvían tan pronto como se conquistaban y se retiraban las bajas y, a los seis meses, se repetía el ejercicio. Por una curiosa razón, los soldados profesionales no soportaban las repeticiones. Aunque los adiestramientos consistieran justamente en eso –habían «asaltado» el emplazamiento numerosas veces–, en la realidad de la guerra tenía que haber una batalla en cada lugar. De esta manera, un hombre se daba cuenta de los progresos que hacía. Antes de dirigir la mirada a un nuevo objetivo, podía volver la vista hacia atrás y medir las posibilidades de éxito a través de la experiencia adquirida. En cambio, la tercera vez que uno veía morir a los hombres por el mismo pedazo de territorio, lo comprendía todo y sabía cómo iban a terminar las cosas. Su país seguía enviando hombres a aquel lugar y les pedía que arriesgaran la vida por una tierra ya regada con sangre norteamericana. La verdad es que Irvin no hubiera regresado voluntariamente para participar en un nuevo servicio de combate. No era una cuestión de valentía, entrega o amor a la patria. Simplemente sabía que su vida valía demasiado como para arriesgarla por nada. Había jurado defender su país y tenía derecho a pedir algo a cambio, una auténtica misión por la que luchar, algo que fuera real y no una pura abstracción. Pese a todo, Irvin se sentía culpable y tenía la sensación de haber quebrantado el juramento y traicionado el lema de su cuerpo, Semper Fidelis (Siempre Fiel). El remordimiento lo había impulsado a ofrecerse voluntario para una última misión a pesar de sus dudas y recelos. Como un hombre cuya amada esposa se hubiera acostado con otro, Irvin no podía dejar de amar ni dejar de preocuparse, y asumiría como propio el remordimiento no confesado de los demás.

- Artillero, no se lo tendría que decir, pero se lo diré de todos modos: el lugar al que nos

dirigimos es un campo de prisioneros, tal como usted supone. ¿De acuerdo?

Irvin asintió con la cabeza.

- No es un campo cualquiera. Los hombres de allí están muertos, artillero. -Kelly aplastó la lata de cerveza-. He visto las fotografías. A uno de ellos lo hemos identificado con toda certeza, un coronel de la Fuerza Aérea que, según los norvietnamitas, resultó muerto. Por consiguiente, creemos que esos hombres jamás regresarán a casa a no ser que nosotros los rescatemos. Yo tampoco quisiera volver, se lo aseguro. Tengo miedo, ¿comprende? Sí, sé que todo eso se me da muy bien porque estoy debidamente adiestrado y quizá porque tengo una habilidad especial.

-Kelly se encogió de hombros. No hubiera querido añadir la segunda parte.

-Sí, pero eso sólo se puede hacer bajo ciertas condiciones -dijo Irvin, pasándole otra cerveza.

- Yo creía que el límite eran tres.

- Soy metodista y no tendría que beber -explicó Irvin, riéndose por lo bajo-. A la gente le caemos muy bien, señor Clark.

- Menudos desgraciados estamos hechos, ¿verdad? En el campamento hay rusos que probablemente están interrogando a los nuestros. Todos son de alta graduación. Oficialmente muertos. Seguramente les están apretando las tuercas para que hablen precisamente por eso. Sabemos que están allí, y si no hacemos nada..., ¿qué somos?

Kelly hizo una pausa y experimentó una repentina necesidad de seguir hablando y de contar todo lo que estaba haciendo, pues acababa de encontrar a alguien que, a lo mejor, lo sabría comprender. A pesar de su obsesión por vengar a Pam, sentía que aquella carga era demasiado pesada para su alma.

- Gracias, señor Clark. Cochina misión -les dijo el sargento de artillería Paul Irvin a los pinos y a los murciélagos-. O sea que usted será el primero en entrar y el último en salir, ¿verdad?

- Ya he trabajado solo otras veces.

XXIII. ALTRUISMO

-¿Dónde estoy? -preguntó Doris Brown con voz apenas audible.

- En mi casa -contestó Sandy. Sentada en un rincón de la habitación de invitados, apagó la lámpara de lectura y dejó el periódico que había estado leyendo en las últimas horas.

-¿Cómo he llegado aquí?

- Un amigo la acompañó. Soy enfermera. La doctora está abajo, preparando el desayuno. ¿Cómo se encuentra?

-Muy mal. -Doris cerró los ojos-. La cabeza...

- Es normal. Sé que duele mucho.

Sandy se acercó para tocar la frente de la joven. No tenía fiebre y eso era una buena señal. Después le tomó el pulso. Fuerte y regular, pero todavía un poco acelerado. A juzgar por la forma en que mantenía los ojos cerrados apretando fuertemente los párpados, Sandy adivinó que la resaca de los barbitúricos era terrible, pero eso también era normal. La chica apestaba a vómito y a sudor. En vano habían procurado mantenerla aseada, pero no tenía importancia en comparación con todo lo demás. La pálida piel de Doris aparecía floja y fláccida como si el cuerpo que había debajo se hubiera encogido. Debía de haber perdido de cinco a seis kilos desde su llegada y, aunque eso no fuera malo en sí mismo, la chica estaba tan débil que aún no se había percatado de las ataduras que le inmovilizaban las manos, los pies y la cintura.

-¿Cuánto tiempo?

- Casi una semana. -Sandy tomó una esponja y le enjugó el rostro-. Nos pegó usted un buen susto.

Lo cual era decir muy poco. Nada menos que siete convulsiones, la segunda de las cuales había aterrorizado a la médica y a la enfermera, pero la séptima, bastante leve, se había producido dieciocho horas atrás y ahora sus constantes vitales se habían estabilizado. Sandy llevó a Doris un poco de agua.

-Gracias -dijo Doris con un hilillo de voz-. ¿Dónde están Billy y Rick?

- No sé quiénes son -contestó Sandy. Una respuesta técnicamente correcta. Había leído los reportajes de la prensa local, procurando no fijarse en los nombres. La enfermera O'Toole estaba empeñada en no saber nada. Era una defensa interna contra unos sentimientos tan confusos que, por mucho que se hubiera esforzado en comprender los hechos, sólo hubiera conseguido confundir su mente aún más. No era el momento apropiado para analizar las cosas. Sarah la había convencido. Era el momento de dejarse llevar por los hechos sin entrar en los detalles-. ¿Son los que le hicieron daño?

Doris estaba desnuda, exceptuando las ataduras y los pañales que se utilizaban con los pacientes que no controlaban sus funciones fisiológicas. De esa manera resultaba más fácil cuidarla. Las horribles marcas del pecho y el tronco iban desapareciendo. Las manchas azules, negras, púrpura y rojas se habían convertido en zonas de un indefinido pardo amarillento y el cuerpo luchaba contra la adversidad. Era joven, pensaba Sandy, y, aunque no tuviese mucha salud, podría recuperarse plenamente. Las infecciones sistémicas ya empezaban a responder a los antibióticos, y no tenía fiebre.

Doris volvió la cabeza y abrió los ojos.

-¿Por qué hace esto por mí?

La respuesta era muy fácil.

-Soy enfermera, señorita Brown. Mi trabajo es atender a los enfermos.

-Billy y Rick -repitió Doris, volviendo a recordar. La memoria de Doris era variable e irregular y lo que más recordaba era el dolor.

-No están aquí -dijo O'Toole. Hizo una pausa antes de seguir y se extrañó de que sus propias palabras le pudieran producir semejante placer-: No creo que vuelvan a molestarla. -Le pareció ver un atisbo de comprensión en los ojos de la paciente. Y eso la animó.

-Tengo que irme. Por favor... -Doris hizo ademán de moverse y entonces se percató de las ataduras.

- Un momento -dijo Sandy, soltándole las correas-. ¿Cree que podrá tenerse en pie?

-...Lo intentaré -contestó Doris casi con un graznido.

Se incorporó un poco antes de que su cuerpo la traicionara. Sandy la ayudó a sentarse, pero la chica no consiguió mantener la cabeza erguida. Levantarla fue todavía más difícil, pero el cuarto de baño no estaba lejos y la dignidad de poder llegar hasta él mereció el dolor y el esfuerzo de Doris. Sandy la sentó en el váter y le tomó la mano. Aprovechó para humedecer una toalla y limpiarle la cara.

- Eso ya es un buen paso adelante -comentó Sarah Rosen desde la puerta.

Sandy se volvió con una sonrisa, comunicándole de este modo el estado de la paciente. Le pusieron una bata antes de acompañarla de nuevo al dormitorio. Sandy cambió las sábanas mientras Sarah le ofrecía una taza de té.

- Hoy está mucho mejor, Doris -dijo la médica, observándola beber.

- Me encuentro fatal.

-No se preocupe. Hay que sentirse fatal para empezar a sentirse mejor. Ayer no sentía nada. ¿Le apetece una tostada?

-Desfallezco de hambre.

- Otra buena señal -dijo Sandy. En la expresión de sus ojos, la médica y la enfermera adivinaron el terrible dolor de cabeza que sentía, pero ese día sólo sería tratado con compresas de hielo. Se habían pasado una semana limpiándole el cuerpo de drogas y no era el momento de añadirle otras-. Eche la cabeza hacia atrás.

Doris apoyó la cabeza en el respaldo del sillón tapizado que Sandy había adquirido en unas rebajas. Mantenía los ojos cerrados y estaba tan débil que ni siquiera levantó los brazos cuando Sarah

465

le ofreció unas tostadas. La enfermera tomó un cepillo y empezó a peinarla. Tenía el cabello muy sucio y necesitaba un lavado, pero de momento bastaría con un cepillado. Los pacientes atribuían gran importancia a su aspecto físico y, por extraño e ilógico que resultara, Sandy lo tenía en cuenta. Le sorprendió un poco que Doris se estremeciera cuando empezó a cepillarle el cabello.

-¿Estoy viva?

- Vaya si lo está -contestó Sarah, esbozando una sonrisa un tanto forzada. Le tomó la presión arterial-. Doce y medio de máxima y siete y medio de mínima.

- ¡Estupendo! -dijo Sandy. Era la mejor lectura de toda la semana.

-Pam...

- ¿Qué ha dicho? -preguntó Sarah.

Doris hizo una pausa, preguntándose si aquello era la vida o la muerte, y en este último caso, en qué lugar de la eternidad se encontraba.

- El cabello... cuando ya había muerto... le cepillé el cabello.

«Dios mío», pensó Sarah. Sam le había comentado aquel detalle del informe de la autopsia mientras tomaba un whisky con hielo en su casa de Spring Valley. No le había dicho nada más por no darle un disgusto. La fotografía de la primera plana del periódico había sido más que suficiente. La doctora Rosen acarició el rostro de su paciente con delicadeza.

-Doris, ¿quién mató a Pam? -Pensaba que podía preguntarlo sin aumentar el dolor de la joven. Pero se equivocó.

- Rick, Billy, Burt y Henry... la mataron... yo lo vi...

La chica se echó a llorar y los sollozos intensificaron su dolor de cabeza. Sarah mantuvo la tostada suspendida en el aire. Temió que Doris empezara a marearse.

- ¿La obligaron a presenciarlo?

- Sí -contestó Doris con voz de ultratumba.

- Dejemos eso ahora.

Sarah se estremeció al pensar en la muerte mientras acariciaba la mejilla de la chica.

- ¡Listo! -dijo Sandy alegremente, tratando de distraerla-. Así está mejor.

-Estoy muy cansada.

-Vamos a la cama, cariño.

Ambas mujeres la ayudaron a levantarse. Sandy le dejó la bata puesta y le colocó una bolsa de hielo sobre la frente. Doris se durmió casi de inmediato.

- El desayuno está preparado -le dijo Sarah a la enfermera-. No le ates las correas.

- ¿Ha dicho que la peinó? -preguntó Sandy mientras bajaba a la cocina.

-Yo no leí el informe...

- Vi la foto, Sarah... lo que le hicieron... Se llamaba Pam, ¿verdad?

-Sandy estaba tan cansada que casi no podía recordar nada.

- Sí. También fue paciente mía -confirmó la doctora Rosen-. Sam dijo que fue algo terrible. Le pareció extraño que alguien le hubiera cepillado el cabello después de muerta.

-Ya. -Sandy abrió el frigorífico y sacó una botella de leche-. Comprendo.

- Pues yo no -replicó la doctora Rosen-. No comprendo cómo es posible que la gente haga estas cosas. Unos minutos más y Doris hubiera muerto. Estaba casi a punto...

- Me extrañó que no ordenaras su ingreso en el hospital como persona desconocida -comentó Sandy.

- Después de lo que le ocurrió a Pam, correr un riesgo así hubiera significado...

O'Toole asintió con la cabeza.

-Sí, hubiera significado poner en peligro a John. Lo comprendo muy bien.

-Sí.

- Mataron a su amiga y la obligaron a presenciar las vejaciones a que la sometieron... ¡Para ellos no era más que una cosa! Billy y Rick -dijo Sandy, levantando la voz casi sin darse cuenta.

- Burt y Henry -puntualizó Sarah-. No creo que los otros dos puedan seguir haciendo daño a la gente.

Ambas mujeres intercambiaron una mirada en la mesa del desayuno. Pensaban exactamente lo mismo y se extrañaban de que su conciencia no se lo reprochara en absoluto.

- Estupendo.

-Bien, ya hemos sacudido a todos los vagabundos al oeste de Charles Street -le dijo Douglas a su teniente-. Un agente recibió un navajazo; no es grave, pero el borracho pasará una larga temporada de sequía en Jessup. Algunos han sido vapuleados -añadió con una sonrisa-, pero seguimos sin saber una mierda. El asesino no anda por allí, Em. Ninguna novedad en una semana.

Era cierto. La voz se había corrido por las calles. Los camellos actuaban con una cautela rayana en la paranoia. Tal vez por eso ninguno de ellos había perdido la vida en más de una semana.

- Aún anda suelto por ahí, Tom.

- Puede que sí, pero no actúa.

- Lo cual significa que lo único que hizo fue cargarse a Farmer y a Grayson -comentó Ryan, mirando de soslayo al sargento.

- Pero tú no lo crees.

- Pues no, pero no me preguntes el motivo porque no lo sé.

- Sería conveniente que Charon nos aconsejara. Se le dan muy bien estos casos. ¿Recuerdas la detención que practicó con la Guardia Costera?

Ryan asintió.

- Ya, pero últimamente está un poco apagado.

- Y nosotros también -señaló el sargento Douglas-. Lo único que sabemos realmente es que se trata de un tipo muy fuerte que gasta zapatillas deportivas nuevas y es de raza blanca. Ignoramos su edad, peso, estatura, móvil y vehículo que conduce.

-El móvil. Sabemos que está resentido por algo. Sabemos que mata muy bien. Sabemos que es lo bastante despiadado como para matar como medio de camuflar sus actividades... y que tiene paciencia. -Ryan se reclinó en el asiento-. ¿Y si su paciencia lo ha inducido a tomarse un respiro?

A Tom Douglas se le ocurrió una idea más inquietante.

- Quizá es lo bastante listo para haber cambiado de táctica.

La idea era realmente inquietante. Ryan la analizó en silencio. ¿Y si había presenciado el acoso de la policía contra los vagabundos? ¿Y si había llegado a la conclusión de que todo tenía un límite y de que ya era hora de hacer otra cosa? ¿Y si William Grayson le había facilitado información y había decidido largarse a otro sitio... incluso fuera de la ciudad? ¿Y si jamás descubrían nada y los casos se archivaban? Ryan lo hubiera considerado una cuestión personal, pues no soportaba dejar los casos sin resolver. A pesar de las docenas de entrevistas realizadas, no habían conseguido encontrar ningún testigo, exceptuando a Virginia Charles, la cual estaba tan traumatizada que su información no podía considerarse válida... y además no coincidía con la única prueba realmente útil de que disponían. El sospechoso tenía que ser más alto de lo que ella había dicho y también más joven, y no cabía duda de que era tan forzudo como un delantero de los Giants de Nueva York. No era un borracho, pero había optado por disfrazarse de tal. Y a esa gente nadie la mira. ¿Quién podría describir un perro abandonado?

- El hombre invisible -dijo Ryan, bautizando finalmente el caso-. Hubiera tenido que liquidar a la señora Charles. ¿Sabes quién anda suelto por ahí?

Douglas emitió un gruñido.

- Alguien con quien no quisiera tropezarme en una calle desierta.

-¿Tres grupos para tomar Moscú?

- Claro. ¿Por qué no? -replicó Zacharias-. Es su liderazgo político, ¿no? Un gran centro de comunicaciones y, aunque se inutilizara el Politburó, ustedes seguirían ejerciendo buena parte del control militar y político...

-Tenemos medios para sacar a la gente más importante -señaló Grishanov, sintiéndose herido en su orgullo nacional y profesional.

- No me cabe duda de que sí -dijo Zacharias. Grishanov observó su sonrisa. En parte estaba ofendido, pero, pensándolo mejor, se alegraba de que el coronel norteamericano se encontrara tan a gusto a su lado-. Kolya, nosotros también tenemos cosas parecidas. Por ejemplo, un refugio hipersofisticado en Virginia Occidental para el Congreso y demás. El Primer Escuadrón de Helicópteros está en Andrews y su misión es la de evacuar a las personalidades más importantes... pero ¿a que no sabe una cosa? Los malditos helicópteros no pueden ir y venir del refugio sin repostar. Nadie pensó en eso cuando se seleccionó el refugio porque se trataba de una decisión política. ¿Y sabe otra cosa? Nunca hemos sometido a prueba el sistema de evacuación. ¿Han probado ustedes el suyo?

Grishanov estaba sentado en el suelo al lado de Zacharias, con la espalda apoyada contra la sucia pared de hormigón. Nikolái Yevguenievich se limitó a bajar la mirada y a menear la cabeza, tras haber sonsacado otro dato importante al norteamericano.

–¿Lo ve? ¿Comprende ahora por qué le digo que nunca nos enfrentaremos en una guerra? ¡Somos iguales! No, Robin, nunca lo hemos probado, nunca hemos intentado evacuar Moscú desde que yo era niño y me sacaron de allí bajo la nieve. Nuestro mayor refugio se encuentra en Zhiguli. Es una roca enorme, no una montaña sino una especie de burbuja gigantesca. Un enorme cilindro de piedra desde el centro de la tierra.

–¿Un monolito? ¿Algo parecido a la montaña Stone de Georgia?

Grishanov asintió. ¿Qué tenía de malo revelarle secretos a aquel hombre?

–Los geólogos dicen que es algo muy resistente y además, a finales de los cincuenta, construimos unos túneles en su interior. Yo he estado allí un par de veces. Participé en la supervisión de la construcción de la oficina de la defensa aérea. Esperamos (ésa es la verdad, Robin), esperamos evacuar a los nuestros por ferrocarril.

–Da igual. Nosotros lo sabemos. Si uno sabe dónde está el objetivo, puede destruirlo. Basta con arrojarle encima el suficiente número de bombas. –El norteamericano hablaba bajo los efectos del vodka–. Seguramente los chinos también lo saben. Pero ellos se concentrarán en Moscú, sobre todo si es un ataque por sorpresa.

–¿Tres grupos?

–Yo lo haría así. –Robin mantenía las piernas separadas a ambos lados de una carta de navegación aérea del sudeste de la Unión Soviética–. Tres vectores desde estas tres bases con tres aparatos cada uno, dos para el transporte de bombas y uno como protección en cabeza. Los tres grupos convergen en una misma línea, pero manteniendo una buena distancia entre sí. –Zacharias señaló en el mapa los rumbos probables–. Se inicia el descenso de penetración aquí, bajan a estos valles y, cuando llegan a los llanos...

–Estepas –le corrigió Kolya.

–Ya han superado la primera línea de defensa, aunque es posible que al principio ni siquiera arrojen bombas. Quizá ustedes también tienen sus fuerzas especiales. Tipos auténticamente bien adiestrados.

–¿Qué quiere decir, Robin?

–Ustedes tienen vuelos nocturnos a Moscú, ¿verdad? Me refiero a vuelos comerciales.

–Naturalmente.

–Pues digamos que toma usted un Badger y deja las luces encendidas e incluso le pone

lucecitas que se encienden y se apagan en el fuselaje, como si fueran ventanillas, ¿comprende? Tenga en cuenta que yo también soy piloto de aviación civil.

–¿Lo dice en serio?

–Es algo que estudiamos una vez. Un escuadrón con las luces encendidas en... Pease, creo. Era el núcleo principal. Los B-47 con base en Inglaterra. Era para prever un posible ataque de ustedes. Hay que tener un plan para todo. Al nuestro lo llamábamos JUMPSHOT . Seguramente ahora duerme el sueño de los justos en los archivos. Era uno de los proyectos especiales de LeMay. Moscú, Leningrado, Kiev... y Zhiguli. Tres pájaros para matar, con dos armas para cada uno. Para descabezar toda la estructura de su mando político y militar. ¡Ya le he dicho que soy piloto de aviación civil!

«Podría dar resultado», pensó Grishanov estremeciéndose de horror. En el momento más adecuado... el cazabombardero llega a través de una ruta comercial normal. En un momento de crisis, la sola ilusión de algo normal bastaría para asegurar el éxito, pues todo el mundo estaría esperando algo que se saliera de la norma. Tal vez un escuadrón de la defensa aérea enviaría un aparato pilotado por el joven que estuviera de servicio en aquellos momentos mientras los de más antigüedad dormían en sus camas. Tal vez el aparato se acercaría hasta unos mil metros, pero de noche... de noche los ojos ven lo que el cerebro quiere que vean. Las luces del fuselaje significarían que se trataba de un apa rato comercial. ¿Cómo sería posible que un bombardero llevara las luces encendidas? Al KGB jamás se le habría ocurrido semejante plan de operaciones. ¿Qué otros regalos le haría Zacharias?

–En cualquier caso, yo del chino, tendría en cuenta esa opción. Si no tienen mucha imaginación y deciden lanzar un ataque directo contra este territorio, lo podrían hacer. Es probable que uno de los grupos sea de diversión. Ellos también tienen un auténtico objetivo, pero no es Moscú. Vuelan muy alto, fuera del vector. Aproximadamente aquí... –Zacharias lo señaló en el mapa– dan la vuelta y lanzan un ataque contra algo importante, ustedes sabrán lo que es, allí hay muchos objetivos. Seguramente sus cazas los perseguirían, ¿no?

–Da. Pensarían que los cazabombarderos se están alejando para dirigirse a un objetivo secundario.

–Entonces aparecen los otros dos grupos desde otra dirección y volando a baja altura. Uno de ellos seguro que lo consigue. Lo hemos ensayado miles de veces, Kolya. Conocemos sus radares y sus bases, conocemos sus aparatos y sabemos cómo se adiestran. No es difícil vencerles. Y los chinos han aprendido de ustedes, ¿no? Ustedes les enseñaron. Conocen perfectamente su doctrina.

Lo dijo con absoluta sinceridad. Aquél era el hombre que había atravesado las defensas aéreas de Vietnam del Norte más de ochenta veces. Ochenta veces.

–Bueno, ¿y cómo...?

–¿...se pueden defender contra esto? –Robin se encogió de hombros y se inclinó para estudiar nuevamente la carta–. Necesito unos mapas de mejor calidad, pero lo primero es examinar una por una las pasadas. Recuerde que un cazabombardero no es un avión de combate. No tiene mucha capacidad de maniobra, sobre todo volando a baja altura. Lo que hace el piloto es procurar que el aparato no se estrelle contra el suelo. No sé a usted, pero a mí eso me pone muy nervioso. Lo más lógico es que elija un valle sobre el que pueda maniobrar. Especialmente de noche. Ahí tiene usted que poner sus cazas y sus radares de tierra. No se necesitan cosas muy espectaculares. Basta con que den la alarma. Y entonces lo cogen en cuanto sale.

–¿Retrasar las defensas? ¡Eso no puedo hacerlo!

–Hay que colocar las defensas donde resulten más eficaces, Kolya, no seguir una línea de puntos sobre un trozo de papel. ¿Tanto les gusta a ustedes la comida china? Ésa ha sido siempre una de sus mayores debilidades. Por cierto, con eso se acortan las líneas y se ahorra dinero y equipo. Recuerde también que el adversario sabe cómo piensan los pilotos... e intentará apuntar-se un tanto. Es posible que haya grupos de reclamo destinados a hacer salir a su gente. Tenemos numerosos señuelos de radar y pensamos utilizarlos. Tiene usted que

contar con eso. Controle a los suyos. Procure que no salgan de sus sectores a menos que haya un motivo justificado.

El coronel Grishanov había estudiado su profesión durante más de veinte años y había examinado no sólo documentos de la Luftwaffe relativos al interrogatorio de prisioneros sino también estudios clasificados sobre la Línea Kammhuber. Aquello era tan increíble que sintió ganas de beber un trago. Pero no podía, pensó. Aquello no era un simple documento de información sino un informe oficial destinado a la Academia Vorochilov. Un libro clasificado de alta erudición, pero un auténtico libro: Origen y evolución de la doctrina norteamericana de cazabombarderos. Aquel libro le permitiría alcanzar el grado de mariscal, y todo gracias a su amigo americano.

–Quedémonos aquí detrás –dijo Marty Young–. Disparan fuego real.

– Me parece muy bien –contestó Dutch–. Estoy acostumbrado a que las cosas ocurran a un par de cientos de metros a mi espalda.

– Y a cuatrocientos nudos de delta-V –añadió Greer.

– Así es mucho más seguro, James –dijo Maxwell.

Se encontraban de pie detrás de un montículo de tierra, a doscientos metros del campamento. La visión no era muy buena, pero dos de los cinco hombres tenían ojos de piloto de combate y sabían dónde mirar.

– ¿Cuánto rato llevan en marcha?

– Aproximadamente una hora. La cosa podría empezar de un momento a otro –contestó Young.

– Me parece que oigo algo –dijo el vicealmirante Maxwell en un susurro.

El campamento no se distinguía muy bien. Los edificios sólo resultaban visibles gracias a sus líneas rectas, algo de lo que huye la naturaleza por alguna extraña razón. Forzando la vista se podían distinguir los rectángulos oscuros de las ventanas. Las torres de vigilancia levantadas ese mismo día tampoco se divisaban muy bien.

–Hemos echado mano de algunos trucos –explicó Marty Young–. Todo el mundo está tomando vitamina A para mejorar la visión nocturna. Hay que jugar todas las cartas, ¿verdad?

Lo único que se oía era el susurro del viento entre las copas de los árboles. El hecho de encontrarse en el bosque añadía un toque surrealista a la situación. Maxwell y Young estaban acostumbrados al rugido de los motores de los aparatos, a la débil iluminación de los instrumentos que sus ojos estudiaban automáticamente mientras efectuaban vuelos de reconocimiento en busca de aparatos enemigos, y a la suave sensación de flotar que se experimenta en el interior de un avión que surca el cielo nocturno. Estar en tierra les producía la sensación de un movimiento inexistente mientras aguardaban el comienzo de algo que jamás habían visto.

- ¡Allí!

–Mal asunto si le ha visto usted moverse –observó Maxwell.

– Señor, S E N D E R G R E E N no tiene un aparcamiento con automóviles blancos –dijo la voz. La sombra se había recortado fugazmente contra él y, en cualquier caso, sólo Kelly la había visto.

– Tiene usted razón, señor Clark.

La radio que habían colocado sobre el montículo sólo transmitía rumores de interferencias. De pronto se oyeron cuatro guiones largos que fueron contestados a intervalos con uno, dos, tres y cuatro puntos.

– Los equipos se encuentran en sus puestos –murmuró Kelly–. Estén atentos. El especialista en lanzamiento de granadas de más antigüedad efectuará el primer lanzamiento en cuanto esté preparado y ése será el punto de partida.

–Mierda –dijo Greer con tono despectivo. Pero al punto se arrepintió.

Lo primero que oyeron fue el lejano rugir de los rotores de un helicóptero de dos hélices. Era un truco destinado a que la gente volviera la cabeza y, a pesar de que todos los hombres del montículo conocían el plan detalladamente, dio resultado, lo cual complació a Kelly. A fin de cuentas, él había elaborado buena parte del plan. Todas las cabezas se volvieron menos la suya.

Kelly creyó ver el destello de la mira del M-79 de uno de los especialistas en granadas, pero igual podía haber sido el parpadeo de una luciérnaga. Vio el mudo fulgor de un solo disparo y, menos de un segundo después, el cegador resplandor blanco, rojo y negro de una granada de fragmentación contra la base de una torre. El repentino estruendo hizo que los hombres que había allí pegaran un brinco, pero Kelly no les prestó atención. La torre, en la que teóricamente había hombres y armas, se desintegró. El eco no se había dispersado todavía entre los pinos cuando las tres torres restantes fueron igualmente destruidas. Cinco segundos más tarde, los helicópteros, separados por una distancia de menos de quince metros, empezaron a sobrevolar a baja altura las copas de los árboles, disparando contra el edificio del cuartel con sus dos largos dedos de neón. Los especialistas en lanzamiento de granadas ya estaban atacando las ventanas con sus fosforescentes y blancas descargas. Cualquier apariencia de visión nocturna desapareció en un instante.

– ¡Santo cielo!

Las fuentes de ardiente fósforo se extendían por el interior del edificio mientras los disparos de los helicópteros se encontraban en las salidas.

– Sí –dijo Kelly, levantando la voz para que le oyeran–. Todos los que están dentro se han convertido en antorchas humanas. Y los que intentan salir se encuentran con el fuego de los helicópteros. Muy ingenioso.

Las fuerzas de asalto siguieron escupiendo fuego contra los cuarteles y los edificios administrativos mientras el equipo de rescate corría hacia el bloque de la prisión y entraban en acción los helicópteros de rescate inmediatamente detrás de los AH-1

Cobras, aterrizando ruidosamente cerca de la entrada principal. Las fuerzas se dividieron y la mitad se desplegó alrededor de los helicópteros mientras la otra mitad seguía disparando contra los cuarteles. Un helicóptero Cobra empezó a sobrevolar la zona en círculo, cual inquieto perro pastor que acechara a los lobos.

Aparecieron los primeros marines y empezaron a arrastrar en relevos a los supuestos prisioneros. Kelly vio a Irvin efectuando las debidas comprobaciones y haciendo el recuento en la entrada. Se oyeron unas voces, gritando números y nombres entre el rugir de los grandes helicópteros de rescate Sikorski. Los últimos en llegar fueron los equipos de apoyo artillero. Después, los helicópteros de rescate se elevaron y desaparecieron en la oscuridad.

-Ha sido muy rápido -dijo Ritter mientras el estruendo de los aparatos se perdía en la distancia.

Momentos después llegaron equipos de bomberos para extinguir los incendios provocados.

-Quince segundos por debajo del tiempo previsto -dijo Kelly, enseñando su cronómetro.

-¿Y si hay algún fallo, señor Clark? -preguntó Ritter. Una risueña sonrisa iluminó el rostro de Kelly.

- Algo ha fallado, señor. Cuatro miembros del equipo resultaron «muertos» al entrar. Supongo que alguien se ha roto una pierna...

- Un momento, ¿quiere usted decir que existe la posibilidad...?

- Permítame explicárselo, señor -le interrumpió Kelly-. A juzgar por las fotografías, no hay razón para suponer que haya gente entre la zona de aterrizaje y el objetivo. En aquellas colinas no hay tierras de labranza, ¿verdad? En el ejercicio de esta noche he eliminado a cuatro personas al azar. Y todas se han roto una pierna para simplificar. No sé si lo ha advertido usted, pero las personas han tenido que ser transportadas al objetivo y sacadas de él. Todo tiene su correspondiente apoyo. Confío en que la misión se desarrolle con toda limpieza, señor, pero esta noche he organizado algunos fallos por si acaso.

Ritter asintió con gesto de aprobación.

- Espero que todo se haga conforme a este ensayo.

- Las cosas en combate pueden fallar, señor. Yo lo he tenido

en cuenta. Cada hombre está adiestrado para desarrollar por lo menos una función alternativa. -Kelly se frotó la nariz. El también estaba nervioso-. Lo que usted acaba de ver ha sido una misión simulada que ha alcanzado su objetivo a pesar de la aparición de mayores complicaciones de las previstas. Lo conseguiremos, señor.

- Señor Clark, me ha convencido usted. -El alto funcionario de la CIA se volvió hacia sus acompañantes-. ¿Y qué hay sobre el apoyo sanitario y todo lo demás?

-Cuando el Ogden se incorpore a las Fuerzas Especiales, le pasaremos el correspondiente personal médico -contestó Maxwell-. Ahora mismo Cas se dirige hacia allí para informar. CTF-77 es uno de los míos y colaborará. El Ogden es un barco muy grande. Dispondremos de todo lo que haga falta; médicos, agentes del servicio secreto para descifrar la información de los pilotos y cualquier otra cosa necesaria. El barco los llevará directamente a Subic Bay. Y nosotros los sacaremos de allí. Contando a partir del momento en que los helicópteros de rescate despeguen, los tendremos en California en... cuatro días y medio.

- De acuerdo, esta parte de la misión me parece muy bien. Y lo demás, ¿qué?

Maxwell se encargó de responder:

-Todo el grupo aéreo del Constellation prestará su apoyo. El Enterprise estará más al norte, trabajando en el área de Haifong. Eso distraerá a la defensa antiaérea y al alto mando. El Newport News pasará las próximas semanas bordeando la costa y disparando contra los emplazamientos antiaéreos. Hay que hacerlo al azar y esa zona será la quinta. El gran cinturón antiaéreo se encuentra al alcance de sus cañones. Entre el crucero y el grupo aéreo podremos abrir un corredor para los helicópteros. Armaremos tanto jaleo que no repararán en esta misión hasta que haya terminado.

Ritter asintió. Había leído cuidadosamente el plan y sólo quería que Maxwell se lo comentara -y, sobre todo, que le diera su opinión-. El vicealmirante estaba mucho más tranquilo y sereno de lo que Ritter esperaba.

-Aun así, es muy arriesgado -dijo tras una pausa.

-En efecto -convino Marty Young.

-¿Habéis pensado en el peligro que corre nuestro país si los prisioneros en ese campamento revelan lo que saben? -preguntó Maxwell.

A Kelly no le agradaba participar en aquella parte de la discusión. El peligro que corría el país era algo que rebasaba sus atribuciones. Su realidad no superaba el nivel de la pequeña unidad -o, en los últimos tiempos, un nivel todavía más bajo- y, a pesar de que la seguridad de su país empezaba por lo más mínimo, las cuestiones importantes requerían una perspectiva de la que él carecía. Pero no tenía ninguna excusa para retirarse, por lo que se quedó, escuchó y aprendió.

- ¿Quiere una respuesta sincera? -preguntó Ritter-. Le daré una y ninguna.

Maxwell encajó con sorprendente calma aquel desplante.

-¿Me lo quiere explicar, muchacho?

- Vicealmirante, es una cuestión de perspectiva. Los rusos quieren saber muchas cosas sobre nosotros y nosotros queremos saber mucho sobre ellos. Pues bien, Zacharias puede revelar nuestros planes del MAE y otros hombres bien informados pueden decir otras cosas. Cambiamos los planes y asunto arreglado. Le preocupa la cuestión estratégica, ¿verdad? Primero, los planes cambian cada mes. Segundo, ¿cree usted que alguna vez los llevaremos a la práctica?

- Es posible que algún día lo hagamos.

Ritter cogió un cigarrillo.

-Vicealmirante, ¿quiere usted que nosotros llevemos a la práctica esos planes?

Maxwell enderezó un poco más la espalda.

- Señor Ritter, yo sobrevolé Nagasaki con mi F6F poco después del término de la

guerra. He visto los efectos que producen esas bombas, y aquélla fue una de las más rudimentarias.

Era la respuesta que todos necesitaban.

- Y ellos piensan lo mismo. ¿A usted qué le parece, vicealmirante? -Ritter meneó la cabeza-. Ellos tampoco están locos. Nos tienen más miedo que nosotros a ellos. Incluso es posible que lo que sonsaquen a esos prisioneros los asuste lo bastante como

para comportarse con mayor sentido común. Las cosas funcionan así, tanto si usted lo cree como si no.

-Pues entonces, ¿por qué nos apoya? Porque usted nos apoya, ¿verdad?

-Por supuesto que sí. -«Qué pregunta tan estúpida», dijo su tono de voz, irritando a Marty Young.

- Pues, ¿por qué entonces? -preguntó Maxwell.

-Esos hombres son nuestros. Nosotros los enviamos. Tenemos que recuperarlos. ¿No es razón suficiente? Pero no me hable usted de vitales intereses de seguridad nacional. Eso se lo puede hacer tragar a los de la Casa Blanca e incluso a los del Capitolio, pero no a mí. O usted es fiel a los suyos o no lo es -añadió el funcionario de la CIA que había puesto en peligro su carrera para rescatar a un extranjero que ni siquiera le caía simpático-. Si no lo es y persiste en su empeño, no merece usted que lo salven ni que lo protejan, y la gente dejará de ayudarle y se encontrará en apuros.

- No estoy muy de acuerdo con eso, señor Ritter -dijo el general Young.

-Una operación de este tipo salvará a los nuestros y de paso demostramos a los rusos que nos tomamos las cosas en serio. Eso me facilitará la tarea con los agentes del otro lado del Telón de Acero. Podremos reclutar a un mayor número de agentes y obtener más información. De ese modo conseguiré la información que ustedes quieren, ¿no es así? El juego seguirá hasta el día en que encontremos otro. -No necesitaba nada más. Ritter se volvió hacia Greer-. ¿Cuándo quiere que informe a la Casa Blanca?

- Ya se lo diré. Pero eso es lo más importante, Bob... ¿Usted nos apoya?

- Sí, señor -contestó el tejano por motivos que los demás no comprendían, pero tenían que aceptar a pesar de sus recelos.

-Bien, ¿qué ocurre?

- Mira, Eddie -contestó pacientemente Tony-, nuestro amigo tiene un problema. Alguien se ha cargado a dos de los suyos.

- ¿Quién? -preguntó Morello.

No estaba de muy buen humor. Acababa de enterarse de que no era candidato a convertirse en miembro de pleno derecho de la organización. Después de todo lo que había hecho, Morello se sentía traicionado. Parecía increíble, pero Tony prefería apoyar a un negro que a uno de su propia sangre. A fin de cuentas, ambos eran primos lejanos y encima ahora el muy cabrón le pedía ayuda.

- No lo sabemos. Sus contactos y los míos no tienen ni idea.

-Pues es una lástima -dijo Eddie, volviendo a lo suyo-. Tony, él vino a mí, ¿recuerdas? A través de Angelo, pero entonces Angelo trató de tendernos una trampa y nosotros nos encargamos de arreglarlo, recuérdalo. No hubieras conseguido arreglarlo de no haber sido por mí. Por consiguiente, ¿qué pasa ahora? A mí me excluyes y él está cada vez más cerca. ¿Qué significa eso, Tony, lo convertirás en miembro?

- Dejémoslo ya, Eddie.

- ¿Cómo es posible que no me apoyaras? -preguntó Morello.

-Yo no puedo hacer nada, Eddie. Lo siento, pero no puedo.

Piaggi no esperaba una conversación muy satisfactoria, pero tampoco esperaba que las cosas se estropearan con tanta rapidez. Era natural que Eddie estuviera decepcionado, pero el muy estúpido se estaba ganando muy bien la vida. ¿Qué quería, estar dentro o ganarse bien la

vida? El lo veía clarísimo. ¿Cómo era posible que Eddie no lo viera? De pronto, Eddie decidió dar un paso más.

- Yo te arreglé aquel asunto. Ahora tienes un pequeño problema y ¿a quién recurres? ¡Pues a mí! Estás en deuda conmigo, Tony.

Piaggi lo comprendió. La cosa estaba muy clara desde el punto de vista de Eddie. La posición de Tony dentro de la organización era cada vez más importante. Teniendo a Henry como posible y muy probable proveedor, la posición de Tony se consolidaría. Ejercería influencia. Todavía tendría que mostrar respeto y obediencia a los que estaban por encima de él, pero la estructura del mando de la organización era admirablemente flexible y los métodos de doble garantía utilizados por Henry significaban que, quienquiera que fuese, su enlace con la organización gozaba de auténtica seguridad. La seguridad del propio puesto era un preciado tesoro muy difícil de alcanzar. El error de

Piaggi había sido no haberlo pensado mejor. Miraba hacia dentro en lugar de hacia fuera. Lo único que él veía era que Eddie podía desbancarle, convertirse en intermediario e ingresar en la organización, consiguiendo con ello la posición de respeto a la que aspiraba. Lo único que tenía que hacer Piaggi era morirse en el momento en que el jefe lo considerara oportuno. Henry era un hombre de negocios. Ya se encargaría de arreglarlo. Piaggi lo sabía y Eddie también.

- ¿Acaso no ves lo que está haciendo? Te está utilizando.

Curiosamente, Morello había empezado a comprender que Tucker los estaba manipulando a los dos, pero Piaggi, el blanco de la manipulación, no se había enterado. Y, en consecuencia, el comentario de Eddie resultó extremadamente inoportuno.

-Ya lo he pensado -mintió Piaggi-. ¿Qué esperas conseguir? ¿Una conexión con Filadelfia o Nueva York?

- Es posible. A lo mejor cree que podrá. A esta gente se le están subiendo los humos a la cabeza, te lo digo yo.

- A ése ya le arreglaremos las cuentas. No creo que lo consiga. Lo que ahora nos interesa saber es quién se está cargando a los suyos. ¿Sabes algo sobre alguien de fuera de la ciudad? -«Procura que se moje -pensó Piaggi-. Oblígale a comprometerse.» Los ojos de Tony se clavaron desde el otro lado de la mesa en el rostro de un hombre demasiado enfurecido como para preocuparse por lo que él estaba pensando.

- No sé una mierda.

- Investiga -le ordenó Tony.

Era una orden y Morello tendría que cumplirla.

- ¿Y si él mismo se está cargando a algunos desde dentro, quizá por problemas de seguridad? ¿Crees que es leal a alguien?

- No, pero tampoco creo que esté liquidando a los suyos. -Tony se levantó y dio la orden final-: Haz averiguaciones por ahí.

- Descuida -dijo Eddie, soltando un bufido y quedándose solo en la mesa.

XXIV. PRESENTACIONES

–¡Muchachos, habéis estado magníficos! –exclamó el capitán Albie al terminar de comentar el entrenamiento.

Se habían cometido algunos errores durante la aproximación, pero de poca importancia y, al llegar al ataque simulado, ni siquiera su ojo experto había descubierto faltas de importancia. La puntería, en especial, había sido excelente, casi sobrehumana, y dada la mutua confianza que sus hombres se profesaban, corrían a escasos metros de los corredores de fuego cuando se dirigían hacia los puestos asignados. Las tripulaciones de los helicópteros

Cobra se hallaban al fondo de la habitación y discutían su propia actuación. Como ocurría con las tripulaciones de los helicópteros de rescate, los pilotos y los artilleros eran tratados con gran respeto por los hombres que recibían su apoyo. Ambos grupos habían convivido durante todo el tiempo que duró el entrenamiento del grupo y en lugar de mostrar la antipatía habitual que solía existir entre unidades dispares, se tomaban el pelo amistosamente. Si quedaba algo de esa antipatía, estaba a punto de es-fumarse por completo.

–Caballeros –terminó Albie–, van a conocer por fin el objetivo de esta pequeña excursión.

–¡Firmes! –voceó Irvin.

El vicealmirante Holland Maxwell entró en la habitación y atravesó el pasillo central, acompañado por el general MartinYoung, ambos en uniforme de gala. El uniforme blanco de Maxwell resplandecía bajo las luces de neón del edificio, y el de Young, de color caqui de la infantería de marina, estaba tan almidonado que parecía de cartón. Un teniente colocó un panel sobre un caballete al tiempo que Maxwell se situaba detrás del atril. Desde su puesto en una esquina del estrado, el sargento de artillería Irvin estudió las caras de los jóvenes del auditorio, y recordó que tenía que fingir sorpresa ante lo que iba a ser anunciado.

–Siéntense, soldados –empezó cordialmente Maxwell, haciendo una pausa mientras se acomodaban–. En primer lugar, me gustaría expresarles personalmente el orgullo que siento de trabajar con ustedes. Hemos seguido atentamente el entrenamiento. Ustedes desconocen el motivo por el que están aquí y, sin embargo, han trabajado tan duro como cualquier unidad de élite. Así que les voy a revelar de qué se trata. –El teniente retiró la funda del panel, dejando a la vista una fotografía aérea–. Caballeros, esta misión, que recibe el nombre de SENDER GREEN, tiene como objetivo rescatar a veinte hombres, compatriotas nuestros, que en este momento están prisioneros del enemigo...

John Kelly, al igual que Irvin, situado a su lado, en lugar de dirigir la mirada al vicealmirante, estudiaba los rostros de los hombres. La mayoría de ellos eran más jóvenes que él. Todos los ojos estaban clavados en las fotografías: una bailarina exótica no hubiera atraído las miradas de aquellos soldados con el mismo magnetismo que aquellas ampliaciones captadas por el avión teledirigido Buffalo Hunter. Sus rostros no expresaban ninguna emoción. Con el torso erguido y conteniendo la respiración como estatuas que apenas respiraban, oían las palabras del vicealmirante.

–Este hombre de aquí es el coronel Robin Zacharias, de la Fuerza Aérea norteamericana –prosiguió Maxwell, señalando la fotografía con un largo puntero de madera–. Podrán apreciar lo que le hicieron los vietnamitas por haber mirado al avión que tomó esta foto. –El puntero atravesó la imagen hasta detenerse sobre la figura de un guardia del campo a punto de golpear con su arma al norteamericano por la espalda–. Sólo por haber mirado hacia arriba.

Al escuchar esas últimas palabras, Kelly observó que los ojos de todos los presentes se entornaban. Era una ira colectiva, silenciosa y disciplinada; pero era la más mortífera, se dijo Kelly al tiempo que reprimía una sonrisa inoportuna. No era momento para sonrisas. Todos los presentes conocían el peligro. Todos habían sobrevivido a más de trece meses de operaciones de combate. Habían visto morir a sus amigos de las formas más horrendas y violentas, como una terrible pesadilla. Pero la vida no era sólo miedo. Era una especie de cruzada a la que se veían empujados por un sentido del deber que todos compartían y, aunque no pudieran expresarlo, eso constituía una visión del mundo de la que eran conscientes. Todos aquellos hombres habían contemplado la muerte cara a cara en toda su espantosa majestuosidad, y sabían que toda existencia tiene un fin. Pero la vida debe consistir en algo más que evitar la muerte, debe tener un propósito, como él, de servir a los demás. Aunque ninguno de ellos deseaba perder la vida, estaban dispuestos a arriesgarla y poner la en manos de Dios, o de la suerte, o del destino, y tenían la certeza de que sus compañeros harían lo mismo. Desconocían a los hombres que aparecían en esas fotografías, pero eran camaradas a los que debían lealtad y no dudarían en arriesgar sus vidas por ellos.

–No tengo que decirles lo peligrosa que es esta misión –terminó el vicealmirante–..De

hecho, ustedes conocen los peligros mejor que yo.

–¡Ya lo creo, almirante! –gritó una voz desde el auditorio, sorprendiendo a los demás.

El arrebato de sinceridad hizo que Maxwell casi perdiera la compostura. «Así que es verdad –pensó–. Así que les importa realmente. A pesar de las equivocaciones, seguimos siendo lo que somos.» Existían términos para describirlo. En la Armada, el tema era «la hermandad», un término de Shakespeare que Nelson había utilizado. En realidad, Nelson había sido igual que ellos a su edad. Aunque ahora llevaran uniformes distintos y los marines fingieran despreciar su profesión, eran hombres jóvenes, fuertes y apasionados, tan desprendidos como los soldados de su generación.

–Gracias, Dutch –dijo Marty Young, situándose en el centro del estrado–. Así que ya lo saben, soldados. Todos son voluntarios. Antes de partir tendrán que ratificarse como voluntarios. Algunos de ustedes tienen familia, o novia. No vamos a presionarles para que vayan. Después de pensarlo, quizá algunos hayan cambiado de parecer. –Se dispuso a marcharse, pero antes de hacerlo examinó los rostros y vio reflejado en ellos la injuria premeditada que les acababa de infligir–. Tienen lo que queda del día para pensarlo. ¡Rompan filas!

Entre el chirrido del arrastrar de sillas, los soldados se incorporaron, y cuando todos estaban en posición de firmes, como si fuera una sola voz, retumbaron:

– ¡Ratificado!

Era más que evidente para aquellos que vieran sus caras. Echarse atrás en la misión representaría negar su propia hombría. Algunos sonrieron. La mayoría intercambió comentarios con sus compañeros, y no era precisamente satisfacción lo que reflejaban sus ojos, sino más bien determinación, y quizá la mirada que recibirían de aquellos cuyas vidas iban a salvar. «Somos americanos, y hemos venido para llevaros a casa.»

– Bien, señor Clark, su vicealmirante nos ha brindado un bello discurso.

– Me hubiera gustado grabarlo.

– Ya eres mayorcito para saber dónde te metes, esto será peliagudo.

– Sí, lo sé. –Irvin sonrió con una mueca burlona–. Pero si sabes que va a ser duro, ¿por qué diablos te empeñas en ir solo?

– Es una promesa. –Kelly sacudió la cabeza y se dirigió al vicealmirante para hacerle una petición.

Atraída por el olor a café y el murmullo de la conversación, Doris logró bajar las escaleras apoyándose en la barandilla. El dolor de cabeza continuaba, pero esa mañana no era tan agudo.

Sandy la saludó sonriente.

–¡Hola, buenos días!

–¡Hola! –respondió Doris. Estaba muy pálida pero, a pesar de su debilidad, consiguió esbozar una sonrisa mientras cruzaba el umbral–. Desfallezco de hambre.

– Espero que te gusten los huevos. –Sandy le acercó una silla y le sirvió un vaso de zumo de naranja.

– Me comería hasta las cáscaras –dijo Doris ofreciendo la primera muestra de su sentido del humor.

– Toma éstos y no te preocupes por las cáscaras –dijo Sarah Rosen, al tiempo que vaciaba el contenido de la sartén en un plato.

Doris estaba fuera de peligro. Sus movimientos aún eran lentos, dolorosos y mal coordinados como los de un niño pequeño, pero la mejoría que había experimentado en las últimas veinticuatro horas era milagrosa. Y los resultados de los análisis de sangre eran aún más favorables. Los antibióticos habían eliminado la infección; y los indicios residuales de

barbitúricos se debían a las pequeñas dosis terapéuticas que Sarah le había recetado. Pero la señal más alentadora era la recuperación del apetito. Con movimientos torpes desdobló la servilleta y la extendió sobre su regazo encima del albornoz. No se abalanzó sobre la comida, simplemente dio cuenta de su primer desayuno auténtico en muchos meses, con la mayor dignidad posible, considerando su estado y el hambre que tenía.

Doris era un ser humano nuevamente.

No sabían nada sobre ella, excepto su nombre: Doris Brown. Sandy se sirvió una taza de café y se sentó.

–¿De dónde eres? –preguntó.

–De Pittsburgh –respondió ella, como si hablara de un lugar al otro lado de la galaxia.

–¿Tienes familia?

–Sólo mi padre. Mi madre murió de un cáncer de mama en 1965 –contestó pausadamente, y se palpó bajo el albornoz. Era la primera vez que sus pechos no le dolían a causa de las atenciones de Billy.

Sandy advirtió el gesto y adivinó su significado.

–Lo siento, Doris.

–No te preocupes...

–Me llamo Sandy, ¿recuerdas?

–Yo soy Sarah –añadió la doctora Rosen, cambiando el plato vacío por uno lleno.

–Gracias, Sarah.

Su sonrisa era apagada, pero indicaba que Doris empezaba a responder a su entorno, un hecho que para ella tenía más importancia de lo que un observador ajeno le hubiera concedido. «Poco a poco –pensó Sarah–. Lo importante no es avanzar deprisa, sino en la dirección correcta.» Las miradas de la doctora y la enfermera se cruzaron. Para alguien que no la hubiera vivido era una sensación inexplicable. Ella y Sandy la habían rescatado de las garras de la muerte. Tres meses más, había calculado Sarah, o quizá menos, y habría quedado tan débil que la enfermedad más nimia hubiera acabado con su vida en cuestión de horas. Pero ahora sobreviviría y, aunque no lo expresaban, ambas mujeres compartían un sentimiento parecido al que debió sentir Dios cuando dio vida a Adán. Juntas habían vencido a la muerte, un don que estaba reservado a Dios: dar la vida. Esa era la motivación que llevó a ambas mujeres a escoger su profesión, y los momentos como aquél compensaban la ira y la tristeza que seguía a la pérdida de los pacientes que no lograban salvar.

–No comas demasiado deprisa, Doris. Cuando no se ha comido durante un tiempo, el estómago se encoge un poco –aconsejó Sarah, retomando su papel de médico. No le pareció momento oportuno para prevenirle de los trastornos y los dolores que seguramente padecería su aparato digestivo. No se podía hacer nada para evitarlo, y de todas formas lo importante era conseguir que comiera.

–De acuerdo. Estoy a punto de reventar.

–Pues ahora que puedes, relájate un poco. Háblanos de tu padre.

–Me escapé de casa –contestó Doris–. Justo después de lo de David... Cuando llegó el telegrama, mi padre quedó muy afectado y me culpó a mí, y...

Raymond Brown era capataz del horno de oxígeno número tres, de la Siderúrgica Jones y Loughlin. Vivía en Loughlin Street, en la ladera de una de las colinas de la ciudad, en una de las pintorescas casitas blancas de madera, cuya fachada de tablas tenía que pintar cada dos o tres años, dependiendo de la severidad de los vientos invernales procedentes del valle de Monogahela. Trabajaba en el turno nocturno porque era de noche cuando la casa le parecía más vacía. No volvería a oír el trajín de su mujer, ni a llevar a su hijo a ver un partido de béisbol o a jugar a la pelota en la intimidad de su minúsculo y empinado patio trasero, y tampoco tendría que volver a preocuparse por las citas de su hija los fines de semana.

Había intentado hacer todo lo humanamente posible pero, como sucedía a menudo, era

demasiado tarde. No había sido capaz de soportar el dolor. A su esposa, una mujer hermosa y activa, le descubrieron el tumor cuando sólo tenía treinta y siete años. Era su mejor amiga y compañera. La apoyó y reconfortó mientras sufría una operación tras otra, intentando mantenerse fuerte para sostenerla mientras ella se debilitaba cada vez más a pesar de los tratamientos. Pero como si no fuera bastante carga para un solo hombre, había tenido que asumir otra. David, su único hijo, fue enviado a Vietnam, donde murió dos semanas más tarde, en un valle perdido. El respaldo de sus compañeros de trabajo y la solidaridad que le habían mostrado en el funeral no había bastado para evitar que buscase refugio en la bebida, tratando de aferrarse desesperadamente a lo poco que le quedaba. Doris había sufrido su propio pesar en silencio, algo que Raymond no pudo entender o apreciar, y cuando una noche la chica volvió a casa a altas horas de la noche y con la ropa en desorden, él la había insultado cruelmente. Podía recordar cada palabra, y también el portazo que ella dio al marcharse.

Cuando recobró la lucidez al día siguiente y, con lágrimas en los ojos, se dirigió a la comisaría y se rebajó ante hombres cuya comprensión y simpatía nunca llegó a reconocer, tan desesperado estaba por recuperar a su hija, por rogarle que le perdonara, aunque él nunca se perdonaría a sí mismo. Pero Doris había desaparecido. La policía hizo todo lo que estuvo en su mano, es decir, no mucho. Así que había ahogado su dolor en el alcohol durante dos años, hasta que dos de sus compañeros de trabajo fueron a su encuentro y mantuvieron una conversación corno hacen los amigos cuando se han armado de suficiente valor para invadir la intimidad de un hombre. Ahora, el pastor le visitaba semanalmente. Ya no se excedía con la bebida y esperaba poder dejarlo completamente. Había sido el único modo de sobrellevar su penuria y hacer frente a su soledad. Sabía que la dignidad solitaria tenía poco valor, pero era todo lo que le quedaba. Rezar también le ayudaba a encontrar consuelo, y a menudo se dormía repitiendo las palabras de una oración. Cuando sonó el teléfono se dio vuelta en la cama, empapado en sudor.

-¿Diga?

- ¿Raymond Brown?

-Sí, ¿quién es usted? -preguntó con los ojos cerrados.

- Soy la doctora Sarah Rosen del Hospital Johns Hopkins de Baltimore.

-¿Qué quiere? -El tono de su voz acabó de despertarle. Fijó la mirada en el techo, una lisa extensión blanca que encajaba perfectamente con el vacío de su propia vida. De repente sintió miedo. ¿Qué quería una doctora de Baltimore? Empezó a temer lo peor.

-Aquí hay alguien que quiere hablar con usted, señor Brown.

-¿Cómo dice? -Oyó un murmullo apagado que al principio confundió con interferencias parasitarias.

-No puedo.

-No tienes nada que perder, cariño -dijo Sarah, a la vez que le tendía el teléfono-. Es tu padre. Confía en él.

Doris cogió el auricular y lo sostuvo con ambas manos mientras susurraba:

-¿Papá?

A través de los cientos de kilómetros que les separaban, la voz de Doris llegó a sus oídos con la claridad de una campanada. Tuvo que tomar aire tres veces antes de poder articular, con voz quebrada:

-¿Doris?

-Sí, papá... Lo siento.

-¿Te encuentras bien, nena?

-Sí, papá. Estoy bien. -Y no mentía.

-¿Dónde estás?

-Espera un momento. -Volvió a oírse la primera voz-. Soy la doctora Rosen, señor Brown.

- ¿Sigue ahí?

- Sí, está a mi lado. Llevamos una semana tratándola. Está enferma, pero se repondrá.

¿Comprende? Se recuperará.

Brown se llevó la mano al pecho. Sentía un puño de hierro en el corazón, y su respiración se volvió entrecortada.

-¿Está bien? -preguntó ansiosamente.

-Estará bien -le aseguró Sarah-. De eso no hay duda, señor Brown. Créame, por favor.

- ¡Gracias a Dios! ¿Dónde... desde dónde me llama?

-Tendrá que esperar antes de verla. La llevaremos a su casa en cuanto se encuentre recuperada. No estaba muy segura de si debía llamarle, pero.. era mi deber. Espero que lo comprenda.

Sarah tuvo que esperar dos minutos antes de volver a oír una palabra comprensible, pero los sonidos que oyó la conmovieron. No había salvado a una persona de la muerte segura, sino a dos.

-¿De verdad se encuentra bien?

- Ha sufrido mucho, señor Brown, pero tiene mi palabra de que se recuperará completamente. Soy un buen médico, de lo contrario no se lo diría.

- Por favor, déjeme hablar con ella otra vez. ¡Se lo ruego!

Sarah entregó el auricular a Doris y, al cabo de poco, los cuatro sollozaban. La enfermera y la doctora se abrazaron, saboreando su victoria sobre los crueles infortunios de la vida.

Bob Ritter aparcó su coche en West Executive Drive, una calle, que unía la Casa Blanca con la sede del Ejecutivo. Se dirigió a pie hacia este último, probablemente, el edificio más feo de Washington, que anteriormente albergaba la rama ejecutiva del gobierno -los departamentos de Estado, Guerra y Marina-. En él se hallaba también la Sala del Tratado Indio, creada con el propósito de impresionar a los visitantes primitivos con el esplendor de la recargada decoración, la arquitectura victoriana y la majestuosa prepotencia de aquel gobierno. Sus pasos resonaban sobre el suelo de mármol de los anchos pasillos, mientras buscaba el despacho indicado. Lo encontró en el segundo piso, el despacho de Roger MacKenzie, asesor especial del presidente para Asuntos de la Seguridad Nacional. El objetivo «especial» denotaba irónicamente su condición de oficial de segunda categoría. El despacho del consejero de Asuntos de la Seguridad Nacional estaba situado en el Ala Oeste de la Casa Blanca. Las oficinas de sus subordinados se hallaban desperdigadas por otros edificios y la distancia que les separaba del centro de poder era proporcional a su influencia, pero no tenía relación con su grado de arrogancia. MacKenzie necesitaba tener un equipo bajo sus órdenes para recordar su propia importancia, real o ilusoria. No era un mal tipo y, después de todo, era bastante inteligente, pensó Ritter. No obstante, MacKenzie defendía su puesto celosamente y, de haber nacido en otros tiempos, habría sido el escribiente que aconsejaba el canciller que, a su vez, aconsejaba al rey. Pero, en cambio, hoy en día el escribiente requería los servicios de un secretario ejecutivo.

- ¡Hola, Bob! ¿Cómo van las cosas por Langley? -preguntó MacKenzie delante del personal administrativo, para hacerles saber que iba a reunirse con un prometedor oficial de la CIA y que realzaba su propia importancia.

- Lo de siempre. -Ritter le devolvió la sonrisa. «¡Vayamos al grano!», pensó.

- ¿Problemas con el tráfico? -preguntó MacKenzie, poniendo en evidencia que Ritter había llegado a la cita un poco tarde.

- Tenemos un pequeño problema con el G. W. -Ritter señaló hacia el despacho privado de MacKenzie. Su anfitrión asintió.

- Wally, necesitamos a alguien para tomar notas.

- Sí, señor. -Su ayudante ejecutivo se levantó del escritorio y tomó un bloc de notas.

- Bob, quiero presentarte a Wally Hicks. No creo que se conozcan.

-Mucho gusto, señor. -Hicks le tendió la mano.

Ritter la estrechó brevemente. Otro ambicioso ayudante de la Casa Blanca: acento de Nueva Inglaterra, aire de inteligente y bien educado, todas las cualidades que se podían esperar en esa clase de persona. Un minuto después se hallaban en el despacho de MacKenzie, cuyas puertas con marcos de hierro fundido daban a la Sede del Ejecutivo la solidez estructural de un buque de guerra. Hicks se apresuró a ofrecer café con el servilismo de un paje de una corte medieval. Así eran las cosas en el país democrático más poderoso del mundo.

-Así, pues, ¿cuál es la razón de su visita, Bob:? -pregunto MacKenzie, sentado detrás de su mesa.

Hicks abrió el bloc y se esforzó por transcribir cada palabra.

- Roger, disponemos de una oportunidad única en Vietnam.

-Sus interlocutores abrieron los ojos y aguzaron los oídos.

-¿De qué se trata?

-Hemos localizado un campo especial de prisioneros al sudoeste de Haifong -empezó Ritter, y relató sucintamente lo que conocían y lo que sospechaban.

MacKenzie escuchó con atención. A pesar de su aire presuntuoso, en otros tiempos había sido aviador. Había pilotado bombarderos B-24 durante la Segunda Guerra Mundial e incluso había tomado parte en la dramática, pero fracasada, operación PLOESTI. Un patriota con algunos defectos, pensó Ritter. Intentaría sacar partido de lo primero y pasar por alto los últimos.

- Déjenle ver las imágenes -dijo al cabo de unos minutos, sirviéndose de la jerga del oficio en lugar de la vulgar palabra «fotografías».

Ritter sacó de su maletín la carpeta de las fotos y la dejó sobre la mesa. MacKenzie la abrió y cogió una lupa del cajón.

- ¿Sabemos quién es ese tipo?

-Encontrará una foto más clara al final -respondió Ritter. MacKenzie comparó la fotografía del expediente con la del

campo de prisioneros, y luego con la ampliación de esta última. -Se parece mucho. No totalmente, pero mucho. ¿Quién es? -El coronel Robin Zacharias, de la Fuerza Aérea. Estuvo destinado en la base aérea de Offutt, y en la planificación de guerra del MAL. Estaba informado de todo, Roger.

MacKenzie levantó los ojos y silbó, lo que en su opinión debía ser lo más apropiado en esas circunstancias.

- Y este otro que no es vietnamita...

-Un coronel de la Fuerza Aérea soviética, no sabemos su nombre, pero no es difícil adivinar por qué se encuentra ahí. Ese es el punto clave.

-Ritter le entregó una copia del informe del Ejército sobre la muerte de Zacharias.

- ¡Maldita sea!

- Sí, de pronto todo se vuelve muy claro.

- Esta clase de escándalo podría hundir las conversaciones de paz... -pensó MacKenzie en voz alta.

Walter Hicks no podía decir nada. No estaba allí para opinar. Era una especie de accesorio necesario, una grabadora viviente; su presencia allí sólo se debía a que su jefe deseaba una transcripción de la entrevista. «Hundir las conversaciones de paz», escribió, y subrayó las palabras apretando la pluma con tal fuerza que las yemas de sus dedos palidecieron.

-Roger, los hombres que suponemos están en ese campamento saben mucho, lo suficiente para comprometer gravemente la seguridad nacional -dijo Ritter con serenidad-. Zacharias conoce nuestros planes de guerra nuclear, ayudó en la redacción del STOP, ¿está claro? Este es un asunto muy serio. -Con la mención de la sigla STOP, invocación del terrible «Plan Unico de Operaciones Integradas», Ritter había subido deliberadamente el tono de la conversación. El hombre de la CIA se sorprendió de su propia habilidad para la mentira.

Quizá los desgraciados de la Casa Blanca no admitieran la idea de rescatar a personas simplemente porque eran personas; para ellos había asuntos prioritarios, y los planes de una guerra nuclear eran el sanctasanctórum de este y otros templos del poder gubernamental.

- Le escucho, Bob.

- Se llama Hicks, ¿no? -preguntó Ritter volviendo la cabeza.

-Sí, señor.

-¿Sería tan amable de dejarnos solos?

El subalterno miró a su jefe, implorándole con su rostro inexpresivo que le dejase permanecer en la habitación.

-Wally, creo que vamos a seguir en sesión ejecutiva por el momento -dijo el ayudante especial del presidente, mitigando el impacto de la despedida con una sonrisa amistosa y un ademán con la mano en dirección a la puerta.

–Sí, señor. –Hicks se incorporó y salió, cerrando la puerta suavemente.

¡Mierda!, juró para sus adentros cuando se sentó de nuevo a su mesa. ¿Cómo podría aconsejar a su jefe si no le dejaban escuchar el final? Robert Ritter, pensó Hicks. El mismo hombre que dio al traste con ciertas negociaciones en un momento particularmente difícil cuando, desobedeciendo las órdenes, sacó a un espía de pacotilla de Budapest. La información que aportó concernía a la posición de Estados Unidos en las negociaciones, y eso había retrasado tres meses la firma del tratado, porque los americanos decidieron conseguir algo más de los soviéticos, que en esa ocasión se mostraban inusualmente razonables. Ese hecho salvó la carrera de Ritter, y probablemente había alentado esa estúpida visión romántica de la vida en la cual un individuo era más importante que la paz mundial, cuando el único asunto importante era la paz.

¡Hicks sabía que a Ritter se le daba muy bien enredar a Roger! Todo eso de los planes de guerra eran puras memeces. Roger tenía las paredes de su despacho decoradas con fotografías de «los viejos tiempos», cuando pilotaba aquel condenado avión por aquel infierno, convencido de que él solo iba a derrotar a Hitler. Otra maldita guerra que se pudo haber evitado con un buen trabajo diplomático, si la gente se hubiera dedicado a los asuntos realmente importantes, como él y Peter esperaban hacer algún día. Esto no tenía nada que ver con los planes de guerra del SIOP, ni ninguna otra bobada con que el personal de uniforme de esa sección de la Casa Blanca se entretenía a diario. Era por la gente, ¡por Dios! Gente de uniforme. Unos estúpidos soldados de hombros anchos y mentes estrechas, que no sabían hacer otra cosa que matar, como si con eso se arreglara el mundo. Además, resopló Hicks airado, conocían los riesgos. Si querían arrojar bombas sobre las gentes pacíficas y amigables de un pueblo como el vietnamita, deberían pensar antes que a ellos no les iba a gustar mucho. Y aún más importante, si eran lo suficientemente estúpidos como para arriesgar sus vidas, aceptaban implícitamente la posibilidad de perderlas y, por tanto, Hicks no veía por qué las personas como él tenían que preocuparse por ellos cuando las cosas se torcían. Probablemente amaban la acción. Sin duda eso atraía a cierta clase de mujeres, que creía que cuanto más pequeño era el cerebro más grande era la polla, que preferían los machos que al andar arrastraban los nudillos por el suelo, como simios trajeados.

«Esto podría hacer zozobrar las negociaciones de paz. Hasta MacKenzie lo sabía.»

Todos esos muchachos de su generación, muertos. Quizá se arriesgaban a no poner fin a la guerra a causa de quince o veinte asesinos profesionales. ¿Y si montaban una guerra y no acudía nadie? Esta frase fue uno de los aforismos favoritos de su generación, aunque no dejaba de ser pura fantasía.

Porque personas como ese bruto de Zacharias siempre arrastraban a la gente tras de sí, y la pobre gente que carecía de los conocimientos y la perspicacia de Hicks nunca era capaz de ver que con aquello sólo se malgastaban energías. Ese era el hecho más asombroso. ¿No era más que evidente que la guerra era algo espantoso? No había que ser muy listo para verlo.

Hicks vio abrirse la puerta y salir a MacKenzie y Ritter. –Wally, cruzaremos enfrente un momento. ¿Sería tan amable de decir a la visita de las once que volveré lo más pronto

posible?

–Sí, señor.

¡Muy propio de él Ritter lo había engatusado. Le había convencido hasta tal punto que estaba dispuesto a exponerlo ante el consejero de Seguridad Nacional. Y, salvo que alguien descubriera la argucia, en la mesa de negociaciones pondrían el grito en el cielo y las cosas se retrasarían tres o cuatro meses. Hicks cogió el teléfono y marcó un número.

–Oficina del senador Donaldson.

– Buenos días, quisiera hablar con Peter Henderson.

– Lo siento, pero el señor Henderson y el senador Donaldson se encuentran en Europa. Regresarán la semana que viene.

– ¡Oh! Bien, gracias. –Hicks colgó. ¡Maldición! Estaba tan furioso que lo había olvidado.

Ciertos asuntos requerían especial precaución. Peter Henderson ni siquiera sabía que su nombre en clave era CASSIUS, y le había sido asignado por un analista del Instituto Americano-Canadiense que sentía una pasión por Shakespeare propia de un catedrático de Oxford. La fotografía en la carpeta y la biografía de una sola página del agente le hizo pensar en el «patriota» egoísta de la tragedia Julio César. Bruto no habría llevado la razón. Henderson, según el analista, no tenía suficiente nobleza de carácter. No quería decir que fuera inútil, sino poco admirable.

El senador estaba de gira por Europa para recoger información sobre asuntos relacionados con la OTAN, y acudirían a las conversaciones de paz en París, aunque sólo fuese para filmar unas imágenes que en otoño emitirían las cadenas de televisión de Connecticut. De hecho, la «gira» consistía en un viaje de compras, interrumpido cada dos días por algún que otro breve compromiso oficial. Henderson, que estaba disfrutando de su primer viaje como consejero de asuntos de Seguridad Nacional del senador, tenía que estar presente en las reuniones, pero disponía del resto del día y, por tanto, había hecho sus propios planes. En ese momento estaba visitando la Torre Blanca, en el centro de la famosa Torre de Londres, el centinela del río Támesis que pronto cumpliría novecientos años.

–Hace un día precioso para Londres –comentó otro turista.

–¿Habrá tormentas por aquí? –comentó a su vez el americano, mientras examinaba la voluminosa armadura de Enrique VIII.

–Sí las hay –respondió el hombre–, pero no tan violentas como las de Washington.

Henderson buscó la salida con la mirada y se encaminó hacia ella. Al cabo de un momento, paseaba por el césped de la Torre de Londres en compañía del desconocido.

– Su inglés es excelente.

–Gracias, Peter. Me llamo George.

– Encantado, George. –Henderson sonrió sin mirar a su nuevo amigo. Se sentía como en una película de James Bond, y el hecho de que ocurriera allí, no sólo en Londres, sino en la cuna de la familia real británica, le daba aún mayor emoción.

George era su verdadero nombre –en realidad Georgi, su equivalente en ruso– y ahora raramente hacía trabajos de campo. No obstante, había sido un eficaz jefe de operaciones del KGB, poseía una capacidad de deducción tan asombrosa que le habían llamado a Moscú cinco años antes de lo previsto, le habían ascendido a teniente coronel y puesto al mando de toda la sección. En ese momento ostentaba el rango de coronel, y tenía puestas sus miras en el rango de general. El motivo por el que había venido a Londres vía Helsinki y Bruselas, era echar un vistazo a CASSIUS personalmente; y también hacer unas compras para su familia. Sólo tres hombres de su edad tenían en el KGB un rango similar, y a su atractiva esposa le gustaba vestir ropa occidental. ¿Qué lugar mejor para comprarla que Londres? George no hablaba francés ni italiano.

–Este será nuestro único encuentro, Peter.

–¿Quiere decir que me debo sentir honrado?

–Sí, si así lo prefiere. –George era extraordinariamente amable para ser ruso, aunque esto formaba parte de su disfraz. Sonrió al americano–. Su senador tiene acceso a mucha información.

–Sí, tiene razón –afirmó Henderson, disfrutando de las protocolarias alabanzas. No fue necesario añadir Y yo también.

–Nos interesa mucho esa clase de información. Francamente, su gobierno, en especial con su nuevo presidente, nos da miedo.

–A mí también –admitió Henderson.

–Pero, al mismo tiempo, aún queda una esperanza –prosiguió George con tono razonable y sensato–. Es también una persona realista. Su propuesta para distensión entre nuestros países ha sido interpretada por mi gobierno como una señal de que podremos llegar a un amplio entendimiento internacional. Por ello, deseamos examinar hasta qué punto su propuesta de celebrar conversaciones de paz tiene una base firme. Desafortunadamente, tenemos nuestros propios problemas.

–¿Por ejemplo?

–Quizá su presidente tenga buenas intenciones. Se lo digo con franqueza, Peter –añadió Goerge–; él es muy... competitivo. Si llegara a saber demasiado sobre nosotros, intentaría presionarnos respecto a algunos temas, y eso podría frustrar ese acuerdo tan anhelado por todos. Existen elementos políticos adversos en su gobierno. Al igual que en el nuestro; vestigios de la era estalinista. La clave de cualquier tipo de negociaciones, corno las que

pronto podrían hacerse realidad, es que ambos bandos sean razonables. Necesitamos su ayuda para controlar los elementos recalcitrantes de nuestro bando.

A Henderson le sorprendió esa última afirmación. Los rusos podían ser tan abiertos, tan parecidos a los americanos. –¿Cómo puedo ayudarles?

–No podemos permitir que ustedes se apoderen de cierto tipo de información. De lo contrario, el concepto de distensión no tendría futuro. Si sabemos demasiado acerca de ustedes o viceversa, las reglas del juego se complican demasiado. Ambos bandos buscan demasiadas ventajas y, entonces, no queda lugar para el entendimiento, sólo para un predominio que ninguno de los dos aceptaría. ¿Me sigue?

–Sí, tiene razón.

–Lo que le pido, Peter, es que de vez en cuando nos revele ciertas cosas que hayan logrado averiguar acerca de nosotros. No le señalaré exactamente lo que queremos saber. Creo que es bastante inteligente para saberlo por sí mismo. Confiaremos en usted. Las guerras deben pasar a la historia. La paz venidera, si se hace realidad, dependerá de gente como usted y como yo. Nuestros dos países tienen que confiar el uno en el otro. Esa confianza empieza entre dos personas. No hay elección. ¡Ojalá no fuese así!, pero es el único camino que nos puede conducir a la paz.

–La paz sería maravillosa –se permitió observar Henderson–. En primer lugar hemos de encontrar una manera de terminar con esta guerra.

–Estamos en ello, como bien sabe. Estamos... en realidad no estamos ejerciendo ninguna presión, sólo estamos animando a nuestros amigos a tomar una postura más moderada. Ya han muerto demasiados jóvenes. Ha llegado la hora de poner fin a la guerra, un fin aceptable para ambos bandos.

–Me alegro de oírle decir eso, George.

–Así pues, ¿está dispuesto a ayudarnos?

Habían dado la vuelta a la Torre, y ahora se encontraban delante de la capilla, junto a un tocón de madera cuya utilidad Henderson desconocía. Alrededor había una cadena de separación sobre la que se posaba uno de los cuervos a los que permiten habitar en el recinto de la Torre, tanto por tradición como por superstición. A la derecha, un alabardero de la Casa Real guiaba la visita de un grupo de turistas.

–He estado ayudándole, George. –Era verdad. Henderson llevaba casi dos años

suspendido del anzuelo. La tarea del coronel del KGB era poner algo más de carnada y comprobar que se lo tragaba.

–Sí, Peter, lo sé, pero ahora le estamos pidiendo algo más, in-formación decisiva. Usted tiene la palabra, amigo mío. Hacer la guerra es fácil, pero hacer la paz puede ser mucho más peligroso. Nadie conocerá su contribución. Los ministros llegarán a un acuerdo y después se estrecharán las manos por encima de la mesa. Las cámaras registrarán el acto para la posteridad, pero los nombres de personas como usted y yo nunca figurarán en los libros de historia. Pero no importa, amigo mío, es gente como nosotros la que prepara el camino a los ministros. No puedo obligarle a tomar parte en esto, Peter. La decisión de ayudarnos es suya. Y también es cosa suya decidir lo que necesitamos saber. Es usted un joven inteligente, y su generación en América sabe muy bien lo que se hace. Si lo prefiere, le daré tiempo para decidirlo...

Henderson se volvió; su decisión estaba tomada.

–No hace falta. Tiene razón. Alguien tiene que ayudar a conseguir la paz, y la indecisión no cambiaría la situación. Le ayudaré, George.

–Será peligroso. Usted lo sabe –le advirtió George. Tuvo que contener su júbilo, pero ahora que Henderson había tragado por fin el anzuelo, tenía que asegurarse de que había prendido.

–Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Merece la pena. «¡Por fin!»

–Tenemos que proteger a la gente como usted. Nos pondremos en contacto cuando esté de vuelta en su país. –George hizo una pausa–. Peter, soy un padre de familia. Tengo una hija de seis años y un hijo de dos. Gracias a su esfuerzo y al mío, ellos crecerán en un mundo mejor; un mundo en paz. Por eso le doy las gracias, Peter. Ahora he de irme.

–Hasta la vista, George -dijo Henderson.

George se volvió para dirigirle una última sonrisa.

-No, Peter, no volveremos a vernos. -George bajó los escalones que conducían a la Puerta de los Traidores. Tuvo que reunir toda su capacidad de autodominio para no estallar en carcajadas ante la paradoja de lo que acababa de lograr, y nada menos que en un escenario apropiado: ante la patente ironía de la reja sus-pendida del arco de piedra. Cinco minutos más tarde, subió a un taxi londinense y ordenó al chófer que se dirigiera a los almacenes Harrod's, en Knightsbridge.

CASSIUS, pensó. No, no era muy apropiado. «Casca», quizá. Pero ya era demasiado tarde para cambiarlo. Además, ¿quién habría entendido la ironía?, pensó Glazov, sacando de su bolsillo la lista de la compra.

XV. SALIDA

Aunque saliera a la perfección, no bastaba con practicarlo una sola vez. Lo repitieron en las cuatro noches siguientes, y en dos ocasiones a la luz del día, para que las posiciones quedaran grabadas en la mente de todos. El equipo de rescate irrumpiría en el edificio de los prisioneros, a tan sólo cuatro metros del ángulo de fuego de una ametralladora M-60 -la disposición física del campo así lo exigía, lo que provocaba preocupación general-, y ése era el punto técnico más peligroso del asalto. Al cabo de una semana, el equipo de SENDER GREEN no podía estar mejor entrenado. Sin embargo no abandonaron el entrenamiento, sino que sólo lo redujeron para que los hombres no se debilitaran .y se distendieran a causa de la rutina. Luego, entraron en la fase final de la preparación. Mientras entrenaban, los hombres detenían la acción para hacer comentarios y sugerencias. Las ideas factibles eran transmitidas a un suboficial, o al capitán Albie, y la mayoría de las veces resultaban incorporadas al plan. Esto formaba parte de la preparación intelectual, y era importante que cada miembro del

equipo sintiera que se le daba oportunidad de participar. Eso les proporcionaba confianza y no la fanfarronería que se asocia con los soldados de élite, sino un juicio profesional más acorde con la capacidad de considerar, ajustar y reajustar hasta llegar a la perfección. Ahora, en su tiempo libre, estaban más relajados. Y puesto que ya conocían los pormenores de la misión, las payasadas normales en los jóvenes escaseaban.

Mientras esperaban la orden, miraban la televisión en el hangar descubierto o leían libros y revistas, sin apartar de sus pensamientos a aquellos hombres que esperaban también al otro lado del mundo, y en la mente de los veinticinco se sucedían las mismas preguntas. ¿Iría todo bien? Si la respuesta resultaba afirmativa, ¿qué regocijo sentirían después? Si era negativa... bueno, todos habían decidido tiempo atrás que, ganasen o perdiesen, jamás se echarían atrás. Había que intentar devolver aquellos maridos a sus esposas, aquellos padres a sus hijos, aquellos hombres a su país. Todos estaban de acuerdo en que, si había una ocasión de jugarse la vida, era ésta. A petición del sargento Irvin, unos capellanes visitaron la unidad para aliviar el peso de sus conciencias. Unos cuantos redactaron su testamento –por si acaso–, pero cada vez se concentraban más en la misión, desterrando preocupaciones ajenas y canalizando su atención en algo identificado únicamente por un nombre en clave escogido seleccionando palabras de una lista, al azar. Los hombres adquirieron la costumbre de acudir, a menudo con su compañero de equipo, al campo de entrenamiento para comprobar posiciones y ángulos, y repasar la primera fase de aproximación rápida o el recorrido que seguirían una vez empezaran los disparos. Todos ellos se entrenaban por su cuenta, corriendo dos o tres kilómetros, además de los entrenamientos regulares de la mañana y la tarde, tanto para aliviar la tensión como para afianzar su preparación física para cuando llegara el momento. Un observador avezado lo hubiera leído en sus miradas: serias pero sin tensión, concentradas pero no obsesionadas, confiadas pero no engreídas. El resto de marines en la base de Quantico se mantenían a distancia y hacían conjeturas sobre lo inhabitual del lugar y el horario de los entrenamientos, la presencia de helicópteros Cobra en la pista de aterrizaje y la de pilotos de la Armada en la base; bastaba una mirada al equipo entre los pinos para saber que era mejor guardar las distancias y abstenerse de hacer preguntas.

–Gracias, James. –Dutch Maxwell hizo girar la silla y fijó la mi-rada en el panel lateral de aluminio azul procedente de su avión de caza F6F Hellcat clavado en la pared. Contempló las uniformes filas de banderitas pintadas de rojo y blanco, que representaban las piezas cobradas. Era una especie de amuleto profesional–. ¡Grafton! –llamó.

– ¿Diga, señor? –contestó desde la puerta.

–Envíe la señal, O L I V E G R E E N al vicealmirante Podulski, Constellation.

–Sí, señor.

– Envíe a buscar mi coche y luego avise a Anacostia que necesitaré un helicóptero en quince minutos.

– Sí, señor.

El vicealmirante Winslow Holland Maxwell, abandonó su mesa y salió al pasillo del nivel E. Hizo una parada en la sección de la Fuerza Aérea.

–Gary, vamos a necesitar ese transporte del que hablamos.

– De acuerdo, Dutch –respondió el general, sin hacer preguntas.

– Informe a mis ayudantes de los detalles. Ahora tengo que marcharme, pero estableceré contacto por radio cada hora.

–Sí, señor.

El coche de Maxwell le aguardaba a la entrada del río, con un ayudante oficial en jefe de Aviación al volante.

–¿Dónde vamos, señor?

– A Anacostia, oficial, al helipuerto.

– A sus órdenes. –El oficial se puso en camino hacia el río. No sabía de qué se trataba pero algo muy importante estaba en marcha. El viejo caminaba con la misma ligereza que su hija camino de una cita.

–Gracias, Roger -dijo Bob desde su santuario en Langley. Pulsó varios botones y marcó el número de otra línea interna. –¿James? Soy Bob. ¡Adelante!

foxKelly estaba enfrascado en su estudio del bosque, como venía haciendo desde varias semanas atrás. Había elegido armas ligeras en la esperanza de no tener que realizar ni un disparo. La primera era un CAR-15, versión ligera del fusil de asalto M-16. También llevaba una pistola automática de 9 mm con silenciador, en la cartuchera del hombro, pero su principal arma era una radio -llevaría dos para estar seguro-, junto con comida, agua y un mapa; y pilas de repuesto. El peso ascendía a once kilos sin contar con el equipo especial, no era excesivo, y comprobó que podía correr entre los árboles y subir las colinas sin notarlo. Kelly se movía con extraordinaria rapidez para su corpulencia y extremo sigilo. Lo último se debía sobre todo a su manera de caminar -dónde pisaba, cómo sorteaba los árboles y los arbustos, vigilando el camino y la zona que le rodeaba con la misma atención.

Demasiado entrenamiento, se dijo a sí mismo. «Ya es hora de que lo tomes con más calma.» Se enderezó y emprendió el descenso de la colina, rindiéndose a su instinto. Encontró a los marines entrenando en pequeños grupos, simulando el uso de sus armas, mientras el capitán Albie consultaba con las tripulaciones de los cuatro helicópteros. Kelly estaba a punto de alcanzar la pista de aterrizaje, cuando se posó un helicóptero azul de la Armada, del que se apeó el vicealmirante Maxwell. Kelly fue el primero en llegar. Adivinó el propósito de su visita y el mensaje que traía consigo.

-¿Cuándo salimos?

- Esta noche -confirmó Maxwell, asintiendo con la cabeza.

A pesar de la expectación y el entusiasmo, Kelly percibió que su cuerpo se erizaba. Su vida estaba de nuevo en peligro, y otras vidas pasarían a depender de él. No podía permitirse ningún error. «Bueno -se dijo a sí mismo-, sé cómo hacer mi trabajo.» Kelly esperó al lado del helicóptero, mientras se acercaba el capitán Albie. La llegada del coche de Young indicó que el general vendría también a darles la noticia. Kelly les observó mientras intercambiaron saludos. Al recibir la orden, Clark enderezó la espalda perceptiblemente. Los soldados se reunieron a su alrededor en actitud sobria y tranquila. Sus miradas se cruzaron con cierta vacilación que se tornó en firme resolución. La misión había empezado. Tras comunicar el mensaje, Maxwell regresó al helicóptero.

-Supongo que aún desea ese permiso.

- Me dio su palabra, señor.

El militar le asestó una palmada en el hombro y señaló el helicóptero. Una vez a bordo, se colocaron los auriculares mientras la tripulación preparaba el despegue.

- ¿Cuándo debo regresar, señor?

- Antes de medianoche. -El piloto se volvió v les miró. Maxwell indicó que no despegara todavía.

-A sus órdenes, almirante. -Kelly se quitó los auriculares y saltó del helicóptero, reuniéndose con el general Young.

- Dutch me lo ha contado -dijo Young con tono de reproche-. Este asunto va contra el reglamento. ¿Necesita algo?

-Tengo que volver al barco para cambiarme de ropa, y luego necesito que alguien me lleve a Baltimore, ¿de acuerdo? Después volveré por mi cuenta.

-Oiga, Clark...

- Quiero recordarle que yo anudé a planear esta misión, general. Fui el primero en entrar v seré el último en salir.

Young reprimió un juramento v señaló a su chófer y luego a Kelly.

Quince minutos más tarde, Kelly estaba en otro mundo. Desde que había dejado el Springer atracado en el muelle parecía como si el mundo viajara hacia atrás en el tiempo. Ahora volvía a ponerse en marcha, aunque por poco tiempo. Comprobó de un breve vistazo que el encargado del puerto mantenía las cosas bajo control, se duchó apresuradamente, se vistió de paisano y regresó al coche del general.

- A Baltimore, cabo. Mire, para que le resulte más fácil, déjeme en el aeropuerto. Allí cogeré un taxi

-Sí, señor -respondió el chófer, pero Kellv va estaba durmiendo.

-¿Cómo ha ido, señor MacKenzie? -preguntó Hicks.

- Han aprobado la operación -contestó el ayudante especial, al tiempo que firmaba algunos documentos y marcaba otros con sus iniciales antes de que fueran enviados a archivos oficiales, donde los futuros historiadores encontrarían su nombre como el de un protagonista secundario de los grandes acontecimientos de su época.

–¿Puedo saber de qué se trata?

«¡Qué diablos!», pensó MacKenzie. Hicks estaba autorizado, y era una oportunidad de demostrar su importancia ante el muchacho. En dos minutos expuso las líneas generales de BOXWOOD GREEN.

–¡Pero eso equivale a una invasión! –exclamó Hicks y, a pesar del escalofrío que recorría su columna vertebral y el repentino nudo que se formó en su estómago, logró mantener el tipo.

– Supongo que eso dirán ellos, pero yo no. Ellos han invadido tres estados soberanos, si no me equivoco.

En tono apremiante, Hicks preguntó:

– ¿Y las conversaciones de paz de las que hablaba?

– ¡Oh, al cuerno con las conversaciones de paz! ¡Por el amor de Dios, Willy, tenemos hombres allí! Y saben cosas que podrían poner en peligro la seguridad nacional. –Sonrió–. Además, yo ayudé a convencer a Henry. –«Y si todo sale bien...», pensó.

– Pero...

MacKenzie levantó los ojos. ¿Es que no lo entendía?

–¿Pero qué, Wally?

– Es peligroso.

–Así es la guerra, por si no lo sabía.

–Señor, supongo que tengo derecho a exponer mi opinión, ¿no es así? –preguntó Hicks con mordacidad.

–Por supuesto, Wally. Adelante.

– Las conversaciones de paz atraviesan un momento delicado...

– Las conversaciones de paz son siempre delicadas. Prosiga

–pidió MacKenzie, disfrutando con su discurso pedagógico.

Quizá esta vez pudiera enseñar algo al chico, para variar.

– Señor, hemos perdido mucha gente. Hemos matado un millón de personas. ¿Y para qué? ¿Qué hemos conseguido? ¿Ha salido alguien beneficiado? –Su voz era casi una súplica. MacKenzie estaba harto de contestar a ese argumento tan manido.

– Si me está pidiendo que justifique los motivos por los que. estamos en este embrollo, Wally, pierde su tiempo. Ha sido un follón desde el principio, pero no fue obra de esta administración, ¿entiende? Los electores nos dieron su confianza con el encargo de sacarnos de ese maldito lugar.

– Sí, señor –asintió Hicks, como era su deber–. ¡Ésa es también mi opinión! Si esto sigue adelante podría hacer peligrar nuestra

única oportunidad de poner fin a la guerra. Creo que es una equivocación, señor.

– De acuerdo. –MacKenzie se relajó y le contempló con mira-da indulgente–. Su punto de vista... bien, seré generoso con usted, tiene su mérito. Pero ¿qué hay de esos hombres, Wally?

–Se arriesgaron y perdieron –contestó Hicks con la frialdad de la juventud.

– Su indiferencia podría serle útil en otras ocasiones, pero recuerde que la diferencia entre usted y yo es que yo he luchado en la guerra. Usted no sabe lo que es llevar un

uniforme. Es una pena, porque quizá habría aprendido algo. Hicks se quedó estupefacto ante esa última impertinencia.

–Lo dudo, señor. Sólo hubiera interferido en mis estudios.

–Hay cosas que no se pueden aprender en los libros, hijo –dijo MacKenzie, utilizando un término que intentaba ser afectuoso, pero que a su ayudante le sonó a condescendiente–. La gente de carne y hueso sangra y tiene sentimientos y sueños. Tiene familia. Una vida real. Lo que habría aprendido, Wally, es que quizá no sean como usted, pero siguen siendo personas reales y, si trabaja en el gobierno de estas personas, ha de tener eso en cuenta.

–Sí, señor. –¿Qué más podía decir? Nunca iban a darle la razón. ¡Maldita sea! Necesitaba alguien con quien hablar de aquello.

–¡John! –Llevaba dos semanas sin tener noticia de él. Temía que le hubiese ocurrido algo, pero ahora le asaltó un contradictorio sentimiento al comprobar que estaba vivo y quizá haciendo cosas que era mejor ignorar.

–¡Hola, Sandy! –dijo Kelly con una sonrisa. Iba tan bien vestido con una corbata y una americana azul que parecía disfrazado, y su aspecto era tan diferente a la de la última vez, que le resultaba algo turbadora.

-¿Dónde has estado? -preguntó Sandy, invitándole a entrar.

No quería que los vecinos se enteraran de su visita.

- He tenido que ocuparme de unos asuntos fuera -eludió Kelly.

- ¿Qué asuntos? -su tono apremiante exigía una respuesta verdadera.

- Nada ilegal, de verdad. -No encontró otra respuesta mejor.

-¿Seguro?

Siguió un silencio embarazoso. Kelly, plantado al lado de la puerta, vaciló entre la cólera y la culpabilidad, mientras se preguntaba por qué había ido y por qué había pedido al vicealmirante Maxwell un favor tan especial. Ahora se sentía en terreno resbaladizo.

- ¡John! La voz de Sarah llegó desde lo alto de las escaleras, salvando la situación.

-¡Hola, doctora! -respondió Kelly. Los dos se sintieron aliviados.

-¡Tenemos una sorpresa para usted!

- ¿Cómo? La doctora Rosen bajó las escaleras con su habitual aspecto desaliñado, a pesar de su sonrisa.

- Parece cambiado... -He estado haciendo ejercicio regularmente -explicó Kelly.

- ¿Qué le trae por aquí?

- Me voy de viaje, y quería pasar por aquí antes de marcharme.

- ¿Adónde va?

- No puedo responder a eso. -Aquellas palabras cayeron como un jarro de agua fría.

-John -dijo Sandy-, lo sabemos.

- De acuerdo -asintió Kelly-. Imaginé que lo sabíais. ¿Cómo está ella?

- Se está recuperando, gracias a usted -contestó Sarah.

John, tenemos que hablar -insistió Sandy. La doctora Rosen entendió y volvió a subir las escaleras, mientras la enfermera y su ex paciente se dirigían a la cocina.

John, ¿qué has estado haciendo en realidad?

- ¿Últimamente? No te lo puedo decir, Sandy. Lo siento, pero no puedo.

- Quiero decir... con tu vida. ¿En qué te has metido? -Es mejor que no lo sepas, Sandy.

- ¿Qué hay de Billy y Rick? -preguntó Sandy, poniendo las cartas boca arriba.

Kelly señaló hacia el segundo piso.

-Ya has visto lo que hicieron. No volverán a hacerlo jamás.

- John, cómo has podido hacer semejante cosa! La policía...

-...está infiltrada -dijo Kelly-. La organización ha comprado a alguien, probablemente un cargo importante. Así que no puedo fiarme de la policía, y tampoco tú, Sandy -concluyó con toda la sensatez que pudo reunir.

-Pero hay otros, John. Hay otros que... ya sabes. -Finalmente, le espetó-: ¿Y cómo lo sabes?

-Hice algunas preguntas a Billy. -Realizó una pausa. La mirada de ella le hacía sentirse culpable-. ¿De veras crees que alguien se va a molestar en investigar la muerte de una prostituta? Eso era Pam para ellos. ¿De verdad crees que hay alguien que se interesa por lo que les puede pasar? Te lo he preguntado antes, ¿recuerdas? Me dijiste que ni siquiera existe un programa de ayuda para ellas. Tú sí te preocupas. Es por eso que la traje aquí, pero ¿la policía? Ni hablar. Quizá pueda conseguir la información necesaria para desmantelar la red de tráfico de drogas, pero sólo es una posibilidad. Yo no he sido entrenado para eso, Sandy, aunque ahora esté en ello. Si quieres mezclarme en ese asunto, adelante. No te lo reprocho...

John, no puedes seguir con eso...

-¿Por qué no? -preguntó Kelly-. Ellos matan. Hacen cosas terribles y nadie se ocupa de detenerles. ¿Y qué hay de las víctimas, Sandy? ¿Quién va a defender sus derechos?

-¡La justicia!

-¿Y qué pasa cuando no funciona la justicia? ¿Tenemos que dejarles morir, y encima de esa manera? ¿Recuerdas la fotografía de Pam?

-Sí -contestó Sandy. Aunque deseaba que no fuera así, tenía que darle la razón.

509- La torturaron durante horas, Sandy. Tu... invitada... lo presenció todo, la obligaron a mirar.

- Me lo contó. Nos lo ha contado todo. Ella y Pam eran amigas, y fue ella quien le cepilló el pelo después de su muerte.

Su reacción la sorprendió. Era evidente que Kelly intentaba ocultar su propio dolor, y aquellas palabras volvían a abrir la herida. Le volvió la espalda durante unos momentos, respiró hondo y luego preguntó:

- ¿Se encuentra bien?

- Dentro de unos días volverá a su casa. Sarah y yo pensamos llevarla personalmente.

-Gracias por decírmelo. Gracias por haber cuidado de ella.

Se encontraba sumido en un dilema que le trastornaba profundamente. El podía hablar de matar gente con la misma tranquilidad con que Sam Rosen discutía una difícil intervención quirúrgica. Al igual que un cirujano, Kelly se preocupaba por las personas que... ¿salvaba?... ¿vengaba? ¿Se trataba de la misma cosa? El pensaba que sí.

- -Sandy, la triste verdad es que mataron a Pam. La torturaron. la violaron y luego la mataron. Es sólo un ejemplo de lo que son capaces de hacer con otras chicas, así que pienso acabar con todos ellos. Aunque muera en el intento, es un riesgo que estoy dispuesto a correr. No quiero que me odies por eso.

Ella suspiró. No había más que decir.

-Dijiste que te marchas de viaje.

- Si las cosas salen bien, estaré de regreso en un par de semanas, más o menos.

- ¿Es peligroso?

- No, si lo hago bien. -Kelly sabía que no podía engañarla.

- ¿Qué tienes que hacer bien?

- Es una misión de rescate. Es todo lo que puedo decir y, por favor, no se lo cuentes a nadie. Me marcho esta noche. He estado entrenándome en la base militar.

Esta vez fue Sandy quien se volvió de espaldas, mirando hacia la puerta de la cocina. Se sentía confundida. Había demasiadas contradicciones. Él había salvado la vida de una chica, que de lo contrario hubiese muerto sin remedio, pero había tenido que matar para conseguirlo. Amaba a una chica que estaba muerta y, a causa de su amor, estaba dispuesto a matar y arriesgarlo todo para lograrlo. Había confiado en Sarah y en Sam. ¿Era un hombre bueno o malvado? Le era imposible conciliar aquella mezcla de hechos e ideas. Después de ver lo que habían hecho con Doris, de luchar para salvarla, de oír su voz y la de su padre, todo tenía sentido. Siempre era más fácil ver las cosas con imparcialidad cuando había cierta distancia. Pero ahora frente al hombre que lo había hecho todo, que le hablaba con calma y franqueza,

sin rodeos ni mentiras, confiando en que ella volviera a comprenderle, era imposible.

- ¿Vas a Vietnam? -preguntó al fin, intentando contemporizar y centrarse en algo más concreto.

- Sí. -Kelly se detuvo. Tenía que contarle algo, aunque fuera poco, para que lo comprendiera-. Allí hay personas que nunca volverán si no hacemos algo, y yo formo parte de ello.

- Pero... ¿por qué tienes que ir tú?

-¿Por qué yo? Alguien tiene que hacerlo, y a mí me lo pidieron. ¿Por qué haces tú lo que haces, Sandy? Ya te lo había preguntado antes, ¿recuerdas?

-¡Maldita sea, John! Estoy preocupada por ti -estalló ella. El dolor volvió a asomar a la cara de John.

- Déjalo. No quiero verte sufrir otra vez. -Era lo peor que podía decir-. Las personas que me cogen cariño siempre sufren al final, Sandy.

La entrada de Sarah, acompañada por Doris, en la cocina, les salvó. La muchacha estaba irreconocible. Su mirada tenía una ex-presión más viva. Sandy le había cortado el pelo y conseguido ropa presentable. Seguía débil pero ya se valía por sí misma.

Miró a Kelly con sus dulces ojos castaños.

- Usted me salvó -dijo en voz queda.

- Eso creo. ¿Cómo se encuentra?

Ella sonrió.

- Volveré a casa pronto. Papá quiere que vuelva.

- Estoy seguro, señorita -dijo Kelly. Era tan diferente de la Doris destrozada que había conocido sólo dos semanas atrás. Al fin y al cabo, quizá mereciera la pena.

El mismo pensamiento cruzó por la cabeza de Sandy. Doris era inocente, la verdadera víctima inocente de las fuerzas que se habían cebado en ella, y de no ser por Kelly estaría muerta. Nadie más podía haberla salvado. Otras muertes fueron inevitables, pero... pero ¿qué?

-Conque pudo ser Eddie -dijo Piaggi-. Le envié a que husmeara un poco por allí, y me dijo que no había encontrado nada.

-Y tampoco ha pasado nada desde que hablaste con él. Todo ha vuelto a la normalidad, o al menos en apariencia -comentó Henry-. Quizá sólo estuviese intentando activar un poco el asunto para darse importancia, Tony.

- Es posible.

Eso llevaba directamente a la siguiente pregunta.

- ¿Qué apostarías a que, si Eddie desaparece de en medio, no vuelve a haber ninguna novedad?

-¿Crees que trama algo?

- Probablemente.

- Si a Eddie le pasara algo, podría haber problemas. No creo que sea posible...

- ¿Dejarlo en mis manos? He pensado en algo que no puede fallar.

- Explícame de qué se trata -pidió Piaggi. Al cabo de dos minutos, dio su aprobación.

-¿Por qué has venido aquí? -preguntó Sandy mientras Kelly le ayudaba a quitar la mesa después de la cena. Sarah había acompañado a Doris arriba, para que descansara un poco.

-Quería saber cómo se encontraba -mintió con escasa convicción.

- Llevas una vida muy solitaria, ¿no? -Kelly guardó silencio durante un rato. Luego contestó:

- Sí lo es. -Tenía que reconocerlo. Él no había elegido ese tipo de vida, pero el destino y su propio carácter le habían empujado a vivir así. Cada vez que había intentado compartir su

vida con alguien, había sucedido algo terrible. La venganza contra aquellos que habían convertido su vida en lo que era le servía de propósito para seguir viviendo, pero no era suficiente para llenar el vacío que habían provocado. Ahora era evidente que todo lo que hacía sólo servía para distanciarle aún más de los demás. ¿Por qué era tan complicada la vida?

-No puedo decirte que estoy de acuerdo, John. Y me gustaría hacerlo. Lo que hiciste por Doris estuvo muy bien, pero no a costa de la vida de otras personas. Tiene que haber otra manera de...

- Y si no la hay, ¿qué se debe hacer?

-No me interrumpas -dijo Sandy con calma.

- Disculpa. -Ella le tocó la mano.

-Por favor, ten cuidado.

- Siempre lo tengo, Sandy. De verdad.

- Eso que vas a hacer en ese lugar, no será...

El sonrió.

- No, es un encargo legal. Oficial y todo.

-¿Dos semanas?

- Si todo sale según lo previsto, sí.

- ¿Saldrá bien?

-A veces ocurre.

Ella le apretó la mano.

- Por favor, John, piénsalo bien. ¿Me prometes que lo harás? Intenta solucionarlo de otra manera. Déjalo ya. Para. Ya salvaste a Doris, eso fue maravilloso. Quizá, con lo que has aprendido, puedas salvar a otras personas sin más muertes.

- Lo intentaré. -No podía negarle eso, y menos cuando sentía el calor de su mano en la suya. La máxima de Kelly era que, cuando hacía una promesa, no podía faltar a su palabra-. De todas formas, ahora tengo otras cosas de que ocuparme.

-¿Cómo sabré... John? Quiero decir...

-¿De mí? -Le sorprendió su interés.

John, no puedes marcharte sin más. Necesito saber si estás bien.

Kelly sacó un bolígrafo de su abrigo y anotó un número de teléfono.

– Éste es el número de un hombre... el contraalmirante James Greer. El te dará noticias mías, Sandy.

– Por favor, ten cuidado. –La presión de la mano aumentó, y le miró con desesperación.

– Claro que sí. Te lo prometo. Sé hacer mi trabajo.

«Tina también.» Pero no tenía que decírselo. Se leía en su mirada y Kelly comprendió lo cruel que era partir cuando dejas a alguien atrás.

– Tengo que marcharme, Sandy.

–Promete que volverás.

– Prometido.

Kelly deseaba besarla, pero no pudo. Se levantó de la mesa, sintiendo todavía el tacto de su mano. Era una mujer alta, fuerte y valiente, pero había sufrido mucho y Kelly tenía miedo de infligirle aún más sufrimiento.

– Te veré en un par de semanas. Despídeme de Sarah y de Doris, ¿quieres?

–Sí. –Le acompañó hasta la puerta principal–. John, cuando vuelvas, déjalo para siempre.

–Lo pensaré –dijo él sin atreverse a mirarla–. Prometido.

Kelly abrió la puerta. Había caído la noche, y tendría que darse prisa para no llegar tarde a Quantico. A sus espaldas podía oír su respiración. Había habido dos mujeres en su vida. Una murió en un accidente y la otra asesinada. Y ahora, quizá a la tercera la estaba ahuyentando él mismo.

– ¿John? –Ella seguía sujetando su mano, y él se dio la vuelta a pesar del miedo que sentía.

–¿Sí, Sandy?

– Vuelve.

–Volveré. –Le acarició nuevamente el rostro, y después de besar su mano se marchó. Ella le siguió con la vista mientras subía al Volkswagen y se alejaba.

«Incluso ahora –pensó Sandy–, sigue intentando protegerme.» «¿Ya basta? ¿Puedo dejarlo ahora?» Pero, ¿qué era lo que «bastaba»?

– Piénsalo –dijo en voz alta–. ¿Qué sé yo para acabar con ellos? En realidad, bastante. Billy le había contado muchas cosas, quizá las suficientes. Procesaban la droga en uno de esos buques naufragados. Sabía quiénes eran Henry y Burt y también que un oficial de narcóticos trabajaba para Henry. Con estas pruebas, ¿tendría la policía un caso consistente como para meterlos a todos entre rejas por tráfico de estupefacientes y asesinato? ¿Existía la posibilidad de que sentenciaran a Henry a la pena máxima? Y si la respuesta a todas sus preguntas era afirmativa, ¿sería suficiente?

Como con los recelos de Sandy, su asociación con los marines le había obligado a hacerse las mismas preguntas. ¿Qué pensarían si se enteraban que trataban con un asesino? ¿Le evitarían o entenderían su punto de vista?

«La bolsa apesta –había dicho Billy–. Huele a muerto, a esa sustancia que utilizan para embalsamar los cuerpos.»

¿Qué diablos significaba eso?, se preguntó Kelly mientras atravesaba la ciudad por última vez. Vio pasar varios coches patrulla. Era imposible que todos los policías que los conducían fueran corruptos, pensó.

–!Mierda! –gruñó, mirando el tráfico–. Despéjate, marinero. Te espera un trabajo serio, un trabajo de verdad.

BOXWOOD GREEN era un trabajo de verdad. Lo comprendió con la lucidez de los faros de los coches que circulaban por el carril opuesto de la carretera. Si alguien como Sandy no era capaz de comprenderlo, era mucho más difícil hacerlo solo, sin más apoyo que tus pensamientos, la cólera y la soledad. Pero cuando había otras personas, gente que te apreciaba, lo comprendían en seguida. Aunque te pidieran que lo dejaras...

¿Qué era el bien? ¿Qué era el mal? ¿Dónde estaba la línea divisoria? En la autopista era sencillo. Los trabajadores pintaban las líneas y tú te limitabas a permanecer en el carril correcto, pero en la vida no era tan claro.

Cuarenta minutos más tarde circulaba por la Interestatal I-495, circunvalación de Washington. ¿Qué era más importante, matar a Henry o rescatar a las otras mujeres que se encontraban ahí?

Después de otros cuarenta minutos, había cruzado el río y entrado en Virginia. Había vuelto a ver a Doris –qué nombre más tonto- viva, cuando la primera vez que la vio estaba casi tan muerta como Rick. Cuanto más pensaba en ello, más milagroso le parecía.

El objetivo de BOXWOOD GREEN no era matar al enemigo. Era rescatar a personas de carne y hueso.

Tomó la Interestatal 95, en dirección sur, y cuarenta y cinco minutos más tarde llegaba a Quantico. Eran las once y media cuando atravesó la entrada del campo de entrenamiento.

- Me alegro que haya logrado volver a tiempo -observó Marty Young agriamente. Llevaba traje de faena, en lugar de su uniforme caqui.

Kelly miró fijamente a los ojos del general.

- Señor, ya he tenido una noche bastante dura, ¿de acuerdo? Dejemos las ironías para otro momento.

Young lo consideró como el hombre que era.

- Señor Clark, parece que está usted preparado.

- Eso no importa, mi general. Son los hombres de SENDER GREEN los que están preparados.

-Como quiera, tío duro.

- ¿Puedo dejar el coche aquí?

-¿Con esta cantidad de trastos que ya tenemos?

Kelly meditó unos instantes y no tardó en tomar una decisión,

- Creo que ha cumplido su servicio. Que lo desguacen junto con los demás.

- Venga, el autocar espera al pie de la colina.

Kelly recogió su equipo personal y lo llevó al coche del general. Se acomodó en el asiento trasero, junto al piloto de combate que no iba a participar en la misión. Al volante se hallaba el mismo cabo de antes.

- ¿Cómo lo ve, Clark?

- Creo que hay muchas posibilidades de éxito, general.

- ¿Sabe una cosa?, me gustaría por una maldita vez, aunque sea una sola, decir: Estamos seguros de que todo va a salir bien.

-¿Nunca tuvo ocasión de decirlo? -preguntó Kelly.

- No -admitió Young-. Pero no pierdo la esperanza.

-¿Qué tal por Inglaterra, Peter?

-Bien. En París llovió. Bruselas no está mal, era la primera vez que iba -respondió Henderson.

Residían en unos confortables apartamentos a dos manzanas de distancia, en Georgetown, construidos a finales de los años treinta para alojar la creciente población de burócratas al servicio del gobierno. Construidos con sólidos arcos de acero, les proporcionaban una estructura más segura que los edificios modernos. Hicks ocupaba un apartamento con dos dormitorios, que compensaban la pequeñez del cuarto de estar.

-Entonces, ¿quieres decirme lo que está pasando? -preguntó el ayudante del senador, que todavía no se había recuperado del cansancio producido por el cambio horario.

- Vamos a invadir el Norte de nuevo -contestó el ayudante de la Casa Blanca.

- ¿Cómo? Mira, vengo de las conversaciones de paz. Y estuve presente en algunas sesiones. La cosa está en marcha. El otro bando acaba de ceder a una de nuestras principales peticiones.

- Bueno, pues tendrás que despedirte de esa idea por una temporada -replicó Hicks, malhumorado. Encima de la mesa de café había una pequeña bolsa con marihuana, y empezó a liar un porro.

- Deja de fumar esa mierda, Waily.

-No me da resaca como la cerveza. ¡Joder!, Pete, ¿qué importa?

- Tu idoneidad para asuntos confidenciales. ¡Eso es lo que importa! -dijo Henderson con mordacidad.

-¡Y qué más da! Peter, es imposible razonar con ellos. Hablar con ellos es perder el tiempo. No quieren escuchar. -Hicks encendió el porro y dio una larga calada-. De todos modos, me marcho dentro de poco. Mi padre quiere que entre en el negocio de la familia. Si logro reunir unos millones, a lo mejor alguien me hace caso.

-No te lo tomes así, Wally. Hay que darle tiempo. Todo requiere su tiempo. ¿Crees que las cosas se resuelven de la noche a la mañana?

-¡Dudo mucho que nosotros resolvamos nada! Como dijo Sófocles: Nosotros tenemos un lado fatal y ellos tienen un lado fatal puesto que deus ex machina. Deus adoptará la forma de una nube de misiles y todo habrá acabado, Peter. Igual que temíamos hace unos años en Nueva Hampshire.

Llegado a este punto, Henderson se convenció de que aquél no era el primer porro que su amigo había fumado esa noche. Siempre se ponía pesimista cuando fumaba demasiado.

- Wally, ¿cuál es el problema?

- Por lo visto, un campo de prisioneros... -empezó Hicks, sin mirar a su interlocutor.

- Eso es una mala noticia.

- Creen que tienen a un grupo de americanos retenidos ahí, pero es sólo una suposición.

Sólo han podido identificar a uno. ¿Y si nos cargamos las conversaciones de paz por un solo hombre, Peter?

-¡Apaga ese maldito porro! -exclamó Henderson y bebió un sorbo de cerveza. No soportaba el olor.

-Ni hablar. -Wally dio otra calada.

- ¿Cuándo piensan llevarlo a cabo?

-No estoy seguro. Roger no me lo dijo exactamente.

-Wally, tienes que obtener detalles sobre esto. Necesitamos a gente como tú en el sistema. A veces te escuchan.

Hicks levantó la mirada.

- ¿Y cuándo será eso? ¿Lo sabes?

-¿Y si la misión fracasa? ¿Si resulta que tú tienes razón? Entonces Roger te escuchará, y Henry siempre hace caso a Roger, ¿no es así?

- Bueno, sí, a veces.

«No puedo desperdiciar esta oportunidad», pensó Henderson.

El autocar los llevó a la base aérea de Andrew, recorriendo más de la mitad del trayecto del anterior viaje de Kelly. Un nuevo C-141 con la parte superior pintada de blanco y la inferior de gris. Maxwell y Grecr les esperaban.

-Buena suerte -dijo Greer a cada uno de los hombres.

- Buena caza -dijo Dutch Maxwell.

El Lockhead Starlif ter, con capacidad para más del doble de pasajeros, estaba equipado con ochenta camillas fijadas a los laterales del interior del avión, para llevar heridos, y espacio para un equipo médico de alrededor de veinte personas. Por tanto, había espacio para que todos los soldados tuviesen un sitio don-de tumbarse y dormir además de los prisioneros que iban a rescatar. La oscuridad de la noche facilitaba las cosas, y el Starlifter encendió motores tan pronto como se cerraron las compuertas.

- ¡Rezo a Dios para que todo salga bien! -dijo Maxwell, mientras contemplaba cómo el avión era engullido por la oscuridad.

- Están bien entrenados, vicealmirante -observó Bob Ritter-. ¿Cuándo salimos nosotros?

- Dentro de tres días, Bob -contestó James Greer-. ¿Tiene un hueco en su agenda?

-¿Para esto? ¡Ya lo creo!

XXVI. TRÁNSITO

El Starlifter, un avión nuevo, era decepcionantemente lento. Su velocidad de crucero sólo alcanzaba los 770 kilómetros por hora y, tras ocho horas y 3.600 kilómetros, hizo la primera escala en la base aérea de Elmendorf, Alaska. A Kelly nunca dejaba de asombrarle que la distancia más corta entre dos lugares de la Tierra fue-se una curva, lo que se debía a que estaba más acostumbrado a los mapas planos. En realidad, la larga ruta circular de Washington a Danang les habría obligado a sobrevolar Siberia, lo que, según el navegante, no podía ser. Cuando llegaron a Elmendorf, los hombres ya habían descansado y estaban levantados. Hacía poco que habían salido de un lugar con una temperatura y una humedad bochornosas y bajaron del avión para ver la nieve y las montañas cercanas. No obstante, en Alaska encontraron mosquitos tan grandes como para causar bajas en la compañía. El personal de la base estaba muy alborotado, ya que por allí no solían dejarse caer marines. Muchos de los chicos aprovecharon para correr unos kilómetros. La revisión del C-141 concluyó en el tiempo programado: dos horas y cuarto. Después de repostar combustible y cambiar una pequeña pieza del aparato de navegación, los hombres se alegraron de volver a subir al avión para la etapa del viaje a Yakoda, Japón. Después de tres horas de vuelo, harto del ruido y del encierro, Kelly fue a la cabina del piloto.

-¿Qué es aquello? -preguntó. A través de la neblina, pudo distinguir una línea marrón y verde, que correspondía a la costa de algún país.

-Es Rusia. En este momento nos tienen en las pantallas de sus radares.

-Magnífico -observó Kelly.

- El mundo es pequeño, señor, y ellos poseen una buena tajada.

- ¿Usted habla con ellos... con el controlador del tráfico aéreo, por ejemplo?

- No. -El piloto rió-. No son muy amables. En esta etapa hablamos con Tokyo utilizando la banda de alta frecuencia y, más allá de Yakoda, nos controlarán desde Manila. ¿Les resulta agradable el viaje?

- No he tenido quejas hasta ahora. Aunque empieza a ser un poco largo:

-Sí -reconoció el piloto, volviendo a concentrarse en los instrumentos de navegación.

Kelly regresó a la zona de carga. El C-141 era ruidoso, un zumbido agudo y constante surgía de los motores, unido al ruido de la turbulencia de aire que estaban atravesando. A diferencia de las aerolíneas comerciales, la Fuerza Aérea no despilfarraba dinero en insonorización. Todos los soldados llevaban tapones en los oídos, aunque al cabo de unas horas dejaban de notar su efecto. Lo peor de los viajes en avión era el aburrimiento, pensó Kelly, sobre todo por el aislamiento que producía el ruido. Sólo se podía dormir, pero había un límite. Algunos hombres afilaban cuchillos que, con toda seguridad, no llegarían a utilizar, pero al menos esa actividad les entretenía, y un soldado siempre tenía que llevar un cuchillo. Otros hacían flexiones en el suelo metálico de la zona de carga del avión. La tripulación les observaba con impasibilidad, pues aunque tenían curiosidad por saber qué iba a hacer esa unidad de marines de élite, no podían preguntarlo. Era un misterio más para ellos, mientras el avión sobrevolaba la costa de Siberia. Estaban acostumbrados, pero todos los miembros de la tripulación les deseaba suerte allá donde se dirigiesen.

Al abrir los ojos pensó en el problema que tenía ante él. «¿Qué hacer?», se preguntó Henderson con disgusto.

La solución no le agradaba, pero se sentía capaz de hacerlo. Ya había pasado información alguna vez que otra. Al principio lo había hecho sin darse cuenta, a través de contactos con movimientos pacifistas, y en realidad no había entregado información sino que había tomado parte en largas discusiones que, con el tiempo, habían llegado a ser cada vez más intencionadas, hasta que un día una de sus amigas le preguntó algo de forma demasiado directa para ser fortuita. Ella le había hecho una pregunta amistosa en un momento especialmente íntimo, pero por el brillo de sus ojos parecía estar más interesada en su respuesta que en él, situación que cambió radicalmente una vez contestada su pregunta. Después reconoció su error, un tanto enfadado consigo mismo por haber sido víctima de un subterfugio tan obvio y conocido, pero prefería pensar que realmente no había sido un error. Ella le gustaba y él creía también que el mundo debía ser diferente. Pero lo que más le molestaba era que ella hubiese pensado que necesitaba utilizar su cuerpo para obtener una información que, probablemente, hubiese conseguido exponiendo sus razones con convicción.

Ella estaba ahora en otro lugar. Henderson no sabía dónde, aunque estaba seguro de que nunca volvería a verla. Era una pena. Había estado magnífica en la cama. Un paso había conducido a otro de forma aparentemente progresiva y natural, finalizando con su breve conversación con George en la Torre de Londres. Ahora tenía algo que el otro bando realmente necesitaba saber, pero no tenía a quién contárselo. George le había comentado lo mismo. ¿Sabían los rusos lo que había en ese condenado campo al suroeste de Haifong? Era una información que, utilizada debida-mente, podría hacer que se sintieran más cómodos con la idea de distensión, que les permitiría reducir un poco la carrera de armamentos, lo que a su vez permitiría a los americanos hacer otro tanto. Era una lástima que no hubiese manera de convencer a Wally de que era preferible hacer las cosas poco a poco, que no se podía cambiar el mundo de la noche a la mañana. Tenía que hacerle cambiar de opinión. No podía permitir

que Wally dejase ahora su trabajo en el gobierno, para convertirse en otro ejecutivo desgraciado, como si no hubiese ya suficientes en el mundo. Le era valioso en el puesto que ocupaba. El único inconveniente era que a Wally le gustaba demasiado hablar, debido a su inestabilidad emocional. Y a la droga que consumía, pensó Henderson, mirándose en el espejo mientras se afeitaba.

Leyó el periódico mientras desayunaba. Los titulares eran similares a los de otros días. Se había librado una batalla de mediana envergadura para conseguir una colina que ya había cambiado de manos en más de una docena de ocasiones, con bajas en ambos bandos. Le seguía un aburrido y previsible editorial sobre las repercusiones que podía tener otro bombardeo en las conversaciones de paz, y un artículo sobre la convocatoria de una manifestación. Gritarían: «¡Fuera, fuera, no queremos vuestra jodida guerra!», como si una demostración tan pueril pudiera cambiar las cosas. En cierto sentido sí podía cambiar algo. Los manifestantes, a través de sus eslóganes, ejercían presión sobre los políticos v captaban la atención de los medios de comunicación. Al igual que Henderson, muchos políticos querían poner fin a la guerra, pero aún no eran mayoría. Hasta su propio senador, Robert Donaldson, seguía nadando entre dos aguas. Conocido como hombre razonable y serio, Henderson le encontraba indeciso, porque siempre estudiaba todas las facetas de un asunto y luego solía dejarse llevar por la opinión pública, como si careciese de opinión propia. Tenía que haber un camino mejor y, con el fin de conseguirlo, Henderson aconsejaba al senador con prudencia, matizando un poco sus opiniones, en espera del momento en que consiguiera su plena confianza; para poder enterarse de cosas que se suponía que Donaldson debía mantener en secreto. Ése era el problema de los secretos, que tienes que dejar que los demás los sepan, pensó al salir a la calle.

Henderson cogió el autobús para ir al trabajo. Era un martirio encontrar aparcamiento en el Capitolio, y el autobús le dejaba en la puerta. Se sentó en la parte trasera, donde podía terminar de leer su periódico en paz. A las dos manzanas el autobús se detuvo, y al poco Henderson se dio cuenta de que alguien se había sentado junto a él.

–¿Cómo ha ido en Londres? –preguntó el hombre con un tono familiar, que apenas se podía oír por encima del ruido del motor del autobús. Henderson le observó. No le había visto nunca. ¿Tan eficientes eran?

–Conocí a cierta persona –dijo Peter con cautela.

-Tengo un amigo en Londres. Se llama George. –Aquel hombre no tenía ningún acento y, tras, establecer contacto, se dedicó a leer la página de deportes del Washington Post–. No creo que ganen los Senators este año. ¿A usted qué le parece?

–George me dijo que tenía un... amigo en la ciudad. El individuo sonrió mientras leía los resultados deportivos.

–Me llamo Marvin.

–¿Cómo vamos a... cómo voy a...?

–¿Dónde piensa cenar esta noche? –preguntó Marvin.

–Pues no sé. ¿Quiere venir a casa...?

–No, Peter, sería poco inteligente. ¿Conoce el restaurante Alberto's?

–Sí, en Wisconsin Avenue.

–A las siete y media –dijo Marvin. Se levantó y se apeó en la parada siguiente.

La última etapa partió de la base aérea de Yakoda. Después de otra espera de dos horas y cuarto para la revisión del avión, el Starlifter despegó y volvió a elevarse lentamente en el aire. A partir de ese momento, todos empezaron a ser conscientes de la realidad. Los marines hicieron un esfuerzo por dormir. Era la única manera de paliar la tensión, que aumentaba a medida que se acercaban a su destino. Ahora las cosas eran diferentes, ya no estaban haciendo instrucción, y su comportamiento empezaba a adaptarse a la realidad cruda y dura. En un vuelo de otra clase habrían entablado conversación, contando chistes e historias sobre aventu-

ras amorosas, charlando de sus casas, sus familias y sus planes para el futuro, pero el estruendo del C-141 lo impedía. Así que intercambiaban sonrisas, encerrados en sus propios pensamientos y temores, que no podían compartir. Por eso muchos de ellos preferían hacer ejercicio, intentando disminuir la tensión y cansarse

lo suficiente para dormir y olvidar. Kelly, que había hecho lo mismo que ellos en misiones similares, les observaba mientras en su soledad se perdía en pensamientos aún más complejos.

La vida de ciertas personas dependía de él, se dijo Kelly. La aventura había comenzado al intentar salvar a Pam, y su muerte había sido culpa suya. Después había matado para vengarla, pero ¿era engañarse a sí mismo pensar que lo había hecho por su amor y su memoria? ¿Podía sacar algo positivo de la muerte? Había torturado a un hombre, y había de admitir que el dolor de Billy le había regocijado. Si Sandy llegara a saberlo, ¿cómo reaccionaría? ¿Qué pensaría de él? De repente le pareció imprescindible saber cómo le veía ella. Sandy se había esforzado en salvar a aquella muchacha, la había alimentado y protegido, prosiguiendo lo que él había iniciado con un simple rescate. ¿Qué pensaría de alguien que había machacado lentamente el cuerpo de Billy? Al fin y al cabo, Kelly no tenía poder para acabar con todo el mal del mundo. Ni tampoco para ganar la guerra. Ni él ni aquellos marines, aunque fuesen los mejores del mundo. Su misión no era ésa. Su objetivo era rescatar a ciertas personas –no se obtenía demasiada satisfacción al matar a alguien, pero salvar una vida era algo que se podía recordar con orgullo–. Esa era su nueva misión. Los traficantes aún tenían cuatro chicas en su poder. Encontraría la forma de rescatarlas, y tal vez pudiera informar a la policía sobre Henry y conseguir que recibiera su merecido. Kelly se daría la oportunidad de hacer algo con su vida sin que los recuerdos lo estropearan todo.

Sólo tenía que sobrevivir a la misión, pensó, y de hecho había logrado salir con vida de peores situaciones. «Soy un tipo duro», se dijo, pero no se lo creía del todo. «Lo hice antes, y lo haré ahora.» Era curioso que la mente no recordase los detalles escalofriantes hasta que ya no había escapatoria. Quizá era la inminencia del peligro, o que es más fácil asumir un riesgo cuando estás al otro lado del mundo, pero a medida que se acercaba el momento, empezabas a ver las cosas de otro modo...

–Esta es la parte más dura, señor Clark –dijo Irvin al sentarse junto a él después de haber hecho un centenar de flexiones.

–Sin duda –dijo Kelly casi gritando.

–Hay algo que debes recordar, pulpo; lograste entrar y sacarme fuera, ¿cierto? –Irvin sonrió–. Y eso que soy un buen profesional.

–Debieron confiarse demasiado, al fin y al cabo estaban en su país –observó Kelly tras una pausa.

–Probablemente aquella noche no estaban tan alerta como nosotros. Sabíamos que ibas a intentar entrar. Los soldados que trabajan en su propio país están esperando volver a casa cada noche, pensando en acostarse con su mujer después de la cena. Nosotros somos diferentes.

–Hay pocos como nosotros –reconoció Kelly, y luego sonrió–: Y pocos que tengan menos cerebro.

Irvin le palmeó en el hombro.

–Tienes razón, Clark. –El sargento de artillería se dirigió a dar ánimos a otro, la mejor manera de vencer sus propios temores. Kelly se lo agradeció. Luego, se echó e intentó dormir.

Alberto's era un restaurante italiano que aún no había sido descubierto por las masas. Un lugar pequeño y típicamente familiar, donde se preparaba una exquisita ternera. De hecho, todos los platos eran deliciosos, y el matrimonio que lo llevaba esperaba pacientemente recibir un buen día la visita del crítico gastronómico del Post, y la subsiguiente prosperidad. De momento iban tirando con los estudiantes de la cercana Universidad de Georgetown y los

numerosos comensales del barrio, sin los cuales ningún restaurante podría sobrevivir. La única nota discordante era la música, una colección de grabaciones sentimentaloides de ópera italiana, que salía de unos altavoces baratos. Deberían mejorarlo, pensó Henderson.

Encontró una mesa en la parte trasera. El camarero, probablemente un mexicano indocumentado que intentaba disimular su acento, sin mucho éxito, encendió la vela que había sobre la mesa y fue a buscar el gin-tonic pedido por el cliente recién llegado.

Marvin llegó unos minutos después, vestido informalmente y llevando el periódico de la tarde, que dejó sobre la mesa. Tendría la misma edad que Henderson y era difícil describirle: ni alto ni bajo, ni corpulento ni flaco, de pelo castaño ni largo ni corto, y con gafas que era imposible saber si tenían los cristales graduados. Vestía una camisa de manga corta, sin corbata, y parecía otro vecino que no tenía ganas de prepararse la cena esa noche.

-Los Senators han vuelto a perder –dijo cuando el camarero llevó la copa de Henderson–. Tinto de la casa para mí –pidió Marvin al mexicano.

–Sí –respondió el camarero y se retiró.

Marvin tenía que ser un «ilegal», pensó Peter, estudiándole. Como ayudante de un miembro del Comité de Información, Henderson había sido adiestrado por miembros del Servicio de Información del FBI. Todos los oficiales «legales» del KGB ocupaban puestos diplomáticos, y si los descubrían eran declarados persona non grata y deportados en el primer avión. De esta manera, estaban protegidos de posibles condenas por parte del gobierno americano, lo que para ellos era una ventaja; la desventaja era que se les podía localizar con facilidad, puesto que se conocía su residencia y los coches que utilizaban. Los «ilegales» eran simplemente oficiales del servicio soviético de inteligencia; entraban en el país con documentación falsa y en caso de ser descubiertos acababan en una prisión federal hasta el siguiente intercambio, que podía tardar años en llegar. Eso explicaba por qué Marvin hablaba un perfecto inglés. Cualquier desliz podía tener serias consecuencias. Por tanto, su porte relajado era aún más curioso.

–¿Le gusta el béisbol?

–Aprendí a jugar hace mucho tiempo. Jugaba bien, pero nunca conseguí lanzar con efecto. –El hombre sonrió, y Henderson le correspondió. Había visto las imágenes de satélite del lugar donde Marvin había aprendido su oficio, esa interesante ciudad muy al noroeste de Moscú.

–¿Cómo llevaremos esto?

–Está bien. Vayamos al grano. Ya imagina que no nos veremos muy a menudo.

Henderson volvió a sonreír.

–Sí, dicen que los inviernos en la prisión de Leavenworth son muy duros.

- No es cosa de broma, Peter -dijo el oficial del KGB-. Éste es un asunto muy serio. «¡Por favor, otro irresponsable no!», pensó Marvin.

-Lo sé. Perdone -se disculpó Henderson-. Esto es nuevo para mí.

- En primer lugar, concretaremos la manera de ponernos en contacto. Las ventanas de su piso tienen cortinas. Si no tiene nada para mí, déjelas cerradas o abiertas. Si tiene algo, déjelas cerradas a medias. Comprobaré sus ventanas los martes y los viernes, alrededor de las nueve de la mañana. ¿De acuerdo?

- Sí, Marvin.

- Para empezar, Peter, utilizaremos un método de entrega sencillo. Aparcaré mi coche en una calle cerca de su casa. Es un Plymouth Satellite azul oscuro, matrícula HVR-309. Repítala. No la anote nunca.

-HVR-309.

- Meta sus mensajes aquí dentro. -Le pasó algo por debajo de la mesa, un objeto de metal-. No lo acerque a su reloj, contiene un potente imán. Cuando pase junto a mi coche, puede simular agacharse para recoger un trozo de papel, o apoyar un pie en el parachoques para atarse los cordones de los zapatos. Simplemente tiene que sujetarlo al interior del parachoques. El imán lo mantendrá en su sitio.

Aunque lo que acababa de oír era la primera lección para espías noveles, a Henderson le pareció muy sofisticada. Ese método servía para el verano, pero con la llegada del mal tiempo tendrían que idear otro. El camarero les entregó la carta y ambos pidieron ternera.

-Ya tengo algo para usted, si le interesa -dijo Henderson al oficial del KGB. «Ha llegado el momento de hacerle saber quién soy.»

Marvin, cuyo nombre verdadero era Iván Alexéievich Yegorov, tenía un verdadero trabajo con todo lo que eso conllevaba. Empleado por la compañía de seguros Aetna como inspector de seguridad, había recibido su formación en el centro de Farmington

Avenue que la compañía tenía en Hartford, Connecticut, antes de regresar a la oficina regional de Washington, y su trabajo consistía en identificar los casos de alto riesgo desde los clientes de la compañía, conocidos en el negocio como «riesgos». Eligió el trabajo porque le permitía viajar -el puesto incluía un coche de la compañía- y añadía la ventaja de introducirle en las oficinas de varios contratistas gubernamentales, cuyos empleados no siempre tomaban la precaución de cubrir ciertos documentos que dejaban encima de las mesas. Su superior estaba encantado con él. El nuevo subordinado era muy cumplidor y sus informes, inmejorables. Había rechazado un ascenso y un traslado a Detroit («Lo siento, jefe, pero me gusta demasiado Washington»), cosa que a su supervisor no molestó en absoluto. Tener un hombre de su talento en ese puesto con un sueldo irrisorio, hacía que su sección destacara más en la compañía. Para Marvin significaba pasar cuatro de cada cinco días fuera de la oficina, lo que le permitía reunirse con gente cuándo y dónde quería, además de disponer de coche gratis; incluido mantenimiento y gasolina. Era una vida tan cómoda que, de haber creído en Dios, pensaría que estaba muerto y en el cielo. Su afición por el béisbol le llevaba a elegir el estadio Roben F. Kennedy para hacer las entregas y otros contactos personalmente, arropado por el anonimato de la muchedumbre, lo que en otras circunstancias no era permitido por la Normativa para Operaciones Clandestinas del KGB. En resumen, el capitán Yegorov se sentía muy cómodo en su falsa identidad y en su medio, al tiempo que cumplía con su deber para con su país. Incluso había llegado a América a tiempo de no perderse la revolución sexual. Sólo echaba de menos el vodka, pues los americanos no sabían destilar bien.

«¡Muy interesante!», se dijo Marvin de regreso a su apartamento en Chevy Chase. Era curiosísimo enterarse de una operación de espionaje rusa de alto nivel gracias a un americano, y ahora se le presentaba la oportunidad de hacer daño al enemigo principal de su país a través de terceras personas; si lograba hacer las gestiones a tiempo. También podría poner a sus superiores al corriente sobre una operación que los cretinos de la Fuerza Aérea soviética pensaban realizar y que podía comprometer seriamente

la seguridad de la Unión Soviética. Probablemente intentarían tomar el mando de la operación. Con algo tan importante como la defensa nacional, uno no podía fiarse de los capullos de la fuerza aérea –tendría que ser un oficial de Seguridad Interna quien hiciera las preguntas–. Escribió su informe, lo fotografió, y rebobinó la película del minúsculo carrete. Tenía una cita con un contratista local al día siguiente por la mañana, a primera hora. Después de la primera visita pasaría a desayunar por Howard Johnson's, el lugar elegido para hacer la entrega. Dentro de dos días, o quizá tres, la película estaría en Moscú, : la valija diplomática.

El capitán Yégorov terminó su trabaje justo a tiempo para ver el final del partido de los Senators; el home run de Frank Howard en la novena entrada no fue suficiente para evitar la derrota ante Cleveland por 5 a 3. Qué casualidad, pensó, mientras bebía un sorbo de cerveza. Henderson era una auténtica joya, y nadie se había molestado en decirle a Yégorov -probablemente lo ignoraban– que tenía su propia fuente de información dentro de la Oficina de Asuntos de la Seguridad Nacional de la Casa Blanca.

A pesar del nerviosismo ante la proximidad de la operación, todos se sintieron aliviados cuando el C-141 aterrizó en Danang. Habían tenido que soportar aquel espantoso ruido durante las veintitrés lloras del viaje, demasiado tiempo, en su opinión, hasta que de repente

volvieron a la dura realidad. Al abrirse la puerta de carga les asaltó un olor pestilente, que los veteranos del lugar llamaban «Olor de Vietnam». El contenido de varias letrinas había sido depositado en unos barriles y quemados con gasóleo.

–¡Olor de hogar! bromeó un marine, un chiste de dudoso gusto que provocó algunas nerviosas carcajadas.

–¡Preparados para desembarcar! –gritó Irvin mientras disminuía el ruido de los motores. Los hombres se movieron despacio, entorpecidos por el cansancio y el entumecimiento. La mayoría sacudía la cabeza para recuperarse del aturdimiento causado por los tapones. Bostezaban y estiraban los músculos con movimientos que un psicólogo habría catalogado como típicas expresiones no verbales de intranquilidad.

La tripulación del avión llegó justo cuando bajaban los últimos soldados. El capitán le dio las gracias por el viaje que, aunque largo, había transcurrido sin incidentes. Después de un servicio maratoniano, la tripulación iba a poder disfrutar de varios días de descanso obligatorio, aunque desconocían si permanecerían en la zona, realizando algún que otro vuelo de abastecimiento a la base Clark, hasta que el equipo estuviese listo para emprender el viaje de regreso. Albie ordenó a los hombres que subieran a los dos camiones que aguardaban en la pista, que les trasladaron a una zona de la base aérea donde esperaban dos aviones. Eran dos C-2A Greybound de la Armada. Se oyeron algunas quejas mientras los soldados buscaban asiento antes de emprender el viaje de una hora que les llevaría al portaaviones Constellation. Una vez ahí, subieron a dos helicópteros CH-46 Sea Knight que les trasladaron al Ogden, donde, agotados y desorientados, fueron conducidos a un espacioso alojamiento con literas. Kelly les observó romper filas. ¿Qué pasaría ahora?

–¿Cómo ha ido el viaje? –se dio la vuelta y vio al vicealmirante Podulski, con su arrugado uniforme caqui y una expresión excesivamente jovial, dadas las circunstancias.

– Los del aire tienen que estar locos –se quejó Kelly.

– Les gusta poner a prueba la paciencia. Sígame –ordenó el almirante, conduciéndole a la superestructura. Kelly echó un vistazo a su alrededor. Al este, en el horizonte, se divisaba el Constellation, y pudo ver un avión despegar de un extremo, mientras en el otro extremo varios aparatos sobrevolaban en círculos, esperando turno para aterrizar. Dos cruceros navegaban no muy lejos, y un número indeterminado de destructores rodeaban la formación. Era algo que Kelly había tenido pocas ocasiones de presenciar: el Blue Team de la Armada en acción, dominando los océanos.

– ¿Qué es eso? –preguntó señalando un barco con el dedo.

– Un pesquero ruso. –Podulski hizo una señal para que Kelly entrara por una puerta hermética.

–¡Fantástico!

– No se preocupe. Nos encargaremos de él –aseguró el vicealmirante.

Dentro de la superestructura, subieron por una serie de escaleras hasta llegar a un centro de operaciones provisional. Podulski ocuparía el camarote del capitán, situado a babor, durante la misión, desterrando al comandante del Ogden a un camarote más pequeño, cerca del puente. Contaba con un salón muy cómodo, y en él se encontraba el capitán del buque.

– ¡Bienvenido a bordo! –dijo el capitán Ted Franks–. ¿Es usted Clark?

– Sí, señor.

Franks tenía cincuenta y seis años, y había servido en buques anfibios desde 1944. El Ogden era el quinto buque a sus órdenes y sería también el último. A pesar de su corta estatura, su complexión rechoncha, y su calvicie, mantenía un porte aguerrido y una expresión que oscilaba de la bondad a la seriedad. En ese momento, predominaba la primera. Indicó a Kelly que se sentara junto a una mesa en el centro del salón, sobre la que había una botella de Jack Daniels.

– Esto no está permitido –dijo Kelly.

– Para mí, sí –repuso el capitán Franks–. Son raciones de aviador.

– Yo lo pedí –explicó Casimir Franks–. Me lo enviaron desde el Constellation.

Necesitamos algo que nos calme los nervios tras pasar tanto tiempo con los chicos del aire.

–Nunca discuto con almirantes, señor. –Kelly echó dos cubitos de hielo en un vaso y los cubrió de whisky.

–El segundo comandante está hablando con el capitán Albie y sus hombres. Están recibiendo el mismo trato que usted –añadió Franks, lo que quería decir que cada hombre encontraría un par de botellas, como las que se sirven en los aviones, encima de su litera–. Señor Clark, nuestra nave está a su disposición. Sólo tiene que pedir lo que quiera, y haremos lo posible por ofrecérselo.

–Desde luego, capitán, usted sabe agasajar a sus invitados. –Kelly bebió un sorbo de whisky. El sabor del alcohol le hizo consciente de su agotamiento–. Entonces, ¿cuándo?

–Dentro de cuatro días. Tendrán dos días para recuperarse del viaje –dijo el almirante–. El submarino llegará dos días después. Los marines entrarán en acción el viernes por la mañana, según las condiciones meteorológicas.

–De acuerdo. –No podía decir otra cosa.

–Sólo el segundo comandante y yo estamos al corriente. Intente que no se difunda entre lo demás. Tenemos una tripulación bastante buena. El equipo de inteligencia está a bordo y ya ha empezado a trabajar. El equipo médico llegará mañana.

–¿Disponemos de fotografías de reconocimiento?

Podulski se encargó de responder:

–Tendremos fotografías del campo de prisioneros dentro de un rato, nos las enviarán desde el Constellation. Otra serie llegará doce horas antes del comienzo de la misión. Además, están las tomas captadas hace cinco días por el Buffalo Hunter. El campo sigue estando ahí, y los guardias también, todo sigue igual.

–Y ¿qué hay del «género»? –dijo Kelly, utilizando la palabra en clave para referirse a los prisioneros.

–Sólo tenemos tres fotografías de americanos en el campo. Podulski se encogió de hombros.

–Todavía no han inventado una cámara que pueda fotografiar lo que hay bajo techo.

–Entiendo. –Frunció el ceño.

–Yo también estoy preocupado por eso –admitió Gas. –Capitán –preguntó Kelly–, ¿hay algún lugar donde podamos entrenar?

–Hay una sala de pesas detrás del comedor de la tripulación. Como le he dicho, está a su disposición.

Kelly terminó su copa, y dijo:

–Bien, creo que necesito dormir un poco.

–Comerá con los marines. Le gustará la comida –prometió el capitán Franks.

–De acuerdo.

–He visto a dos hombres sin casco –dijo Marvin Gooding al jefe.

–Hablaré con ellos.

–Bien, gracias por su cooperación.

Había sugerido once recomendaciones sobre la seguridad, y el propietario de la empresa de cemento las había adoptado todas, con la esperanza de reducir los costes de la póliza. Marvin se quitó el casco blanco y se limpió el sudor de la frente. Iba a ser un día caluroso. Los veranos eran muy diferentes a los de Moscú, aquí había más humedad. Pero los inviernos eran más suaves.

-Si fabricaran estos chismes con pequeños agujeros de ventilación, serían más cómodos.

- Yo también he pensado lo mismo -dijo el capitán Yegorov, de regreso a su coche.

Al cabo de quince minutos, entró en el aparcamiento de Howard Johnson's. Aparcó el Plymouth azul en un espacio junto al lateral oeste del edificio. Al mismo tiempo que él salía del coche, un cliente terminó su café dentro del establecimiento y dejó un hueco libre en el

mostrador, junto con una propina de un cuarto de dólar para la camarera. El restaurante disponía de una doble puerta para ahorrar en aire acondicionado, y cuando los dos hombres se cruzaron a solas, protegidos de miradas indiscretas por las puertas de cristal, la película pasó de una mano a otra sin necesidad de aminorar el paso. Después, Yegorov/Gooding pasó al interior del establecimiento, y un mayor «legal» del KGB, llamado Ishchenko, continuó su camino. Sintiéndose más ligero, Marvin Gooding se sentó en el mostrador y pidió un zumo de naranja para empezar. Había tantas cosas buenas para comer en Estados Unidos.

-Estoy comiendo demasiado. -Doris probablemente decía la verdad, pero de todas maneras atacó el plato de pasteles.

Sarah no comprendía la manía de los americanos por adelgazar.

- Has perdido mucho peso en las dos últimas semanas. Te conviene recuperar un poco - dijo Sarah Rosen a la convaleciente Doris.

El Buick de Sarah estaba aparcado fuera, y aquella tarde irían a Pittsburgh. Sandy había vuelto a cortarle el pelo a Doris, y le había comprado ropa un poco más apropiada para la ocasión, una blusa de seda beige y una falda granate hasta la rodilla. El hijo pródigo podía volver a casa con la ropa hecha jirones, pero la hija tenía que regresar con un poco de orgullo.

- No sé qué decir -murmuró Doris Brown, al levantarse para recoger la mesa.

-Tú sigue recuperándote -contestó Sarah. Se dirigieron al coche, y Sarah se subió detrás. Si Kelly les había enseñado algo era prudencia. La doctora Rosen aceleró y enfiló por la calle Loch Rayen en dirección norte, luego cogió la carretera de circunvalación de Baltimore en dirección oeste hasta la Interestatal 70. El límite de velocidad era de ciento diez kilómetros por hora, pero Sarah lo sobrepasó y puso su pesado Buick rumbo a las montañas de Catoctin. Cuantos más kilómetros las separaran de la ciudad, más seguras estarían. Pasado Hagerstown, se relajó y empezó a disfrutar del viaje. Después de todo, ¿qué probabilidad había de que reconocieran a Doris en un coche en marcha?

Fue un viaje sorprendentemente silencioso. Habían agotado todos los temas de conversación en los últimos días, mientras Doris se recuperaba. Aún necesitaba asesoramiento sobre su dependencia, y ayuda psicológica urgente, pero Sarah ya había hablado al respecto con una colega que trabajaba en la prestigiosa Facultad de Medicina de la Universidad de Pittsburgh. Era una mujer de unos sesenta años, que no acostumbraba informar a la policía local, así que por ese lado no había problema. En el silencio que reinaba en el coche, Sandy y Sarah podían sentir cómo aumentaba la tensión. Ya habían hablado acerca de su regreso. Doris iba a reencontrarse con una casa y un padre, que había dejado para llevar una vida que estuvo a punto de conducirla a la muerte. Durante meses el principal ingrediente de su nueva vida sería la culpabilidad, en parte merecida y en parte imaginada. A fin de cuentas, era una joven con mucha suerte, aunque aún no lo comprendiera. Para empezar, estaba viva. Con la recuperación de su confianza y amor propio, quizá dentro de dos o tres años podría vivir con tanta normalidad que nadie sospecharía de su pasado o notaría las secuelas, que irían desapareciendo gradualmente. La muchacha cambiaría al recuperar la salud, y volvería no sólo con su padre sino al mundo de la gente real.

Si la psicóloga la trataba con tacto y solicitud, quizá incluso se convirtiese en una persona más fuerte que antes, deseó Sarah. La doctora Michelle Bryant tenía muy buena reputación, y seguramente era el profesional más adecuado. Para la doctora Rosen, que seguía conduciendo hacia el oeste, a una velocidad ligeramente superior a la permitida, dejar a un paciente sin haber terminado su labor era una de las facetas más difíciles de la medicina. En su experiencia con toxicómanos le había sucedido con frecuencia, pero seguía dejándole un mal sabor de boca. Llegaba el momento en que tenía que dejarles marchar, con la esperanza y la confianza de que el paciente pudiese hacer lo demás. Algo parecido se debía sentir cuando se casaba una hija, pensó Sarah. Por teléfono, el padre de Doris parecía un hombre decente, y a Sarah Rosen no le hacía falta ser psicóloga para saber que, más que otra cosa, Doris

necesitaba vivir una relación con un padre cariñoso y honrado para que, un día, pudiera desarrollar otra semejante en su propia vida. Ese trabajo debía dejárselo a otros, pero no mitigaba la preocupación que Sarah seguía sintiendo por su paciente. Todos los médicos tenían algo de madre judía, y en este caso era particular-mente difícil evitarlo.

Llegaron a las empinadas colinas de Pittsburgh. Doris indicó a Sarah que siguiera el curso del río Monangahela hasta enfilar la calle donde vivía su padre y, cuando Sandy empezó a comprobar los números de las casas, su tensión se incrementó. Habían llegado. Sarah aparcó el Buick rojo, y las tres respiraron hondo.

- ¿Estás bien? -preguntó a Doris, que se limitó a asentir con la cabeza.

-Es tu padre, cariño. Te quiere.

Raymond Brown era una persona bastante corriente, observó Sarah un momento después. Debía llevar horas esperando al lado de la puerta, y bajó los escalones de hormigón agarrándose de la barandilla con una mano temblorosa, nervioso. Con torpe galantería, abrió la puerta trasera del coche para que bajara Sandy. Luego se asomó al interior del vehículo y a pesar de sus esfuerzos para disimular su emoción, cuando su mano tocó la de su hija, sus ojos se llenaron de lágrimas. Al apearse del coche, Doris dio un traspié y su padre la sujetó, estrechándola contra su pecho.

- ¡Oh, papá!

Sandy O'Toole volvió el rostro, para que padre e hija compartieran a solas aquel momento, y su mirada se cruzó con la de la doctora Rosen, también empañada por la emoción. Ambas mujeres se mordieron los labios.

-Entra, nena -dijo Ray Brown.

Acompañado por su hija, volvió a subir los escalones, deseoso de tenerla bajo su techo y su protección. Las dos mujeres les siguieron.

El salón estaba casi a oscuras. Debido a que el señor Brown dormía durante el día, había colocado persianas en las ventanas, y había olvidado subirlas. La habitación estaba atestada de alfombras trenzadas, recargados muebles de los años cuarenta y mesitas de caoba cubiertas con tapetes de encaje. Todo decorado con numerosas fotografías. De la esposa difunta. Del hijo muerto. Y de una hija perdida; había cuatro de Doris. En la oscura seguridad de la casa, el padre volvió a abrazar a la hija.

-¡Cariño! -dijo, y repitió las palabras que había estado ensayando durante días-: No debí decirte aquello, me equivoqué.

- Está bien, papá. Gracias por... por decírmelo.

- Doris, tú eres mi hija.

No era necesario añadir más. Se abrazaron por más de un minuto, y luego ella se libró suavemente de sus brazos, riéndose. -Tengo que ir al cuarto de baño.

- Está en el mismo sitio de siempre -dijo su padre, secándose las lágrimas.

Doris subió escaleras arriba. Raymond Brown se volvió hacia sus invitadas.

- Yo he almorzado ya. -Siguió un silencio embarazoso. No era el momento de cuidados modales o de decir frases de cumplido-. No sé qué decir.

- No se preocupe. -Sarah sonrió con benevolencia-. Pero necesitamos hablar. Por cierto, ésta es Sandy O'Toole. Sandy es enfermera y, más que a mí, es a ella a quien hay que agradecer la recuperación de su hija.

- Encantada -dijo Sandy, tendiéndole la mano.

-Doris va a necesitar mucha ayuda, señor Brown -dijo la doctora Rosen-. Lo ha pasado francamente mal. ¿Podemos hablar de ello?

-Sí, doctora. Por favor, siéntense. ¿Quieren tomar algo? -preguntó con apuro.

-He concertado una entrevista para su hija con una doctora de Pittsburgh. Se llama Michelle Bryant. Es psicóloga.

- ¿Quiere decir que Doris está... enferma?

Sarah negó con la cabeza.

-No, no es eso. Pero lo ha pasado muy mal, y un buen tratamiento médico la ayudará a

recuperarse con más rapidez. ¿Me entiende?

- Doctora, haré todo lo que me diga, ¿de acuerdo? Tengo un seguro médico de la empresa donde trabajo.

- No se preocupe por eso. Michelle lo hará como un favor profesional. Usted tendrá que acompañar a Doris a las sesiones. Es muy importante que se muestre comprensivo. Ella ha sufrido una experiencia espantosa. Le han pasado cosas terribles. Pero su recuperación será completa, si usted la ayuda. Michelle se lo explicará mejor que yo. Lo que quiero decir, señor Brown, es que, por espantosas que sean las cosas que escuche, por favor...

- Doctora -interrumpió él suavemente-, estamos hablando de mi hija. Es todo lo que tengo, y no pienso... estropearlo y perderla de nuevo. Antes preferiría morir.

-Señor Brown, eso es exactamente lo que necesitábamos saber.

Kelly se despertó a la una de la madrugada, hora local. El whisky no le había dado resaca. De hecho, se sentía extraordinariamente descansado. Tumbado en la oscuridad del camarote, distendió los músculos, arrullado por los sonidos de las máquinas y mecido por la suave oscilación del Ogden que viraba a babor. Se dirigió hacia las duchas y se lavó con agua fría para acabar de despertarse. Al cabo de diez minutos estaba vestido y presentable. Era hora de explorar el barco.

Los buques de guerra nunca dormían. Aunque la mayoría de las tareas se realizaban durante las horas de luz, los inflexibles turnos de guardia significaban que siempre había movimiento. Al menos cien hombres de la tripulación permanecían siempre en sus pues-tos, y otros muchos circulaban por los estrechos pasillos camino de sus tareas cotidianas y de mantenimiento. Un buen número descansaban en los comedores, leyendo o escribiendo cartas.

Kelly vestía traje de faena, y llevaba una placa con su nombre, pero no insignia. Para la tripulación era simplemente «el señor Clark», un civil, y corría el rumor de que pertenecía a la CIA; acompañado por los habituales chistes sobre James Bond, que cesaban en cuanto él aparecía. Los marineros se apartaban a su paso mientras exploraba los pasillos, y le saludaban con una respetuosa inclinación de cabeza que él devolvía, asombrado por recibir trato de oficial. Aunque sólo el capitán y el segundo de a bordo conocían la naturaleza de la misión, los marineros no eran tontos. No se enviaba un buque de guerra desde San Diego hasta ese lugar sólo para prestar apoyo a una pequeña unidad de marines, salvo que hubiese una buena razón, y aquel grupo de hombres haría sombra al mismísimo John Wayne.

Kelly dio con la cubierta de aterrizaje, en la que había tres marineros. El Connie seguía visible en el horizonte. Las luces de los aviones que despegaban de su cubierta centelleaban contra un cielo de estrellas. Unos minutos después, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y distinguió la silueta de varios destructores a unas millas de distancia. Coronando el Ogden, las antenas del radar giraban con un zumbido, pero el sonido dominante era el continuo susurro del casco de acero abriendo las aguas.

- ¡Dios mío, qué belleza! -exclamó para sí mismo.

Kelly regresó a la superestructura, y la recorrió de extremo a extremo hasta que encontró el centro de información de combate. El capitán Franks se hallaba allí, sin dormir como la mayoría de los comandantes.

- ¿Se encuentra mejor? -preguntó Franks.

-Sí, señor. -Kelly observó el trazado del itinerario, denominado TF-77.t, y contó los buques de guerra que integraban la formación. Había varios radares en funcionamiento, porque Vietnam del Norte contaba con aviación y cualquier día podía ocurrírsele intentar alguna tontería.

- ¿Cuál es nuestro amigo ruso?

- Éste. -Franks lo señaló en la pantalla-. Un pequeño pesquero repleto de radares y sistemas de escucha camuflados. Nos están siguiendo. Los hombres del equipo de servicio de inteligencia que se hallan a bordo se están divirtiendo mucho -prosiguió

el capitán–. Están acostumbrados a trabajar en barcos pequeños. Aquí se sienten como en el Queen Mary).

– Es un barco bastante grande –dijo Kelly–. También parece prácticamente desierto.

– Sí. Bueno, no ha habido ningún problema entre mis hombres y los marines. ¿Necesita consultar algunas cartas? Están en mi camarote, bajo llave.

–Me parece una buena idea, capitán. ¿Un poco de café?

El camarote de Franks era bastante cómodo. El asistente les sirvió café y el desayuno. Kelly desplegó la carta y volvió a estudiar el cauce del río que iba a remontar.

–El agua es muy profunda –observó Franks.

–Lo suficiente –dijo Kelly, y cogió una tostada–. El objetivo está justo aquí.

Franks sacó un compás de su bolsillo y midió la distancia.

– ¿Cuánto tiempo lleva en este tipo de trabajo? –preguntó Kelly.

– ¿Anfibios? –Franks rió–. Estuve en Annapolis durante dos años y al licenciarme pedí destino en destructores, así que me asignaron en una lancha de desembarco como segundo de a bordo, ¿qué le parece? Hice mi primer desembarco en Pelileu. En Okinawa estuve al mando de mi propia lancha. Luego Inchon, Wonsan, el Líbano... He pintarrajeado muchas playas. ¿Cree que...? –preguntó levantando los ojos.

– No estamos aquí para fallar, capitán. –Aunque Kelly había memorizado cada recodo del río, siguió examinando la carta, una copia exacta de la que habían estudiado en Quantico, por si se había dejado algo. No encontró nada nuevo, pero seguía mirándola fijamente.

– ¿Va a entrar solo? Es una larga travesía a nado, señor Clark –dijo Franks,

–Contaré con algo de apoyo, y no tendré que volver nadando, ¿verdad?

– Supongo que no. Será maravilloso sacar a esos hombres de allí.

– Sí, señor.

XXVII. INFILTRACIÓN

La primera fase de la operación BOXWOOOD CREEN empezó poco antes del amanecer. Cuando recibió la orden, un mensaje en clave de una sola palabra, el portaaviones Constellation, que seguía rumbo al sur, viró en redondo. Dos cruceros y seis destructores siguieron su ejemplo y viraron a babor, y desde los nueve puentes partió la misma orden: «¡A toda máquina!» Las calderas estaban a punto, y cuando los buques voltearon a estribor, empezaron a acelerar. La maniobra cogió por sorpresa a la tripulación del pesquero ruso. Habían esperado que el Connie virara hacia el otro lado, navegando contra el viento para iniciar las operaciones aéreas, pero, sin que se dieran cuenta, el portaaviones puso proa en la dirección del viento y navegaba hacia el noroeste a gran velocidad. El pesquero del servicio de inteligencia ruso cambió su rumbo también, acelerando con la vana esperanza de alcanzar la formación del portaaviones. El Ogden se quedó con dos destructores de misiles de la clase «Adams» de escolta, una sensata precaución después de lo ocurrido no hacía mucho al Pueblo cerca de la costa coreana. El capitán Franks observó el barco ruso desaparecer una hora después. Dejaron pasar otras dos horas para estar más seguros. A las ocho de la mañana, dos helicópteros Cobra AH-1, volaron en solitario, a ras del agua, desde la base aérea de Danang hasta la pista de aterrizaje de la espaciosa cubierta del Ogden. La presencia de dos helicópteros de ataque en la cubierta del buque, que según las partes de inteligencia soviéticos llevaba a cabo una misión de espionaje electrónico no muy diferente de la suya, podía haber despertado las sospechas de los rusos. Los mecánicos de mantenimiento empujaron los dos Snakes hacia un hangar y empezaron con la puesta a punto y la revisión de los equipos. Algunos miembros de la tripulación del Ogden encendieron las luces del hangar, y los ayudantes

del jefe de máquinas se pusieron a disposición de los recién llegados. Aún no estaban informados de la misión, pero era evidente que algo excepcional estaba sucediendo. Ya no había tiempo para preguntas. Fuera lo que fuera, todos los recursos del buque fueron puestos a su servicio, antes incluso de que los oficiales transmitieran la orden a sus hombres. Los helicópteros Cobra significaban acción, y todos sabían que estaban más cerca de Vietnam del Norte que de Vietnam del Sur. Los rumores empezaron a circular. En primer lugar, había llegado un grupo de agentes del servicio de inteligencia, luego los marines, y ahora dos helicópteros de combate, y para esa tarde esperaban el aterrizaje de nuevos helicópteros. El personal médico recibió la orden de preparar la enfermería para alojar a los futuros visitantes.

-Vamos a pillar a esos cabrones por sorpresa -comentó un tercer ayudante de contramaestre a su superior.

-No vaya diciéndolo por ahí -gruñó el veterano con veintiocho años de servicio a sus espaldas.

- ¿A quién coño se lo voy a decir, señor? Escuche, yo estoy a favor de todo esto.

¿Adónde irá a parar la Armada?», se preguntó el veterano del golfo de Leyte para sus adentros.

-Usted, usted y usted. -Un suboficial señaló a varios reclutas-. Revisen la cubierta de aterrizaje.

Palmo a palmo, registraron la cubierta, en busca de cualquier objeto que pudiera ser aspirado por la succión de un motor. El suboficial se volvió hacia el contramaestre.

-Con su permiso, señor.

-Adelante. -Eran estudiantes universitarios que deseaban evitar el reclutamiento para el ejército de tierra, pensó el veterano.

- ¡Y como vea a alguien fumando por aquí, le arrancaré la cabeza! -gritó el tercer ayudante a los reclutas.

Pero los asuntos importantes se despachaban en el terreno de los oficiales.

- Puramente rutina -dijo el oficial del servicio de inteligencia a sus visitantes.

-Últimamente hemos estado interfiriendo sus sistemas telefónicos -explicó Podulski-. Esto les obliga a comunicarse por radio más a menudo.

- Muy ingenioso -dijo Kelly-. ¿Han captado transmisiones del objetivo?

-Algunas, y anoche interceptamos una en ruso.

- ¡Eso es la prueba que necesitábamos! -exclamó el vicealmirante. Sólo existía una razón para que un ruso se encontrase en SENDER GREEN-. Espero echar el guante a ese bastardo.

- Señor -prometió Albie con una sonrisa-, si se encuentra allí, considérelo hecho.

Su comportamiento había experimentado un nuevo cambio. Después del descanso y con el objetivo tan cerca, sus pensamientos abandonaron los temores abstractos, y se concentraron en los puntos concretos de mayor dificultad. Habían recuperado la confianza, pero sin que mermara su cautela y su preocupación, algo que habían aprendido durante el entrenamiento. Ahora estaban convencidos de que todo saldría según lo planeado.

Acababan de llegar las últimas fotografías tomadas por un avión de reconocimiento RA-5 Vigilante, que se había visto obligado a sobrevolar a ras de suelo tres emplazamientos de misiles SAM, para ocultar su verdadero objetivo en otro lugar secreto. Kelly cogió las ampliaciones.

-Sigue habiendo gente en las torres.

-Vigilan algo -dijo Albie.

-Veo que no hay cambios -prosiguió Kelly-. Sólo un coche. No se ve ningún camión... y nada en las inmediaciones. Caballeros, todo parece bastante normal.

-El Constellation mantendrá su posición cuarenta millas mar adentro. El personal sanitario llegará hoy. El equipo de mando de las operaciones llegará mañana, y pasado mañana...

-Tendré que remojarme un poco -dijo Kelly.

El carrete sin revelar permanecía en la caja fuerte del despacho de un jefe de sección de la sede del KGB, en Washington, situada en la embajada soviética, en la Calle 16, a escasas manzanas de la Casa Blanca. Antigua residencia palaciega de George Mortimer Pullman –fue comprada por el gobierno de Nicolás II–, contenía el segundo ascensor más antiguo del mundo y la mayor base de operaciones de espionaje de la ciudad. Debido al volumen de datos generados por más de cien agentes especializados, no toda la información que entraba por aquella puerta era examinada en el mismo lugar; además, el rango inferior del capitán Yegorov hacía que su jefe de sección no considerase su información digna de atención. Finalmente, el carrete fue puesto dentro de un pequeño sobre de papel manila y fue a parar a la voluminosa saca de un emisario del correo diplomático, que embarcó hacia París en primera clase, por cortesía de Air France. Al llegar a Orly, ocho horas después, el emisario hizo traslado a un vuelo de Aeroflot a Moscú, y pasó las siguientes tres horas y media en agradable conversación con un oficial de seguridad del KGB, su escolta oficial durante esta parte del viaje. Además de sus obligaciones oficiales, el correo tenía montado un lucrativo negocio que consistía en comprar artículos de consumo en sus regulares viajes a Occidente. Esta vez había comprado varias cajas de medias, de las cuales regaló dos pares a su escolta.

Tras llegar a Moscú y pasar la aduana, el coche que le aguardaba le llevó a la ciudad e hizo la primera parada, no en el Ministerio de Asuntos Exteriores, sino en el número 2 de la plaza de Dzerzhinski, sede del KGB. Allí descargó más de la mitad del contenido de la valija diplomática, incluidas las cajas de medias. Dos horas más tarde, el correo estaba en su casa, con su familia, disfrutando de un merecido sueño después de beberse una botella de vodka.

El carrete acabó en la mesa de un mayor del KGB. En la etiqueta de identificación ponía su procedencia, y el oficial administrativo rellenó un formulario y luego llamó a un subordinado para que llevara el carrete a revelar. Aunque el laboratorio era grande, ese día había bastante trabajo y, al regresar, el cabo le comunicó que tendría que esperar un día, o quizá dos, para ver los resultados. El mayor asintió con la cabeza. Yegorov era un nuevo pero prometedor agente que había tomado contacto con una persona con interesantes conexiones a nivel legislativo, pero se suponía que tendría que pasar algún tiempo antes de que CASSIUS les proporcionara algo de verdadera importancia.

Después de su primera visita a la doctora Bryant, Raymond Brown abandonó la Facultad de Medicina de la Universidad de Pittsburgh tratando de dominar su cólera hacia sí mismo. En realidad, todo había ido bastante bien. Mientras Doris relataba, en voz queda pero sin rodeos, las cosas que le habían sucedido en los tres años anteriores, él había guardado silencio, cogiendo la mano de su hija entre las suyas hasta el final, para expresarle su apoyo. En realidad, Raymond Brown se sentía culpable de todo lo que le había ocurrido a su hija. Si no hubiera perdido el control aquel viernes por la noche... pero lo había hecho. Lo hecho, hecho estaba, ya no se podía cambiar. Entonces era una persona diferente. Ahora era más viejo y más sabio, así que contuvo su ira mientras caminaba hacia su coche. Había que mirar hacia el futuro, no hacia el pasado. La psicóloga había sido muy clara en este punto y él estaba decidido a seguir su consejo.

Padre e hija cenaron en un restaurante tranquilo y acogedor y hablaron de los asuntos del barrio, y de la suerte que habían corrido sus amigos de la niñez. Raymond intervenía de vez en cuando, en voz baja, pero la mayor parte del tiempo escuchaba y sonreía, dejando que Doris condujera la conversación. De vez en cuando, el tono de la joven se hacía más lento y profundo y el dolor reaparecía en su rostro. Era la señal para que él cambiara de tema, para que le hiciera un cumplido o le contara una anécdota divertida. Por encima de todo, tenía que mostrarse fuerte y equilibrado ante ella. Durante los noventa minutos de la sesión con la doctora, él había confirmado que todas las cosas terribles que había temido le pasaran a su

hija durante esos tres años, habían ocurrido, y sospechaba que todavía no había oído lo peor. Tendría que sacar fuerzas de flaqueza para contener su furia, pero su hija le necesitaba; tenía que mostrarse inquebrantable como una roca, una roca que sostuviese a Doris. Así iba a ser Ray Brown, sería una roca tan sólida como las colinas en que se alzaba la ciudad. Y también necesitaba otras cosas. Tenía que volver a encontrarse con Dios. La doctora estaba de acuerdo y Ray Brown, con ayuda de su pastor, se encargaría de ello, se prometió mirando los ojos de su hija.

Era bueno volver al trabajo, se dijo Sandy, de regreso en la planta que dirigía. Sam Rosen había explicado que su ausencia de dos semanas se debía a un trabajo especial y, como supervisora de enfermeras, nadie iba a cuestionarla. En la planta de postoperatorio había pacientes de diversa gravedad, de cuyo cuidado se ocupaba el equipo de Sandy. Dos enfermeras se interesaron por su ausencia y les contó simplemente que había participado en un proyecto especial de investigación para el doctor Rosen, y que ya estaba bien de preguntas, porque tenían muchos pacientes a los que atender. Las demás enfermeras advirtieron que estaba un tanto distraída. De vez en cuando su mirada se perdía en la lejanía, como si algo la preocupara. No sabían de qué se trataba. Quizá un hombre, pensaban, contentas de tener de vuelta a su jefa. Nadie del servicio sabía tratar a los cirujanos como Sandy, y puesto que contaba con el abierto apoyo del profesor Rosen, con ella allí las cosas eran más fáciles.

-Entonces, ¿tenéis ya sustitutos para Billy y Rick? -preguntó Morello.

-Me temo que no será tan fácil, Eddie -contestó Henry-. Esto va a complicar nuestras entregas.

- ¡No me jodas! Creo que te complicas la vida demasiado.

- ¡Basta, Eddie! -cortó Tony Piaggi-. Henry ha montado un buen sistema. Es seguro, y funciona...

- Y es demasiado complicado. ¿Quién va a hacerse cargo ahora de Filadelfia? -exigió Morello.

- En eso estamos -contestó Tony.

- ¡Por el amor de Dios! Sólo hay que entregar la mercancía y cobrarla. No van a intentar pegárnosla, estamos tratando con hombres de negocios, ¿no? -Tuvo la suficiente sensatez para no añadir: «Y no con cochinos negros.» De todas formas, parte de su mensaje había sido captado: «Nada contra ti, Henry».

Piaggi volvió a llenar las copas de vino, un detalle que a Morello le parecía condescendiente y ofensivo.

-Veamos -dijo Morello, inclinándose-. Yo tuve mucho que ver en este montaje, ¿cierto? Si no fuera por mí, no tendríais nada que hacer en Filadelfia.

- ¿Qué quieres decir, Eddie?

-Os haré esa puñetera entrega para que Henry acabe de poner en orden sus asuntos. ¿Tan difícil es? ¡Hasta hay tías que lo hacen! -Había que ponerse un poco chulo, pensó Morello, mostrarles que era un tío duro. Eso impresionaría a los de Filadelfia y quizá se mostrasen dispuestos a hacer por él lo que no hacía Tony.

- ¿Estás seguro de que quieres correr ese riesgo, Eddie? -preguntó Henry, sonriendo por dentro. Ese maldito italiano era manejable fácilmente.

- Claro que sí.

-De acuerdo -dijo Tony, fingiendo estar impresionado-. Llámalos y arréglalo todo. -Henry tenía razón, pensó Piaggi. Había sido cosa de Eddie, que iba a la suya. ¡Qué insensato! ¡Y qué fácil era de manejar!

¡Nada! -exclamó Emmet Ryan, tras resumir el caso del «hombre invisible»-. Todas estas pruebas, y seguimos sin tener nada.

-La única explicación es que alguien esté tramando una jugada.

Los asesinos no empiezan y luego lo dejan porque sí. Tenía que haber alguna razón. Tal vez fuera difícil encontrarla, incluso imposible en muchos casos, pero una serie de asesinatos cuidadosamente planeados y ejecutados es otra historia. Había dos posibilidades. La primera, que alguien hubiese cometido una serie de asesinatos para ocultar el verdadero blanco. Y ese blanco tenía que ser William Grayson, desaparecido de la faz de la tierra, probablemente para nunca reaparecer vivo, y cuyo cuerpo

quizá llegara a ser descubierto algún día. El asesino tenía que estar terriblemente enfadado por algo, y ser extremadamente cuidadoso y diestro, y ese alguien («el hombre invisible») había llegado a ese punto y se había quedado ahí.

¿Era una explicación verosímil?, se preguntó Ryan. Era imposible dar una respuesta pero, desde luego, una serie predeterminada de asesinatos parecía bastante improbable. Demasiado montaje para un solo objetivo. Fuera quien fuera Grayson, no había dirigido ninguna organización, y si los asesinatos formaban parte de una serie planeada, no era lógico que cesaran con su muerte. Ryan frunció el ceño. Como todos los policías, había aprendido a confiar en ese tipo de corazonadas. Pero las muertes habían cesado. En las últimas semanas, él y Douglas habían visitado el lugar de la muerte de tres camellos para encontrar que dos se debían a robos frustrados, y la tercera a una disputa entre dos miembros de diferentes bandas. El hombre invisible había desaparecido, o al menos estaba inactivo, y eso daba al traste con su hipótesis, dejando como alternativas otras menos plausibles.

La segunda posibilidad tenía más sentido. Alguien había intentado invadir el territorio de una banda de narcotraficantes que la brigada de Mark Chanson aún no había descubierto, y eliminado a unos cuantos camellos, sin duda para animar a los demás a cambiar de proveedor. Según esta suposición, la presencia de William Grayson pasaba a ocupar una posición importante en el esquema. Quizá habían eliminado a los jefes de esta banda desconocida y los asesinatos siguieran por descubrir. Con un poco más de imaginación Ryan llegó a la conclusión de que la banda aniquilada por el hombre invisible podía ser la misma que él y Douglas llevaban meses persiguiendo. En esta hipótesis, todo encajaba.

Pero los asesinos raramente se comportaban así. Un asesinato real no tenía nada que ver con las series de televisión. Aunque llegaras a saber quién lo había hecho, muchas veces no llegabas a saber por qué, al menos de forma satisfactoria, y, cuando aplicabas tus refinadas teorías a la dura realidad de la muerte, encontrabas que la gente no solía encajar en las teorías. Además, si esta explicación de los hechos acaecidos el mes anterior fuese correcta, significaba que existía un individuo metódico, despiadado y mortalmente eficaz al mando de una organización criminal en la ciudad de Ryan, lo cual no era precisamente una buena noticia.

- Tom, no me acaba de cuadrar.

- Bueno, si resulta ser el cabecilla que buscas, ¿por qué ha dejado de actuar? -preguntó Douglas.

- Si no me equivoco, fue a ti a quien se le ocurrió la idea.

- Sí, ¿y qué?

- Pues no me estás ayudando mucho, sargento.

- Tenemos el fin de semana para pensarlo. Yo me dedicaré a cortar el césped, a ver los deportes en la televisión, y a fingir que soy un ciudadano normal y corriente. Nuestro hombre se ha largado, Em. No sé adónde, pero podría estar en el otro extremo del mundo. Da la impresión de que alguien de otra ciudad vino aquí para hacer un trabajo, lo hizo y se marchó.

- ¡Un momento! -Eso daba pie a una nueva hipótesis: un asesino a sueldo, como los que salen en las películas, y en la realidad no existen. Pero Douglas se limitó a encaminarse hacia la puerta, zanjando una discusión que podía haber demostrado que ambos detectives estaban, en parte, en lo cierto.

Las prácticas de tiro empezaron bajo las atentas miradas de los mandos y de los marineros que encontraron una excusa válida para acudir a popa.

Arrojaron unos desechos al mar y redujeron la velocidad a cinco nudos. Los soldados perforaron varios bloques de madera y sacos de papel durante el ejercicio, más un entretenimiento para la tripulación que un auténtico entrenamiento. Llegado el turno de Kelly, éste vació su Car-15 en dos o tres ráfagas y acertó en el blanco. Terminado el ejercicio, los soldados volvieron a su alojamiento. Un oficial mecánico detuvo a Kelly cuando éste iba a entrar en la superestructura.

- ¿Es usted el que va a ir solo?

-Usted no debería saberlo.

El oficial sonrió.

-Sígame, señor -le pidió.

Se dirigieron a popa, rodearon el grupo de marines y entraron en el inmenso taller del Ogden, diseñado tanto para el mantenimiento del buque como para la reparación de cualquier equipo móvil que pudiera ser izado a bordo. Encima de uno de los bancos de trabajo, Kelly vio el trineo acuático que iba a utilizar para remontar el río.

-Lo hemos tenido a bordo desde que zarpamos de San Diego, señor. Nuestro electricista jefe y yo lo hemos revisado. Lo hemos desmontado, limpiado, y comprobado las baterías, que por cierto son muy buenas. Tiene juntas nuevas, así que no debería entrarle agua. Incluso lo hemos probado en el pozo. Según el fabricante tiene autonomía para cinco horas, pero Deacon y yo hemos hecho algunas modificaciones, y la hemos ampliado a siete -dijo con disimulado orgullo-. Supuse que le podría ser útil.

- Por supuesto, gracias.

- Ahora echaré un vistazo a su arma. -Después de unos momentos de indecisión, Kelly se la entregó. El mecánico empezó a desmontarla y, al cabo de quince segundos, las piezas yacían encima del banco. Pero el hombre no paró ahí.

-¡Un momento! -espetó Kelly cuando retiró la mira delantera.

- Es demasiado ruidoso, señor. Va a entrar solo, ¿no?

- Sí.

- Bien. ¿Quiere que amortigüe el ruido de este chisme, o prefiere anunciar su llegada?

- No se puede hacer eso con un Car-15.

- ¿Quién lo dice? ¿A qué distancia se imagina que tendrá que disparar?

- No más de ciento cincuenta metros, probablemente menos. La verdad, preferiría no tener que disparar...

- Por el ruido, ¿no? -El oficial sonrió-. Observe bien, le voy a enseñar algo.

El mecánico se acercó a una taladradora y, bajo las miradas atentas de Kelly y dos suboficiales, taladró una serie de agujeros en los primeros quince centímetros del cañón.

- Bueno, no se puede amortiguar totalmente una bala supersónica, pero sí retener gran parte de los gases, y eso lo cambia bastante.

-¿Incluso con balas de gran potencia?

- Gonzo, ¿estás listo?

-Sí, jefe -contestó el marinero de segunda clase González. Éste introdujo el cañón en el torno de una fresadora y recortó unas láminas largas y finas.

- La pieza está lista. -El mecánico sostenía un silenciador cilíndrico, con un diámetro de nueve centímetros y treinta y cinco de largo, que enroscó en el extremo del cañón. Una abertura en el silenciador permitía volver a colocar la mira y también servía para fijar el dispositivo.

- ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en esto?

- Tres días, señor. Cuando eché un vistazo a las armas que trajeron a bordo, no era difícil imaginar lo que usted iba a necesitar, y yo tenía tiempo libre. Así que me puse a

experimentar un poco.

- ¿Cómo sabía que yo iba a ir solo?

- Estamos cruzando transmisiones con un submarino. No es difícil adivinar lo que está pasando.

- Pero, ¿cómo se ha enterado? -preguntó Kelly, aunque ya sabía la respuesta.

- ¿Ha conocido algún barco con secretos? El capitán tiene un voluntario como asistente, y los asistentes se van de la lengua -explicó el mecánico, mientras acababa de montar el arma de nuevo-. Añade quince centímetros de longitud, espero que no le importe.

Kelly apuntó con el fusil ametrallador. El equilibrio había mejorado bastante. Prefería un arma de boca pesada, era más fácil de controlar.

-Muy bien.

Kelly y el oficial mecánico se encaminaron a popa. De camino, el mecánico recogió una caja de madera vacía. Una vez ahí, Kelly metió un cargador en el fusil, el oficial arrojó la caja al agua y se apartó. Kelly apuntó y disparó un solo tiro.

¡Pop! El sonido del impacto de la bala en la madera resultó más ruidoso que la detonación del cartucho. Oyó claramente el ruido del mecanismo del cerrojo. El mecánico había logrado con un fusil de alta potencia lo que él había conseguido con una pistola del 45. El maquinista sonrió benévolamente.

-El único problema es asegurar que haya gas suficiente para hacer funcionar el cerrojo. Pruébelo con el automático, señor.

Kelly obedeció y disparó seis ráfagas. Aunque todavía sonaba a fuego automático, el ruido quedaba reducido casi por completo, y nadie podría oírlo más allá de unos cien metros (un fusil normal podía oírse a más de mil metros).

- ¡Buen trabajo!

- Haga lo que haga, señor, tenga cuidado, ¿de acuerdo? -aconsejó el mecánico, y se alejó sin más palabras.

-Cuente con ello -respondió Kelly, mirando al agua. Volvió a apuntar y vació el cargador contra la madera. Las balas convirtieron la caja en astillas mientras alrededor se levantaban espumosos chorros de agua de mar.

«Ahora estás preparado, John.»

El tiempo también acompañaba, como pudo saber unos minutos más tarde. Quizá el servicio de meteorología más sofisticado del mundo, que apoyaba las incursiones aéreas sobre Vietnam, no era algo que los pilotos estimasen en todo su valor. El jefe del equipo meteorológico se había trasladado, junto con los almirantes, desde el Constellation. Examinaba una carta isobárica y las últimas fotografías del satélite.

- Los chubascos empezarán mañana, y seguirá lloviendo en los próximos cuatro días. Algunos serán bastante intensos y continuarán hasta que esta borrasca, que se mueve muy lentamente, se desplace al norte hacia China -informó el jefe de los suboficiales.

Todos los oficiales se encontraban allí. Las tripulaciones de los cuatro helicópteros que tomarían parte en la misión evaluaron con calma esa noticia. Volar en helicóptero con mal tiempo no era precisamente divertido, y a ningún piloto le agradaba la visibilidad escasa. Pero la lluvia amortiguaría el ruido de los aparatos, y la mala visibilidad también tenía sus ventajas. Su mayor preocupación eran las baterías antiaéreas ligeras. Pero puesto que se orientaban ópticamente, cualquier cosa que dificultase la habilidad de los artilleros para ver y oír los helicópteros incrementaba su seguridad.

-¿Velocidad máxima del viento? -preguntó un piloto Cobra.

- Rachas de entre treinta y cinco o cuarenta nudos. Tendréis un viaje zarandeado, señor.

- Nuestro radar principal sirve, hasta cierto punto, para predecir el tiempo. Podremos guiarles por entre los peores núcleos de tormenta -ofreció al capitán Franks. Los pilotos asintieron.

-¿Señor Clark? -preguntó el contraalmirante Greer.

-Prefiero la lluvia. Durante la infiltración sólo podrán detectarme si ven las burbujas en la superficie del río. La lluvia las ocultará. Eso significa que podré moverme a la luz del día, si es necesario. -Kelly hizo una pausa. Lo que iba a decir a continuación implicaba el compromiso final-. ¿Está preparado el Skate para recibirme a bordo?

- En cuanto demos la orden -contestó Maxwell.

- Pues, por mi parte, ¡adelante! -Kelly sintió que se le erizaba la piel. Pero ya había dado su palabra.

Todos dirigieron la mirada al capitán Albie de los marines. Un vicealmirante, dos contraalmirantes y un prometedor agente de la CIA depositaban en ese joven oficial la decisión definitiva. El estaba al mando, y todo tenía que salir a la perfección, porque no habría una segunda oportunidad. Albie miró a Kelly y sonrió.

-Señor Clark, cuídese. Creo que ha llegado el momento de que nade un poco. La misión ha comenzado.

No se oyó ninguna exclamación. De hecho, todos los hombres situados alrededor de la mesa miraban fijamente los mapas, intentando convertir la imagen bidimensional en una realidad de tres dimensiones. Luego levantaron los ojos casi simultáneamente y se miraron unos a otros. El primero en romper el silencio fue Maxwell, que se dirigió a la tripulación de uno de los helicópteros:

-Creo que es hora de calentar los motores. -Volvió la cabeza-: Capitán Franks, ¿quiere enviar la señal al Skate?

Franks y el piloto contestaron al unísono.

-A sus órdenes, almirante.

Los hombres se enderezaron y se apartaron de la mesa de cartas.

Ya era un poco tarde para reflexionar, se dijo Kelly. Hizo un esfuerzo para desterrar el miedo, y concentró sus pensamientos en los veinte hombres del equipo. Era un tanto extraño arriesgar tu vida por personas que no conocías. Su padre lo había hecho durante toda su vida, y la había perdido en el rescate de dos niños. «Si estoy orgulloso de mi padre -se dijo-, ahora tengo la oportunidad de hacer honor a su memoria.»

«Puedes hacerlo. Sabes que puedes», le dijo una voz interior. Sintió crecer en su interior una férrea determinación. La decisión estaba tomada. Ahora tenía que cumplir su palabra. El rostro de Kelly se endureció. Ahora ya no había peligros que temer, sino que enfrentar, y estaba dispuesto a vencer.

Maxwell lo leyó en su rostro. Había visto la misma expresión en las sesiones de información de los portaaviones, cuando sus compañeros pilotos se preparaban psicológicamente antes de jugarse la vida. El vicealmirante recordó sus propias sensaciones, cómo se tensaban los músculos y agudizaba la visión. El primero en entrar y el último en salir, como le había sucedido con frecuencia en sus misiones pilotando su F6F Hellcat para abatir cazas y escoltar posteriormente los bombarderos a casa. «Me recuerda a mi segundo hijo -pensó Dutch repentinamente-. Tan valiente como Sonny e igual de inteligente.» Pero nunca había enviado a Sonny a un lugar tan peligroso. De alguna manera, era más terrible enviar a otros a enfrentar el peligro que asumirlo personalmente. Pero tenía que ser así, y Maxwell sabía que Kelly confiaba en él, como él a su vez había confiado en Pete Mitscher. La responsabilidad le pesaba, más aún cuando tenía que mirar a la cara al hombre que iba a mandar a territorio enemigo, solo. Kelly advirtió la mirada de Maxwell, y sonrió sagazmente.

- No se preocupe, señor -dijo, y salió de la sala para ir a preparar su equipo.

- De veras, Dutch... -El vicealmirante Podulski encendió un cigarrillo-, hace unos años ese muchacho nos podría haber sido muy útil. Creo que habría encajado perfectamente. -Habían transcurrido algo más de «unos años», pero Maxwell comprendió lo que quería decir. Ellos habían sido jóvenes guerreros, y ahora le tocaba el turno a la nueva generación.

- Cas, espero que sea prudente.

- Lo será, como lo fuimos nosotros.

El trineo acuático fue llevado a cubierta por los hombres que se ocuparon de su preparación. El helicóptero estaba listo para despegar y las cinco aspas de su rotor giraban contra el crepúsculo cuando Kelly salió a cubierta. Respiró hondo. Nunca había tenido tanto público: allí estaba Irvin, junto con tres suboficiales de los marines, Albie, los almirantes, y Ritter, para despedirlo como si fuera Miss América. Pero fueron los dos oficiales mecánicos quienes se acercaron a él.

-Las baterías están cargadas y su equipo en el contenedor. Es hermético, así que no se preocupe, señor. El fusil está cargado y también la recámara por si tiene que utilizarlo con urgencia, pero el seguro está puesto. Hay baterías nuevas en todas las radios, y dos juegos de recambio. ¡Creo que no hemos olvidado nada! -gritó el maquinista por encima del ruido del motor del helicóptero.

- ¡Perfecto! -gritó Kelly a su vez.

- ¡Buena suerte, señor Clark!

- ¡Hasta pronto... y gracias! -Kelly estrechó la mano de los dos hombres y luego se acercó al capitán Franks. Con el fin de añadir una nota de humor, se cuadró y saludó-: ¡Permiso para abandonar el barco, capitán!

- ¡Permiso concedido! -contestó Franks.

Entonces Kelly miró a los demás. «El primero en entrar y el último en salir.» Una media sonrisa y una breve inclinación de la cabeza fueron suficientes para infundir valor a todos los presentes.

El helicóptero de rescate Sikorski ascendió unos metros en el aire, un marinero sujetó el trineo acuático al helicóptero y éste despegó en dirección a popa sorteando la turbulencia alrededor de la superestructura y se internó en la oscuridad, sin luces de navegación, desapareciendo al cabo de unos segundos.

El Skate era un anticuado submarino modificado y desarrollado a partir del primer buque atómico, el Nautilus. El casco en forma de ballena era casi igual al de un barco, por lo que era relativamente lento bajo el agua, pero sus dos hélices le brindaban más

facilidad de maniobra, especialmente en aguas poco profundas. Por esta razón, el Skate llevaba muchos años como buque de inteligencia cerca de las costas, acercándose sigilosamente a la costa vietnamita y levantando sus antenas para captar las señales de radar y otras transmisiones electrónicas. Además, había desembarcado a más de un hombre en la playa, entre ellos a Kelly, unos años antes, aunque ya no quedaba ningún miembro de aquella tripulación. Kelly lo divisó en la superficie del mar, una forma negra más oscura que el agua, que relucía a la luz de la luna menguante, a punto de ocultarse tras las nubes. El helicóptero bajó hasta que el trineo acuático quedó encima de la cubierta, donde algunos miembros de la tripulación del submarino lo aseguraron. Luego Kelly descendió con su equipo mediante una grúa. Al cabo de un minuto estaba en el puente de mando del submarino.

- ¡Bienvenido a bordo! -dijo el comandante Silvio Esteves, entusiasmado ante su primera misión de esa naturaleza.

- Gracias, señor. ¿Cuándo llegaremos a la playa?

-Dentro de seis horas, o algo más porque primero tenemos que discutir los detalles. ¿Le apetece un café? ¿Algo de comer?

- ¿Podría descansar un poco, señor?

- Hay una litera libre en el camarote del segundo de a bordo. Nos aseguraremos de que no se le moleste. -El trato que recibía era bastante mejor que el dispensado a los técnicos de la Agencia de Seguridad Nacional que se encontraban a bordo.

Kelly se dirigió a popa para disfrutar del último descanso verdadero en los siguientes tres días. Ya dormía cuando el submarino volvió a sumergirse bajo las aguas del mar de la China Meridional.

-Siga leyendo, Yuri Petrovich -sugirió su subalterno.

- ¡Vaya! -levantó los ojos-. ¿Quién es exactamente este CASIUSS? -Yuri había visto ese nombre anteriormente, vinculado a cierta información de poco valor, procedente de diversas fuentes del movimiento de izquierdas en Estados Unidos.

- Glazov se encargó de su reclutamiento hace muy poco -explicó el mayor, resumiendo los detalles más trascendentes.

-Bien, lo dejaré en sus manos. Me sorprende que Giorgi Borissovich no quiera llevarlo personalmente.

- Tengo la impresión de que ahora lo hará, Yuri.

Algo malo estaba a punto de ocurrir. Había miles de radares de rastreo a lo largo de la costa de Vietnam del Norte. Servían principalmente para avisar de las incursiones aéreas lanzadas desde los portaaviones americanos que navegaban en una zona apodada Yankee Station, que los nordvietnamitas conocían por otro nombre. Los radares estaban a menudo fuera de servicio debido a las interferencias provocadas por los técnicos americanos, pero nunca hasta ese punto. Esta vez la señal de interferencia era tan potente como para convertir la pantalla, de fabricación soviética, en una masa borrosa de puntos blancos. Los operadores se inclinaron sobre la pantalla, intentando distinguir los puntos más brillahtes, que diferenciaban los blancos reales de los provocados por la interferencia.

-¡Barco a la vista! -gritó una voz en el exterior del centro de operaciones-. ¡Barco en el horizonte! -Una vez más, el ojo humano superaba al radar.

-Esto es interesante -dijo el mayor. Dejó caer la traducción encima de la mesa de su superior, de la misma graduación pero serio aspirante a ser ascendido a teniente coronel dentro de poco.

-He oído hablar de este sitio. El GRU está dirigiendo la operación; intentando dirigirla, quiero decir. Nuestros fraternales aliados socialistas no se muestran muy dispuestos a colaborar. Así que los americanos han acabado por enterarse, ¿cierto?

Si eran tan estúpidos como para emplazar sus antenas de radar y su artillería en la cima de las colinas, no era problema suyo. El artillero jefe estaba en el puesto I, la torreta delantera que daba al perfil del barco un toque grácil. Miraba por los oculares de los telémetros, diseñados a finales de los años treinta pero aún uno de los mejores aparatos ópticos fabricados en América. Accionó una pequeña manivela, que funcionaba casi coo el objetivo de una cámara, juntando una imagen dividida. Enfocaba a la antena de radar, cuyo armazón de metal, sin la protección de la malla de camuflaje, proporcionaba una referencia casi perfecta para apuntar.

- ¡Anote!

Junto a él, el segundo artillero cogió el micrófono, y empezó a leer en voz alta los números indicados en el cuadrante:

- Distancia uno-cinco-dos-cinco-cero.

En la dirección de tiro, unos treinta metros por debajo del puesto 1, unos ordenadores mecánicos recibieron los datos, indicando a los ocho cañones del crucero el grado de elevación. Es fácil adivinar lo que sucedió a continuación: los cañones, ya cargados, gira-ron en sus torretas hasta llegar al ángulo correcto de elevación, estimado una generación antes por una veintena de mujeres -ahora abuelas- con la ayuda de calculadoras mecánicas. Los datos de la velocidad y del rumbo del crucero habían sido introducidos en el ordenador y, puesto que iban a disparar contra un blanco inmóvil, se le asignó un vector de velocidad inverso, pero idéntico. De ese modo, los cañones mantendrían su orientación hacia el blanco.

- ¡Fuego! -ordenó el oficial de artillería. Un joven marinero apretó los botones, y el

Neuport News tembló bajo la primera salva del día.

- Bien, se han quedado cortos en... cien metros... -dijo el artillero jefe, observando los impactos a través de los potentes telémetros.

-¡Arriba cien! -gritó el ayudante. Quince segundos más tarde, tronó la segunda salva.

Ignoraban que la primera salva había destruido el búnker de mando del emplazamiento de radar.

-Esta vez sí va buena -susurró el artillero jefe.

No se equivocó. Tres de los ocho obuses hicieron blanco a menos de cincuenta metros de la antena de radar, destrozándola por completo.

- ¡Blanco! -dijo por su micrófono, esperando a que se despejara el polvo-. Objetivo destruido.

- Un día de éstos derribaremos un aeroplano -dijo el capitán del crucero, que observaba desde el puente. Veinticinco años atrás, él había sido un joven oficial de artillería del Mississippi y, al igual que su estimado artillero jefe del puesto I, había tenido la oportunidad de aprender a bombardear blancos vivientes en la costa del Pacífico Occidental. Esta iba a ser seguramente su última misión en un auténtico buque de guerra, y el capitán estaba decidido a que fuese un éxito.

Un momento después, se observaron unos remolinos en la superficie del agua, a unos novecientos metros del buque, producidos por el impacto de los obuses procedentes de la artillería ligera que los vietnamitas utilizaban para hostigar a la Armada norteamericana. Se ocuparía de ellos antes de concentrarse en los emplazamientos antiaéreos.

-¡Dadles una lección! -gritó el capitán a la sala de control.

- A sus órdenes, capitán. ¡Preparados!

Al cabo de un minuto el Newport News cambió de objetivo, sus cañones ligeros buscaron y encontraron la artillería vietnamita.

Era como un divertimiento. El capitán sabía que estaba sucediendo algo en otro lugar. No sabía qué, pero tenía que ser algo importante para que le permitieran bombardear objetivos al norte de la zona de demarcación. No es que le importara hacerlo, pensó el comandante sintiendo cómo su buque volvía a temblar. Treinta segundos más tarde, la aparición de una bola de fuego naranja anunció la destrucción del emplazamiento.

- ¡Misión cumplida! -anunció el comandante. La tripulación del puente lanzó unos breves vítores y enseguida volvieron a su trabajo.

-Hemos llegado. -El capitán Esteves se apartó del periscopio.

- Estamos bastante cerca.

-A Kelly le había bastado una sola mirada para saber que Esteves era un hombre con agallas. El Steate rozaba los percebes con su casco. El periscopio apenas sobresalía de la superficie, y el agua chocaba suavemente contra la lente-. Supongo que lo suficiente.

-Hay una buena tormenta fuera -dijo Esteves.

- -Bien. -Kelly terminó su café salado, al estilo de la Armada-. Se dan las condiciones propicias, voy a entrar.

-¿Ahora?

-Sí, señor -asintió Kelly-. Salvo que piense acercarse más -añadió con una sonrisa retadora.

-Por desgracia, este submarino no tiene ruedas; de lo contrario lo intentaría. -Esteves indicó a Kelly que le siguiera a popa-. ¿De qué se trata esta vez? Normalmente, estoy informado.

-No puedo decirlo, señor. Pero si todo sale como está previsto, se lo diré.

Esteves comprendió que sería inútil hacerle más preguntas. -Entonces será mejor que se prepare.

Aunque las aguas de esas latitudes eran templadas, una de las mayores preocupaciones de Kelly era el frío. Permanecer ocho horas en el agua con sólo una pequeña diferencia entre la temperatura corporal y la del agua podía agotar sus energías, como un cortocircuito en una batería. Se enfundó en un traje de submarinista, verde y negro. A solas en el camarote del oficial, tuvo una última ocasión de meditar y rogó a Dios que le ayudara a él, y a los hombres que intentaba rescatar. A Kelly le pareció una petición un tanto extraña, especialmente después de sus últimas acciones, y pidió perdón por sus errores, aunque no estaba seguro de haber cometido pecado. Era el momento para ese tipo de reflexión, pero no podía demorarse mucho. Necesitaba concentrarse en su misión. Quizá Dios le ayudara a rescatar al coronel Zacharias, pero él tendría que hacer su parte, pensó. Su último pensamiento, antes de salir del camarote, fue para la imagen de Zacharias en la foto, a punto de recibir el culatazo por la espalda a manos de un cabrón vietnamita. Había llegado la hora de acabar con eso, se dijo al abrir la puerta.

-El conducto de escape está por aquí -dijo Esteves.

Bajo las miradas de Esteves y media docena de hombres del Skate, Kelly trepó por la escalera.

-Asegúrese de poder contárnoslo -dijo el capitán, cerrando la escotilla personalmente.

-Descuide -respondió Kelly, al cerrarse la escotilla. Dentro había una botella de oxígeno. Miró el indicador y comprobó que estaba llena. Descolgó el teléfono sumergible.

-Aquí Clark. Estoy en el conducto y listo para salir.

-El sonar indica que no hay nada en la superficie, sólo lluvia. Tampoco se ve nada con el periscopio. Vaya con Dios, señor Clark.

-Gracias -respondió Kelly con una sonrisa. Colgó el teléfono y abrió la válvula del agua, que comenzó a inundar el compartimiento. La presión del aire cambió repentinamente dentro del pequeño espacio.

Kelly miró su reloj. Eran las 8.16 cuando abrió la escotilla y salió por la compuerta sumergida del Skate. Iluminó el trinco acuático con una linterna. Estaba sujeto por los cuatro lados, y antes de soltarlo enganchó el cable de seguridad a su cinturón. No podía correr el riesgo de que el chisme arrancara sin él. La sonda indicaba quince metros. El submarino estaba en aguas peligrosas debido a su escasa profundidad, y cuanto antes partiera antes podría ponerse a salvo la tripulación. Liberó el trineo acuático, pulsó el arranque, y las dos hélices empezaron a girar lentamente. Kelly sacó el cuchillo de su cinturón, y lo golpeó dos veces contra la cubierta, luego ajustó las aletas del trineo y partió, en la dirección 3-0-8 de su brújula.

Ahora no había vuelta atrás, pensó Kelly. Pero rara vez la había.

XXVIII. EL PRIMERO EN ENTRAR

Hay pocas cosas más desconcertantes y desorientadoras que nadar bajo el agua durante la noche. Por suerte, los que habían diseñado el trineo acuático eran también buceadores y, por lo tanto, comprendían el problema. El artefacto era un poco más largo que el propio Kelly. En realidad, era un torpedo modificado con dispositivos que permitían dirigirlo v controlar su velocidad, convirtiéndolo en un minisubmarino; su aspecto era parecido a un avión dibujado por un niño. Las «alas», aletas en realidad, se dirigían manualmente. Estaba dotado de una sonda y un indicador del ángulo de ascenso y descenso, además de otro indicador de la potencia de la batería, y la vital brújula magnética, El motor eléctrico y las baterías habían

sido diseñados para impulsar el aparato bajo el agua, a alta velocidad, con una autonomía de casi diez mil metros. A velocidades menores podía alcanzar distancias más grandes. En ese caso, tenía autonomía para cinco o seis horas, a cinco nudos; más, si los mecánicos del Ogden estaban en lo cierto.

En cierto modo, era como pilotar un C-4I, Resultaba imposible oír el zumbido de las dos hélices a gran distancia, pero Kelly estaba a sólo dos metros de ellas y el irritante y agudo zumbido taladraba sus oídos. Aunque quizá la irritación se debía en parte a todo el café que había bebido. Necesitaba estar muy alerta, y tenía suficiente cafeína en el cuerpo como para permanecer despierto tres días. Había muchas cosas de que preocuparse. Algunos barcos atravesaban el río (transporte de municiones de orilla a orilla, e incluso chicos vietnamitas que iban a ver a su novia), y colisionar con una de aquellas pequeñas embarcaciones podría ser mortal. Apenas había visibilidad, así que Kelly calculó que sólo disponía de un margen de dos o tres segundos para esquivar una embarcación que se le cruzase por delante. Se esforzó en mantenerse en medio del cauce. Cada treinta minutos disminuía su velocidad y sacaba la cabeza del agua para comprobar su posición. A ese país apenas si le quedaban recursos eléctricos, y sin luz para leer o corriente para las radios, la vida de la gente normal era tan primitiva como brutal para sus enemigos. Resultaba un poco triste. Kelly no creía que el pueblo vietnamita fuera más belicoso que cualquier otro, pero estaban en guerra, y su comportamiento, le constaba, dejaba mucho que desear. Volvió a sumergirse, teniendo cuidado de no bajar a más de tres metros. Había oído que un submarinista había muerto después de una rápida ascensión, tras pasar unas horas a cinco metros de profundidad, y no sentía ningún deseo de experimentarlo personalmente.

El tiempo transcurría lentamente. De vez en cuando las nubes se disipaban, y la luz de la luna hacía resaltar la lluvia que caía en la superficie del río, formando frágiles círculos concéntricos en la fantasmagórica pantalla azul, tres metros por encima de su cabeza. Luego las nubes se volvieron más densas, y todo lo que podía ver era un oscuro lecho gris, y el sonido de la lluvia que competía con el infernal zumbido de las hélices. Otro peligro eran las alucinaciones. Kelly tenía mucha imaginación, y ahora se encontraba aislado en un ambiente carente de estímulos exteriores. Pero lo peor era el entumecimiento de su cuerpo. Estaba en un estado de semiingravidez, parecido al que debió sentir en la matriz de su madre, y la confortable placidez que experimentaba era peligrosa. Su mente podía perderse en ensoñaciones, algo que no se podía permitir. Kelly realizaba ejercicios, echaba vistazos a la instrumentación e inventaba pequeños juegos, como intentar mantener la trayectoria horizontal del trineo acuático sin la ayuda del indicador de ángulo –lo que resultó imposible–. El vértigo de los pilotos sobrevenía con más rapidez bajo el agua que en el aire, y Kelly no podía evitar que, cada quince o veinte segundos, el trineo tendiese a descender hacia aguas más profundas. De vez en cuando daba una vuelta completa, sólo para variar un poco, pero la mayor parte del tiempo se limitaba a mirar la instrumentación y la masa de agua que tenía delante, repitiendo el ejercicio una y otra vez, hasta que esto también se volvió peligrosamente monótono. Llevaba sólo dos horas en el agua, y ya se veía obligado a luchar para concentrarse. Necesitaba pensar en algo más. Aunque Kelly se encontraba a gusto en su misión, todas las personas que pudiese encontrar en un radio de diez kilómetros le matarían sin miramientos. Y todas eran naturales del lugar, conocían el río y sus alrededores, y los sonidos y los accidentes del terreno. Y el país estaba en guerra, lo que significaba que un desconocido era sinónimo de peligro, y de enemigo. Kelly no sabía si el gobierno ofrecía recompensa por capturar americanos vivos o muertos, pero era muy probable. La gente se esforzaba más si había una recompensa en juego, especialmente si iba unida al patriotismo. ¿Cómo había empezado todo?, se preguntó. En realidad no le importaba demasiado. Eran sus enemigos y eso no se podía cambiar, y menos en los tres días siguientes, que para él eran su único futuro. Si existía algo más allá, ya se vería.

Había programado su siguiente parada en la curva de un meandro. Kelly disminuyó la velocidad, emergió a la superficie y sacó la cabeza del agua sigilosamente. Escuchó unos

ruidos en la orilla norte, a unos doscientos cincuenta metros. Eran voces masculinas que hablaban un idioma cuya cadencia melódica se transformaba en desagradable cuando expresaba ira. Se sumergió de nuevo, mirando cómo cambiaba el rumbo marcado por la brújula al doblar la amplia curva. Aunque breve, aquella conversación le pareció de una extraña intimidad. ¿De qué estaban hablando? ¿De política? Un tema aburrido en un país comunista. ¿De agricultura? ¿De la guerra? Quizá, porque hablaban en voz baja. Los americanos estaban matando a tantos jóvenes del país que no era de extrañar que los odiasen, pensó Kelly, y perder un hijo tenía que ser igual de doloroso en todos los países. Tal vez hablaran con orgullo del muchacho que marchó de casa para ha-

cerse soldado y acabó achicharrado por el napalm, acribillado por una metralleta, o volatilizado por una bomba; fuese verdad o no, tenían que explicar la historia de alguna manera y en todos los casos el hijo seguiría siendo aquel niño al que habían visto dar su primer paso y había balbuceado «papá» en su lengua nativa. Pero algunos de aquellos niños habían crecido y se habían hecho seguidores de PLASTIC FLOWER, Kelly no se arrepentía de matarles. La conversación que había oído tenía calidez humana y, aunque Kelly no podía entenderla, levantaba un interrogante: ¿En qué aspecto eran diferentes...?

«¡Son diferentes y punto, imbécil! ¡Que los políticos se ocupen de eso!» Esa clase de preguntas le hacía olvidar que, rio arriba, había veinte compatriotas. Se maldijo a sí mismo y volvió a concentrarse en conducir el trineo acuático.

Pocas cosas solían distraer al pastor Charles Meyer de la preparación de sus sermones semanales. Esa era probablemente la parte más importante de su ministerio, explicar de manera concisa y clara lo que necesitaban sus feligreses, porque, salvo que surgiera un problema, sólo le veían una vez por semana; y cuando e1 problema surgía era preciso que contaran con una sólida fe para que su ayuda y sus consejos surtiesen efecto. Meyer llevaba treinta años de sacerdocio, toda su vida adulta, y su elocuencia natural -uno de sus principales dones- se había ido puliendo tras años de práctica, hasta el punto de que podía transformar cualquier pasaje de la Biblia en una lección práctica de moralidad. El reverendo Meyer no era un hombre severo, su mensaje se basaba en la piedad y el amor. Era alegre y le gustaba bromear y, aunque sus sermones eran muy serios -puesto que la salvación era la principal meta del hombre-, su labor consistía, desde su punto de vista, en revelar la verdadera naturaleza de Dios. Amor. Compasión. Caridad. Redención. Había dedicado toda su vida a ayudar a los descarriados a volver a la Iglesia, a volver al seno de la religión a pesar de la caída. Una labor tan importante como para ordenar su vida en función de ella.

-Bienvenida a casa, Doris -saludó Meyer al entrar en la casa de Ray Brown. Era un hombre de mediana estatura, y su espeso cabello gris le daba aspecto severo y reposado. Tomó las manos de la joven y sonrió afectuosamente–. Dios ha escuchado nuestras oraciones.

A pesar de su amabilidad y su comprensión, este encuentro iba a ser difícil para los tres. Doris había escogido el camino equivocado, pensó, Meyer no podía olvidarlo, pero intentó no adoptar una actitud punitiva. Lo importante era que la hija pródiga había regresado –la razón por la que Jesús había venido a la tierra se podía encontrar en unos pocos versículos de esa parábola–. Todo el cristianismo en una sola historia. Por muy graves que fuesen los pecados de un individuo, aquéllos que tenían el valor de volver siempre serían bien recibidos. Padre e hija estaban sentados en el viejo sofá azul, y Meyer a su izquierda, en un sillón. Había tres tazas de té encima de una mesa baja. El té era la bebida más apropiada para una ocasión así.

–Tienes buen aspecto, Doris.

– Gracias, reverendo.

– Ha sido muy duro, ¿verdad?

–Sí –dijo ella en voz queda.

– Doris, todos cometemos errores. Yo los cometo, y también tu padre, y tú también. Dios nos hizo imperfectos. Tienes que aceptarlo, y tienes que seguir intentando ser cada día

mejor. No todo el mundo lo consigue, pero tú sí. Has regresado. Has dejado la maldad detrás de ti y, con un poco de esfuerzo, conseguirás dejarla atrás para siempre.

–Lo haré –dijo ella con determinación–. Juro que lo haré. He visto... y hecho cosas terribles.

Meyer no era fácil de impresionar. El trabajo de los clérigos consistía en escuchar historias sobre la realidad del infierno, ya que los pecadores no podían recibir el perdón hasta que estuviesen realmente arrepentidos. Esa labor requería un oído amigo y una voz llena de amor y sentido común. Pero lo que estaba escuchando ahora le impresionaba. Intentó disimularlo. Sobre todo, se repitió que su feligresa había salido de todo aquello, porque durante los veinte minutos siguientes escuchó cosas que nunca hubiera imaginado, cosas que le recordaban el pasado, cuando sirvió de capellán castrense en Europa. El diablo existía y su fe le había preparado para afrontarlo, pero la cara de Lucifer no estaba hecha para los ojos indefensos de los hombres; y aún menos para los ojos de una muchacha a quien su padre había rechazado, en un desafortunado arrebato de cólera, en una edad tan vulnerable.

El relato recrudeció. La prostitución era algo aterrador. El daño podía afectar a las jóvenes por el resto de su vida, y se alegró de saber que Doris estaba siendo tratada por la doctora Bryant, una extraordinaria terapeuta a la que había enviado dos de sus feligreses. Durante varios minutos compartió el dolor y la vergüenza de Doris, mientras su padre sostenía valerosamente la mano de su hija y contenía sus propias lágrimas. Luego tocó el tema de la droga, primero el consumo y después el negocio de aquellos malvados sin escrúpulos. Ella contó la historia con tal sinceridad y valor que el reverendo no pudo menos que admirarla al observarla, temblar y con lágrimas en los ojos. Después Doris mencionó los abusos sexuales y, finalmente, relató la parte más terrible.

Ante los ojos del pastor Meyer la realidad se revelaba en toda su crudeza... Doris parecía recordarlo muy bien. La doctora Bryant tendría que emplearse a fondo para ayudarla a desterrar aquellos horrores. Contaba la historia al dedillo, sin olvidar el menor detalle. Para Doris era saludable sacar todo al exterior; y también para su padre. Y Charles Meyer se convirtió inevitablemente en el receptor de aquellos horrores de los que ellos intentaban deshacerse. Había habido muertes, gente inocente, víctimas, dos muchachas no muy diferentes de la que tenía delante habían sido asesinadas de una forma que merecía la... condenación eterna, se dijo el pastor con una mezcla de tristeza y cólera.

–La bondad que demostraste hacia Pam, querida, es uno de los actos más valerosos que he visto –dijo el pastor en voz baja, casi a punto de llorar–. Ése era Dios, Doris. Ése era Dios actuando a través de tus manos, mostrándote la bondad que hay en tu corazón.

–¿De verdad cree eso? –preguntó ella, y rompió a llorar. Meyer tenía que aprovechar el momento, y se puso de rodillas delante de padre e hija, cogiendo sus manos.

–Dios te visitó y te salvó, Doris. Tu padre y yo rezamos por este momento. Has vuelto con nosotros, y ya nunca tendrás que volver a hacer esas cosas terribles. –El pastor Meyer desconocía, por supuesto, los detalles que Doris había obviado. Él sabía que una doctora y una enfermera de Baltimore la habían ayudado a recuperar la salud. No sabía cómo Doris había llegado hasta allí, y Meyer supuso que había decidido escaparse y que, a diferencia de la otra muchacha, Pam, lo había conseguido. Tampoco sabía que la doctora Bryant le había advertido que no debía revelar esa información. En todo caso, otras muchachas seguían sojuzgadas por el tal Billy y su amigo Rick. Al igual que había dedicado su vida a rescatar almas de las garras de Lucifer, Meyer también debía salvar sus cuerpos. Tenía que tener cuidado. Aquella conversación era como una confesión. Podía aconsejar a Doris que hablara con la policía, pero no podía obligarla. Sin embargo, dado que era un ciudadano y un hombre de Dios, tenía que hacer algo para ayudar a esas otras muchachas. Todavía no sabía qué. Le pediría consejo a su hijo, un joven sargento de la policía de Pittsburgh.

Kelly sacó la cabeza del agua hasta los ojos. Con ambas manos se quitó la capucha de

goma para oír mejor. Había toda clase de sonidos. Insectos, aleteo de murciélagos y, por encima de todo, la lluvia, que caía ahora con menos intensidad. Hacia el norte estaba muy oscuro, pero cuando sus ojos se acostumbraron distinguió algunas formas. Allí estaba «su» colina, detrás de otra más pequeña a una distancia de un kilómetro y medio. Por las fotografías aéreas se sabía que no había ninguna casa habitada entre él y su objetivo. A unos cien metros distinguió una carretera que parecía desierta. No oyó ningún ruido mecánico. Era hora de avanzar.

Kelly dirigió el trineo acuático hacia la orilla, y lo ocultó entre unas ramas que colgaban sobre el agua. Su primer contacto físico con la tierra de Vietnam del Norte le produjo un escalofrío, pero reaccionó inmediatamente. Se quitó el traje de buceador y lo metió en el compartimiento hermético del trineo. Se puso rápidamente el traje de camuflaje y unas botas de suelas estilo vietnamita para disimular sus huellas. Luego se aplicó la pintura de

camuflaje: verde oscuro en la frente, los pómulos y la mandíbula, y más claro bajo los ojos y en las mejillas. Tras descargar su equipo, pulsó el arranque del trineo, que se alejó hacia el centro del río con las cámaras de flotación abiertas y se hundió. Kelly tuvo que hacer un esfuerzo para no mirarlo desaparecer. Mirar despegar un helicóptero de la zona de aterrizaje daba mala suerte, recordó. Demostraba falta de resolución. Kelly centró su atención en la carretera, y aguzó el oído en busca del ruido de algún motor. No oyó ninguno y trepó al talud de la ribera. Cruzó el camino de grava y desapareció entre la maleza en dirección a la primera colina.

Los nativos iban por ahí a recoger leña para sus fogones. Eso le preocupaba –¿estarían por aquí mañana?–, pero también le permitía moverse más rápida y sigilosamente. Avanzaba encorvado y pisaba con mucho cuidado, con los ojos y oídos en constante alerta ante cualquier movimiento o ruido. Empuñaba el fusil y con el pulgar comprobó el seguro. También comprobó si la recámara estaba cargada. El oficial mecánico había preparado el arma a conciencia, pero si había algo que Kelly no deseaba, era verse obligado a disparar con su Car-15.

Tardó media hora en llegar a la cima de la primera colina. Se detuvo y buscó en vano un lugar despejado desde el que pudiese observar y escuchar. Eran casi las tres de la madrugada. Las únicas personas despiertas a esas horas lo estarían por obligación, lo que no les debía gustar mucho. El cuerpo humano funcionaba conforme al ciclo del día y la noche, y durante la madrugada las funciones corporales decaían.

Kelly se dirigió colina abajo. Al pie había un riachuelo que alimentaba el río. Llenó una de sus cantimploras, añadiéndole una pastilla purificadora. Escuchó en el silencio de la noche. No oyó ningún ruido sospechoso. Miró hacia «su» colina, una masa gris que se alzaba bajo el cielo nuboso. Cuando emprendió la subida, la lluvia se intensificó. Allí no había tantos árboles cortados, ya que estaba más lejos de la carretera. La zona era demasiado empinada para los cultivos y, con las tierras llanas tan cerca, era poco probable encontrarse con alguien. Seguramente por eso habían construido SENDER GREEN allí, pensó. Era un lugar que atraería muy poco la atención. Pero eso tenía también sus desventajas.

A mitad de la cuesta, vio el campo de internamiento por primera vez, enclavado en un espacio abierto en medio del bosque. No sabía si antes había sido un prado, o si habían talado los árboles por alguna razón. Al otro lado de la colina había un camino que unía el lugar con la carretera del río. Kelly vislumbró un destello en una de las torres de vigilancia; sin duda alguien que encendía un cigarrillo. La gente nunca aprendía. Llevaba mucho tiempo que los ojos se acostumbrasen a la oscuridad, y lo que acababa de hacer el guardia podía estropearlo. Kelly apartó la mirada y se centró en lo que le quedaba de la subida, sorteando los arbustos y buscando pasos por donde su uniforme no rozase contra las ramas y hojas, porque el más mínimo ruido podría traicionarle. Le sorprendió la facilidad con que llegó a la cima.

Se sentó y permaneció totalmente inmóvil durante unos minutos, alerta a sonidos y movimientos. Luego realizó una inspección detallada del campo. Encontró un lugar idóneo, unos siete metros debajo de la cumbre. El lado extremo de la colina era muy empinado, y

cualquier persona que intentase escalarlo haría ruido. Desde ese lugar, un observador casual no podía ver su silueta desde abajo. Como otra medida de protección, se situó detrás de una hilera de arbustos. Este era su lugar y su colina. Del traje de camuflaje sacó una radio.

- Serpiente llamando a Jardín, ¿me recibe?

Serpiente, aquí Jardín, le oigo perfectamente -contestó uno de los operadores desde la furgoneta de comunicaciones, aparcada en la cubierta del Ogden.

- He alcanzado el puesto y voy a empezar la vigilancia. Corto Y cambio.

-Recibido. Corto y fuera. -Miró al almirante Maxwell.

La segunda fase de BOXWOOD GREEN ya estaba concluida.

La tercera fase empezó en seguida. Kelly sacó unos potentes prismáticos de su estuche y empezó a escudriñar el campo. Había guardias en las cuatro torres, y dos de ellos estaban fumando, lo que significaba que su superior estaba durmiendo. El ejército de Vietnam del Norte observaba una rigurosa disciplina y castigaba duramente cualquier transgresión; la pena máxima era un castigo bastante corriente incluso para delitos menores. Sólo había un coche y estaba aparcado cerca de un edificio que tenía que ser el alojamiento de los oficiales del campo. No se oían ruidos ni se veían luces. En cierto modo era como estar de regreso en la base de Quantico, durante los ejercicios de simulación. La similitud del ángulo y la perspectiva era muy extraña. Parecía haber algunas diferencias en los edificios, pero podía achacarlas a la oscuridad, o quizá a una sutil diferencia de color. No, era el patio, o la plaza de armas, o como se llamase. Allí no había césped. La superficie era plana y yerma, cubierta sólo por la arcilla roja de la región. El color y la diferencia de textura cambiaban sutilmente el fondo de los edificios, y por lo tanto su aspecto. Los tejados también eran distintos, pero sus vertientes eran iguales. Era como Quantico y, con suerte, la batalla tendría el mismo éxito que los entrenamientos. Kelly se acomodó y bebió un sorbo de agua. Tenía el gusto insípido del agua destilada del submarino, tan extraño como el lugar en que se encontraba.

A las 3.45 vio encenderse las luces del cuartel, amarillentas y vacilantes como las de una vela. Quizá estuvieran relevando la guardia. Los dos soldados que se encontraban en la torre de vigilancia más cercana se desperezaban y charlaban confiadamente. Kelly apenas pudo percibir el murmullo de la conversación, y menos aún las palabras y la cadencia. Estaban aburridos. Normal en esa clase de servicio. Tal vez se quejaran de ello, pero no demasiado, porque la alternativa era un paseo por el sendero de Ho Chi Minh a través de Laos y, aunque fuesen patriotas, no era una perspectiva muy halagüeña. Aquí sólo tenían que vigilar a unos veinte hombres encerrados en celdas individuales, quizá encadenados a la pared, con menos posibilidades de escapar que las que Kelly tenía de andar por encima del agua; e incluso si lograran esa hazaña imposible, ¿qué harían después? ¿Qué podrían hacer unos hombres blancos y altos en un país de gente pequeña y amarilla, además de hostil? La prisión de Alcatraz no era más segura que ese campo de internamiento. Así que había tres relevos diarios de la guardia, y era un servicio lo suficientemente aburrido como para entumecer los sentidos.

«¡Perfecto! -se dijo Kelly-. Seguid así, amigos.»

La puerta del cuartel se abrió y salieron ocho hombres. No distinguió a ningún suboficial al mando del destacamento. Esto era sorprendentemente irregular por parte del ejército de Vietnam del Norte. Rompieron filas en parejas, y cada una se dirigió a una de las torres. Los guardias de relevo subieron antes de que bajaran los sustituidos. Intercambiaron algunas palabras, y los soldados relevados bajaron. Dos de ellos encendieron cigarrillos antes de encaminarse hacia el cuartel, charlando al pie de una de las torres. En conjunto, era una maniobra cómoda y rutinaria, realizada por hombres que llevaban meses haciendo lo mismo.

«¡Un momento! Dos de ellos cojean», se dijo Kelly. Eran veteranos. Eso era a la vez

malo y bueno. La gente que tenía experiencia de combate era simplemente diferente. A la hora de la acción, reaccionaban rápido. Aunque llevaban tiempo sin entrenarse, su instinto les ayudaría e intentarían luchar con eficacia, incluso sin mando... pero, como veteranos, también serían más blandos, más remolones, y sin la impaciencia temeraria de los jóvenes reclutas. Como siempre, era un cuchillo de dos filos. En ambos casos Kelly lo tendría en cuenta. Había que eliminarlos por sorpresa. Eso sería lo más seguro, pero era una suposición equivocada. Las tropas que vigilaban los campos de prisioneros de guerra solían ser de segunda categoría. Pero esos hombres eran tropas de combate, aunque estuviesen heridos y los hubiesen relegado a desempeñar labores de apoyo. ¿Algún otro error?, se preguntó Kelly. No descubrió ninguno. Transmitió un largo mensaje en código por su radio.

Los técnicos de comunicaciones transmitieron que habían recibido el mensaje.

-EASY SPOT, señor.

- ¿Buenas noticias? -preguntó el capitán Franks.

- Todo va según el plan, sin novedades -contestó el vicealmirante Podulski. Maxwell estaba durmiendo. Cas no dormiría hasta que la misión concluyera-. El mensaje de nuestro amigo Clark incluso ha llegado en el tiempo exacto.

Al coronel Glazov, como a sus colegas occidentales, no le gustaba trabajar los fines de semana, y aún menos cuando era por culpa de su auxiliar administrativo, que se equivocó de montón al colocar el informe. Pero el muchacho había telefoneado a su jefe para informarle de su error, así que no pudo más que regañarle un poco por su descuido y, al mismo tiempo, elogiar su honradez y su sentido del deber. Volvió a Moscú desde su dacha, encontró aparcamiento detrás del edificio y, después de someterse a los pesados trámites de seguridad -firmar el libro y explicar la razón de su presencia en el edificio-, subió al ascensor. Luego tuvo que abrir su despacho y telefonear al archivo central para que le enviaran los documentos pertinentes, lo que también tardaba más de la cuenta los fines de semana. Desde el momento en que recibió la inoportuna llamada que desencadenó todo el proceso, transcurrieron dos horas hasta empezar a estudiar los in-formes en cuestión. El coronel firmó por los documentos y esperó a que se hubiera marchado el empleado del archivo.

-¡Maldita sea! -juró el coronel en inglés, por fin a solas en su despacho del cuarto piso.

¿Así que CASSIUS tenía un amigo en la Oficina de Seguridad Nacional de la Casa Blanca? ¡No era de extrañar que cierta información enviada por él hubiese sido considerada suficientemente importante para que Georgi Borissovich volara a Londres para concretar su reclutamiento! El oficial superior del KGB ahora se regañó a sí mismo. CAS S I U S se había guardado esa información en la manga, quizá con la idea de poner nervioso al oficial superior encargado de su control. El oficial que llevaba el caso, el capitán Yegorov, se tomaba las cosas con calma -¿por qué no?- y describía, con todo detalle, su primer contacto con el individuo.

-Boxwood Green -dijo Glazov.

Era el nombre en código de la operación, elegido al azar, como solían hacer los americanos. La siguiente cuestión era si debía remitir la información a los vietnamitas. Ésa era una decisión política que debía ser tomada inmediatamente. El coronel cogió el teléfono y marcó el número de su superior, que se encontraba en casa. Este se puso de un humor de perros.

El alba era un momento equívoco. El color de las nubes cambiaba de un color pizarra a un tono gris, mientras el sol se adivinaba detrás de ellas, ya que no se haría visible hasta que la borrasca se hubiese desplazado hacia el norte de China, según preveían los pronósticos.

Kelly echó un vistazo a su reloj, haciendo cálculos mentalmente. El cuerpo de guardia se componía de cuarenta y cuatro hombres, más cuatro oficiales, y quizá un cocinero o dos. Todos ellos, salvo los ocho de las torres de vigilancia, formaron justo después del alba para hacer los ejercicios matutinos. Algunos tenían verdadera dificultad para realizarlos y uno de los oficiales, un teniente, daba vueltas, cojeando con un bastón; probablemente tenía lesionado un hombro, a juzgar por la forma en que lo utilizaba. «¿Qué mosca te ha picado?», le preguntó Kelly. Un suboficial tullido y malhumorado inspeccionaba los hombres, maldiciéndoles de una manera que demostraba muchos meses de práctica. A través de los prismáticos, Kelly observó las muecas que hacían los hombres a espaldas del cabrón, pero eso concedía a los guardias una calidad humana que no le agradó demasiado.

Los ejercicios matutinos duraron una hora. Al terminar, los soldados rompieron filas de una manera muy poco militar y fueron a desayunar. Como era de esperar, los guardias de la torre pasaban la mayoría del tiempo observando el campo, apoyados sobre sus codos. Era probable que ni siquiera quitaran los seguros de sus armas, una sensata precaución que les perjudicaría esta noche o la siguiente, según el tiempo. Kelly volvió a comprobar los alrededores. No era prudente concentrarse demasiado en el objetivo. Ahora no volvería a moverse de su sitio, ni siquiera a la luz gris del día que aumentaba a medida que pasaba la mañana, pero podía permitirse volver la cabeza para mirar y escuchar. Aprendió a reconocer el canto de los pájaros, para poder advertir cualquier anomalía. Había colocado un trapo verde encima del cañón de su fusil y, aunque protegido por los arbustos, llevaba un sombrero de ala ancha para romper su silueta que, junto con la pintura de camuflaje, le hacían invisible en el entorno caluroso y húmedo. «¿Por qué la gente se pelea por este maldito lugar?», se preguntó. Sentía picaduras de insectos en la piel. El producto que se había aplicado, conseguía ahuyentar los más fieros, pero no a todos, y los sentía corretear por su cuerpo. En lugares como ése todos los riesgos contaban. Kelly había olvidado muchas cosas. El entrenamiento era válido y necesario, pero nunca como la realidad. Los peligros que le acechaban no se podían disimular. Un pequeño aumento de las pulsaciones podría agotarte, incluso aunque guardaras absoluto reposo.

Comida, alimentación, fuerza. Moviéndose con cuidado sacó de su bolsillo dos tabletas de subsistencia. Su comida «preferida», pero ahora era vital. Con los dientes quitó las envolturas de plástico y las masticó lentamente. La fuerza que le daban era probablemente tan psicológica como real, pero ambos factores eran de utilidad, ya que tenía que afrontar tanto la fatiga como la tensión.

A las ocho se produjo un nuevo relevo de la guardia. Los soldados que acababan de terminar su servicio fueron a tomar su rancho. Dos soldados se apostaron a cada lado de la portilla, mirando aburridos hacia la carretera con la esperanza improbable de ver acercarse algún vehículo a ese campo perdido. Se formaron los destacamentos de trabajo encargados de tareas tan inútiles para Kelly como para quienes las ejecutaban sin protestas ni interés.

El coronel Grishanov se levantó pasadas las ocho. La noche anterior se había acostado tarde y, aunque esperaba levantarse más temprano, descubrió que su despertador había dejado de funcionar, corroído por ese clima del demonio. Echó un vistazo a su reloj de aviador, y vio que eran las 8.10. «¡Maldita sea!» Ya no tendría tiempo de ir a correr. Haría demasiado calor y amenazaba con seguir lloviendo durante todo el día. Preparó una taza de té en un pequeño hornillo de gas. El periódico tampoco había llegado esa mañana. No podría leer los resultados del fútbol, ni el artículo sobre el nuevo ballet, ni tendría con qué distraerse en ese detestable lugar. Por importante que fuera su deber, necesitaba distracción como cualquier persona. Ni las cañerías estaban en condiciones. Se había acostumbrado a todo, pero eso no era un consuelo. ¡Dios!, daría cualquier cosa por volver a casa y oír hablar su lengua materna, por estar en un lugar civilizado donde se pudiese hablar de cosas mundanas. Grishanov frunció el ceño ante el espejo que usaba para afeitarse. Le quedaban meses, y estaba quejándose como

un soldado raso, un puñetero recluta. Se suponía que estaba preparado para superar estas cosas.

Su uniforme necesitaba un buen planchado. La humedad había atacado las fibras de algodón, su almidonada camisa parecía un pijama, y ya iba por el tercer par de zapatos, pensó Grishanov mientras bebía té y repasaba las notas de los interrogatorios de la noche anterior. Tanto trabajo y ninguna distracción, y encima iba a llegar tarde. Intentó encender un cigarrillo, pero la humedad había inutilizado sus cerillas. Bueno, lo encendería en el hornillo. Pero ¿dónde coño había dejado su mechero...?

Su trabajo le daba satisfacciones, si se las podía llamar así. Los soldados vietnamitas le trataban con un respeto casi reverencial, salvo el bastardo inepto que estaba al mando del campo, el mayor Vinh. La cortesía hacia un aliado socialista exigía que Grishanov tuviese un asistente, un joven campesino menudo, ignorante y tuerto que era capaz de hacer la cama y vaciar el orinal todas las mañanas. El coronel pudo marcharse con la seguridad de que su habitación estaría algo más limpia cuando volviese. Además, su trabajo era importante e incluso estimulante, en el sentido profesional de la palabra. Pero esa mañana hubiera matado por conseguir su periódico, el Sovietski Sport.

–Buenos días, Iván –susurró Kelly.

No necesitaba los prismáticos para verle. Su estatura destacaba –más de un metro ochenta– y su uniforme era muy diferente, mucho más pulcro que el de los norvietnamitas. Kelly utilizó los prismáticos para observar su cara, pálida y colorada, los ojos entrecerrados a causa de la luz del día. Hizo un ademán a un menudo soldado raso que le esperaba junto a la puerta del alojamiento de los oficiales. «Su asistente», pensó Kelly. Un coronel ruso de visita tendría derecho a ciertas comodidades. Sin duda era piloto, por las alas que lucía en la camisa, sobre los galones. «¿Sólo uno? –se preguntó Kelly–. ¿Un único oficial ruso para ayudar a torturar a los prisioneros?» A Kelly le pareció un poco extraño. Pero también significaba que sólo tendría que matar a un ruso. A pesar de su desconocimiento de la política, Kelly sabía que matar rusos no beneficiaba a nadie, por más satisfactorio que fuese. Le observó cruzar la plaza de armas. Se le acercó un mayor, el único oficial vietnamita visible en ese momento. Otro cojo, anotó Kelly. El diminuto mayor saludó al alto coronel.

–Buenas días, camarada coronel.

–Buenas días, mayor Vinh. –«Enano bastardo, ni siquiera sabes saludar. Quizá tampoco sepas comportarte ante tus superiores»–. ¿Los prisioneros han recibido sus raciones?

–Tendrán que conformarse con lo que hay –dijo el mayor.

–Mayor, es importante que me escuche –repuso Grishanov–. Necesito obtener información de los prisioneros. Pero no la obtendré si usted los mata de hambre.

–Camarada coronel, tenemos problemas para alimentar a nuestra propia gente. Supongo que no desea que los combatientes de nuestro heroico pueblo den su alimento a los perros yanquis –replicó el vietnamita con serenidad. A fin de cuentas, los rusos eran sus aliados–. Lo siento, pero tengo órdenes que cumplir. Si encuentra dificultades para interrogar a los americanos prisioneros, intentaremos ayudarle en la medida de lo posible. Pero mis hombres tienen prioridad en lo referido al alimento.

–Bien, mayor, se lo agradezco, pero intentaré arreglármelas sin su ayuda –dijo el soviético. Hizo el saludo militar y se alejó de aquel pequeño y arrogante bastardo amarillo.

Mientras se dirigía al encuentro del piloto americano, pensó que le gustaría estrangular con sus propias manos al vietnamita.

Kelly observó el encuentro del soviético y el vietnamita desde su posición en la colina. Luego se relajó un momento. Por un instante había temido que se realizaran patrullajes en los alrededores del campo, pero ese territorio era teóricamente seguro y aquellos hombres no

parecían soldados de primera fila que tuviesen en cuenta todos los detalles. Así pues, su siguiente transmisión al Ogden confirmó que la situación entraba dentro de los límites de riesgo aceptable.

El sargento Peter Meyer fumaba. Su padre no lo aprobaba nunca, pero aceptaba el vicio de su hijo siempre que se limitase a hacerlo en el exterior de la vicaría, como lo hacía ahora, ambos sentados en el porche trasero después de la cena de domingo.

–Se trata de Doris Brown, ¿verdad? –preguntó Peter. A sus veintiséis años era uno de los sargentos más jóvenes del departamento y, como muchos oficiales de policía, era un veterano de Vietnam. Le faltaba muy poco para graduarse en la escuela nocturna, y estaba pensando en solicitar su ingreso en la Academia del FBI. La noticia de que la rebelde muchacha estaba de vuelta circulaba por la vecindad–. La recuerdo. Tenía una reputación un tanto dudosa hace unos años.

–Peter, sabes que no puedo hablar de eso. Es un asunto pastoral. Cuando llegue el momento, aconsejaré a esa persona que hable contigo, pero...

–Papá, sé lo que establece la ley al respecto. Pero tienes que comprender que estamos hablando de dos homicidios. Dos muertos y un negocio de drogas. –Arrojó la colilla al césped–. Es un asunto muy serio, papá.

–Incluso peor que eso –dijo su padre en voz baja–. No sólo matan a las muchachas, también las torturan y las someten a abusos sexuales. Es espantoso. Esa joven está en tratamiento psicológico. Sé que tengo que hacer algo, pero no puedo...

–Sí, sé que no puedes, de acuerdo. Llamaré a mis colegas de Baltimore para informarles sobre lo que me has dicho. Debería esperar hasta poder ofrecerles una información más concreta, pero como acabas de decir, tenemos que hacer algo. Les llamaré mañana a primera hora.

–¿Podría correr ella... esa persona algún peligro? –preguntó el reverendo Meyer, reprochándose el descuido.

–No lo creo –juzgó Peter–. Si logró escapar, seguro que no saben dónde se encuentra; de lo contrario, quizá ya la hubiesen matado.

–¿Cómo pueden hacer cosas así?

Peter encendió otro cigarrillo. Su padre era un hombre demasiado bueno para comprender aquello. Ni siquiera él lograba explicárselo.

–Papá, yo veo cosas así todos los días, y me cuesta creerlas. Lo importante es coger a esos bastardos.

–Sí, supongo que sí.

El rezident del KGB en Hanoi tenía el rango de general de división y su labor consistía, sobre todo, en espiar a los supuestos aliados de su país. ¿Cuáles eran sus objetivos reales? ¿Era real o fingida su supuesta desavenencia con China? ¿Cooperarían con la Unión Soviética cuando ganaran la guerra? ¿Dejarían a la Armada soviética usar la base cuando se marcharan los americanos? Aunque creía tener las respuestas, las órdenes de Moscú y su propio escepticismo le obligaban a hacerse las mismas preguntas una y otra vez. Tenía informadores dentro del Partido Comunista de Vietnam del Norte, en el Ministerio de Asuntos Exteriores del país, y en otros puntos clave. La buena voluntad de esos vietnamitas a la hora de pasar información a un aliado podía significar la muerte para ellos, aunque el parte oficial lo camuflara de «suicidios» o «accidentes», porque ninguno de los dos países estaba interesado en una ruptura formal. Simular entendimiento era mucho más importante en un país comunista que en un país capitalista, pues era más fácil aceptar los símbolos que la realidad.

El informe cifrado que descansaba sobre su mesa era interesante, ya que no incluía ninguna orden sobre qué hacer con él. ¡Típico de los burócratas de Moscú! Siempre

dispuestos a entrometerse en asuntos que él era capaz de solucionar solo, pero ahora no sabían qué hacer... y tenían miedo de no hacer nada. Así que le habían pasado el muerto.

El conocía la existencia del campo, desde luego. Aunque era una operación dirigida por el servicio de información militar, tenía gente colocada en la oficina del agregado, con el deber de informarle directamente de cualquier novedad. Quizá el coronel Grishanov utilizara métodos irregulares, pero conseguía mejores resultados que los obtenidos por su propia oficina a través de esos pequeños salvajes. Ahora el coronel había propuesto una idea bastante atrevida. En vez de dejar que los vietnamitas mataran a los prisioneros a su debido tiempo, ¿por qué no llevarlos a Rusia? Sin duda era una idea brillante, pensó el general del KGB mientras intentaba decidir si debía presentarla ante sus superiores en Moscú, donde seguramente la elevarían a nivel ministerial o quizá hasta el Politburó. Realmente, la idea tenía su mérito –y eso le ayudó a tomar la decisión definitiva.

¿Cuánto tiempo podría esperar?, pensó. Los americanos solían ser rápidos, pero no tanto. La misión había sido aprobada por la Casa Blanca hacía una o dos semanas. Todos los burócratas eran iguales, después de todo. Si se trataba de Moscú, tardaban una eternidad. De no haber sido por las demoras burocráticas, la operación americana KINGPIN habría sido un éxito, incluso a pesar de que un agente de pacotilla del sur de Estados Unidos había permitido a los rusos avisar a Hanoi, aunque demasiado tarde. Pero ahora estaban prevenidos de verdad...

La política. Era inevitable que se mezclara en las operaciones de inteligencia. Anteriormente todos le habían acusado de demorar los planes..., pero ahora no estaba dispuesto a dejar que lo volvieran a hacer. Incluso los Estados satélites necesitaban ser tratados como camaradas. El general cogió el teléfono para concertar una cita. Invitaría a su contacto a comer en la embajada. Así estaría seguro de que la comida sería decente.

XXIX. EL ÚLTIMO EN SALIR

Al contemplarlos los presentes se contagiaban de un sentimiento de exaltación. Los veinticinco marines finalizaban su entrenamiento con una carrera, en fila india, alrededor de los helicópteros estacionados en la cubierta. Los marineros les observaban en silencio. La operación había dejado de ser un secreto. Varios de ellos habían visto el trineo acuático y, en el comedor, tanto los oficiales del servicio de inteligencia como los marineros ataban cabos y especulaban sobre lo que estaba ocurriendo. Los marines iban a entrar en Vietnam del Norte. No sabían qué iban a hacer allí pero podían imaginárselo. Quizá fuesen a destruir un emplazamiento de proyectiles y capturar armamento, o tal vez se tratase de destruir un puente. Pero lo más probable es que el objetivo fuese humano. Quizá los dirigentes del partido comunista del país.

–Prisioneros –dijo un ayudante de contramaestre mientras comía una hamburguesa– Tiene que ser eso –añadió, señalando con la cabeza a los recién llegados del cuerpo sanitario que comían en otra mesa–. Seis enfermeros y cuatro médicos. ¿Qué creéis que están haciendo aquí?

–¡Vaya! –exclamó un marinero–. Tienes razón, tío.

–Nos apuntaremos un buen tanto si todo sale bien –observó otro.

–Esta noche hace un tiempo de perros –añadió un cabo–. El encargado oficial de meteorología estaba encantado con el tiempo, y eso que anoche le vi vomitar. Supongo que no está acostumbrado a navegar en algo más pequeño que un portaaviones. -De hecho, el Ogden tenía un balanceo un tanto particular a causa de su configuración, que se acentuaba al estar navegando con viento racheado del oeste. Resultaba divertido ver a un oficial desperdiciar el almuerzo (en este caso la cena), y aunque a nadie le hiciese gracia sentirse mareado, el mal

tiempo era un factor favorable para realizar una misión peligrosa.

-!Dios santo!, espero que lo consigan.

- Volveremos a inspeccionar la cubierta de aterrizaje -sugirió el joven contramaestre.

Todos asintieron. Se formó un equipo de trabajo rápidamente. En media hora no quedó ni una simple cerilla sobre la negra superficie antideslizante.

- Son buenos chicos, capitán -dijo Dutch Maxwell mientras observaba la inspección de la cubierta, desde el ala de estribor del puente. De vez en cuando, un hombre se agachaba para recoger un DOF, un «objeto foráneo» que podía dañar un motor. Si aquella noche había algún problema no iba a ser por esa causa.

-La mayoría son jóvenes universitarios -respondió Franks, observando a sus hombres con orgullo-. A veces tengo la impresión de que la división de cubierta es más inteligente que el cuerpo de mando. -Era una exageración perdonable. Su deseo era decir algo que estaba en la mente de todos: «¿Qué posibilidades tienen?» Pero no expresó sus pensamientos. Sería tentar al destino. Sólo pensarlo podría poner la misión en peligro. Pero, aunque lo intentó, no pudo desterrar la duda de su cabeza.

Dentro de sus alojamientos, los marines se habían reunido alrededor de una maqueta del objetivo. Habían repasado la misión una y otra vez. Volverían a ensayar el plan una vez más antes del almuerzo, y muchas veces después, tanto en grupo como individualmente. Todos los hombres podían hacerlo con los ojos cerrados, recordando el campo de entrenamiento en Quantico y los entrenamientos bajo fuego real.

-¿El capitán Albie, señor? -preguntó un voluntario al entrar en el compartimiento. Le tendió una nota sobre una tablilla-. Hemos recibido un mensaje de Serpiente.

El capitán sonrió.

- Gracias, marinero. ¿Lo ha leído? -El voluntario se sonrojó.

- Perdón, señor. Sí, lo he leído. Todo en orden. -Hizo una pausa y luego añadió-: Señor, los de mi sección les desean buena suerte. Acaben con ellos, señor.

-¿Sabe una cosa, capitán? -dijo el sargento Irvin, cuando el voluntario se marchaba-. Nunca podré volver a dar un puñetazo a un marinerito.

Albie leyó el mensaje, y dijo:

- Nuestro amigo está en su puesto. Según dice, hay cuarenta y cuatro guardas, cuatro oficiales, y un ruso. Todo parece dentro de la normalidad. -El joven capitán levantó la mirada-. Eso es todo, soldados. Lo haremos esta noche.

Uno de los hombres más jóvenes rebuscó en un bolsillo y sacó una cinta elástica. La rompió, le dibujó dos ojos con su bolígrafo y la dejó caer encima de lo que ahora llamaban la Colina de la Serpiente. Y dijo:

- Ese tío tiene cojones.

-Lo que diré ahora es muy importante -advirtió Irvin-. Especialmente para los hombres encargados de cubrir con fuego de apoyo. Recuerden que en cuanto lleguemos, él bajará de esa colina como una flecha. No sería justo pegarle un tiro.

- Descuide, sargento -dijo el jefe del equipo de fuego de apoyo.

- Vamos a comer, soldados. Quiero que todo el mundo descanse esta tarde. Cómanse las verduras, son buenas para ver en la oscuridad. Las armas tienen que estar desmontadas y limpias para su inspección a las diecisiete horas -ordenó Albie-. Ya saben de lo que se trata. Mantengan la calma y todo saldrá bien.

Ahora debía reunirse de nuevo con los pilotos de los helicópteros para un repaso definitivo de los planes de entrada y salida.

-A sus órdenes, mi capitán -dijo Irvin en nombre de los demás.

-Hola, Robin.

- Hola, Kolya -respondió Zacharias con voz débil. -Sigo intentando conseguiros mejor comida.

–No sería mala idea –afirmó el americano.

–Prueba esto. –Grishanov le dio un poco de pan negro que su mujer le había enviado. A causa del clima se había enmohecido, pero Kolya lo había raspado con su cuchillo. El americano lo devoró, ayudado por un sorbo de vodka.

–Te convertiré en un ruso, ya verás –dijo el coronel de la Fuerza Aérea soviética con una sonrisa amable. El vodka y el buen pan se complementan. Me gustaría enseñarte mi país... –dijo para lanzar la idea de manera amistosa, como si se tratara de una conversación normal.

–Tengo una familia, Kolya. Si Dios quiere...

–Sí, Robin, si Dios quiere.

O si Vietnam del Norte quería, o si la Unión Soviética quería, o vete tú a saber, pensó el soviético. Era una incógnita. Pero salvaría a ese hombre, y también a los demás. Ahora muchos eran sus amigos. Sabía tantas cosas acerca de ellos, de sus matrimonios, felices o fracasados, de sus hijos, de sus esperanzas y sueños. Los americanos eran muy curiosos, podían ser tan abiertos.

–Oye, Robin, si los chinos se deciden a bombardear Moscú, he formulado un plan para detenerles. –Desplegó un mapa y lo tendió en el suelo. Era el resultado de las conversaciones con su colega americano, todo lo que había descubierto y analizado es-taba anotado en una hoja de papel. Grishanov se sentía muy orgulloso de ello, sobre todo porque constituía la clara presentación de un concepto operativo muy sofisticado.

Zacharias recorrió con el dedo las anotaciones en inglés, que parecían incongruentes en un mapa cuyos signos estaban en cirílico, y las leyó con una sonrisa aprobatoria. Ese Kolya era un tipo inteligente y, a su manera, un buen aprendiz. La manera en que disponía sus fuerzas y hacía patrullar a sus aviones hacia atrás, en vez de hacia delante. Ahora entendía a fondo el concepto de defensa. Colocaba los emplazamientos de los misiles SAM en los extremos de los desfiladeros más apropiados, en situación de atacar por sorpresa. Kolya pensaba ahora como un piloto de bombardero, en lugar de hacerlo como el de un avión de caza. Ese era el primer paso para entender cómo se debían hacer las cosas. Si todos los comandantes rusos encargados de la defensa aérea lo comprendieran, las fuerzas aéreas chinas lo pasarían francamente mal...

«¡Que Dios me perdone!» Robin detuvo su mano. «¡Esto no tiene nada que ver con los chinos!»

Zacharias levantó la mirada y la expresión de su cara le delató antes de que reuniera fuerzas para hablar.

–¿Cuántos Badgers tienen los chinos?

–¿Ahora? Veinticinco. Están intentando construir más.

–Tú podrás desarrollar todo lo que te he contado...

–Tendremos que hacerlo, a medida que vayan aumentando su armamento. Ya te lo dije, Robin –dijo Grishanov con calma, aunque sabía que, al menos en un aspecto, era demasiado tarde.

–Te he contado todo lo que sabía –dijo el americano, mirando el mapa. Luego cerró los ojos y un temblor sacudió sus hombros. Grishanov le abrazó para intentar aliviar su sufrimiento.

–Me has explicado la forma de proteger a los niños de mi país, Robin. No te he mentido. Es verdad que mi padre dejó la universidad para luchar contra los alemanes. Y también que tuve que ser evacuado de Moscú. Y que perdí a muchos amigos en la nieve aquel invierno; eran niños y niñas, Robin, que murieron congelados. Todo sucedió tal y como te lo he contado. Yo lo vi todo.

–Y yo he traicionado a mi país –susurró Zacharias. La terrible realidad de aquel hecho cayó como un rayo sobre su conciencia. ¿Cómo podía haber sido tan ciego, tan estúpido...? Sintió un repentino dolor en el pecho, y se echó hacia atrás, rogando que fue-se un infarto cardíaco y, por primera vez en su vida, deseó estar muerto. Pero no fue así. Era tan sólo una contracción de estómago, acompañada de mucha acidez. El vodka corroía su estómago al

tiempo que su conciencia consumía su alma. Había violado el juramento de fidelidad a su país y a su Dios. Estaba condenado.

–Eres mi amigo.

–¡Me has utilizado! –silbó Robin, intentando apartarse.

–Robin, escúchame. –Grishanov se negaba a soltarle–. Quiero a mi patria, Robin, al igual que tú. He jurado defenderla. Nunca te he mentido sobre eso, y ahora es el momento de que sepas otras cosas. –Tenía que hacerle comprender, que lo entendiese con la misma claridad con que él había entendido sus explicaciones.

–¿Qué cosas?

–Estás muerto, Robin. Los vietnamitas han informado a tu país de tu muerte. Nunca regresarás. Esa es la razón por la que no estás en prisión... Hoa Lo, lo que vosotros llamáis el «Hilton», ¿no? –El corazón de Kolya se encogió al ver la mirada de Robin, la insoportable acusación que leía en sus ojos. Cuando habló, su voz sonó suplicante–: Si piensas lo que creo que estás pensando, te equivocas. He pedido a mis superiores que me dejen salvarte la vida. Lo juro por mis hijos: no dejaré que te maten. No puedes volver a Estados Unidos, pero yo te ayudaré a empezar una nueva vida. ¡Podrás volver a volar, Robin! Tendrás una nueva vida, ¡una nueva vida! No puedo ofrecerte más que eso. Si pudiese devolverte a tu mujer Ellen, y a tus hijos, lo haría. No soy un monstruo, Robin, soy un hombre como tú. Y tengo una patria y también una familia. ¡Por el amor de tu Dios!, ¿qué harías en mi lugar? ¿Cómo te sentirías si tuvieras que hacer lo mismo?

No hubo respuesta, salvo un sollozo de vergüenza y desesperación.

–¿Preferirías que yo dejara que te torturen? Puedo hacerlo. ¿Sabes que ya han muerto seis hombres en este campo? Murieron antes de que yo viniera. ¡Yo les ordené que parasen las torturas! Sólo ha muerto un hombre desde que estoy aquí... sólo uno, y lloré por él, Robin, ¿lo sabías? Con mucho gusto mataría a ese pequeño fascista amarillo, el mayor Vinh. Yo te he salvado la vida y he hecho todo lo que estaba en mi mano. Te doy mi propia comida, Robin, ¡las cosas que me envía mi mujer Marina!

–Y yo te he explicado cómo matar pilotos americanos...

–Sólo lo utilizaría en caso de que atacaran mi país. ¡Sólo si intentaran matar a mi gente, Robin! ¡Sólo entonces! ¿Quieres que maten a mi familia?

–¡No es como tú lo cuentas!

–Creo que sí. ¿Por qué no lo aceptas? Esto no es un juego, Robin. Estamos en el negocio de la muerte, tú y yo, para salvar y quitar vidas.

Quizá con el tiempo llegase a comprenderlo. Era un hombre inteligente y razonable. Tras examinar los hechos con frialdad, comprendería que era preferible la vida a la muerte y, después, quizá pudiesen volver a ser amigos. De momento le había salvado la vida, se dijo Kolya. «Aunque me maldiga por haberlo hecho, estará vivo para hacerlo.» El coronel Grishanov soportaría esa carga con orgullo: había conseguido la información que necesitaba y salvado una vida al mismo tiempo. Así actuaba un piloto de la defensa aérea como él, cuyo auténtico juramento de compromiso con la vida se produjo cuando era un muchacho asustado y desorientado de camino hacia Gorki desde Moscú.

Kelly observó al ruso salir del edificio donde estaban confinados los prisioneros. Llevaba un bloc en la mano, sin duda con información que había logrado sacar a los prisioneros.

–Vamos a machacarte la cabeza, rojo asqueroso –susurró Kelly–. Te mandaremos al quinto infierno junto con tus apuntes.

Ahora volvió a sentirlo. Volvió a revivir el placer de saber lo que iba a pasar, la satisfacción de prever el futuro reservada a los dioses. Bebió un sorbo de agua de su cantimplora. No podía correr el riesgo de deshidratarse. Le consumía la impaciencia. Allí había un edificio en el que se hallaban veinte prisioneros americanos asustados y malheridos.

Aunque no los conocía personalmente, sintió que la empresa merecía la pena. Intentó recordar una frase en latín aprendida en la escuela secundaria: Morituri non cognant. Aquellos que van a morir... no lo saben. Lo que a Kelly le venía muy bien.

–Homicidios.

– Quiero hablar con el teniente Frank Allen.

– Soy yo –respondió Allen, que sólo hacía cinco minutos que se había sentado a su mesa, ese lunes por la mañana.

– Buenos días, soy el sargento Pete Meyer, de Pittsburgh. El capitán Doodley me dijo que le llamara.

–Hace tiempo que no hablo con Mike. ¿Sigue siendo forofo de los Pirates?

-Los sigue religiosamente. Yo también suelo ver algunos de sus partidos.

- ¿Quiere saber quién va a ganar el campeonato de béisbol, sargento? -preguntó Allen con una sonrisa.

- Los Bucs tienen muchas posibilidades. Roberto está jugando muy bien este año, y Clemente está en el mejor año de su carrera deportiva.

- ¿Ah, sí? ¿Y qué me dice de Brooks y Frank? Los hermanos Robinson tampoco lo están haciendo nada mal. Bien. ¿Qué puedo hacer por usted?

-Tengo una información que puede interesarle, teniente. Dos homicidios, dos mujeres de unos veinte años.

- Espere un momento. -Allen cogió una hoja de papel-. ¿Cuál es su fuente?

- No se lo puedo decir de momento. Es una fuente fidedigna. Estoy intentando convencer al individuo, pero puede que tarde algo. ¿Puedo seguir?

- De acuerdo. ¿Nombres de las víctimas?

- La más reciente se llamaba Pamela Madden... murió hace unas semanas.

-¿Y la otra?

- Se llamaba Helen, y murió el otoño pasado, pero no se sabe exactamente cuándo. Ambos asesinatos fueron muy desagradables, teniente, con torturas y abusos sexuales.

Allen se inclinó, con el auricular pegado al oído, y preguntó:

- ¿Quiere decir que hay un testigo?

- Sí, señor, creo que sí. Y además, tengo dos sospechosos. Dos hombres blancos, uno llamado Billy y el otro R.ick. No tengo sus descripciones, pero estoy haciendo todo lo posible por conseguirlas.

- Mire, yo no llevo esos casos. Están asignados al teniente Ryan y al sargento Douglas del centro. Conocía ambos nombres... los de las víctimas, quiero decir. Son casos de máxima prioridad, sargento. ¿Es buena su fuente de información?

-Creo que muy buena. Incluso sé que a la segunda víctima, Pamela Madden, la peinaron cuando ya estaba muerta, en el escenario del crimen.

En todos los casos importantes se suprimían algunos detalles en las ruedas de prensa, para evitar que los locos de turno se confesaran autores del crimen. El detalle del pelo era algo que difícilmente podía saber el teniente Allen.

-¿Algo más?

- Los asesinatos están relacionados con el narcotráfico. Las chicas vendían droga.

- ¡Vaya! -exclamó Allen-. ¿Su informador está en la cárcel?

- Estoy comprometiéndome un poco, pero... de acuerdo, se lo diré. Mi padre es pastor. Está ayudando a una muchacha. Teniente, esto es confidencial, ¿de acuerdo?

- Entiendo. ¿Qué necesita?

- ¿Puede pasar esta información a los dos oficiales que investigan el caso? Pueden llamarme a la comisaría. -El sargento Meyer le dejó su número-. Soy uno de los supervisores de vigilancia. Tengo que dar una conferencia en la academia, pero estaré de vuelta alrededor de las cuatro.

-Muy bien, sargento. Lo haré. Gracias por la información. Ed y Tom se pondrán en contacto con usted. -« ¡Hasta le regalaríamos el campeonato de béisbol a Pittsburgh a cambio de coger a estos bastardos!»

Allen colgó y marcó otro número.

-Oiga, Frank -dijo el teniente Ryan. Posó la taza de café sobre la mesa con un movimiento pausado, luego cogió su bolígrafo-. Siga. Estoy apuntándolo.

El sargento Douglas llegó tarde esa mañana a causa de un accidente en la Interestatal I-83. Cuando entró, con su café y su rosquilla habituales, encontró a su jefe escribiendo como un poseso.

- ¿Le cepillaron el pelo? ¿Dijo eso? -preguntó Ryan. Douglas se inclinó por encima de la mesa, y la mirada de Ryan fue como la del cazador que escucha un rumor entre los arbustos-. De acuerdo, ¿cuáles son los nombres que... -El detective cerró el puño y después de respirar hondo, prosiguió-: De acuerdo, Frank. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con ese hombre? Gracias. Adiós.

-¿Una pista?

- Pittsburgh -contestó Ryan.

- ¿Cómo?

- Un sargento de la policía de Pittsburgh nos ha llamado. Puede que haya un testigo de los asesinatos de Pamela Madden y Helen Waters.

- ¿Cómo?

- Es la persona que le peinó el pelo, Tom. Adivina qué otros nombres han mencionado.

-¿Richard Farmer y William Grayson?

-«Rick» y «Billy». Demasiada coincidencia, ¿no? Probablemente fue uno de los camellos de la red de narcotraficantes. Un momento... -Ryan se recostó en su silla, y contempló el techo amarillento-. Había una muchacha presente cuando Farmer fue asesinado... o eso creemos -se corrigió-. Es nuestra pista, Tom. Pamela Madden, Helen Waters, Farmer, Grayson, están todos relacionados... y eso quiere decir...

- Los camellos, también. De una forma u otra, todos están relacionados. Pero ¿cuál es esa relación? Sabemos que todos están metidos en asuntos de droga.

-Se trata de dos asesinos, Tom. Las muchachas fueron martirizadas brutalmente, como si fuesen animales. No, ni siquiera matas a un animal así. Sin embargo, los demás fueron eliminados por el hombre invisible. ¡Un hombre con una misión! Eso fue lo que dijo Farber.

- Venganza -dijo Douglas, siguiendo sus propias conjeturas-. Si yo fuese familiar o amigo de una de esas muchachas... ¡Dios! ¿Quién podría culparle?

Sólo había una persona relacionada con los dos asesinatos y que conocía íntimamente a la víctima, y la policía conocía su nombre, ¿no era así? Ryan cogió el teléfono y volvió a llamar al teniente Allen.

- Frank, ¿cómo se llama el tipo que trabajó en el caso Gooding, ese de la Armada?

-Kelly. John Kelly, él fue quien encontró el arma cerca de Fort McHenry. Luego los de jefatura se pusieron en contacto con él para que entrenara a nuestros buceadores, ¿recuerdas? ¡Ah, sí!

¡Pamela Mariden! ¡Dios mío! -exclamó Allen al caer en la cuen ta de la conexión.

- Háblame de él, Frank.

- Es un tipo simpático. Muy tranquilo, un poco triste... perdió a su mujer en un accidente de coche, creo.

- Es un veterano de Vietnam, ¿no es cierto?

- Hombre rana, demoliciones subacuáticas. Así se gana la vida, dinamitando cosas, bajo el agua.

- -¿Qué más?

- Físicamente es muy fuerte, se mantiene en buena forma. -Allen hizo una pausa-Le he

visto bucear; tiene cicatrices por todo el cuerpo, estuvo en el frente y le hirieron. Tengo su dirección si la quieres.

- Está en el expediente del caso, Frank. Gracias, colega. -Ryan colgó-. Es nuestro hombre. Es el hombre invisible.

- ¿Kelly?

- ¡Maldita sea, tengo que ir a los juzgados esta mañana! -maldijo Ryan.

-Es un placer verle de nuevo -dijo el doctor Farber. Los lunes eran días tranquilos. Había visitado a su último paciente, y estaba listo para ir a jugar al tenis con sus hijos. Los policías le encontraron justo cuando salía de su despacho.

- -¿Qué sabe acerca de los hombres de la Brigada de Demoliciones Subacuáticas? -preguntó Ryan, caminando por el pasillo junto a él.

- ¿Se refiere a los buceadores de la Armada?

-Sí. ¿Son tipos duros?

Farber sonrió con la pipa en la boca, y respondió:

- Son los primeros en llegar a la playa, delante de los marines. ¿Qué cree usted? -Se detuvo. De repente se acordó de algo, y continuó-: Tengo algo mejor.

- ¿Qué quiere decir? -preguntó el teniente.

- Todavía hago trabajos para el Pentágono. Quiero decir que el hospital Hopkins a menudo trabaja para el gobierno, ¿me siguen? Encargos para el laboratorio de física aplicada, cosas especiales. Ustedes saben a lo que me dedico. A veces realizo exámenes psicológicos, consultas... acerca de los efectos que el combate tiene en la gente. Escuchen, esto es confidencial. Se ha formado un nuevo grupo de operaciones especiales. Son fuerzas especiales como la Brigada de Demoliciones Subacuáticas, pero ahora se conoce por la sigla SEAL, es decir, focas de tierra, mar y aire... Es una unidad de comandos, gente muy seria, y muy pocos saben de su existencia. No son sólo duros, sino inteligentes. Listos. Están entrenados para pensar y atacar por sorpresa. No se trata sólo de músculos, sino también de cerebro.

- !El tatuaje! -dijo Douglas, recordándolo de repente-. Lleva tatuada una foca en el brazo.

-Doctor, ¿qué pasaría si mataran brutalmente a la chica de uno de esos tipos del SEAL? -Era una pregunta obvia, pero tenía que hacerla.

- Conque eso es lo que buscan -dijo Farber, al salir por la puerta, dispuesto a no revelarles nada más, aunque se tratase de una investigación de homicidio.

- Es nuestro hombre. Pero nos falta una cosa -dijo Ryan con voz queda, mirando la puerta cerrada.

- Sí. No hay pruebas. Sólo un móvil más que razonable.

Era por la noche. Había sido un día aburrido para todos en SENDER GREEN, excepto para Kelly. La plaza de armas se había convertido en un cenagal lleno de charcos. Los soldados habían pasado el día intentando mantenerse secos. Los hombres de las torres se habían puesto a resguardo de las ráfagas de viento. Ese tiempo alteraba el ánimo. A la gente no le gusta mojarse, se vuelve irritable y entorpece la mente, y más aún si tienes que cumplir una tarea aburrida, como era el caso. En Vietnam del Norte ese tiempo significaba menos incursiones aéreas, otra razón para que los hombres del campo bajaran la guardia. El aumento del calor durante el día había alimentado las nubes, cargándolas de humedad que iban devolviendo a la tierra.

«Qué día más cochino!», se dirían los guardias durante la cena. Todos asentirían y se concentrarían en la comida, con los ojos bajos y ensimismados en sus pensamientos. El suelo del bosque estaría húmedo, y se caminaba más silenciosamente sobre hojas húmedas que

sobre hojas secas. No habría ramas que se partiesen ruidosamente. El aire húmedo amortiguaría el ruido. Las condiciones eran, en una palabra, perfectas.

Kelly aprovechó la oscuridad para moverse un poco, pues estaba entumecido por la inactividad. Se incorporó debajo del arbusto y comió una tableta de subsistencia. Bebió una cantimplora entera de agua y luego estiró los brazos y las piernas. Distinguía la zona donde iban a aterrizar los helicópteros, y ya había elegido el camino que seguiría para llegar hasta allí, rezando para que los marines no le pegasen un tiro mientras corría para unirse a ellos. A las 21.00 transmitió su último mensaje por radio.

-Luz verde -dijo el operador de radio, anotándolo en su bloc-. Actividad normal.

- Ese es el mensaje que esperábamos. -Maxwell miró a los demás.

Todos asintieron.

- La cuarta fase de operación BOXWOOD GREEN empieza a las veintidós horas. Capitán Franks, envíe la señal al Newport News.

- Sí, vicealmirante.

A bordo del Ogden, las tripulaciones de los helicópteros se vistieron con sus trajes ignífugos y se dirigieron a popa para preparar sus aparatos para el despegue. Al llegar, encontraron unos marineros limpiando los cristales. En la zona de tropas, los marines se vistieron con sus trajes de faena. Las armas estaban limpias y los cargadores llenos de munición. Después, los hombres formaron parejas para aplicarse unos a otros la pintura de camuflaje. Ya no había sonrisas ni bromas. Estaban tan serios como los actores en una noche de estreno, y la delicada aplicación de la pintura parecía fuera de lugar, teniendo en cuenta la naturaleza de la labor de esa noche.

- No me ponga mucho sombreador de ojos, capitán -pidió Irvin al capitán Albie que, como todo oficial al mando de una misión inminente, estaba un tanto intranquilo y necesitaba que el sargento le tranquilizara.

En la sala de operaciones del Constellation, un joven y menudo comandante de escuadrilla, llamado Joshua Painter, daba el parte. Tenía ocho Phantom E4 listos para el ataque.

–Esta noche vamos a escoltar una misión especial. Nuestros objetivos son los emplazamientos de SAM, al sur de Haifong –prosiguió.

No sabía de qué se trataba, y esperaba que fuese lo suficientemente importante como para arriesgar las vidas de los quince oficiales de su escuadrilla que volaran con él esa misma noche. Diez cazas A-6 Intruder les acompañarían, y el resto de la aviación del Constellation recorrería la costa hacia el norte, con el fin de producir la mayor interferencia electrónica posible. Esperaba que la misión tuviese efectivamente toda la importancia que el vicealmirante Podulski aseguraba. A nadie le gustaba jugar con los emplazamientos de misiles SAM.

El Newport News estaba a veinticinco millas de la costa, acercándose al punto que quedaría justamente entre el Ogden y la playa. Había apagado sus radares, y probablemente las estaciones de radar de la costa no podrían determinar su posición con exactitud. Después de lo sucedido en los últimos días, el ejército vietnamita tornaba muchas precauciones antes de utilizar sus sistemas de vigilancia costera. El capitán estaba sentado en su sillón del puente. Echó un vistazo al reloj y abrió un sobre lacrado. Leyó con rapidez las órdenes de acción que habían permanecido en el interior de su caja fuerte durante las dos últimas semanas.

–¡Ah! –exclamó, y luego ordenó–: Señor Shoeman, pida a la sala de máquinas que preparen las calderas uno y cuatro. Quiero estar preparado para navegar a toda máquina tan pronto como sea posible. Esta noche hacemos un poco de surf. Mis respetos al segundo comandante, el oficial de artillería y sus subordinados, y dígales que quiero verles en mi

camarote en seguida.

–A sus órdenes, señor.

El oficial del puente cumplió las órdenes. El Newport News desarrollaba una velocidad máxima de treinta y cuatro nudos, lo que significaba que podía acercarse y alejarse de la playa con mucha rapidez.

– ¡Surf City, allá vamos! –entonó el contramaestre al timón cuando el capitán se hubo marchado del puente. Era el chiste oficial del barco (porque al capitán le gustaba) inventado sólo unos meses atrás por un marinero de primera clase, y entonado en las ocasiones en que se acercaban a la costa, sorteando las rompientes, para bombardear algún objetivo–. ¡Nos vamos a Surf City!

– ¡Rumbo, Baker! –llamó el oficial del puente e interrumpió la tonada.

– Rumbo fijo uno-ocho-cinco, señor Shoeman. –Su cuerpo siguió marcando el ritmo–. ¡Nos vamos a Surf City!

–Señores, sé que se han preguntado la razón de nuestra pequeña diversión de los últimos días. Bien, ahora la voy a explicar –dijo el capitán cuando todos estuvieron reunidos en su camarote al lado del puente. Encima de su mesa había un mapa de la zona costera, marcado con las posiciones de los emplazamientos de artillería antiaérea, datos obtenidos de fotografías aéreas y de satélite. Los oficiales de artillería lo examinaron. La gran cantidad de colinas de la zona proporcionarían buenas referencias al radar.

– ¡Vaya! –exclamó el artillero jefe–. ¿Qué quiere decir todo esto, señor? ¿Cañones de cinco pulgadas?

El capitán asintió.

– Señor Skelley, si volvemos a casa con municiones, me sentiré muy decepcionado.

–Señor, propongo que utilicemos un cañón de cinco pulgadas para lanzar bengalas, y controlar los disparos visualmente.

En realidad era un ejercicio de geometría. Los expertos en artillería –incluido el capitán– se inclinaron sobre el mapa y rápidamente decidieron la estrategia. Ya estaban informados de la misión, y el único cambio era que habían esperado hacerlo a la luz del día.

– No quedará nadie vivo para disparar a esos helicópteros, señor.

Sonó el teléfono y el capitán lo cogió:

–Soy el capitán.

-Las calderas están listas, señor. Estaremos a toda máquina dentro de treinta minutos.

-Me agrada saber que el ingeniero jefe está despierto. Muy bien. Toque zafarrancho de combate. -Colgó al mismo tiempo que sonaba la sirena del barco-. Caballeros, tenemos que proteger a un grupo de marines -dijo con confianza. La sección de artillería de su barco era tan buena como la que tuvo en su tiempo el Mississippi.

Al cabo de dos minutos, se encontraba de nuevo en el puente. -Señor Shoeman, tomo el mando de la nave.

- El capitán toma el mando de la nave -repitió el oficial del puente.

- Timón a la derecha, cambie el rumbo a dos-seis-cinco.

- Timón a la derecha, nuevo rumbo dos-seis-cinco, señor. -El contramaestre Sam Baker giró el timón-. Rumbo cambiado, señor.

-Muy bien -dijo el capitán, y añadió-: Surf City, allá vamos!

- ¡A sus órdenes, señor! -exclamó el timonel, entusiasmado. El capitán era un buen tipo.

Había llegado el momento de ponerse nervioso. ¿Qué podía fallar? Kelly se repetía esta pregunta, sentado en la cima de su colina. Quizá los helicópteros chocarían en el aire. O sobrevolarían un emplazamiento de misiles tierra-aire desconocido y volaría en pedazos. O tal vez se soltaría cualquier pieza o junta, y se estrellarían contra el suelo. ¿Y si una unidad local de la milicia estaba de maniobras esa noche? Siempre había algún factor que dependía del azar. Había visto fracasar misiones por culpa de las cosas más insignificantes e imprevisibles.

Pero eso no iba a suceder esta noche, se prometió. Todo estaba cuidadosamente planeado. Al igual que los marines, las tripulaciones de los helicópteros se habían entrenado durante tres semanas. Los aparatos estaban en óptimas condiciones, y los marineros del Ogden habían contribuido con sus propias ideas. Nunca podías eliminar por completo el riesgo, pero con un entrenamiento y una preparación adecuados, podías disminuirlo. Kelly comprobó que su arma estaba a punto y después permaneció sentado. No era como estar sentado en una casa de una calle del este de Baltimore; esto era real. La misión le ayudaría a olvidar el pasado. Su intento de salvar a Pam había fracasado, pero quizá no hubiese sido todo en vano. En esta misión no habría errores, nadie fallaría. Aquí no se trataba de salvar a una sola persona, sino a veinte. Echó un vistazo a su reloj. El segundero parecía moverse más lentamente. Kelly cerró los ojos y rezó para que el tiempo pasara más deprisa. Pero no sería así, y él lo sabía. El ex oficial de los SEAL respiró hondo y se obligó a concentrarse en el futuro inmediato. Dejó el fusil encima de su regazo y cogió los prismáticos. Tenía que continuar la vigilancia hasta el momento en que las primeras granadas de los M-79 alcanzaran las torres de los guardias. Los marines confiaban en él.

Con esto quizá lograría convencer a esos tipos de Filadelfia de su importancia. «La operación de Henry fracasa, y yo me hago cargo de todo. Yo, Eddie Morello, soy un tipo importante», pensó, hinchando su ego, mientras circulaba por la carretera 40 hacia Aberdeen.

«Ese negro es tan estúpido que no es capaz de dirigir su propia organización, y no tiene gente de fiar. Le dije a Tony que se pasaba de listo, que no era un hombre de negocios serio.» Pero Tony le había contestado: «Qué dices; Henry es serio. Es más serio que tú, Eddie. Henry va a ser el primer negro que se lo monte bien. Espera y verás. Yo le voy a ayudar. Pero a ti no te puedo ayudar, lo siento.» Su propio primo decía que no podía echarle una mano, porque estaba vinculado con Henry. «¡No podrían haber hecho el trato sin mí! ¡Yo lo arreglé, y me dice que no puede ayudar!»

-¡Mierda! -gruñó, parado ante un semáforo rojo-. Alguien empieza a matar a los hombres de Henry, y me mandan a mí a investigarlo, como si Henry no pudiese averiguarlo por sí solo. Probablemente no es tan listo como se cree. Después siempre me busca problemas con Tony.

«¡Eso es! -pensó Eddie-. Henry quiere apartarme de Piaggi...como cuando hizo quitar a Angelo de en medio. Angelo le sirvió para introducirse... Angelo me lo presentó. Yo le presenté a Tony. Tony y yo nos encargamos de las relaciones con los contactos de Filadelfia y Nueva York. Angelo y yo éramos dos de esos contactos. Angelo no era de fiar... así que le quitaron de en medio. Tony y yo también somos intermediarios... Sólo necesita a uno, ¿no? Sólo uno para servir de intermediario con el resto de la operación. Quiere alejarme de Tony... ¡Joder!»

Morello cogió un cigarrillo, y pulsó el encendedor de su Cadillac descapotable. La capota estaba abierta. A Eddie le gustaba sentir el sol y el viento. Era casi como navegar en su barco de pesca. Y tenía mejor visión. No se le había ocurrido comprobar si alguien le estaba siguiendo. A su lado, en el suelo, iba un maletín de cuero que contenía seis kilos de mercancía de gran pureza. Le habían dicho que en Filadelfia se habían quedado sin existencias, y por esa razón ellos mismos cortarían la mercancía. Dinero caliente. El maletín idéntico, que viajaba hacia el sur, contenía el dinero en billetes de veinte dólares. Vendrían dos tipos. No tenía que preocuparse, eran profesionales, y este negocio les interesaba a todos. Tampoco tenía que preocuparse de que alguien intentara jugar una mala pasada, para eso llevaba su revólver oculto debajo de la camisa, justo al lado de la hebilla del cinturón, el lugar más práctico aunque no muy cómodo.

Tenía que decidir lo que iba a hacer. Debió habérselo figurado. Henry estaba manipulándoles. Henry estaba manipulando la red.

Y se estaba saliendo con la suya. Seguramente se había cargado a sus propios hombres.

A ese negro cabrón le gustaba liquidar mujeres, especialmente mujeres blancas. No le extrañaba. Todos eran iguales. Probablemente Henry se creía muy listo. Bueno, lo era, pero no lo suficiente. Ya no. Iba a ser difícil explicárselo todo a Tony, de eso estaba seguro. Tenía que hacer la entrega y regresar, invitaría a Tony a cenar, y se lo explicaría con calma. A Tony le gustaba la gente razonable. Luego se encargarían de Henry, le quitarían la operación de las manos. Aquello era un negocio. No lo hacían por amor, lo hacían por ganar dinero, como todo el mundo. Y, entonces, él y Tony podrían dirigir la operación y él, Eddie Morello, sería un triunfador.

Sí. Ya tenía las cosas claras. Morello comprobó la hora. Entró en el aparcamiento medio vacío de la cafetería justo a tiempo. El local era un establecimiento pasado de moda, instalado en un vagón de tren; el ferrocarril de Pennsylvania pasaba cerca de allí. Recordó la primera vez que cenó fuera de casa, con su padre, en un sitio parecido, viendo pasar a los trenes. El recuerdo le hizo sonreír, mientras daba una calada y arrojaba la colilla por la ventanilla.

En ese momento entró otro coche en el aparcamiento. Era un Oldsmobile azul, el coche que esperaba. Dos hombres se apearon; uno llevaba un maletín y se encaminó hacia él. Eddie no lo conocía, pero vestía bien, con el aire respetable que se espera de un hombre de negocios. Parecía un abogado. Morello sonrió para sus adentros, sin mirar abiertamente. El otro hombre permanecía al lado del coche, vigilando. Sí, era gente seria. Y pronto tendrían ocasión de comprobar que Eddie Morello también era un hombre serio, pensó, con la mano en el regazo, a diez centímetros de su revólver.

- ¿Tiene la mercancía?

- ¿Tiene el dinero? -preguntó Morello a su vez.

- Se ha metido en un buen lío, Eddie -dijo el hombre al abrir el maletín.

- ¿Qué quiere decir? -preguntó. Morello lo comprendió repentinamente, pero aquellos diez segundos le iban a costar la vida.

- Quiero decir que es hora de despedirte, Eddie -añadió en voz baja. Morello lo leyó en su mirada e intentó sacar su arma, pero fue en vano.

- ¡Policía! ¡Quieto! -gritó el hombre, y le disparó sin más.

Eddie se revolvió y su disparo dio contra el suelo del coche, pero el policía estaba sólo a un metro, y se dispuso a rematarlo. El otro policía se acercó corriendo, sorprendido al advertir que el teniente Charon tenía problemas con el hombre del coche. Y vio cómo el maletín caía a un lado, al tiempo que el detective extendía el brazo y, colocando la pistola reglamentaria contra el pecho de Morello, le disparaba directo al corazón.

Durante una fracción de segundo, Morello lo vio todo claro:

Henry lo había planeado todo para conseguir sus fines. En el último momento, Morello descubrió que la única finalidad de su vida había sido la de reunir a Henry y Tony. No era como para estar orgulloso.

- ¡Llama una ambulancia! -gritó Charon, al tiempo que recogía el revólver de Eddie.

Al cabo de unos minutos, dos coches patrulla entraron en el aparcamiento y frenaron con un chirrido.

- ¡Maldito estúpido! -dijo Charon a su compañero, sacudido por un temblor, como les ocurre a las personas que acaban de matar a alguien-. Intentó sacar su arma, por eso tuve que dispararle.

- Lo vi todo -dijo el joven detective.

- Parece que sus sospechas eran ciertas, señor -dijo el sargento de la policía estatal. Abrió el maletín que había en el suelo del Oldsmobile. Estaba lleno de bolsas de heroína-: ¡Menudo alijo!

- Sí -gruñó Charon-. Salvo que este imbécil ya no podrá decirnos nada -agregó mientras reprimía una sonrisa ante la ironía de la situación: acababa de cometer el crimen perfecto ante los ojos de varios policías. Ahora la organización de Henry estaba segura.

El momento se acercaba. La guardia había sido relevada. «El último relevo.» La lluvia seguía cayendo constantemente. «Bien.» En las torres de vigilancia los soldados se resguardaban para mantenerse secos. La monotonía del día acrecentaba su aburrimiento, y los hombres aburridos están menos alertas. Se habían apagado todas las luces, incluso las velas de los barracones. Kelly recorrió lentamente el campo con los prismáticos. Una forma humana se perfilaba en una de las ventanas del alojamiento de oficiales, un hombre que observaba el cielo; tenía que ser el ruso. «¡Ah!, ¿ésa es tu habitación? Perfecto. El primer disparo del cabo Méndez creo que está destinado a esa ventana. Eres un ruso frito.»

«Vamos allá de una vez. Necesito una ducha. ¡Dios! Ojalá quede algo de esa botella de Jack Daniels.» El reglamento era sagrado, pero ciertas cosas eran muy especiales.

La tensión aumentaba. No era la proximidad del peligro. Kelly no creía estar en una situación de alto riesgo. La infiltración había sido mucho más peligrosa. Ahora todo dependía de los pilotos, y después de los marines. El ya había hecho su parte.

-¡Abran fuego! -ordenó el capitán.

Momentos antes, los radares del Newport News se habían vuelto a encender. El navegante estaba en la sala de operaciones, ayudando a los artilleros a trazar la trayectoria exacta del misil tomando como referencia las marcas conocidas localizadas por radar. Era una precaución excesiva, pero la misión de esa noche lo requería. Con la ayuda de los radares de navegación y los del control automático de disparo, se conseguía una precisión mili-métrica en el tiro.

La primera andanada partió de los cañones de cinco pulgadas de babor. El estruendo de los dos cañones fue atronador, pero el disparo producía un efecto extrañamente bello. Con cada disparo se formaba un círculo de fuego amarillo, como una serpiente que persiguiese su propia cola, que ondulaba durante unos segundos y luego se desvanecía. A una distancia de cinco mil quinientos metros se encendió el primer par de bengalas y brillaron con el mismo tono amarillo que, unos segundos antes, había envuelto el cañón. El paisaje verde y húmedo de Vietnam del Norte adquirió un color naranja.

-Parece un emplazamiento de artillería antiaérea. Incluso puedo ver a los artilleros.

El telémetro del puesto I estaba fijado en las coordenadas adecuadas. La luz ayudaba mucho. El artillero jefe Skelley marcó la distancia con cuidado. Los datos fueron transmitidos inmediatamente a control. Diez segundos después, ocho cañones retumbaron con una salva ensordecedora. Al cabo de otros quince segundos, el emplazamiento de artillería vietnamita desapareció envuelto en una nube de polvo y fuego.

-¡Blanco! Objetivo Alfa destruido.

El artillero jefe recibió órdenes del control de tiro de apuntar sus cañones al siguiente objetivo. Al igual que el capitán, iba a jubilarse pronto. Quizá pudiesen abrir una armería juntos...

Parecían truenos distantes, pero se notaba la diferencia. Lo que más sorprendió a Kelly fue la ausencia de reacción de los de abajo. Con los prismáticos observó que algunos volvían la cabeza. Quizá intercambiaban algunos comentarios, pero nada más. Después de todo, era un país en guerra, y por tanto los ruidos desagradables eran normales, especialmente los que se podían confundir con truenos lejanos. Estaban a demasiada distancia para ser preocupantes. A causa del mal tiempo ni siquiera se veían los destellos. Kelly esperaba que algún oficial saliese a ver qué pasaba. Eso es lo que él habría hecho. Pero no salió nadie.

Quedaban noventa minutos para la cuenta atrás.

Los marines se dirigieron a popa equipados con una carga ligera. Un nutrido grupo de tripulantes se había congregado para despedirlos. Cuando salieron a la cubierta de despegue, Albie e Irvin los contaron y señalaron sus respectivos helicópteros.

En el extremo de la fila de tripulantes se encontraban Maxwell y Podulski. Ambos vestían uniformes más gastados, que habían llevado en sus días de capitanes de la Armada, y que asociaban con los buenos recuerdos y la buena suerte. También los almirantes son supersticiosos. Por primera vez los marines advirtieron que el pálido almirante –como le llamaban– lucía la Medalla del Honor. La condecoración atrajo la atención de muchos de ellos, que inclinaron la cabeza en señal de respeto, y él lo agradeció con expresión tensa.

–¿Todo listo, capitán? –preguntó Maxwell.

–Sí, señor –contestó Albie, venciendo su nerviosismo ante la inminente partida–. Le veré dentro de tres horas.

–Buena caza. –Maxwell se puso firmes y le saludó.

–Tienen un aspecto impresionante –comentó Ritter. El también llevaba traje de campaña, para no desentonar entre los oficiales–. Ruego a Dios que todo salga bien.

–Sí –susurró James Greer, mientras el barco viraba en la dirección del viento.

Unos marineros con varas luminosas guiaron los helicópteros sobre la plataforma, y luego los dos enormes Sikorski despegaron, equilibrándose en la turbulencia antes de salir en dirección oeste, hacia la costa y su destino.

–Ahora todo depende de ellos.

–Son buenos muchachos, James –dijo Podulski.

–Ese Clark es un tipo increíble. Muy inteligente –dijo Ritter–. ¿A qué se dedica en la vida real?

–Tengo entendido que va haciendo cosillas aquí y allá.

–Siempre tendremos sitio para un hombre íntegro y cabal. Ese chico es muy listo –dijo Ritter, mientras regresaban al centro de comunicaciones. En la cubierta de despegue, las tripulaciones de los Cobra ultimaban los preparativos. La salida estaba prevista para dentro de 45 minutos.

–Serpiente, aquí Grillo. Luz verde. Conteste si ha recibido el mensaje.

–¡Sí! –exclamó Kelly sin alzar la voz. Emitió tres señales largas por radio y recibió dos como respuesta. El Ogden acababa de anunciar el comienzo de la misión y que su mensaje había recibido contestación–. Dentro de dos horas estaréis libres –dijo a los prisioneros del campo. Le daba igual que los acontecimientos resultaran menos agradables para el resto de ocupantes del campo.

Kelly tomó su última tableta de subsistencia, y metió las envolturas en el bolsillo de su traje de campaña. Aprovechando la oscuridad, salió de su escondrijo y se ocupó de borrar cualquier indicio de su presencia. Quizá tuviese que volver a intentar otra misión similar, así que lo prudente era no dejar nada que pudiese indicar al enemigo lo ocurrido. La tensión había llegado a tal punto que sintió ganas de orinar. Era casi gracioso, y le hizo sentirse como un niño, aunque durante el día había bebido dos litros de agua.

«Serán treinta minutos de vuelo hasta la primera zona de aterrizaje, y treinta más para llegar hasta aquí. Cuando coronen la última colina, me uniré a ellos para guiarles en el último tramo. ¡Vamos a terminarlo de una vez!»

–Giro a la derecha. Objetivo Hotel a la vista –informó Skelly–. Coordenadas nueve-dos-cinco-cero.

Los cañones volvieron a retumbar. Les respondió un cañón de cien milímetros. Los artilleros vietnamitas habían visto cómo el Newport News destruía un emplazamiento de artillería antiaérea y, como no podían abandonar sus puestos, por lo menos intentaban alcanzar al monstruo que se acercaba a su costa.

–Allí están los helicópteros –dijo el segundo comandante desde su puesto. Los puntos parpadeantes cruzaron la pantalla del radar por encima del lugar donde antes se hallaban los objetivos Alfa y Bravo. Cogió el teléfono.

–Habla el capitán.

– A sus órdenes, capitán. Los helicópteros están fuera de peligro y avanzan por el pasillo que hemos abierto.

– Muy bien. Prepárese para cesar el fuego. Vamos a transmitir a esos helicópteros dentro de treinta minutos. Atento a ese radar.

– Sí, capitán.

– ¡Dios mío! –dijo el operador del radar–. ¿Qué está pasando aquí?

–Primero los volamos –opinó su compañero– y luego los invadimos.

Sólo quedaban unos minutos para que llegaran los marines. La lluvia continuaba, pero el viento había amainado.

Kelly se hallaba en campo abierto. No había peligro, porque la exuberante vegetación del fondo ocultaba su silueta. Tanto su ropa como la zona visible de su piel estaban coloreadas para confundirse con la vegetación. Miraba de un lado a otro, en busca de algún peligro, pero no encontró nada. El suelo estaba encharcado y la húmeda arcilla roja de aquellas colinas perdidas se adhería a su cuerpo, a través de la tela de su uniforme, como una segunda piel.

Estaba a diez minutos de la zona de aterrizaje. Los truenos de la costa continuaban esporádicamente, y ahora era difícil distinguirlos de una tormenta real. Sólo Kelly sabía que eran producidos por los cañones de un buque de guerra. Se recostó, apoyó los

codos en las rodillas y observó el campo con los prismáticos. Todavía no había luces ni movimiento, seguían sin sospechar que la muerte se les acercaba cada vez más. Kelly tenía la vista tan fija en el campo que casi se olvidó de mantener alerta los oídos.

Costaba percibirlo entre el ruido y la lluvia: un retumbar distante, grave y tenue, que crecía en intensidad. Kelly apartó los prismáticos y se volvió hacia el ruido, intentando determinar su origen.

Motores.

Eran motores de camiones. Bueno, pues había una carretera bastante cerca... No, la carretera principal estaba demasiado lejos... venía de otra dirección.

Quizá un camión de abastecimiento con víveres y el correo. Había más de uno.

Kelly subió a la cima de la colina, se apoyó contra un árbol, y miró abajo hasta donde el camino de tierra se juntaba con el que bordeaba la orilla norte del río. Había movimiento. Cogió los prismáticos.

«Camiones... dos... tres... cuatro... ¡Dios mío!»

Tenían los faros cubiertos y apenas dejaban escapar un débil haz de luz. Eso significaba que eran camiones militares. Los faros del segundo alumbraban la parte trasera del primero. Iba gente detrás, sentada en ambos lados.

El primer camión se detuvo ante las puertas del campo. Un hombre se apeó y gritó que alguien viniese a abrirlas. El resto de camiones se detuvo detrás del primero. Empezaron a bajar soldados, y Kelly los iba contando: diez... veinte... treinta... más... Pero el número era lo de menos, lo que importaba era qué venían a hacer.

Tuvo que apartar la mirada. ¿Cuántas veces más iba a interponerse el destino? ¿Por qué no acababa con su vida de una vez? Pero al destino no le interesaba su vida, y tenía otros planes para él. Kelly cogió la radio.

–Grillo, aquí Serpiente, cambio.

Nada.

–Grillo, aquí Serpiente, cambio.

-¿Qué ocurre? -preguntó Podulski.

Maxwell cogió el micrófono, y dijo:

- Serpiente, aquí Grillo. Hable. Cambio.

- ¡Alto! ¡Suspendan la operación! ¡Alto!... cambio.

-Repita el mensaje, Serpiente. Repita.

- ¡Suspendan la operación! -dijo Kelly, con tono demasiado alto para su propia seguridad-. ¡Alto! ¿Lo ha recibido? Cambio. -Tuvo que esperar unos segundos para la respuesta:

-Recibido su mensaje de suspender la operación. Manténgase a la escucha.

- ¡Enterado! ¡A la escucha, Roger!

-¿Qué ocurre? -preguntó el mayor Vinh.

- Nos informan que los americanos planean asaltar su campo -contestó el capitán vietnamita, observando los movimientos de sus hombres mientras bajaban de los camiones. Los soldados estaban desplegándose con habilidad, la mitad se dirigían hacia los árboles, y la otra mitad tomaban posiciones dentro del perímetro, cavando cuando habían elegido sus puestos-. Camarada mayor, tengo orden de ocuparme de la defensa hasta que lleguen más unidades y me han encargado que le transmita una orden: debe llevar a su invitado ruso a Hanoi para su seguridad.

- Pero...

- Son órdenes del general Giap en persona, camarada mayor. -Esto decidió el asunto rápidamente.

Vinh regresó a su habitación para vestirse y el sargento del campo fue a despertar a su chófer.

Kelly no podía hacer más que observar. Debían de ser unos cuarenta y cinco hombres. Era difícil contarlos cuando se movían. Unos cavaban zanjas para las ametralladoras y otros patrullaban el bosque. A pesar del peligro inminente, Kelly permaneció en su posición. Tenía que asegurarse de que había tomado la decisión acertada, que no se había dejado llevar por el pánico y comportado como un cobarde.

Veinticinco hombres contra cincuenta, por sorpresa y con un plan de ataque, no era imposible. Pero veinticinco contra cien, y sin el elemento sorpresa, no tenían ninguna posibilidad... Había tomado la decisión correcta. No había motivo para añadir veinticinco nombres a la lista de muertos de Washington. Su conciencia no podría cargar con ese tipo de fallo.

-Los helicópteros regresan por el mismo camino de ida, señor

- informó el operador de radar al segundo comandante.

- Vuelven demasiado pronto -dijo éste.

- ¡Maldita sea! Dutch, ¿qué sucede...?

- Hemos suspendido la misión, Cas -dijo Maxwell, mirando fijamente la mesa de cartografía.

-Pero, ¿por qué?

- Porque lo dice Clark -contestó Ritter-. Sus ojos son nuestros ojos. El decide. Usted debe saberlo, vicealmirante. Todavía tenemos a un hombre allí, caballeros. No debemos olvidarlo.

- Tenemos veinte hombres allí.

- Es cierto, señor, pero sólo uno va a salir esta noche. -«Y eso, con suerte.»

Maxwell miró al capitán Franks y dijo:

-Vamos a acercarnos a la playa. Deprisa, por favor.

- A sus órdenes, vicealmirante.

- ¿Hanoi? ¿Por qué? -preguntó Grishanov.

- Porque son las órdenes. -Vinh examinaba el parte que el capitán le había entregado-. ¡Vaya, vaya! Conque los americanos pensaban darse un paseo por aquí. Espero que vengan. ¡Esto no les resultará como Song Tay!

La posibilidad de entrar en acción no emocionó mucho al coronel Grishanov, y un viaje a Hanoi, aunque no oficial, significaba que también podía visitar la embajada. Así que dijo:

- Haré mi maleta, mayor.

- ¡Pero dese prisa! -dijo el mayor, malhumorado, mientras se preguntaba si este viaje a Hanoi se debía a alguna que otra transgresión.

Grishanov recogió sus notas y las metió en la mochila donde guardaba todo su trabajo, ya que Vinh había tenido la amabilidad de devolvérselo. Lo entregaría al general Rokossovski y, una vez estuviese en manos oficiales, podría presentar sus argumentos para que se respetara la vida de los americanos. «No hay mal que por bien no venga», recordó el aforismo inglés.

Podía oírles acercarse; todavía estaban lejos y se movían sin demasiada habilidad, probablemente cansados, pero se acercaban.

- Grillo, aquí Serpiente. Cambio.

- Le recibimos, Serpiente.

- Me largo de aquí. Hay amarillos en la colina, y vienen en mi dirección. Voy hacia el oeste. ¿Puede enviarme un helicóptero?

- Afirmativo. Tenga cuidado, hijo -dijo Maxwell con tono de preocupación.

- Me voy. Cambio y fuera.

Kelly guardó la radio y se encaminó hacia la cima. Se detuvo una vez para mirar y comparar lo que veía con lo que había visto antes.

Les había dicho a los marines que era capaz de correr muy rápido en la oscuridad. Ya era hora de demostrarlo. Oyó una vez más a los soldados vietnamitas que se acercaban. Kelly buscó una abertura en el follaje y empezó a correr cuesta abajo.

XXX. AGENTES DE VIAJES

Era evidente que algo había salido mal. Los dos helicópteros de rescate aterrizaron sobre la cubierta del Ogden sólo una hora después de haber despegado. Los tripulantes bajaron uno de los aparatos al hangar y mientras repostaron el combustible del otro, pilotado por un hombre de mucha experiencia. El capitán Albie saltó del aparato y corrió hacia la superestructura, donde le esperaba el equipo de operaciones. Sabía que el Ogden y sus escoltas navegaban velozmente hacia la costa. Los marines, decepcionados, cabizbajos y en silencio, descargaban sus armas.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Albie.

- Clark suspendió la operación. Sólo sabemos que ha tenido que abandonar la colina porque se acercaban tropas. Intentaremos sacarle de allí. ¿Adónde cree usted que ha ido? -preguntó Maxwell.

- Buscará un sitio donde pueda rescatarle el helicóptero. Vamos a echar un vistazo al mapa.

Si hubiese tenido tiempo de reflexionar, Kelly podría haber meditado sobre los repentinos cambios de la situación. Pero no tenía tiempo. Sobrevivir era la tarea primordial y la única que importaba. No era precisamente aburrida, y esperaba que no requiriese mucho

esfuerzo. No había suficientes soldados en el campo para detener un ataque, y tampoco, de momento, para patrullar adecuadamente la zona. Si preveían una operación como la de Song Tay, se mantendrían agrupados en el campo y dispondrían equipos de vigilancia en las cimas de las colinas. La cima de la colina de la Serpiente estaba a unos quinientos metros detrás de él. Kelly redujo la velocidad de su descenso y recuperó el resuello; se había quedado sin aliento más por miedo que por esfuerzo, aunque las dos causas influían en su cansancio. Encontró una cima de menor altura y descansó en la vertiente opuesta. Mientras estaba inmóvil oyó voces detrás de él, pero ningún movimiento. Por suerte había elegido una buena táctica. Probablemente irían llegando más tropas, pero para entonces estaría lejos.

«Si lograran entrar con los helicópteros.»

Era un pensamiento esperanzador.

«He estado en peores situaciones que ésta.» Estaba preparado para desafiar el reto.

Pero ¿cuándo? No podía ser pesimista.

Lo único que podía hacer era poner distancia entre él y las tropas vietnamitas. Después tendría que encontrar un lugar adecuado para que aterrizase un helicóptero y prepararse para salir de ese infierno. No podía sucumbir al pánico, pero tampoco perder el tiempo. Con el alba llegaría más tropas y, si su comandante era competente, quizá comprobaría si había alguna avanzadilla enemiga en la zona. Si no lograba salir antes del amanecer, disminuirían sus posibilidades de escapar de allí. Tenía que moverse, encontrar un lugar adecuado y contactar por radio para que mandasen un helicóptero. Tenía que escapar, y sólo quedaban cuatro horas para el alba. El helicóptero tardaría treinta minutos en llegar. Así que disponía de dos o tres horas para encontrar un sitio y hacer la llamada. No parecía difícil. Conocía la zona de SENDER CREEN por las fotografías de reconocimiento. Kelly se tomó varios minutos para echar un vistazo a los alrededores y orientarse. El camino más rápido hacia un lugar despejado requería cruzar una curva de la carretera. Era un riesgo, pero merecía la pena. Volvió a ordenar su equipo, colocando más a mano los cargadores. Kelly temía que le capturasen y le pusieran en manos de

alguien tan poco compasivo como los bastardos de PLASTIC FIOWER. Antes prefería la muerte. No se entregaría sin resistirse. Bien, ya había tomado una decisión.

–¿Debemos ponernos en contacto con él? –preguntó Maxwell.

–No, ahora no –replicó el capitán Albie, sacudiendo la cabeza–. El nos llamará. Clark debe de estar ocupado en este momento. Dejémosle en paz.

Irvin entró en el centro de información y combate, y preguntó:

–¿Qué hay de Clark?

–Está en avanzada –contestó Albie.

–¿Quiere que vaya con algunos hombres en el helicóptero de rescate? –Daba por sentado que le iban a rescatar. A los marines no les agrada abandonar a los compañeros.

–Déjemelo a mí, Irvin –dijo Albie.

–Es mejor que usted dirija la operación de rescate, señor –dijo Irvin con sensatez.

Maxwell, Podulski y Greer se mantuvieron fuera de la conversación, observando y escuchando a los dos expertos profesionales. El jefe de los marines dio finalmente la razón a su veterano suboficial.

–Coja los hombres que necesite. –Albie se volvió hacia Maxwell–. Señor, quiero que el helicóptero de rescate despegue ahora mismo.

El vicealmirante entregó sus auriculares a un oficial de marines de veintiocho años; y con ellos el mando tácito de la fracasada operación, lo que significaba, también, el final de la extensa carrera de Dutch Maxwell.

Sentía menos miedo cuando corría. A Kelly el movimiento le proporcionaba control

sobre su vida. Era una ilusión y su mente lo sabía, pero su cuerpo lo vivía así, y eso facilitaba las cosas. Llegó al pie de la colina, donde el follaje era más denso. Allí estaba. Justo al otro lado de la carretera había un lugar despejado, un prado o algo así, quizá una llanura anteriormente inundada por el río. Bien, ese lugar le serviría perfectamente. Sacó la radio. –Serpiente llamando a Grillo, cambio. –Grillo al habla. Le recibimos y estamos preparados.

–Al oeste de mi colina, al otro lado de la carretera. Un prado a unos dos kilómetros al oeste del objetivo. Estoy cerca. Espero el helicóptero. Tengo luz de señalización –dijo con voz entrecortada.

Albie examinó el mapa y las fotografías aéreas. No parecía presentar ningún problema. Señaló el lugar en el mapa y el oficial de control aéreo transmitió la información inmediatamente. Albie esperó la confirmación antes de volver a llamar a Clark.

–Roger. ¡Recibido! El helicóptero de rescate va de camino. Salió a las dos horas cero minutos.

–¡Recibido! –Albie pudo percibir el tono de alivio de Clark a pesar de las interferencias–. Estoy listo. Fuera.

«¡Gracias a Dios!»

Kelly empezó a moverse más despacio y con mayor sigilo hacia la carretera. Su segundo viaje a Vietnam del Norte no iba a durar tanto como el primero. Esta vez no tendría que escapar a nado, ni corría el riesgo de coger una infección en las aguas del condenado río a causa de las heridas de los disparos que recibió al entrar. Se relajó un poco pero la tensión no llegó a disiparse del todo. Como si se hubiese convenido, volvió la lluvia, amortiguando el ruido y reduciendo la visibilidad. Kelly la recibió agradecido. Después de todo, quizá Dios, o quien fuese, hubiese decidido no maldecirle. Se detuvo de nuevo, a diez metros de la carretera, y miró alrededor. Nada. Se concedió unos minutos de descanso para reducir la tensión. No tenía mucho sentido apresurarse por salir a campo abierto. Aferraba fuertemente el fusil, el osito de peluche del soldado de infantería, y respiraba honda y pausadamente con el propósito de reducir sus pulsaciones. Cuando comprobó que el pulso volvía a la normalidad, se preparó para cruzar la carretera.

«¡Qué carreteras más desastrosas!», pensó Grishanov. Incluso peores que las de Rusia. Cosa rara, el coche era francés. Y lo más extraño: funcionaba bastante bien, salvo por el conductor. El mayor Vinh debería haber cogido el volante. Puesto que era oficial probablemente sabía conducir, pero como fanático del rango tenía que dejar que lo hiciese su subordinado, un pequeño palurdo que sólo sabía conducir yuntas de bueyes. El coche patinaba en el fango, y la lluvia entorpecía la visibilidad. Sentado en el asiento trasero, Grishanov aferró su mochila y cerró los ojos. Era mejor no mirar. Como volar con mal tiempo, pensó. A ningún piloto le gusta, y menos aún que otra persona lleve los mandos.

Esperó antes de cruzar la carretera, atento al ruido de cualquier vehículo, el mayor peligro en ese momento. Pero no oyó nada. ¡Perfecto! El helicóptero llegaría en cinco minutos. Kelly se enderezó y extrajo de su mochila la luz de señalización. Cruzó la carretera sin dejar de mirar a la izquierda, la dirección por la que vendrían los camiones con tropas para prestar apoyo a la defensa del campo. «¡Maldita sea!»

El exceso de concentración nunca le había jugado una mala pasada, pero esta vez fue así. El ruido del coche que se acercaba, chapoteando sobre la superficie fangosa de la carretera, apenas se distinguía de los demás sonidos, y lo advirtió demasiado tarde. Cuando el

vehículo tomó la curva, él estaba justo en medio de la carretera, paralizado por los faros como un venado, y plenamente visible para el conductor. Lo que sucedió a continuación fue una reacción automática.

Kelly levantó su fusil y disparó una ráfaga corta contra el lado del conductor. El coche no viró en seguida, así que disparó contra el otro lado. El vehículo perdió el control y chocó contra un árbol. Todo pasó en unos breves segundos. Kelly volvió a sentir latir su corazón después de un aterrador intervalo. Corrió hacia el coche. ¿A quién habría matado?

El cuerpo del conductor descansaba encima del capó, con dos balas en la cabeza. Kelly abrió la puerta del pasajero. ¡El mayor! Presentaba también impactos de bala en la cabeza, pero los disparos se habían desviado un poco y tenía el cráneo abierto por el lado derecho; su cuerpo aún temblaba. Kelly sacó el cuerpo del coche, y cuando se arrodilló para registrarlo oyó un gemido en el interior del vehículo. Allí había otro hombre... ¡Un ruso! En el suelo, en la parte trasera. Kelly le sacó de allí. El hombre aferraba una mochila.

Lo que siguió fue tan automático como los disparos. Le dio un culatazo en la cabeza y luego registró el uniforme del mayor, buscando material de espionaje. Metió toda la documentación en sus bolsillos. El vietnamita le miraba con el único ojo que conservaba.

–La vida es una mierda, ¿verdad que sí? –dijo Kelly fríamente, mientras el ojo perdía su animación–. –¿Qué voy a hacer contigo? –preguntó Kelly, volviendo al cuerpo del ruso–. Tú eres el maldito cabrón que ha estado maltratando a los nuestros, ¿no? –Se arrodilló, abrió la mochila y extrajo un montón de papeles que le dieron la respuesta, ya que el coronel soviético no estaba en condiciones de hacerlo.

«Piensa rápidamente, John, el helicóptero llegará dentro de muy poco.»

–Veo la luz de señalización –dijo el copiloto.

–¡Vamos allá! –dijo el piloto, poniendo el Sikorski a toda potencia.

Cuando estaba a ciento cincuenta metros del claro, tiró de la palanca de mando, con el morro levantado a cuarenta y cinco grados. El aparato se detuvo y se equilibró a escasos metros de la luz de señalización. El helicóptero de rescate quedó suspendido a un metro del suelo, zarandeado por el viento. El piloto se esforzaba con denuedo por mantener estable el aparato y tardó un tiempo en reaccionar ante lo que veía. Observó que la perturbación producida por los rotores había derribado al hombre que tenía que sacar de allí, pero...

– ¿He visto a dos personas allí fuera? –preguntó por el intercomunicador.

– ¡Larguémonos de aquí! –gritó una voz por el sistema de intercomunicación–. ¡Hombre a bordo! ¡Vámonos de aquí!

–¡Ahora mismo! –El piloto tiró de la palanca de mando, pisó el pedal del timón, bajó el morro del aparato, y lo dirigió de regreso al río, acelerando cada vez más. «¿No tenía que recoger a una sola persona?» Mejor no hacer preguntas. Su misión era pilotar, y le quedaban cuarenta y cinco kilómetros tortuosos hasta llegar al mar y la seguridad.

– ¿Quién coño es éste? –preguntó Irvin.

– ¡Un autoestopista! –gritó Kelly por encima del ruido de los motores.

Sacudió la cabeza. Las explicaciones serían largas, y tendrían que esperar. Irvin comprendió, y le ofreció su cantimplora. Kelly la vació. Entonces empezó a temblar, delante de la tripulación del helicóptero y cinco marines. Kelly temblaba como si estuviese en el Artico, abrazándose, acurrucado y con los brazos rodeando las rodillas, sin soltar su fusil, hasta que Irvin se lo quitó y lo descargó. El sargento de artillería vio que lo había utilizado. Más tarde se enteraría de por qué y contra quién. Los artilleros de las puertas recorrían con la mirada el valle del río, mientras el helicóptero volaba a gran velocidad y a apenas treinta metros de la superficie. Contra sus pronósticos, el viaje de vuelta transcurrió sin incidentes. ¿Qué había fallado? La respuesta la tenía el hombre que acababan de recoger. Pero ¿quién diablos era el otro? Llevaba uniforme ruso. Dos marines le vigilaban. Le habían atado las manos y habían abrochado las correas de su mochila.

– Aquí Rescate Uno, vamos de regreso. Tenemos a bordo a Serpiente. Cambio.

–Rescate Uno, aquí Grillo. Mensaje recibido. Cambio y fuera. –Albie levantó los ojos–. Lo hemos conseguido.

Podulski había encajado muy mal el fracaso, peor que los de-más. B OX W 0 0 D G RE E N había sido idea suya. El éxito hubiera cambiado muchas cosas. Quizá hubiese abierto las puertas a C E RTAI N CO R N ET y cambiado el curso de la guerra... y la muerte de su hijo no hubiese sido en vano. Levantó los ojos y miró a los demás. Estuvo a punto de pedirles que lo intentaran de nuevo, pero guardó silencio: habían fracasado. Era un concepto amargo y una realidad aún más amarga para una persona que había servido a su país adoptivo durante casi treinta años.

-¿Mal día? -preguntó Frank Allen.

El teniente Mark Charon estaba sorprendentemente animado para ser una persona que acababa de matar a alguien y de pasar por un riguroso interrogatorio.

-¡Pobre imbécil! No tenía que terminar así -dijo Charon-. Supongo que no le atraía la idea de ir a vivir a Falls Road -añadió el teniente de la brigada de narcóticos, haciendo referencia al penal del estado de Maryland. Ubicado en el centro de Baltimore, el edificio tenía un aspecto tan tenebroso que los reclusos le llamaban el castillo de Frankenstein.

Allen no tenía mucho que contar. El procedimiento para este tipo de incidente era sencillo. Charon estaría de permiso administrativo durante diez días, mientras el departamento se aseguraba de que el incidente no hubiese violado ninguna norma. En esencia consistía en unas vacaciones pagadas de dos semanas, salvo en el caso de que Charon tuviese que acudir a nuevos interrogatorios, cosa poco probable puesto que varios policías habían participado en los hechos, y uno de ellos lo había presenciado todo a sólo seis metros de distancia.

- Soy yo quien lleva el caso, Mark -dijo Allen-. He repasado los datos preliminares. Parece que todo saldrá bien. ¿Hizo alguna cosa que pudo haberlo asustado?

Charon negó con la cabeza, y contestó:

- No. No grité, ni le dije nada hasta que intentó sacar su arma. Intenté tranquilizarle, le pedí que se calmase, pero él hizo todo lo contrario. Eddie Morello murió por tonto -afirmó el teniente, disfrutando de saber que decía la verdad.

-Bueno, no voy a lamentar la muerte de un traficante. Ha sido un buen día para todos, Mark.

-¿Cómo está Frank? -Charon se sentó y cogió un cigarrillo.

- Hoy he recibido una llamada de Pittsburgh. Parece que hay un testigo del asesinato de las chicas en el caso que llevan Em y Tom.

- ¿De veras? Es una buena noticia. ¿Qué sabemos de él?

- Al parecer, es una muchacha que presenció los asesinatos de Madden y Waters. Ha hablado con su pastor acerca del asunto, y él está intentando convencerla de que se lo cuente a la policía.

-¡Fantástico! -afirmó Charon, disimulando su malestar al igual que había hecho con su júbilo después de realizar con éxito su primer asesinato por encargo. Otro cabo suelto. Con suerte, éste sería el último.

El helicóptero aterrizó suavemente en la cubierta del Ogden. Tan pronto tocó suelo, los hombres bajaron a cubierta. Unos marineros lo fijaron con cadenas. En primer lugar salieron los marines, aliviados de encontrarse a salvo pero decepcionados por los resultados de la noche. Habían regresado al barco casi a la misma hora en que tenían planeado volver con sus compañeros rescatados, y habían esperado con ansiedad ese momento, como un equipo de fútbol que saborea la victoria por anticipado. Pero todo había acabado. Habían perdido, y aún no sabían por qué.

Irvin y otro soldado bajaron un cuerpo y luego descendió Kelly, para sorpresa de los altos oficiales allí reunidos: ¡conque efectivamente había visto dos cuerpos en el claro! Se sentía satisfecho de haber llevado a cabo otra misión de rescate, más o menos con éxito, en Vietnam del Norte.

- ¿Quién diablos es ése? -preguntó Maxwell, mientras la nave empezaba a virar hacia el este.

- Caballeros, creo que sería mejor llevarle dentro y aislarle en seguida -dijo Ritter.

-Está inconsciente, señor.

- Entonces llame también a un médico -ordenó Ritter.

Eligieron uno de los alojamientos para tropas. A Kelly le permitieron lavarse la cara, pero nada más. Un médico examinó al ruso y comprobó que estaba aturdido pero sano, sin indicios de conmoción cerebral. Dos marines le vigilaban de cerca.

-Cuatro camiones -dijo Kelly-. Llegaron de pronto. Un pelotón de refuerzo... probablemente con armas pesadas. Se presentaron allí cuando el equipo de asalto estaba de camino, y empezaron a cavar zanjas... Eran cincuenta hombres, más o menos. Así pues, tuve que suspender la operación.

Greer y Ritter se miraron mutuamente. No era una coincidencia.

Kelly miró a Maxwell y dijo:

-Lo siento, señor. -Hizo una pausa-. No era posible llevar a cabo la misión con éxito. Tuve que dejar la colina porque estaban patrullándola. Quiero decir, incluso si hubiésemos podido encargarnos de ellos...

- Disponíamos de helicópteros de ataque, ¿recuerdan? -gruñó Podulski.

- Ya está bien, Cas -previno James Greer.

Kelly miró fijamente al vicealmirante antes de responder a la acusación, y finalmente dijo:

- Señor, las posibilidades de éxito eran nulas. Ustedes me encargaron vigilar el objetivo a fin de hacerlo con la máxima seguridad, ¿no es así? Con más tropas quizá pudiésemos haberlo llevado a cabo... el equipo de Song Tay podía haberlo hecho. Habría sido un poco sangriento, pero tenían la potencia de fuego suficiente para atacar el objetivo de frente.

-Volvió a sacudir la cabeza-. De esta manera no.

- ¿Está seguro? -preguntó Maxwell.

Kelly asintió y dijo:

- Sí, señor. Totalmente seguro.

- Gracias, señor Clark -dijo el capitán Albie en voz baja, sabiendo que decía la verdad.

Kelly se limitó a permanecer sentado, todavía tenso a causa de los acontecimientos de esa noche.

- De acuerdo -dijo Ritter, después de un momento de silencio-. ¿Quién es nuestro invitado, señor Clark?

-Metí la pata -admitió Kelly, tras explicarles cómo le había pillado el coche-. Maté al conductor y al comandante del campo... creo que era el comandante. Llevaba estos papeles encima. -Kelly sacó los documentos de sus bolsillos y los entregó-. El ruso llevaba más papeles. Supuse que no sería una buena idea dejarle allí. Creí que podía serles útil.

- Estos documentos están escritos en ruso -afirmó Irvin.

- Démelos -ordenó Ritter-. Sé algo de ruso.

- Necesitamos a alguien que hable vietnamita.

- Yo tengo un hombre -dijo Albie-. Irvin, llame al sargento Chalmers.

-Sí, capitán.

Ritter y Greer se sentaron ante una mesa.

- ¡Dios mío! -exclamó el agente de la CIA, echando un vistazo a los apuntes-. Este hombre lo sabe todo... ¿Quién es ese Rokossovski? ¿Es el tipo de Hanoi? Aquí está el resumen...

El sargento Chalmers, un especialista en espionaje, estudió los documentos del mayor

Vinh. Los demás esperaron pacientemente a que los dos hombres terminaran su lectura.

-¿Dónde estoy? -preguntó Grishanov en ruso. Hizo un gesto para quitarse la venda de los ojos, pero comprobó que no podía mover las manos.

- ¿Cómo se encuentra? -preguntó una voz en el mismo idioma.

- El coche chocó contra algo. -Hizo una pausa-. ¿Dónde estoy?

- Está a bordo del Ogden, de la marina norteamericana, coronel -dijo Ritter en inglés.

El cuerpo del ruso, atado a una litera, se puso rígido, y el prisionero repuso, en ruso, que no hablaba inglés.

-Entonces, ¿por qué ha escrito algunos de sus apuntes en inglés? -preguntó Ritter con tono razonable.

- Soy un oficial soviético. No tiene derecho a...

-Tenemos el mismo derecho que usted, que interrogó a prisioneros de guerra americanos y conspiró para matarlos, camarada coronel.

- ¿Qué quiere decir?

- Su amigo el mayor Vinh está muerto, pero tenemos sus informes. Supongo que ya había terminado de interrogar a nuestra gente, ¿me equivoco?, y el ejército de Vietnam del Norte estaba buscando una forma discreta de eliminarlos. ¿Me quiere decir que no sabía nada acerca de eso?

La palabrota que Ritter escuchó era especialmente desagradable, pero aún le sorprendió más que la voz expresara auténtica sorpresa. Aquel hombre estaba demasiado herido para disimular. Levantó los ojos y miró a Greer.

-Tengo que terminar de leer los documentos. ¿Quiere hacerle compañía a nuestro invitado?

La única cosa buena que le ocurrió a Kelly esa noche fue descubrir que el capitán Franks conservaba la botella de whisky. Al terminar la sesión de información, la encontró en su camarote y se sirvió tres medidas generosas. Después de liberar la tensión sufrida durante la noche, el agotamiento físico se apoderó de él. El alcohol hizo el resto y Kelly cayó encima de su litera sin siquiera ducharse.

Se decidió que el Ogden debía seguir su rumbo previsto, navegando a veinte nudos hacia la base naval de la bahía de Subic. El barco recuperó la tranquilidad. La tripulación, tras la excitación ante la expectativa de una misión importante y dramática, estaba abatida por su fracaso. Las guardias se sucedían y todo volvía a ser como antes, pero en los comedores sólo se oía el ruido de las bandejas y los cubiertos de metal, sin los chistes y las anécdotas de costumbre. Los del equipo sanitario eran los más deprimidos. Sin nadie de quien ocuparse y nada que hacer, se limitaban a deambular de un lado a otro. Antes del mediodía partieron los helicópteros Cobra hacia Danang, y los de rescate al portaaviones. Los operadores de la sala de inteligencia electrónica volvieron a sus deberes rutinarios, a registrar las frecuencias en busca de mensajes, de un nuevo objetivo que sustituyese al otro.

Kelly no esperó hasta las seis de la tarde. Después de ducharse, bajó en busca de los marines. Les debía una explicación, pensó. Alguien tenía que dársela. Los encontró en el mismo lugar. La maqueta estaba todavía en la mesa.

-Estuve justo aquí -dijo.

- ¿Cuántos enemigos había?

-Cuatro camiones. Llegaron por carretera y se detuvieron delante del campo -explicó Kelly-. Cavaron zanjas para instalar armas pesadas aquí y aquí, y enviaron patrullas a mi colina. Antes de marcharme, vi a los soldados dirigirse hacia allí.

- ¡Vaya! -dijo uno de los jefes de pelotón-. Justo por donde íbamos a pasar nosotros.

- Sí -confirmó Kelly-. Bueno, así ocurrió.

- ¿Cómo sabían que tenían que enviar refuerzos? -preguntó un cabo.

- Ese no es mi trabajo.

-Gracias, serpiente -volvió a decir el jefe de pelotón, apartando la mirada de la maqueta que pronto sería arrojada al mar-. Qué mala suerte, ¿no?

Kelly asintió y dijo:

- Lo siento, amigo. Lo siento mucho.

- Señor Clark, mi mujer espera un niño para dentro de dos meses. Si no fuese por usted... -El marine le tendió la mano por encima de la maqueta.

Kelly se la estrechó y dijo:

- Gracias, señor...

- ¿Señor Clark? -Un marinero asomó la cabeza por la puerta-. Los almirantes le buscan. Están en la cámara de oficiales, señor.

-El doctor Rosen al habla -dijo Sam.

-Hola, doctor, soy el sargento Douglas.

- ¿En qué puedo servirle?

- Estamos intentando localizar a su amigo John Kelly. Su teléfono no contesta. ¿Tiene alguna idea de dónde puedo encontrarle?

-No le he visto en mucho tiempo -contestó el cirujano con cautela.

-¿Sabe de alguien que le haya visto?

- Lo preguntaré. ¿Qué ocurre? -Estaba seguro de que era una pregunta comprometida, pero tenía curiosidad.

- Yo... no puedo decírselo, doctor. Espero que lo comprenda.

- Entiendo. Preguntaré. ¿De acuerdo?

-¿Se encuentra mejor? -preguntó Ritter.

- Más o menos -contestó Kelly-. ¿Qué hay del ruso?

- Clark, puede que haya hecho usted algo útil. -Ritter señaló una mesa sobre la que había más de diez pilas de documentos.

- Piensan matar a los prisioneros -dijo Greer.

- ¿Quiénes? ¿Los rusos?

- No, los vietnamitas. Los rusos quieren mantenerles con vida. El tipo que usted recogió intentaba llevarles a Rusia -dijo Ritter, cogiendo un folio de uno de los montones-. Aquí tengo el borrador de su carta, en la cual intenta justificar esa decisión a sus superiores.

-¿Y eso es bueno o malo?

Los ruidos que llegaban del exterior eran diferentes, pensó Zacharias. Ahora parecía haber más gente. Las voces que oía eran más rotundas, pero ignoraba la razón de ese repentino cambio. Era el primer día, en un mes, que Grishanov no le visitaba ni siquiera unos minutos. Ahora sentía la soledad aún más que antes, y su única compañía era el doloroso recuerdo de que había dado a la Unión Soviética un curso avanzado de defensa aérea continental. No quería hacerlo, no sabía lo que hacía. Sin embargo, eso no le servía de consuelo. El ruso le había engañado, y el coronel Robin Zacharias lo había desembuchado todo, encandilado por las muestras de bondad y solidaridad de un ateo... y por el alcohol. La estupidez y el pecado, una apropiada combinación de debilidades humanas, y él era culpable de ambas cosas.

Su vergüenza era tan grande que ni siquiera le quedaban lágrimas. Estaba desconsolado, sentado en el suelo de su celda, mirando fijamente el basto y sucio hormigón bajo sus pies descalzos. Había violado el juramento de lealtad a su país y a su Dios, se dijo Zacharias. En

ese momento un guardia introdujo la cena por debajo de la puerta: sopa aguada de calabaza y arroz agusanado. Zacharias no se movió para cogerlo.

Grishanov sabía que era hombre muerto. Nunca le dejarían marchar. Ni siquiera podían admitir que le tenían en su poder. El desaparecería, como tantos rusos desaparecidos en Vietnam; algunos en emplazamientos de misiles SAM, y otros mientras desempeñaban algún trabajo para esos pequeños bastardos desagradecidos. ¿Por qué le daban de comer tan bien? Tenía que ser un buque de guerra grande; era la primera vez que el coronel estaba en alta mar. Aunque la comida fuese buena, le costaba retenerla en el estómago, pero se juró conservar un mínimo de dignidad y no sucumbir al mareo y al miedo. Era un buen piloto de caza y había tenido que afrontar la muerte en más de una ocasión, normalmente a los mandos de un avión con problemas. Recordó haber pensado en lo que dirían a su mujer Marina. ¿Qué harían esta vez? ¿Enviarle una carta? ¿Se harían cargo sus compañeros de su familia? ¿Le concederían una pensión digna?

-¿Me está tomando el pelo?

-Señor Clark, el mundo puede ser un lugar muy extraño a veces. ¿Cree usted que les caen bien a los rusos?

-Les dan armas y les entrenan, ¿no?

Ritter apagó el cigarrillo y contestó:

- Nosotros también lo hacemos en muchos lugares del mundo. No siempre son buena gente, pero no tenemos más remedio que trabajar con ellos. Lo mismo pasa con los rusos, tal vez no tanto, pero bastante parecido. De todas formas, ese Grishanov estaba haciendo un esfuerzo considerable para mantener vivos a nuestros hombres. -Ritter cogió otro folio del montón-. Aquí tengo una solicitud, pidiendo mejor comida... y hasta un médico.

-Entonces, ¿qué hacemos con él? -preguntó Podulski.

- Eso, caballeros, es nuestro problema -contestó Ritter mirando a Greer, que asintió con la cabeza.

- Un momento -objetó Kelly-. Les estaba interrogando.

- ¿Y qué? -dijo Ritter-. Ese era su trabajo.

- Nos estamos alejando del asunto -dijo Maxwell.

James Greer se sirvió una taza de café y dijo:

-Yo lo sé. Tenemos que actuar con rapidez.

- Y por último... -Ritter señaló una traducción del mensaje vietnamita-, sabemos que alguien nos traicionó. Vamos a encontrar a ese bastardo.

Kelly no estaba lo suficientemente despierto todavía para seguir la conversación, y menos aún para darse cuenta de que se había convertido en uno de los personajes principales del asunto.

-¿Dónde está John?

Sandy O'Toole levantó la mirada de los papeles en los que estaba trabajando. Le quedaba poco para terminar su turno y la pregunta del profesor Rosen reavivaba una preocupación que ella había logrado reprimir durante más de una semana.

- Fuera del país. ¿Por qué?

- Me ha llamado la policía. Le están buscando.

«¡Dios mío, no!»

-¿Por qué?

- No me lo han dicho. -Rosen miró alrededor. Estaban a solas en la sala de enfermeras-. Sandy, sé lo que ha hecho... quiero decir que creo que lo sé, pero no estoy...

- Yo tampoco lo sé con certeza -confirmó Sandy-. ¿Qué podemos hacer?

Rosen hizo una mueca y apartó la mirada antes de responder:

- Como buenos ciudadanos, debemos colaborar con la policía. Pero no lo estamos haciendo. ¿Sabe dónde podría estar?

-Me lo dijo, pero es confidencial. Está trabajando para el gobierno en... -No terminó, no podía articular la palabra-. Me dejó un número de teléfono. No lo he utilizado.

- Yo lo haría -dijo Sam, y se marchó.

No era justo. El estaba fuera, cumpliendo un deber peligroso e importante -tenía que ser importante-, y al regresar se vería involucrado en una investigación policial. A la enfermera O'Toole le parecía que eso era el colmo de la injusticia. Pero se equivocaba.

- ¿Está en Pittsburgh?

-Eso es lo que me dijo -confirmó Henry.

- Por cierto, es fantástico tener un hombre dentro, trabajando para usted. Muy profesional -dijo Piaggi.

- Me dijo que teníamos que encargarnos de ella lo antes posible. Todavía no ha hablado.

- ¿Ella lo vio todo? -Piaggi no tuvo que añadir que eso no le parecía en absoluto profesional-. Tener a la gente a raya es una cosa, Henry, pero convertirlos en testigos es otra.

- Tony, me ocuparé del asunto, pero primero tenemos que solucionar el problema de la chica lo antes posible, ¿me entiende?

- A Henry Tucker le parecía que sólo le quedaban unos metros para cruzar la línea de meta, tras la cual le esperaban la seguridad y la prosperidad. Si cinco personas más tenían que morir para que él pudiese cruzarla le traía sin cuidado, después de lo que le había costado llegar hasta ahí.

- Prosiga.

-Se apellida Brown. Su nombre es Doris. Su padre se llama Raymond.

-¿Está seguro?

- Las muchachas hablan entre ellas. Tengo también su dirección. Usted tiene contactos. Tenemos que utilizarlos cuanto antes. Piaggi anotó la información, y dijo:

- De acuerdo. Nuestros amigos de Filadelfia pueden hacerse cargo del asunto. No será barato, Henry.

- No esperaba que lo fuese.

La cubierta de vuelo del Ogden parecía vacía. Los cuatro helicópteros asignados a la misión se habían marchado, y la cubierta volvía a ser la plaza del pueblo del buque. El barco navegaba bajo un cielo despejado, cuajado de estrellas a las que se unió, a primera hora de la madrugada, la fina hoz de la luna menguante. No había por allí ningún marinero. Aquellos que permanecían despiertos a esa hora, estaban de servicio, pero para Kelly y los marines el ciclo del día y la noche se había desfasado, y las paredes de acero gris de sus alojamientos les confinaban demasiado para poder pensar con claridad. La estela del barco adquiría un curioso tono verde luminoso a causa del fotoplancton que levantaban sus hélices tras de sí. En popa, media docena de hombres contemplaban la estela en silencio.

- Podría haber sido mucho peor. -Kelly se volvió. Era Irvin.

-Y podría haber sido mucho mejor, sargento.

-Esos soldados no aparecieron por casualidad, ¿eh?

-No creo que deba hablar de ello. ¿Eso contesta a su pregunta?

-Sí, señor. Y Jesús dijo: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.»

- ¿Y qué pasa si lo saben?

Irvin gruñó, y respondió:

–Creo que usted sabe muy bien lo que estoy pensando. Fuese quien fuese, nos podían

haber matado a todos.

–Sabe, sargento, por una vez en mi vida me gustaría acabar algo con éxito –dijo Kelly.

–Sí. –Irvin hizo una pausa corta antes de seguir–. ¿Por qué querría alguien hacer algo semejante?

Una forma surgió de la oscuridad. La elegante silueta del Newport News se perdió a doscientos metros navegando sin luces como una presencia espectral. El último de los grandes cruceros de la Armada, una criatura de otra época, regresaba a la base, después del fracaso que compartían Kelly e Irvin.

–Siete-uno-tres-uno –dijo una voz femenina.

–Quisiera hablar con el almirante James Greer, por favor –dijo Sandy a la secretaria.

–No se encuentra aquí en este momento.

- Sabe cuándo volverá?

–No lo sé, lo siento.

– Es imprescindible que hable con él.

– ¿Le importaría decirme su nombre?

– ¿Adónde estoy llamando?

–Esto es el despacho del contraalmirante Greer.

– Quisiera saber si hablo con el Pentágono.

–¿No lo sabe?

Sandy no lo sabía, y esa pregunta la desconcertó.

–Por favor, necesito su ayuda.

– ¿Quién llama, por favor?

– ¡Necesito saber con qué lugar hablo!

–No se lo puedo decir –respondió la secretaria, dispuesta a no comprometer la seguridad nacional de Estados Unidos.

–¿Estoy hablando con el Pentágono?

Bueno, eso sí se lo podía decir.

– No, esto no es el Pentágono.

«Pero, ¿adónde estoy llamando?», se preguntó Sandy. Respiró hondo y dijo:

–Un amigo mío me dio este número para que pudiese tener

noticias suyas. Está con el almirante Greer. Me dijo que yo podía llamar a este número para saber si estaba bien.

– No entiendo nada.

– ¡Mire, sé que está en Vietnam!

–Señorita, no puedo hablar del paradero del contraalmirante Greer.

¿Alguien había violado la confidencialidad? No tendría más remedio que presentar un informe sobre el asunto.

–¡No tiene nada que ver con él, sólo quiero tener noticias de John! –«Tranquilízate. Si te pones nerviosa no vas a conseguir nada», pensó.

–¿Quién es John? –preguntó la secretaria. Sandy volvió a respirar a fondo.

Tragó saliva, y dijo:

– Quisiera dejar un mensaje para el almirante Greer. Dígale que ha llamado Sandv. Se trata de John. El lo entenderá. ¿De acuerdo? El sabe de lo que se trata. Esto es muy importante. –Le dio los números de teléfono de su casa y del trabajo.

– Haré lo que pueda. Adiós. –La secretaria colgó.

Sandy estaba a punto de gritar. Así que el almirante también había ido. Bueno, eso significaba que estaría cerca de John. La secretaria le daría el mensaje. A esa clase de personas, si le decías que era muy importante, no se les ocurría pensar otra cosa. Era mejor conservar la calma. De todas formas, la policía tampoco podría encontrarle mientras estuviera allí. Pero durante el resto del día y el siguiente, los segundos se le hicieron horas.

Al principio de la tarde, el Ogden entró en la base naval de la bahía de Subic. En la humedad aplastante de los trópicos, la maniobra de atracar el barco parecía durar una eternidad. Finalmente, los marineros lanzaron los cabos al muelle y arrimaron una pasarela al costado del barco. Un civil subió corriendo, incluso antes de que la acabasen de asegurar. Un poco más tarde, los marines desembarcaron y subieron a un autobús que les llevaría a Cubi Point. La tripulación les observó partir, tras intercambiar algunos apretones de manos. Todos deseaban tener un buen recuerdo del viaje, pero no encontraban las palabras adecuadas para la despedida. El C-141 les esperaba para llevarles a casa. El señor Clark, como observaron algunos, no estaba entre ellos.

John, parece que una amiga suya está muy preocupada por usted –dijo Greer, entregándole el mensaje. Era la parte más amable de los que había llevado de Manila un joven agente de la CIA. Kelly lo leyó, mientras los tres almirantes echaban un vistazo a los otros.

–¿Tengo tiempo para llamarla, señor? Está preocupada por mí.

– ¿Le dejó usted el número de teléfono de mi despacho? –Greer estaba un tanto molesto.

– Su marido murió sirviendo con el Primero de Caballería, señor. Se preocupa mucho – explicó Kelly.

–De acuerdo.

–Greer se olvidó de sus propios problemas por un momento–. Le diré a Barbara que la llame para decirle que está bien.

Los partes que habían llegado con el agente de la CIA eran menos agradables. Tanto Maxwell como Podulski recibieron órdenes de volver a Washington lo antes posible para informar sobre el fracaso de B OX W O O D CREEN. Ritter y Greer tenían órdenes similares, aunque éstos tenían un triunfo en la mano. Un KC-135 les esperaba en la base aérea de Clark y, por lo tanto, estarían de vuelta antes que los otros dos. La mejor noticia por el momento tenía relación con el desfase horario. El vuelo de regreso a la Costa Este de América lo ajustaría de nuevo.

El coronel Grishanov se reunió con los almirantes. Llevaba ropa prestada por el capitán –los dos hombres eran de la misma talla aproximadamente– e iba escoltado por Maxwell y Podulski. Kolya sabía que, en una base naval americana situada en un país aliado, las posibilidades de escapar eran nulas. Ritter le hablaba en voz baja, en ruso, mientras los seis hombres bajaban la pasarela hacia los coches que aguardaban. Diez minutos más tarde subieron a un C-12 Beechcraft de doble hélice, de la Fuerza Aérea americana. Al cabo de media hora, el avión rodaba por la pista al lado de un reactor Boeing, y despegó. No había pasado ni una hora desde que desembarcaron del Ogden. Kelly encontró un asiento cómodo y, después de abrocharse el cinturón, se quedó dormido incluso antes de que el avión despegara. Le habían dicho que harían escala en Hickam, Hawai, pero no pensaba estar despierto para verlo.

XXXI. EL REGRESO DEL CAZADOR

El vuelo no resultó tan descansado para los demás. Greer había logrado enviar unos mensajes antes del despegue, pero él y Ritter estaban muy ocupados. El avión -la Fuerza Aérea se lo había prestado para la misión, sin hacer ningún tipo de preguntas- era un aparato para personalidades, perteneciente a la base aérea de Andrews, que se solía utilizar para trasladar a los miembros del Congreso. Eso significaba que a bordo había una surtida

provisión de alcohol y, mientras ellos bebían café puro, a las tazas del ruso añadieron coñac, poco al principio y luego en dosis que el descafeinado no era capaz de atenuar.

Ritter dirigía el interrogatorio. En primer lugar, explicó a Grishanov que no tenían intención de matarle. En efecto, eran de la CIA, y él era un agente especial -un espía, en otras palabras-con mucha experiencia tras el Telón de Acero, o, si lo prefería, trabajaba como un asqueroso espía en la pacífica Europa del Este socialista.

-Pero ése era mi trabajo, como usted, Kolya -«¿Puedo llamarle Kolya?»- tiene el suyo.

Aunque ya los conocía, le preguntó los nombres de prisioneros americanos, porque los habían encontrado en las voluminosas notas de Grishanov.

-¿Dijo usted que eran sus amigos?

Ritter le dio las gracias por sus esfuerzos por mantenerles con vida, comentando que, al igual que él, todos tenían familias. Le ofreció más café, y el coronel aceptó. Cuando preguntó si volvería a ver a su familia, Ritter le tranquilizó.

- ¿Qué cree que somos los americanos? ¿Unos bárbaros? Grishanov tuvo la buena educación de no contestar a la pregunta.

«¡Maldita sea! -pensó Greer-. Pero hay que admitir que Bob sabe lo que está haciendo.» No se trataba de valor ni de patriotismo, sino de humanidad. Grishanov era un hombre duro y probablemente un buen piloto -«¡Lástima que Maxwell y sobre todo Podulski no estuvieran allí!»-, pero después de todo era un hombre, y su buen carácter le perdió. Al igual que ellos, él no quería que muriesen los prisioneros americanos. Este hecho, más su nerviosismo, su sorpresa ante el trato cordial y el coñac, ayudaron a desatar su lengua. Pero lo que más contribuyó fue que Ritter no intentase formular ni una sola pregunta referente a asuntos importantes. «¡Por Dios!, coronel, sé que usted no nos va a revelar ningún secreto, así que no merece la pena preguntarle.»

- Fue su hombre el que mató a Vinh, ¿no? -preguntó el ruso, cuando estaban en medio del Pacífico.

-Sí, en efecto. Fue un accidente y... -El ruso le interrumpió con un ademán.

-Perfecto. Era un nekulturny, un sádico bastardo fascista. Él quería matar a esos hombres, asesinarlos -añadió Kolya con la ayuda de seis copas.

- Bien, coronel, esperamos encontrar la manera de evitarlo.

-Neurocirugía Oeste -dijo la enfermera.

-Por favor, con Sandra O'Toole.

- Un momento. ¿Sandy? -La enfermera de la recepción tendió el auricular a la enfermera jefe.

- Diga.

-Señorita O'Toole, soy Barbara... del despacho del contraalmirante Greer. Hablamos hace un tiempo.

-Sí, lo recuerdo.

-El contraalmirante me ha pedido que le informe que John se

encuentra bien y viene de regreso. -Sandy se volvió para que nadie pudiese ver sus lágrimas de alivio. Por lo menos estaba vivo.

- ¿Sabe cuándo llega?

-Quizá mañana.

- Gracias.

Colgó.

«Bueno, es algo, quizá mucho.» Se preguntó qué sería de él cuando llegara, pero por lo menos regresaba vivo, algo que Tim no había conseguido.

El brusco aterrizaje en Hickem -el piloto estaba cansado- despertó a Kelly de golpe. Un

sargento de la Fuerza Aérea le sacudió suavemente por si acaso, mientras el avión rodaba hasta uno de los extremos de la base para repostar combustible y hacer la revisión. Kelly aprovechó para bajar y estirar las piernas. Hacía calor, pero no como el opresivo calor de Vietnam. Esto era tierra americana, y aquí las cosas eran diferentes...

Por supuesto que lo eran.

«Sólo una vez más, la última -pensó-. Sí. Vov a sacar a esas muchachas de allí, como lo hice con Doris. No será muy difícil. La próxima vez cogeré a Bert y hablaremos un rato. Le soltaré cuando haya acabado con él. No puedo salvar a todo el mundo, pero... puedo salvar a algunas personas. ¡Lo juro!»

Buscó un teléfono en la sala de espera, e hizo una llamada.

- ¿Diga? -preguntó una voz soñolienta, a ocho mil kilómetros de distancia.

-Sandy, soy John -dijo con una sonrisa. Aunque aquellos prisioneros no podían regresar a sus casas todavía, él si estaba regresando a casa, y por eso daba las gracias.

- ¡John! ¿Dónde estás?

- ¿Me creerías si te digo que en Hawai?

-¿Te encuentras bien?

- Un poco cansado, pero no me han hecho ningún agujero -dijo. Oír a Sandy le llenaba de gozo, pero su alegría no duró mucho.

-John, tenemos problemas.

El sargento de la recepción vio demudarse la expresión de Kelly, que volvió la cabeza.

- Bueno, tiene que haber sido Doris -dijo Kelly-. Sólo tú y los doctores me conocéis, y...

-Nosotros no hemos hablado con nadie -aseguró Sandy.

- De acuerdo, pero llama a Doris, por favor, y... ten cuidado...

- ¿Quieres que advierta a Doris?

- ¿Puedes hacerlo?

- Sí.

Kelly se relajó un poco. Luego, prosiguió:

- Llegaré dentro de... nueve o diez horas. ¿Estarás en el hospital?

- Tengo el día libre.

- Bien. Te veré dentro de poco. Adiós.

- ¡John! -exclamó ella con apremio.

- ¿Qué?

- Me gustaría... quiero decir... -Se interrumpió.

Kelly volvió a sonreír, y dijo:

-Hablaremos de ello cuando esté en casa, cariño.

Quizá no sólo estaba regresando a casa, sino a algo más. Kelly hizo un rápido inventario de sus acciones. Todavía conservaba la pistola y otras armas escondidas en el barco. La ropa que había llevado en cada trabajo -zapatos, calcetines, traje, incluso la ropa interior- había ido a parar a un vertedero. Siempre había tenido cuidado de no dejar ninguna pista. Era posible que la policía quisiera hablar con él, pero él no tenía por qué hablar con ellos. Lo decía la Constitución, pensó Kelly mientras regresaba al avión.

La tripulación se acostó en unas literas situadas en la parte trasera de la cabina del piloto, mientras la tripulación de relevo encendía los motores. Kelly se sentó junto a los agentes de la CIA. El ruso roncaba feliz y ruidosamente.

- Va a tener una resaca espantosa -dijo Ritter, sonriendo.

- ¿Qué le han dado?

- Empezó con coñac de primera calidad y terminó con un brandy de California. El brandy te deja fatal al día siguiente -dijo Ritter con tono cansado, mientras el KC-135 empezaba a rodar. Ahora que el prisionero no estaba en condiciones de contestar preguntas, él se había servido un martini.

–¿Qué ha averiguado? –preguntó Kelly.

Ritter se lo contó. De hecho, el campo de internamiento había sido establecido para

poder negociar con los rusos, pero al parecer los vietnamitas no habían sabido sacarle partido y ahora pensaban eliminarlo junto con todos sus prisioneros.

–¿Quiere decir por culpa de la misión? ¡Dios mío!

–Correcto. Pero descuide, Clark, tenemos al ruso y podemos utilizarle para negociar –dijo Ritter con una sonrisa despiadada–. Me gusta cómo trabaja usted.

–¿Qué quiere decir?

- -Al capturar al ruso, usted demostró una iniciativa digna de elogio. Y la manera en que suspendió la misión, demuestra que tiene buen juicio.

–Mire, no lo hice... o sea, no pude...

–Usted no se equivocó, cualquier persona sensata en su lugar lo hubiera hecho. Usted tomó una decisión rápida, la más correcta. ¿Le interesaría trabajar para su país? –preguntó Ritter con una sonrisa un tanto alcohólica.

Sandy despertó a las seis y media, muy tarde para su costumbre. Recogió el periódico, puso la cafetera al fuego y decidió limitar su desayuno a unas tostadas. No dejaba de mirar el reloj de la cocina, preguntándose cuál sería la mejor hora para llamar a Pittsburgh.

En portada venía un artículo sobre un tiroteo relacionado con la droga. Un policía se había visto obligado a disparar contra un traficante. ¡Bien hecho!, pensó Sandy. Hablaban de un alijo de seis kilos de heroína de «alta pureza», una cantidad importante. Se preguntó si se trataba de la misma banda que... no, el jefe de esa red era un hombre negro, según le había dicho Doris. De todas formas, uno menos sobre la faz de la tierra. Volvió a mirar el reloj. Todavía era demasiado temprano para llamar. Se dirigió al salón y encendió el televisor. Hacía un día caluroso y húmedo. Se había acostado muy tarde la noche anterior y, después de la llamada telefónica de John, le había costado volver a dormir. Intentó seguir el Today Show y no se dio cuenta de que sus ojos empezaban a cerrarse...

Eran más de las diez cuando los volvió a abrir. Enfadada consigo misma, sacudió la cabeza para despertarse y luego fue a la cocina. El número de Doris estaba escrito en un papel pegado a la pared, al lado del teléfono. Marcó, dejó sonar el teléfono diez veces, pero nadie lo cogió. «¡Maldita sea!» ¿Habría salido de compras? ¿O habría ido a ver a la doctora Bryant? Dejó pasar una hora y volvió a llamar. Mientras tanto, pensó en lo que le iba a decir. ¿Estaba cometiendo un delito? ¿Obstruyendo la acción de la justicia? ¿Hasta qué punto estaba mezclada en este asunto? Ayudó a salvar a la chica de una muerte segura, y ahora no podía mantenerse al margen. Sólo tenía que advertirle que no comprometiese a las personas que le habían ayudado, que tuviera mucho cuidado.

El reverendo llegó tarde. Le habia entretenido una llamada en la vicaría, pues, dada su profesión, no podía excusarse con que iba a llegar tarde a una cita. Mientras buscaba aparcamiento, observó que la furgoneta de una floristería subía la cuesta y desaparecía por la derecha. El estacionó su coche en el espacio que había ocupado la furgoneta, a dos o tres puertas de la de los Brown. Estaba un tanto preocupado. Tenía que persuadir a Doris de que hablase con Peter, pensó mientras cerraba su coche. Su hijo le había asegurado que le darían protección y que serían muy discretos. Ahora sólo restaba convencer a una joven muy asustada y a su padre, cuyo amor por ella había superado las pruebas más difíciles. Se había ocupado de problemas más delicados anteriormente, se dijo el pastor. Como evitar algunos divorcios, por ejemplo. La negociación de un tratado entre naciones no debía de ser más difícil que salvar un matrimonio inestable.

El camino hacia el porche principal le pareció más empinado que de costumbre, y se agarró a la barandilla mientras subía los desconchados peldaños de hormigón. Había varios botes de pintura en el suelo, junto a la puerta principal. Quizá Raymond pen-

saba pintar la casa, ahora que volvía a tener una familia. Era una buena señal, pensó el

pastor Meyer al tiempo que pulsaba el timbre. El Ford de Raymond estaba aparcado fuera. Sabía que estaban en casa, pero nadie acudió a abrir. Quizá estuviese vistiéndose o en el cuarto de baño, como sucedía a menudo, colocando a todos en una situación enojosa. Esperó unos minutos con el ceño fruncido e insistió con el timbre. Tardó en darse cuenta de que la puerta no estaba cerrada. «Tú eres un pastor –se dijo–, no un ladrón.» Con cautela, abrió la puerta y asomó la cabeza.

–¡Hola! ¿Raymond?... ¿Doris? –llamó, lo suficientemente fuerte para que le pudiesen oír en cualquier lugar de la casa. El televisor estaba encendido, emitiendo algún necio concurso–. ¿Hay alguien en casa?

Era muy extraño. Entró en la casa, un tanto desazonado, preguntándose qué ocurría. Había un cigarrillo encendido en un cenicero, casi consumido, y el humo que ascendía verticalmente era un claro signo de que algo iba mal. Un ciudadano corriente se habría marchado, pero el reverendo Meyer no era un hombre corriente. Vio una caja de rosas de largo tallo sobre la alfombra. Las rosas no se dejaban tiradas por el suelo. De repente, recordó su época de capellán castrense, lo dolorosa pero edificante que había sido la tarea de atender espiritualmente a hombres que afrontaban la muerte. Le pareció extraño que ese recuerdo volviese con tanta claridad y su corazón empezó a latir aceleradamente. Meyer atravesó con sigilo el salón, prestando atención. Tampoco había nadie en la cocina, pero encima del fogón hervía un cazo con agua y había tazas y sobres de té encima de la mesa. La puerta que conducía al sótano también estaba abierta, y la luz encendida. Ya no podía echarse atrás. Empezó a bajar las escaleras. A mitad de camino vio sus piernas.

Padre e hija yacían sobre el suelo de hormigón, y la sangre que brotaba de las heridas de sus cabezas formaba un único charco sobre la superficie irregular. El horror le sobrecogió. Se quedó boquiabierto y luchó por recuperar la respiración, mientras contemplaba a aquellos dos feligreses cuyo funeral tendría que oficiar dos días más tarde. Estaban cogidos de la mano. Habían muerto juntos, pero el consuelo de que esa desdichada familia se había reunido de nuevo en el seno de Dios no acallaba el grito de indignación contra los asesinos. Bajó los últimos peldaños, se hincó de rodillas y tocó las manos enlazadas, rogando a Dios que tuviese piedad de sus almas. De eso estaba seguro. Puede que Doris hubiera perdido su vida, pero no su alma, pensó Meyer, y su padre había vuelto a ganar su amor. Eso explicaría a sus feligreses cuando oficiara los funerales, y nadie dudaría de que ambos habían alcanzado la salvación. Era hora de llamar a su hijo.

La furgoneta robada fue abandonada en el aparcamiento de un supermercado. Los dos hombres que se apearon de ella entraron en el supermercado y salieron por la puerta trasera del establecimiento, donde habían aparcado su coche. Después se dirigieron al sur y tomaron la autopista de peaje de Pennsylvania. En seis horas llegarían a Filadelfia. Quizá un poco más, pensó el conductor, pues no quería que les detuviera la policía. Ambos hombres eran diez mil dólares más ricos. Ignoraban el motivo, y tampoco querían saberlo.

–¡Diga!

–¿Señor Brown?

– No. ¿Quién llama?

–Me llamo Sandy. ¿Se encuentra allí el señor Brown?

– ¿Es usted conocida de la familia Brown?

–¿Quién es usted? –preguntó Sandy, alarmada, mirando fijamente a través de la ventana de la cocina.

– Soy el sargento Peter Meyer, de la policía de Pittsburgh. ¿Quién es usted?

– Soy la persona que llevó a Doris a casa... ¿Qué ocurre?

– ¿Su nombre?

–¿Se encuentran bien?

–Han muerto. Al parecer, asesinados –contestó Meyer de manera prosaica–. Necesito saber su nombre y...

Sandy colgó el auricular antes de escuchar nada más. Si seguía al teléfono, se vería obligada a contestar más preguntas. Le temblaban las piernas y se sentó en una silla. Tenía los ojos abiertos como platos. No era posible, se dijo a sí misma. ¿Cómo la habían encontrado? ¿Acaso se había puesto en contacto con ellos...? No, imposible, pensó la enfermera.

- ¿Por qué -se preguntó en voz alta-. ¿Por qué? ¿Por qué?

Ella no podía hacer daño a nadie... bueno, sí podía... pero ¿cómo la habían encontrado? Se habían infiltrado en la policía. Recordó las palabras de John. El tenía razón.

Pero ésa era una cuestión secundaria.

- ¡Maldita sea! ¡Nosotros la salvamos! -gritó Sandy.

Recordó cada minuto de aquella primera semana casi en vela, y luego el júbilo ante la mejoría de Doris, la satisfacción profesional ante el trabajo bien hecho, y la alegría en el rostro del padre al recuperarla. Todo para nada. Una pérdida de tiempo.

No.

Estaba equivocada. Ésa era su misión en la vida, curar a los enfermos, y eso había hecho. Estaba orgullosa de su éxito. No había sido tiempo perdido, sino tiempo robado. Un tiempo robado y dos vidas robadas. Rompió a llorar. Se dirigió al cuarto de baño de la planta baja y se miró en el espejo. Vio unos ojos que nunca había visto, y entonces comprendió la verdad.

La enfermedad era un dragón contra el que luchaba durante cuarenta horas a la semana. Sandra O'Toole, una enfermera brillante que colaboraba con los cirujanos de su unidad, luchaba con esos dragones a su manera, con las armas de su profesionalidad, su amabilidad, y su inteligencia, y sus triunfos eran más numerosos que sus derrotas. Y sus armas mejoraban. Cada año había nuevos adelantos y, aunque el progreso nunca avanzara lo suficiente, nunca se detenía, y quizá ella viviría lo suficiente para ver morir definitivamente al último dragón de su unidad. Era una esperanza que compartía con el profesor Rosen.

Pero existía otro tipo de dragones. A algunos no se los podía matar con bondad, medicamentos y cuidados profesionales. Ella solía derrotar a este último, pero había sido otro el que había matado a Doris. Y para vencerlo se necesitaba una espada. En las manos de un guerrero, una espada era un instrumento, necesario si querías matar a esa clase de dragones. Quizá era un instrumento que ella no podría utilizar, pero sin embargo era necesario. Alguien tenía que esgrimir esa espada. John no era un hombre malo, sino realista. Ella luchaba contra sus dragones, y él contra los suyos, pero era la misma lucha. Se había equivocado al juzgarle. Ahora lo comprendía, al descubrir en sus ojos el mismo sentimiento que había visto en los de Kelly meses atrás: una cólera terrible que se trocaba en férrea determinación.

-Ha sido un fracaso -dijo Hicks, tendiéndole una cerveza.

- ¿Qué ha sucedido, Wally? -preguntó Peter Henderson.

- La misión fue un desastre. La suspendieron justo a tiempo. Pero no hubo bajas, ¡gracias a Dios! En este momento están de regreso a casa.

- ¡Estupendo, Wally! -exclamó Henderson. No quería que muriese nadie más, lo único que deseaba era poner fin a aquella maldita guerra, al igual que Wally-. Lo siento por esos hombres del campo de internamiento, pero no se puede tener todo. ¿Qué ocurrió exactamente?

- No lo sé todavía. ¿Quieres que lo averigüe?

Peter asintió y dijo:

- Sí, pero sé discreto. Cuando la CIA mete la pata, el Comité de Inteligencia suele pedir explicaciones. Yo puedo sonsacarles la información, pero tú debes tener cuidado.

- Descuida. Estoy aprendiendo a manejar a Roger. -Hicks encendió el primer porro de la noche, para disgusto de su invitado.

- Si sigues así perderás tu acreditación para asuntos confidenciales.

-¿De veras? En ese caso tendría que trabajar con mi padre y embolsarme unos cuantos millones en Wall Street, ¿te parece?

-Wally, ¿quieres cambiar el sistema o prefieres dejar que los demás lo mantengan tal y como está?

Hicks asintió con la cabeza y contestó:

- Supongo que tienes razón.

Como llevaba el viento de cola, el KC-135 pudo completar su viaje desde Hawai sin tener que hacer escala para repostar, y el aterrizaje fue suave. Sorprendentemente, el ciclo de sueño de Kelly ya había vuelto a la normalidad. Eran las cinco de la tarde y en seis o siete horas estaría listo para volver a dormir.

– ¿Puedo disponer de un par de días libres?

– Vamos a necesitarle en Quantico para informar con detalle sobre lo sucedido – contestó Ritter, entumecido y cansado después de un largo vuelo.

-Bien, sólo quería saber si estaba bajo custodia o algo parecido. Le estaría muy agradecido si alguien me llevara a Baltimore.

–Haré lo que pueda –dijo Greer mientras el avión se detenía.

Dos hombres de la CIA subieron las escaleras de desembarque, antes incluso de que se abriese la puerta. Ritter despertó al ruso.

– ¡Bienvenido a Washington!

– ¿Me llevarán a mi embajada? –preguntó con optimismo. Ritter estuvo a punto de echarse a reír, y le contestó:

– Todavía no. Sin embargo, le llevaremos a un lugar muy confortable.

Grishanov estaba demasiado cansado para oponer objeciones y se limitó a quejarse del dolor de cabeza. Acompañado por los agentes de la CIA, bajó las escaleras y subió a un coche que aguardaba. Partieron inmediatamente hacia un piso franco, cerca de Winchester, Virginia.

– Gracias por intentarlo, John –dijo el vicealmirante Maxwell, estrechando la mano de Kelly.

– Disculpe por lo que le dije antes –dijo Cas, tendiéndole la mano también–. Usted tenía razón.

Otro coche les esperaba en la pista, y Kelly les contempló bajar del avión y subir al vehículo.

– ¿Qué les va a suceder? –preguntó a Greer.

James, que precedía a Kelly escaleras abajo, se encogió de hombros. Su respuesta llegó ensordecida por el ruido de los aviones.

–Dutch estaba a punto de conseguir el mando de una flota y quizá el puesto de comandante de Operaciones Navales. No creo que obtenga ninguno de los dos. La operación fue idea suya, y fracasó. Eso acabará con su carrera.

–No es justo –dijo Kelly.

Greer se volvió y asintió.

–No, no lo es, pero así son las cosas.

Había otro coche esperando a Greer. Ordenó al conductor que les llevara al cuartel de la Fuerza Aérea, donde pidió un coche para llevar a Kelly a Baltimore.

– Descanse y llámeme cuando esté preparado. Lo que le propuso Bob va en serio. Piénselo bien.

–Sí, señor –respondió Kelly, antes de subir al sedán azul de la Fuerza Aérea.

La vida estaba llena de sorpresas, pensó Kelly. Al cabo de cinco minutos, el sargento enfiló la Interestatal. Apenas veinticuatro horas antes, estaba a bordo de un barco, cerca de la bahía de Subic. Treinta y seis horas antes se hallaba en un país enemigo, y ahora estaba aquí, en el asiento trasero de un coche del gobierno, y el único peligro al que estaba expuesto eran

los demás conductores; al menos de momento. Volvía a estar rodeado de cosas familiares, como las señales verdes de la autopista que veía desfilar mientras el coche avanzaba entre el tráfico de la hora punta. Volvía a la normalidad, cuando tres días antes todo le resultaba extraño y hostil. Lo que más le sorprendía era la facilidad con que se había adaptado a los cambios.

El conductor guardaba silencio, salvo para pedir alguna indicación, pero debía estar preguntándose quién era ese hombre que acababa de llegar en un vuelo especial. Quizá estuviese tan acostumbrado a ese tipo de encargo que ya no sentía la menor curiosidad, reflexionó Kelly, mientras el coche enfilaba Loch Raven Boulevard.

– Gracias por el viaje –dijo Kelly.

–Ha sido un placer, señor.

El coche se marchó y Kelly caminó hasta su apartamento, divertido al comprobar que se había llevado las llaves a Vietnam. ¿Sabrían sus llaves que habían estado tan lejos? Cinco minutos más tarde, estaba bajo la ducha, la quintaesencia del modo de vida americano, cambiando de una realidad a otra. Al cabo de otros cinco minutos, vestido con unos pantalones y camisa de manga corta, salió de nuevo y se dirigió hacia su Scout aparcado a una manzana de su casa. Diez minutos más tarde se detenía cerca del chalé de Sandy. Alguien le esperaba a su regreso, por primera vez.

-¡John!

No se esperaba el abrazo, y menos aún las lágrimas de sus ojos.

– Tranquilízate, Sandy. Estoy bien. No tengo ni un solo rasguño. –Tardó en captar la desesperación que había en su abrazo. Ella apoyó el rostro contra su pecho y empezó a sollozar. Kelly comprendió que no lloraba por él–. ¿Qué sucede?

– Han matado a Doris.

El tiempo volvió a detenerse. Pareció estallar en mil pedazos. Kelly sintió un dolor profundo, cerró los ojos y volvió a estar en la colina que dominaba el campo SENDER GREEN, observando la llegada de las tropas norvietnamitas; volvió a estar en la cama del hospital, mirando una fotografía; volvió a estar delante de un pueblo desconocido, escuchando los gritos de los niños. Había regresado a casa para encontrarse con lo mismo que había dejado. No, eso no era cierto. Había vuelto a algo que nunca había dejado atrás, porque le seguía a todas partes. Nunca había logrado librarse de ello, porque en realidad nunca había acabado.

Y ahora se añadía un elemento nuevo: aquella mujer que le abrazaba, compartiendo ambos el mismo dolor.

– ¿Qué ocurrió, Sandy?

– La curamos, John, y la llevamos a su casa. Esta mañana la llamé como me pediste, pero contestó un policía. Ella y su padre, asesinados.

– No digas más.

La condujo al sofá y la ayudó a sentarse, después se sentó junto a ella. Quería que se calmara un poco, pero Sandy se aferró a él y dio rienda suelta a los sentimientos que había mantenido encerrados para no comprometer su seguridad. Kelly apoyó la cabeza de Sandy sobre su hombro y le preguntó:

– ¿Y Sam y Sarah?

– Aún no les he dicho nada. –Miró al otro extremo de la habitación con la mirada vacía. Luego volvió a su papel de enfermera y preguntó–: ¿Cómo te encuentras?

– Un poco cansado por el viaje. –Entonces sintió necesidad de contárselo, y prosiguió–: Fue un desastre. La misión fracasó. Siguen en Vietnam del Norte.

–No entiendo.

–Intentábamos liberar a un grupo de prisioneros de guerra norteamericanos, pero la suerte no nos acompañó. –Hubo un silencio y, en voz queda, añadió–: Otro fracaso.

– ¿Era peligroso?

–Sí, Sandy, desde luego que lo era, pero aquí me tienes. Sandy cambió de tema

bruscamente:

–Doris me dijo que había otras muchachas con ella, que siguen en poder de esos malvados.

–Ya lo sé. Billy me lo dijo. Intentaré sacarlas de allí. –Kelly notó que ella no reaccionaba al oír el nombre de Billy.

–No cambiará nada... sacándolas de allí, quiero decir. No cambiará nada, salvo que...

–Lo sé. –Eso era lo que le perseguía, pensó Kelly. Sólo había una manera de detenerlo. Huyendo jamás lograría alejarse de aquello. Tenía que darse la vuelta y hacerle frente.

–Bien, Henry, nuestro pequeño problema está resuelto desde esta mañana –dijo Piaggi–. Un trabajo limpio.

–Espero que no hayan dejado...

–Cálmate, Henry, eran dos profesionales. Hicieron su trabajo y ahora están a cientos de kilómetros del lugar. No dejaron ningún rastro, salvo los dos cuerpos –aseguró Tony a su socio. El mensaje telefónico había sido muy claro. Había sido un trabajo fácil, puesto que ninguna de las víctimas sospechaba nada.

–Así pues, asunto concluido –observó Tucker con satisfacción. Sacó del bolsillo un sobre abultado y se lo entregó a Piaggi, que, como buen socio, había adelantado el dinero.

–Con Eddie fuera de circulación y el único testigo bajo tierra, las cosas deben volver a la normalidad.

«Son los veinte mil dólares mejor empleados de mi vida», pensó Henry.

-Otra cosa, Henry, ¿qué hacemos con las otras chicas? -preguntó Piaggi con mordacidad-. Ahora tienes un negocio de verdad. Podría ser peligroso tener a ese tipo de personas dentro de la organización. Encárgate de ellas, ¿de acuerdo?

-Les dispararon en la cabeza, por detrás, con un revólver calibre 22 -informó el detective de Pittsburgh por teléfono-. Hemos registrado la casa pero no hemos encontrado nada. Ni la caja de flores ni la furgoneta nos han dado ninguna pista. Quizá robaron la furgoneta la noche anterior, o esa misma mañana, no estamos seguros. La floristería tiene ocho vehículos como ése. La encontramos incluso antes de que denunciaran el robo. Tienen que ser profesionales. Es un trabajo demasiado limpio para ser obra de un aficionado local. Nuestros informadores no saben nada. Probablemente se marcharon de la ciudad. Dos personas vieron la furgoneta. Una mujer vío a dos hombres dirigirse hacia la puerta de la casa. Pensó que eran empleados de la floristería. Estaba en el otro lado de la calle, a bastante distancia, y no pudo darnos una descripción de los individuos. Ni siquiera recuerda si eran blancos o negros.

Ryan y Douglas, que estaban escuchando esta conversación desde otro teléfono, cruzaron una mirada. Por el tono de voz sabían de qué iba. Era el tipo de caso que los policías odian y temen: sin móvil aparente, sin testigos, sin pruebas útiles. Sin un punto de partida y una dirección que seguir. La investigación de rutina resultaría tan previsible como inútil. Interrogarían a los vecinos, pero era un barrio de obreros, así que cuando sucedió la mayoría estaría fuera, trabajando. La gente suele fijarse en lo que se sale de lo normal y la furgoneta de una floristería no atrajo la curiosidad de nadie. El crimen perfecto no era algo imposible, un secreto conocido dentro de la fraternidad de los detectives y ocultado por un sinfín de novelas policíacas que presentaban a los policías como héroes sobrehumanos, algo que ellos nunca habían pretendido, ni siquiera cuando bromeaban

entre copa y copa. Quizá resolverían el caso algún día. Tal vez detendrían a uno de ellos por otra cosa, y confesaría ese crimen. También podía ocurrir, aunque era menos probable, que esos dos se jactaran del asunto delante de un informador de la policía, pero en cualquier caso requeriría tiempo. Mientras tanto, las escasas pistas desaparecerían para siempre. Era la

parte más frustrante del trabajo de detective. Habían muerto dos personas inocentes, y no había nadie para vengar sus muertes. Luego habría nuevos casos, y la policía abandonaría la investigación de éste para ocuparse de los más recientes; de vez en cuando alguien abriría el expediente para echarle un vistazo y luego lo devolvería al cajón de los casos sin resolver, donde engordaría a base de los informes periódicos que certificaban que no había nada nuevo.

Para Ryan y Douglas era aún peor. Se reabría la posibilidad de un vínculo con los dos casos sin resolver. Todos se sentirían afectados por la muerte de los Brown. Tenían amigos, vecinos y, por lo visto, un buen pastor. Les echarían de menos. Pero los expedientes que llenaban la mesa de Ryan eran sobre personas por las que sólo se preocupaba la policía, lo que en cierto modo hacía que todo fuera aún más triste, porque no había nadie para llorar la muerte de esas personas, excepto la policía, a la que pagaban para hacerlo. Que aparentemente se tratara de otro asesinato de una serie, sólo empeoraba las cosas, porque desconocían la relación que los vinculaba. Sin embargo, Ryan sabía que este asesinato no era obra del hombre invisible.

- Detective Meyer -preguntó Ryan-, ¿cómo estaba el cuerpo de Doris?

– ¿Qué quiere decir?

Le pareció una pregunta absurda incluso antes de formularla, pero su interlocutor al otro lado de la línea la entendería, así que insistió:

-¿Cómo estaba físicamente?

-Mañana le hacen la autopsia, teniente. Estaba correctamente vestida, limpia y bien peinada. Tenía un aspecto presentable. -«Salvo por los agujeros de su cabeza», pensó Meyer.

Douglas adivinó los pensamientos de Ryan y asintió con la cabeza. «Alguien se ocupó de su recuperación.» Ya tenían un punto de partida para la investigación.

–Le agradecería me enviase cualquier cosa que pueda servir de ayuda. Podemos ayudarnos mutuamente –aseguró Ryan.

–Descuide, pero no vemos muchos casos como éste. No me gusta nada –dijo el detective.

Sin duda era un lugar seguro. Situada en medio de una finca de cuarenta hectáreas de tierras onduladas, en las colinas de Virginia, la mansión disponía de una cuadra con doce caballos de carreras. La escritura de la casa figuraba a nombre de una persona real, pero el propietario vivía en otra casa en la localidad, y alquilaba ésta a la CIA a través de una compañía ficticia, porque había servido en las Fuerzas Especiales y no le pagaban nada mal. Desde fuera parecía una casa normal, pero una inspección detallada revelaba que los marcos de las ventanas y las puertas eran de acero y los cristales, más gruesos de lo normal y sellados. Estaba tan protegida contra los asaltos y los intentos de fuga como una prisión de máxima seguridad, pero era bastante más agradable.

Grishanov encontró ropa para cambiarse y cosas para afeitarse, que no podía utilizar para lesionarse. El espejo del cuarto de baño era de metal, y el vaso, de papel. El matrimonio que se ocupaba de la casa hablaba un ruso aceptable, e intentaba mostrarse simpático en la medida de lo posible. Conocían la identidad de su nuevo invitado y estaban acostumbrados a tener como huéspedes a los desertores políticos, aunque todos sus invitados estaban «protegidos» por un equipo de cuatro guardias que custodiaban el interior de la casa y dos en el exterior.

Como ocurría a veces, el huésped estaba desorientado por el cambio horario, factor que, junto con la inquietud, incentivaba su locuacidad. Se sorprendieron cuando les ordenaron que limitaran su conversación a temas banales. La señora de la casa preparó el desayuno, la mejor comida para alguien con desfase horario, y su marido se enzarzó en una discusión sobre Pushkin, para descubrir con agrado que Grishanov era, como la mayoría

de rusos, un devoto de la poesía. El guardia se apoyó contra el marco de la puerta.

–Son cosas que hay que hacer, Sandy...

John, te comprendo –dijo ella en voz baja. Ambos se sorprendieron de la fuerza y la determinación de su voz–. Antes no alcanzaba a entenderlo, pero ahora sí.

– Cuando estaba allí –dijo sin poder creer que sólo habían pasado tres días desde entonces– pensaba mucho en ti. Quiero darte las gracias.

– ¿Por qué?

Kelly dirigió la mirada hacia la mesa de la cocina, y prosiguió:

– Es difícil de explicar. Me asustan las cosas que hago. Me ayuda mucho tener a alguien en quien pensar. Perdóname, no quería decir... –Kelly se detuvo. En efecto, sí quería decirlo. Cuando uno está solo, deja vagar la imaginación, y él había meditado mucho.

Sandy le cogió la mano, sonrió amablemente y dijo:

– Antes me dabas miedo.

–¿Por qué? –preguntó él, sorprendido.

– Por las cosas que haces.

–Nunca te haría daño a ti –dijo con la mirada baja. Saber que Sandy había llegado a temerle le hizo sentir miserable.

– Ya lo sé.

Sin embargo, Kelly sintió la necesidad de explicarse. Quería que le entendiese, sin darse cuenta de que ya lo hacía. ¿Cómo podía expresarse? Era verdad que había matado, pero siempre había tenido una razón para hacerlo. ¿Cómo había llegado a convertirse en lo que era? La instrucción recibida durante aquellos duros meses en Coronado tenía algo que ver, tanto el tiempo como el esfuerzo empleado en aprender a reaccionar instintivamente, y, lo más peligroso, a ser paciente. Al mismo tiempo, también había aprendido a ver las cosas desde otro punto de vista. Después había entendido por qué, a veces, era necesario matar. Junto con su nueva manera de ver las cosas, había interiorizado un código de conducta bastante diferente de los valores que su padre le había transmitido. Sus acciones solían tener una finalidad, normalmente asignada por otros, pero su mente poseía suficiente agilidad para tomar sus propias decisiones, para aplicar su código en un contexto distinto, sin desvirtuarlo. Producto de diversos factores, muchas veces se preguntaba a sí mismo quién era. Alguien tenía que hacer el trabajo sucio, y a menudo él era el mejor preparado para ello.

–John, eres demasiado bueno. Te pareces a mí.

Kel1y levantó la mirada.

– Perdemos a muchos pacientes en nuestra unidad, casi todos los días, y no lo soporto. Odio estar presente cuando una vida se apaga. No soporto ver llorar a los familiares y saber que no podemos evitarlo. Lo hacemos lo mejor posible. El profesor Rosen es un cirujano maravilloso, pero no siempre ganamos, y yo no soporto la derrota. Con Doris ganamos, John, pero ha muerto, y no por causa de una enfermedad o de un maldito accidente de tráfico. Alguien lo hizo a propósito. Ella era una de mis pacientes, y alguien la ha matado. A ella y a su padre. Así que te entiendo, ¿de acuerdo? Te entiendo de verdad.

«Dios mío, es cierto, me entiende... mejor que yo a mí mismo!»

–Todos los que tuvisteis relación con Pam y Doris estáis en peligro.

Sandy asintió.

– Probablemente tienes razón. Ella nos habló de Henry. Sé qué clase de persona es. Te contaré lo que nos dijo.

–¿Sabes lo que haré con esa información?

– Sí, John, lo sé. Por favor, ten cuidado. –Hizo una pausa y añadió–: Quiero que vuelvas.

XXXII. EI_ HOGAR ES LA PRESA

La única información útil procedente de Pittsburgh era un nombre: Sandy. Sandy había llevado a Doris Brown a casa de su padre. Sólo un nombre de pila, ni siquiera un apellido. Había casos rutinarios que se archivaban por poco menos. Éste era como estirar una cuerda. A veces todo lo que lograbas era un trozo roto del hilo, otras obtenías algo que no acababa entre tus manos. Alguien que se llamaba Sandy, una voz femenina, joven. Colgó antes de decir nada, aunque era muy probable que nada tuviera que ver con los asesinatos. El asesino vuelve siempre a la escena del crimen, y así debió suceder, pero nunca lo hace por vía telefónica.

¿Cómo encajar las piezas? Ryan an echó la silla hacia atrás y contempló el techo mientras su mente experta examinaba todos los datos y conjeturas.

Lo más probable era que Doris Brown hubiera estado directamente relacionada con la misma organización que había asesinado a Pamela Madden y a Helen Waters y que incluía entre sus miembros activos a Richard Farmer- y a William Gravson. John T'erence Kelly, ex buceador de la Armada y posiblemente ex miembro de las fuerzas especiales SEAL, unas siglas extrañamente apropiadas, pensó Ryan: por alguna razón se encontraba allí y había salvado a Pamela Madden. Varias semanas más tarde, llamó a Frank Allen pero no le dijo demasiado. Algo había salido mal, quizá a causa de su propia estupidez, v como resultado Pamela

Madden había muerto. Ryan nunca podría olvidar las fotografías del cuerpo. Kelly había resultado malherido. Un ex comando cuya amiga había sido brutalmente asesinada, recordó Ryan. Cinco narcotraficantes eliminados como si James Bond rondase las calles de Baltirnore. Una extraña matanza en la que el asesino había intervenido en un lóbrego pasaje junto a un callejón por razones desconocidas. Richard Farmer, ¿«Rick»?, eliminado con un cuchillo de la Armada, la segunda demostración de ira posible (y la primera no la había tomado en cuenta, pensó Ryan). William Grayson, probablemente secuestrado y asesinado. Doris Brown, probablemente rescatada al mismo tiempo, desaparecida durante algunas semanas y devuelta a casa. Y esto significaba que había recibido algún tipo de asistencia médica, ¿no? Probablemente. Quizá, se corrigió. El hombre invisible... ¿podía haberlo hecho él solo? Doris era la chica que había cepillado el cabello de Pamela Madden. Aquí había una conexión.

Y vuelta a empezar.

Kelly había rescatado a Pamela Madden, y alguien lo había ayudado a atenderla; el profesor Sam Rosen y su esposa. Así Kelly conoce a Doris Brown; ¿qué pretendía de ella? ¡Este era un punto de partida! Ryan cogió el teléfono.

- Diga.

-Soy el teniente Ryan.

- Ignoraba que le había dado mi línea directa -dijo Farber-. ¿Qué pasa?

-¿Conoce a Sam Rosen?

-¿Al profesor Rosen? Desde luego. Dirige un departamento del Johns Hopkins, una jaula de locos de clase alta. No lo veo con frecuencia, pero si necesita una cabeza persuasiva, él es su hombre.

- ¿Y su mujer? -Ryan oyó al otro succionar la pipa.

-La conozco bastante. Sarah. Es farmacóloga, compañera de investigación. Además trabaja con nuestro equipo de drogas. Yo también ayudo al grupo y nosotros...

-Gracias -le cortó Ryan-. Un nombre más. Sandy.

-¿Sandy qué?

- Eso es todo lo que tengo -admitió el teniente Ryan. Imaginó a Farber, con expresión contemplativa, apartándose del escritorio, en el sillón de piel de alto respaldo.

-Veamos si le he entendido. ¿Me está pidiendo que haga averiguaciones sobre dos colegas como parte de una investigación criminal?

Ryan sopesó el valor que tendría una mentira. Ese tipo era psiquiatra. Su trabajo consistía en investigar la mente de la gente. Y era un magnífico profesional.

- Sí, doctor, se lo estoy pidiendo -admitió Ryan tras una pausa lo bastante larga para que el psiquiatra hiciera una exacta conjetura de su motivo.

-Tendrá que explicarse -dijo Farber suavemente-. Sam y yo no somos íntimos, pero es una persona que jamás haría daño a nadie. Y Sarah es un ángel de la guarda para los desechos humanos, que vemos aquí. Ha dejado de lado un importante trabajo de investigación para hacer esto, un asunto que le reportaría una gran reputación.- Entonces Farber cayó en la cuenta de que ella se había ausentado bastante durante las últimas dos semanas.

- Doctor, sólo quiero un poco de información, ¿de acuerdo? No tengo ningún motivo para creer que los Rosen estén implicados en nada ilegal. -Sus palabras sonaron demasiado formales, y fue consciente de ello. Así que agregó-: Si mis especulaciones son correctas, es posible que se encuentren en peligro y lo ignoren.

- Déme unos minutos -dijo Farber, y colgó.

«No está mal, Em», pensó Douglas.

Era una pesca de fondo, pero Ryan ya lo había intentado casi todo. Pasaron cinco minutos que le parecieron eternos hasta que volvió a sonar el teléfono.

- Aquí Ryan.

-Farber. No hay ningún médico en neurología con ese nombre, pero sí una enfermera, Sandra O'Toole. Es supervisora del equipo. No la conozco personalmente. Sam tiene una alta opinión de ella, según acaba de decirme su secretaria. Recientemente ha estado trabajando para él en algo especial. Sam tiene que hacer el informe.

Farber ya lo habla relacionado. Sarah se había ausentado de su trabajo en la clínica por aquellas fechas. Y Sam había obstruido la investigación policial que hubiera llevado hasta ellos. Había ido bastante lejos... demasiado lejos. Pero a fin de cuentas eran colegas, y aquello no era un juego.

-¿Cuándo ocurrió? -preguntó Ryan con indiferencia. -Hace dos o tres semanas, los últimos diez días laborables. -Gracias, doctor. Le devolveré el favor.

-Conexión --observó Douglas en cuanto Ryan colgó-. ¿Cuánto te apuestas a que ella también conoce a Kelly?

La cuestión era más una esperanza que una realidad, desde luego. Sandra era un nombre muy corriente. Sin embargo, habían trabajado en esos casos, en esa misteriosa serie de muertes, durante más de seis meses, y después de tanto tiempo a oscuras ahora parecía hacerse la luz. Pero ya estaba anocheciendo y era hora de volver a casa a cenar con su mujer y los niños. Jack iba a regresar al Boston College dentro de una semana y a Ryan le faltaba tiempo para estar con su hijo.

No era fácil mantener las cosas en orden. Sandy lo había llevado a Quantico. Era la primera vez que ella iba a una base de la Armada, aunque sólo estuvo el tiempo que le llevó dejar a Kelly en la dársena y desandar el camino.

«Por una vez que consigues un hogar -se dijo Kelly- y ya tienes que abandonarlo.» Sandy no había entroncado todavía con la Interestatal-95 cuando él zarpó del embarcadero, dirigiéndose hacia el centro del río y acelerando a la velocidad máxima de crucero.

Sandy tenía cerebro y agallas, se dijo Kelly, mientras bebía la primera cerveza en muchos días. Supuso que era normal que una enfermera tuviera buena memoria para las cosas. Henry, al parecer, en ciertas situaciones hablaba mucho, y una de ellas era cuando tenía a una chica bajo su dominio directo. Un hombre jactancioso, pensó Kelly, de la peor especie. No tenía todavía una dirección a la que dirigirse, pero sí tenía un nuevo nombre, Tony P-no-se-qué. Blanco, italiano, conducía un Lincoln azul; y tenía una pasable descripción física. Mafia, probablemente, o un aspirante. Había otro llamado Eddie, pero Sandy había relacionado ese nombre con un tipo cuya muerte a manos de un oficial de policía había

aparecido en la primera plana del periódico local. Kelly aún fue más lejos: ¿y si ese agente era el infiltrado de Henry? Le pareció extraño que un oficial veterano, un teniente, se implicase en un tiroteo callejero. Especulaciones, se dijo, aunque valía la pena comprobarlo. Tenía toda la noche para hacerlo, y una vasta extensión de agua serena para reflejar sus pensamientos como reflejaba las estrellas. Pronto pasó el punto donde había depositado el cadáver de Billy. Al menos alguien había recuperado el cuerpo.

La tierra cayó sobre la sepultura en un lugar que algunos llamaban todavía Potter's Field. Los médicos que lo habían tratado todavía estaban examinando el informe de patología del Medical College de Virginia. Trauma. En un año, en todo el condado, sólo se habían dado diez casos graves como ése, y todos en las regiones costeras. No había habido desgracia que ellos no hubieran diagnosticado, y en el informe que presentaron no había ninguna diferencia. La causa directa del fallecimiento fue un minúsculo fragmento de médula que por alguna razón se había introducido en una arteria del cerebro, obturándola y provocando un colapso grave y fatal. El daño en otros órganos era tan abrumador que, en cualquier caso, sólo hubiera sido cuestión de unas semanas más. El bloqueo causado por el fragmento de médula evidenciaba un súbito aumento de la presión arterial. La policía todavía estaba rastreando con buceadores el río Potomac, que era muy profundo en algunas zonas. Y todavía se conservaba la esperanza de que alguien reclamara lo poco que quedaba del cuerpo.

-¿Significa esto que no lo sabes? -preguntó el general Rokossovski-. ¡Ese es mi hombre! ¿Lo has perdido?

-Camarada general -replicó Giap vivamente-. ¡Le he dicho todo lo que sé!

– ¿Y dices que lo hizo un americano?

– Ha visto tan bien como yo el informe del servicio de inteligencia.

–Ese hombre posee información que necesita la Unión Soviética. Me resulta difícil creer que los americanos planearan un ataque cuyo único objetivo fuese el secuestro de un oficial soviético en la zona. Le sugiero, camarada general, que haga un esfuerzo más serio.

– ¡Estamos en guerra!

– Sí, soy consciente de ello –observó secamente Rokossovski–. ¿Por qué cree que estoy aquí?

Giap hubiera podido denunciar a aquel hombre alto que permanecía de pie ante su escritorio. Él era el comandante de las fuerzas armadas de su país, y un general de incuestionable capacidad. El general vietnamita se sacudió su orgullo con dificultad. Necesitaba las armas que sólo los rusos podían suministrarle, tenía que rebajarse ante él, por el bien de su patria. Pero de una cosa estaba seguro: aquel campamento dejado de la mano de la Providencia no se merecía la preocupación que le estaba causando.

Lo extraño era que la rutina se había vuelto relativamente favorable. Kolya ya no estaba allí. Zacharias se sentía tan desorientado que le costaba determinar el paso de los días, pero desde hacía cuatro noches no oía la voz de los rusos al otro lado de la puerta. Por la misma razón, nadie había ido a interrogarle. Comía, permanecía sentado, pensativo, en dolorosa soledad. Y para su sorpresa, aquella situación le permitió recuperarse. La relación con Kolya era más peligrosa que su coqueteo con el alcohol, comprendió Robin. Su enemigo real era la soledad, no el dolor ni el miedo. Procedente de una familia y una comunidad religiosa que fomentaba la solidaridad y la camaradería, se había dedicado a una profesión que fomentaba los mismos valores, pero ahora su mente se alimentaba a sí misma. Si le añades un poco de dolor y de miedo, el resultado podía ser muy catastrófico. Indudablemente Kolya se había dado cuenta de ello y había sacado partido de esto. Con inteligencia, con demasiada

inteligencia, se dijo el coronel. Aunque no era hombre acostumbrado a fracasos y equivocaciones, tampoco era inmune a ellas. Había estado a punto de matarse por un error de juventud en la base aérea de Luke cuando aprendía a pilotar cazas, y cinco años después, en un momento en que se preguntaba por qué el interior de una tormenta era como era, perdió el control de la nave y casi se estrelló contra el suelo.

Zacharias ignoraba la razón del aplazamiento de los interrogatorios. Quizá Kolya había ido a informar de sus progresos. En cualquier caso, le habían dado la oportunidad de reflexionar. Has pecado, se dijo Robin. Has cometido una locura. Pero no volverás a repetirla. Como su voluntad estaba debilitada, Zacharias sabía que tendría que esforzarse mucho. Por suerte ahora tenía tiempo para reflexionar. Aunque eso no fuera una liberación propiamente dicha, al menos era algo. De repente se encontró sumido en una profunda concentración, como si estuviera volando en una misión de combate. «Dios mío –pensó–. Me daba miedo rezar para liberarme... y sin embargo...» Sus guardianes se hubieran sorprendido al ver su melancólica sonrisa, sobre todo de haber sabido que estaba rezando. Rezar, les inculcaban a los vietnamitas, era una farsa. Esta era la desgracia de sus carceleros, pensó Robin, pero podía ser su propia salvación.

No podía hacer la maldita llamada telefónica desde su despacho. Desde allí no. Y no era que deseara hacerla desde su casa. La llamada cruzaría el río y la frontera del estado, y sabía que por razones de seguridad había disposiciones especiales para las llamadas que se hicieran en la zona de Washington. Las llamadas eran registradas por un ordenador, y ése era el único lugar de América donde esto se cumplía. Aun así, había un procedimiento para hacerlo, si tienes autorización oficial para ello. Tienes que hablarlo con tu jefe de sección, luego con el jefe de dirección y así hasta llegar a la oficina principal del séptimo piso. Pero Ritter no quería esperar tanto, no habiendo vidas en juego. Se tomó todo el día libre, con la razonable excusa de que lo necesitaba para recuperarse del viaje. Decidió ir en coche hasta la ciudad y escogió el Museo Smithsoniano de Historia Natural. Se dirigió al pasillo que estaba más allá del elefante y consultó la guía de teléfonos públicos que colgaba de la pared, insertó una moneda y marcó el 377-1347. Era casi una broma institucional. Ese número le conectó con un teléfono que sonó en el despacho del rezident del KGB, el jefe del puesto para Washington D. C. Ellos lo sabían, y sabía que había personas interesadas en saber lo que ellos sabían. Los negocios de espionaje podían ser muy barrocos, se dijo Ritter.

-;Sí? -contestó una voz. Era la primera vez que Ritter hacía aquello y experimentó una serie de sensaciones nuevas: su propio nerviosismo, la inexpresividad de la voz del interlocutor, la excitación del momento. Esa clase de contacto con el enemigo, paradójicamente, estaba previsto a nivel oficial y a los de contraespionaje les estaba vedado intervenir.

-Soy Charles. Hay un asunto que le concierne. Propongo un breve encuentro para discutirlo. Estaré en el National Zoo en una hora, en el recinto de los tigres blancos.

- ¿Cómo lo reconoceré? -preguntó la voz.

- Llevaré un número del Newsweek en la mano izquierda.

- Dentro de una hora -replicó la voz con un gruñido. Probablemente tenía una reunión importante aquella mañana, pensó Ritter.

El oficial de la CIA salió del museo en busca de su coche. En el asiento del acompañante había un ejemplar del Newsweek que había comprado en un drugstore de camino a la ciudad.

«Tácticas», pensó Kelly mientras volvía al puerto rodeando Point Lookout. Podía elegir

ampliamente. Todavía tenía su casa segura en Baltimore, con nombre falso en todo. La policía podía estar interesada en hablar con él, pero aún no lo habían intentado. El enemigo no conocía su identidad. Ésa era su ventaja inicial. La cuestión fundamental era el equilibrio entre lo que sabía, lo que no sabía y cómo debía utilizar lo primero para incidir en lo segundo. El tercer elemento era el cómo, las tácticas a seguir.

Podía prepararse para lo que no sabía. Todavía no podía actuar, aunque ya sabía lo que haría. Llegar a ese punto requería simplemente una aproximación estratégica al problema. Pero era frustrante. Cuatro mujeres jóvenes esperaban su intervención. Y un número indeterminado de personas esperaban la muerte.

Kelly sabía que les dominaba el temor. El mismo temor que había dominado a Pam y a Doris. Un miedo suficiente para matar. Se preguntó si la muerte de Edward Morello también había sido consecuencia de eso. Sin duda habían matado para mantenerse a salvo y probablemente ahora se sentían a salvo. Eso beneficiaba a Kelly: si el miedo era su fuerza primaria, acababan de tener unas sensaciones muy fuertes y ahora debían de haber bajado la guardia.

La parte más inquietante era el elemento tiempo. La policía le estaba olfateando. Kelly pensaba que no había nada que pudieran utilizar en su contra, pero igualmente no se sentía cómodo del todo. Su otra preocupación era salvar a las cuatro jóvenes. No iba a ser una operación fácil y tenía que tener paciencia en una cosa, con un poco de suerte sólo en una.

Hacía años que no iba al zoológico. Ritter pensó que debería llevar a los chicos, ahora que tenían edad suficiente para apreciar las cosas un poco más. Se quedó un rato mirando el foso de los osos: en los osos había algo atrayente. Los niños los consideraban como una versión grande y animada de los osos de peluche con que se acostaban por la noche. Pero Ritter no. Para él eran la imagen del enemigo, grande y fuerte, menos torpes y más inteligentes de lo que aparentaban. Algo que valía la pena recordar, se dijo mientras se encaminaba hacia el recinto de los tigres. Enrolló el Newsweek en la mano izquierda y esperó contemplando a los grandes felinos. No se molestó en mirar alrededor.

- Hola, Charles -dijo una voz a su lado.

- Hola, Sergei.

-No le había reconocido -observó el rezident.

- Esta conversación no es oficial -explicó Ritter.

-¿No están enterados? -inquirió Sergei, sorprendido. Podían grabarlo en un sitio determinado, pero no en todo el zoológico. Si bien su contacto podía llevar un circuito cerrado de grabación, eso no hubiera estado de acuerdo con las reglas del juego que en ese momento, aparentemente, estaban cumpliendo. Bajó con Ritter por el suave declive pavimentado hasta la jaula siguiente, con el guardaespaldas del rezident siguiéndoles a corta distancia.

- Acabo de volver de Vietnam -dijo el oficial de la CIA.

- Allí hace más calor que aquí.

-No en el mar. Es más agradable estar lejos.

- ¿Y el propósito de su crucero? -preguntó el rezident. -Una visita no programada.

-Una visita fracasada -dijo el ruso, no con ironía sino para que «Charles» supiera que él estaba al corriente.

-No del todo. Hemos traído a alguien.

- ¿De veras?

-Se llama Nikolái. -Ritter le enseñó el carnet de Grishanov-. Sería embarazoso para su gobierno si llega a desvelarse que un oficial soviético ha sido interrogado por los americanos.

- No demasiado embarazoso -replicó Sergei, dando un breve golpecito al carnet antes de metérselo en un bolsillo.

- Bien, creo que sí lo sería.

-No lo comprendo. -Decía la verdad y Ritter tuvo que explicárselo brevemente-. No sé

nada de eso -dijo Sergei, después de enterarse de los hechos.

- Es cierto, se lo aseguro. Puede verificarlo a través de sus propios medios. -Lo haría, desde luego. Ritter lo sabía perfectamente y Sergei sabía que él lo sabía.

- ¿Y dónde está nuestro coronel?

- En un lugar a salvo. Goza de mejor hospitalidad que nuestra gente.

- El coronel Grishanov no ha lanzado bombas contra nadie -señaló el ruso.

-Es cierto, pero ha participado en un proceso que acabará con la muerte de los prisioneros americanos y poseemos claras evidencias de que están vivos. Como dije antes, es una situación que puede ser embarazosa para su gobierno.

Sergei Voloshin era un observador político extremadamente astuto y no necesitaba que ese joven oficial de la CIA le advirtiese de nada. Además, se daba perfecta cuenta del rumbo de la conversación.

- ¿Cuál es su propuesta?

- Sería beneficioso que su gobierno persuadiera a Hanoi de que devuelva a esos hombres a la vida. Es decir, que los llevara a una prisión normal e hiciera las oportunas notificaciones a sus familias. A cambio de esto, el coronel Grishanov será devuelto sin haber pasado por un interrogatorio.

- Informaré a Moscú -repuso con tono de aprobación.

-Hágalo rápido, por favor. Tenemos razones para creer que los vietnamitas pueden estar planeando algo drástico, para evitarse una situación embarazosa. Sería una complicación muy seria -previno Ritter.

- Sí, supongo que lo sería -Hizo una pausa-. ¿Me asegura que el coronel Grishanov está vivo y se encuentra bien?

-Puedo llevarlo hasta él en... unos cuarenta minutos, si lo desea. ¿Cree que mentiría en algo tan importante como esto?

-No, no lo creo. Pero hay algunas preguntas que deben ser respondidas.

- Sí, Sergei, ya lo sé. No queremos hacer daño a su coronel. Consideramos que se ha comportado honorablemente con nuestra gente. Además, es un interrogador muy eficaz. Tengo sus anotaciones -añadió Ritter-. Mi ofrecimiento de que se reúna con él sigue abierto; si lo desea puede hacerlo.

Voloshin meditó acerca de ello y descubrió la trampa. Si aceptaba un ofrecimiento tal, entonces tendría que estar a la recíproca, porque así se hacían las cosas. Caer en manos de Ritter obligaría a su gobierno a algo, y Voloshin no deseaba, que esto sucediera sin una orden. Además, sería una locura que la CIA mintiera en un caso como ése. Esos prisioneros estaban en un serio aprieto. Unicamente la buena voluntad de la Unión Soviética podía salvarlos, y sólo la perseverancia de esa buena voluntad podía mantenerlos sanos y salvos.

-Me fío de su palabra, señor...

- Ritter, Bob Ritter.

-Ya, Budapest.

Ritter soltó una tímida risita. Bien, después de todo lo que había hecho para ayudar a escapar a su agente, estaba claro que nunca volvería otra vez al campo de acción, al menos no en un puesto de responsabilidad... El ruso le había golpeado en su punto débil.

-Hizo bien en ayudar a escapar a su hombre. Admiro su lealtad. -Después de todo, Voloshin le respetaba por el riesgo que había corrido, algo imposible de ver en el KGB.

- Gracias, general. Y gracias por tomar en consideración mi propuesta. ¿Cuándo puedo llamarle?

- Necesitaré un par de días... Yo le llamaré.

- Cuarenta y ocho horas a partir de ahora. Yo haré la llamada.

- Está bien. Buenos días. -Se dieron la mano como profesionales que eran.

Voloshin volvió junto a su chófer-guardaespaldas y ambos se dirigieron al automóvil. Su paseo había acabado junto al recinto del oso Kodiak, grande, marrón y poderoso. ¿Había sido una casualidad?, se preguntó Ritter.

Durante el camino de regreso al coche, observó que todas las cosas habían sido una especie de casualidad. En virtud de esta operación, Ritter seria nombrado jefe de sección. Tanto si fracasaba la misión de rescate como si no, había negociado una importante concesión con los rusos, y todo gracias a la presencia de ánimo de un hombre más joven que él, Kelly, que había cogido a un valioso rehén. Quería gente como ésa en la Agencia, y ahora tenía influencia para introducirlo. Kelly había puesto algunas objeciones en el vuelo de regreso procedente de Hawai. Bueno, necesitaba que lo convencieran un poco. Tenía que trabajar en eso con Jim Greer. Ritter decidió que su próxima misión sería sacar a Kelly de donde estuviese y llevarlo a la CIA.

-¿Conoce bien a la señora O'Toole? -preguntó Ryan.

-Su marido murió -repuso la vecina-. Se fue a Vietnam poco después de que compraran la casa, y allí lo mataron. Era un joven agradable. ¿Es que se ha metido en algún problema?

-No, no, en absoluto -replicó el detective meneando la cabeza-. Sólo he oído cosas buenas de ella.

- Ha sido horrible -prosiguió la dama de avanzada edad. Era la persona perfecta para sonsacar, de unos sesenta y cinco años, una viuda desocupada que compensaba el vacío de su vida curioseando por el vecindario. Tras haberse asegurado de que no iba a perjudicar a nadie, decidió anotar todo lo que sabía.

- ¿Qué quiere decir?

-Creo que tenía un huésped, un huésped temporal. Compraba más de lo habitual. Es una chica atractiva y agradable. Qué triste lo de su marido. Necesitaba relacionarse de nuevo, eso lo entiendo. Compraba muchas cosas, alguien venía casi todos los días y se quedaba a pasar la noche.

- ¿Y quién era? -preguntó Ryan y bebió un sorbo de té helado.

-Una mujer bajita como yo, pero más gruesa y con los cabellos desaliñados. Conducía un coche grande, un Buick rojo, creo, con una pegatina en el parabrisas...

-Continúe, por favor.

- Yo había salido a cuidar mis rosas, cuando apareció la chica y entonces vi la pegatina.

- ¿La chica? -inquirió Ryan inocentemente.

- ¡Para la que ella compraba tantas cosas! -exclamó la dama, satisfecha consigo misma por su repentino descubrimiento-. Apuesto a que le compraba ropa. Recuerdo las bolsas de Hecht.

- ¿Puede describirme a la chica?

-Joven, diecinueve o veinte años, cabellos oscuros. Pálida; parecía enferma. Se marcharon, ¿cuándo fue eso...? Oh, sí, el día en que me trajeron las rosas nuevas del criadero. El once. La furgoneta llegó muy temprano porque no me gusta el calor y yo es-taba ahí fuera trabajando cuando ellas salieron. Saludé a Sandy. Es una chica encantadora. No hablamos mucho, pero cuando lo hacemos ella siempre tiene una palabra agradable. Es enfermera, ya sabe, trabaja en el Johns Hopkins y...

Ryan acabó el té sin dar muestras de la satisfacción que sentía. Doris Brown había vuelto a su casa de Pittsburgh la tarde del día 11. Sarah Rosen conducía un Buick y sin duda llevaba la pegatina de un aparcamiento en el parabrisas. Sam Rosen, Sarah Rosen,

Sandra O'Toole. Habían tratado a Doris Brown. Y también a Pamela Madden. Y también a John Kelly. Tras meses de frustración, el teniente Emmet Ryan tenía un caso.

-Ahora está allí -dijo la dama, sacándolo de sus pensamientos. Ryan se volvió y vio a una joven atractiva cargando una bolsa de la compra.

-Me pregunto quién era el hombre.

-¿Qué hombre?

-El que estuvo allí la noche pasada. Quizá tiene un novio. Alto, como usted, cabellos oscuros, fuerte.

-¿Que quiere decir?

-Fuerte, ya sabe, como un jugador de fútbol. Creo que guapo y vi abrazándolo. Precisamente la noche pasada.

«Gracias, Dios mío -pensó Ryan-, por la gente que no ve la televisión.»

Kelly eligió un rifle del 22, modelo Savage del 54, la versión ligera del Anschutz. Le costó ciento cincuenta dólares, impuestos incluidos. Casi tanto como un Leupold de largo alcance y el soporte. El rifle era casi demasiado bueno para su propósito, una cacería menor, y poseía una culata de nogal particularmente fina. Ke1ly no pensaba desperdiciar la lección de aquel oficial mecánico del Ogden.

Lo único malo de la muerte de Eddie Morello fue que supuso la pérdida de una buena cantidad de heroína pura, una donación de seis kilos al armario de la policía. Y eso tenía que ser compensado. Filadelfia estaba hambrienta y sus contactos en Nueva York mostraban un interés creciente, ahora que ya lo habían saboreado.

Tony tenía que conseguir una última remesa en el barco. Luego dejaría ese sistema, pues estaba montando un laboratorio seguro y de más fácil acceso, más en armonía con el éxito creciente del que estaba gozando. Pero hasta que estuviera listo, lo harían una vez más a la vieja usanza. No haría el viaje solo.

-Cuándo? -preguntó Burt.

-Esta noche,

-Bastante razonable, jefe. ¿Quién va conmigo?

-Phil y Mike.

Ambos eran nuevos en la organización de Tony, jóvenes, brillantes, ambiciosos. No conocían todavía a Henry, y no formarían parte de su red de distribución local, pero podían manejar las entregas fuera de la ciudad y estaban deseosos de hacer la humilde tarea que era parte de este negocio, la mezcla y el empaquetado. Eran conscientes, y no se equivocaban, de que se trataba de un rito de paso, un punto de partida a través el cual su estatus y sus responsabilidades aumentarían. Tony les garantizó formalidad. Y Henry los aceptó. El y Tony ahora estaban atados por los negocios y por la sangre. Henry había aceptado el consejo de Tony porque ahora confiaba en él. Había reconstruido su red de distribución, había eliminado a sus correos femeninos, que por tanto habían perdido su razón de continuar con vida. Sin embargo, con tres muertes su plan se estaba convirtiendo en algo peligroso. Util a su operación en la fase de expansión, quizá, pero un riesgo.

Pero cada cosa a su tiempo.

-`Cuánto? -preguntó Burt.

-Lo suficiente para mantenerte ocupado un rato. -Henry hizo un ademán hacia el frigorífico de las cervezas. Allí no había mucho espacio para cervezas, pero así debía ser. Burt lo llevó hasta el coche sin rechistar. Así se hacían las cosas. Quizá Henry lo nombrara su lugarteniente principal. Era leal, respetuoso y, cuando tenía que serlo, mucho más responsable que Billy o que Rick; y además era un hermano de color. En realidad era divertido: Billy y Rick habían sido necesarios en los comienzos, cuando los principales distribuidores eran siempre blancos, y él los exhibía como un símbolo. Pero el destino había cambiado las cosas.

-Llévate a Xantha contigo.

Jefe, vamos a estar ocupados -objetó Burt.

-Puedes dejarla allí cuando hayas acabado. -Quizá la mejor manera de acabar con ellas era de una en una.

La paciencia nunca era fácil. Era una virtud que él había aprendido hasta cierto punto y

sólo por necesidad. La actividad ayudaba. Colocó el cañón del fusil en el tornillo, estropeando el extremo aun antes de empezar a trabajar en él. Puso la fresadora a alta velocidad y taladró una serie de agujeros a intervalos regulares en el extremo de seis pulgadas del cañón. Una hora después había fijado encima un cilindro de acero y había unido la mira telescópica. El rifle, así modificado, tendría mucha mayor precisión, pensó Kelly.

–¿Ha sido muy duro, papá?

–Once meses de trabajo, Jack –admitió Emmet mientras cenaban. Iba a casa de vez en cuando, lo que a su mujer casi le agradaba.

–¿Es tan terrible? –preguntó su mujer.

–Durante la cena no, querida, ¿eh? –replicó. Emmet consideraba que era mejor mantener esa parte de su vida fuera de su casa. Miró a su hijo y decidió comentar una decisión que el muchacho había tomado hacía poco.

–Marines, ¿eh?

–Bueno, papá, para ahorrar los gastos de los últimos dos años de colegio, ¿no te parece?

Su hijo se preocupaba de cosas así, del coste de la educación de su hermana, todavía en la escuela superior. Y como su padre, Jack anhelaba un poco de aventura antes de ocupar el lugar que la vida le tenía reservado.

–Mi hijo es un cabeza de chorlito –refunfuñó Emmet de buen humor. Pero estaba preocupado. Vietnam no había acabado, y no habría acabado después de la graduación de su hijo. Como la mayoría de los padres de su generación, se preguntaba por qué demonios había arriesgado su vida luchando contra los alemanes, si ahora su hijo tenía que luchar contra una gente de la que él nunca había oído hablar cuando tenía la edad de Jack.

–¿Qué cae del cielo, papá? –preguntó Jack con una sonrisita de colegial, repitiendo una frase habitual de los marines.

La conversación preocupó a Catherine Burke Ryan, que recordó la marcha de Emmet. Había rezado todo el día 6 de junio de 1944, en la iglesia de St. Elizabeth, y muchos días más a pesar de las cartas de Emmet que recibía con regularidad. Recordó la espera. Era consciente también de que aquella conversación preocupaba a Emmet, aunque no del mismo modo que a ella.

«¿Qué cae del cielo? ¡Problemas!», estuvo a punto de replicar el detective a su hijo, porque las divisiones aerotransportadas también eran un cuerpo glorioso, pero consideró que era mejor no mencionarlo.

Todavía no habían dado con Kelly. La Guardia Costera vigilaba la isla en que vivía. Su embarcación no estaba allí. ¿Dónde estaba? De vuelta a las andadas, pensó, si la anciana estaba en lo cierto. ¿Y si estaba fuera? Pero ahora ha vuelto. Los asesinatos se interrumpieron justo después de Farmer-Grayson-Brown. Los de la Guardia Costera recordaban haber visto la embarcación de Kelly por esa época, pero se había marchado en mitad de la noche y había desaparecido. Conexiones. ¿Adónde había ido? ¿Dónde estaba ahora? ¿Qué cae del cielo? Problemas. Era exactamente lo que había sucedido.

Su mujer y su hijo se dieron cuenta. Masticando la comida con los ojos clavados en el vacío, incapaz de apartar sus pensamientos, revisaba el caso una y otra vez. «En realidad no me diferencio tanto de Kelly –pensó el teniente Ryan–. Pertenecí a la gloriosa 101 División Aerotransportada, y aún recuerdo algunos trucos.» Emmet se había alistado como soldado raso y acabó con el rango que todavía tenía, el de teniente, grado que consiguió en el campo de batalla en el último año de la guerra. Recordó el orgullo de sentirse algo muy especial, la sensación de invulnerabilidad que extrañamente acompañaba el terror de saltar de un avión, ser el primero en adentrarse en territorio enemigo, en medio de la oscuridad. Los hombres más duros para la misión más dura. Y él había participado. Pero nadie había asesinado a su mujer... ¿Qué habría sucedido si al volver en 1946 alguien le hubiera hecho eso a Catherine?

Nada bueno.

Kelly había salvado a Doris Brown. La había entregado a personas en las que confiaba. Había visto a una de ellas la noche anterior. También había salvado a Pamela Madden, que fue asesinada. El estuvo en el hospital, y unas semanas después varias personas morían a manos de un experto. Unas semanas después... para imponer el orden. Luego los asesinatos se interrumpieron. ¿Coincidía con la marcha de Kelly?

«Ha vuelto. Algo va a suceder.>>

No era una hipótesis consistente ante un tribunal. La única evidencia física que tenían era la huella de una suela de zapato normal y corriente, de los que se vendían a centenares cada día. Tenían el móvil. ¿Pero cuántos asesinatos ocurrían todos los años y cuánta gente estaba implicada en ellos? Tenían la oportunidad. ¿Podría explicarlo esta vez ante un tribunal? Nadie podía hacerlo. Cómo le explicas una cosa así a un juez, pensó. Algunos jueces tal vez lo comprenderían, pero no un jurado, no después de oír la brillante defensa de un joven y ambicioso abogado.

El caso estaba resuelto, pensó Ryan. Lo sabía. Pero sólo tenía la seguridad de que algo iba a suceder.

–¿Quién crees que es ése? –preguntó Mike.

–Parece un pescador –observó Burt desde los mandos de la embarcación. Mantuvo el Henry's Eighth apartado de aquel yate blanco. La puesta del sol estaba cerca. Casi era demasiado tarde para navegar en las agitadas aguas hasta el laboratorio, el cual tenía un aspecto muy diferente por la noche. Burt echó un vistazo al yate. El tipo de la caña de pescar saludó con la mano, gesto que repitió un poco más allá, según observó Burt. Bien. Les esperaba una larga noche. Xantha no ayudaría demasiado; bueno, quizá un poco, cuando hicieran una pausa para comer. Una lástima, la verdad. No era una mala chica, sólo estúpida. Iban sentados en cubierta, a estribor. Ella no tenía idea de lo que iban a hacer. Bien, ése no era asunto suyo.

Burt meneó la cabeza. Había cosas más importantes en que pensar. ¿Cómo iban a sentirse Mike y Phil trabajando a sus órdenes? Burt tenía que ser cortés, desde luego. Sabían perfectamente que, con dinero de por medio, eran necesarios. Se relajó en su asiento y bebió la cerveza mientras escudriñaba en busca de la boya roja.

–Buscad, buscad –susurró Kelly.

Y no resultó difícil. Billy se lo había contado todo. Ellos tenían un escondrijo allí. Normalmente llegaban por un lado de la bahía, por la noche, y habitualmente allí dejaban la embarcación hasta la mañana siguiente. Viraron en la boya roja. Muy difícil de encontrar, y casi imposible por la oscuridad; bueno, si no conocías las aguas. Pero Kelly las conocía. Se movió con paso vacilante hacia el anzuelo sin cebo y cogió sus potentes prismáticos. La embarcación se llamaba Henry's Eighth. Comprobado. Kelly observó cómo navegaba hacia el sur y luego viraba hacia el este a la altura de la boya roja. Kelly comprobó su mapa. El problema con los lugares tan seguros es que dependen absolutamente del secreto, pues una vez descubiertos se convierten en un riesgo fatal. La gente nunca aprendía. Una entrada, una salida. Bien. Tenía que esperar a la puesta del sol. Mientras lo hacía, Kelly sacó un vaporizador de pintura y dibujó unas manchas verdes en el bote de remos. El interior lo pintó de negro.

XXXIII. ENCANTO ENVENENADO

Billy le había dicho que normalmente estaban ocupados toda la noche. Esto dio tiempo a Kelly de comer, descansar y prepararse. Viró el Springer, bordeó el lugar en que iba a cazar aquella noche y soltó el ancla. Sólo se había preparado unos bocadillos, aunque esto era más de lo que había tenido en la cima de aquella colina hacía menos de una semana. «Dios, apenas si hace una semana yo estaba en el Ogden, preparándome», pensó, moviendo la cabeza con tristeza. ¿Cómo podía ser tan disparatada la vida?

Pasada la medianoche, el pequeño bote de remos camuflado se posó en el agua. Kelly había sujetado al yugo de popa un pequeño motor eléctrico, que utilizaba para salir a pescar, y esperaba que la batería tuviera la suficiente potencia para el trayecto de ida y vuelta. No podían estar muy lejos. En el mapa se apreciaba que la zona no era extensa y el lugar que ellos utilizaban debía de estar en medio, en un sitio completamente aislado. Con el rostro y las manos pintados de camuflaje, Kelly se introdujo en el contaminado curso de agua, remando con la mano izquierda mientras sus ojos y oídos permanecían alertas. El cielo ayudaba. No había luna y las estrellas proporcionaban luz suficiente para distinguir la hierba y la vegetación de aquella marisma pantanosa que se había formado cuando los cascos de los barcos abandonados allí obstruyeron esa parte de la bahía.

El suave zumbido del motor le recordaba las anteriores ocasiones en que había ido allí, aunque esta vez le guiaban las estrellas. La hierba en la marisma crecía hasta casi dos metros por encima del agua y no costaba mucho comprender la dificultad de abrirse camino navegando por la noche. Era un verdadero laberinto, si no lo conocías. Pero Kelly lo conocía. Se guiaba por las estrellas, sabía a qué estrella seguir y a cuál ignorar. En realidad era una cuestión de hábito. Ellos eran de la ciudad, no eran hombres de mar como él. Se sentían tan seguros en aquel lugar silvestre que habían elegido para preparar la droga, y descuidarían la seguridad. «No estáis acostumbrados a andar por mi salón», se dijo Kelly. Se dedicó más a escuchar que a mirar. Una suave brisa susurró a través de la alta hierba, siguiendo el ancho canal entre los bajíos de fango; seguramente, ése era el que ellos seguían, dado lo intrincado de la zona. Los cascos de los viejos barcos que le rodeaban lo miraban como fantasmas de otra época, reliquias de una guerra lejana en el tiempo, desechos de unos tiempos más sencillos, juguetes olvidados del niño grande que había sido su país, un niño que ahora se había convertido en un problemático adulto.

Una voz. Kelly apagó el motor y se dejó arrastrar por la corriente durante unos segundos. Volvió la cabeza. Supuso que provenía del recodo que el canal formaba hacia la derecha, justo allí delante. Lentamente, con cautela, enfiló el recodo. Allí había tres barcos abandonados. Seguramente los habían remolcado juntos y el patrón había procurado dejarlos perfectamente alineados.

Kelly esperó unos minutos en medio de la oscuridad y eligió un camino de aproximación. Decidió acercarse a la proa de uno de aquellos barcos y ocultarse allí. Ahora oyó más de una voz. Quizá una repentina risa tras una broma. Se detuvo de nuevo, escudriñó la silueta del barco por si había un centinela. Nada.

La elección del lugar demostraba el ingenio de aquellos canallas. El paraje era muy seguro, incluso lo desconocían los pescadores locales. Pero siempre tienes que poner un centinela, pues no existe ningún lugar completamente seguro... Allí estaba la embarcación. Perfecto. Kelly avanzó lentamente a medio nudo, hasta pegarse a un lado del viejo barco. Al otro lado estaba fondeado el Henry's Eighth. Entonces ató su boza a la cornamusa más próxima. Una escalerilla de cuerda conducía hasta la cubierta de barlovento del barco abandonado. Kelly emitió un profundo suspiro y empezó a trepar.

Phil pensó que la tarea era tan aburrida como Burt le había dicho. La parte más fácil era la mezcla de la lactosa; la tamizaban encima de unos cuencos de acero inoxidable como si fuera harina para un pastel y asegurándose de que se distribuyera uniformemente. Recordó la época en que ayudaba a su madre a hacer pasteles, aprendiendo cosas que un muchacho

olvida en cuanto descubre el béisbol. Cosas que ahora volvían otra vez, con el sonido vivaz del tamiz mientras los polvos se mezclaban. Pero en esta ocasión era más agradable, porque ya no tenía que despertarse e ir al colegio. Esta era la parte más fácil del trabajo. Luego llegó el trabajo tedioso de distribuir las porciones precisas en las pequeñas envolturas de plástico que habían de ser clasificadas, amontonadas, contadas y empaquetadas. Lanzó una mirada de exasperacion a Mike y vio que éste sentía lo mismo que él. A Burt probablemente le sucedía lo mismo, aunque no lo demostraba y aún conservaba ánimo para entretenerlos. La radio estaba encendida y para distraerse disponían de Xantha, aquella chica medio atontada por las píldoras, pero... complaciente; todos ellos lo habían comprobado durante el descanso de medianoche. La habían dejado agotada, y ahora dormía en un rincón. A las cuatro se tomarían otro descanso, con lo que Xantha tendría tiempo suficiente de recuperarse. A Phil le costaba permanecer despierto v además le preocupaba todo ese polvo, que hasta flotaba en el aire. ¿Lo estaba respirando? ¿Se estaba drogando? Si tenía que hacer de nuevo ese trabajo, se prometió que llevaría una mascarilla. Una cosa era que le agradara la idea de ganar dinero con la venta de aquella mierda, y otra consumirla. Tony y Henry estaba organizando un laboratorio adecuado. El negocio crecería como la espuma.

Otro lote acabado. Burt se hallaba un poco separado de los demás, recogiendo los lotes preparados. Phil se encaminó hacia el frigorífico y sacó otra bolsa de un kilo. La olfateó: impuro, olor a química –a los productos químicos que utilizaban en el laboratorio de biología en la escuela superior, aldehído fórmico, o algo así–. Abrió la bolsa con una navaja, vertió el contenido en el primer cuenco de mezcla de asa larga, añadió una cantidad de lactosa previamente pesada y removió con una cuchara a la luz de una lámpara.

–Hola.

De repente había alguien en la puerta, con una pistola en la mano. Vestía ropas militares, un traje de faena rayado, y llevaba la cara pintada de negro y verde. Kelly se había invitado a la fiesta.

Kelly no tuvo que pedir silencio. Todos veían la automática del 45 que empuñaba y sabían que podía hacer un agujero en el tabique lo bastante grande como para aparcar un vehículo. Hizo un ademán con la mano izquierda.

–Bien. Al suelo, la cara contra el suelo, las manos en la nuca, de uno en uno, tú primero –le dijo al que estaba ante el bol de la mezcla.

– ¿Quién demonios eres? –preguntó el negro.

–Tú debes de ser Burt. No hagas ninguna tontería.

– ¿Cómo sabes mi nombre? –inquirió Burt, mientras Phil se echaba al suelo.

Kelly apuntó al otro hombre blanco y le ordenó que se pusiera junto a su amigo.

–Sé muchas cosas –repuso Kelly, dirigiéndose a Burt de nuevo. Luego descubrió a la chica durmiendo en el rincón–. ¿Quién es ésa?

Burt intentó pasarse de listo e hizo un movimiento sospechoso.

– ¡Quieto, idiota!

La 45 quedó a la altura de su cara, a un brazo de distancia.

–¿Qué pretendías? –preguntó Kelly con tono coloquial–. Al suelo.

–Burt obedeció.

La chica estaba durmiendo. De momento Kelly dejó que siguiera haciéndolo. La primera tarea era desarmarlos. Dos de ellos tenían pistolas de pequeño calibre y el otro una ridícula navajita.

–Oye, ¿quién eres? Quizá podamos charlar –sugirió Burt.

–Pues hagámoslo. Háblame de drogas –empezó Kelly.

Eran las diez de la mañana en Moscú cuando el despacho de Voloshin salió del

departamento de descifrado de mensajes. Voloshin, miembro veterano de la jefatura del KGB, tenía una fuente confidencial en cada uno de los oficiales de alta graduación, uno de los cuales era un académico en el Servicio I –un especialista americano que asesoraba al KGB y al ministro de Asuntos Exteriores sobre ese nuevo concepto que los medios de comunicación americanos llamaban «distensión». Este hombre, que no ocupaba un rango militar en la jerarquía del KGB, era probablemente la persona que mejor podía conseguir una actuación rápida. El mensaje era breve y concreto. El académico se quedó consternado. La reducción de las tensiones entre las dos super-potencias, en medio de una guerra en la que participaba una de ellas, era poco menos que un milagro, y sumada a la aproximación de América a China, podía constituir el indicio de una nueva era en las relaciones internacionales. Así se lo había comunicado al Politburó en una extensa información hacía sólo dos semanas. La revelación pública de que un oficial soviético se había visto implicado en algo como aquello, era una locura. ¿Quién había sido el cretino de inteligencia militar que se lo había inventado? Y asumiendo que fuera verdad, era algo que tenía que comprobar. Por eso llamó al vicepresidente.

–¿Yevgeni Leonidovich? Tengo un despacho urgente de Washington.

–Yo también, Vanya. ¿Qué aconseja?

–Si lo que aseguran los americanos es cierto, aconsejo una acción inmediata. El reconocimiento público de una idiotez así podría ser desastroso. ¿Puedo confirmar que es cierto?

–Sí. Y... ¿el ministro de Asuntos Exteriores?

–Yo me encargo de él. Los militares tardarían demasiado. ¿Harán caso los vietnamitas?

–¿Nuestros fraternales aliados socialistas? Harán caso a un cargamento de cohetes. Han estado pidiéndolo a gritos durante semanas –contestó el vicepresidente.

Típico, pensó el académico, en lugar de un gesto de buena voluntad, enviaremos armas para agravar la situación. Y los americanos así lo entenderán. Demencial. Si existía una ilustración de por qué era necesaria la distensión, era ésta. ¿Cómo podían dos países tan poderosos dirigir sus asuntos cuando ambos estaban implicados, directa o indirectamente, en los asuntos internos de países más pequeños? Una distracción inútil de asuntos importantes.

–Es muy urgente, Yevgeni Leonidovich –repitió el académico. Aunque su categoría era menor, habían sido compañeros de clase, hacía muchos años, y sus respectivas carreras se habían cruzado en muchas ocasiones.

–Lo sé, Vanya. Esta tarde le daré la respuesta.

Aquello era un milagro, pensó Zacharias mirando en derredor. No veía el exterior de la celda desde hacía meses, y el aspirar el aire cálido y húmedo le pareció un regalo de Dios, pero no era así. Contó a los demás: dieciocho hombres en una fila, hombres como él –todos sumidos en un doloroso paréntesis de cinco años–, y a la luz mortecina del anochecer vio sus rostros. A uno de ellos lo había visto hacía mucho tiempo, un tipo de la Armada, a juzgar por su aspecto. Intercambiaron una mirada y una débil sonrisa. Si hubieran intentado hablar entre ellos, al primer intento se habría escuchado una bofetada. Aun así, el solo hecho de ver a sus compañeros ya era suficiente para no sentirse solo, por saber que allí también había otros, por todo esto ya era suficiente. Era una cosa mínima, pero a la vez una gran cosa. Robín se enderezó tanto como su espalda herida se lo permitió, cuadró los hombros, mientras un oficial vietnamita le decía algo a su gente, que también estaba allí alineada. Robin no sabía suficiente vietnamita para comprender su alocución.

–Éste es el enemigo –decía el capitán a sus hombres. La unidad pronto se iba a trasladar al sur y, tras todas las lecturas y las prácticas de batalla, se presentaba la inesperada oportunidad de ponerlas en acción. No eran tan duros, les dijo. ¿Verdad que no son tan altos ni tan fieros? ¡Se doblegan, desfallecen y sangran con facilidad! Y éstos son su élite, los que arrojan bombas sobre nuestro país y matan a nuestra gente. Contra esos hombres vais a luchar.

¿Les tenéis miedo ahora?... Si los americanos están lo bastante locos como para intentar rescatar a estos perros, entonces pondremos en práctica el arte de matarlos. -Con estas estimulantes palabras disolvió a su tropa y la envió a cubrir los puestos de guardia.

Podía matar a sus americanos, pensó el capitán. En la comandancia de su regimiento había oído el rumor de que tan pronto como el jefe político lo aprobara, el campamento sería clausurado definitivamente. A sus hombres les iría bien un poco de práctica antes de volver a la senda del Tío Ho, donde tendrían la oportunidad de matar americanos armados. Hasta entonces los mantendría como trofeos que mostrar a sus hombres, para quitarles el temor de combatir y para centrar su odio, porque aquellos eran los hombres que bombardeaban su bello país y lo convertían en un páramo. Había seleccionado a los reclutas que habían demostrado una dureza especial y... bueno, diecinueve de ellos se merecían que se les concediera la satisfacción de matar. El capitán de infantería se preguntó cuántos americanos conseguirían regresar a su hogar.

Kelly se detuvo a poner gasolina en el muelle de la ciudad de Cambridge y reanudó el viaje hacia el norte. Ya lo tenía todo... bueno, tenía bastante, se dijo Kelly. Buenos refugios, la cabeza llena de datos útiles y acababa de dar una lección a esos bastardos. Les había arruinado dos semanas, quizá tres, de su negocio. Eso retrasaría las cosas y le daría a Kelly el cebo. En algún lugar de la Costa Este, le había dicho Burt a Kelly. Fuera quien fuese ese Henry Tucker, era un paranoico inteligente y manejaba su negocio de un modo que Kelly hubiera admirado si las circunstancias hubieran sido diferentes. Pero era heroína asiática y las bolsas llegaban oliendo a muerte hasta la Costa Este. ¿Cuántas

cosas procedentes de Asia llegaban al Este de Estados Unidos con olor a muerte? Kelly sólo podía pensar en una, y el hecho de que conocía a algunos hombres cuyos cuerpos habían sido procesados en la base aérea de Pope, le producía una ira atemperada por su determinación de desvelar el juego. Dirigió el Springer hacia el norte, pasó la torre de ladrillo de Sharp's Island Light y puso rumbo a la ciudad que anidaba más de un peligro.

La última vez.

Había pocos lugares del Este tan adormecidos como el condado de Somerset. La zona de grandes granjas distanciadas entre sí sólo contaba con una escuela superior. Había una autopista que permitía a la gente atravesar la zona sin detenerse. El tráfico a Ocean City, playa de recreo del estado, se hacía a través de una vía de circunvalación y la carretera interestatal más próxima se hallaba en el extremo más alejado de la bahía. Además era una zona con un índice de criminalidad muy bajo. Un asesinato podía ser cabecera en los periódicos locales durante semanas, y raramente se producían robos con allanamiento, pues en esa zona los habitantes solían recibir con un calibre 12 a los intrusos nocturnos. El único problema era el tráfico, pero para eso la policía estatal patrullaba las carreteras con sus coches amarillos. Para compensar el aburrimiento, en Maryland los coches tenían motores de gran potencia con los que daban alcance a los conductores que iban a gran velocidad, quienes a menudo visitaban previamente los bares locales para animar el aburrimiento de la zona.

El policía Ben Freeland se encontraba patrullando rutinariamente. Alguna vez sucedería algo y él consideraba parte de su trabajo conocer la zona -cada pulgada, cada granja y cada cruce de carreteras-, por si alguna vez recibía una llamada importante de verdad. Habían pasado cuatro años desde su paso por la Academia de Pikesville y el policía de Somerset estaba pensando en su ascenso a cabo cuando le llamó la atención la presencia de una chica en Postbox Road, cerca del villorrio Dames Quarter. Aquello no era habitual. Allí todo el mundo iba con vehículo. Los chicos empezaban a ir en bicicleta a edad temprana, y conducían automóviles antes de cumplir la edad requerida, lo que daba buenos quebraderos de cabeza al agente Freeland. A una manzana de distancia, vio que la chica caminaba de forma extraña.

Cuando se acercó más, comprobó que no vestía como las mujeres de la localidad. Era muy extraño. Allí sólo se iba en coche. Además, caminaba en zigzag, lo que significaba que podía estar intoxicada. Una infracción grave, pensó el policía, y se acercó a echarle un vistazo. Redujo la velocidad del Ford y lo detuvo a unos metros de la mujer. Bajó del coche como le habían enseñado, arreglándose el uniforme y ajustándose la cartuchera.

-Hola -saludó con voz agradable-. ;Adónde vas?

Ella se detuvo un instante, mirándolo con ojos extraviados. -¿Quién eres?

El policía se acercó. No había alcohol en su aliento. Freeland sabía que en esa zona todavía no había problemas de droga. Quizá la cosa estaba cambiando.

-¿Cómo te llamas?

- Xantha, con equis -respondió ella sonriendo.

-¿De dónde eres, Xantha?

-De por ahí.

-¿Por ahí, dónde?

- Atlanta.

- Has hecho mucho camino desde Atlanta.

-¡Ya lo sé! -rió-. Las llevo en el sostén.

- ¿Qué llevas en el sostén?, dímelo.

-Las píldoras. Me las metí en el sostén y él no lo sabe.

-;Puedo verlas? -preguntó Freeland, consciente de que ese día iba a realizar un arresto de verdad.

Mientras rebuscaba, la joven reía nerviosamente.

-Aléjese un poco.

Freeland lo hizo. No convenía asustarla, aunque puso su mano derecha en la cartuchera del revólver de reglamento. Xantha, mientras él la contemplaba, rebuscó en el interior de su blusa desabrochada y sacó un puñado de cápsulas rojas. Bien, ya estaba. El policía abrió el maletero del coche y cogió una bolsa.

- ¿Por qué no las dejas aquí para no extraviarlas?

- ¡Muy bien! -Qué amable era ese policía.

-¿Quieres dar una vuelta en coche?

-Sí. Estoy cansada de caminar.

- Bien, sube. -El policía consideró que debía esposarla, y lo hizo mientras la ayudaba a subir al coche. La joven no pareció percatarse de ello.

-¿Adónde vamos?

- Bueno, Xantha, creo que necesitas un lugar para echarte y descansar un poco. Y creo que tengo uno para ti, ¿te parece? -Ya tenía un caso de tenencia de drogas, pensó Freeland mientras regresaba a la carretera.

- Burt y los otros dos también descansan, pero no volverán a despertar.

-¿Qué dices, Xantha?

-Él los mató, bang, bang, bang. -Hizo el gesto de disparar. Freeland lo vio por el retrovisor.

Mierda.

- Dónde?

- En el barco. -¿Es que nadie lo sabía?

-¿Qué barco?

-!E1 que salió del agua, tonto! -Casi era divertido.

- ¿Me tomas el pelo, muchacha?

-Y lo más divertido es que dejó allí toda la droga, el chico blanco lo hizo. No era verde.

Freeland no tenía idea de lo que significaba todo eso, pero procuró enterarse. Para empezar, encendió las luces giratorias y pisó el acelerador, dirigiéndose hacia la comisaría de la policía estatal, en Westover. Debía de haberlo anunciado por radio antes, aunque eso no servía de nada, excepto para comunicar a su capitán que tenía un caso de drogas.

-Springer, aquí Oreza.

- ¿Alguien que conozco? -preguntó Kelly tras coger el micrófono.

- ¿Dónde has estado, Kelly? -preguntó Oreza.

- Viaje de negocios. ¿Qué te preocupa?

- Olvídalo. Reduce velocidad.

–¿Es importante? Tengo que buscar un sitio para fondear, Portazgo.

–Oye, Kelly, detente. ¿De acuerdo?

Kelly aminoró la velocidad, dejando que la patrullera siguiera adelante durante unos segundos. Luego Oreza pidió autorización para subir a bordo, algo que tenía todo el derecho legal de hacer. Intentar escapar no resolvería nada. Kelly detuvo los motores y soltó el ancla. La patrullera se arrimó lentamente y Oreza saltó a bordo.

– Hola, Kelly.

– ¿Qué ocurre, lobo de mar?

–En las últimas dos semanas he ido un par de veces a tu isla para beber cerveza, pero no estabas en casa.

–¿De veras?

–Aquello es muy aburrido sin nadie a quien incordiar. –De repente quedó claro que ambos hombres estaban incómodos, pero ninguno de los dos conocía la razón de la incomodidad del otro–. ¿Dónde demonios te has metido?

– Tuve que salir del país. Negocios –contestó Kelly, dando a entender que no iba a dar más explicaciones.

–Entiendo. ¿Te vas a quedar por aquí?

– Sí, eso pienso hacer.

– Muy bien, la próxima semana vendré para que me cuentes algunas mentiras sobre eso de ser jefe de la Armada.

–Los jefes de la Armada no tienen que mentir. ¿Necesitas algunos consejos náuticos?

–¡Quizá debería hacer ahora mismo una inspección de seguridad!

– Suponía que se trataba de una visita amistosa –observó Kelly y ambos se sintieron aún más incómodos. Oreza intentó ocultarlo con una sonrisa.

–Está bien, no te inspeccionaré. –Pero eso no lo resolvió–. Te cogeré la próxima semana, jefe.

Se dieron un apretón de manos, pero algo había cambiado. Oreza se dirigió hacia la patrullera y saltó a bordo. La embarcación se alejó sin que ambos hombres se dirigieran una palabra más.

Bien, esto tiene sentido. Kelly puso en marcha los motores.

Oreza contempló cómo el Springer se dirigía hacia el norte, y se preguntó qué demonios estaba ocurriendo. Kelly había estado fuera del país. Pero era seguro que el Springer no había estado en ningún lugar de Chesapeake... pero entonces, ¿dónde? ¿Por qué la poli se interesaba tanto por Kelly? ¿Kelly, un asesino? ¡Pero si lo habían condecorado en la Armada! Era un buen marino. Y además era un buen tipo con el que compartir una cerveza. «Seguro que se metió en problemas cuando tú dejaste el patrullaje y empezaste a dedicarte a esos asuntos de la policía», se dijo el cabo para sus adentros, dirigiéndose hacia el sudeste, hacia la estación de Thomas Point. Tenía que hacer una llamada telefónica.

–¿Qué sucedió?

– Roger, saben que estamos progresando –contestó Ritter con expresión segura.

–¿Cómo, Bob? –preguntó MacKenzie.

–No lo sabemos todavía.

–¿Filtración?

Ritter rebuscó en un bolsillo y extrajo la fotocopia de un documento. Se la entregó. Estaba escrito en vietnamita. Debajo del texto original venía la traducción, manuscrita. Imprimidas en in-

glés, las palabras BOXWOOD GREEN.

–¿Conocen el nombre?

– Es una medida de seguridad por su parte, Roger, pero sí, al parecer lo conocen. Supongo que planean utilizar esta información para interrogar a los marines que hayan hecho prisioneros. Este tipo de cosas sirve muy bien para derrumbar a la gente de forma rápida. Pero hemos tenido suerte.

–Lo sé. Nadie ha resultado herido.

Rítter asintió.

– Previamente recurrimos a un especialista. Un comando SEAL muy competente. Vio llegar los refuerzos vietnamitas y evitó un desastre al suspender la operación.

– Debe de ser un individuo con agallas y sangre fría.

– Mejor que eso –repuso Ritter–. Al bajar de la colina, cogió al ruso que interrogaba a nuestra gente. Lo tenemos en Winchester. Vivo –añadió Ritter con una sonrisa.

-¿Así es como ha conseguido el despacho? Me imagino que por Sigint -dijo MacKenzie–. ¿Cómo logró hacerlo?

–Como usted dijo, tiene sangre fría –sonrió Ritter–. Estas son las buenas noticias.

–No estoy muy seguro de querer oír las malas.

–Tenemos indicios de que los vietnamitas podrían intentar volar el campo y matar a los prisioneros.

–Por Dios... Kissinger está ahora en París –dijo MacKenzie.

–Malo. Si lo menciona en una sesión informal, ellos lo rechazarán, y procurarán asegurarse de que pueden probarlo. –Era sabido que el trabajo real durante tales conferencias se realizaba en reuniones informales, en las mesas de conferencia oficiales.

- Cierto. ¿Y entonces?

– Estamos trabajando con los rusos. Tenernos una fuente de información. Yo ya he establecido el contacto.

– ¿Me comunicará los resultados?

– Por supuesto.

–Le agradezco que me haya permitido hablar con usted –dijo el teniente Ryan.

– ¿Qué significa todo esto? –preguntó Sam Rosen. Estaban en su despacho, que no era muy grande, y Sarah y Sandy también se encontraban allí.

–Es acerca de su ex paciente, John Kelly. –Sus palabras no produjeron demasiada sorpresa, comprobó Ryan–. Necesito hablar con él.

–¿Qué quiere de él? –preguntó Sam.

–No hemos conseguido dar con él. Tenía la esperanza de que ustedes supiesen su paradero.

–¿Para qué? –preguntó Sarah.

–Para hablar de una serie de asesinatos –contestó Ryan, buscando sorprenderlos.

–¿Qué asesinatos? –preguntó la enfermera.

–Doris Brown, por ejemplo, y algunos otros.

–John no le hizo daño –dijo Sandy irreflexivamente. Sarah Rosen se mordió el labio.

– Así pues, ¿sabe usted quién era Doris Brown? –observó el detective, quizá demasiado apresuradamente.

–John y yo éramos... amigos de ella –dijo Sandy–. John ha estado fuera del país las últimas dos semanas. No puede estar implicado.

Oh, pensó Ryan. Era a la vez una buena y mala noticia. Había jugado con el nombre de Doris Brown y la reacción de la enfermera había sido quizá demasiado emocional. Pero había

adelantado algo.

¿Fuera del país? ¿Dónde? ¿Cómo lo sabe?

–No creo que tenga obligación de decirlo. No estoy obligada a saberlo.

–¿Qué quiere decir? –preguntó el policía, sorprendido.

–No creo que tenga la obligación de decirlo, lo siento –su manera de responder a la pregunta demostraba más sinceridad que deseo de eludirla.

¿Qué demonios significaba aquello? No había obtenido respuesta y Ryan decidió continuar.

–Alguien llamo Sandy telefoneó a casa del señor Brown en Pittsburgh. Fue usted, ¿no?

–Oficial –dijo Sarah–. No estoy muy segura del motivo de este interrogatorio.

–Estoy intentando obtener información y quiero que usted le transmita a su amigo que le conviene hablar conmigo.

–¿Se trata de una investigación criminal?

–Sí, es una investigación criminal.

–Y usted nos interroga a nosotros –observó Sarah–. Mi hermano es ahogado. ¿Puedo llamarle para que venga aquí? Usted nos está interrogando sobre unos asesinatos. Me está poniendo nerviosa. ¿Acaso alguno de nosotros es sospechoso de algo?

–No, pero su amigo sí. –Si había algo que Ryan no necesitaba en ese momento, era la presencia de un abogado.

–Un momento –dijo Sam–. Cree que John ha cometido un delito, y desea que nosotros lo encontremos para usted e insinúa que sabemos su paradero, ¿verdad? Y esto nos convierte en posibles... cómplices, ¿no es así?

«¿Y lo son?», le hubiera gustado preguntar a Ryan. Pero decidió abstenerse.

-¿He dicho yo eso? -repuso Ryan.

- Nunca me han hecho preguntas así y me pone nervioso -dijo Sam a su esposa-. Llama a tu hermano.

- Mire, no tengo razón alguna para creer que alguno de ustedes haya violado la ley. Pero sí tengo razones para creer que lo ha hecho su amigo. Le harán un favor si le dicen que se ponga en contacto conmigo.

-¿Y a quién se supone que ha asesinado? -insistió Sam.

-A unos narcotraficantes.

-¿Sabe usted a lo que me dedico? -preguntó Sarah con acritud-. ¿Sabe usted que paso aquí la mayor parte de mi tiempo?

-Sí, lo sé. Usted trabaja con toxicómanos.

-¡Si es cierto que John hizo eso, quizá yo le procuré el arma!

- Le duele cuando pierde un paciente, ¿verdad? -preguntó Ryan serenamente, poniéndola en su sitio.

- Tenga la seguridad de ello. No estamos en el negocio de perder pacientes.

- ¿Cómo se sintió cuando perdió a Doris Brown?

-Sarah no replicó; su inteligencia le hizo cerrar la boca para no cometer una metedura de pata-. Kelly la trajo para que usted la ayudara, ¿no es así? Y usted y la señorita O'Toole se esforzaron en limpiarla a fondo. ¿Cree usted que la condeno por eso? Pero antes Kelly mató a dos personas. Lo sé. Las víctimas probablemente habían tomado parte en el asesinato de Pamela Madden, y eran el objetivo básico de Kelly. Su amigo Kelly es un tipo muy duro, aunque no tan listo como se cree. Si acudiera voluntariamente a nosotros tendría una oportunidad. Si nos obliga a capturarle, las cosas serán distintas. Dígaselo. Le harán un favor. Y también se harán un favor a sí mismos. No creo que hayan transgredido la ley hasta ahora. Pero si no hacen lo que les pido, incurrirán en delito. Normalmente no advierto a la gente -dijo Ryan con severidad-. Ustedes no son delincuentes, desde luego. Lo que hicieron con Doris Brown fue admirable y siento que todos sus es-

fuerzos fueran vanos. Pero Kelly va por ahí matando gente, ¿de acuerdo? Lo menciono para dejar las cosas en claro. A mí tampoco me gustan las drogas. Yo llevo el caso de Pamela

Madden, y quiero a esos criminales en la cárcel; quiero llevarlos a la cámara de gas. En esto consiste mi trabajo, en que se haga justicia. No la de Kelly: la mía, que es la de todos. ¿Lo comprenden?

- Sí, lo comprendemos -asintió Sam Rosen, recordando los guantes de cirujano que le había dado a Kelly. Ahora era diferente. Hasta ese momento había aprobado lo que su amigo estaba haciendo, como si leyera un artículo sobre un partido de pelota. Pero ahora era diferente, porque Sam Rosen estaba implicado.

- Dígame, ¿están muy cerca de los asesinos de Pam?

-Sabemos ciertas cosas -respondió Ryan, sin saber que con esa respuesta arruinaba lo que había estado a punto de conseguir.

El cabo Oreza estaba ante su escritorio, la parte de su trabajo que odiaba y algo que le preocupaba de su ascenso a la jefatura, lo cual le ocasionaría tener despacho propio v formar parte de la «dirección» en lugar de llevar un barco. El oficial English estaba fuera y su segundo en el mando se había marchado a buscar algo, dejando a Oreza al mando. El cabo buscó en la guía de teléfonos y luego marcó el número.

- Homicidios.
- Teniente Rvan, por favor.
- No está aquí.
- ¿Y el sargento Douglas?
- Ha ido a los tribunales.
- Gracias, volveré a llamar. -Oreza colgó.

Miró el reloj. Pasaba de las cuatro de la tarde y él estaba en el puesto desde medianoche. Tiró de un cajón y empezó a rellenar el formulario consignando la gasolina que había gastado aquel día, limpiando la bahía de Chesapeake de borrachos que poseían embarcaciones. Luego decidió volver a su casa, cenar y dormir un poco.

El problema era dar sentido a lo que sabía. El médico al que habían llamado diagnosticó intoxicación por barbitúricos, lo cual no era nada nuevo, y luego dijo que había que esperar a que su cuerpo eliminara la sustancia y cargó en la minuta veinte dólares. El interrogatorio que duró varias horas consiguió que ella se divirtiera y se aburriera a ratos, pero su historia no había cambiado. Tres personas muertas, bang, bang, bang. Ahora ya no le divertía tanto. Comenzó recordando cómo era Burt y lo que contó fue realmente embrollado.

Si esta chica fuera mayor, se habría ido a la luna con los astronautas», pensó el capitán.

–Tres personas muertas en un barco en algún lugar –repitió el agente Freeland–. Nombres y todo lo demás.

–¿Qué opina?

-La historia es la misma, ¿no cree?

– Sí. –El capitán alzó la vista–. Usted suele ir a pescar por ahí. ¿Qué le parece a usted, Ben?

–Tal vez los alrededores de la isla Bloodsworth.

– La retendremos toda la noche por embriaguez... ¿o por posesión de drogas?

–Capitán, sólo tuve que pedírselo. Y ella me entregó la droga.

– Muy bien, formularemos cargos.

- ¿Y luego, señor?

–¿Le gusta viajar en helicóptero?

Esta vez escogió otra dársena, una que resultó relativamente cómoda, con muchas embarcaciones fuera pescando, y con bastantes embarcaderos de alquiler temporal para las

embarcaciones que en el verano remontaban o bajaban la costa y se detenían allí para comer, poner gasolina o descansar. El encargado lo miraba avanzar de forma experta hacia el tercer embarcado, lo cual no siempre sabían hacer los propietarios de grandes yates. Y aún le sorprendió más la juventud del propietario.

– ¿Cuánto tiempo se quedará? –preguntó el hombre, ayudándole con los cabos.

–Un par de días. ¿Es posible?

–Desde luego.

- -¿Tengo que pagar al contado?

– Le fiamos –le aseguró el encargado.

Kelly pagó igualmente y comentó que dormiría a bordo aquella noche. Pero no dijo lo que haría al día siguiente.

XXXIV. APROXIMACIÓN

-Nos hemos equivocado en algo, Em -anunció Douglas a las 8.10 de la mañana.

-¿Qué ha sido esta vez? -preguntó Ryan. Equivocarse no era exactamente una novedad en su negocio.

-Sabían que ella estaba en Pittsburgh. Me lo confirmó ese sargento Meyer. La chica realizó conferencias de larga distancia. El teniente sacudió el cigarrillo y frunció el ceño.

-¿Quién sabía que ella estaba allí? -preguntó Douglas.

-Las personas que la llevaron. Pero aseguran que no lo anunciaron a nadie.

-¿Kelly?

- Hopkins ha comprobado que efectivamente estaba fuera del país.

- ¿De verdad? ¿Dónde?

- La enfermera O'Toole dice que lo sabe, pero que no es oportuno sacarlo a colación; a saber qué demonios significa eso. -Hizo una pausa-. ¿Qué más has averiguado?

-El padre del sargento Meyer es predicador. Daba consejos espirituales a la chica y contó a su hijo algo de lo que sabía. El sargento se lo dijo a su capitán, que a su vez se lo contó a Frank Allen. Frank nos lo contó. Meyer no habló con nadie más. -Douglas encendió un cigarrillo-. Así pues, ¿quién informó a nuestros amigos?

Los dos hombres pensaron que tenían un caso abierto. Lo que estaba sucediendo, había abierto el caso. Inusualmente, las cosas se desarrollaban con demasiada rapidez para el proceso de análisis necesario para dar sentido al todo.

- Tal como hemos sospechado siempre, esto confirma que tienen un infiltrado.

-¿Frank? -dijo Douglas-. Nunca ha sido asignado a ninguno de estos casos. Aún no tiene acceso a la información que necesitarían nuestros amigos. -Aquello era cierto. El caso de Helen Waters había empezado en el distrito Oeste asignado a uno de los jóvenes detectives de Allen, pero el jefe se lo había pasado a Ryan y a Douglas casi inmediatamente, dado el revuelo que provocó en la opinión pública a raíz de las fotografías publicadas por la prensa.

-Supongo que a esto podrías llamarlo un progreso, Em. Ahora estarnos seguros. Tiene que haber una filtración en el propio departamento.

-¿Qué otras buenas noticias tenemos?

La policía estatal sólo tenía tres helicópteros. Conseguir uno no era fácil, pero el capitán de policía era un hombre mayor que dirigía con eficacia un condado tranquilo, y éste era un asunto de su competencia. El helicóptero llegó a las 8.56. El capitán Ernest Joy y el agente Freeland estaban esperando. Ninguno de ellos había viajado antes en helicóptero y se inquietaron cuando vieron lo pequeño que era el aparato. Al acercarse les pareció más

pequeño, y aún más pequeña la cabina. Utilizado casi siempre en las misiones de rescate y vigilancia, su dotación era un piloto y un enfermero, los cuales vestían trajes de vuelo que iban bien, según pensaban ellos, con las pistoleras y la gafas de aviador. La comprobación de seguridad duró noventa segundos y luego el helicóptero empezó a elevarse. El piloto decidió no acelerar. Aquel hombre mayor era capitán, después de todo, y que le vomitara en la espalda podía ser un mal trago.

-¿Adónde? -preguntó por el intercomunicador.

- Isla Bloodsworth, al cementerio -contestó el capitán Joy.

–Recibido –contestó el piloto, como el capitán suponía que hubiera hecho un piloto de combate, girando hacia el sudeste y bajando la proa. Era un viaje corto.

El mundo se ve diferente desde arriba, y la primera vez que uno sube a un helicóptero siempre se experimenta lo mismo. El despegue provoca miedo al principio, pero luego empieza lo fascinante.

El mundo se transformó ante los ojos de los dos policías y fue como si todo, de repente, cobrara sentido. Vieron las carreteras y las granjas extenderse como en un mapa. Freeland fue quien primero lo reconoció. Conociendo como conocía su territorio, enseguida advirtió que lo que imaginaba estaba equivocado. La idea que tenía de las cosas no era acertada. Estaba sólo a unos mil pies del suelo, una distancia que su coche atravesaba en unos segundos, pero esa nueva perspectiva le sorprendió.

–Ahí es donde la encontré –le dijo al capitán por el intercomunicador.

– Está lejos de nuestro destino. ¿Crees que vino caminando de tan lejos?

–No, señor. –Pero no estaba tan lejos si se hacía por el agua, ¿verdad?

A unas dos millas vieron el viejo desembarcadero de una granja en venta que estaba cerca de donde ellos se dirigían. Ahora la bahía de Chesapeake era una banda ancha azul bajo la calina de la mañana. Hacia el noroeste se abría la gran base de entrenamiento aeronaval de Patuxent River, y ambos vieron un aparato volando, cosa que preocupó al piloto, que mantuvo su vuelo bajo. Los pilotos de la Armada se divertían volando a baja altura.

–Todo recto –dijo el enfermero, y señaló en el mapa para que los policías vieran el punto a que se refería.

– Estoy seguro que desde aquí arriba parece diferente –dijo Freeland con voz de muchacho curioso–. Yo pesco por los alrededores. A ras de tierra parecen pantanos.

Pero ahora no lo parecían. A una distancia de mil pies, al principio parecían islas unidas por una ciénaga. Cuando se acercaron más, las islas adquirieron formas regulares v luego las hileras de los barcos abandonados se hicieron visibles, rodeadas de hierba y cañas.

–Vaya, cuántos hay –observó el piloto. Raramente volaba por allí.

– De la Segunda Guerra Mundial –dijo el capitán–. Mi padre me contó que eran desechos de guerra, los que los alemanes no habían cogido.

– ¿Qué buscamos exactamente?

– No estoy seguro, quizá un barco. Ayer arrestamos a una drogadicta –explicó el capitán–. Nos dijo que ahí hay un laboratorio de droga y tres personas muertas.

– ¿Un laboratorio de droga ahí?

–Eso dijo la chica –afirmó Freeland, estudiando el panorama. A pesar de lo impenetrable que parecía en tierra, el área estaba surcada de canales. Sin duda era un buen sitio para ir a pescar cangrejos. Desde el embarcadero donde tenía su embarcación de pesca, la isla parecía un lugar compacto, pero no desde arriba. No era interesante?

–Algo brilla allá abajo –dijo el enfermero al piloto señalando hacia la derecha–. Vidrio o algo parecido.

–Vamos a comprobarlo. –Movió el mando hacia la derecha y ligeramente hacia abajo y el helicóptero empezó a descender–. Sí, distingo una embarcación entre esos árboles.

–Vayamos a verificarlo. –Sería una suerte poder hacer algo. A un ex piloto de Cobras, Primero de Caballería Aerotransportada, le gustaba tener su ocasión de jugar con el aparato. Sólo un piloto de Cobras sabía volar en línea recta y a ras del suelo. En primer lugar rodeó la

zona, comprobó el viento, luego redujo la velocidad e hizo descender el helicóptero hasta unos cincuenta metros del suelo.

–Ahí hay una embarcación –dijo Freeland, y todos vieron la blanca cuerda de nailon que la sujetaba al casco del barco abandonado.

–Baje más –ordenó el capitán. En unos segundos estaban a quince metros de los barcos abandonados. La embarcación estaba vacía. Había un pequeño frigorífico y algunas cosas amontonadas en la popa, pero no había nadie. El aparato sufrió una repentina sacudida cuando una bandada de pájaros levantaron el vuelo de la deteriorada estructura del barco. El piloto maniobró instintivamente para esquivarlos. Si un grajo era aspirado por el motor, podía precipitarlos a tierra.

-Quienquiera sea el propietario de ese barco, es seguro que no le interesamos -dijo por el intercomunicador.

Freeland hizo gesto de disparar tres tiros. El capitán asintió. -Creo que está en lo cierto, Ben.

-¿Puede marcar exactamente la posición en el mapa? -le dijo luego el piloto.

-Desde luego. -Consideró la posibilidad de mantenerse en suspensión en el aire y que ellos saltaran al embarcadero. Pero «ellos» no, procedían del Primero de Caballería, por lo que desistió. El enfermero sacó un mapa e hizo las anotaciones apropiadas.

- ¿Han comprobado lo que querían? -preguntó a los policías.

- Sí, volvamos.

Veinte minutos después el capitán Jov estaba al teléfono.

- Estación Thomas Point de la Guardia Costera.

-Soy el capitán Joy de la policía estatal. Necesitamos un poco de ayuda. -Lo explicó en unos minutos.

- Tardaremos hora y media -le dijo el oficial English. -Perfecto.

Kelly se procuró un permiso de acceso a la dársena de embarcaciones pequeñas. La primera parada que hizo aquel día fue en un cochambroso establecimiento de coches, donde alquiló un Volkswagen de 1959 y pagó un mes por adelantado.

- Gracias, señor Aiello -dijo el hombre sonriendo a Kelly, que estaba utilizando el documento de identidad de un hombre que ya no lo necesitaba.

Condujo el coche hasta la dársena y empezó a descargar las cosas que precisaba. Nadie le prestó demasiada atención y en quince minutos el Volkswagen se había marchado.

Kelly atravesó la zona donde había ajusticiado a aquellos camellos y se dirigió a una parte de la ciudad, agradablemente vacía, en la transitada y sombría zona industrial de O'Donnell Street, un lugar en el que nadie vivía y sólo unos pocos hubieran

deseado hacerlo. El aire estaba impregnado del olor de productos químicos. Muchos edificios parecían abandonados. Allí había mucho espacio abierto, muchos edificios separados por terrenos baldíos y basureros. Puesto que nadie vivía en ese barrio, ningún coche de policía patrullaba. Una táctica del enemigo, pensó Kelly. El lugar que a él le interesaba se hallaba en un edificio medio derruido con un rótulo cochambroso en la entrada. Al fondo había un tabique liso. Sólo había tres puertas y aunque estaban en dos paredes diferentes, podían verse desde un solo punto. A espaldas de Kelly había otro edificio vacío, una elevada estructura llena de ventanas rotas. Una vez acabado el reconocimiento, Kelly se dirigió hacia el norte.

Oreza navegaba hacia el sur. Ya había estado otras veces por allí, y se preguntaba por qué demonios la Guardia Costera no emplazaba en ese lugar una estación de vigilancia como la del faro Cove Point.

Había dejado el timón a uno de sus jóvenes marineros y él disfrutaba de la mañana, en el exterior de la estrecha cabina de mandos mientras bebía un poco del café preparado por él

mismo.

-Radio -dijo uno de los hombres de la tripulación.

Oreza fue al interior y cogió el micrófono.

-Aquí Cuatro-uno-Alfa.

-Cuatro-uno-Alfa, al habla English. Diríjanse al muelle de Dame's Choice. Allí verá coches de la policía. Cambio y fuera.

-Vámonos -dijo Oreza mirando el mapa. El agua parecía muy profunda-. Rumbo Uno-seis-cinco.

-Uno-seis-cinco, afirmativo -confirmó el timonel.

Xantha estaba más o menos sobria, aunque débil. Su oscura piel tenía una palidez gris y se quejaba de una jaqueca aguda que los analgésicos apenas aliviaban. Era consciente de que estaba detenida y que habían enviado por teletipo su historial delictivo. Por eso había solicitado la presencia de un abogado. Y por extraño que parezca, aquello no pareció preocupar demasiado a la policía.

- Mi cliente -dijo el abogado- desea cooperar.

El acuerdo quedó establecido en diez minutos. Si ella decía la verdad y no estaba implicada en un delito mayor, el cargo de tenencia de drogas sería retirado y la someterían a un programa de desintoxicación. Era el mejor ofrecimiento que recibía Xantha Matthews en muchos años. E inmediatamente lo aceptó.

- ¡Ellos iban a matarme! -exclamó al recordarlo todo, ahora que no estaba bajo la influencia de los barbitúricos.

- ¿Quiénes son ellos? -preguntó el capitán Joy.

-Están muertos. Los mató el chico blanco, les disparó hasta matarlos. Pero no se llevó la droga.

-¿Qué sabes del chico blanco? -preguntó Joy, lanzando una mirada de complicidad a Freeland.

-Un fulano grande, como él -señaló a Freeland-, pero con la cara tan verde como una hoja. Me vendó los ojos después de sacarme de allí, luego me dejó en un muelle y me dijo que cogiera un autobús o algo así.

- ¿Cómo sabes que era blanco?

- Sus muñecas eran blancas. Las manos verdes, pero no los brazos. Llevaba ropas de color verde, rayadas, parecía un soldado. Tenía una pistola automática. Yo estaba durmiendo y me desperté cuando disparó. Me dijo que me vistiera y me sacó de allí. Su barco estaba un poco más alejado.

-¿Qué clase de embarcación?

- Un yate grande y blanco. Alto y bonito.

-Xantha, ¿cómo sabes que ellos iban a matarte?

-Me lo dijo el chico blanco. Ellos se lo dijeron a él. En el barco había redes y bloques de cemento, y con eso iban a matarme. El abogado decidió intervenir:

- Señores, mi cliente tiene información de lo que puede ser una operación criminal importante. Necesita protección. Como pago por su ayuda, nos gustaría que los gastos de su tratamiento corrieran por cuenta del estado.

- Abogado -replicó Joy tranquilamente-, si esto es lo que parece, yo lo subvencionaré de mi propio bolsillo. ¿Puedo sugerirle, señor, la conveniencia de que mantengamos a Xantha aquí por un tiempo? Por su propia seguridad, ya sabe. -El capitán Joy había negociado con abogados durante años y hasta parecía comportarse como uno de ellos, pensó Freeland.

- ¡La comida de aquí es una mierda! -exclamó Xantha.

- También nos cuidaremos de eso -le prometió Joy.

- Creo que necesita ayuda médica -observó el abogado-. ¿Cómo puede obtenerla aquí?

- El doctor Paige la visitará cada día. Abogado, su cliente no está en condiciones de

cuidarse por sí misma. Además, el trato queda supeditado a la verificación de su historia. Conseguirá todo lo que desea a cambio de su cooperación. No puedo hacer más.

- Mi cliente accede a sus condiciones y sugerencias -dijo el abogado sin consultar a Xantha. El condado pagaría sus honorarios. Además, presentía que tenía entre manos un buen caso. Aquello era mejor que sacar de la cárcel a conductores borrachos.

-En esta calle hay unas duchas. ¿Por qué no la lleva para que se asee? Procúrele también ropas decentes y pásenos la factura.

- Es un placer hacer tratos con usted, capitán Joy -dijo el abogado mientras el capitán se dirigía al vehículo de Freeland.

- Ben, usted ha encontrado un caso de verdad. Ha manejado muy bien la situación. No lo olvidaré. Ahora enséñeme cómo corre esta bestia.

-Vamos, capitán. -Freeland encendió las luces antes de pasar de setenta. Llegaron al embarcadero justo cuando la patrullera de Oreza enfilaba el canal principal.

El hombre llevaba galones de teniente, aunque él se autodenominaba capitán. Oreza lo saludó cuando subió a bordo. Entregaron a ambos policías sendos chalecos salvavidas porque el reglamento obligaba a llevarlos en embarcaciones pequeñas. Luego Joy le enseñó el mapa a Oreza.

- ¿Cree que puede llegar hasta aquí?

- Sólo con la lancha. ¿Qué ocurre?

- Un posible triple homicidio con implicación de drogas. Esta mañana sobrevolamos la zona. Allí hay un barco de pesca.

Oreza asintió con tanta impasibilidad como le fue posible, cogió el timón y puso en marcha la embarcación. Aquella zona se encontraba apenas a cinco millas del «cementerio», como lo apodaba Oreza.

¿No podemos acercarnos más? Está subiendo la marea -dijo Freeland cuando llegaron al lugar.

-Ése es el problema. Si te descuidas en un sitio como éste, puedes embarrancar. De aquí en adelante iremos en la lancha.

Mientras sus hombres preparaban la lancha, recordó que meses atrás, durante aquella noche tormentosa con el teniente Charon procedente de Baltimore, hubo un negocio de drogas que se esperaba en algún lugar de la bahía. Unos tipos realmente peligrosos, le había dicho Charon. Oreza se preguntó si habría alguna conexión entre aquello y lo de ahora.

Subieron a la fueraborda impulsada por un motor de diez caballos. El cabo observó la crecida de la marea y enfilaron lo que parecía un canal que seguía un curso tortuoso en la dirección que indicaba el mapa. Era un lugar tranquilo y a Oreza le recordó su servicio en la operación MARKET TIME, cuando la Guardia Costera colaboró con la Armada en Vietnam. Esto se parecía tanto a aquello, en especial la alta vegetación, capaz de ocultar francotiradores. Se preguntó si ahora se iban a encontrar con algo similar. Los policías llevaban sus revólveres, y Oreza se preguntó por qué no había llevado consigo su arma. Su siguiente pensamiento fue que era una buena ocasión para tener a Kelly a su lado. No estaba seguro de que aquella historia tuviera que ver con Kelly, pero creía que Kelly era uno de los comandos SEAL con los que trabajó en cierta ocasión en el delta del Mekong. Seguro que lo habían condecorado por algo, y aquel tatuaje en su brazo no estaba allí por accidente...

-Maldita sea -suspiró Oreza-. Parece un yate Starcraft. -Cogió la radio y dijo-: Cuatro-uno-Alfa, Oreza al habla. -Le escucho, Portazgo.

-Estamos en la lancha y nos dirigimos al lugar. Contacto visual con el objetivo.

-Recibido.

De repente todos se pusieron en tensión. Los dos policías cambiaron una mirada preguntándose por qué no habían llevado más gente consigo. Oreza dirigió la lancha directamente hacia el Starcraft. Los policías subieron a bordo cautelosamente. Freeland señaló

al fondo. Joy asintió. Allí había seis bloques de cemento y un trozo de red de nailon enrollada. Xantha no había mentido. También había una escalerilla de cuerda colgando. Joy avanzó el primero, empuñando el revólver de reglamento. Oreza vio cómo Freeland lo seguía. Ambos se dirigieron a la superestructura, desapareciendo de su vista durante lo que a Oreza le pareció largo rato, pero que en realidad no fueron más que cuatro minutos. Unos pájaros emprendieron el vuelo. Cuando Joy volvió, no llevaba el revólver en la mano.

-Tenemos tres cuerpos ahí dentro y, al parecer, gran cantidad de heroína. Llame a su barco, que pidan al cuartel que envíe material de análisis. Marinero, acaba usted de empezar un servicio de ferry.

- Señor, pesca y deporte tiene mejores barcos para eso. ¿Quiere que los llame?

- Buena idea. Podría dar una vuelta por esta zona. El agua está muy clara y la chica nos dijo que habían arrojado algunos cuerpos por estas inmediaciones. ¿Ve eso?

Oreza miró y vio por primera vez la red y los bloques de cemento. Se estremeció.

- Entiendo, señor -dijo el cabo-. Daré una vuelta por los alrededores.

Así lo hizo, después de hacer una llamada por radio.

-Hola, Sandy.

- !John! ¿Dónde estás?

-Aquí, en la ciudad.

- Ayer nos visitó un policía. Te buscan.

- ¿Sí? -Kelly entrecerró los ojos mientras masticaba su bocadillo.

- Dijo que deberías hablar con él, que lo mejor es que vayas directamente a verle.

-Será mejor para él -observó Kelly con una risita.

-¿Qué vas a hacer?

-No quieras saberlo, Sandy.

- ¿Estás seguro?

-Sí.

- Por favor, John, piénsalo.

- Ya lo he hecho, Sandy. De verdad. Todo saldrá bien. Gracias por la información.

-¿Algo va mal? -preguntó otra enfermera cuando Sandy colgó el auricular.

- No -contestó, pero su amiga se dio cuenta de que mentía.

Hmm. Kelly acabó su coca-cola. Lo que acababa de oír confirmaba sus sospechas sobre la breve visita de Oreza. Bueno, las cosas se estaban complicando, pero también lo habían estado, y mucho, la semana anterior. Se dirigió al dormitorio y no había cruzado el umbral cuando alguien llamó a la puerta. Aquello le sorprendió, pero tenía que responder, pues había abierto las ventanas para airear el apartamento, denotando su presencia. Lanzó un profundo suspiro y abrió la puerta.

- Me preguntaba dónde estaba usted, señor Murphy -dijo el encargado, para alivio de Kelly.

- Bueno, he pasado dos semanas trabajando en el Medio Oeste y una semana de vacaciones en Florida -mintió con una relajada sonrisa.

- No ha tomado mucho sol.

- Porque no he salido mucho -replicó con una sonrisa de turbación.

Al encargado le pareció bien.

- Estupendo. Sólo quería comprobar que todo estaba en orden.

- Todo en orden -le aseguró Kelly cerrando la puerta antes de que el otro hiciera más preguntas.

Necesitaba dormir. Al parecer siempre tenía que trabajar de noche y aquello era como estar al otro lado del mundo, se dijo Kelly, echándose en la mullida cama.

Aquel día hacía calor en el zoológico. La cita junto al recinto del oso panda era muy oportuna porque allí había mucha gente que deseaba contemplar el precioso regalo de buena voluntad del pueblo de la República Popular China: los chinos comunistas, para Ritter. El lugar tenía aire acondicionado y era cómodo, pero los oficiales de inteligencia habitualmente no se sentían cómodos en lugares como ése, por lo que se dedicó a vagar por la amplia zona que albergaba galápagos y tortugas. Ritter no distinguía la diferencia entre esos animales, si existía alguna. Tampoco sabía por qué necesitaban tanto espacio. La verdad es que parecía demasiado para unas criaturas que se movían toscamente a la velocidad de un glaciar.

- Hola, Bob. -«Charles» era ahora un subterfugio innecesario. Esta vez había sido Voloshin quien había llamado directamente al despacho de Ritter, para demostrar lo listo que era. En el servicio de inteligencia se utilizaban dos vías. Si el contacto lo iniciaban los rusos, el nombre en código era «Bill».

- Hola, Sergei. -Ritter señaló los reptiles-. ¿No le recuerdan la manera en que trabajan nuestros gobiernos?

- No en mi caso. -El ruso sorbió un poco de bebida-. Ni en el suyo.

- Bien, ¿qué dicen en Moscú?

- Olvidó decirme algo.

- ¿Qué?

- Que también tiene a un oficial vietnamita.

- ¿Y por qué le interesa? -preguntó Ritter jovialmente, disimulando su disgusto a causa de que Voloshin lo supiera, como pudo ver su interlocutor.

- Es una complicación. Moscú todavía no lo sabe.

- Entonces no se lo diga -sugirió Ritter-. Es, como bien dice, una complicación. Le aseguro que sus aliados no lo saben.

-¿Y cómo es posible? -preguntó el ruso.

- Sergei, ¿revela usted los métodos? -replicó Ritter, zanjando el tema. Esta etapa de la partida debía ser jugada con mucha cautela por más de una razón-. Mire, general, a usted no le gustan esos pequeños bastardos más de lo que nos gustan a nosotros, ¿verdad?

- Son nuestros hermanos aliados socialistas.

- Sí, y nosotros también tenemos baluartes de la democracia en toda Latinoamérica. ¿Ha venido aquí a recibir un curso acelerado de filosofía política?

–Lo bueno de los enemigos es que sabes dónde están. Esto no sucede siempre con los amigos –admitió Voloshin, Aquello explicaba también el grado de comodidad de su gobierno con el actual presidente americano. Un bastardo, quizá, pero un bastardo conocido. Y no, admitió Voloshin para sus adentros, no le gustaban demasiado los vietnamitas. La acción real tenía lugar en Europa. Siempre había sido así. Y siempre lo sería. Allí se había desarrollado el curso de la historia durante siglos y nada iba a hacer que cambiara.

– Comuníquelo como una información sin confirmar, para comprobar, ¿es posible? Por favor, general, el riesgo es demasiado. Si algo les sucede a los prisioneros americanos le prometo que exhibiremos a su oficial. El Pentágono lo sabe, Sergei, y quieren que esos hombres vuelvan y no les importa una mierda la distensión. –El lenguaje soez demostraba lo que Ritter pensaba en realidad.

–¿Es cierto? ¿Así piensan sus superiores?

– Si los matan, lo que sucederá es fácil de predecir. ¿Dónde estaba usted cuando los misiles de Cuba, Sergei? –preguntó Ritter, que lo sabía y se preguntaba cuál sería su respuesta.

–En Bonn, como usted sabe, vigilando sus fuerzas en estado de alerta porque Nikita Sergueievich decidió seguir adelante con su ridículo juego. –Lo cual había ido en contra de la opinión del KGB y de los consejos del ministro de Asuntos Exteriores, como ambos sabían.

–Nunca seremos amigos, pero hasta los enemigos pueden cumplir las reglas del juego,

¿no es así?

Un hombre juicioso, pensó Voloshin con agrado. Ello hacía que su comportamiento fuera predecible, cosa que, por encima de todo, era lo que los rusos deseaban de los americanos.

–Es usted un hombre persuasivo, Bob. ¿Me asegura que nuestros aliados no echan de menos a su hombre?

–Sí. Además, mi ofrecimiento para reunirse con su hombre todavía sigue en pie –añadió.

–¿Sin obligaciones recíprocas? –preguntó Voloshin.

–Para ello necesito el permiso de arriba. Puedo intentarlo si usted lo desea, aunque sería un poco complicado –lanzó la lata vacía a una papelera.

– Lo deseo. –Voloshin quería que quedara claro.

–Muy bien. Le llamaré. ¿Y a cambio?

– A cambio consideraré su petición.

Voloshin se alejó sin añadir una palabra más.

¡Vaya!, pensó Ritter, dirigiéndose hacia el coche. Había jugado una partida difícil pero imaginativa. Existían tres posibles filtraciones, en BOXWOOD GREEN. Había visitado a cada uno de ellos. A uno le había dicho que habían perdido a un prisionero, muerto a causa de las heridas. Al otro, que el ruso estaba malherido y no sobreviviría. Pero Ritter había reservado el cebo más importante para la filtración más verosímil. Y ahora lo sabía. Esto reducía el campo a cuatro sospechosos: Roger MacKenzie, ese ayudante de escuela preparatoria, y dos secretarias. Era una labor para el FBI, pero no quería que se presentaran más complicaciones y una investigación de espionaje impulsada desde la Casa Blanca era algo complicadísimo. En cuanto estuvo en el automóvil, decidió reunirse con un amigo de la Dirección de Ciencia y Tecnología. Ritter respetaba mucho a Voloshin. Un hombre inteligente, muy cauteloso, metódico, a cuyo cargo estaban los agentes del oeste de Europa antes de que lo asignaran como rezident en Washington. Mantenía su palabra y procedía en todo de la manera más estricta, siguiendo exactamente las normas de su agencia madre. Ritter esta vez había apostado fuerte. Conseguir todo eso además de la otra jugada... ¿hasta dónde podía llegar? Porque él ya había empezado a elevarse, no como el político favorito y bien pagado, sino como el hijo de un ranger de Texas que ha ido ascendiendo hasta conseguir su rango en Baylor. Algo de todo esto debió de haber apreciado Sergei como buen marxista-leninista, se dijo Ritter, dirigiéndose a Connecticut Avenue. La recompensa del muchacho de la clase trabajadora.

Era una extraña manera de obtener información, algo que nunca había hecho antes y bastante más agradable de lo que nunca había imaginado. Se sentó en la cabina del rincón en Mama Maria's. Vestido con su traje CIA. Bien acicalado y con un moderno y deportivo corte de cabello, disfrutó de las miradas de algunas solteronas y de una camarera que había quedado encantada, sobre todo por sus buenas maneras. La excelencia de la comida explicaba el lleno del comedor y a la vez explicaba por qué era un lugar conveniente para que se reunieran Tony Piaggi y Henry Tucker, Mike Aiello había sido muy amable. De hecho, Mama Maria's era propiedad de la familia de Piaggi desde hacía tres generaciones, y ahora, aparte de comida, suministraban otros servicios menos legales a la comunidad local, que se remontaban a los tiempos de la Prohibición. El propietario era un bon vivant, recibía personalmente a los clientes especiales y los acompañaba hasta la mesa con la hospitalidad europea. Entró un negro, vestido con un traje de buen corte. Se comportó como asiduo del lugar y sonrió a la camarera.

Apareció Piaggi y se dirigió hacia la parte delantera deteniéndose brevemente para estrechar la mano de alguien. Hizo otro tanto con el negro, y ambos, pasando junto a la mesa de Kelly, subieron las escaleras de la parte de atrás, donde se encontraban los salones

privados. No había sucedido nada de particular. En el restaurante había otras parejas de color y todas eran tratadas de la misma manera. Pero tenían un trabajo honesto, de eso Kelly estaba seguro. Volvió a centrarse en sus pensamientos. «Así que ése es Henry Tucker, uno de los que mató a Pam.» No parecía un monstruo -los monstruos raramente lo parecen-. Para Kelly era un objetivo y grabó en su memoria todos los detalles de su figura. Se sorprendió cuando reparó en que había doblado el tenedor que sostenía en la mano.

-¿Cuál es el problema? -preguntó Piaggi en el piso de arriba. Sirvió unos vasos de Chianti, como buen anfitrión que era, pero tan pronto como se hubo cerrado la puerta, la expresión de Henry se demudó.

- No han vuelto.

- ¿Phil, Mike y Burt?

-Exacto -exclamó Henry.

- Bien, siéntate. ¿Cuánta mierda tenían?

- Veinte kilos de mierda pura. Se suponía que era para mí y para Philly y Nueva York.

- Un buen montón de mierda, Henry -asintió Tony-. Quizá se han entretenido más de la cuenta.

-Ya deberían haber vuelto.

- Mira, Phil y Mike son nuevos, probablemente torpes, como Eddie y yo lo éramos en nuestros comienzos... Demonios, Henry, y sólo eran cinco kilos, ¿recuerdas?

-Yo los asigné para este trabajo -dijo.

-Henry -dijo Tony, y bebió un sorbo de vino procurando parecer tranquilo y razonable-, ¿por qué te pones tan nervioso?

Nosotros nos ocuparemos de todos los problemas, ¿de acuerdo?

- Hay algo que no me gusta.

-¿Qué es?

-No lo sé.

- ¿Quieres coger un barco e ir allí a ver qué pasa?

-Tardaría demasiado -repuso Tucker meneando la cabeza.

- La reunión con los otros tipos es dentro de tres días. Espera tranquilo. Probablemente ya han salido y vienen hacia aquí. Piaggi comprendía la preocupación de Tucker. Era su gran ocasión. Veinte kilogramos de pureza se traducían en una gran can-

tidad de droga en la calle y reportaban una fortuna. Este era el resultado para el que había trabajado Tucker durante años. Precisamente reunir todo el dinero para pagarla supuso su mayor esfuerzo. Y era comprensible que le produjera aquel nerviosismo.

- Tony, ¿y si Eddie no encontró la remesa?

- Tú fuiste el único que dijo que tenía que estar, ¿recuerdas?

Tucker no pudo seguir. Su ansiedad se debía en parte a lo que pensaba Tony pero había algo más. Los crímenes de principios del verano, que empezaron sin ninguna razón y luego se pararon también sin ningún motivo. El había culpado a Eddie Morello. Procuró concentrarse en ello, aunque sólo porque deseaba creerlo. Desde algún lugar la vocecita que le había llevado tan lejos le había hablado, y ahora la voz había vuelto para prevenirle que Eddie no era el centro de su ansiedad y de su angustia. Un hombre de la calle que había llegado lejos a través de una compleja ecuación de inteligencia, arrojo e instinto, esperaba la máxima calidad. Y ahora estaban sucediendo cosas que no comprendía. Tonv tenía razón, posiblemente se trataba de un contratiempo en el proceso. Y ésa era una de las razones por las cuales habían decidido trasladar el laboratorio al este de Baltimore. Ahora podían hacerlo, con la experiencia a sus espaldas y un negocio rentable que iba a hacerse la próxima semana. Bebió vino y sus impulsos se calmaron.

-Esperemos hasta mañana. Seguro que aparecen sin novedad.

-;Cómo ocurrió? -preguntó el timonel.

Una hora al norte de la isla Bloodsworth, consideró que había esperado bastante para hacer la pregunta al silencioso oficial que iba a su lado. Después de todo, ellos estaban preparados y esperaban.

-¡Echaron a un tipo como comida para los jodidos cangrejos! -dijo Oreza-. ¡Cogieron una red y la llenaron con bloques de cemento, y en cuanto hundió su culo prácticamente no quedaron más que sus malditos huesos!

Los del laboratorio de la policía estaban discutiendo todavía cómo rescatar el cuerpo. Oreza aseguró que fue una visión que iba a tardar años en olvidar: el cráneo allí, los huesos todavía cubiertos con las ropas, sacudidos por la corriente... o quizá porque tenían algunos cangrejos dentro. No había querido acercarse más.

-Vaya mierda -comentó el timonel.

-¿Sabe de dónde viene eso?

-¿A qué se refiere, cabo?

-En mayo, cuando tuvimos a bordo al teniente Charon... el velero con el palo mayor a rayas, apostaría a que es ése. -Podría estar en lo cierto, señor.

Le habían permitido verlo todo, como una cortesía que él se hubiese ahorrado. No podía mostrarse susceptible ante la policía, puesto que él era uno de ellos. Así, subió por la escalerilla después de informar sobre el cuerpo que había encontrado a sólo cincuenta metros de los barcos abandonados y vio tres cuerpos más que yacían en el suelo de lo que probablemente había sido el comedor de oficiales de un buque de carga, todos muertos de un tiro en la nuca y picoteados por los pájaros. Horrible. Los pájaros habían sido lo suficientemente sensatos de no picotear las drogas.

- Estoy hablando de veinte kilos de mierda, eso dijo el policía. Millones en caballo - contó Oreza.

-Siempre dije que estaba en el peor de los negocios.

-Los policías comprobaron que todos tenían la polla tiesa. ¿No es curioso?

-¿Wally?

La grabadora chirriaba debido a las viejas líneas de teléfono. El técnico dijo que nada podía hacerse. La caja de conexiones del edificio databa de cuando Alexander Graham Bell inventó los auriculares.

-Sí, ¿qué sucede? -contestó otra voz.

- El trato con el oficial vietnamita que tienen. ¿Estás seguro?

-Es lo que Roger me dijo.

«¡Bingo!», pensó Ritter.

- ¿Dónde lo tienen?

-Supongo que en Winchester, con el ruso.

- ¿Estás seguro?

-Diablos, a mí también me sorprendió.

-Quiero que compruebes eso antes de... bueno, ya sabes.

-Desde luego.

La línea se cortó.

-¿Quién es? -preguntó el contraalmirante Greer.

-Walter Hicks. Todos de la mejor escuela: James, Andover y Brown. Una gran inversión de su padre, un banquero que manipuló a algunos políticos y obtuvo el puesto del pequeño Wally. -La mano de Ritter se contrajo en puño-. ¿Quieres saber por qué esa gente está todavía en s E N D E R G R E E N? Pues por eso, amigo.

-¿Y qué vas a hacer?

-No lo sé. -Lo que había hecho no era legal. No era legal grabar las conversaciones telefónicas. La grabación se había hecho sin mandato judicial.

- Piénsalo cuidadosamente, Bob -le aconsejó Greer-. Yo también estaba allí,

¿recuerdas?

-¿Y si Sergei no puede hacerlo lo bastante rápido? ¡Entonces ese jodido amarillo acabará con la vida de veinte hombres!

- A mí tampoco me gusta demasiado.

- ¡A mí no me gusta en absoluto!

- La traición es todavía un crimen capital, Bob.

-Como debe ser -repuso Ritter tras pensarlo un momento.

Otro largo día. Oreza sintió envidia del primera clase que se dirigía al faro de Cove Point. Al menos vivía allí con su familia. Oreza quizá había aceptado aquel trabajo de enseñanza en New London precisamente para poder tener una vida familiar durante uno o dos años. En New London trataba con jóvenes que algún día serían oficiales y al menos él les había enseñado náutica correctamente...

Casi siempre estaba solo con sus pensamientos. La tripulación se había ido a acostar y él también debería haberlo hecho, pero las imágenes le obsesionaban. El hombre despedazado por los cangrejos, y aquellos tres cadáveres picoteados por los pájaros le mantendrían despierto durante horas. Pero entretanto podía hacer algo útil, ¿o no? Oreza buscó en su escritorio hasta encontrar la guía de teléfonos.

-¿Diga?

- ¿El teniente Charon? Soy el cabo Oreza, de la Guardia Costera.

- ¿Sabe que es muy tarde? -señaló Charon. Quizá le había sacado de la cama.

- Perdone, señor. ¿Recuerda cuando en mayo buscábamos aquel velero?

-Sí, ¿por qué?

-Es posible que hayamos encontrado a su hombre, señor. -Oreza imaginó que Charon se alegraría.

-Háble me de ello.

Oreza lo hizo sin omitir nada y pudo sentir el horror que se apoderaba de él.

- ¿Quién es el capitán que lleva el caso?

- El capitán Joy, señor. Del condado de Somerset. ¿Lo conoce?

-No.

- Ah, sí, y alguien más -recordó Oreza.

- ¿Sí? -Charon tomaba nota de todo.

- ¿Conoce usted al teniente Ryan?

-Sí, trabaja en el centro de la ciudad.

-Me ha encargado que busque a un tipo, Kelly, John Kelly. Usted lo vio, ¿recuerda?

- ¿Qué quiere decir?

- La noche que salimos tras la pista del velero, el tipo del yate que vimos justo antes del amanecer. Vive en una isla, no muy lejos de Bloodsworth. Ryan quiere que se lo localice. Kelly ha vuelto, probablemente ahora está en Baltimore... Intenté llamarlo antes, señor, pero usted no estaba y yo he estado trabajando todo el día. Le ruego me perdone por haberlo despertado.

- Desde luego -contestó Charon mientras su cerebro trabajaba a toda prisa.

XXXV. CEREMONIA DE PASO

Mark Charon se encontraba en una difícil posición. El hecho de ser un policía corrupto no significaba ser un imbécil. De hecho poseía una mente cautelosa y analítica, y cuando cometía errores se daba cuenta de ellos. Este era precisamente el caso mientras yacía en la

cama tras su conversación con el cabo Oreza. En primer lugar, a Henry no le agradaría enterarse de que el laboratorio había desaparecido y tres de sus hombres con él. Y al parecer se había perdido una gran cantidad de droga. Hasta el abastecimiento de Henry era finito. Y peor todavía: el asaltante o asaltantes eran desconocidos, continuaban en libertad, y ¿qué hacer...?

Sabía quién era Kelly. Incluso era consciente de la sorprendente coincidencia de que Kelly había sacado a Pam Madden de la calle casualmente el día en que Angelo había sido eliminado, y que ella había estado a bordo de su yate, a unos metros de la patrullera de Oreza después de aquella noche tormentosa y de vómito. Ahora, Em Ryan y Tom Douglas querían saber de Kelly y habían dado el extraordinario paso de tener a la Guardia Costera investigándolo. ¿Por qué? Una nueva entrevista con un testigo de fuera de la ciudad era algo que se hacía con bastante frecuencia por teléfono. Em y Tom estaban trabajando en el caso Fountain, junto con los otros casos posteriores. «Un zángano de la playa», le había dicho Henry, pero el equipo número uno del departamento de homicidios se interesaba por Kelly, que además había estado directamente relacionado con una desertora de la organización de Henry. Tenía un barco, vivía no demasiado lejos del laboratorio que Henry, en su insensatez, seguía utilizando. De pronto Charon se dio cuenta de que ya no era un policía investigando un crimen, sino un criminal en toda regla, que formaba parte de los crímenes que se estaban investigando.

La consciencia de ello afectó profundamente al teniente. Nunca había pensado de sí mismo en aquellos términos. Charon se consideraba ajeno a todo, partícipe ocasional en aquellas cosas, pero no parte de lo que sucedía a ras de suelo. Después de todo, poseía los mayores éxitos de la historia de la brigada de narcóticos, rematada con la personal eliminación de Eddie Morello, quizá la acción más astuta de su doble carrera profesional, porque eliminó a un auténtico traficante mediante un asesinato premeditado que beneficiaba a otro traficante; después de la declaración de que había disparado limpiamente, le concedieron vacaciones pagadas -además de lo que Henry le había abonado por hacerlo-. A Charon todo aquello le había parecido siempre un juego particularmente entretenido, no demasiado alejado de su trabajo oficial -que los habitantes de su ciudad sufragaban-. Los hombres viven de sus ilusiones y Charon no era diferente. Consideraba que lo que hacía era correcto mientras se tratara simplemente de aceptar los chivos expiatorios que Henry le proporcionase, ya que de paso limpiaba la calle de los traficantes que amenazaban el mercado de ese hombre. Como podía controlar las investigaciones de sus detectives, había entregado todo el mercado local al único traficante del que no constaba información en los archivos policiales. Todo esto permitió a Henry ampliar su negocio y atraer la atención de Tony Piaggi y sus contactos de la Costa Este. En un futuro cercano, le había dicho Charon a Henry, éste tendría que dejar que la policía husmeara en los peldaños más bajos de su negocio. Henry lo había entendido, sin duda después de pedir consejo a Piaggi, que era lo bastante sofisticado para comprender los puntos más sutiles del juego.

Sin embargo alguien había arrojado una mecha en aquella mezcla tan explosiva. La información que poseía llevaba sólo en una dirección, pero necesitaba más. Tenía que conseguir más.

Charon meditó unos instantes y cogió el teléfono. Tenía que hacer tres llamadas para conseguir el número que quería. -Policía estatal.

- El capitán Joy, por favor. Aquí el teniente Charon de la policía de Baltimore.

- Soy el capitán Joy.

- Hola, soy Mark Charon, de la brigada de narcóticos. He oído que usted acaba de dar con algo importante.

-Si usted lo dice, -Charon se imaginó a un hombre viejo, sentado en su silla y hablando con una mezcla de satisfacción y fatiga.

-¿Podría darme un breve resumen? Quizá tenga alguna información que darle.

- ¿Quién le ha hablado de esto?

-El cabo Oreza, de la Guardia Costera. Trabajé con él en un par de casos. ¿Recuerda aquella juerga de marihuana en la granja del condado de Talbot?

- ¿Fue usted? Creí que era mérito de los de Costas.

- Y lo fue. Fueron ellos quienes protegieron a mi informador. Puede confirmarlo. Le daré cl número de teléfono, el jefe de la estación es Paul English.

-Muy bien, Charon, me ha convencido.

- Durante el mes de mayo pasé un día y una noche con ellos buscando un tipo que desapareció ante nuestras narices. No lo encontramos, ni a él ni a su barco. Según Oreza...

-El hombre-cangrejo -dijo Joy en medio de un suspiro-. Alguien arrojó un cuerpo al agua, al parecer lleva allí un tiempo. ¿Puede decirme algo de él?

- Es probable que se trate de Angelo Vorano. Vivía en la ciudad, un camello que intentaba hacérselo con los grandes. -Charon le proporcionó su descripción.

- La talla coincide. Tenemos que comprobar el informe dental para una identificación positiva. Muy bien, esto puede ayudar, teniente. ¿Qué quiere de mí?

- ¿Puede decirme qué ocurre con Xantha? -Charon había tomado nota de todo.

-La retenemos como testigo material, con la aprobación del abogado, desde luego. Esa chica puede conducirnos al meollo de un asunto muy desagradable.

- Lo creo -repuso Charon-. Bien, déjeme ver lo que puedo sacar para usted.

-Gracias por su ayuda.

Charon colgó. Mierda. Un hombre blanco y un yate blanco. Burt y los dos hombres de Tony habían secundado evidentemente la operación, con una bala del 45 en la nuca. Los asesinatos estilo ejecución no estaban todavía de moda en el negocio de las drogas, y la sangre fría que demostraban éstos le daba escalofríos a Charon. Tom y Em estaban trabajando en el caso y querían encontrar a ese Kelly, un tipo blanco propietario de un yate blanco y que vivía no muy lejos del laboratorio de Henry. Todo eso era mucho más que una coincidencia.

La única buena noticia era que podía contactar con Henry sin correr riesgos. Conocía todos los teléfonos intervenidos por asuntos de droga y nada apuntaba a la operación de Tucker.

- ¿Sí?

-Burt y sus amigos están muertos -anunció Charon.

-¿Qué dice? -dijo una voz soñolienta que despertó inmediatamente.

- Escuche. La policía estatal de Somerset los ha encontrado y también a Angelo. Ya no hay laboratorio, Henry. Las drogas han desaparecido y la policía retiene a Xantha bajo custodia.

Sintió cierta satisfacción. Charon todavía tenía bastante de policía, por lo que el desbaratamiento de una operación criminal no le resultaba desagradable.

-¿Qué está pasando? -chilló Henry.

- Creo que puedo decírselo. Tenemos que vernos.

Kelly lanzó otra ojeada a su pértiga mientras conducía el Volkswagen alquilado de camino a su apartamento. Estaba cansado, aunque la buena comida le había saciado. La siesta de la tarde había sido suficiente para recuperarse de un largo día, pero aun así

la cólera le embargaba a menudo. Había visto a Henry Tucker, el hombre que con un cordón de zapato había concluido la dolorosa agonía de Pamela. Hubiera sido fácil acabar con él allí mismo. Kelly nunca había matado a nadie con las manos, pero sabía cómo hacerlo. Los expertos de Coronado le habían adiestrado para hacerlo de manera infalible... Todo ese conocimiento valía la pena. Y valía la pena el peligro, y valían la pena las consecuencias –lo que no significaba que tuviera que aceptarlas, porque arriesgar la vida no significaba desperdiciarla–. Pero ahora él podía ver el final, y tenía que empezar a planear el futuro. Tenía

que ser aún más cauteloso. Bien, conque la policía sabía quién era; pero estaba seguro de que no tenían nada contra él. Aunque esa chica, Xantha, hubiera decidido hablar con la policía, no le había visto la cara en ningún momento, porque Kelly no se había quitado la pintura de camuflaje. El único peligro era que recordara el número del registro del yate, aunque eso era bastante improbable. Sin la evidencia física no tenían nada que pudieran utilizar en los tribunales. Conque sabían que a él no le gustaban ciertas personas... estupendo. Hasta debían de saber cuál era su preparación... estupendo. La partida que él jugaba tenía ciertas reglas. La que jugaban ellos tenía otras. En una balanza, las reglas estaban a favor de Kelly.

Miró por la ventanilla del coche, midiendo ángulo y distancia, haciendo un plan preliminar y pensando en las posibles variantes. Los muy bastardos habían escogido un lugar donde no había patrullas de policía y sí mucho espacio abierto. Nadie podía aproximarse allí sin ser visto... Era un lugar francamente seguro que suponía ciertos problemas tácticos. Pero ellos no tenían en cuenta las reglas tácticas de Kelly.

«No es mi problema», pensó.

–Por el amor de Dios...

Roger MacKenzie palideció y de repente sintió náuseas. Estaban ante el porche de su casa en el noroeste de Washington. Su mujer y su hija habían ido de compras a Nueva York

para la temporada de otoño. Ritter había llegado sin anunciarse a las 6.15, elegantemente vestido y sonriente, una nota discordante en la fría brisa de la mañana.

– Conocí a su padre hace treinta años.

Ritter había ido allí para comunicarle una traición de la peor especie.

– Terminamos juntos en Randolph, estábamos en el mismo grupo –continuó MacKenzie. Ritter decidió dejarle hablar, pensando que ello le llevaría poco tiempo–. Hicimos negocios juntos... –Se interrumpió, contemplando el desayuno que no había tocado.

– No puedo criticarle por haberlo llevado a su despacho, Roger, pero el muchacho es culpable de espionaje.

– ¿Qué va a hacer?

– Es un delito muy grave, Roger –señaló Ritter.

– Pronto voy a estar fuera. Me quieren en el equipo de reelección, llevando todo el noroeste.

– ¿Pronto?

–Jeff Hicks dirigirá la campaña en Massachusetts, Bob. Tendré que trabajar directamente con él. –MacKenzie miró hacia el otro extremo de la mesa–. Bob, una investigación de espionaje en nuestro despacho... podría estropear las cosas.

–Lo siento, Roger, pero ese pequeño bastardo de Hicks traicionó a su país.

– Yo podría ocuparme de él, echarlo a patadas...

-No –repuso Ritter con frialdad–. Hay personas que pueden morir por su culpa. Y Hicks va a responder por ello.

–Nosotros podríamos pedirle que...

–¿Obstrucción a la justicia, Roger? –observó Ritter.

– Su grabación es ilegal, Ritter, y usted lo sabe.

–Motivos de seguridad nacional... Hay una guerra, ¿recuerda?... Las reglas son diferentes, y además con que sólo escuche la grabación se derrumbará.

–Ritter estaba seguro de ello.

– ¿Y correr el riesgo de que llegue hasta el presidente? ¿Ahora? ¿En estos momentos? ¿Cree usted que hará algún bien al país? ¿Y qué hay de las relaciones con los rusos? Estamos en un momento crucial, Bob.

«Siempre lo estamos, ¿no es cierto?», le hubiera gustado añadir a Ritter, pero no lo hizo.

- Bien, he venido a pedirle consejo -dijo Ritter.

- No podemos enfrentarnos a una investigación que lleve a un juicio público.

Políticamente es inaceptable. -MacKenzie esperaba que con eso sería suficiente.

Ritter asintió y se marchó.

Pero el regreso a su despacho de Langley no fue muy cómodo. Aunque le producía satisfacción tener una mano libre, Ritter ahora se enfrentaba con algo que no deseaba que se convirtiera en un hábito. La primera orden fue hacer desaparecer la grabación. De inmediato.

Después de todo lo sucedido, fue un periódico quien desató los acontecimientos. La cuarta columna de la primera página, debajo del pliegue, anunciaba un triple asesinato por cuestiones de drogas en el adormecido condado de Somerset. Ryan devoró la crónica sin pasar a las páginas de deportes que normalmente le ocupaban quince minutos todas las mañanas.

«Esto lo ha hecho Kelly -pensó el teniente-. ¿Quién si no dejaría "una gran cantidad de drogas" junto a tres cadáveres?»

Aquella mañana salió de casa cuarenta minutos antes de lo habitual, para sorpresa de su mujer.

-¿Sandy O'Toole? -Precisamente Sandy había acabado su primera ronda de la mañana y estaba comprobando algunos formularios cuando sonó el teléfono.

- ¿Sí?

-Soy el contraalmirante James Greer. Ha hablado con Barbara, mi secretaria.

-Sí. ¿En qué puedo ayudarle?

-Lamento molestarla, pero estamos intentando localizar a John. No está en su casa.

- Creo que está en la ciudad, pero ignoro dónde exactamente.

- Si habla con él, ¿querría decirle que me llame? Tiene mi número.

-Estaré encantada de hacerlo.

«¿Qué ocurre?», se preguntó Sandy.

Todo eso la afectaba. La policía iba tras John, ella se lo había dicho y a él pareció no afectarle. Ahora alguien más estaba intentando localizarlo. ¿Por qué? Entonces vio un ejemplar del periódico de la mañana en una mesa del vestíbulo: en la parte inferior de la primera plana se leía el título: «ASESINATO POR DROGAS EN SOMERSET.»

-A todo el mundo le interesa ese Kelly -observó Frank Allen.

- ¿Qué quiere decir? -Charon había ido al distrito Oeste con la excusa de comprobar la investigación administrativa del asesinato de Morello. Había persuadido a Allen de que le permitiera revisar los informes de los otros oficiales y de tres testigos. Allen no había visto nada irregular en ello, dado que se llevó a cabo ante él.

-Creo que después de la llamada de Pittsburgh con relación a esa chica Brown que recibió la paliza, Em llamó aquí preguntando por Kelly. Ahora usted. ¿Cómo es eso?

- Apareció su nombre. No estamos seguros por qué razón y se merece una rápida comprobación. ¿Qué puede decirme acerca de él?

- Eh, Mark, usted está de vacaciones, ¿recuerda? -señaló Allen.

-¿Me está diciendo que no debería volver al trabajo? ¿Cree que he perdido el juicio, Frank? ¿Tengo que pasar por alto el artículo del periódico sobre los fulleros que han cogido hace unas semanas?

Allen tuvo que aceptar ese punto.

-Todo este interés... Estoy empezando a pensar que no debe de ser nada bueno lo que pasa con ese Kelly. Creo que tengo alguna información sobre él... Sí, lo había olvidado. Espere un momento.

-Allen salió de su despacho y fue a la sala de archivos mientras Charon fingía leer los informes. Allen volvió con una carpeta-. Aquí la tiene.

La carpeta contenía parte de los informes de los servicios prestados por Kelly, aunque no había demasiado. Charon contempló cómo Allen pasaba las páginas. Allí estaban los informes de su habilidad en salto en paracaídas, la evaluación de su instructor y una fotografía, junto con alguna otra tontería por el estilo.

–¿Vive en una isla? –preguntó Charon–. Eso es lo que he oído.

–Sí, es una historia divertida. ¿A qué se debe su interés?

–Sólo un nombre que ha salido, probablemente nada, pero quería comprobarlo. Rumores que he oído de un grupo de buceadores.

–En realidad creo que tendré que enviar esto a Em y a Tom. Había olvidado que lo tenía.

–Mejor todavía.

–Yo voy hacia allá. ¿Quiere que lo lleve yo?

–¿Lo haría?

–Desde luego. –Charon se puso la carpeta bajo el brazo.

Su primera parada fue en la biblioteca Pratt donde hizo foto-copiar los documentos. Luego entró en una tienda de fotografía e hizo cinco copias de la fotografía. Dejó las copias en el coche cuando lo aparcó delante de la comisaría, y lo que llevó dentro hizo correr a un oficial hasta el archivo de homicidios. Podía haberse callado la información, pero le pareció más inteligente actuar como un policía normal haciendo una tarea normal.

–¿Y qué sucedió? –preguntó Greer en su despacho.

–Roger dice que una investigación tendría consecuencias políticas negativas –respondió Ritter.

–Bueno, ¿es que esto no es ya extremadamente negativo?

–Luego se ofreció a manejarlo personalmente –añadió Ritter. -¿Qué significa?

–¿Qué le parece, James?

–;De dónde ha salido? -preguntó Ryan cuando vio la carpeta en su escritorio.

–Un detective me la entregó en el piso de abajo, señor –repuso el joven oficial–. Me dijo que era para usted.

–Muy bien. –Rvan lo despidió.

Cuando abrió la carpeta vio por primera vez una fotografía de John Terence Kelly. Se había incorporado a la Armada dos semanas después de haber cumplido dieciocho años y allí permaneció durante... seis años, y fue licenciado con honores de oficial. Se notaba que el informe había sido redactado cuidadosamente. Esto era de esperar, porque el departamento de policía se había interesado principalmente en sus habilidades como buceador. Allí estaba su fecha de graduación como submarinista y su última cualificación como instructor. Las tres hojas de evaluaciones de la carpeta tenía la clasificación más alta de la Armada, y también había una florida carta de recomendación de un almirante de tres estrellas a la que el departamento había concedido un valor nominal. El almirante había detallado cuidadosamente una lista de condecoraciones, sobre todo para impresionar a la policía de Baltimore: la Cruz de la Armada, la Estrella de Plata, la Estrella de Bronce y bastantes más.

«Mierda, todo lo que yo pensaba de Kelly. Es él.»

Ryan cerró la carpeta comprendiendo que era parte del archivo de asesinatos. Esto lo llevó de nuevo a Frank Allen y le telefoneó.

–Gracias por el informe sobre Kelly. ¿Qué lo trajo a colación?

–Mark Charon –le dijo Allen–. Estaba revisando los informes de su caso y recordó el nombre de Kelly. Dice que apareció en uno de sus casos. Siento haber olvidado que lo tenía. Charon se ofreció a llevarlo.

Iban adelantando, y mucho.

«Charon. Tiene que salvar las apariencias, y lo está haciendo.» –Frank, cuando el sargento Meyer llamó desde Pittsburgh, ¿se lo mencionó usted a alguien más?

– ¿Qué quiere decir, Em? –La sugerencia le provocó cierta incomodidad.

–No le estoy diciendo que lo haya propagado a los periódicos, Frank.

–Fue el día que Charon mató al traficante, ¿verdad? –recordó Allen–. Pude haberle dicho algo... sólo hablé con otra persona aquel día, déjeme pensar.

– Muy bien, gracias, Frank.

Ryan buscó el número de la policía estatal.

-Capitán Joy -contestó una voz muy fatigada. El capitán se iba a la cama de la cárcel cuando lo necesitaba. Joy estaba deseando que el condado de Somerset volviera a la normalidad, aunque él quizá fuese ascendido gracias a este episodio.

- Teniente Ryan de Homicidios, de la ciudad.

- Los muchachos de la gran ciudad se interesan por nosotros -comentó Joy con ironía-. ¿Qué desea saber?

- ¿Qué quiere decir?

- Significa que la noche pasada cuando estaba en la cama llamó uno de sus hombres, el teniente Chair... o algo parecido, no lo anoté. Dijo que podía identificar uno de los cuerpos... Lo debí anotar en algún sitio. Lo siento, aún estoy medio dormido.

- ¿Podría darme detalles? Me conformaré con un resumen. -Pero el resumen fue largo-. ¿La mujer está bajo custodia?

- Por supuesto que sí.

-Capitán, manténgala así hasta que yo ordene otra cosa, ¿de acuerdo? Perdone; por favor, manténgala así. Puede ser el testigo material de un homicidio múltiple.

-Sí, lo sé, ¿recuerda?

- Mi intención es seguir, señor. Hay dos canallas sueltos y yo he pasado nueve meses investigando.

-La chica no se irá a ningún sitio -prometió Joy-. Tenemos que hablar de muchas cosas con ella y su abogado.

-¿No hay nada más sobre el que disparó?

-Lo que ya dije: varón caucasiano, un metro ochenta más o menos, camuflado de verde, según la chica. -Joy no había incluido eso en su informe inicial.

-¿Qué?

-Que sus manos y cara eran verdes; pintura de camuflaje, supongo... Y hay algo más -añadió Joy-: Es un buen tirador. Mató a los tres individuos de un tiro a cada uno, a todos en el punto X, perfecto.

Ryan volvió a abrir la carpeta y buscó en las últimas líneas de la lista de habilidades de Kelly: distinguido tirador con rifle, experto en tiro con pistola.

-Iré a verle, capitán. Está llevando el caso perfectamente, para los escasos homicidios que ha investigado.

-No es precisamente una detención por exceso de velocidad -confirmó Joy, y colgó.

- ¿Ha madrugado? -observó Douglas cuando llegó más tarde-. ¿Ha visto el periódico?

-Nuestro amigo vuelve v el marcador empieza a funcionar otra vez.

-Ryan le pasó la foto.

- Parece más viejo -dijo el sargento.

-Gracias a sus condecoraciones.

-Ryan le dio los detalles a Douglas-. ¿Quiere ir a Somerset e interrogar a esa chica? -¿Cree usted...?

- Sí, creo que tenemos a nuestro testigo. Y creo que también tenemos a nuestro infiltrado -dijo Ryan.

Sólo había llamado para oír la voz de Sandy. Tan próximo a su objetivo, se permitía

mirar más allá. A pesar de todo su profesionalismo, Kelly seguía siendo humano.

-John, ¿dónde estás? -La urgencia en su voz era mayor que la del día anterior.

- Tengo un sitio.

- Hay un mensaje para ti, James Creer me dijo que deberías ponerte en contacto con él.

- Muy bien. -Kellv hizo una mueca, se suponía que debía de haberlo hecho el día anterior.

- ¿Eres el de los periódicos?

- ¿Qué quieres decir?

-Me refiero -murmuró- a los tres muertos en la Costa Este.

- Iré a buscarte -dijo Kelly para ocultar su estremecimiento. A Kelly no le repartían el periódico en su apartamento, y ahora necesitaba uno. Recordó que había un distribuidor automático en la esquina. Sólo necesitaba echarle un vistazo.

«¿Qué puede saber ella de mí?»

Ya era demasiado tarde para lamentaciones. Se había enfrentado al mismo problema con Doris. Estaba dormida cuando él había hecho el trabajo, pero los disparos la habían despertado. Kelly le había vendado los ojos, se la había llevado, la había explicado que Burt planeaba matarla, y le había dado dinero suficiente para coger un autobús que la llevara a algún sitio. Como con las drogas, aquello la había alarmado y escandalizado. Pero la policía casi la tenía. ¿Cómo diablos había sucedido?

«Pues jódete, pero ellos la tienen.»

Así de rápido había cambiado el mundo para él.

Muy bien, ¿y ahora qué haces? Este pensamiento le ocupó la mente durante el camino de vuelta a su apartamento.

Para empezar, tenía que desembarazarse de la pistola del 45, ya había decidido hacerlo. Aunque no había dejado tras de sí ninguna evidencia, la pistola era un eslabón. Cuando su misión finalizara, esto también acabaría. Pero ahora necesitaba ayuda, ¿y dónde encontrarla sino entre la gente para la cual había matado?

-¿Contraalmirante Greer, por favor? Soy el señor Clark.

- Espere, por favor -oyó Kelly, y luego-: Se suponía que tenía que llamar ayer, ¿recuerda?

- Puedo estar allí en dos horas, señor.

-Le estaré esperando.

-¿Dónde está Cas? -preguntó Maxwell al comandante que dirigía su despacho.

- Acabo de telefonear a su casa, señor. No contesta.

- Qué divertido. -Pero no lo era en absoluto, pensó el otro.

-¿Quiere que envíe alguien a Bolling para inspeccionarlo?

-Buena idea. -Maxwell asintió y volvió a su despacho.

Diez minutos más tarde, un sargento de seguridad de la Fuerza Aérea se dirigió de su puesto de guardia al conjunto de viviendas un poco apartadas de los oficiales de más alto rango al servicio del Pentágono. En el rótulo del cercado se leía Vicealmirante C. P. Podulski, y mostraba un par de alas de aviador. El sargento tenía sólo veintitrés años y nunca había intervenido con almirantes, pero había recibido la orden de comprobar si había algún problema. El periódico de la mañana estaba en uno de los escalones. Había dos automóviles en el aparcamiento, uno de los cuales tenía en el parabrisas el pase del Pentágono. El sargento sabía que el vicealmirante y su esposa vivían solos. Reuniendo todo su valor, llamó a la puerta con los nudillos. No hubo suerte. Luego intentó con el timbre. Tampoco. ¿Y ahora qué?, se preguntó el joven. Toda la base era propiedad del gobierno y él tenía derecho, según el reglamento, a entrar en cualquiera de las casas del perímetro. Tenía órdenes y probablemente su teniente lo haría volver. Así que abrió la puerta. No oyó ningún sonido. Registró el primer piso y no vio nada extraño. Llamó varias veces sin resultado y entonces decidió subir al

primer piso. Lo hizo, con una mano en la pistolera de cuero blanco...

El vicealmirante Maxwell estaba allí veinte minutos después.

-Un ataque cardíaco -dijo el médico de la Fuerza Aérea-. Probablemente durante el sueño.

No sucedía lo mismo con su esposa, que yacía a su lado. Había sido una mujer bonita, recordó Dutch Maxwell, destrozada por la pérdida de su hijo. El vaso medio vacío de agua encima de un pañuelo, para no estropear la madera de la mesilla de noche. Hasta había vuelto a tapar el recipiente de las píldoras antes de echarse al lado de su marido. Dutch contempló el dondiego de madera. Allí estaba su camisa blanca, lista para otro día de servicio en su país de adopción, las Alas de Oro sobre la colección de galones, de los cuales el del extremo superior era de color azul claro, con cinco estrellas blancas. Tenían concertada una reunión para hablar del retiro. Algo que a Dutch no le había sorprendido.

-Dios tenga misericordia -dijo Dutch, contemplando a la única víctima amiga de la operación BOXWOOD GREEN.

«¿Qué voy a decir?», se preguntaba Kelly mientras se detenía ante la puerta. El guardia lo inspeccionó a conciencia, a pesar de su pase, quizá sorprendido de lo poco que debía de pagar la Agencia a su personal. Llevó su cacharro al aparcamiento de los visitantes, mejor situado que el de pago, que estaba un poco más lejos. Cuando entró en la garita, Kelly fue inspeccionado por un oficial de seguridad, quien le dio permiso de subir. Ahora le parecía todo más siniestro, mientras caminaba por los pasillos lisos y deslustrados repletos de gente anónima, porque este edificio estaba a punto de convertirse en un confesionario del destino para un alma que aún no había decidido si era un pecador o un santo. Nunca había estado en el despacho de Ritter. Estaba en el cuarto piso y era sorprendentemente pequeño. Kelly pensaba que un hombre importante -y creía que Ritter lo era- tenía que tener un gran despacho.

- Hola, John -le dijo el contraalmirante Greer, aturdido todavía por la noticia que había recibido hacía media hora de Dutch Maxwell. Greer le señaló un asiento y se cerró la puerta. Ritter estaba fumando, para fastidio de Kelly.

- ¿Le satisface volver a casa, señor Clark? -preguntó el oficial superior. Había una copia del Washington Post encima del escritorio y a Kelly le sorprendió comprobar que la noticia del condado de Somerset también ocupaba la primera página.

-Sí, señor, adivino por qué dice eso. -Los otros dos captaron la ambivalencia-. ¿Por qué deseaba que viniera aquí?

- Se lo dije en el avión. Su acción de coger al ruso todavía puede salvar a los prisioneros americanos. Necesitamos gente que piense con sensatez. Usted puede. Le ofrezco un trabajo en mi parte de la casa.

-¿Para hacer qué?

- Cualquier cosa que le digamos que haga -contestó Ritter. Ya había pensado en algo.

- No poseo ninguna graduación universitaria.

Ritter sacó de su mesa una gruesa carpeta.

- Tengo esto de St. Louis. -Kelly la reconoció, era su informe personal completo de la Armada-. En realidad podría haber hecho estudios universitarios. Su cota de inteligencia es aún más elevada de lo que había imaginado, lo que demuestra que usted posee una habilidad con el idioma mayor que la mía. James y yo podemos descartar las formalidades.

-Una Cruz de la Armada llega lejos, John -explicó Greer-. Por lo que usted hizo, ayudando a BOXW00D GREEN y luego en el campo, ese tipo de cosas llevan lejos.

El instinto de Kellv luchaba con su razón. El problema consistía en que no estaba seguro de qué parte de él estaba a favor y qué parte en contra de la propuesta. Entonces decidió que tenía que contarle a alguien la verdad.

-Hay un problema, señores.

-¿Cuál es? -preguntó Ritter.

Kelly se inclinó hacia el escritorio y señaló el artículo de la primera página del periódico.

- Deberían leerlo.

- Ya lo hice. ¿Y qué? Alguien tiene el mundo a su favor -dijo el oficial jovialmente. Luego captó la expresión en los ojos de Kelly y su voz se ensombreció al instante-. Cuéntenoslo, señor Clark.

- He sido yo, señor.

- ¿De qué está hablando, John? -preguntó Greer.

-El archivero ha salido, señor -dijo el empleado de expedientes al otro lado de la línea.

- ¿Qué quiere decir? -objetó Ryan-. Yo tengo aquí algunas copias del archivo.

- Espere un momento. Le pondré con mi supervisor.

-La línea se interrumpió, algo que el detective odiaba cordiahnente.

Ryan miró a través de la ventana haciendo una mueca. Había llamado al archivo central militar de St. Louis. Cada pedazo de papel relativo a todo hombre o mujer que en alguna ocasión había vestido uniforme estaba allí, en un lugar seguro y celosamente custodiado. Su naturaleza era curiosa pero útil para Ryan, que en más de una ocasión había solicitado datos de este servicio.

- Soy Irma Rohrerbach -dijo una voz, tras un sonido electrónico. El detective se hizo al instante la imagen mental de una hembra caucasiana con exceso de peso sentada ante un escritorio con una barahúnda de trabajo que debía estar hecho hacía una semana.

-Soy el teniente Emmet Ryan, de la policía de Baltimore. Necesito información de un archivo personal...

-Señor, no están aquí. Mi empleado acaba de pasarme la nota.

- ¿Qué significa? Ustedes no permiten revisar los archivos así. Lo sé.

- Señor, existen ciertas excepciones. Esta es una de ellas. Los informes no están aquí pero los devolverán, aunque no sé cuándo.

-¿Quién los tiene?

-Eso no lo puedo decir, señor. -El tono de aquella voz burocrática mostraba también el grado de su interés. El informe había. desaparecido y hasta que lo devolvieran sería parte de un universo desconocido que a ella no le preocupaba.

-Puedo obtener una orden de los tribunales, lo sabe. -Normalmente esto daba resultados en algunas personas.

-Si lo prefiere, adelante. ¿Puedo ayudarlo en algo más, señor? -Estaba acostumbrada a ser presionada. La llamada procedía de Baltimore, después de todo, y la carta de un juez de un lugar que estaba a ochenta millas de distancia le parecía algo lejano y trivial-. ¿Tiene nuestra dirección, señor?

Pero Ryan todavía no había avanzado lo suficiente para pedírselo a un juez. En esta clase de asuntos se obtiene más con amabilidad que con órdenes.

-Gracias. Volveré a llamar.

-Que tenga un buen día -fue la insípida despedida de una empleada de archivos durante una nimiedad más de su jornada.

Fuera del país. ¿Por qué? ¿Para quién? ¿Dónde demonios residía la diferencia en ese caso? Ryan era consciente de que había muchas diferencias, pero ¿lo era de todas ellas?

-Eso le hicieron -dijo Kelly, Era la primera vez que lo contaba, y mientras relataba los detalles del informe forense le pareció oir la voz de otra persona-. Debido a su pasado, la policía nunca lo consideró un caso prioritario. Salvé a otras dos chicas. A una la asesinaron. A la otra, bueno... -Señaló el periódico.

-¿Por qué la dejó ir?

-¿Cree que iba a asesinarla, señor Ritter? Es lo que ellos querían hacer -dijo Kelly sin levantar la vista-. Estaba más o menos serena cuando la dejé marchar. No tuve tiempo de hacer nada más. Calculé mal.

-¿Cuántos?

-Doce, señor -respondió, sabiendo que Ritter preguntaba por el número total de muertos.

-Dios mío -dijo Ritter, intentando sonreír. Allí se estaba hablando de implicar a la CIA en una operación antidrogas. Se resistió diciendo que para eso estaba la policía, porque aquello no era tan importante como para hacer perder el tiempo a personas que debían proteger a su país de amenazas contra la seguridad nacional. Pero no pudo sonreír. El caso era demasiado serio-. El artículo menciona veinte kilos de mierda. ¿Es cierto?

- Probablemente -repuso Kelly encogiéndose de hombros-. No la pesé. Hay algo más. Creo que sé cómo entra la droga. Las bolsas olían a una especie de conservante. Es heroína asiática.

- ¿Sí? -inquirió Ritter.

- Exacto. Mierda asiática. Conservante. Viene de algún lugar de la Costa Este. ¿No es obvio? Están utilizando los cuerpos de nuestros muertos en Vietnam para entrar la jodida mierda.

Conque, encima, Kelly tenía capacidad de análisis, pensaron los presentes.

Sonó el teléfono de Ritter, por la línea interior.

- Dije que no quería llamadas -gruñó.

- Es Bill, señor. Dice que es importante.

El momento era perfecto, pensó el capitán. Los prisioneros estaban en medio de la oscuridad. No había electricidad, y la única iluminación procedía de los focos de las baterías y de algunas antorchas que el sargento mayor había reunido. Todos los prisioneros tenían los pies trabados y las manos y los codos atados a la espalda. Caminaban ligeramente inclinados hacia delante. Y no era sólo para tenerlos controlados. La humillación también era importante, y los hombres tenían cerca la presencia del campa-mento. Sus hombres estaban capacitados para hacerlo, pensó el capitán. Se habían preparado con dureza, estaban a punto de empezar la larga marcha hacia el sur para completar la labor de liberación y de reunificación de su país. Los americanos estaban desorientados, con un evidente temor a romper la rutina de todos los días. Las cosas les habían sido fáciles durante la semana anterior. Quizá se había equivocado al reunir el grupo, ya que debió de provocar cierta solidaridad entre ellos, aunque la finalidad de aleccionar a sus tropas había valido la pena. Pronto sus hombres se encontrarían matando más americanos de los que formaban ese grupo, el capitán estaba seguro de ello, pero tenían que empezar con algo. El capitán gritó una orden.

Todos a una, los veinte soldados seleccionados cogieron sus rifles y cargaron contra ellos apoyando la culata en el abdomen. Uno de los americanos logró permanecer de pie después de la primera carga, aunque sólo por un segundo.

Zacharias quedó sorprendido. Era la primera agresión que recibía desde que Kolya había dejado de visitarlo, meses antes. Cayó de lado, su cuerpo tocó el de otro prisionero cuando intentó estirar las piernas y protegerse. Entonces empezaron las patadas. No podía protegerse la cara con las manos atadas a la espalda y sus ojos vieron el rostro del enemigo: sólo un muchacho, de unos diecisiete años, casi de apariencia femenina, la ex-presión de su rostro era como el de una muñeca: los mismos ojos vacíos, la misma ausencia de expresión. No estaba furioso, no apretaba los dientes, sólo le daba patadas como un niño patea una pelota, porque tenía que hacer algo. Robin no podía odiar a ese muchacho, pero si podía despreciarlo por su crueldad. Robin Zacharias conocía la profundidad del desespero, se había enfrentado al hecho de que estaba deshecho interiormente y se resignaba a ello. Pero además había tenido tiempo de comprenderlo. No era un cobarde ni un héroe, se dijo Robin en medio

del dolor, sólo era un hombre. Había soportado el dolor como una pena física a sus anteriores equivocaciones y seguiría pidiendo a Dios que 1e diera fuerzas. El coronel Zacharias fijó sus amoratados ojos en el rostro del muchacho que lo estaba atormentando. «Sobreviviré. He sobrevivido a cosas peores, y aunque muera, sigo siendo un hombre mejor de lo que tú serás nunca –le dijo su rostro al diminuto soldado–. He sobrevivido a la soledad, y es peor que esto, muchacho.» Esta vez no oró por su salvación. Tenía que venir del interior, después de todo, y si llegaba la muerte podía enfrentarse a ella como se había enfrentado a su debilidad y a sus fracasos.

Otra orden del oficial y los soldados se retiraron. Robin recibió la última patada, la final. Estaba sangrando, tenía un ojo cerrado, el pecho magullado y tosía, pero todavía seguía vivo, todavía era un americano, había sobrevivido una vez más. Miró al capitán que daba órdenes al destacamento: su rostro tenía una expresión furiosa, a diferencia del joven soldado, que se había apartado unos pasos. Robin se preguntó la razón.

–¡Levantadlos! –gritó el capitán.

Dos americanos estaban inconscientes y para levantarlos necesitaron dos hombres. Era lo mejor que podía hacer por esos hombres. Mejor sería matarlos, pero la orden que tenía en el bolsillo se lo prohibía y su ejército no toleraba la violación de las órdenes.

Robín miró los ojos del muchacho que lo había atacado. Estaba cerca, a pocos centímetros. No expresaban emoción, como tampoco la expresó él mientras lo contemplaba. Fue una pequeña e íntima prueba de fuerza de voluntad. Ninguno de los dos dijo una palabra, aunque ambos jadeaban, uno por el estuerzo y el otro de dolor.

«¿Tienes ganas de volverlo a intentar otro día? De hombre a hombre. ¿Crees que puedes acabar conmigo? ¿Sientes vergíienza por lo que acabas de hacer? ¿Ha sido un acto valeroso? ¿Eres más hombre ahora, muchacho? Yo no lo creo, y tú puedes encubrirlo lo mejor que puedas, pero ambos sabemos quién ha ganado la partida, ¿no es cierto?» El soldado se acercó a Robin, sin expresión en los ojos, pero asió con fuerza el brazo del americano: quería mantenerlo bajo control, y Robín se lo tomó como una victoria. Aquel muchacho tenía miedo, a pesar de todo. Era uno de esos que van por ahí odiando, pero también temiendo. El abuso era el arma de la cobardía, y los que lo aplicaban conocían el hecho tan bien como aquellos que tenían que padecerlo.

Zacharias casi dio un traspiés. En su postura le resultaba difícil levantar la vista y no vio el camión hasta que estuvo solo a pocos metros de distancia. Se trataba de un vehículo de fabricación rusa, con una cerca de alambre en la parte superior, para evitar fugas y para que la gente viera el cargamento, Iban a llevarlos a algún sitio. Robin no tenía una idea clara de dónde se encontraban y poco podía especular a dónde podían ir. Pero nada podía ser peor que aquel campamento donde había sobre-vivido, se dijo Robin mientras el camión se ponía en marcha. El campamento se perdió en la oscuridad y con él la peor experiencia de su vida. El coronel inclinó la cabeza y murmuró una oración de acción de gracias; luego, por primera vez en meses, rezó por su liberación, en cualquier forma que ésta se plasmase.

–Esta fue su actuación, señor Clark -dijo Ritter tras una larga y deliberada mirada al teléfono que acababa de colgar.

–Yo no lo planeé exactamente de esa manera, señor.

–No, usted no lo hizo, pero en lugar de matar al oficial ruso, lo hizo prisionero. –Ritter se dirigió al contraalmirante Greer. Kelly no había visto la señal de la cabeza que significaba el cambio de su vida.

–Ojalá lo hubiera sabido Cas.

–¿Qué es lo que saben?

–Saben que tienen a Xantha en la cárcel del condado de Somerset. ¿Cuánto sabe ella? –

preguntó Charon.

También estaba allí Tony Piaggi. Era la primera vez que los dos hombres se reunían. Estaban utilizando el laboratorio casi acabado del este de Baltimore. Sería un lugar seguro para Charon si iba allí sólo una vez, pensó el teniente de narcóticos.

–Este es el problema –observó Piaggi. A los otros les pareció sencillo hasta que Piaggi prosiguió–: Pero podemos manejarlo. Lo primero, creo, es preocuparnos de cómo hacer la entrega a mis amigos.

–Hemos perdido veinte kilos –señaló Tucker con expresión sombría. Ahora conocía su miedo. Estaba claro que ahí fuera existía algo digno de sus temores.

–¿Tiene más?

–Sí. Diez kilos en mi casa.

–¿Los guarda en su casa? –preguntó Piaggi–. ¡Mierda, Henry! –Esa puta no sabe dónde vivo.

–Sabe su nombre, Henry. Se pueden hacer muchas cosas sólo con un nombre –le dijo Charon–. ¿Por qué diablos cree usted que mantengo a mi gente apartada de la suya?

–Vamos a tener que reconstruir toda la organización –dijo Piaggi con serenidad–. Podernos hacerlo, ¿de acuerdo? Tenemos que hacer un movimiento, aunque el movimiento sea fácil. Henry; su mierda procede de algún otro sitio, ¿cierto? Trasládela aquí y nosotros nos la llevaremos. Trasladando su operación no se hace un buen negocio.

–He perdido mi local...

–¡Jodido local, Henry! Voy a hacerme cargo de toda la operación de la Costa Este. ¿Lo recordará, por el amor de Dios? Ha perdido usted el veinticinco por ciento de lo que creía que iba a sacar. Podemos arreglarlo en dos semanas. Deje de pensar en tonterías.

-Entonces hay que cubrir sus huellas –intervino Charon, interesado por la visión de futuro de Piaggi–. Xantha no es nadie, sólo una drogadicta. Cuando la encontraron estaba atiborrada de pastillas. No es más que un testigo, a menos que tengan algo más que utilizar. Si usted se traslada a otra zona, todo le irá bien.

–Los otros también deben irse –urgió Piaggi.

–Con Burt desaparecido, yo quedo fuera. Puedo traer a alguien que conozco...

–¡De ninguna manera, Henry! ¿Quiere incorporar a gente nueva? Permítame llamar a Philly. Tenemos a dos personas de reserva, ¿recuerda? –Piaggi hizo un gesto de asentimiento–. Por tanto hemos de tener contentos a mis amigos. Necesitamos veinte kilos de buena mierda, procesada y lista para salir, y los necesitamos ahora.

–Yo sólo tengo diez –dijo Tucker.

–Sé dónde hay más, igual que usted, ¿no es así, teniente Charon?

La pregunta sorprendió tanto al policía que se olvidó de contarles algo que le preocupaba.

XXXVI. DROGAS PELIGROSAS

Había llegado el momento de la introspección. Jamás había hecho nada parecido hasta entonces a instancia de otros, excepto en Vietnam, y las circunstancias eran diferentes. Para ello tenía que volver a Baltimore, lo que ahora era aún más peligroso que antes. Tenía un nuevo carnet de identidad, de un hombre que había muerto, si alguien se tomaba la molestia de comprobarlo. Recordó casi con cariño la época en que la ciudad fue dividida en dos zonas, una relativamente pequeña y peligrosa y la otra más grande y segura. Pero había cambiado. Ahora ambas zonas eran peligrosas. La policía tenía su nombre. Pronto podría tener su cara, lo cual significaba que cada coche de policía podía llevar copias y que habría personas que podrían reconocerle. Y peor todavía: no podría defenderse, porque no podía permitirse matar a un policía.

Y ahora esto... Las cosas estaban muy confusas. No hacía veinticuatro horas que había

visto a su último objetivo, pero ahora se preguntaba si acabaría de una vez.

Quizá hubiera sido mejor no empezar nunca, haber aceptado la muerte de Pam y esperar pacientemente a que la policía resolviera el caso. Pero no, nunca lo hubieran resuelto, nunca hubieran dedicado tiempo y potencial humano por la muerte de una puta. Las manos de Kelly temblaron sobre el volante. Y su muerte nunca hubiera sido vengada.

¿Podría haber vivido con esto el resto de mi vida?

Mientras se dirigía hacia el sur, por la Baltimore-Washington Parkway, recordó las clases de inglés en la escuela superior. El sentido trágico de Aristóteles: el héroe ha de tener un final trágico, tiene que doblegarse a su destino. El final de Kelly... amaba demasiado, se preocupaba demasiado, se entregaba demasiado a las cosas y a las personas que rozaban su vida. No podía volverse atrás. Esos pensamientos debían de haberle salvado la vida aunque la hubiera envenenado inevitablemente. Tenía que aprovechar su oportunidad y conocer el juego.

Esperaba que Ritter lo comprendiera, que comprendiera por qué iba a hacer lo que él le había pedido. Simplemente no podía echarse atrás. No por Pam. No por los hombres de B OX W O O D GREEN. Meneó la cabeza. Deseaba que le hubieran pedido algo más.

La avenida se convertía en una calle de la ciudad, New York Avenue. El sol se había puesto hacía rato. Se acercaba el otoño, que sustituiría el calor húmedo del verano del medio Atlántico. Pronto empezaría la temporada de fútbol y acabaría la de béisbol, y los años seguían pasando.

Peter tenía razón, pensó Hicks. Tenía que quedarse en casa. Su padre estaba ganando posiciones dentro del sistema, a su manera, convirtiéndose en uno de los más importantes animales políticos, un coordinador de campañas y recolector de fondos. El presidente sería reelegido y Hicks acumularía más poder. Entonces podría influir realmente en los acontecimientos. Hacer sonar el pito de ese ataque por sorpresa había sido lo mejor que había hecho nunca. «Sí, sí, todo viene junto», pensó, encendiendo el tercer porro de la noche. Entonces sonó el teléfono.

–¿Cómo va eso? –Era Peter.

–Muy bien, chico. ¿Y a ti, qué tal?

– ¿Tienes unos minutos? Me gustaría ir a charlar un rato contigo. –Henderson estuvo a punto de lanzar un juramento... Hubiera dicho que Wally estaba otra vez delirante.

– ¿En media hora?

-De acuerdo.

No había pasado un minuto cuando llamaron a la puerta. Hicks apagó el porro y fue a abrir. Demasiado pronto para que fuese Peter. ¿Sería la policía? Afortunadamente no lo era.

-¿Es usted 'alter Hicks?

- Sí. ¿Quién es usted? -El hombre tenía más o menos su edad, aunque un aspecto menos pulido.

-John Clark. -Miró nerviosamente a uno y otro lado del pasillo-. Necesito hablar con usted unos minutos.

- ¿Sobre qué?

- BOXWOOD GREEN.

-¿Qué quiere decir?

-Hay ciertas cosas que debe saber -dijo Clark. Ahora estaba trabajando para la Agencia y su nombre era Clark. Esto lo hacía todo más fácil.

- Entre, pero sólo dispongo de unos minutos.

-Es todo lo que necesito.

Clark entró e inmediatamente olió el aroma picante de la marihuana. Hicks le señaló una silla.

- ¿Le apetece algo?

- No, gracias -respondió, vigilando dónde apoyaba las manos-. Yo estaba allí.

-¿Qué quiere decir?

- La semana pasada yo estaba en SENDER GREEN.

- ¿Estaba en el equipo? -pregunto Hicks con curiosidad, desconocedor del peligro que acababa de entrar en su apartamento.

-Así es. Yo soy el tipo que cogió al ruso -dijo su visitante.

-¿Que usted raptó a un ciudadano soviético? ¿Por qué diablos hizo eso?

-La razón no importa ahora, señor Hicks. En su cuerpo encontré un documento. Una orden para hacer los preparativos para matar a todos los prisioneros americanos.

-Lo siento -dijo Hicks sacudiendo la cabeza maquinalmente. «Oh, ¿ha muerto tu perro? Qué lástima.»

-¿No significa nada para usted? -preguntó Clark.

-Sí, claro, pero la gente corre riesgos. Espere un momento. -Los ojos de Hicks quedaron en blanco por un instante y Kelly observó que intentaba acordarse de algo-. Creía que también teníamos al comandante del campo, ¿no es cierto?

-No, a ése le maté yo. Esta pequeña información se le dio a su jefe para poder identificar al individuo que filtró la misión. -Clark se inclinó hacia delante-. Y ése es usted, señor Hicks. Yo estuve allí. Estaban dentro de un cercado de alambre. Esos veinte prisioneros ahora deberían estar con sus familias.

Hicks se inclinó a un lado.

- Yo no quería que muriesen. Mire, como le dije, la gente corre riesgos. ¿A qué ha venido, a arrestarme? ¿Para qué? ¿Cree que soy idiota? Fue una operación turbia. Y usted no puede revelarla o corre el riesgo de joder las conversaciones de paz, por eso la Casa Blanca nunca le permitirá hacerlo.

- Es cierto. Pero yo he venido a matarle.

- ¿Qué? -Hicks estuvo a punto de soltar una carcajada.

- Usted ha traicionado a su país, ha traicionado a veinte hombres.

- Mire, éste era un asunto de conciencia.

- Eso es, señor Hicks. -Clark buscó algo en su bolsillo y sacó una bolsa de plástico. En ella había la droga que había extraído del cuerpo de su viejo amigo Archie, una cuchara y una aguja hipodérmica de cristal. Golpeó la bolsa contra su regazo.

-Yo no lo haría.

- Es bastante pura -sacó de su espalda su cuchillo Ka-Bar-. Ya lo he hecho con otros. Hay veinte hombres que deberían haber vuelto a casa. Usted les ha robado la vida. Usted lo ha querido así, señor Hicks.

Su rostro palideció y tenía los ojos muy abiertos.

- Vamos, en realidad usted no haría...

- El comandante del campo era un enemigo de mi país. Igual que usted. Tiene un minuto.

Hicks contempló el cuchillo con que Clark jugueteaba y supo que no tenía ninguna posibilidad. Jamás había visto unos ojos como aquéllos frente a él, aunque sabía lo que significaba su expresión.

Kelly pensó en la semana anterior cuando estaba allí sentado, recordó haberse sentado en el fango provocado por la lluvia que había caído, a unos centenares de metros los veinte hombres que ya nunca serían libres. El recuerdo facilitaría las cosas, aunque pensó que ya nunca más tendría que obedecer órdenes como ésa.

Hicks escudriñó la habitación con la esperanza de ver algo con que defenderse. El reloj pareció quedarse inmóvil mientras él consideraba lo que estaba sucediendo. Se había enfrentado a la posibilidad de morir de una manera teórica en Andover, en 1961, y después vivió su vida de acuerdo con la misma imagen teórica. Para Walter Hicks el mundo había sido una ecuación, algo que podía dominarse y adaptarse. Ahora se daba cuenta, sabiendo que era demasiado tarde, de que él era apenas una variable más de la ecuación, no el tipo con la tiza

en la pizarra. Consideró la posibilidad de saltar de la silla, pero su visitante ya se inclinaba hacia delante, alargaba el cuchillo y clavaba sus ojos en la fina línea plateada de la hoja. A Hicks le pareció tan afilada que se le cortó la respiración. Miró de nuevo el reloj. La segunda manecilla se había movido.

Peter Henderson no tenía prisa. Era una noche de entre semana y Washington se iba pronto a la cama. Todos los burócratas, ayudantes y asistentes especiales se levantaban pronto y tenían que haber descansado para estar bien despiertos y poder dirigir los asuntos de su país. Vio las aceras vacías en Georgetown, donde las raíces de los árboles habían levantado algunas losas de la acera. Vio a una pareja de avanzada edad paseando su perrito, y a un individuo del bloque de Wally. Un hombre de su edad, unos metros más allá, metiéndose en un coche cuyo sonido de cortadora de césped lo identificaba como un «escarabajo» Volkswagen, probablemente de los antiguos. Esas cosas horribles que perduran siempre si tú deseas que perduren. Unos segundos más tarde, llamó a la puerta de Wally. No estaba completamente cerrada. Wally era muy descuidado en algunas cosas. No se comportaba como un espía. Henderson empujó la puerta abierta, dispuesto a regañar a su amigo, cuando lo descubrió sentado en la silla.

Hicks tenía arremangada la manga izquierda. La mano derecha sujetaba el cuello como si quisiera ayudarse a respirar, pero la razón real estaba en la parte interna del codo izquierdo. Peter no se acercó al cuerpo. Durante unos instantes permaneció sin hacer nada. Luego comprendió que tenía que salir de allí.

Sacó un pañuelo y limpió el pomo de la puerta, la cerró y se alejó procurando dominar su estómago.

«¡Demonios, Wally! –se enfureció Henderson–. Te necesitaba. Y te mueres así, por sobredosis.» La causa de la muerte le pareció tan clara como inesperada. Pero quedaban sus creencias, pensó Henderson mientras volvía a su casa. Al menos sus creencias no habían muerto. Y él se ocuparía de ellas.

El viaje duró toda la noche. Cada vez que el camión daba un brinco, se resentían los huesos y los músculos. Tres de los hombres estaban más malheridos que él, dos de ellos yacían inconscientes en el suelo, y no había nada que pudiera hacer por ellos teniendo las manos y las piernas atadas. Sin embargo, sentía una especie de satisfacción. Cada puente destruido que tenían que sortear era una victoria. Otros luchaban en retaguardia; otros estaban hiriendo a esos bastardos. Algunos hombres murmuraban cosas que el guardia de la parte trasera del camión no podía oír por el ruido del motor. Robin se preguntaba adónde se dirigían. El cielo nuboso le impedía orientarse con las estrellas, pero con el amanecer llegó una indicación de en qué lugar del este se encontraban, fue muy sencillo observar que se dirigían hacia el noroeste. Su verdadero destino sólo era una posibilidad, se dijo Robin, y decidió que la esperanza no tenía límites.

Kelly se había desahogado. Pero la muerte de Walter Hicks no le produjo satisfacción. Había sido un traidor y un cobarde, pero pudo haber una mejor manera de solucionarlo. Se alegró de que Hicks hubiera decidido suicidarse, porque no estaba seguro de que hubiese podido matarlo con el cuchillo... o de otro modo. Pero Hicks se había merecido su destino, de eso no tenía duda. Aunque no lo hiciéramos nosotros, pensó Kelly.

Kelly puso todas sus ropas en una maleta grande, la llevó al coche alquilado y con eso finalizó su estancia en el apartamento. Había pasado ya la medianoche cuando se dirigió de nuevo hacia el sur, al centro de la zona de peligro, dispuesto a actuar por última vez.

Para Chuck Monroe las cosas se habían serenado. Se encargaba de los allanamientos y de todos los demás delitos, pero en su distrito acabaron las carnicerías de narcotraficantes. Una parte de él pensaba que esto no era bueno, y así se lo dijo al otro patrullero mientras

almorzaban...

Monroe conducía su coche patrulla observando todo lo que pudiera salirse de lo normal. Vio que dos desconocidos habían ocupado el sitio de Ju-Ju. Había tenido que aprender sus apodos de la calle; posiblemente había un informante entre ellos. Los narcos del centro de la ciudad podían empezar su tarea fuera de la zona de Monroe. Monroe así lo reconoció mientras se dirigía hacia el límite oeste de su zona de vigilancia. Aquello era como el infierno. Una mala calle. Esto le hizo sonreír en la oscuridad. El apodo que habían asignado al caso le parecía muy apropiado: «El hombre invisible.» Asombroso que los periódicos no lo hubieran recogido. Una noche monótona en medio de tales pensamientos. Y él daba las gracias porque así fuera. La gente había estado despierta hasta tarde para ver a los Orioles dar una paliza a los Yankees. Monroe había oído que a menudo puedes seguir la pista de delitos callejeros según las actividades de los equipos deportivos.

El límite más occidental de su zona era una calle norte-sur. Él estaba en un extremo; y en el otro, otro oficial. Iba ya a girar cuando vio a un vagabundo. Algo en su persona le resultó familiar, aunque no era nadie que Monroe hubiera registrado semanas antes. Cansado de estar sentado en el coche y aburrido por no haber tenido aquella noche más que una multa de tráfico, bajó del vehículo.

–Tú, no te muevas. -La figura siguió moviéndose, lenta e irregularmente. Quizá podía arrestarlo por embriaguez pública o porque fuera un desgraciado con el cerebro achicharrado a causa de meterse mierda barata entre pecho y espalda. Monroe empuñó su porra y se acercó a cachearlo. Dio unos pasos, pero el pobre bastardo hacía oídos sordos o disimulaba, como si no hubiera oído el sonido de los pasos. Su mano cayó sobre el hombro del vagabundo.

–Te dije que no te movieras.

El contacto físico lo cambió todo. Su hombro era firme, fuerte, tenso. Monroe simplemente no estaba preparado para eso, estaba demasiado cansado, aburrido, habituado y seguro de lo que veía cada noche, y aunque en su cabeza surgió inmediatamente el hombre invisible, su cuerpo no estaba preparado para la acción. Ese no era un vagabundo de verdad. Casi al mismo tiempo que su mano rozaba al hombre vio que el mundo empezaba a rodar de izquierda a derecha, vio el cielo y luego la acera y luego el cielo otra vez, pero esta vez la visión de las estrellas fue interrumpida por una pistola.

– ¿Por qué no te has quedado en tu jodido coche? –preguntó el hombre, furioso.

– ¿Quién...?

–¡Silencio! –La pistola apoyada contra su frente era muy convincente. Los guantes de cirujano le delataron e hicieron que el oficial hablara.

–Mierda –murmuró con expresión respetuosa–. Eres él.

– Sí, lo soy. Y ahora, ¿qué voy a hacer contigo? –preguntó Kelly.

– No voy a suplicar. –Aquel hombre se llamaba Monroe, leyó Kelly en la placa, y no parecía de la especie que suplican.

–No tendrás que hacerlo. ¡Date la vuelta! –El policía lo hizo, con un poco de ayuda. Kelly le sacó las esposas del cinturón y se las puso en las muñecas–. Relájate, oficial Monroe.

–¿Qué quieres decir? -La voz del policía todavía traslucía la admiración que sentía hacia su captor.

– Quiero decir que yo no voy por ahí matando polis. –Kelly lo sujetó y lo llevó hacia el coche.

– Esto no cambia nada –le dijo Monroe, cuidando de no elevar la voz.

– Dime una cosa. ¿Dónde guardas las llaves?

– En el bolsillo derecho.

– Gracias.

Kelly las cogió y puso al oficial en el asiento trasero del coche. Había una mampara de separación para mantener a los detenidos apartados del conductor. Puso en marcha el coche y lo aparcó en un callejón.

– ¿Las esposas no te aprietan demasiado las manos? ¿Estás bien?

–Sí, estoy bien jodido. –El policía se movió agitadamente, furioso, pensó Kelly. Era comprensible.

–Quieto, si no quieres que te haga daño. Vigilaré el coche. Las llaves estarán en alguna alcantarilla.

–¿Se supone que debo darte las gracias? –preguntó Monroe.

–No te he pedido que lo hicieras, ¿o sí? –Kelly sintió un impulso de disculparse por la embarazosa situación del hombre–. Ha sido fácil. La próxima vez ten más cuidado, oficial Monroe.

Al desaparecer la tensión, sintió ganas de soltar una carcajada mientras se alejaba rápidamente. »Gracias a Dios –pensó, dirigiéndose hacia el oeste de nuevo–, aunque no por todo.» Todavía podía encontrar a los borrachos y esperaba hacerlo en el mismo sitio que el mes pasado. Una complicación más. Kelly se mantuvo en las sombras y en las callejuelas tanto como le fue posible.

Enfrente había una tienda, tal como le había dicho Billy y Burt había confirmado, una tienda cerrada con casas deshabitadas a derecha e izquierda. Una gente muy locuaz, en circunstancias apropiadas. Kelly la contempló desde el otro lado de la calle. A pesar de que la planta baja estaba vacía, había luz en el primer piso. La puerta principal, según observó, estaba asegurada con un gran cerrojo metálico. También la de atrás, probablemente. Bien, podría hacerlo de una manera complicada... o de otra manera complicada. Iba a contrarreloj. Aquellos policías debían de tener comunicación regularmente. Y aunque no la tuvieran, tarde o temprano Monroe llamaría la atención de alguna persona que llevara el gatito a un árbol, o su sargento empezaría a preguntarse dónde demonios se había metido, y entonces todos los polis irían allí en busca de su compañero desaparecido. Y lo buscarían a conciencia. Era una posibilidad que Kelly no deseaba contemplar y la cual no mejoraría las cosas.

Atravesó la calle rápidamente, por primera vez sin cubrirse en público, porque, tal como estaban las cosas, sopesar los riesgos y encontrar el equilibrio ecuánimemente inducía a la locura. Pero es que toda la empresa había sido una locura desde el principio, ¿no es así? Comprobó que en la calle no hubiera nadie. Luego cogió el cuchillo Ka-Bar y empezó a desprender la masilla que rodeaba el paño de cristal de la vieja puerta de madera. Quizá los escaladores nocturnos no fueran pacientes, pensó, o simplemente tontos... o más ingeniosos de lo que él estaba siendo en ese momento, se dijo Kelly. Tardó seis interminables minutos, bajo una farola situada a pocos metros de distancia, y antes de poder bajar el cristal se hizo dos cortes. Kelly blasfemó en voz baja y miró el profundo corte que se había hecho en la mano izquierda. Luego entró a través de la abertura y se dirigió al fondo del edificio. Una tienda de barrio, pensó, abandonada probablemente porque el vecindario había desaparecido. Bueno, podía haber sido peor. El suelo estaba cubierto de polvo pero libre de obstrucciones. Al fondo había unas escaleras. Kelly oyó ruido en el piso superior y sacó la pistola del 45 mientras se dirigía hacia allí.

–Ha sido una bonita fiesta, cariño, pero se ha acabado –dijo una voz masculina. Kelly distinguió en el tono un humor bronco, seguido de unos sollozos femeninos.

–Por favor... eres un miserable y un...

–Lo siento, cariño, pero así son las cosas –dijo otra voz–. Yo daré la cara.

Kelly llegó al pasillo. En el suelo no había nada, sólo porquería. El suelo de madera era viejo pero recientemente había sido... crujió.

–¿Qué ha sido eso?

Kelly permaneció inmóvil durante un segundo, pero no tenía ni tiempo ni lugar donde esconderse. Recorrió velozmente los últimos metros y, agachándose, irrumpió en la habitación pistola en mano.

Había dos hombres, unas siluetas, como si su mente desechara lo secundario y se centrara en lo que importaba: tamaño, distancia y movimiento. Uno intentó coger un arma antes de que dos balas le perforaran el pecho y la cabeza. Kelly apuntó en otra dirección aun antes de que el cuerpo cayera.

- ¡Está bien! ¡No dispare! -Un pequeño revólver cromado cayó al suelo. Se escuchó un fuerte grito procedente de la parte delantera del edificio, que Kelly ignoró mientras se ponía de pie, apuntando con la automática al otro hombre, como si estuviera conectada por un hilo de acero.

-Han venido a matarnos -dijo una voz sorprendentemente tímida, aterrorizada.

-¿Cuántos hay? -preguntó Kelly dirigiéndose a la chica. -Esos dos, han venido a...

-Lo creo -le dijo Kelly-. ¿Quién eres tú?

-Paula.

- ¿Dónde están Maria y Roberta?

-En la habitación de delante -dijo Paula, demasiado desorientada todavía para preguntarse por qué ese hombre conocía sus nombres. El otro hombre habló por ella.

-Acaba ya, amigo, ¿quieres? -Deja de hablar, intentaban decir los ojos del hombre.

-¿Quién eres? -Una 45 hacía hablar a la gente, pensó Kelly. -Frank Molinari. -Una voz con acento y la comprensión de que Kelly no era policía.

-¿De dónde vienes, Frank? ¡Quieta! -le dijo Kelly a Paula. Mantenía el arma en alto, los ojos vigilantes y los oídos alertas.

-De Filadelfia. Oye, tío, podemos hablar, ¿de acuerdo? -Estaba temblando, con los ojos fijos en el arma que acababa de tirar al suelo, preguntándose qué demonios estaba sucediendo.

¿Por qué alguien de Filadelfia hacía el trabajo sucio de Henry?, se preguntó Kelly. Dos de los hombres del laboratorio habían dicho lo mismo. Tony Piaggi, el canalla de la conexión, y Filadelfia...

-¿Has estado en Pittsburgh, Frank? -La pregunta le produjo un sobresalto.

Molinari hizo sus conjeturas y los resultados no fueron buenos. -¿Cómo lo sabes? ¿Para quién trabajas?

-Mataste a Doris y a su padre, ¿verdad?

-Fue un trabajo, ¿no haces tú un trabajo?

Kelly le dio la única respuesta posible y se escuchó otro grito en la parte de delante, mientras él alzaba el arma y se la colocaba cerca del pecho. Tiempo para pensar. Kelly dio unos pasos y ayudó a Paula a levantarse.

- Ven, vamos a buscar a tus amigas.

Maria sólo llevaba puestos unas bragas y estaba demasiado intoxicada para darse cuenta de nada; Roberta estaba consciente y aterrorizada. No podía ocuparse de ellas, ahora no. No tenía tiempo. Kelly las reunió y las obligó a bajar las escaleras y luego salir al exterior. Ninguna llevaba zapatos y caminaban como si estuvieran lisiadas, gimoteando y gritando. Kelly las empujaba, las hacía acelerar el paso entre gruñidos, temiendo que pasara un coche, cosa que lo estropearía todo. La rapidez era vital y los diez minutos que tardaron fueron tan interminables como su carrera bajando la colina de s E N D E R G R E E N, pero el coche del policía todavía estaba allí. Kelly abrió la puerta y les dijo a las mujeres que entraran.

-¡Maldito cabrón! -protestó Monroe. Kelly entregó las llaves a Paula, que parecía la más capacitada para conducir. Al menos podía mantener la cabeza derecha. Las otras dos se inclinaron hacia la derecha, procurando mantener las piernas alejadas de la radio.

-Oficial Monroe, estas damas te llevarán a tu puesto. Tengo instrucciones que darte. ¿Estás listo para escuchar?

-¿Tengo elección, bastardo?

-¿Deseas observar las reglas o prefieres buena información? -le preguntó Kelly. Un par de ojos de expresión solemne vacilaron un instante. Monroe se sacudió su orgullo y asintió.

- Adelante.

-Tienes que hablar con el sargento Tom Douglas, sólo con él. Estas damas son... en cierto modo una mierda, pero pueden

ayudar a resolver un caso muy importante. Sólo a él, a nadie más, es importante, ¿de acuerdo? -«Si me fallas, nos volveremos a ver», le dijeron los ojos de Kelly.

Monroe comprendió el mensaje y asintió.

-Sí.

-Paula, tú conduce, no te detengas por nada, no importa lo que él diga, ¿entendido? -La chica asintió. Le había visto matar a dos hombres-. ¡Vamos! ¡Largaos!

En realidad Paula estaba demasiado intoxicada para conducir, pero Kelly no pudo hacer más. El coche de policía se alejó calle abajo, dejando atrás una cabina telefónica. Luego dobló la esquina y desapareció. Kelly lanzó un profundo suspiro y se dirigió al lugar donde había dejado su automóvil. No había salvado a Pam, ni a Doris, pero había salvado a esas tres y a Xantha, poniendo en peligro su propia vida. Y ya era bastante.

Aunque no demasiado.

El convoy de dos camiones que tenía que dar un rodeo mayor del previsto hizo que no llegaran a su destino hasta pasada la medianoche. Su destino era la prisión Hoa Lo. El nombre significaba «lugar de las hogueras» y su reputación era bien conocida por todos los americanos. Los camiones entraron en el patio y se cerraron las puertas. Nuevamente a cada hombre se le destinó un guardia para acompañarlos al interior. Los permitieron beber un poco de agua y nada más, antes de asignarles celdas individuales y aisladas. Robin Zacharias se encontró en una de ellas. En realidad no representaba mucho cambio. Descubrió un trozo de suelo limpio y se sentó, cansado del viaje, apoyando la cabeza contra la pared. Pasaron varios minutos antes de oír la llamada.

Afeitado y corte de pelo, seis toquecitos.

Afeitado y corte de pelo, seis toquecitos.

Abrió los ojos. Tenía que pensar. Los prisioneros de guerra americanos se comunicaban mediante un código tan simple como antiguo, un alfabeto gráfico.

740

A	B	C	D	
E	G	H	I	
L	M	N	O	
Q	R	S	T	
V	W	X	Y	

Tap-tap-tap-tap-tap, pausa, tap-tap.

«5/2 -pensó Robin-. Letra W. De acuerdo, puedo hacerlo.»

2/3, 3/4, 4/2, 4/5

Robin interrumpió para contestar:

4/2, 3/4, 1/2, 2/4, 3/3, 5/5, 1/1, 1/3-1/1, 3/I, 5/2, I/I, 3/I, 3/I.

«¿Al Wallace? ¿Al? ¿Está vivo?» Su amigo de hacía quince años aún estaba con vida.

tap-tap-tap-tap-tap-tap

Robin jadeó, no escuchaba las palmaditas, sino el coro, la música, lo que ésta significaba.

tap-tap-tap-tap-tap-tap

t/I , 3/1, 3/1, 2/4, 4/3, 5/2, 1/3 , 3/1, 1/1, 3/1, 3/1, 2/4, 4/3, 5/2, 1/3, 3/1, 3/1.

Robin Zacharias cerró los ojos y dio gracias a Dios por segunda vez en un día y por segunda vez en un año. Había sido un idiota al haber pensado que la liberación no llegaría. Este parecía un lugar extraño para ello, y las circunstancias extrañas, pero había un compañero mormón en la celda de al lado y su cuerpo temblaba mientras oía el más amado de los himnos, cuyo estribillo final no era en absoluto una mentira, sino una afirmación.

«Todo está bien, todo está bien.»

Monroe no sabía por qué esa chica, Paula, no le hacía caso. Intentó ser razonable, intentó gritar una orden, pero ella siguió conduciendo según las indicaciones de Kelly, avanzando por las calles a primera hora de la mañana y a diez millas por hora y

manteniéndose en su carril sólo raras veces y con dificultad. Tardaron cuarenta minutos. Se perdió dos veces, confundiendo la derecha con la izquierda, y en otra ocasión detuvo el automóvil cuando una chica se puso a vomitar por la ventanilla. Poco a poco Monroe comprendió lo que estaba sucediendo. Se trataba de muchas cosas, pero tenía tiempo de resolverlo.

-¿Qué hizo? -preguntó a Maria.

-E-ellos habían venido a matarnos, como a las otras, ¡pero él les disparó!

Vaya, pensó Monroe. Entonces era él sin lugar a dudas.

-¿Paula?

-Sí.

-¿Conoció a Pamela Madden?

Ella alzó la cabeza y la bajó lentamente, mientras se concentraba una vez más en la calzada. La comisaría de policía ya estaba a la vista.

-Dios mío -suspiró el policía-. Paula, gire hacia la derecha y entre en el aparcamiento, ¿de acuerdo? Gire al fondo... buena chica... puede parar ahí, muy bien. -El coche dio una sacudida al detenerse y Paula rompió a llorar. El policía no tenía más que esperar un minuto o dos y ver si ella se ponía peor, porque los temores de Monroe eran ahora por ellas y no por él-. Muy bien, ahora quiero que me ayudéis a salir.

La chica abrió la puerta de su lado y luego la de atrás. El policía necesitaba que le ayudaran a ponerse de pie y ella lo hizo instintivamente.

-Las llaves del coche, allí está la llave de las esposas, ¿puede quitármelas, señorita? -Después de tres intentos sus manos quedaron libres-. Gracias.

-¡Mejor que sea algo bueno! -rezongó Tom Douglas. El cable del teléfono topó con el rostro de su esposa, despertándola.

-Sargento, aquí está Chuck Monroe, del Distrito Oeste. Tengo tres testigos del asesinato de Pamela Madden. -Hizo una pausa-. Creo que hay dos cuerpos más gracias al hombre invisible. Monroe me ha dicho que tiene que hablar con usted.

- Huh? -el rostro del detective hizo una mueca en la oscuridad-. ¿Quién lo hizo?

-El hombre invisible. ¿Puede venir aquí, señor? Es largo de contar -dijo Monroe.

-No hable con nadie más, ¿comprendido?

-El también me lo dijo, señor.

- -¿Qué pasa, querido? -preguntó Beverly Douglas, ahora tan despierta como su marido.

Habían pasado ocho meses desde la muerte de una triste muchachita llamada Helen Waters. Luego fue Pamela Madden. Luego Doris Brown. Ahora iba a atrapar a esos bastardos, se dijo incorrectamente Douglas.

-¿Qué haces aquí? -preguntó Sandy a la figura que estaba de pie junto a su coche, el único seguro.

-He venido a despedirme por un tiempo -contestó Kelly con calma.

-¿Qué quiere decir?

-Tengo que marcharme. Y no sé durante cuánto tiempo.

- ¿Adónde?

-No puedo decirlo.

- ¿Otra vez a Vietnam?

- Es posible. No estoy seguro, la verdad.

No era el momento oportuno, aunque nunca lo era, pensó Sandy. Era temprano, tenía que estar en el trabajo a las seis y media y aunque no llegaba tarde sencillamente no disponía de los diez minutos que necesitaba para decir lo que tenía que decir.

- ¿Volverás?

-Si quieres, volveré.

-Quiero que vuelvas, John.

-Gracias, Sandy... He salvado a cuatro -le dijo.

-¿Cuatro?

-Cuatro chicas. Como Pam y como Doris. Una está en la Costa Este y las otras tres aquí en la ciudad, en una comisaría. Asegúrate de que alguien cuide de ellas, ¿de acuerdo?

- Sí.

-No importa lo que oigas, volveré. Créeme, por favor.

- ¡John!

-No hay tiempo, Sandy. Volveré -le prometió al marcharse.

Ni Ryan ni Douglas llevaban corbata. Bebían café mientras los muchachos del laboratorio hacían su trabajo.

-Dos en el cuerpo -estaba diciendo uno de ellos-, una en la cabeza... siempre en el punto mortal. Es un trabajo de profesional.

- De la mejor especie -susurró Ryan a su compañero. Era una 45. Tenía que serlo. Eso sólo se hacía con ese tipo de arma... y además, había seis casquillos de bala en el suelo, cada uno de ellos dentro de un círculo de tiza para los fotógrafos.

Las tres mujeres fueron introducidas en una celda de la comisaría del distrito Oeste, con un policía de paisano que las atendía constantemente. El y Douglas habían hablado de ellas brevemente, lo suficiente para saber que tenían a los testigos de un asesinato de Henry Tucker. Nombre y descripción física, no mucho, pero infinitamente más de lo que tenían tan sólo hacía unas horas. Primero buscaron el nombre en sus archivos, luego en el registro general de delincuentes del FBI, y luego en la calle. Luego comprobaron en las listas de licencias de conducir. El procedimiento era totalmente directo, y con un nombre darían con él, quizá pronto o quizá no. Pero entonces se presentó otro pequeño asunto.

-¿Los dos eran de fuera de la ciudad? -preguntó Ryan.

-De Filadelfia, Francis Molinari y AIbert d'Andino -confirmó Douglas, leyendo los nombres en sus licencias de conducir-. ¿Cuánto quiere apostar...?

-Apuestas no, Tom. -Se volvió v cogió una fotografía-. Monroe, ¿esta cara le es familiar?

El patrullero cogió la pequeña fotografía de carnet de la mano de Ryan y la miró a la débil luz del apartamento del piso superior. Movió la cabeza.

-La verdad es que no, señor.

-¿Qué quiere decir? Usted ha estado cara a cara con ese tipo. -Cabellos largos, cara manchada, cuando estuvimos muy cerca lo que vi fue el cañón de un Colt. Todo fue demasiado rápido y estaba demasiado oscuro.

Era difícil y peligroso, lo cual no era habitual. Había cuatro automóviles aparcados a la salida y no tuvo que esforzarse en guardar silencio... aunque el hecho de que aquellos cuatro coches estuvieran allí aparcados favorecía la acción. Kelly estaba en el espacio marginal del antepecho de una cabina tapada con ladrillos, buscando el cable del teléfono. Esperaba que nadie lo estuviera utilizando mientras cortaba los alambres y sujetaba rápidamente los plomos que llevaba. Una vez hecho esto, saltó y se dirigió hacia el norte por la parte trasera del edificio, arrastrando el alambre y dejándolo en el suelo. Giró la esquina, dejando el carrete colgando de su mano izquierda como si fuera la fiambrera del almuerzo, atravesó la poco transitada calle, moviéndose como si perteneciera a ese lugar. Caminó unos centenares de metros y giró de nuevo y entró en el edificio desierto. Una vez allí, volvió a su coche y sacó el resto de lo que necesitaba, incluido su leal frasco de whisky, lleno de agua del grifo y un surtido de barritas Snickers. Se dispuso a la tarea.

El rifle no estaba al alcance de la vista. Pensó que la acción más inteligente era utilizar el edificio como blanco. Se sentó, se apoyó el arma en el hombro y buscó una mancha en la

pared. Allí había una de color ladrillo. Kelly contuvo la respiración, amplió la mira del teleobjetivo al máximo y apretó suavemente.

El rifle disparó de forma extraña. El cañón del 22 es pequeño y redondo y, con el elaborado amortiguador que había fabricado, por primera vez en su vida oyó la nota musical pinggggg del golpe del percutor junto con el sordo pop de la descarga. Esto casi distrajo a Kelly de oír el lejano swat del impacto de la bala en el blanco. La bala levantó una nubecilla de polvo, dos pulgadas a la izquierda y una en lo alto de su punto de impacto. Kelly manipuló el ajuste del teleobjetivo y disparó otra vez. Perfecto. Quitó el silenciador y luego descargó tres andanadas al interior del almacén sintonizando otra vez el teleobjetivo al punto más bajo.

-¿Ha oído algo? -preguntó Piaggi con voz cansina.

-¿Qué? -Tucker levantó la cabeza de su tarea. Llevaba más de doce horas haciendo ese trabajo que le parecía iba a durar eternamente. Ni siquiera había hecho la mitad a pesar de los dos «soldados» que habían llegado procedentes de Filadelfia. A Tony tampoco le gustaba.

-Algo va mal -dijo Tony moviendo la cabeza y echándola hacia atrás.

Lo único bueno que podía sacarse de todo esto era que ganaría respeto cuando se lo contara a sus asociados de toda la costa. Anthony Piaggi era un hombre serio. Cuando todo se fuera al infierno, haría el trabajo él solo. Tony hace el reparto y cumple con sus obligaciones. Puedes depender de Tony. Las ganancias eran considerables, aunque éste fuera el precio. Estos pensamientos duraron unos treinta segundos.

Tony abrió otra bolsa y notó el olor pernicioso, químico, sin reconocer de lo que se trataba. Vertió los polvos blancos y finos en el cuenco, luego echó la glucosa. Mezcló los dos elementos con unas cucharas, removiendo con suavidad. Estaba seguro de que existía un aparato para llevar a cabo esa operación, aunque probablemente era demasiado grande, como el que utilizaban en las pastelerías comerciales. En su fuero interno se rebelaba contra este trabajo, era para gente de baja categoría, mercenaria. Pero tenía que hacerlo porque no había nadie que lo ayudara.

- ¿Qué ha dicho? -preguntó Henry con voz cansada.

- Olvídelo -repuso Piaggi, concentrado en su labor. ¿Dónde demonios se habían metido Albert y Frank? Debían de haberse reunido con ellos hacía dos horas.

-Hola, teniente. -El sargento encargado del depósito central de pruebas era un antiguo oficial de tráfico cuyo vehículo de tres ruedas había colisionado con un conductor imprudente. Aquello le había costado una pierna y lo había relegado a un trabajo administrativo, el cual le iba muy bien al sargento, que tenía su escritorio, sus dónuts y su periódico, además de unas tareas de oficina para tres horas de trabajo real de las ocho reglamentarias.

-¿Qué tal la familia, Harry?

-Bien, gracias. ¿Qué puedo hacer por usted?

- Necesito comprobar la cantidad de droga que traje la semana pasada -le dijo Charon-. Creo que debe haber una confusión en las etiquetas. De todas formas... -se encogió de hombros-, tenía que hacerlo.

- Muy bien, déme un minuto e iré...

- Lea su periódico, Harry. Conozco el camino -le dijo Charon, dándole una palmadita en el hombro. Nadie podía entrar en aquella habitación sin escolta, pero Charon era teniente y Harry sólo tenía una pierna y la prótesis le molestaba, como siempre.

- Fue un tiro estupendo, Mark -le dijo el sargento a sus espaldas.

-¡Qué demonios, pensó, Mark se cargó al tipo que había estado llevando la droga!

Charon miró primero y aguzó el oído por si había alguien en la habitación, pero no había nadie. Henry le había pagado mucho por hacer aquello. Hablar de trasladar la operación, ¿eh? Dejarle en la estacada, volver a cazar traficantes... bien, no era malo del todo. Ya tenía un montón de dinero en el banco, suficiente para mantener a su antigua esposa feliz y educar a los tres hijos que ella le había dado, más un poco para él. Probablemente lo promocionarían

por el trabajo que había hecho, apresando a varios distribuidores de droga...

Los diez kilos que había cogido del coche de Eddie Morello estaban en una caja de cartón etiquetada, en la tercera estantería, justo donde habían supuesto que estarían. Cogió la caja y comprobó el interior para asegurarse. Las diez bolsas de kilo habían sido abiertas, comprobadas y vueltas a colocar. Los técnicos del laboratorio encargados de hacerlo, habían firmado con iniciales en las etiquetas, y sus iniciales eran fáciles de falsificar. Charon buscó en su camisa y en sus pantalones y sacó unas bolsas de plástico llenas de azúcar del mismo color y consistencia que la heroína. Solamente su oficial podría tocar esta prueba y él podía controlarlo. Ese mes había enviado un memorando aconsejando que se destruyera la prueba, en cuanto el caso se hubo cerrado. Su capitán lo aprobaría. La echaría por el desagüe ante varios testigos y las bolsas de plástico serían quemadas y nadie lo sabría nunca. Parecía muy sencillo. Tres minutos después se alejaba de allí llevándose las pruebas.

- ¿Comprobado?

-Sí, Harry, gracias -dijo Charon haciendo un gesto de despedida mientras salía.

-Que alguien coja el jodido teléfono -gruñó Piaggi. ¿Quien demonios llamaría allí? Fue uno de los tipos de Filadelfia quien contestó, después de haber encendido un cigarrillo.

- ¿Sí? -El hombre se volvió-. Harry, es para usted.

- ¿Quién demonios? -preguntó Tucker acercándose.

- Hola, Henry -dijo Kelly. Había conectado otra línea telefónica a la del edificio, aislándola del mundo exterior. Estaba allí sentado, junto a la herramienta cubierta con una lona y tenía controlado el otro extremo con sólo hacer girar la manivela. Parecía muy primitivo, pero le era familiar y cómodo, y le servía.

-¿Quién es?

- Mi nombre es Kelly, John Kelly -le dijo.

- ¿Y quién es John Kelly?

- Cuatro de vosotros matasteis a Pam. Tú eres el que queda, Henrv -dijo la voz-. He cogido a los otros. Ahora te ha llegado el turno.

-Tucker se volvió y miró alrededor, como si esperase encontrar allí aquella voz. ¿Se trataba de una broma estúpida?

-¿Cómo... cómo ha conseguido este número? ¿Dónde está?

- Bastante cerca, Henry -le dijo Kelly-. ¿Estás cómodo ahí, con tus amigos?

- Mire, no sé quién es usted...

-Ya te lo he dicho. Estás ahí con Tony Piaggi. Te vi en el restaurante la otra noche. ¿Te gustó la cena? A mí mucho -se burló la voz.

Tucker se quedó envarado, con la mano sujetando el teléfono.

-¿Y qué demonios va a hacer, tío?

-No voy a besarte en ambas mejillas, muchacho. Cacé a Rickie, a Bill.y y a Burt, y ahora voy a cazarte a ti. Hazme un favor, dile a Piaggi que se ponga al aparato.

- Tony, es mejor que vengas -dijo Tucker.

- ¿Qué pasa, Henry? -Piaggi dio un brinco y saltó de la silla. Estaba demasiado cansado. Esos bastardos de Filadelfia, mejor que tuvieran listo el dinero. Henry le pasó el auricular.

-¿Quién es?

-Esos dos tipos del barco, esos que usted le proporcionó a Henry. Los cacé. Y esta mañana he cazado a otros dos.

- ¿Qué demonios...?

-Imagíneselo. -La línea se cortó.

Piaggi miró a su compañero.

- Henry, ¿qué demonios es esto?

«Muy bien, veamos qué ha provocado la llamada.» Kelly bebió un poco de agua y comió una Snikers. Estaba en el tercer piso del edificio. Una especie de almacén, pensó, de sólida construcción, un buen lugar para esconderse cuando cayera la bomba rusa. El problema táctico era interesante. No podría irrumpir en el interior. Aunque hubiera tenido una ametralladora, y no la tenía, cuatro contra uno eran demasiados, especialmente cuando no sabes lo que hay al otro lado de la puerta, y cuando no podía contar con el factor sorpresa, por lo que intentaría otra vía de aproximación. Nunca había hecho nada parecido, pero desde su lugar podía cubrir todas las puertas del edificio. Las ventanas de la parte trasera estaban cubiertas de ladrillo. Las únicas vías de salida estaban bajo su control, a un centenar de metros, y esperaba que lo intentaran por allí. Kelly apoyó el rifle en el hombro pero siguió con la cabeza levantada, escudriñando a derecha e izquierda pacientemente.

-Es él -dijo Henry en voz baja para que los demás no pudieran oírle.

-¿Quién?

–El tipo que se cargó a los camellos, el tipo que se cargó a Billy y a los demás, el tipo del barco. Es él.

–Bueno, ¿y quién demonios es él, Henry?

–¡No lo sé, maldita sea! –Había alzado la voz y los otros lo miraron. Tucker logró contenerse–. Dice que salgamos.

–Oh, ésta sí que es buena... ¿Qué tiene contra nosotros? Espera un momento. –Piaggi levantó el auricular, pero no dio señal de línea–. ¿Qué demonios pasa?

Kelly oyó el zumbido y levantó su auricular.

–¿Sí, quién es?

–¿Quién demonios es usted?

–Es Tony, ¿verdad? ¿Por qué mató a Doris, Tony? No era ningún peligro para usted. Ahora le tengo yo a usted.

–Yo no...

–Ya sabe lo que significa, pero gracias por traer a esos dos también. Deseaba atar este cabo suelto y acabar, pero no esperaba tener la oportunidad de hacerlo. Ahora están en el depósito, supongo.

–¿Intenta intimidarme? –preguntó Piaggi al otro lado de la chirriante línea.

–No, lo que intento es matarle –le replicó Kelly.

–¡Joder! –Piaggi colgó el auricular.

–Dice que nos vio en el restaurante, que él también estaba allí.

Los otros dos tenían claro que algo iba mal. Ahora levantaron la vista, curiosos, pero cambiaron cuando vieron a sus superiores en ese estado de nerviosismo. ¿Qué demonios significaba todo aquello?

–¿Cómo puede saber...? –dijo Piaggi–. Sí, ellos me conocían, ¿no es cierto que ellos...? Maldita sea.

Sólo había una ventana con los cristales enteros. Las otras los tenían rotos, las aberturas favorecían la entrada de la luz al interior tras haber sido rotas por los vándalos. Además, protegían de las miradas del exterior. La única ventana con los cristales enteros tenía una manivela que hacía que los entrepaños se abrieran hacia arriba formando un ángulo. Esa

oficina probablemente había albergado a algún directivo cabrón que no quería que sus secretarias mirasen por la ventana. Bien, el cabrón había tenido lo que quería. Piaggi dio vueltas a la manivela para abrir la ventana... Lo intentó, los tres entrepaños móviles sólo se desplazaron cuarenta grados hasta que el mecanismo se encalló.

Kelly vio el movimiento y se preguntó si debería anunciar su presencia de un modo más directo. «Mejor no –pensó–, mejor ser paciente.» La espera es muy dura para quienes no saben lo que está sucediendo.

Eran las diez en punto de la mañana de un día claro y soleado de finales de verano. En la O'Donnell Street había tráfico de camiones, sólo medio bloque más abajo, así como de algunos automóviles que pasaban de largo dirigiéndose a sus casas. Posiblemente sus conductores verían el alto edificio abandonado en el que Kelly se encontraba y se preguntarían, igual que él, para qué había sido construido; al ver los cuatro automóviles aparcados junto al antiguo edificio comercial, quizá se preguntarían si volvía a ser utiliza-do otra vez; pero aunque así lo hicieran, tan sólo sería una idea pasajera de unas personas que se dirigían a su trabajo. El drama que se estaba desarrollando allí dentro sólo lo conocían los actores.

–No se ve una mierda –dijo Piaggi, agachándose para mirar a través de las ventanas–. No hay nadie por los alrededores.

Es el tipo que se cargó a los traficantes, se decía Tucker, mientras se apartaba de la ventana. A cinco o seis.

Tony había escogido el edificio. Era la parte visible de un pequeño negocio interestatal de camionaje cuyos propietarios eran unos jugadores cautelosos y relacionados con ellos. Es perfecto, pensó, tan cerca de las principales autovías, en la parte tranquila de la ciudad, con poca actividad policial, un edificio anónimo en el que se hace un trabajo anónimo. Perfecto, había pensado Henry cuando lo vio.

Oh, sí, perfecto...

-Déjeme echar un vistazo. -Ya no había tiempo para volverse atrás. Henry Tucker no se consideraba un cobarde. Había peleado y matado, y no sólo a mujeres. Se había esforzado durante años hasta lograr establecerse y la primera parte de todo este proceso no había estado exenta de derramamiento de sangre. Además, no podía parecer débil ahora, no ante Tony y dos soldados.

-Nada -asintió.

-Hay que intentar algo. -Piaggi se dirigió al teléfono y levantó el auricular. No escuchó la señal de línea, sino un zumbido...

Kelly miró el teléfono de campaña, escuchando el ruido que hacía. Lo dejó sonar durante unos instantes, para que los otros esperaran. Aunque la situación táctica se debía a su propia iniciativa, sus opciones todavía estaban limitadas. Hablar o no hablar. Disparar o no disparar. Moverse o no moverse. Kelly tenía que seleccionar sus acciones cautelosamente, con sólo estas tres opciones básicas, para obtener el resultado deseado. Esta batalla no era una batalla física, sino psicológica.

Hacía calor. Los últimos días de calor antes de que las hojas comenzaran a caer. Casi 27 grados, quizá subieran a 33. Se enjugó el sudor de la cara mientras seguía vigilando el edificio, oyendo el zumbido y dejándolos que sudaran por algo más que el calor de ese día.

-Mierda -refunfuñó Piaggi, volviendo a colgar el auricular-. ¡Vosotros dos!

-¿Sí? -contestó Bobby, el más alto.

-Idos a dar una vuelta por el edificio...

- ¡No! -exclamó Henry-. Puede estar ahí fuera. Podría estar al otro lado de la puerta. ¿Es que quiere arriesgarse?

- ¿Qué quiere decir? -preguntó Piaggi.

Tucker se paseaba ahora con pasos regulares, respirando un poco más rápido de lo habitual y dominándose para poder pensar. «¿Cómo lo haría yo?»

-Quiero decir que ese bastardo corta la línea telefónica, hace su llamada, habla con nosotros y espera a que salgamos al exterior.

- ¿Qué sabe de ese tipo?

- Sé que mató a cinco traficantes y a cuatro de mis hombres...

- Y a cuatro de los míos, si no ha mentido...

- Por eso debemos adelantarnos a él, ¿de acuerdo? ¿Qué haría usted?

Piaggi pensó en ello. Nunca había matado a nadie. Jamás había trabajado de ese modo. Él era más bien el cerebro del negocio. En su época había dado algunas palizas; sin embargo Kelly había asestado unas palizas terribles no hacía tanto tiempo.

¿Qué haría yo en su lugar?» La idea de Henry tenía sentido. Te quedas fuera de la vista, oculto en una esquina, en una avenida, en las sombras, y luego les dejas que miren hacia el otro lado. La puerta más próxima, la que habían utilizado, podías quedarte al otro lado; además, estaría más cerca de los coches y, como era la única vía de escape, era por donde él esperaba que escaparan.

Sí.

Piaggi contempló a su compañero. Henry estaba mirando hacia arriba. Los paneles acústicos habían sido retirados del cielo raso. Allí arriba, en la azotea, había una puerta de acceso cerrado con un simple cerrojo manual. Se abriría con facilidad, quizá sin hacer ruido. Alguien podría subir ahí, caminar hacia la cornisa y ver si abajo estaba ese bastardo de Kelly.

Sí.

-Bobby, Fred, venid aquí -ordenó Piaggi, y les puso al corriente de la situación.

Entonces ellos se enteraron de la gravedad del asunto, pero no se trataba de la policía -lo peor que podía pasar, a su entender- y la seguridad de que no era así les hizo respirar aliviados. Los dos hombres eran pistoleros inteligentes y Fred ya había matado durante una pequeña guerra entre familias en Filadelfia. Arrastraron una mesa y la colocaron debajo de la trampilla. Fred estaba ansioso de demostrar que era un tipo serio para ganar así el favor de Tony, quien también parecía un tipo serio. Se subió encima de la

mesa. Pero no era suficiente. Entonces colocaron una silla encima que le permitió abrir la trampilla y asomarse al tejado.

¡Ajá!, Kelly vio aparecer al hombre, aunque sólo eran visibles la cabeza y el pecho. Buscó la cara con la mira telescópica. Iba a disparar, pero le detuvo la manera en que el hombre miraba alrededor, escudriñando el tejado antes de hacer el próximo movimiento. Bueno, esperaré a que lo haga, pensó Kelly, mientras un camión con trailer pasaba retumbando a cincuenta metros de distancia. El hombre se dio impulso y subió al tejado. A través de la mira telescópica, Kelly pudo ver el revólver en su mano. El hombre se quedó allí de pie, mirando alrededor, y luego se dirigió lentamente hacia la fachada del edificio. En realidad la táctica no era mala. Lo primero que tienes que hacer es un buen reconocimiento... era lo que ellos están pensando, pensó Kelly. Una lástima.

Fred se había quitado los zapatos. La gravilla del tamaño de un guisante le hizo daño en los pies, así como el calor procedente del pegajoso asfalto negro bajo las piedras, pero no debía hacer ruido... y además, él era un tipo duro, como ya había comprobado alguien en el banco de Delaware River. Su mano se flexionó con familiaridad sobre la empuñadura de su Smith de cañón corto. Si ese bastardo estaba allí, dispararía. Tony y Henry se ocuparían del

cuerpo, y volverían al negocio, porque era una entrega importante. Fred estaba a medio camino, muy concentrado. Se aproximó a la cornisa, el cuerpo inclinado hasta que sus pies desnudos hicieron todo el recorrido hasta la pared baja de ladrillos que se extendía a lo largo de la línea del tejado. Entonces se inclinó hacia delante, apuntó con el arma hacia abajo y... nada. Fred miró en una y otra dirección de la fachada del edificio.

–¡Mierda! –gritó–. ¡Aquí no hay nadie!

–¿Qué? –La cabeza de Bobby apareció en la abertura. Fred estaba verificando los coches por si alguien estaba allí agazapado.

Kelly se dijo que la paciencia casi siempre tenía un premio. Este pensamiento le había permitido dominar el nerviosismo del cazador ante la vista de su presa. En cuanto captó un movimiento en la abertura, levantó el arma. Un rostro, blanco, veinteañero, ojos oscuros, mirando al otro, una pistola en la mano derecha. Una diana. «Dispárale.» Kelly apuntó con la mira telescópica en el puente de la nariz y apretó el gatillo suavemente.

Un chasquido. Fred volvió la cabeza cuando oyó un sonido sordo y duro a la vez, pero allí no había nada. Pero como también se oía una conmoción, pensó que Bobby había caído al suelo. Sin embargo, por alguna razón que no alcanzó a comprender, se le heló la piel de la nuca. Volvió al borde del tejado, observan-do el horizonte llano y regular hasta donde pudo. Nada.

El arma era nueva y el pestillo todavía estaba un poco duro cuando introdujo la segunda bala. Dos por el precio de uno. Ahora la cabeza dio un rápido giro. Pudo ver su miedo. Sabía que existía peligro pero no sabía dónde ni de qué clase. Entonces el hombre empezó a caminar hacia la abertura. Kelly no podía permitírselo. Apuntó y disparó de nuevo. Pingggg.

Chasquido. El sonido del impacto fue bastante más ruidoso que el silencioso pop del disparo. Kelly quitó el cartucho e introdujo otro mientras un vehículo se aproximaba por O'Donnell Street.

Tucker todavía estaba contemplando el rostro de Bobby cuando levantó la cabeza al oír el ruido sordo de lo que tenía que ser otro cuerpo, haciendo resonar las barras de acero de las junturas del tejado.

–Oh, Dios mío...

XXXVII. EL JUICIO DE DIOS

-Tiene mejor aspecto que la última vez que le vi, coronel -dijo Ritter en ruso con expresión afable. El oficial de seguridad se levantó y salió del cuarto de estar dejando solos a los dos hombres. Ritter llevaba una caja que puso sobre la mesa del café-. ¿Ha comido bien?

-No tengo ninguna queja -repuso Grishanov cautelosamente-. ¿Cuándo puedo volver a casa?

-Esta tarde, probablemente. Estamos esperando algo. -Ritter abrió la caja, cosa que inquietó a Kolya, aunque no lo demostró. Por lo que sabía, debía de haber una pistola en eI interior. Su prisión había sido cómoda, sus conversaciones con los otros residentes habían sido amistosas, no era un prisionero cualquiera. Aquello le hacía acordarse de otro hombre en un lugar lejano en circunstancias muy diferentes. Estas diferencias alimentaban su conciencia y le avergonzaban.

-¿Qué es eso?

-La confirmación de que nuestra gente está en Hoa Lo.

El ruso inclinó la cabeza y murmuró algo que Ritter no logró comprender. Grishanov levantó la cabeza.

-Me satisface oírlo.

-Sabe que confío en usted. Sus comunicaciones por carta a Rokossovski han surtido efecto. -Ritter vertió en su taza un poco de té de la tetera que había encima de la mesa y llenó también la de Kolya.

-Me han tratado correctamente. -Grishanov no supo seguir y se hizo un pesado silencio.

- Tenemos experiencia en tratar amistosamente a nuestros invitados soviéticos -le aseguró Ritter-. No es usted el primero que ha estado aquí. ¿Monta usted a caballo?

-No, jamás he montado un caballo.

- Hummmm. -La caja estaba llena de papeles, según pudo ver Kolya, mientras se preguntaba qué eran. Ritter sacó dos tarjetas grandes y una almohadilla de tinta-. Por favor, sus manos.

- No lo comprendo.

- No se preocupe. -Ritter le cogió la mano izquierda y pasó por la tinta la punta de los dedos, haciéndolos luego rodar de uno en uno en las casillas de una de las tarjetas y luego en la otra. El procedimiento se repitió con la mano derecha-. Ya está, no le ha dolido, ¿verdad? Ahora ya puede lavarse las manos, es mejor hacerlo antes de que la tinta se seque. -Ritter deslizó una de las tarjetas en la carpeta, sustituyéndola por otra. Cerró la caja y luego llevó la tarjeta vieja a la chimenea donde la quemó. Ardió rápidamente uniéndose al montón de cenizas del fuego que los guardianes encendían todas las noches. Grishanov volvió a continuación con las manos limpias.

- Sigo sin comprenderlo.

- En realidad no hay nada que pueda preocuparle. Acaba usted de ayudarme en algo, eso es todo. ¿Qué le parece si almorzarnos? Luego nos reuniremos con uno de sus compatriotas. Por favor, no se preocupe, camarada coronel -dijo Ritter, tranquilizándolo como pudo-. Si los de su lado cierran el trato, estará usted de regreso a su casa dentro de ocho horas. ¿No es magnífico?

Mark Charon se sentía incómodo al volver a aquel lugar, a salvo porque aquello debía de hacer bastante tiempo que estaba fuera de uso. Bueno, no tardaría demasiado. Llevó el Ford hasta la fachada del edificio, bajó y se dirigió a la puerta principal. Estaba cerrada y tuvo que llamar. Tony Piaggi la abrió violentamente con un arma en la mano.

-¿Qué pasa? -preguntó Charon, alarmado.

-¿Qué pasa? -se preguntó Kelly en voz baja.

Le sorprendió que un coche llegara hasta el edificio. Estaba introduciendo dos balas más en el cargador cuando el hombre bajó del coche. Todavía tenía problemas a la hora de introducir el cargador. Cuando lo consiguió, la figura se movía con demasiada rapidez para poder disparar. Demonios. Desde luego no sabía quién era. Enfocó la mira telescópica y examinó el coche. Estructura corriente... una antena de radio extra... ¿Un coche de policía? El reflejo de la luz le impidió ver el interior. Demonios. Se había equivocado. Había esperado un poco después de disparar contra esos dos del tejado. ¡Nunca hay que dar nada por seguro, demonios! Esbozó una mueca.

-;Qué demonios está pasando? -preguntó Charon. Entonces vio el cuerpo en el suelo con un pequeño agujero a la izquierda del ojo derecho.

- ¡Es él! ¡Está ahí fuera! -exclamó Tucker.

-¿Quién?

- El que se cargó a Billy y a Rick y a Burt...

- ¡Kelly! -exclamó Charon, dándose la vuelta para mirar la puerta.

-;Sabe su nombre?

-Ryan y Douglas van tras él, lo buscan por una serie de asesinatos.

Piaggi lanzó un gruñido.

- La serie se ha ampliado en dos más: Bobby ahí y Fred en el tejado. -Se acercó de nuevo junto a la ventana. Kelly debía de estar al otro lado de la calle...

Charon había sacado su arma. Había algo en las bolsas de heroína que le parecía sospechoso. Volvió a enfundar el revólver de reglamento, sacó la droga y la dejó encima de la mesa, junto al cuenco de la mezcla y los paquetitos y el clasificador. Entonces sonó el teléfono. Tucker lo cogió.

- ¿Se está divirtiendo, gilipollas?

-¿Y tú te divertiste con Pam? -preguntó Kelly con frialdad-. Bueno -preguntó con tono más amable-, ¿quién es vuestro amigo? ¿Es el poli que tenéis en nómina?

-Usted cree que lo sabe todo, ¿verdad?

- No, todo no. No sé por qué un hombre va por ahí matando chicas, Henry. ¿Quieres explicármelo?

-¡Jódete, tío!

-¿Quieres salir a intentarlo? ¿Es que también eres marica, amor?

Kelly esperaba que Tucker no hubiese roto el teléfono tras el golpe que dio al colgar. No comprendía el juego, cosa que a Kelly le iba muy bien. Si no conoces las reglas, no puedes devolver el golpe con efectividad. En su voz había cierto matiz de cansancio, y también en la de Tony. El individuo del tejado no llevaba abrochada la camisa; estaba arrugada, según pudo observar Kelly al examinar el cuerpo a través de la mira telescópica. Los pantalones tenían arrugas a la altura de las rodillas, como si el hombre hubiera estado sentado durante toda la noche. ¿Se trataba de un simple patán? No lo parecía. Los zapatos que había pasado por la abertura estaban muy brillantes. Probablemente había estado levantado toda la noche, pensó Kelly tras unos segundos de reflexión. Estaban cansados, asustados y no conocían el juego. Magnífico. Tenía agua, galletas y todo el día.

-Usted conocía el nombre de ese bastardo, ¿cómo demonios es posible? -exclamó Tucker-. ¡Me dijo que sólo era un holgazán de playa! Yo le dije que podía sacarlo del hospital, recuerde, pero no... ¡usted se negó a ello!

- Siéntese, Henry -dijo Tony con toda la calma que pudo-. Nos enfrentamos a un chico muy peligroso. Se ha cargado a seis de mis hombres. ¡Seis! No es momento de tener pánico. Ahora tenemos que pensar, ¿de acuerdo?

-Tony se tocó la barba y permaneció unos instantes meditando, abstraído-. Tiene un rifle y está en ese edificio del otro lado de la calle.

-¿Es que quiere ir allí y cogerlo, Tony? -Tucker señaló la cabeza de Bobby-. ¡Mire cómo trabaja!

–Después del día viene la noche, Henry. Ahí fuera hay una luz, justo encima de la puerta. –Piaggi se acercó a la caja de los fusibles, comprobó la etiqueta del interior y desenroscó el fusible apropiado–. Esta luz no se encenderá. Podemos esperar hasta la noche y entonces hacer nuestro movimiento. No puede cazarnos a todos. Si nos movemos con rapidez suficiente, no cazará a ninguno.

–¿Y qué pasa con la mierda?

–Uno se queda vigilándola. Vamos a buscar a ese bastardo y luego acabamos el negocio, ¿de acuerdo?

El plan era viable, pensó Piaggi. Ese Kelly no tenía todas las cartas. No podía disparar a través de las paredes. Ellos tenían agua, café y el tiempo de su parte.

Las tres historias eran tan parecidas como nunca hubiera esperado en tales

circunstancias. Las interrogaron por separado, tan pronto estuvieron lo suficientemente recuperadas para hablar. Los nombres, el lugar, cómo ese bastardo de Tucker distribuía la heroína fuera de la ciudad, algo que Billy había dicho acerca del olor de las bolsas... Ahora tenían el número de una licencia de conducir y la posible dirección de Tucker. La dirección podía ser falsa, pero además tenían un coche y el número de una multa. Ryan lo tenía todo, o al menos estaba lo bastante cerca para considerar que la investigación tocaba a su fin. Había llegado el momento de volver y esperar los acontecimientos. Los cabos estaban en el aire. En las próximas sesiones de información en la comisaría, el nombre de Henry Tucker, su coche y su número de matrícula serían dados a conocer a los patrulleros, que eran los ojos de la policía. Podían tener suerte: cogerlo, acusarlo, procesarlo, enjuiciarlo y hacer que su culo desapareciera para siempre, aunque el Tribunal Supremo le denegara el final que merecía. Ryan iba a la caza de ese bastardo inhumano.

Y sin embargo...

Y sin embargo Ryan sabía que estaba a un paso de otro individuo. Ahora el hombre invisible utilizaba una 45 sin silenciador; había cambiado de táctica, iba tras muertes rápidas y seguras, ya no le importaba hacer ruido, hablaba con sus víctimas antes de matarlas y probablemente sabía más de lo que sabía Ryan. Ese peligroso gato que Farber le había descrito estaba en las calles, probablemente cazando a plena luz del día, y Ryan ignoraba dónde.

«John T. Kelly, oficial de la Armada, comando SEAL. ¿Dónde demonios estás? Yo de ti..., ¿dónde estaría? ¿Adónde iría?»

–¿Todavía estáis aquí? –preguntó Kelly cuando Piaggi cogió el auricular.

–Sí, hemos almorzado tarde. ¿Quiere acompañarnos?

–La otra noche comí calamares en tu restaurante. No estuvo mal. ¿Es tu madre la cocinera? –preguntó Kelly con sorna.

–Sí, es cierto –replicó Tony amablemente–. Una vieja receta de familia, mi bisabuela la trajo de Europa, ¿lo sabía?

–Me sorprendes.

–¿Cómo es eso, señor Kelly? –preguntó Tony educadamente, con voz más relajada. Se estaba preguntando qué efecto tendría en el otro extremo de la línea telefónica.

–Esperaba que probaras y repartieras las cartas. Tus hombres lo hicieron, pero yo no estaba rescatando –dijo Tony, dejando que su voz revelara su irritación.

–Como dije, venga aquí y charlaremos mientras almorzamos –colgó.

Excelente.

–Bien, ahora ese jodido ya tiene algo en qué pensar.

–Piaggi se sirvió otra taza de café. La infusión estaba pasada, espesa y rancia, pero tan cargada de cafeína que las manos le temblaban. «Estoy completamente despierto y alerta», se dijo Piaggi. Miró a los otros dos y sonrió confiadamente.

–Lástima lo de Cas –observó el superintendente a su amigo. Maxwell asintió.

–¿Qué puedo decirle, Will? No era exactamente un buen candidato para el retiro, ¿verdad? Los dos sin familia, aquí. Esta era su vida, y había empezado a declinar. –Ninguno de los dos comentó lo que había hecho la mujer de Cas. Quizá dentro de un año pudieran ver la poética simetría en la pérdida de dos amigos, pero ahora no.

–He oído decir que usted también se retira, Dutch.

El superintendente de la Academia Naval no contestó enseguida. Habían corrido rumores de que Dutch iba a ser nombrado comandante de flota en primavera. Estos rumores se habían desvanecido hacía unos días y no sabía la razón.

–Es cierto. –Maxwell no sabía el porqué. Las órdenes, tildadas de «sugerencia»,

procedían de la Casa Blanca–. Mucho tiempo, Will. Ha llegado el momento de la renovación. Somos hombres de la Segunda Guerra Mundial... bueno, es el momento de apartarse, supongo.

–¿Sonny está bien?

–Ya soy abuelo.

–¡Felicidades! –Al menos había una buena noticia, pensó. El contraalmirante Greer entró vistiendo uniforme.

–James!

–Bonito despacho de jefe –observó Greer–. Hola, Dutch. –Bueno, ¿a qué se debe esta atención de los altos mandos?

–Will, vamos a robar uno de sus veleros. ¿Tiene algo bonito y cómodo que puedan manejar dos almirantes?

–Una amplia selección.

–Muy bien.

–De acuerdo, avisaré para que le preparen uno.

Esto tenía sentido, pensó el almirante. Eran íntimos de Cas y cuando le dices adiós a un marino, lo haces en el mar. Hizo la llamada y ellos se despidieron.

-¿Alguna idea? –preguntó Piaggi. Su voz ahora traslucía una confianza desafiante. El impulso había atravesado la calle, pensó el hombre. ¿Por qué no fortalecerlo?

–No veo que tengas nada que decir. A tus bastardos les da miedo la luz del sol. ¡Os voy a dar una cosa! –dijo Kelly con un gruñido–. Espera.

Colgó el teléfono, levantó el rifle y apuntó a la ventana. Pop.

Crash.

–Jodido idiota! –gritó Tony al teléfono, aun sabiendo que Kelly había colgado–. ¿Os dais cuenta? Sabe que no puede cogernos. Sabe que el tiempo está de nuestra parte.

Se oyeron dos disparos, y dos cristales se hicieron añicos. Sonó el teléfono. Tony lo dejó sonar un rato antes de contestar.

–¡Ha fallado, pelmazo!

–¡No veo que hayáis ido a ninguna parte, tío mierda! –Tucker y Charon oyeron el zumbido de la voz de Kelly.

–Creo que ha llegado el momento de que empiece a correr, señor Kelly. Quién sabe, quizá consiga escapar. Quizá lo cojan los polis. Según he oído, también van detrás de usted.

–Ustedes son los que están atrapados, capullo.

–Si usted lo dice. –Piaggi colgó para demostrar quién tenía la mejor carta.

–¿Cómo está, coronel? –preguntó Voloshin.

–Ha sido un viaje interesante.

Ritter y Grishanov estaban sentados en los escalones del Lincoln Memorial, como dos turistas agotados tras un día caluroso, a los que se unió un tercer amigo, bajo los ojos vigilantes de un guardia de seguridad a unos metros de distancia.

–¿Y su amigo vietnamita?

–¿Qué? –preguntó Kolya, sorprendido–. ¿Qué amigo? Ritter lanzó una risita.

–Ha sido un pequeño truco por mi parte. Teníamos que identificar la filtración, ya sabe.

–Creía que ésta era su ocupación –observó el coronel con acritud. La trampa era obvia, y él casi había caído en ella. La suerte le había sonreído y Ritter probablemente no lo sabía.

–El juego sigue, Sergei. ¿Va a llorar por un traidor?

–Por un traidor no. Por un creyente en la causa de la paz del mundo, sí. Es usted muy

listo, Bob. «O quizá no -pensó Voloshin-, quizá no he caído en la trampa como tú crees, mi joven amigo americano. Vas demasiado deprisa. Has conseguido matar a ese chico Hicks, pero no a CASS1US. Eres impetuoso, joven amigo. Has errado el cálculo y en realidad lo ignoras, ¿verdad?»

- ¿Y nuestra gente?

- Como dije, están con los demás -confirmó Rokossovski-. ¿Acepta mi palabra, Ritter?

- Sí, la creeré. Muy bien, hay un vuelo de la PanAm a París, esta noche a las ocho y quince. Lo entregaré allí. Si quiere comprobarlo, puede reunirse con él en Orly.

- De acuerdo. -Voloshin se dispuso a marcharse.

- ¿Por qué se va? -preguntó Grishanov con sorpresa.

- Coronel, porque cree en mi palabra, como yo creo en la suya.

-Ritter se levantó-. Tenemos unas cuantas horas para matar...

-¿Matar?

- Perdone, es un giro idiomático. Nos quedan unas cuantas horas. ¿Le gustaría dar una vuelta por Washington? Hay una piedra lunar en el Museo Smithsoniano. Por alguna razón a la gente le gusta tocarla.

Las cinco y media. El sol le daba en los ojos y Kelly tenía que enjugarse la cara con frecuencia. Cuando miraba la ventana parcialmente rota, no veía nada, excepto una sombra de vez en cuando. Se preguntó si estaban descansando. No lo permitiría. Levantó el teléfono de campaña y giró la manivela. Otra vez le hicieron esperar.

- ¿Quién llama? -preguntó Tony. Era formidable, pensó Kelly, más formidable de lo que imaginaba. Pero era una farsa.

- ¿Puede encargarse comida en tu restaurante?

-¿Tiene hambre? -Una pausa-. A lo mejor quiere hacer un trato con nosotros.

-Salid y hablaremos de ello -replicó Kelly

Piaggi colgó.

Vuelta a empezar, pensó Kelly, contemplando el movimiento de las sombras por el suelo. Bebió el último sorbo de agua y comió la última galleta mientras contemplaba la zona por si algo había cambiado. Había pasado mucho desde que decidió su operación. En cierto modo, ellos lo decidieron por él. De nuevo actuaba hasta el límite de sus posibilidades. Habría podido apartarse de haberlo querido, pero... no, no, no podía hacerlo. Consultó el reloj. Iba a ser peligroso y el paso del tiempo no cambiaría las cosas. Ellos habían estado despiertos durante veinticuatro horas, probablemente más. El les atemorizaba, y dejaba que se acostumbraran a temerle. Creían que ahora tenían un buen juego en la mano, precisamente como Kelly había intentado hacerles creer.

Kelly se deslizó por el suelo de cemento hacia atrás y allí dejó sus pertrechos. No los iba a necesitar más, no importaba el giro que tomaran las cosas. Se puso de pie, se sacudió la ropa y comprobó la Colt automática. Una bala en la cámara y siete en la re-cámara. Se desperezó un poco, pero no podía entretenerse demasiado. Bajó, subió al Volkswagen y lo puso en marcha. Calentó el motor mientras contemplaba el tráfico en la calle que discurría ante él. Se lanzó hacia delante, con el estrépito de un conductor novato, y se incorporó limpiamente al tráfico de hora punta.

-¿Se ve algo?

Charon había sugerido los ángulos que impedían a Kelly la visión de todo el camino hasta el edificio en que se encontraban. Pensaban que él intentaría cruzarlo y dos de ellos podían cubrir los lados del edificio. Sabían que Kelly seguía allí. Iban a atraparlo. Kelly no había pensado en todo, aseguró Tony. Era muy inteligente, pero no tanto, y cuando cayera la noche ellos harían su movimiento. Y lo conseguirían. Un calibre 22 no perforaría la carcasa

de un coche.

- El tráfico está en el otro lado.

-No se acerque tanto a la ventana.

-Joder -dijo Henry-. ¿Y qué hay de la entrega?

- Tenemos un refrán en la familia: más vale tarde que nunca, y es verdad.

Charon era el que se sentía más incómodo. Quizá debido a la proximidad de las drogas. Maldita mierda. Un poco tarde para pensar así. ¿Había algún modo de salir de allí?

El dinero de su entrega estaba allí, junto al escritorio. Y él tenia un arma.

¿Morir como un criminal? Miró a los otros, que estaban a ambos lados de la ventana. Ellos eran los criminales. El no había hecho nada para ofender a ese Kelly. Bueno, nada que él supiera. Era Henry quien había matado a la chica, y Tony quien se había llevado a la otra. Charon sólo era un policía corrupto. Aquél era un asunto personal de Kelly. No era difícil de entender. Matar a Pamela de ese modo había sido algo brutal, una locura. Se lo había dicho a Henry. Podía salir de esta situación como un héroe. Ponerle sobre aviso, intervenir de lleno y disparar alocadamente en favor de Kelly. Nunca más se mezclaría otra vez en algo así. El dinero en el banco, la promoción, y desbaratar la organización de Henry gracias a todo lo que él sabía. No le arrestarían después de eso, ¿o sí lo harían? Todo lo que tenía que hacer era coger el teléfono y hablar con ese hombre. Pero le faltaba un detalle.

Kelly giró hacia la izquierda, dejó atrás un edificio, luego giró de nuevo a la izquierda y se dirigió hacia O'Donnell Street. Tenía las manos sudorosas. Ellos eran tres y él tenía que ser bueno, muy bueno. Pero lo era, y tenía que acabar el trabajo, aunque el trabajo acabara con él. Detuvo el coche un poco más allá, y desanduvo a pie el camino hasta el edificio. Todas las tiendas estaban cerradas... había contado tres que abrían durante el día, ignorando lo que estaba sucediendo... al otro lado de la calle.

«Bueno, lo has planeado todo muy bien, ¿no es cierto?»

Sí, pero ésta era la parte más fácil.

Llegó a la esquina del edificio y miró en todas direcciones. Mejor desde el otro lado. Fue hasta la esquina y, utilizando el mismo antepecho de ventana que había utilizado antes, alcanzó el parapeto procurando evitar el tendido eléctrico.

«Muy bien, ahora tengo que caminar por el tejado sin hacer ruido.»

Kelly subió al estrecho parapeto. No hizo ruido mientras caminaba por la cuerda floja de ladrillo hacia la trampilla del tejado, preguntándose si estarían utilizando el teléfono.

Charon tenía que hacer algo. Se levantó, miró a los demás y se desperezó exageradamente antes de dirigirse hacia ellos. Se había quitado la chaqueta, tenía la corbata aflojada y el Smith de cinco disparos en la cadera derecha. Un tiro para cada uno de esos bastardos y luego telefonearía a ese Kelly. ¿Por qué no? Eran unos delincuentes, ¿no? ¿Por qué tenía que morir él por lo que ellos habían hecho?

–¿Qué está haciendo, Mark? –preguntó Henry, ignorando el peligro, demasiado centrado en la ventana.

–Estoy cansado de estar sentado. –Charon sacó su pañuelo y se enjugó la cara mientras medía los ángulos y la distancia; luego se dirigió al teléfono, su salvación. Estaba seguro de ello. Era su única oportunidad de salir de allí.

A Piaggi no le gustó la expresión de sus ojos.

–¿Por qué no se sienta otra vez y se relaja? Esto acabará pronto.

«¿Por qué mira el teléfono? ¿Por qué nos mira a nosotros?»

–No fastidie, Tony, ¿vale? –dijo Charon con tono desafiante. No sabía que sus ojos le habían traicionado. Apenas su mano había tocado el revólver, Tony le disparó al pecho.

–Te crees un tipo muy listo, ¿eh? –dijo Tony al moribundo. Entonces vio que en el rectángulo de luz procedente de la trampilla del tejado había una sombra. Enseguida desapareció y fue remplazada por una mancha borrosa que Tony apenas pudo captar por el

rabillo del ojo. Henry estaba mirando el cuerpo de Charon.

El disparo le sorprendió... pensó que iba dirigido a él, como era obvio, pero Kelly estaba equivocado. Saltó al interior. Fue como un salto de paracaidista: pies juntos, rodillas flexionadas, espalda recta, rodar cuando tocas el suelo.

El golpe fue duro. El suelo era de azulejos y sus piernas se resintieron. Kelly cogió su arma mientras rodaba por el suelo. El que estaba más cerca era Piaggi. Kelly apuntó al pecho y disparó dos veces, cambió de dirección y apuntó debajo de la barbilla.

Blancos móviles.

Kelly rodó otra vez, dispuesto a hacer lo que había aprendido en la Armada. Allí estaba él. El tiempo se detuvo. Henry estaba apuntándole. Sus miradas se cruzaron durante lo que pareció una eternidad: cazador y cazador, cazador y cazado. Entonces Kelly comprendió que tenía el blanco ante él. Apretó el gatillo tras apuntar concienzudamente al pecho de Tucker. Su cerebro percibió el momento como proyectado en cámara lenta, incluso vio cómo entraba la bala en el pecho de Tucker. Tucker estaba perdiendo el equilibrio. O resbaló en el suelo o bien el impacto de los proyectiles le hizo perder el equilibrio y desplomarse.

Misión cumplida, se dijo Kelly. Al menos había acabado un trabajo después de los fracasos de aquel sombrío verano. Se puso de pie y se acercó a Henry Tucker, dando una patada al arma que aún tenía en la mano. Intentó decirle algo a ese rostro que todavía estaba vivo, pero no encontró las palabras. Quizá Pam descansaría ahora en paz, o probablemente no. No había acabado todavía, ¿verdad? El muerto se va y no sabe, o no le importa lo que deja atrás. Probablemente. Kelly se hacía esta pregunta con frecuencia. Si el muerto todavía seguía en la Tierra, era en el re-cuerdo de quienes lo recordaban, y por este recuerdo él había matado a Henry Tucker y a los demás. Quizá Pam nunca des-cansaría en paz. Pero él sí. Kelly comprobó que Tucker había muerto mientras él examinaba sus pensamientos y su conciencia. No, no sentía remordimientos por ese hombre ni por los demás. Kelly enfundó la pistola y contempló la habitación. Tres hombres muertos, y él no era ninguno de ellos. Salió de allí. El coche estaba a un bloque de distancia y le quedaba una cita, y una vida más a la que dar fin.

Misión cumplida.

El yate estaba donde lo había dejado. Kelly aparcó el coche una hora después y sacó la maleta. Dejó el coche cerrado con las llaves dentro, ya no lo volvería a necesitar. Mientras conducía por la ciudad y entraba en el embarcadero su mente había estado vacía, concentrada sólo en la acción mecánica de conducir el coche hacia la bahía, uno de los pocos sitios en que se sentía parte de algo.

Levantó la maleta, caminó por el embarcadero hasta el Springer y subió a bordo. Todo parecía estar bien y en diez minutos se alejaría de todo lo relacionado con la ciudad. Kelly abrió la puerta corredera del compartimiento principal y se detuvo en cuanto olió el humo de un cigarrillo, entonces oyó una voz.

- ¿John Kelly?

- ¿Quién es usted?

- Emmet Ryan. Conoce usted a mi compañero, Tom Douglas.

- ¿Qué puedo hacer por usted? -Kelly dejó la mochila encima de una mesa, recordó la pistola que llevaba oculta en el forro de la chaqueta sin abrochar.

- ¿Puede decirme por qué ha matado a tanta gente?

- Si sabe que yo lo he hecho, entonces también sabe la razón.

- Cierto. Estoy buscando a Henry Tucker.

-Aquí no lo encontrará.

- Entonces a lo mejor usted puede ayudarme.

- La esquina de O'Donnell y Mermen puede ser un buen sitio para buscar. No está en

condiciones de ir a ningún sitio -dijo Kelly.

- ¿Y qué supone que voy a hacer con usted?

-Las tres chicas de esta mañana, ¿están...?

-Están a salvo. Nos ocupamos de ellas. Usted y sus amigos se portaron muy bien con Pam Madden y Doris Brown. No fue por su culpa que las cosas no salieran bien. Bueno, quizá sólo un poco. -El policía hizo una pausa-. Tengo que detenerle, ya lo sabe.

- ¿Por qué?

- Por asesinato, señor Kelly.

-No. -Kelly meneó la cabeza-. Sólo es asesinato cuando muere gente inocente.

Ryan entrecerró los ojos. Sólo veía la silueta del hombre recortada en el cielo amarillento. Pero había oído lo que había dicho y una parte de su conciencia estaba de acuerdo.

-La ley no lo dice.

- No le estoy pidiendo que me deje ir. No le voy a causar problemas, pero no voy a ir a ninguna cárcel.

- No puedo dejarle marchar. -Ryan no sacó el arma, como pudo observar Kelly. ¿Qué quería decir eso?

-Les devolví al oficial Monroe.

- Gracias por hacerlo -repuso Ryan.

- Yo no voy matando gente por ahí. Me he visto obligado a hacerlo, y con razones, buenas razones.

- Quizá. ¿Pero cree que se ha acabado? -preguntó Ryan-. El problema de la droga no ha desaparecido.

- Henry Tucker ya no matará más chicas. He acabado con eso. Jamás he esperado conseguir más, pero he desbaratado una operación de drogas. -Kelly hizo una pausa. Había algo más que ese hombre tenía que saber-. En el edificio había un policía. Creo que estaba pringado. Tucker y Piaggi le dispararon. Quizá ahora se convierta en un héroe. Allí hay un montón de mierda. Las cosas no han ido demasiado mal para su departamento (y, gracias a Dios, no he tenido que matar al poli, aunque fuera un mal policía). Y le diré algo más, sé cómo Tucker entraba la droga. -Kelly se lo explicó brevemente.

-No puedo dejarle marchar -repitió el detective, aunque una parte de él deseara hacerlo. No podía ser, no lo haría porque tenía sus reglas.

-¿Puede darme una hora? Una hora y todo irá mejor para todos.

La petición cogió a Ryan por sorpresa. Iba en contra de todo lo que él defendía... pero también los monstruos que ese hombre había matado. Le debían algo. ¿Se habrían aclarado aquellos casos sin él? Además, ¿qué podría hacer Kelly? ¿Adónde podría ir? «Ryan, ¿tienes cojones?» Sí, a lo mejor tenía...

-Tiene una hora. Después de todo, puedo recomendarle un buen abogado. Ya sabe, uno bueno de verdad.

Ryan se levantó y se dirigió a la puerta lateral sin volver la vista atrás. Se detuvo ante la puerta, sólo un segundo.

-Señor Kelly, su hora empieza en este momento.

Kelly no miró cómo se marchaba Ryan. Encendió los motores y esperó a que se calentaran. En una hora podía hacerlo. Gateó hasta el embarcadero, soltó las cuerdas, dejándolas sujetas a los pilones del embarcadero y cuando volvió al salón los motores va estaban listos. En cuanto se hubo alejado del embarcadero, aceleró los motores y llevó el Springer a la máxima velocidad de veintidós nudos. Como el canal estaba vacío, Kelly puso el piloto automático y se apresuró a hacer los preparativos necesarios. Viró en Bodkin Point. Ya sabía quién de ellos iba tras él.

-Estación de Thomas Point.

- Aquí la policía de Baltimore...

Cogió la llamada el alférez Tomlin, recién graduado de la Academia de Guardacostas de New London, que estaba allí haciendo prácticas. Sólo veintidós años, tan joven que sus galones dorados de oficial todavía tenían el brillo original. Ya era hora de que se le encargara una misión, pensó Paul English, aunque Oreza fuera quien realmente dirigiera el asunto. Pusieron a punto la patrullera de Oreza. El joven alférez corrió a bordo, como si ellos pudieran quitársela en el último momento, ante el regocijo del oficial English. Cinco segundos después de que el muchacho se pusiera el chaleco salvavidas, la patrullera se alejaba del embarcadero y viraba al norte del faro de Thomas Point.

Ese hombre no me ha dado ninguna tregua, pensó Kelly, al ver aproximarse la patrullera desde estribor. Bien, le había pedido una hora y una hora era lo que había recibido. Kelly iba a encender la radio para dirigirle un saludo de despedida, pero no hubiera estado bien. Uno de sus motores diesel se había recalentado y funcionaría durante mucho más.

Aquello iba a ser una especie de competición; las cosas se complicaron cuando apareció un gran carguero francés. Kelly pronto se encontraría entre ese carguero y la patrullera.

-Bien, aquí estamos -dijo Ritter, despidiendo al guardia de seguridad que toda la tarde los había seguido como una sombra. Sacó el billete del bolsillo-. Primera clase. El camino está libre, coronel. -Evitaron el control de pasaportes gracias a una llamada telefónica previa.

- Gracias por su hospitalidad.

-Sí, el gobierno le regala las tres cuartas partes del viaje. Espero que Aeroflot se encargue del resto. –Ritter hizo una pausa–. Su comportamiento con nuestros prisioneros fue tan correcto como lo permitían las circunstancias. Gracias por todo.

– Es mi deseo que vuelvan a casa sanos y salvos. No son malos profesionales.

- Usted tampoco lo es. –Ritter lo dejó ante la puerta, donde un vehículo de transporte lo estaba esperando para llevarlo hasta el Boeing 747-. Vuelva alguna vez. Le enseñaré más cosas de Washington. –Ritter lo vio subir a bordo y se volvió a Voloshin.

–Un buen hombre, Sergei. ¿Todo esto perjudicará su carrera?

–¿Con todo lo que sabe? Creo que no.

–Estupendo –dijo Ritter, y se marchó.

Estaban demasiado cerca. La otra embarcación tenía una ligera ventaja porque iba a la cabeza y podía elegir, mientras que la patrullera necesitaba una velocidad de medio nudo para acercarse lenta y pausadamente. En realidad era una cuestión de habilidad y en eso residía la sutil diferencia entre el uno y el otro. Oreza contempló cómo Kelly deslizaba su embarcación a través de la estela del carguero, la superaba, haciendo que navegara por la parte frontal de la ola que el barco había provocado y la conducía hacia babor, ganando quizá medio nudo de ventaja. Oreza tuvo que admitirlo. El no hubiera podido hacerlo. Kelly hacía navegar su barco contra las leyes del viento y de las olas. Pero en ello no había nada divertido. No con esos hombres armados alrededor de la cabina de mandos. Y no con lo que tenía que hacerle a un amigo.

– ¡Maldita sea! –rezongó Oreza, moviendo ligeramente el timón hacia estribor–. ¡Cuidado con esas condenadas armas! –Los hombres enfundaron las armas y dejaron de juguetear con ellas.

–Es un tío peligroso –dijo el hombre que estaba detrás de Oreza.

– ¡No, no lo es, no con nosotros!

– ¿Y qué hay de toda la gente que ha...?

– ¡A lo mejor esos bastardos lo merecían! –Redujo un poco la velocidad y se dirigió

hacia babor cogiendo las olas por la parte más suave, moviendo la patrullera de izquierda a derecha para aprovechar las corrientes de superficie y ganar así unos metros preciosos en su persecución, precisamente como estaba haciendo el otro. Ninguna regata de la Copa de América había sido nunca tan excitante.

–Quizá si usted dejara...

Oreza no volvió la cabeza.

–Señor Tomlin, ¿cree usted que hay alguien que pueda llevar el barco mejor que yo?

–No, cabo Oreza –dijo el joven alférez. Oreza resopló ante el cristal de la ventana–. ¿Y si pedimos un helicóptero de la Armada? –preguntó Tomlin débilmente.

–¿Para qué, señor? ¿Adónde cree que va a ir, a Cuba? Tengo el doble de combustible que él y voy medio nudo más rápido, sólo está a trescientos metros de nosotros. Es una cuestión matemática, señor. En veinte minutos le cortaremos el paso, no importa lo bueno que sea. –Oreza no añadió que a Kelly había que tratarlo con respeto.

–Pero es peligroso –repitió el alférez Tomlin.

–Correré el riesgo. Ahí... –Oreza contempló cómo se deslizaba hacia babor, remontando la estela del buque de carga y aprovechando la energía generada por el barco para ganar velocidad. «Interesante, así es como lo hace un delfín... así me saca todo un nudo, es lo mejor que...» Oreza sonrió. Acababa de aprender algo del manejo de un barco, cortesía de un amigo a quien estaba intentando arrestar por asesinato. Por asesinato de unas personas que merecían la muerte, se dijo, preguntándose qué harían los abogados.

No, tenía que tratarlo con respeto, dejarle hacer la carrera, permitirle su tentativa hacia la libertad, aunque estuviera destinada al fracaso. Para degradar lo menos posible al hombre y, admitió Oreza, también para degradarse a sí mismo lo menos posible. Cuando todo hubiera acabado, seguiría existiendo el honor. Esta era probablemente la última ley del mar, y Oreza, como Kelly, era un hombre de mar.

Estaba muy cerca. Portazgo era increíblemente bueno conduciendo su embarcación, y por esta razón ponía todo su empeño en conseguir su objetivo. Kelly también ponía todo su empeño. Dirigir el Springer para atravesar en diagonal la estela del barco era lo más inteligente que había hecho nunca sobre el agua, pero esa condenada patrullera daba la talla. Los motores de ambos estaban al rojo, calientes, y ese maldito carguero estaba complicando las cosas. ¿Por qué Ryan no había esperado diez jodidos minutos más?, se preguntó Kelly. El control de la carga de combustible estaba a su lado y, cinco segundos después de que lo encendiera, los tanques de combustible estallarían, pero esto no era nada comparado con una patrullera a doscientos metros de distancia.

¿Y ahora qué?

–Hemos ganado veinte metros –observó Oreza, sintiendo a la vez satisfacción y pena.

Ni siquiera miró atrás, observó el oficial. Sabía, tenía que saber. Oreza era bueno, intentó decir mentalmente el contramaestre de primera clase, lamentando toda la irritación que había infligido al hombre, pero tenía que saber que esto sólo había sido una broma, una broma de un hombre de mar a otro. Y que él, además, al dirigir la carrera de esta manera, estaba haciendo honor a Oreza. Iba armado y podía haber disparado para distraer y divertir a sus perseguidores. Pero no lo había hecho y Oreza sabía la razón. Hacerlo habría violado las reglas de la carrera. Navegaba lo mejor que sabía y cuando llegara el momento de aceptar la derrota, ambos mostrarían orgullo y tristeza, pero a la vez demostrarían el respeto que sentían el uno hacia el otro.

–Pronto se hará la oscuridad –dijo Tomlin, interrumpiendo los ensueños del cabo. Ese muchacho no acababa de entender, pero sólo era un alférez novato. Quizá aprendiera algún día. La mayoría lo hacían, y Oreza tenía la esperanza de que aprendiera la lección de ese día.

–No lo bastante pronto, señor.

Oreza echó un vistazo al horizonte. El buque de carga francés ocupaba quizá un tercio de la superficie del agua que podía verse. Tenía un casco muy alto que se levantaba sobre la superficie y relucía recién pintado. La tripulación ignoraba lo que estaba sucediendo. Un

barco nuevo, observó el cabo, y su abultada proa formaba una hermosa afluencia de olas que los otros barcos utilizaban para deslizarse por ellas.

La solución más rápida y más sencilla era llevar la patrullera tras él a estribor del carguero, luego virar repentinamente hacia la proa y luego hacer estallar el barco... pero... existía otra manera, una manera mejor...

–!Ahora! –Oreza giró el timón unos diez grados en dirección a babor y en un momento ganó cincuenta metros. Luego lo giró hacia el otro lado, atravesó olas de cinco pies y se dispuso a repetir la maniobra. Uno de los marineros más jóvenes manifestó un repentino regocijo.

–¿Lo ve, señor Tomlin? Nuestro casco es mejor que esa especie de cosa que tiene él. Puede ganarnos cuando la mar está calmada, pero no cuando está movida. Eso es lo que estamos aprovechando.

Dos minutos más tarde habían recorrido la mitad de la distancia que separaba a ambos barcos.

–¿Está usted seguro de querer que acabe la carrera, Oreza? –preguntó el alférez Tomlin.

«No es tan tonto después de todo, ¿eh?» Bueno, era un oficial y se suponía que de vez en cuando eran inteligentes.

–Todas las carreras acaban, señor. Siempre hay un ganador y un perdedor –señaló Oreza, con la esperanza de que Kelly también entendiera eso. Rebuscó en el bolsillo de la camisa un cigarrillo y lo encendió con la mano izquierda, mientras con la punta de los dedos de la derecha llevaba el timón. Le habían dicho a Tomlin veinte minutos. Había sido pesimista. Sería mucho antes, estaba seguro.

Oreza examinó otra vez la superficie. Había un montón de embarcaciones, la mayoría a la cabeza pero ignorantes todas de lo que estaba sucediendo. La patrullera no llevaba encendidas las luces. No le gustaba a Oreza, era un insulto a su profesión. Cuando una patrullera de la Guardia Costera sale a la mar, no necesitas luces de policía, pensaba. Además, esa carrera era algo privado, vista y entendida sólo por profesionales, como debía ser, porque los espectadores siempre degradan las cosas y distraen a los jugadores.

Ahora estaba en medio del buque carguero y Oreza había mordido el cebo... tal como había pensado, se dijo Kelly. Diablos, qué bueno era ese tipo. Otra milla y lo alcanzaría, reduciendo a cero las opciones de Kelly, que había ideado algo al ver la proa del barco francés. Recordó aquel primer día con Pam, y su estómago se revolvió. Hacía tanto tiempo, habían sucedido tantas cosas desde entonces. ¿Había hecho bien o mal? ¿Quién lo juzgaría? Kelly sacudió la cabeza. Que lo juzgara Dios. Kelly miró hacia atrás por primera vez desde que había empezado la carrera y midió las distancias. Estaban endiabladamente cerca.

La patrullera bajó la popa, se elevó luego unos quince grados y el fuerte desplazamiento hizo que el casco atravesara la movida estela. Se tambaleó a derecha e izquierda en un arco de veinte grados, provocando un estruendo, los motores diesel a poca velocidad. Todo estaba en manos de Oreza, los motores y el timón en sus hábiles dedos mientras sus ojos escudriñaban y medían distancias. Kelly estaba haciendo exactamente lo mismo, aprovechando al máximo los motores, utilizando su habilidad y su experiencia. Pero sus ventajas eran pocas frente a Portazgo, así eran las cosas.

Entonces fue cuando Oreza le vio mirar hacia atrás por primera vez.

«Es el momento, amigo mío. Vamos, deja que acabe esto con honor. Quizá tengas

suerte y te dejen salir pronto y podamos ser amigos de nuevo.»

-Vamos, reduce la velocidad y gira a estribor -dijo Oreza, apenas consciente de que hablaba en voz alta; todos los hombres de su tripulación estaban pensando lo mismo, satisfechos de que ellos y Oreza vieran las cosas de la misma manera. La carrera había durado media hora, pero sería una historia que recordarían siempre.

La cabeza del hombre se volvió de nuevo. Oreza estaba pisándole los talones. No tenía sentido continuar. Eso estropearía la carrera. Sólo demostraría una falta de temple que no era característico del mar. Lo hacían los de los yates, no los profesionales.

Entonces Kelly hizo algo inesperado. Oreza fue el primero que lo vio y sus ojos volvieron a medir las distancias una vez, dos veces, tres veces. Cogió la radio.

-No lo intentes! -exclamó el cabo.

-¿Por qué? -preguntó Tomlin rápidamente.

«¡No lo hagas!», exclamó Oreza mentalmente, repentinamente solo en un mundo de ineptos, adivinando los pensamientos de Kelly y reaccionando en consecuencia. No era ésta la manera de acabar. No había honor en ello.

Kelly viró el timón hacia la derecha para coger la ola por la proa, vigilando la espumosa tajamar del carguero. Cuando llegó el momento oportuno, enderezó el timón. La radio chirrió. Era Oreza. Kelly sonrió al oírlo. Era un buen tipo. La vida sería muy solitaria sin hombres como él.

El Springer se tambaleó hacia estribor debido a la fuerza del giro tan radical, luego aún más a causa de la pequeña montaña de agua que levantaba la proa del carguero. Kelly sostuvo el timón con la mano izquierda y extendió la derecha hacia el tanque de aire alrededor del cual había amarrado seis pesadas correas. «Mierda -pensó de repente, mientras el Springer viraba noventa grados-, no he comprobado la profundidad; si las aguas no son lo bastante profundas... oh, Dios... oh, Pam...»

Kelly giró abruptamente hacia babor. Oreza lo vio desde apenas un centenar de metros, aunque la distancia podía haber sido de miles de millas, por lo bien que lo hizo y su mente lo vio antes de que la realidad lo captara: la embarcación dio un fuerte giro a la derecha, se alzó en la rizada ola que había formado la proa del carguero y, transversalmente, giró sobre sí misma, desapareciendo al instante en la espumosa tajamar del carguero...

Esa no era forma de morir un marino.

La patrullera retrocedió, oscilando violentamente al paso de la estela del buque mientras empezaba a detenerse. El carguero también empezó a hacerlo, aunque para ello tuvo que recorrer dos millas y para entonces Oreza y su embarcación ya estaban a la altura de los restos del naufragio. Se encendieron las luces de búsqueda en medio de la creciente oscuridad.

– Patrullera 41, patrullera 41, aquí el velero de la Armada a su babor, ¿necesita ayuda?

– Nos irían bien unos ojos extra. ¿Quién está a bordo?

– Un par de almirantes y quien les habla es un aviador, si les puede servir de ayuda.

– Unanse a nosotros, señor.

Todavía estaba vivo. A Kelly le sorprendió tanto como le hubiera sorprendido a Oreza. Las aguas eran lo bastante profundas y la botella de oxígeno había caído verticalmente hasta el fondo de setenta pies. Había intentado sujetársela en la violenta turbulencia del paso del carguero sobre su cabeza. Luego luchó por mantenerse a flote alejado de los motores que se hundían y de los pesados aparejos de lo que minutos antes había sido una embarcación muy

cara. Sólo tras dos o tres minutos aceptó el hecho de que había sobrevivido por voluntad de Dios, y estaba dispuesto a asumir las consecuencias. Y el juicio de Dios le había perdonado. Kelly vio el casco de la patrullera arriba, hacia el este, y hacia el oeste la forma más profunda de un velero. Kelly desenganchó cuatro de las correas del tanque y nadó hacia él, torpemente porque tuvo que hacerlo hacia atrás.

La cabeza emergió en la superficie detrás del velero, lo bastante cerca para leer su nombre. Se sumergió de nuevo. Tardó un minuto en volver a aparecer a estribor de la embarcación. –Hola.

–¡Vaya!, ¿es usted? –exclamó Maxwell.

–Creo que sí. –Bueno, no exactamente. Tendió su mano. El vicealmirante alargó la suya, tiró del náufrago, y le ayudó a subir a bordo.

–Patrullera 41, aquí velero... Esto no tiene muy buen aspecto.

–Me temo que tiene razón. Si lo desean pueden marcharse. Nosotros nos quedaremos un rato –dijo Oreza. Había sido muy amable por su parte colaborar en la búsqueda durante tres horas, una buena ayuda de un par de almirantes. Hasta habían desplazado el velero amablemente. En otra ocasión hasta hubiera bromeado sobre los marinos de la Armada. Pero ahora no. Oreza y su patrullera seguirían buscando durante toda la noche, encontrando sólo los restos del barco.

Los periódicos lo publicaron en grandes titulares. El teniente detective Mark Charon, en su tiempo libre, había irrumpido en un laboratorio de drogas y tras un intercambio de disparos había perdido la vida cumpliendo con su deber, después de acabar con dos importantes narcotraficantes. La casual huida de tres jóvenes mujeres llevó a la identificación de uno de los traficantes fallecidos como autor de un asesinato particularmente brutal, lo que quizás explicaba el celo mostrado por Charon, y cerraba un número de casos de un modo ampliamente conveniente para los informes policiales. En la página seis había un artículo sobre el accidente de un barco.

Tres días después, un empleado de los archivos de St. Louis llamó al teniente Ryan para comunicarle que el informe de Kelly había sido devuelto y que podía consultarlo, Ryan le agradeció su interés. Ya había cerrado el caso junto con los otros y ni siquiera iría a los archivos del FBI en busca del informe sobre Kelly; ya no era necesario tras la sustitución de las huellas que había hecho Bob Ritter por las de alguien que nunca más visitaría América.

El único cabo suelto, que preocupó mucho a Ritter, fue una llamada telefónica. Pero hasta los criminales hacen una llamada telefónica, y Ritter no quería hablar con Kelly. Cinco meses después, Sandra O'Toole rescindió su contrato en el John Hopkins y se trasladó a las playas de Virginia, donde se hizo cargo de una planta del área de enseñanza del hospital gracias a la recomendación del profesor Samuel Rosen.

EPÍLOGO 12 de febrero de 1973

-Nos honra tener la oportunidad de servir a nuestro país en circunstancias difíciles -dijo el capitán Jeremiah Denton, al acabar una declaración de treinta y cuatro palabras; en la rampa de la base aérea de Clark se oyó-: Dios guarde a América.

-Qué le parece -dijo el comentarista, alardeando de experiencia, cosa que le gustaba hacer-. Justo detrás del capitán Denton está el coronel Robin Zacharias, de la Fuerza Aérea. Es uno de los cincuenta y tres prisioneros de los que no tuvimos noticia hasta hace muy poco, junto con...

John Clark no escuchó lo demás. Contemplaba, en el televisor situado en el tocador de su mujer en el dormitorio, el rostro del hombre del que le separaba medio mundo, un hombre al que había estado mucho más cerca en cuerpo y mucho más todavía en espíritu, no hacía tanto tiempo. Vio cómo el hombre abrazaba a su esposa después de cinco años de separación, Vio a una mujer a la que el sufrimiento había hecho envejecer, pero que ahora se sentía rejuvenecida como el amor del marido que creía muerto. Kelly se emocionó con ellos, al ver el rostro de Zacharias por primera vez como algo animado, al ver la alegría que finalmente podía vencer al dolor, no importaba lo terrible que éste fuese. Apretó la mano de Sandy tan fuerte que casi le hizo daño, hasta que ella la apoyó sobre su vientre, para que sintiera al hijo que pronto iba a nacer. Entonces sonó el teléfono. A Kelly le molestó la interrupción hasta que escuchó la voz.

-Espero que se sienta orgulloso de sí mismo, John -dijo Dutch Maxwell-. Hemos traído a casa a los veinte. Quería asegurarme de que lo sabía. No se hubiera conseguido sin usted.

-Gracias, señor -Kelly colgó. No había más que decir.

-¿Quién era? -preguntó Sandy, volviendo a poner la mano de Kelly en su vientre.

-Un amigo -contestó Kelly con los ojos húmedos, y se volvió para besar a su mujer-. De otra vida.